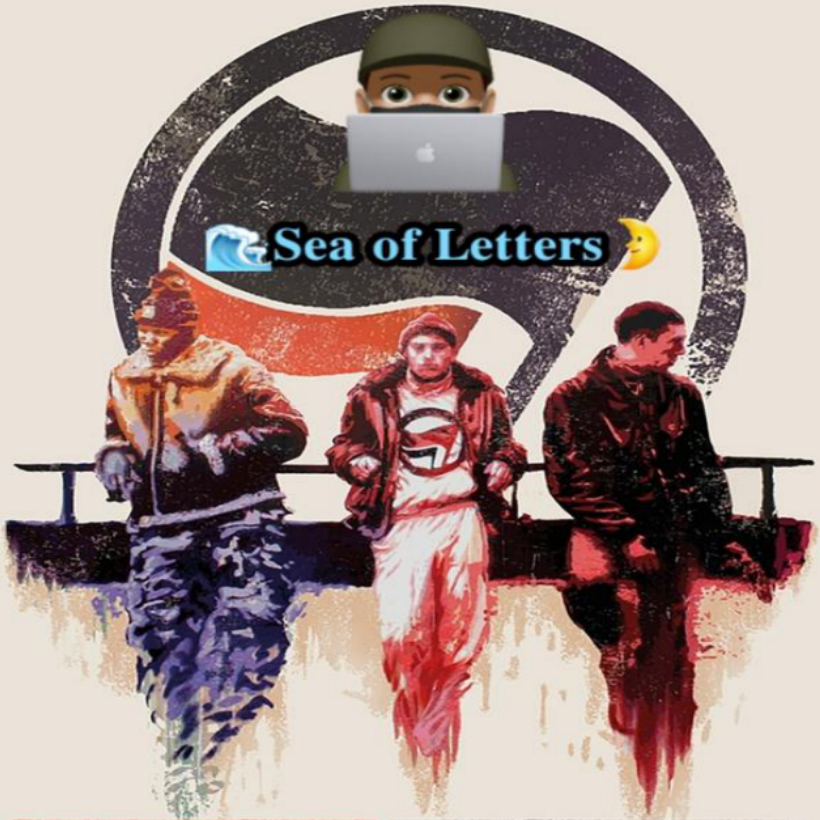
MIQUEL RAMOS



ANTIFASCISTAS

Así se combatió a la EXTREMA DERECHA española desde los años 90

Table of Contents

Cover Page

Portada

Antifascistas

Prólogo, de Pastora Filigrana García

01. Introducción. Un asunto personal

02. España, años ochenta: la resaca franquista

03. Terrorismo de Estado, espías y la red Gladio

04. Una pantera negra en la España franquista

05. Xavier Vinader, un periodista incómodo

06. Homenaje a Hitler en Madrid

07. Bases Autónomas (BB AA) y los nacional-revolucionarios

08. La llegada de los skinheads

09. El 20N de 1988 y el ataque neonazi en Tirso de Molina

10. El antifascismo como autodefensa

11. La anciana judía que venció al nazi de las SS

12. Rostock y Silvio Meier: el terror neonazi en Alemania

13. Sonia

14. SHARP: los skinheads antirracistas

15. Tuvimos que aprender a jugar a espías

16. Crímenes de odio

17. Qué es el antifascismo?

18. Flora 6, Guillem y Davide

19. Al enemigo ni agua

20. Actos de gamberrismo y tribus urbanas

21. Color Power y la cultura hip hop

22. El fascismo que viene

23. La «democratización» de la ultraderecha: un nuevo reto para el antifascismo

24. Los noventa: los años de plomo

25. Los pogromos racistas de Ca n'Anglada y El Ejido

26. Barcelona: Doce de Octubre de 1999

27. Okupas, anarquistas, operaciones policiales y neonazis

28. Internet, infiltrados y «stalkers»

29. CEI y la librería Europa: juicio a la apología nazi

30. La larga transición valenciana

31. Todo es ETA

32. Los ambiguos y la seducción de la violencia

33. La ofensiva antifascista

34. Golpe policial a las bandas neonazis

35. Carlos Palomino: el duelo a través de la militancia

36. «Mala suerte», son buenos chavales

37. La música como herramienta antifascista

38. La revuelta neocón y la Nueva Derecha

39. Plataforma per Catalunya: «Hay que disfrazarse»

40. Diferentes frentes del antifascismo

41. Alfon: ser joven y antifascista en Vallecas

42. Los movimientos sociales neofascistas

43. Hogar Social Madrid y la reorganización antifascista en los barrios

44. La legislación de los delitos de odio y la batalla legal

45. Quien manda en las gradas manda en la ciudad

46. Catalunya y los ecos del referéndum

47. La irrupción de Vox y la institucionalización del odio

48. Crear comunidad: el trabajo en los barrios que frena a la ultraderecha

49. El antirracismo que no acepta tutelas

50. El impulso feminista y la lucha contra la LGTBI-fobia

51. Los amigos de Guillem

52. De Auschwitz al valle de Cuelgamuros

53. Sentarse siempre mirando a la puerta

Epílogo, de Betlem Agulló i Salvador

Agradecimientos

Álbum fotográfico

Índice

Sobre este libro

Sobre Miquel Ramos

Créditos

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

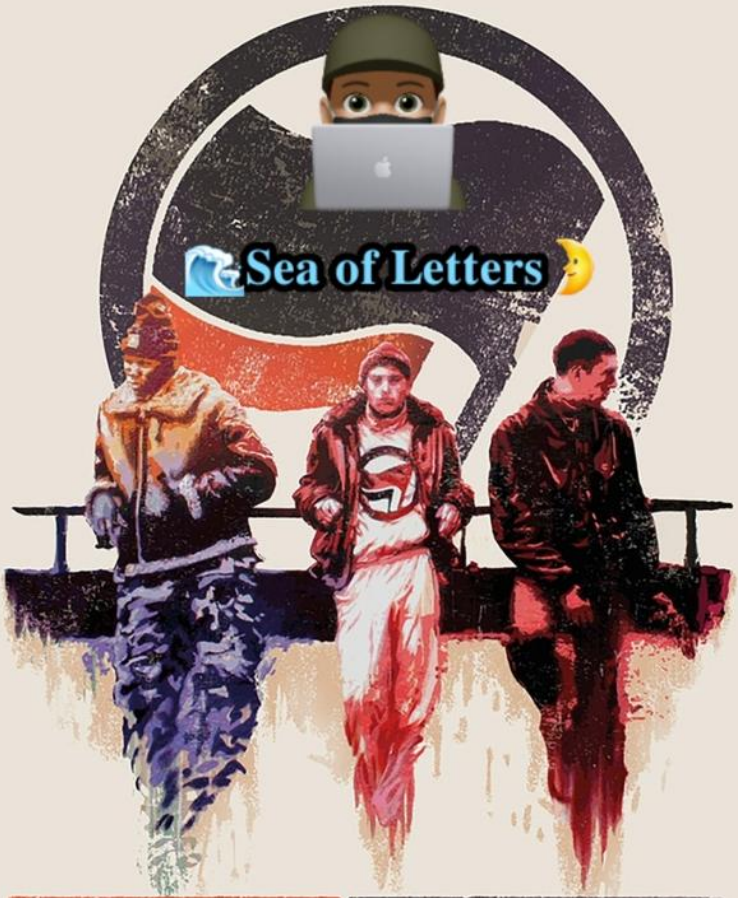
Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

MIQUEL RAMOS



ANTIFASCISTAS

Así se combatió a la EXTREMA DERECHA española desde los años 90

Sea of Letters

12 223 members, 432 online

Compartamos el mundo de la Literatura

Aquí encontrarás libros especialmente en el formato profesional ePub, frases y sobre todo personas que comparten la misma pasión por lectura....

JOIN GROUP

You are invited to the group Sea of Letters.
Click above to join.

Prólogo

Pastora Filigrana García

Tienen delante una historia sobre antifascismo contada desde adentro. Un canto coral de voces anónimas va tejiendo esta historia. Un relato donde somos parte todas las que hemos podido participar alguna vez en espacios antifascistas. Miquel Ramos nos ha convertido en protagonistas de su libro.

No van a leer únicamente una investigación periodística del fascismo español desde la mal llamada transición hasta nuestros días, aunque hay en estas páginas un exhaustivo trabajo de documentación histórica a lo largo de más de cuatro décadas. Tampoco leerán únicamente un ensayo político, aunque el compromiso antifascista del autor sea una parte esencial de este libro. Van a leer una investigación sobre el antifascismo de los últimos cuarenta años en el Estado español. Una investigación que la comienza un niño de catorce años recortando noticias de prensa movido por una herida y que la culmina un heredero del periodismo antifascista del siglo XX. Miquel sana su herida compartiendo todo lo recortado, archivado, leído, escuchado, aprendido y vivido en las tres últimas décadas. Y lo hace con el ánimo de aportar al reto que tenemos por delante de articular respuestas políticas colectivas que frenen el avance del neofascismo y defiendan una concepción radical de la universalidad de los derechos humanos.

Pero, sobre todo, este libro hace justicia, porque contando estas historias todas juntas e hiladas se entienden mejor sus causas, y porque de alguna manera dejarlas escritas y unidas repara el dolor de quienes las han padecido.

Ante la inacción durante décadas de los cuerpos de seguridad del Estado, la fiscalía y los tribunales respecto a las investigaciones y seguimientos al fascismo, el movimiento antifascista tuvo que poner en marcha su propio sistema de inteligencia para defenderse. Desde el

compromiso profesional y personal, periodistas y militantes anónimos han investigado y dibujado una radiografía exhaustiva de quiénes son, cómo se coordinan, qué hacen y qué proyectan los grupos fascistas. Es el caso del periodista catalán Xavier Vinader, redactor de Interviú, cuya historia aparece recogida en estas páginas. Como heredero de esta tradición periodística, Miquel Ramos realiza un recorrido histórico que abarca desde CEDADE como think tank del neonazismo español en la década de los setenta, pasa por el terrorismo de la ultraderecha y llega hasta su institucionalización en partidos políticos. Tanto el movimiento skinhead y su apropiación por la ultraderecha como la infección neonazi en las gradas de los campos de fútbol y las constantes provocaciones racistas en los barrios populares son contadas por diferentes voces a través de entrevistas y relatos compartidos. Este recorrido pormenorizado aterriza en la creación de las guerras culturales por parte de la ultraderecha, sus intentos de captar los sentires populares a través de centros sociales neofascistas y el peligro de victimización del privilegiado utilizando el delito de odio. No van a leer una descripción de estos fenómenos, sino una aproximación crítica a ellos pasada por el filtro de la experiencia militante con el objetivo de que sirva.

Pero, sobre todo, este libro de lo que habla es de cómo el antifascismo se ha organizado, cómo ha actuado, cuáles han sido sus logros y errores, y todo ello con la voluntad de poner en valor lo aprendido y ponerlo a dialogar con los retos antifascistas actuales.

Especial mención me merecen en este prólogo, porque me atraviesan de cerca, las historias que Miquel rescata del antifascismo de los primeros años noventa contadas por muchos de sus protagonistas.

Yo nací en Sevilla en 1981 y llevo toda mi vida en esta ciudad. En el año 2001, comencé a participar en el movimiento antirracista a través de la asociación Mujeres Gitanas Universitarias y desde 2005 milito en diferentes movimientos autónomos de la ciudad y en el Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras (el SAT). En estas dos décadas, los centros vecinales y los centros sociales okupados han sido los espacios donde he desarrollado principalmente mi militancia con bastante tranquilidad respecto a los ataques de grupos neonazis, al menos hasta hace poco tiempo. Soy muy consciente de que la tranquilidad con la que hemos podido desarrollar gran parte de las actividades políticas, sociales y culturales en estos veinte años no ha

sido producto de la fortuna. Esa tranquilidad es fruto del trabajo de grupos antifascistas y el movimiento punk sevillano, que en los años noventa plantó cara a la violencia fascista organizada poniendo el cuerpo y marcando los límites geográficos a un movimiento ultraderechista que crecía al mismo tiempo que el control policial del orden público y la gentrificación del centro de la ciudad. Durante muchos años hemos disfrutado de esa «Sevilla liberada», la zona norte del centro histórico de la ciudad, donde a ningún nazi se le ocurría poner un pie y donde podían proliferar mercadillos de libros, huertos urbanos, centros sociales, oficinas de derechos sociales, comedores populares, ateneos libertarios y asociaciones migrantes sin miedo a ser atacados. Los nazis tenían su otra parte de la ciudad, los barrios ricos y sus tugurios. Con la madurez del movimiento y sobre todo con el avance de la conciencia feminista, podemos ser críticas con cierta épica en aquellos movimientos antifascistas de los años noventa, pero sin duda con el mayor respeto y gratitud por lo que fueron capaces de conquistar. Ahora estos equilibrios se empiezan a romper, la tranquilidad antifa que hemos disfrutado empieza a estar amenazada y los grupos neonazis cada vez se atreven a más. Ahora, con más frecuencia de la deseable, nos toca borrar esvásticas de las puertas de las sedes.

Este libro abre debates en los que nos hemos visto envueltas muchas de las personas que hemos estado cercanas al movimiento antifascista y que aún siguen sin resolverse. Los límites del uso de la violencia más allá de la legítima autodefensa es uno de ellos. Aunque quizás sería más exacto hablar de los límites de la autodefensa.

Otra cuestión central que atraviesa muchos de los relatos de este libro es la dialéctica entre la endogamia y la transversalidad del antifascismo. ¿Debe extenderse el antifascismo más allá de la izquierda que lo viene abanderando? ¿Quiénes son los aliados en la lucha antifascista? ¿Un partido político que ha legislado a favor de la existencia de los centros de internamiento para inmigrantes puede ser parte de un espacio antifascista? Preguntas como estas han sido objeto de debate en los espacios donde he participado, al igual que muchas de las personas que aparecen en estas páginas.

También en Sevilla, en torno al año 2009, se constituyó la Coordinadora Antifascista, en la que participé en sus comienzos en representación del sindicato SAT. Un espacio que aspiraba a ser

amplio y diverso donde participaban colectivos sociales, asociaciones y sindicatos. Siempre ha funcionado, hasta el día de hoy, para articular respuestas en momentos de agresiones fascistas. Además, desde la coordi antifa se han convocado protestas por desahucios o las manifestaciones LGTBI contra el autobús de HazteOír. Siempre hemos sido mejores en la resistencia que en la acción propositiva, es cierto. La alerta antifa siempre ha funcionado cuando la ultraderecha ha organizado protestas contra el albergue municipal señalando a las personas sin hogar o los centros de formación para menores extranjeros no acompañados. Pero el peligro de ser espacios autorreferenciales de la izquierda radical también nos ha acompañado siempre.

Siguiendo la hipótesis de la amplia movilización antifascista, aquí también constituimos varios espacios con el ánimo de construir ese antifascismo transversal donde cupieran muchas. Sevilla Diversa, Unidad contra el Fascismo y el Racismo o la asociación Macarena para Todas han sido intentos de superar esa visión identitaria del antifascismo que había calado en el imaginario colectivo. Estas fórmulas funcionan bien sobre todo para diseñar otras acciones más allá de las reactivas ante agresiones. Un ejemplo de ellas fue la puesta en marcha de una fiesta de bienvenida a los menores extranjeros de un nuevo centro de formación en el barrio de la Macarena. En el acto tomaron la palabra personas migrantes extuteladas para contar sus experiencias y eso generó una gran empatía en el vecindario, que sin duda tuvo su efecto cuando llegó Rocío Monasterio (Vox) unos días después a agitar el odio contra los menores. Sin embargo, el éxito de estos espacios amplios no borra la utilidad de espacios antifascistas cuyo objetivo organizativo principal sea denunciar y reaccionar ante agresiones fascistas. Aquí no sobra nadie y hay tarea para todas.

Otro de los grandes debates que el autor aborda en este libro, además de en su día a día, es la disyuntiva entre delito de odio y libertad de expresión. Si bien la tipificación del delito de odio es una conquista de los colectivos históricamente perseguidos y hostigados, cuyas consecuencias materiales duran hasta la actualidad, cada vez es más frecuente que a través de su aplicación se amparen mensajes de intolerancia de la ultraderecha y se persiga a quienes los combaten.

En el año 2013, el sindicato ultraderechista Respuesta Estudiantil convocó una manifestación contra la concesión de becas a estudiantes

migrantes en Sevilla. La Delegación del Gobierno autorizó la manifestación por la zona más céntrica de Sevilla y los ultraderechistas pasearon su bandera con la esvástica húngara como símbolo y lanzaron bengalas por el centro más concurrido de Sevilla. Aquel día la alerta antifa fue más amplia que nunca. Se convocó una manifestación en repulsa que fue secundada ampliamente por colectivos pro derechos humanos de lo más variopinto; ese día fuimos más y más diversas que de costumbre. La manifestación neonazi, bloqueada, solo consiguió avanzar a duras penas con cargas policiales y balas de goma lanzadas al aire por la policía para disolver la protesta antifascista. La opinión pública rechazó mayoritariamente que la Delegación del Gobierno hubiera autorizado la manifestación del sindicato ultraderechista. Nueve compañeros fueron juzgados por desórdenes, desobediencia y como autores de un delito de odio. La acusación la realizó el sindicato ultra mediante su abogado, líder entonces de Democracia Nacional y en la actualidad de Vox en Sevilla. Los compañeros fueron absueltos cinco años después. Fui una de las abogadas de la defensa y tuvimos que argumentar en un tribunal que los delitos de odio se habían inventado precisamente para defender a personas como los estudiantes migrantes de gente como la que pasea la bandera de los nazis húngaros por las calles. Fue la primera vez que tuve que hacerlo, pero en estos ocho años he seguido enfrentándome a acusaciones por delito de odio en la defensa de numerosas activistas.

Aunque en la actualidad parte de mi trabajo consiste en facilitar la denuncia de crímenes de odio por motivos racistas a las personas que los padecen, conozco bien los límites del derecho penal y la facilidad con la que es usado para perseguir a las víctimas y proteger a los criminales del odio. También sé que el único límite que debemos poner a la libertad de expresión es para aquellos discursos que piden restringir derechos a grupos de personas a las que no consideran iguales en dignidad.

Lo que hemos aprendido es que se hace antifascismo desde muchas partes, no solo desde el antifascismo organizado. Pedir la regularización para las personas migrantes, derechos laborales para las trabajadoras del servicio doméstico o que la historia del pueblo gitano aparezca en los libros de texto es lucha antifascista. De hecho, muchos militantes antifascistas están en cada una de estas luchas. Cada vez que pedimos acceso a una vida digna en igualdad, independientemente del género, la nacionalidad, la religión o la etnia,

estamos haciendo antifascismo. Estamos afirmando radicalmente la universalidad de los derechos humanos que el fascismo niega, estamos afirmando que no existen jerarquías de humanidades.

Si algo sabemos, es que no hay recetas infalibles ni mejores que otras y que en cada contexto la respuesta antifascista que se articule estará movida por un dolor situado a la altura de las circunstancias concretas. Nos enfrentamos a un mismo monstruo con mil cabezas que merece ser respondido en todos los terrenos: en los tribunales, en las academias, en los medios de comunicación, en las instituciones y en las calles. Aquí no sobra nadie y hay tarea para todas.

ANTIFASCISTAS

Así se combatió a la EXTREMA DERECHA
española desde los años 90

01

Introducción.

Un asunto personal

«Ja no puc veure més enllà

Dels teus ulls que m'estan mirant

Quants cops de mà he hagut de callar?

He estat un temps sense pensar,

somriures que no tornaran,

he estat un temps sense parlar.

No estás sol,

no tingues por.

Ja ningú destruirà el teu cor».

OBRINT PAS, No tingues por, 1994

Era el primer día tras las fiestas de Pascua de 1993. Enric, nuestro profesor, entró en clase muy serio. Los corrillos entre los pupitres se deshicieron enseguida, dejamos de hablar poco a poco y tomamos asiento. Todos teníamos algo que contar de nuestras vacaciones tras varios días sin vernos; en plena adolescencia, todo era una aventura que había que compartir. Pero la emoción del reencuentro se vio

interrumpida bruscamente.

Pocos días antes, Anna, una exalumna del colegio, había presenciado cómo mataban a un amigo. Enric nos contó que esa noche estaba en Montanejos junto a Guillem cuando varios neonazis lo rodearon y le asestaron una puñalada en el corazón. Guillem tenía dieciocho años recién cumplidos. Yo cumpliría catorce en un mes. La clase se quedó en un silencio absoluto. Aquello nos golpeó de lleno en la cara.

En nuestra escuela nos habían hablado siempre del fascismo. Era una de las primeras escuelas que usaron el valenciano como lengua vehicular; en los alrededores de la ciudad de València, solo había cuatro a principios de los ochenta. En clase nos hablaron de Franco, de la guerra civil, del nazismo, del Holocausto, del racismo y de la homofobia. Podía parecer una batalla lejana, pero en realidad era algo que todavía existía. Y de repente, justo antes de abandonar el colegio y empezar la secundaria, se presentaba ante nuestras narices de la peor forma posible, llevándose la vida de un joven ante los ojos de una compañera de la escuela.

Yo había visto a Guillem junto a otros excompañeros del colegio. Lo recuerdo con Fèlix, un chico pelirrojo del colegio; los dos y algunos más habían fundado SHARP València. Los veía en las manifestaciones a las que iba con mis padres y en algún que otro acto de la izquierda valencianista de principios de los noventa. También conocía el ambiente más punk y alternativo de entonces, porque mi padre me llevaba a ver a Barricada y la Polla Records desde que tenía doce años; a mí y a un par de amigos de mi clase que se apuntaban siempre que convencía a mi viejo de ir a un concierto. También mi tía, que entonces ya vivía en Barcelona, me llevaba a conciertos siempre que iba a verla y me regalaba libros y música que acabarían por despertar mi conciencia política muy temprano.

Guillem y sus compañeros destacaban. Empezábamos a tener inquietudes políticas y sus pintas nos fascinaban. Fèlix estaba siempre en Up & Down, una pequeña tienda en el barrio del Carme que servía como lugar de encuentro a los jóvenes de izquierdas de la época. Era el único comercio que importaba ropa y complementos de estética mod y skinhead, una moda que había llegado a España pocos años antes y tuvo importantes connotaciones políticas. Esta estética había nacido con jóvenes ingleses de clase trabajadora, muchos de ellos de

origen jamaicano. Sin embargo, unos años después grupos fascistas y neonazis de todo el mundo la adoptaron para sí. Para diferenciar a un skin neonazi de un antifascista, tenías que fijarte muy bien en los pequeños detalles. Los antifascistas llamaban boneheads («cabezas huecas») a los neonazis, pues les negaban el término «skinhead», que reivindicaban como antirracista.

En el Up & Down veíamos a los skins y trasteábamos en los escaparates mientras escuchábamos ska, que siempre sonaba de fondo. También nos pasábamos por el Vito Lumbagui, un bar de la calle Alta donde se juntaban Guillem y sus amigos. En poco más de un par de kilómetros, teníamos el barrio del Carmen y el Kasal Popular, la antigua estación de bomberos okupada un año antes; allí se concentrarían la mayor parte de los movimientos sociales y ahí mismo nació la primera Assemblea Antifeixista de la ciudad.

El profesor nos explicó que habían matado a Guillem por odio, por ser antifascista. Salió de la clase y todos nos quedamos callados. Guillem era una persona conocida de la Assemblea Antifeixista y también de Maulets, el colectivo juvenil de la izquierda independentista fundado en 1988. Era un tipo alto, grandote, rudo a pesar de sus dieciocho años. Y los neonazis de València lo tenían fichado. Sus amigos lo sabían y él mismo se lo había comentado a su padre un día.

No recuerdo dónde conseguí la noticia del periódico Levante-EMV donde venía la noticia del asesinato de Guillem. La conservo en un viejo archivador, dentro de una carpeta titulada Cas Guillem Agulló, junto a decenas de recortes más que empezaría a coleccionar aquel día. Cuando sabía que el periódico traería alguna noticia que me podía interesar, me iba al bar por la mañana, tan deprisa como podía, y ojeaba el periódico. A veces un señor o una señora lo estaba leyendo y entonces me tomaba un café y esperaba un poco a que acabase por fin. En algunas ocasiones el ansia me podía, sobre todo si veía que se enzarzaban con los crucigramas, de modo que me iba al quiosco de la esquina y compraba un ejemplar. En el bar debajo de mi casa me lo guardaban siempre que se lo pedía y al día siguiente me llevaba el recorte; demasiadas veces con manchas de aceite o de café. Con los años cogí la costumbre de desayunar allí y ojear el periódico cada mañana. Buscaba noticias sobre la extrema derecha, que aquellos primeros años noventa daba mucho que hacer y habitualmente estaba presente en las páginas del Levante-EMV.

El asesinato de Guillem Agulló despertó algo en una nueva generación de jóvenes que empezaba a interesarse por la política, una generación que no había vivido la dictadura y apenas la transición, y que, como cualquier otra, buscaba su lugar en el mundo. Tal vez, para muchos de nosotros las circunstancias familiares y el entorno social facilitaron que el caso nos afectase personalmente aún más que en el plano político. Fue entonces cuando empecé a coleccionar recortes de prensa. No solo del caso Agulló, sino de cualquier asunto relacionado con la extrema derecha, primero, y más adelante con los movimientos sociales de aquellos años en mi ciudad, València.

Contar la historia del antifascismo en el Estado español de estos últimos treinta años no es tarea fácil ni siquiera para quienes han formado parte de ella en algún momento o lo hemos seguido desde sus inicios. Cada ciudad y cada pueblo han tenido sus propios movimientos, sus propias dinámicas y circunstancias que la han configurado de una u otra manera. Además, es muy posible que dos personas, por mucho que hayan coincidido en un mismo movimiento e incluso en una misma asamblea, no lo cuenten igual. Por otro lado, habrá quien considere que el antifascismo es solo una parte de todo lo que se relata en este libro, quizás el aspecto más mediático y visible, y también el más estigmatizado y el más combativo. Durante años, pocos se han llamado a sí mismos abiertamente antifascistas, pero es a esos que nunca se avergonzaron de serlo a quienes hay que agradecer que el antifascismo se reivindique hoy más que nunca desde diferentes ámbitos.

Por este motivo, el presente libro no es «la historia del antifascismo», sino una de tantas historias que se podrían contar sobre algunos acontecimientos concretos y algunos de sus protagonistas a lo largo de estas últimas tres décadas. Este trabajo es un conjunto de aportaciones personales, un relato subjetivo de quienes han vivido unos hechos concretos en un momento y un lugar determinados y hoy se deciden a contarlo. Un relato coral que aporta diferentes experiencias, puntos de vista y, sobre todo, reflexiones sobre un movimiento diverso y todavía hoy activo. Por tanto, quede claro que este libro no habla en nombre de ningún movimiento ni pretende ser un análisis académico, ni mucho menos objetivo. Un asunto personal nunca puede ser objetivo.

Tampoco es posible hablar de antifascismo sin mencionar todos los movimientos sociales que lo han acompañado. No existe un

movimiento antifascista por sí solo. Este siempre es fruto de la confluencia de muchas luchas diversas. Quienes han formado parte de los colectivos y plataformas llamadas antifascistas siempre han participado en muchos otros movimientos sociales. Y viceversa. Por eso no existe un antifascismo, sino muchos. Algunos de ellos ni siquiera llevan esa etiqueta, pero, simplemente con su labor, ya se enmarcan en ese frente que sirve para evitar que la ultraderecha penetre e infecte con su discurso; o para dotar de contenido lo que tan solo se identifica con un movimiento reactivo frente a la ultraderecha. De alguna manera, el feminismo, la lucha por los derechos LGTBI, la lucha contra el racismo institucional, las luchas obreras o poner el cuerpo para impedir un desahucio también son formas de hacer antifascismo.

Sin embargo, dentro de lo que entendemos por antifascismo, no ha existido siempre ni en todos lados esta mirada amplia para enmarcar la oposición a las ideologías reaccionarias. A pesar de la confluencia de muchos y diversos movimientos sociales y de la multimilitancia de sus partícipes, tradicionalmente se denominaba antifascismo solamente la reacción y la autodefensa ante los grupos de extrema derecha. Las particularidades de cada colectivo, de cada momento y todos los factores que han configurado el movimiento de una u otra manera en diferentes escenarios no nos pueden dar ningún común denominador, más allá de la voluntad de sus integrantes de plantar cara a un problema latente y concreto que suponía una amenaza para mucha gente.

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

02

España, años ochenta:

la resaca franquista

«La transición es el cimiento

de la podredumbre actual».

ALFREDO GRIMALDOS, entrevistado por

Alejandro Torrús para Público en junio de 2013

A mediados de los ochenta, la ultraderecha llevaba varios muertos a sus espaldas desde la muerte de Franco. Tan solo entre 1975 y 1983, el periodista Mariano Sánchez-Soler contabilizó en su libro La transición sangrienta (Península, 2010) 49 asesinatos a manos de grupos de extrema derecha y 54 a causa de la represión policial. Otra investigación realizada por Sophie Baby, titulada El mito de la transición pacífica (Akal, 2018), subía la cifra de muertes durante ese mismo periodo a 178 a manos de cuerpos policiales y 67 de la extrema derecha. La policía no había sido depurada tras la muerte de Franco y los mismos torturadores y represores de la dictadura siguieron luciendo el uniforme hasta la jubilación. En muchas ocasiones, las vinculaciones entre la extrema derecha y los cuerpos policiales eran evidentes, como se verá a lo largo de este libro.

El Estado español vivía inmerso en el proceso de transición del régimen franquista a la democracia, con sus problemas propios y sus

propios fascistas, la mayoría todavía ligados a la dictadura. En Inglaterra, Francia o Alemania hacía años que habían emergido un neofascismo y un neonazismo que habían sabido vestirse de contraculturales y contestatarios en un contexto democrático, pero en España aún se relacionaba la extrema derecha con el franquismo.

Otra extrema derecha más pragmática rápidamente se acomodó en lo que sería la casa común de todas las derechas hasta nuestros días: primero Alianza Popular y después el Partido Popular, fundado por el exministro franquista Manuel Fraga Iribarne. Era imprescindible que los franquistas reconvertidos en demócratas desactivaran gran parte de la extrema derecha española para armar el relato de la concordia entre españoles que todavía hoy forma parte de la historia oficial del Estado. La imagen de unos pocos ancianos decrépitos concentrados cada 20N para recordar a Franco y los cada vez más marginales grupos falangistas, que todavía se resistían a lavar la camisa azul con el detergente que en un solo lavado te convertía en demócrata, permitían presentar a España como un país que había superado bien el pasado. Nada más lejos de la realidad.

La transición garantizó la permanencia de la mayoría de las estructuras y relaciones de poder construidas durante la dictadura. Desde las grandes fortunas forjadas durante el régimen a base de prebendas y expolios varios, hasta la misma jefatura del Estado, designada por el propio dictador y ni siquiera sometida a debate antes de aprobar la Constitución. El paquete del 78 era todo o nada: «Esto o quién sabe lo que puede pasar si no votáis sí a la Constitución». Cuarenta años después, la carta magna permanece como un libro sagrado cerrado a cal y canto, inalterable. Con su águila de san Juan en la portada. A eso hay que sumarle que no se depuraron las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado ni las Fuerzas Armadas y la impunidad de la que gozaron los responsables de torturas e incluso crímenes de Estado. Esto es lo que hoy se llama popularmente régimen del 78.

El fenómeno skinhead, los hooligans del fútbol y la música neonazi ya estaban al orden del día a principios de los años ochenta en gran parte de Europa, mientras los viejos engominados y los niños pijos copaban el fascismo español. Al menos esa era la imagen que se tenía. También había jóvenes más atrevidos que rechazaban la tranquilidad con la que esos franquistas trataban de acomodarse en la recién estrenada

democracia presentándose a las elecciones y hablando constantemente de la figura y el legado del dictador. Entre ellos, el Frente de la Juventud, que no dudaría en hacer uso de la violencia y la acción directa contra la izquierda, a pesar de las llamadas a la moderación y la distancia cada vez mayor de los principales líderes del residuo franquista. Para este y otros grupúsculos, quedaba por hacer aquella «revolución pendiente» que preconizaba José Antonio Primo de Rivera en los años treinta. Según el historiador Luis Velasco, «olvidada durante el régimen por un fascismo adaptado al régimen y a su caudillo, en el que los revolucionarios y modernos fascistas no estaban bien vistos».

El Frente de la Juventud protagonizaría numerosas acciones violentas a lo largo de su existencia —entre 1978 y 1982—. Este grupo fue una escisión del núcleo duro de Fuerza Nueva, porque consideraba que este partido mostraba un inmovilismo inadmisible ante la recién estrenada democracia. Su líder, Juan Ignacio González, calificó dicho partido como «un imperio de beatas», según explica Alfredo Grimaldos en su libro La sombra de Franco en la transición (Obreron, 2004). La organización cometió varios atentados terroristas contra sedes políticas y bares de izquierdas, que causaron la muerte de al menos dos personas. En 1981, más de una veintena de sus integrantes fueron detenidos en Madrid y en València acusados de varios atracos y de ataques violentos. Juan Ignacio González, su líder, había sido asesinado un año antes en extrañas circunstancias. Sus compañeros señalan directamente a los servicios secretos y descartan que el crimen fuese obra de la izquierda radical. Más de treinta años después, en 2013, varios exmilitantes de esta formación crearían la Asociación Cultural In Memoriam Juan Ignacio (ACIMJI), que reivindica la memoria del Frente de la Juventud y organiza diversas actividades con otras organizaciones de extrema derecha.

Durante estos años, las respuestas antifascistas eran una continuación de lo que se había venido articulando en los años posteriores a la muerte de Franco. Los fascistas y la policía empleaban la violencia contra la izquierda de forma habitual y con total impunidad. Quienes habían luchado contra el régimen intentaban aguantar el embate de los grupos franquistas organizados y de los irredentos de la revolución pendiente, al tiempo que algunos periodistas, como Xavier Vinader, desvelaban las conexiones de estos grupos con funcionarios y aparatos del Estado.

El periódico El País, dos días antes del 20N de 1984 —aniversario de la muerte de Franco y jornada de exaltación fascista—, publicaba una radiografía del panorama ultraderechista del momento:

Los elementos más activos de la extrema derecha, susceptibles de actuaciones violentas, se hallan diseminados en grupúsculos muy pequeños y además reñidos entre sí, según aseguran fuentes policiales. Sin embargo, la inexistencia de un terrorismo organizado «ultra», hace, para Interior, mucho más difícil prevenir un acto violento, «porque no se puede estar encima de cada uno de ellos», según fuentes policiales.[1]

En este mismo artículo, la policía afirmaba que no había grupos de extrema derecha organizados que cometieran actos terroristas. Incluso negaba la existencia del Batallón Vasco Español: «Fueron cuatro tíos que se reunieron a poner bombas allá arriba y se autodenominaban así, pero nada más». Por otro lado, la Oficina de Víctimas del Terrorismo del Gobierno vasco —encabezada por Maixabel Lasa y José María Urquijo— recibió el encargo del Parlamento vasco de elaborar un informe sobre este tema. En él se afirmaba que en Euskadi, entre 1975 y 1990, los grupos parapoliciales y de extrema derecha habían cometido setenta y cuatro actos terroristas, con el resultado de sesenta y seis muertos. Al Batallón Vasco Español se le atribuían dieciocho asesinatos, ocho a la Triple A y seis a los Grupos Antiterroristas Españoles. Un año antes de que esta noticia apareciera en El País, se habían creado los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL), bajo el amparo del Ministerio del Interior de Felipe González. Esta organización llegó a asesinar al menos a veintisiete personas antes de ser desarticulada —de nuevo, gracias al trabajo de denuncia e investigación de varios periodistas.

En este artículo de El País —titulado «La diáspora “ultra”» y fechado el 18 de noviembre de 1984—, Francisco Mercado repasaba las organizaciones ultraderechistas que en aquel entonces actuaban según la policía. En él citaba a Ricardo Sáenz de Ynestrillas, quien, junto a otros dos ultras, había robado sus armas a dos policías. También aseguraba que el Ministerio del Interior lamentaba la desaparición de

Fuerza Nueva, porque cuando existía «sabíamos dónde estaban; ahora cada uno anda por su lado». La policía también hablaba de la CEDADE, a la que consideraba altamente peligrosa por sus contactos internacionales. Patria y Libertad estaba dirigido, según la policía, por Jorge Cutillas y Ernesto Milà, estrechamente relacionado con el terrorista neofascista Stefano delle Chiae. Cuenta el artículo: «Cutillas fue detenido en 1982 por su presunta participación en agresiones contra autocares que transportaban 256 niños vascos a Madrid. Milà fue juzgado en marzo de 1984 por algaradas callejeras ocurridas en junio de 1980 y un atentado contra un local de UCD».

El listado de grupos de extrema derecha incluye algunos más: Primera Línea, que «aglutina a los elementos más radicales de Falange y está dirigida por Juan José Molina González, acusado de dirigir en enero de 1979 el asalto a la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, a consecuencia del cual resultaron varios alumnos heridos de bala». También las Juventudes Vikingas, creadas por el exmiembro de las SS Walther Mattheai. Según explica El País, las Juventudes Vikingas «realizan acampadas en la sierra madrileña y en Lugo, donde simulan ejercicios castrenses. Precisamente a raíz de una denuncia vecinal por estas maniobras paramilitares fueron detenidos en septiembre de 1983 el capitán Walter, su hijo Gabriel y su lugarteniente, Miguel Borja. Les fueron intervenidos dos revólveres, un mosquetón, una emisora de radio, dos teléfonos de campaña y alambre de espino, prendas militares y machetes e insignias nazis».

En otro párrafo, alude brevemente a Bases Autónomas (BB AA), una organización bastante diferente a las anteriores aparecida recientemente. Provenían de las Juventudes Nacional Revolucionarias (JNR) y todavía no habían realizado ninguna acción. «Se limitan a conspirar», apunta la fuente policial. El autor del reportaje no sabía —posiblemente, tampoco el policía con el que habló— que esta formación, creada un año antes, acabaría por marcar el devenir de los nuevos grupos nazis y fascistas españoles, que es el principal motivo por el que se reorganizó y articuló el nuevo antifascismo.

[1] Disponible en https://elpais.com/diario/1984/11/18/espana/469580405_850215.html.

03

Terrorismo de Estado, espías y la red Gladio

«No, no, no, non si può più dormire,

la luna è rossa, rossa di violenza,

bisogna piangere i sogni per capire

che l'ultima giustizia borghese si è sienta».

BANDA BASSOTTI, Luna rossa (1995)

No sabía exactamente a qué se refería la letra de Luna rossa, una de mis canciones favoritas del grupo de punk rock italiano Banda Bassotti. Más tarde me enteré de que era sobre un atentado en Milán que había costado la vida a diecisiete personas, obra de la ultraderecha en 1969. Casualmente, uno de los responsables del atentado vivió en Madrid durante un tiempo y estuvo vinculado a varios episodios violentos durante la transición. Era Stefano delle Chiae, uno de los líderes del grupo neofascista italiano Avanguardia Nazionale, y jugaría un importante papel en el terrorismo neofascista europeo de aquellos años, en la red Gladio y en las dictaduras sudamericanas patrocinadas por la CIA.

Sobre la red Gladio se ha publicado abundante información, y la desclasificación de archivos de los servicios secretos de varios países sigue aportando todavía más. Gladio fue una red paramilitar secreta que actuó en Europa durante la Guerra Fría bajo el paraguas de la OTAN, los servicios secretos de varios países y ayudada por la CIA, que cometió numerosos atentados y que en algunas ocasiones trató de hacerlos pasar por obra de la izquierda, cuando esta contaba con gran apoyo en muchos países occidentales. Tal y como recordaba Oier Zebeiro en Eulixe:

El 22 de noviembre de 1990, el Parlamento Europeo aprobó una resolución en la cual condenaba «la existencia de una red clandestina de inteligencia y operaciones armadas que operó durante más de 40 años en varios Estados europeos».

Tal y como lo menciona la resolución del Parlamento Europeo, esta red clandestina «podría haber interferido en la política interna de varios países europeos además de estar implicada en actos de terrorismo y crimen». La red «tiene a su disposición arsenales militares independientes y recursos militares que ponen en peligro las estructuras democráticas de los países europeos», subraya la resolución.

El Parlamento europeo impulsó a los diferentes países europeos a realizar investigaciones parlamentarias para poder revelar más información, pero solo Italia, Bélgica y Suiza lo hicieron, mientras que los demás países europeos sólo reconocieron «la existencia de diferentes operativos» sin ofrecer más detalles al respecto.[2]

España tuvo a sus propios mercenarios de extrema derecha al servicio de la guerra sucia contra el independentismo vasco y la izquierda, encarnada por el GAL y otros grupos terroristas a sueldo o amparados por el Estado. Sin embargo, en noviembre de 1990, el entonces ministro de Defensa, Narcís Serra, ordenó la apertura de una

investigación sobre la presunta conexión española de la red Gladio tras las preguntas del diputado de Izquierda Unida Antonio Romero. Romero consideraba, según El País, que, aunque no existiera una terminal española de la red, era probable que España sirviera como reserva logística de la misma, facilitando apoyo y cobertura a elementos fascistas.[3]

El Partido Español Nacional Socialista (PENS), del que formaron parte conocidos líderes ultraderechistas, como Ernesto Milà, y personajes variopintos, como el policía torturador Billy el Niño, se había creado casi a la vez que CEDADE, en 1968. Al contrario que los neonazis de CEDADE, el PENS abogaba por la acción directa contra la izquierda y prefería, como explica Casals en su libro, el cóctel molotov antes que las audiciones wagnerianas. Liderado por Fernando Poveda, el PENS mantuvo estrechas relaciones con los servicios secretos españoles, entonces denominados Servicio Central de Documentación (SECED), al igual que muchas otras organizaciones de extrema derecha. Ernesto Milà y el periodista Mariano Sánchez Soler confirmarían estos contactos, tal como recoge Casals en su libro. El SECED ofreció su apoyo y colaboración a los neonazis para que estos combatieran a la izquierda, sobre todo en las universidades, pues temían que el mayo del 68 francés se extendiera a España. Según confiesa Milà a Casals, probablemente el mismo SECED imprimía la revista de la organización (llamada Nuevo Orden) e incluso la difundía por su cuenta.

Stefano delle Chiae, protegido por el franquismo, se refugiaba en España. Se encontraba en busca y captura por su presunta relación con varios atentados cometidos en Italia, entre ellos el de Piazza Fontana de Milán, del que habla la canción de Banda Bassotti. Un personaje siniestro que mantuvo una estrecha relación con el PENS, a cuyos militantes ofrecería diversos cursos de formación y aconsejaría crear varias estructuras paralelas. A partir de entonces, los atentados neonazis contra librerías y salas de cine reivindicados bajo diversas siglas, algunas de ellas fantasmas, se multiplicarían en varias ciudades del Estado. Uno de los más conocidos fue el del Taller Picasso, destruido tras un ataque con cócteles molotov.

Este oscuro personaje jugó un importante papel en varios sucesos de la transición, como en Montejurra en 1976, donde fueron asesinados dos

militantes carlistas. Delle Chiae no fue el único terrorista neofascista que pasó por España aquellos años. En 1973, varios habrían sido acogidos por el conocido ultraderechista barcelonés Alberto Royuela. Este continúa activo todavía, incluso con un canal propio de Youtube en el que, con su programa Expediente Royuela, sigue haciendo proselitismo ultraderechista.

Los neofascistas italianos residentes en España abrieron una pizzería cerca de la Gran Vía madrileña. Esta sirvió de punto de encuentro de todos ellos y de varios contactos policiales y de los servicios secretos. El Appuntamento estaba en el número 6 de la calle Marqués de Leganés. Allí podías comerte una pizza junto a un terrorista con muertos a sus espaldas o quizás tenías al lado a un funcionario del Estado tomándose un sol y sombra o un limoncello. La estrecha relación que mantenían los miembros de la Brigada Político Social del franquismo —entre ellos, el policía torturador González Pacheco, conocido como Billy el Niño— con los terroristas neofascistas era un secreto a voces.

Alejandro Torrús —compañero periodista de Público y especialista en memoria histórica— entrevistó a varias personas que por aquellos años conocían bien estas tramas. Soledad Gallego —actualmente directora de El País y en aquel entonces redactora de Cuadernos para el Diálogo— explicó a Público cómo, en 1977, ella y el periodista José Luis Martínez localizaron el cuartel general del terrorismo neofascista internacional en Madrid.

[…] Alquilamos una habitación en una pensión que había frente a la pizzería, muy cerca de plaza de España. Pusimos una cámara en el balcón y fotografiamos a todo el que entraba y salía. Después, fuimos a Roma y un periodista italiano, de la revista Panorama, nos confirmó que, entre ellos, estaban Delle Chiae y otros muchos fascistas italianos que supuestamente estaban huidos y en paradero desconocido. Es decir, la policía española decía que no sabía dónde estaban, pero nosotros los fotografiamos entrando y saliendo tranquilamente de una pizzería que estaba en el centro de Madrid. Es evidente que debían tener protección. Al día siguiente de publicar la información, la pizzería se cerró. Nunca más abrió.[4]

La labor de Gallego y Martínez, igual que la de muchos otros periodistas, ha sido clave para desenmascarar numerosas tramas de la extrema derecha y sus vínculos con los aparatos del Estado, desde el franquismo hasta la actualidad. Aunque muchos de estos trabajos periodísticos aparecen prácticamente en todos los capítulos de este libro, uno de ellos se dedica exclusivamente al periodismo antifascista y en él se analiza la importancia de los profesionales de la información y su compromiso.

El reportaje de Torrús en Público —con motivo de la muerte de Delle Chiae, en septiembre de 2019— aporta abundante información sobre las tramas neofascistas de aquellos años y testimonios de personajes clave. Es el caso de Teresa Rilo, la viuda del sicario francés de extrema derecha Jean Pierre Cherid, que estuvo a sueldo de las cloacas del Estado español en su guerra sucia contra la disidencia. Rilo escribió junto a Ana María Pascual un libro titulado Cherid, un sicario en las cloacas del Estado (abril de 2019)[5]. Rilo afirma que Delle Chiae era el capo de la trama y que la pizzería también servía como tapadera para blanquear dinero del tráfico de armas y de otras actividades ilícitas. Confiesa que por allí vio desfilar y mantener encuentros a los policías Roberto Conesa y su mano derecha, Antonio González Pacheco. También a Isidro y José Luis, dos abogados de Fuerza Nueva, y al líder de los Guerrilleros de Cristo Rey, Mariano Sánchez Covisa. Rilo asegura que su marido le confesó que Delle Chiae se había llegado a reunir con el almirante Luis Carrero Blanco, mano derecha de Franco, quien acabó volando por los aires en el famoso atentado de ETA conocido como Operación Ogro, lo cual supuso un duro golpe para el régimen.

Torrús recoge también en su artículo las palabras de Enric Juliana, director de La Vanguardia, sobre Delle Chiae: «Se ha ido a la tumba sabiendo cosas de la matanza de Atocha. Ha quedado para la historia que el atentado lo organizó un grupo ultra vinculado al Sindicato del Transporte, pero puede que tuviese algo más».

El periodista Javier García logró entrevistar a Delle Chiae para El País en julio de 1987. Poco antes, Delle Chiae había llegado a Bolonia extraditado desde Venezuela, que fue donde terminó una huida que había comenzado en España y había seguido por varios países de

América Latina.

La matanza de los abogados laboralistas de la calle de Atocha fue instigada por determinados sectores de la policía española. Delle Chiaie aseguró que los autores materiales del atentado eran jóvenes muy próximos a ese círculo policial. Precisó que algunos miembros de esos sectores frecuentaban la pizzería El Appuntamento, donde solían reunirse los fascistas italianos, hasta que él ordenó personalmente que se alejaran del local para evitar provocaciones. Delle Chiaie está siendo interrogado actualmente por los jueces de Bolonia, acusado de asociación subversiva en el proceso iniciado tras el atentado que costó la vida a ochenta y cinco personas en 1980.[6]

Delle Chiae terminó huyendo de España cuando se vio en el foco mediático y perdió la confianza de los funcionarios del Estado, que hasta entonces lo habían protegido. El historiador Mario Amorós publicó en 2019 Pinochet: biografía militar y política, sobre el dictador chileno. Aquí cuenta que Pinochet y Delle Chiae se habían visto en Chile en 1974 y volverían a encontrarse un año después con motivo del entierro del dictador Franco. La cita tuvo lugar en el Hotel Ritz de Madrid. Según la declaración a la justicia italiana de Vincenzo Vinciguerra, miembro también de Avanguardia Nazionale, Pinochet saludó a Delle Chiaie con un abrazo y estas palabras: «El viejo no se nos quiso morir», en referencia, según apunta Torrús, «a Bernardo Leighton, opositor al régimen y miembro del Partido Demócrata Cristiano, que fue ametrallado por fascistas italianos en Roma».

Delle Chiaie y varios de sus compinches recorrieron varios países latinoamericanos en plena Operación Cóndor. Este fue un plan de coordinación de acciones y mutuo apoyo que adoptaron en 1975 las cúpulas de los regímenes dictatoriales del Cono Sur, lideradas por Henry Kissinger, presidente de Estados Unidos. Las dictaduras ultraderechistas de Chile, Argentina, Uruguay, Bolivia, Paraguay y Brasil se dedicaron a cazar, torturar, encarcelar y asesinar a sus opositores políticos de manera sistemática con el conocimiento del

Gobierno de Estados Unidos, tal y como confirmaron documentos de la CIA desclasificados años después.

A lo largo de los años ochenta se empezaron a debilitar estas dictaduras, y Delle Chiae y su comparsa de sicarios neofascistas decidieron ampliar el negocio y dedicarse también a la delincuencia y al narcotráfico. Tras varios años dando tumbos, finalmente fue arrestado en Caracas y extraditado a Italia en 1987. Sin embargo, tras dos años en prisión preventiva y varios procesos judiciales, el terrorista fue puesto en libertad en 1989.

---

[2] Disponible en: https://www.eulixe.com/articulo/reportajes/gladio-red-paramilitar-secreta-otan-sembro-caos-europa/20210107022948022045.html.

[3] Disponible en: https://elpais.com/diario/1990/11/16/espana/658710017_850215.html.

[4] Disponible en https://www.publico.es/politica/adios-criminal-fascista-delle-chiaie-vida-servicio-muerte-espana-italia-latinoamerica.html.

[5] Véase https://www.publico.es/politica/sicario-cherid-historia-cloacas-billy-nino-gal.html.

[6] Disponible en https://elpais.com/diario/1987/07/05/espana/552434405_850215.html.

04

Una pantera negra

en la España franquista

«Nobody in the world, nobody in history, has ever gotten their freedom by appealing to the moral sense of the people who were oppressing them».

ASSATA SHAKUR, militante del

Partido Pantera Negra

El tío de Roberta Alexander había luchado en la guerra civil española con la Brigada Abraham Lincoln, el batallón de voluntarios norteamericanos antifascistas que combatió contra el golpe de Estado de Franco. A Roberta le fascinaba esta historia y tenía ilusión con visitar España, aunque aún estuviese gobernada por el dictador contra el que su tío había combatido treinta años antes, dictador que además era un buen aliado de su país. El tío de Roberta no fue el único afroamericano que vino a defender la república y luchar contra el fascismo.

El archivo de la Brigada Abraham Lincoln se encuentra en la New York University y guarda abundante documentación sobre la guerra civil española y muchos brigadistas. En el 2018 tuve el placer de visitarlo y me pasé horas hojeando documentos y cuadernos escritos por los propios voluntarios antifascistas, muchos de ellos fallecidos en combate. Ojeé el diario personal del guionista de Hollywood y combatiente antifascista Alvah Bessie y pude ver los dibujos y las cartas de otros milicianos, además de diversos enseres que los

familiares de los brigadistas habían donado. Cada año visitan el museo miles de estudiantes norteamericanos interesados por aquellos acontecimientos. Muchos afroamericanos se enrolaron en las Brigadas Internacionales no solo movidos por su compromiso político antifascista y su ideología de izquierdas, sino también porque creían que derrotando al fascismo en Europa contribuirían a la lucha contra el racismo y por los derechos civiles en su país. El documental Héroes invisibles (2015), de Alfonso Domingo y Jordi Torrent, cuenta su historia. En él se explica que aquellos que lograron volver vivos a Estados Unidos continuaron siendo perseguidos y segregados ya no solo por negros, sino también por antifascistas.

Roberta no era una simple estudiante de Berkeley (California). Había participado en el Free Speech Movement, se declaraba comunista y formaba parte de los Black Panthers. Llegó a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid para participar en un programa de intercambio entre universidades que estaba a cargo de Carlos Blanco, escritor, crítico literario y también marxista, como ella. En secreto, organizaron junto a otros estudiantes la campaña contra la guerra de Vietnam.

El Ejército de Estados Unidos disponía de bases militares en España desde la normalización de las relaciones entre ambos países en 1953. La guerra contra Vietnam también implicaría a España, aunque solo fuese como base logística. En Estados Unidos y muchos otros países, se desataron numerosas protestas. También en España, donde los estudiantes se enfrentaban a la dictadura. Fue en este momento cuando Roberta llegó a Madrid junto a dos compañeras también izquierdistas: Carol Batanave y Karen Win.

Roberta quería contactar con los chicos y chicas que realizaban los llamados «saltos» —acciones relámpago de protesta en las que repartían propaganda y se dispersaban antes de que llegara la policía —. Finalmente, Blanco la puso en contacto con ellos. Tras varios encuentros y conversaciones, decidieron invitarla a dar un mitin sobre la guerra de Vietnam y la política imperialista de Estados Unidos en la misma universidad. En él se congregaron cerca de medio millar de estudiantes, algunos de ellos extranjeros en el mismo programa de intercambio que Roberta. Al finalizar el acto, protagonizaron una acción de protesta que terminó en el centro de Madrid, donde la policía cargó contra los manifestantes y detuvo a varios de ellos. Jordi

Chantres lo contó detalladamente en el magazine digital Agente Provocador, donde reprodujo la noticia publicada por el Diario de Burgos el 29 de abril de 1967:

Esta mañana se han reunido varios centenares de estudiantes en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas para manifestarse en contra de la política norteamericana en el Vietnam. En el aula donde tuvo lugar la reunión se habían desplegado banderas de Vietnam del Norte, retratos del presidente Johnson y eslóganes contra la política y la acción de Estados Unidos en el suroeste asiático. Se leyeron recortes de periódicos extranjeros sobre «bombardeos de población civil», declaraciones de Ho-Chi-Minh, del inglés Bertrand Russell y de un grupo de llamados intelectuales españoles que se adherían al acto. Una estudiante norteamericana de color, procedente de la Universidad de Berkeley, Roberta Alexander, que se encuentra en España en régimen de intercambio universitario, se pronunció contra la intervención norteamericana en el Vietnam y se refirió a las discriminaciones raciales en Estados Unidos. Entre los asistentes a la reunión se observaba un número elevado de estudiantes norteamericanos que realizan sus estudios en España en virtud de convenios establecidos para intercambio estudiantil.

Al acabar esta reunión, alrededor de un centenar de estudiantes encabezados por otros que llevaban pancartas contra el presidente Johnson y la política de Estados Unidos, se dirigieron hacia la explanada de la Facultad de Filosofía y Letras, donde quemaron unas banderas norteamericanas que llevaban pintadas y unos retratos dibujados del presidente Johnson. El humo producido por la hoguera se aproximó al grupo de la fuerza pública de servicio normal de orden, momento en que los estudiantes se dispersaron sin que hiciera falta requerimiento ni intervención de la autoridad. Por la tarde, alrededor de las ocho, algunos centenares de estudiantes, fraccionados en grupos reducidos, se situaron en los alrededores de la Embajada de Estados Unidos sita en la calle Serrano en un intento de manifestación. La fuerza pública custodiaba la representación política y, ante la actitud de algunos de los grupos de no disolverse a la vez que proferían gritos de «imperialistas», se vio obligada a dar algunas cargas. Los incidentes se fraccionaron a lo largo de la calle de Serrano y afluentes a ella como, por ejemplo, el cruce de la citada calle con Goya, donde un

pequeño grupo pegó fuego a unos cuantos periódicos. También aquí la fuerza pública se vio obligada a intervenir, al igual que también lo hizo ante la actitud de otro grupo situado en la confluencia de las calles de Serrano y Hermosilla y en la de Claudio Coello con Goya. Se sabe que, a consecuencia de todas estas algaradas, la policía ha realizado diversas detenciones. Las algaradas, de otro lado, afectaron al tráfico de la zona, siempre muy intenso y más a la hora en que aquellas se produjeron con lo que hubo diversos taponamientos en la circulación. A primeras horas de la noche, la normalidad se había restablecido totalmente.[7]

Roberta fue detenida y conducida a los calabozos de la Dirección General de Seguridad junto a algunos de los participantes en las protestas. Luis Martín-Cabrera la entrevistó para el portal de noticias Rebelión en octubre de 2011. Roberta le contó que aquella noche oyó desde su calabozo a otros detenidos entonar La internacional y ella empezó a cantar la mítica We Shall Overcome.

La Embajada de Estados Unidos intervino inmediatamente para que la pusieran en libertad, de modo que las autoridades franquistas la enviaron a Irún en tren y la expulsaron a Francia. Aunque su paso por España fue breve, merece la pena recordar que una pantera negra, en plena dictadura franquista, protagonizó una protesta contra la guerra de Vietnam.

Yo desconocía por completo el caso de Roberta, pero me sorprendió aún más la cantidad de historias de la comunidad negra en el Estado español que he ido descubiendo poco a poco. He hablado con varios de sus protagonistas y he rebuscado en archivos y webs que cuentan algunas de ellas.

Abuy Nfubea fue una de las personas que me explicaron cómo se empezó a organizar la comunidad negra en el Estado español durante los años ochenta y quiénes formaban parte de ella. Durante más de dos horas me estuvo contando la influencia de la teología de la liberación, del nacionalismo negro, el papel de los guineanos afectos al régimen franquista, la creación del grupo de estudios de Frantz Fannon, la historia del padre Assier, del movimiento Free Mandela, del MPAIAC canario y Eduardo Cubillo, del Frente Organizado de

Juventudes Africanas (FOJA) y todo lo que se coció entre la comunidad negra española aquellos primeros años de democracia. Esta historia debería ser contada por sus protagonistas, no por alguien como yo, que ni lo viví ni quiero suplantarlos. Varias webs y cada vez más libros la abordan desde diferentes perspectivas y experiencias; ahora es necesario reunirlas para que no sean otros quienes la cuenten.

El motivo de este libro no es explicar todas estas luchas, que, aunque suelen compartir mucho con el antifascismo, tienen su propia historia. Por eso mencionaré el papel que desarrollaron algunos jóvenes negros a finales de los ochenta y principios de los noventa en la lucha contra los grupos neonazis que empezaban a sembrar el terror en las grandes ciudades. A ellos se enfrentaron de manera directa y contundente, y llegaron a ser temidos y evitados por quienes se creían los dueños de las calles. Desde el asesinato de Lucrecia Pérez hasta nuestros días, el antirracismo ha crecido y hoy nuevas generaciones de jóvenes racializados lideran numerosas iniciativas no solo contra los incidentes racistas, sino también contra el racismo institucional.

Pero antes contaré otra anécdota que conocí a lo largo de esta investigación. Esta nos lleva a mediados de los ochenta, cuando muchos negros españoles estaban volcados en la lucha contra el apartheid en Sudáfrica. En ella se enmarca la condena a muerte del poeta sudafricano y militante antirracista Malesela Benjamin Moloise.

Benjamin Moloise nació en 1955 en Alexandra, un barrio negro de la ciudad sudafricana de Johannesburgo que se encontraba cerca de las zonas lujosas donde residían los blancos. Trabajaba como tapicero. Pronto se acercó al Congreso Nacional Africano (ANC), la organización clandestina liderada por Nelson Mandela que luchaba por todos los medios —incluida la lucha armada— contra el régimen racista y colonial del apartheid. La policía lo arrestó en 1983 y lo acusó de asesinar a un policía. Aunque Benjamin Moloise siempre lo negó, fue condenado a muerte. Tanto Francia como Reino Unido, Estados Unidos e Israel, entre otros, apoyaban el régimen racista. Simon Peres, que entonces era ministro de Defensa de Israel, llegó a ofrecer armas nucleares al que, de hecho, era su mayor comprador de armamento. Junto a Reagan y Thatcher, fue uno de los principales defensores del régimen sudafricano. Ya en los ochenta, la atención internacional se fijó en el régimen del apartheid, gracias a las

numerosas campañas internacionales que denunciaban su brutalidad. La ONU incluso pidió clemencia para Moloise, quien finalmente fue ahorcado en 1985. Este hecho desató de nuevo protestas en todo el mundo; también en España, aunque algunos nos hemos enterado más de treinta años después.

Marcelino Bondjale tenía poco más de veinte años entonces. Un negro español —como muchos otros, la mayoría con origen en la antigua colonia de Guinea Ecuatorial— que seguía atentamente la lucha del pueblo sudafricano por su liberación y decidió poner su grano de arena en la denuncia internacional contra el régimen sudafricano. En plena Gran Vía de Madrid, a la luz del día, la emprendió a golpes contra la oficina de turismo de Sudáfrica. «Fui perseguido hasta el metro de Antón Martín por una persona armada que estaba dentro de las instalaciones. Alguien dio la alarma y aquel hombre logró alcanzarme y me retuvo al menos durante quince minutos, hasta que llegó la policía». Bondjale cuenta esta anécdota en 2017 en una entrevista en el canal de Youtube Uhuru Áfrika. En ella explica también su paso por los calabozos y el posterior juicio, en el que fue condenado a menos de dos años de prisión. Su caso demuestra que la comunidad negra en España no era un sujeto pasivo, desorganizado y silencioso, sino que tomaba partido, a pesar de que su historia no sea tan conocida como otras.

---

[7] Disponible en http://www.agenteprovocador.es/publicaciones/una-panteranegra-en-el-madrid-franquista.

05

Xavier Vinader,

un periodista incómodo

«Una pluma puede ser tan eficaz

como un arma, como una pistola».

XAVIER VINADER

Llegué a casa de Xavier Vinader con tiempo suficiente para tomar antes un café con Josep, mi compañero de mil batallas con su inseparable cámara. Este encuentro, que tuvo lugar en otoño de 2009, nos hacía especial ilusión, así que planificamos con todo detalle cada pregunta de la entrevista. Preparábamos un reportaje sobre la extrema derecha y ya habíamos entrevistado a varias personas en Madrid. Ese día tocaba Barcelona y decidimos dedicar toda la mañana a este gran periodista catalán que inspiraba gran parte de nuestro trabajo. Era una leyenda viva para muchos de nosotros no solo por su periodismo, que lo llevó al exilio, sino por su lucidez en el diagnóstico del problema de la extrema derecha y su firmeza a la hora de combatirla con la pluma. Su enfermedad, la poliomielitis, le impedía desplazarse con normalidad, de modo que, con absoluta confianza, nos citó en su casa, entre la calle de Bailén y la Gran Vía.

Xavier y yo compartíamos una lejana amistad con Graeme Atkinson, un histórico militante antifascista inglés, de familia de mineros y activista todavía hoy con más de setenta años. Cada año, Graeme me informa sobre las actividades que realizan los mineros en la gala anual

de Durham. En 2012, me pidió que le pusiese en contacto con los mineros asturianos que se habían levantado en huelga y combatían a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del estado que trataban de reprimir sus protestas. Tras conseguir un buen contacto, Graeme se desplazó a Asturias para apoyar a los mineros durante su revuelta, participando en la marcha negra a Madrid, donde nos encontramos para unirnos a la manifestación. Además, se encargó de recolectar dinero en Reino Unido para enviar a la caja de resistencia de los mineros españoles. Graeme coordinó durante años la sección internacional de Searchlight, una revista de investigación con la que colaboré varios años que venía denunciando desde los sesenta las tramas ultraderechistas. Allí fue donde Xavier conoció al también mítico periodista y escritor sueco Stieg Larsson, quien fundaría Expo, su propia revista de investigación antifascista, todavía hoy activa.

Mi tía Mavi me había hablado mucho de Vinader, a quien conocía personalmente. Lo apreciaba muchísimo y siempre me lo ponía como ejemplo, porque ya sabía de mi empeño por ser periodista. Cuando concerté la cita con Xavier, me presenté como sobrino suyo, buscando su confianza antes de encontrarnos.

Mavi había fallecido repentinamente ese mismo año debido a un cáncer. Fue como una hermana para mí, una especie de mentora. Estaba vinculada a los movimientos de izquierda y valencianistas de los ochenta y los noventa. Fue una de las impulsoras de Ràdio Puça, una radio libre que emitió en València entre 1983 y 1989, y una de las personas que despertaron en mí inquietudes políticas y periodísticas. Siempre se preocupaba por mi seguridad, pues sabía de mi creciente fijación con la ultraderecha y conocía el panorama que había entonces en València, algo que ella ya había vivido durante los años ochenta, cuando también se implicó en la campaña de apoyo a Vinader.

Xavier Vinader nació en Sabadell en 1947, en el seno de una de tantas familias del bando perdedor de la guerra civil. En su casa reinaba el silencio tan habitual en quienes habían experimentado la crueldad del fascismo. Sin embargo, con poco más de veinte años, Xavier empezó a combinar su actividad periodística con su militancia política, primero en la clandestina Organización Comunista de España-Bandera Roja y posteriormente en el PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña).

Escribió en las ediciones comarcales de varios medios. El periodista Xavier Montanyà publicó un libro —Xavier Vinader: El periodisme contra la guerra bruta, Editorial Pòrtic, 2015— en el que relataba las andanzas de su colega y recogía varias conversaciones. En él explicaba que Xavier utilizó a menudo su acreditación como periodista para colarse en la boca del lobo.

Le perdí el miedo. Tenía una voluntad que se podía situar entre la inconsciencia y el periodismo militante. Yo tenía una misión. Sin quererlo, te ibas convirtiendo en un cruzado antifascista y por la libertad de expresión.

Su periodismo comprometido le valió no pocos problemas, primero con el régimen y posteriormente con las bandas ultraderechistas, que actuaban con absoluta impunidad y con la más que descarada complicidad de los funcionarios públicos. El 9 de julio de 1975, su casa familiar sufrió un atentado con explosivos que, por suerte, no provocó víctimas. Hacía poco más de media hora que Xavier había llegado a casa. Lo tenían controlado. La policía no encontró a los autores. Según explicó a Montanyà, la bomba lo motivó aún más: «Eso quiere decir que hemos ido al fondo, que hemos tocado hueso. Esto empieza a ponerse interesante».

Francisco Ros Frutos era un joven policía nacional que fue destinado a Euskadi a los pocos años de morir Franco. Seguramente, ese era el último destino que podía desear un joven recién graduado en el cuerpo, a menos que le fuera la marcha o sintiera un ardor patriótico. ETA, que no había detenido la lucha armada tras la muerte de Franco, mantenía un potencial operativo muy bien organizado entre Francia y el Estado español, principalmente, y tenía capacidad para atentar casi cada semana. Sin duda, la frontera era una de las zonas calientes, por donde cruzaban sus militantes al país galo, que todavía no consideraba a la banda una organización terrorista.

Antes de acabar en la segunda compañía de Basauri, Ros había pasado por València, donde recordaba su primera misión como antidisturbios disolviendo ante el Mercado Central una manifestación de vinicultores

liderada por un grupo de jubilados.

Hubo leñazos a granel, pero, dado que éramos pocos, nos inflaron a hostias enseguida. Pararon un camión de Coca-Cola que pasaba por allí y empezaron a botellazo limpio. Vi partirse cantidad de cascos y numerosos contusionados. Tuvimos catorce heridos y llegó un momento en que se nos acabaron las balas de goma, los botes de humo y todo. La situación se hizo desesperada, pero tuvimos que aguantar, parapetados detrás de los coches y como podíamos.

Ros le contaba esto a un joven periodista en la redacción de la revista Interviú, en 1979. Ese joven periodista era Xavier Vinader, que dio cancha al joven agente para que explicara su vida y sus primeros años en el Cuerpo Nacional de Policía.

Ros relató las circunstancias que lo llevaron a alistarse en el cuerpo, sus problemas familiares, alguna que otra anécdota como la de València y su experiencia en la academia, por donde había pasado tres años antes.

Al poco tiempo de estar allí te das cuenta de que la policía no es una institución social apolítica, como los mandos quieren dar a entender, sino que sigue una línea política muy significativa, una línea política basada principalmente en los principios de instituciones oficialmente extinguidas, como la Falange y el Movimiento. Allí entran personas más o menos normales y cuando salen tienen que haberles cambiado la forma de andar, de vestir, de comportarse y hasta la forma de vivir. Es más, la gente, cuando sale de la academia, tiene una cierta vergüenza de su vida anterior. Se entra con un nombre y se sale con un número.

Interviú publicó las confesiones de Ros en varios artículos y estas desencadenaron una tormenta política y judicial que terminaría con Xavier Vinader en el exilio. El primero de estos artículos se titulaba «Por qué fui

policía» y se publicó en noviembre de 1979.

Ros quería abandonar el cuerpo de policía; en solo tres años había estado destinado en València, Elda y, finalmente, Euskadi, donde se enamoró de una joven vasca, por lo que sufrió el desprecio de sus mandos.

Desde que murió Franco, en la policía no ha cambiado mucho. Aquí se murió el massa pero siguen los capataces. Lo de los cambios dentro de la policía —por muchas declaraciones que se hayan hecho— es un cuento chino. En este cuerpo es imposible cambiar nada si primero no se cambia toda la oficialidad que existe actualmente. Yo entré en la academia con una cierta ilusión porque consideraba esto como un trabajo muy digno, pero pronto empecé a darme cuenta de que allí dentro lo único que preocupaba era el formar gente que fuera fácilmente manejable. […] En cuanto comprendí todo esto y me di cuenta de que si seguía un año más terminaría por aborregarme, pedí la baja, cogí la puerta y me fui.

El artículo ofrecía abundante información sobre cómo funcionan el reclutamiento, la formación y las jerarquías en el cuerpo de policía, algo hasta entonces muy opaco para quienes estaban fuera. Sin embargo, la connivencia entre las fuerzas del orden y los grupos neofascistas era un secreto a voces que pocos periodistas se atrevían a abordar. Ros decidió contar todo lo que había vivido en Euskadi y Vinader recogió el guante e hizo lo que se supone que debe hacer un periodista: contrastarlo y relatarlo. «Nada más llegar empecé a oler a pólvora, a armas sin licencia, a grupos incontrolados, a extremismo, a acciones parcialísimas de la policía en la calle y a otro montón de cosas de cuyo nombre no quiero acordarme», apuntaba Ros.

Ros volvería a Euskadi para infiltrarse en los grupos parapoliciales de extrema derecha que atentaban a uno y otro lado de la frontera contra el entorno abertzale y miembros de diversas organizaciones de izquierda. El embrión de los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL), que entonces actuaba bajo diversas siglas, como Batallón Vasco Español (BVA), Antiterrorismo de ETA (ATE) y la Triple A, se gestaba

entre cuarteles, puticlubs, comisarías y bares frecuentados por fascistas. Y participaban tanto militantes de extrema derecha españoles, italianos y franceses como policías, mafiosos marselleses o mercenarios de todo pelaje.

Vinader y su equipo de Interviú pusieron a disposición de Ros toda una serie de medidas de seguridad y establecieron determinados protocolos para recabar información. La fanfarronería de los ultras a menudo daba pistas sobre varios casos de los que poco se sabía. Jesús García, propietario del puticlub Yon'Kola de Barakaldo, se atribuía la ejecución y la desaparición del dirigente de ETA Eduardo Moreno Bergaretxe, Pertur, y aseguraba que lo había enterrado cerca de un cementerio en Francia después de cortarle las manos para que no pudiesen identificarlo. A día de hoy, el caso sigue sin esclarecerse, pero la mayoría de las fuentes apuntan a que se trató de una acción de estos ultras. Lo mismo que la muerte de otro dirigente de ETA, José Miguel Beñaran Ordeñana, Argala.

Ros, a quien los comandos ultraderechistas consideraban uno más, consiguió abundante información. De hecho, lo designaron para liderar un comando cuya misión era asesinar a Telesforo Monzón, líder histórico del PNV en el exilio y fundador de Herri Batasuna. El policía logró fotografiar varios objetos que Jesús García escondía en el piso superior del puticlub. Allí se guardaba todo tipo de parafernalia ultraderechista, matrículas falsas, listas de objetivos del entorno abertzale y varias armas. Sin embargo, una mala planificación del protocolo delató a los periodistas: alguien los vio entrar y salir del hotel demasiadas veces con cámaras y otros objetos entonces no muy habituales y vio que Ros también entraba allí.

El 22 de septiembre de 1979, dos hombres abordaron el coche de Ros cuando se detenía en un semáforo de la bifurcación de Sondika, en Bilbao. Le llevaron a un paraje alejado de la ciudad y vieron que llevaba documentación de policía. Entonces le preguntaron quién le pagaba. Ros contestó que estaba de vacaciones. Los secuestradores le pegaron un tiro en el estómago y huyeron corriendo al no conseguir arrancar el coche. El policía herido sí que pudo arrancarlo y buscó ayuda. Salvó su vida de milagro. «Han sido los míos», le confesó a Vinader. Era hora ya de publicar la información que habían estado recopilando. No podían esperar más.

Dos meses después del atentado contra Ros, Interviú comenzó a publicar los tres reportajes firmados por Vinader que destapaban la trama ultraderechista y parapolicial. «Por qué fui policía» (15 de noviembre), «Confesión de un infiltrado I: Cómo actúan los ultras vascos» (20 de noviembre) y «Confesión de un infiltrado II: Quisimos atentar contra Monzón» (27 de diciembre). En ellos se daba todo tipo de detalles, nombres, lugares, fechas y fotografías, que acreditaban toda la información.

Han intentado silenciarme. Yo he estado infiltrado entre los grupos de incontrolados que actúan en Euskadi, dentro de los comandos ultras que funcionan contra ETA a un lado y otro de la raya fronteriza. Conozco perfectamente su manera de actuar, dónde se reúnen y entrenan, sus conexiones con los servicios de información, sus coberturas a través de determinados elementos de las fuerzas de seguridad… y he estado metido de lleno en la planificación de una acción desestabilizadora de cierta envergadura que iba a tener lugar próximamente.

Se arma un buen revuelo, pero ni la policía ni los jueces actúan. Una vez más.

Días después, la víspera de Reyes de 1980, dos miembros de ETA ejecutarían a Jesús García en el puticlub que regentaba en Barakaldo, «el verdadero centro de reunión de todos los fascistas y neonazis de la margen izquierda», según relató Ros a Interviú. A las dos semanas, otros miembros de ETA secuestrarían y ejecutarían también a Alfredo Ramos Vázquez, propietario del bar Stadium, otro de los protagonistas de las tramas ultras de los reportajes de Interviú.

Fue entonces cuando varios periodistas de derecha y extrema derecha comenzaron a culpar a Xavier Vinader de las muertes de los dos ultraderechistas a manos de ETA. Fuerza Nueva, a su vez, lanzó la Operación Quiosco, que consistía en impedir mediante la fuerza la venta de la revista Interviú en varios quioscos del país; amenazaban a sus propietarios, se llevaban los ejemplares de esta revista o directamente incendiaban y destrozaban los puntos de venta. La

Asociación de Vendedores Profesionales de Prensa de Madrid llegó a recomendar que se dejara de vender la revista.

Esta escalada violenta como reacción a la investigación periodística culminaría con el intento de secuestro y asesinato de Vinader el 4 de junio de 1980. Varios ultraderechistas asaltaron su domicilio —en la calle Costa de Barcelona— a plena luz del día. Los ultras destrozaron su casa, robaron numerosos enseres y decoraron las paredes con pintadas amenazantes. Xavier, por suerte, ya no estaba allí. Había abandonado el país.

En enero de 1980, el juzgado de instrucción número 1 de Madrid había incoado el sumario 16/80, que relacionaba a Vinader y Ros con las muertes de los dos ultraderechistas. Las viudas de las víctimas habían contratado a Santiago Segura Ferns, el abogado que más tarde defendería a varios golpistas del 23F, entre ellos al teniente general Milans del Bosch. Por su parte, el abogado de Ros y Vinader fue Luis Alfonso Vallés, excapitán de la Guardia Civil y fundador de la Unión Militar Democrática (UMD, una organización clandestina que se oponía al franquismo formada por varios miembros de las Fuerzas Armadas que se habían inspirado en la reciente Revolución de los Claveles en Portugal.

Álvarez Puga, director de Interviú, pactó con el entonces ministro de Justicia de la UCD, Francisco Fernández Ordoñez, que el Gobierno intentaría indultar al periodista si antes Vinader comparecía ante la justicia. Después de once meses de exilio, el 17 de diciembre, Xavier Vinader negó ante el juez cualquier relación con ETA y aseguró que se había limitado a desempeñar su trabajo como periodista. Sin embargo, le acusaron de colaboración con banda armada. El periodista Xavier Montanyà recoge que, antes de mandarlo a la prisión de Carabanchel, el juez le dijo a Vinader: «Mire, no se lo tome a mal. No es nada personal. Lo que pasa es que usted se ha convertido en el exponente de una determinada manera de hacer periodismo que está llegando demasiado lejos. Y debemos dar un escarmiento».

Al día siguiente de entrar en la cárcel, Xavier recibió la visita de cuatro reclusos. Lo primero que hicieron fue echar a su compañero de celda. Este era un ultraderechista que había asesinado a un militante comunista. Xavier no lo sabía, pero esos cuatro hombres estaban allí para proteger su vida. Dos de ellos pasaron día y noche a su lado para

evitar que nadie le tocase. La prisión estaba llena de presos políticos y la entrada de Vinader había corrido como la pólvora. Cuatro días después salió en libertad condicional con una fianza de un millón de pesetas, que pagó Luis María Ansón, entonces presidente de la Federación de Asociaciones de Periodistas de España (FAPE) y actualmente presidente del consejo editorial del Grupo Intereconomía.

Un año después, Vinader fue condenado por la Audiencia Nacional a siete años de prisión por «imprudencia temeraria profesional». La «imprudencia» consistía en haber realizado bien su trabajo y contar todo lo que consiguió acreditar con testimonios, datos y hechos objetivos. No pudieron demostrar ninguna vinculación de Vinader con los autores de los asesinatos, pero no le perdonaron que hubiera demostrado la implicación de miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado en la guerra sucia, algo que hasta ese momento había sido un secreto a voces. A pesar de la gravedad de estos hechos, unos años más tarde sucedería algo mucho peor todavía que también saldría a la luz: la implicación del Ministerio del Interior en la trama de los GAL. Esto llevaría a prisión al ministro José Barrionuevo y a otros cargos del Gobierno de Felipe González, aunque fue entrar y salir, claro.

La condena a Vinader desató una campaña internacional a favor de la libertad de expresión liderada por periodistas, que denunciaban lo que sin duda era una «flagrante irregularidad jurídica», en palabras de Montanyà. El Tribunal Supremo confirmó la pena mientras Vinader se encontraba realizando una entrevista en Londres y este decidió comenzar su segundo exilio.

El Gobierno de Felipe González se comprometió a estudiar el indulto, pero exigía que antes Xavier Vinader volviera a España. Allegados a Xavier y periodistas entablaron una larga y discreta negociación con altas esferas del Gobierno. Finalmente acordaron que ingresara en prisión hasta que llegara el indulto, lo cual ocurrió un mes después, tras una sonora campaña internacional en defensa de la libertad de expresión.

Francisco Ros, el policía que había aportado la información de aquellos reportajes, también fue indultado. Ros había sido condenado a cuatro años de prisión como «responsable, en concepto de cooperador necesario, de un delito de imprudencia temeraria con

resultado de dos muertes y graves daños a un grupo de personas y familias, sin la concurrencia de circunstancias modificativas de la responsabilidad», según la sentencia. Antes de ingresar en el centro penitenciario, Ros intentó modificar su declaración inicial e incluso llegó a negar que se hubiera entrevistado con Vinader. Olvidaba que ambos habían firmado ante notario las entrevistas, las grabaciones y los artículos, por lo que se desestimó esta nueva versión de los hechos. Vinader contaba con un entorno y un apoyo de los que no disponía Ros. Este se sintió solo, tuvo miedo y reaccionó desesperado, a pesar de que Interviú, Vinader y quienes habían preparado con él la infiltración en los grupos ultras sí le apoyaron; pero era un policía y en su gremio, lógicamente, no podía encontrar demasiados apoyos. Tampoco en su familia, en la que, además, había varios miembros de cuerpos policiales. Por otro lado, sufrió las amenazas de la ultraderecha y un intento de secuestro y asesinato, lo cual hizo mella en él.

Tres años después del indulto, en marzo de 1987, el cuerpo sin vida de Fernando Ros fue encontrado por su pareja en el domicilio que compartían en la pedanía murciana de Guadalupe. Se había ahorcado con su propio cinturón. «Se suicida un expolicía que reveló datos de la ultraderecha», informaba El País en una breve noticia que recordaba la investigación de Vinader.

Xavier no fue el único periodista que mostró su compromiso antifascista, según confesaría él mismo a Gemma Garcia en una entrevista para Directa publicada en septiembre de 2014.

Éramos un grupo de francotiradores que nos poníamos de acuerdo fácilmente. El peligro de enfrentarnos a un enemigo tan grande y tan importante nos unía. Por ejemplo, compartíamos la información y así nos asegurábamos de que, si pasaba cualquier cosa, la investigación no se detendría. No había competencia ni personalismos. Se creó una especie de fraternidad que se ha repetido pocas veces y menos ahora, que el periodismo se ha convertido en una profesión muy individualista. Incluso, si yo tenía que cerrar un reportaje y me quedaban pistas para estirar, se las pasaba a otros colegas para que continuaran. No había el ego de mi exclusiva, porque lo más importante era que flotara la verdad. Nunca te sentías solo; éramos

conscientes de lo que teníamos delante y lo importante era desmontar aquel inmenso aparato, al que solo le habían hecho un lifting. Eran la misma gente que mandaba antes, pero, de repente, se hablaba de vivir en democracia. En ese contexto, nos adentramos en el mundo de la extrema derecha y el terrorismo de Estado.[8]

En otro momento de la entrevista, Vinader afirmó: «El Estado nunca ha visto a la extrema derecha como un peligro, sino como un ente colaborador».

También explicó que Ros «no fue el único que cantó, vinieron otros policías, pero no lo hice público para evitar más procesos judiciales».

La agitada transición afianzó el compromiso de muchos periodistas con la democracia y el antifascismo, y fue también escenario de numerosas complicidades entre quienes combatían a la extrema derecha y estos periodistas. Vinader recordaría en un artículo de El Temps de 2008 que un grupo antifascista anónimo había conseguido los archivos completos de Fuerza Nueva y se los había hecho llegar a Interviú.

En plena transición, concretamente en 1979, apareció en Barcelona una misteriosa organización llamada OAS —Organización Antifascista Secreta— que puso en manos de la prensa, concretamente en la revista Interviú, los archivos completos de Fuerza Nueva, la formación ultra más poderosa. Listas de militantes, fichas, fotos y todo tipo de datos. El estruendo también fue grande y la formación extremista nunca más levantó la cabeza. Esto mismo ocurrió con los archivos de FN de València, ciudad considerada un bastión de la organización. Y en las sedes de Sevilla, Bilbao y Madrid también hubo importantes filtraciones internas. La exposición pública de los intríngulis y la caza de brujas interna que se desató dejaron a FN exhausta y herida de muerte para siempre. Expulsiones, escisiones y radicalizaciones marcaron la tónica a partir de ese momento y hasta el momento en que desapareció como partido político, el 20 de noviembre de 1982, tras un fiasco electoral notable.

Xavier murió en Barcelona el 9 de abril de 2015, a los sesenta y ocho años. Dejó una extensa y comprometida obra que todavía hoy sirve de inspiración para muchos periodistas. «Fue un excelente periodista y una gran persona», me dijo mi colega Graeme cuando le informé de su muerte. «Un hombre amable y paciente, que no gozaba de la mejor salud, pero que fue durante muchos años el primer puerto de escala para los antifascistas y periodistas que buscaban información o verificaban detalles sobre el fragmentado movimiento fascista español», escribiría a modo de recuerdo el antifascista inglés en la revista Hope Not Hate.

Al día siguiente de su muerte, el periodista y activista David Fernández me llamó para proponerme colaborar en un especial de Directa en el que se publicarían breves cartas de periodistas en recuerdo de Xavier. Obviamente, acepté. El número 383 de la revista Directa (21 de abril de 2015) recogía textos de Jordi Borràs, Gemma Garcia, Sònia Bagudanch, David Bou, Iñaki García, Sara González, Jesús Rodríguez, Martxelo Otamendi, David Fernández, Montse Santolino, Manu Simarro, Vicent Partal, Xavier Montanyà, Xavier Urbano y Mònica Terribas. Todos mostrábamos el símbolo de la victoria con los dedos: una uve; uve de Vinader, de victoria. Porque que Xavier Vinader existiera ya había sido una victoria.

Este fue el texto que escribí para ese especial de Directa, uno de los medios que, sin duda, tuvo a Vinader y su trabajo como modelo, lo que demostraría a lo largo de toda su trayectoria.

Lo hiciste, a pesar de todo. Te enfrentaste a la bestia y te quisieron hacer pagar por dejarla en evidencia. Para mostrar al mundo que nada era como nos contaban, y que precisamente el oficio de periodista se había inventado para eso, para explicarlo, para poner luz donde algunos insistían en mantener la oscuridad más absoluta, incluso cuando decían que ya brillaba el sol. Hay que reconocer a los maestros como tú, a quienes hacen que no te sientas solo ante un monstruo, los que no callan, ni se rinden al tiempo ni al miedo. Quienes sembraron el camino por donde algunos, humildemente, pretendemos caminar. Sin aparcar el compromiso y flotar por encima del bien y el mal, como algunos piensan que se debe situar el periodista. Para algunos de nosotros, los valores son equipaje imprescindible para este viaje, como

el amor, la honestidad y el coraje. No lo entendemos ni lo queremos de otra manera, y tú eres de los más cercanos y mejores ejemplos. Y cuando estamos solos, pensando si vale la pena esta historia, seguiremos pensando en ti.

---

[8] Disponible en https://directa.cat/lestat-mai-ha-vist-lextrema-dreta-com-un-perillsino-com-una-collaboradora/.

06

Homenaje a Hitler

en Madrid

«Lo más grave, en el caso de Eichmann, era precisamente que hubo muchos hombres como él y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terrible y terroríficamente normales».

HANNAH ARENDT, Eichmann en Jerusalén:

Un estudio sobre la banalidad del mal, 1963

Un grupo de cerca de dos centenares de hombres desfila por el centro de Madrid con paso firme. Lidera la marcha una pancarta en la que se lee: «Libertad de expresión». Hay gente de diferentes edades y varios skinheads cierran la comitiva. Solo se ven unas pocas mujeres. Junto a las escaleras del antiguo cine Benlliure, la multitud se concentra y levanta el brazo haciendo el saludo fascista mientras grita varias veces: «¡Adolf Hitler!».

Tras un largo aplauso, un hombre se dirige a la multitud:

Nos hemos reunido aquí para intentar celebrar un acto legal, privado y en orden. El acto fue legalizado hace quince días y nos fue concedido el permiso. Contratamos un cine y fue pagado. Tenemos el permiso y el contrato. Queríamos ofrecer al público la posibilidad de escuchar a personas que opinan diferente sobre Hitler y su

cosmovisión del mundo a la versión que nos han dado los vencedores de la Segunda Guerra Mundial.

No se le oye bien y alguien le pasa un megáfono. El público aplaude y un hombre ondea una bandera con la cruz gamada. El orador es Pedro Varela, entonces presidente del Círculo Español de Amigos de Europa (CEDADE), que ha convocado el acto con motivo del centenario del nacimiento de Adolf Hitler, el 20 de abril de 1989.

—Nunca hubo cámaras de gas en Auschwitz —grita Varela, arrancando de nuevo un intenso aplauso de los congregados.

—¡El Holocausto es mentira! —corean.

—Precisamente por eso tienen terror a que se llegue a saber alguna vez que nunca murieron gaseados seis millones de judíos en los campos de concentración.

A su lado, tras la pancarta, se encuentra un hombre de setenta años que mira al infinito mientras Varela habla. Da la impresión de que no entiende el castellano. Viste con traje y corbata, como el resto de los participantes que sujetan la pancarta de cara a la multitud. Su nombre es Thies Christophersen, un granjero de Kiel, una ciudad alemana bañada por el Báltico. Fue nombrado líder especial de las Waffen SS de Hitler y destinado a un puesto de control de plagas a tres kilómetros de Auschwitz. Toma el megáfono y se dirige a los asistentes en alemán:

Estuve en Auschwitz y tuve la oportunidad de encontrarme personalmente con Hitler en su cuarenta y nueve aniversario. La época de Hitler fue una época de derechos y una época realmente democrática. En aquellos tiempos lo decía alto y lealmente: Sieg Heil!

La multitud repite la consigna, el saludo a la victoria del Tercer Reich, mientras estira el brazo con la palma boca abajo y la mano tiesa. Christophersen era conocido esos años por sus actividades en

Dinamarca, donde residió diez años y montó la editorial Kollund-Verlag, que distribuía todo tipo de literatura negacionista del Holocausto en varios países del mundo. Siempre defendió que no hubo ningún exterminio y que era un privilegio para los prisioneros estar detenidos en Auschwitz. Según Christophersen, se les trataba de manera excelente y se les daba la oportunidad de ser enviados a grupos de trabajo adecuados a sus profesiones. Aseguró, además, que en Auschwitz no hubo cámaras de gas y que los judíos trabajaban en jornadas de ocho horas «para devolver lo que habían robado».

Varela toma de nuevo el megáfono y vuelve a recordar que el acto estaba autorizado y que ha transcurrido sin ningún incidente. No hay presencia policial ni tampoco la ha habido durante todo el desfile por la calle de Alcalá y la calle de Goya, en pleno centro de Madrid. El gentío se dispersa, ahora sí, mientras algunos entonan una canción castrense alemana, popularizada en España por la Falange: «Yo tenía un camarada, entre todos el mejor».

En otros países europeos, se ilegalizaban este tipo de actos y organizaciones como CEDADE, pero en España no existía ninguna ley al respecto. Hasta la reforma del Código Penal, en 1995, no se contempló la negación del Holocausto ni la provocación al odio como delito —un tema del que nos ocuparemos más adelante—. Por esta razón, hasta 1995 España se convirtió en un oasis para el neonazismo europeo; a eso se le añade que en la época franquista ya había sido uno de los principales refugios para varios criminales de guerra nazis y fascistas desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

El historiador catalán Xavier Casals publicó un libro a mediados de los noventa en el que analizaba pormenorizadamente el neonazismo español desde los años sesenta. Neonazis en España: de las audiciones wagnerianas a los skinheads (1966-1995) es un excelente trabajo de investigación que cuenta con numerosas entrevistas a varios líderes de estos movimientos y abundantes referencias a sus publicaciones. Aunque el libro hoy está descatalogado, tuve la suerte de adquirirlo el mismo año que se publicó y todo este tiempo me ha servido como referencia en este tema. Casals es uno de los mayores conocedores de la ultraderecha y publica numerosos libros y artículos al respecto.

El libro de Casals realiza una cuidadosa autopsia de todos estos grupúsculos y en especial de CEDADE, la principal organización

neonazi del Estado español hasta hoy y quizás una de las más importantes a nivel mundial. CEDADE nació a finales de los años sesenta y desarrolló una prolífica actividad durante sus casi treinta años de vida, hasta mediados de los noventa. Se consideraban a sí mismos una especie de élite intelectual que estaba muy por encima del casposo nacionalcatolicismo. Esta organización fue fundada en 1966 por Ángel Ricote y realizó la más importante labor de impresión y difusión de literatura pronazi y negacionista del Holocausto durante casi treinta años. Entre muchos otros libros, CEDADE publicó La mentira de Auschwitz, de Thies Christophersen, el orador alemán que en 1989 acompañó a Pedro Varela en el acto de homenaje a Hitler en Madrid. Años atrás, Christophersen había sido condenado en Alemania a dos años de prisión por difundir propaganda nazi y revisionista, y CEDADE puso en marcha una campaña por su liberación en la que lo presentaba como un humilde agricultor perseguido por escribir libros.

CEDADE consiguió aglutinar a un sector de la ultraderecha que no acababa de conformarse con el menú ideológico de la dictadura franquista y sentía admiración o curiosidad por las ideas de Hitler. CEDADE no se dedicó a promocionar el franquismo ni la figura de Franco, incluso a menudo se distanció del ultranacionalismo español que caracterizó a la dictadura. El propio Pedro Varela explicaría la relación de CEDADE con el régimen en un libro editado en 2019 junto con otros exmiembros de la organización. En CEDADE: Algo así como una historia (1966-1993), Varela explica:

Siendo críticos con los defectos y lastres del régimen, muchos de los miembros de CEDADE se consideraban sin embargo a sí mismos y en privado franquistas, por la honradez de intenciones del caudillo, la austeridad personal del jefe de Estado y por sus logros militares y sociales en el país durante y después de la guerra civil.

Esto no era óbice para criticar con dureza el comportamiento de algunos representantes del régimen y cierta corrupción, ciertamente ínfima si la comparamos con la existente en los regímenes democráticos.

El libro, publicado por Fides, la editorial de otro histórico líder del neofascismo español, Juan Antonio Llopart, recopila numerosos archivos gráficos de la organización e incluye textos del editor, de Varela, Ramón Bau, Javier Nicolás, Jorge Giménez-Tejedor y J. C. Martín.

CEDADE mantuvo estrechas relaciones con refugiados nazis en España, como Otto Skorzeny, Friedrich Kuhfuss o el belga León Degrelle, quienes vivían plácidamente en el Estado español protegidos por Franco. Según confesaría Ramón Bau —histórico neonazi y miembro de CEDADE— al historiador Xavier Casals, Arabia Saudí llegó a pagar ciertas cantidades de dinero a la organización para publicar literatura antisemita. Así lo confirmaría Pedro Varela en el libro editado por Fides, en el que admite haber solicitado financiación directamente a la embajada saudita. Según Varela, con la aportación de la dictadura wahabita se editaron dos volúmenes del libro-fascículo El problema judío en español y en árabe, y se tradujo el libro de Joaquín Bochaca El enigma capitalista al árabe. Se desconoce el origen de la mayor parte de los fondos con los que contaba la organización, aunque Varela afirma: «En contados casos se consiguió una pequeña financiación extraordinaria con un objetivo claro y concreto. Lo demás era trabajo, trabajo y más trabajo».

La organización, según explica Casals en su libro, entró en declive a partir de 1985 y progresivamente devino «una entidad difusora de un nazismo testimonial, prácticamente sin seguidores (excepto en la delegación de Madrid) y con una revista deficitaria». Si en 1983 se anunciaban en su revista ocho delegaciones y veintiocho sucursales, con presencia incluso en Miami, América Latina y Portugal, a finales de los años ochenta la única delegación que mostraba cierta actividad era la de Madrid. De hecho, la campaña realizada con motivo del centenario de Hitler en 1989 fue uno de sus últimos hitos reconocidos en círculos neonazis a nivel mundial. CEDADE imprimió con este motivo 40.000 carteles y 16.000 adhesivos, que se distribuyeron por varias ciudades del Estado español, Alemania, Austria, Suiza, Chile y Argentina, y que, en una acción coordinada, aparecieron justo el 20 de abril en numerosos espacios públicos.

Sin embargo, la entidad ya atravesaba una profunda crisis económica y política. Gran parte de su militancia había desertado y a mediados de los ochenta empezaba a fraguarse una progresiva renovación del

espectro ultraderechista con la entrada en escena de una nueva generación que no había vivido el franquismo y veía a CEDADE como un selecto club intelectual alejado de la calle y las instituciones, dos nuevos escenarios en los que se librarían nuevas batallas.

La importancia de CEDADE, más allá de su labor propagandística, radica también en las personas que en algún momento estuvieron al frente o al calor de la organización. Pedro Varela, que presidió la entidad los últimos años hasta su disolución en 1993, seguirá con su actividad editorial al frente de la librería Europa, abierta en la etapa de CEDADE en Barcelona. Varela todavía hoy es uno de los principales referentes y aglutinadores del neonazismo y neofascismo español, mitificado además por haber sido detenido y encarcelado en varias ocasiones por difundir ideas genocidas.

En el acto de Madrid por el centenario de Hitler, junto a Varela aparece Christian Ruiz, secretario de la organización aquellos años. En 1995, Ruiz estará entre los artífices de Democracia Nacional (DN), el primer partido español que pretendía emular a la extrema derecha europea. Junto a Ruiz, de la delegación madrileña, José María Ruiz Puerta ocuparía la vicepresidencia. Era este un conocido abogado que asumió la defensa de Varela. En fechas recientes, Ruiz Puerta ha aparecido en varios medios de comunicación representando a Vox por la localidad de Parla.[9] Otro conocido exmiembro de la formación neonazi es Isidro Juan Palacios, responsable de la revista Punto y Coma y de la esotérica Más Allá. Isidro ejerció de secretario de Jorge Verstrynge cuando este formaba parte de Alianza Popular (AP) y posteriormente fue contratado por el PP de Castellón en varias ocasiones para impartir cursos de oratoria a sus candidatos. Su hermano, Jesús Palacios, que también pasó por CEDADE, en 2006 realizó para Telemadrid un documental sobre el golpe de Estado de 1983 por el que cobró 89.900 euros.

Ramón Bau es otro exmiembro de CEDADE que hoy en día sigue defendiendo la doctrina nacionalsocialista. Bau fundó Ediciones Wotan, el boletín Mundo NS y Nuevo Socialismo, que fue una escisión de CEDADE que intentaba adaptar a su manera algunas de las ideas de la Nueva Derecha francesa, el laboratorio de ideas neofascista más importante de Europa. Se desligaba en parte del elitismo que envolvía a CEDADE y preconizaba una vertiente más popular y combativa. Posteriormente, Bau crearía el Círculo de Estudios Indoeuropeos (CEI),

por el cual acabó también en los tribunales. Actualmente lidera Devenir Europeo, en la línea de las anteriores organizaciones citadas. Ramón Bau es un personaje clave del neonazismo español y de él hablaremos más adelante.

Sin embargo, CEDADE se caracterizó sobre todo por su prolífica actividad intelectual y literaria, así como por sus contactos internacionales con prácticamente todo el neonazismo y neofascismo global de aquellos años. Ellos mismos o sus miembros promovieron Nuevo Arte Thor, que fue la primera editorial de la Nueva Derecha en el Estado español, así como Sarmata, la primera distribuidora de libros «social-patriotas», según sus propias palabras.

La Oficina Federal para la Protección de la Constitución, del Ministerio del Interior de Alemania, consideraba a CEDADE uno de los grupos nacionalsocialistas más importantes del mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta los años noventa. El eurodiputado laborista James Glyn Ford fue el relator de un extenso informe realizado en 1990 por una comisión especial del Parlamento Europeo creada para analizar el crecimiento del racismo y la xenofobia en Europa. Este afirmaba que CEDADE era la organización neonazi más importante: «Produce propaganda hitleriana, tiene secciones paramilitares uniformadas y cuenta con numerosos grupos asociados en muchas ciudades españolas, incluida un ala juvenil llamada Juventudes Nacional-Revolucionarias».

Ford recordó que ya en 1986 otro informe del diputado griego democristiano Dimitros Evrigenis había llamado la atención a España sobre la militancia de destacados exfranquistas en el PSOE y en Alianza Popular, y alertaba sobre los problemas que traería la impunidad concedida a los franquistas durante la transición. Ford añadía que su máxima preocupación «no son quienes llevan esvásticas y otros símbolos nazis, sino la gente de extrema derecha que viste de ejecutivo». En su opinión, después de cuarenta años de dictadura, «las raíces de la ultraderecha son bastante profundas y la ruptura gradual con el antiguo régimen ha dejado latente este peligro, porque no se ha querido destapar demasiado». Finalmente, alertaba de los contactos entre la extrema derecha española y el Frente Nacional francés de Jean Marie Le Pen y vaticinaba lo que sucedería después: «En los años noventa se van a concretar este tipo de organizaciones en Europa, unidas por las actitudes xenófobas hacia los inmigrantes».

En el libro editado por la editorial neofascista Fides en 2019, J. C. Martín explica:

Gente de CEDADE ha estado en los inicios de prácticamente todos los grupos nacionalsocialistas y nacional-revolucionarios (no, no es lo mismo) aparecidos en España desde los años setenta hasta el cambio de siglo. Algunos grupos fueron incluso creados en contra de CEDADE por nacional-revolucionarios y nacionalsocialistas que después de conocerles querían enseñarles «cómo se hace política», otros por exmiembros que querían continuar su obra por caminos distintos… Curiosamente, en un ambiente tan dado a la fragmentación como es el de la oposición nacional, prácticamente ningún grupo nacionalsocialista o nacional-revolucionario nació de una escisión de CEDADE, con la posible excepción de las JNR de Madrid, de breve pero ruidosa trayectoria.

Sin embargo, desde los años ochenta, CEDADE convivió con una nueva hornada de autodenominados neonazis y nacional-revolucionarios que a menudo eran mal vistos por estos padres intelectuales del nacionalsocialismo en España. El propio Juan Antonio Llopart, que posteriormente lideraría el neofascista Movimiento Social Republicano (MSR), explica en el prólogo del libro sobre la historia de CEDADE que esta organización «no tenía nada que ver con los tarados salidos de películas estilo American History X ni con esos hooligans borrachos repletos de tatuajes con esvásticas que inundan el fútbol en cualquier estadio europeo vomitando violencia; CEDADE era otra cosa. En efecto, se podrá estar o no de acuerdo con las ideas que defendían, pero su comportamiento ético, su interés por la formación, por los libros, por la cultura y el arte, su rechazo frontal a los “nazis esculpidos por el sistema” y a la violencia les convertía en una organización muy diferente a la del resto de la galaxia etiquetada como “fascista”».

Ramón Bau también cargaría contra esa nueva generación de jóvenes neonazis que actuaban como bandas callejeras violentas y usaban el supremacismo que les ofrecía el ideario nazi para justificar sus crímenes. «El movimiento skin ha sido una tremenda desgracia para el

nacionalsocialismo. Ha convertido el nacionalsocialismo en una bandera para grupos de gamberros y beodos […], ha ensuciado todo y costará mucho limpiarlo».

Sin embargo, esos personajes a los que Llopart, Bau y otros intelectuales del nacionalsocialismo despreciaban reivindicarán el nazismo, portarán sus banderas, se tatuarán la figura de Hitler y los símbolos del Tercer Reich y, en muchas ocasiones, formarán parte de las diversas organizaciones políticas que impulsarán estos mismos intelectuales, comprarán sus libros, y participarán en sus actos y campañas. A ello volveremos más adelante.

---

[9] Disponible en https://www.lamarea.com/2019/04/08/el-miembro-de-vox-josemaria-ruiz-puerta-fue-lider-del-historico-grupo-nazi-cedade-que-calificaba-el-holocausto-como-una-fabula/.

07

Bases Autónomas (BB AA)

y los nacional-revolucionarios

«Nacida para incordiar a los bienpensantes de los ochenta, una plaga negra y silenciosa comenzó a roer en los sótanos y alcantarillas de la universidad de Madrid hace algún tiempo… Ahora, acechando en cloacas y vertederos, se expande como un rumor. La red de alcantarillado de la ciudad ha permitido la extensión de la plaga hasta el centro mismo de la capital del reino… Las sombras acechan, la peste aguarda su hora, y mientras tanto…».

BASES AUTÓNOMAS, La Peste Negra, 1986

Un dibujo de unas ratas escondidas tras un cubo de basura entre los barrotes de una alcantarilla. «Para mí las criadillas de AP», dice una. «Yo me conformo con los sesos de un liberal… ¡Y su cartera!», exclama otra. Es el número 8 de la revista La Peste Negra, el órgano de expresión de la Coordinadora de Estudiantes Nacional Revolucionarios (CENR), de mayo de 1986. Esta es la rama estudiantil de Bases Autónomas, nacida en la Universidad Autónoma de Madrid dos años y medio antes bajo el liderazgo del exmilitante de las JNR Fernando Perdices. La rata negra la habían popularizado los neofascistas franceses después del Mayo del 68, concretamente el Groupe Union Defense (GUD). Esta organización utilizaba la cruz céltica, un símbolo que también adoptó Bases Autónomas.

En diciembre de 1984, Bases Autónomas se dio a conocer en la universidad. Intentaron unirse a las protestas estudiantiles contra la

subida de las tasas universitarias, pero fueron expulsados por la fuerza. Las universidades eran un espacio en el que la izquierda tenía notable fuerza y la irrupción de estos grupos neofascistas tan diferentes de los nostálgicos franquistas desconcertó a más de uno. Estos rompían con la extrema derecha tradicional y nostálgica hasta tal punto que sacaron pegatinas y carteles contra la celebración del 20N —que calificaban de «vergüenza nacional»— y llamaban a los franquistas que acudían al 20N de 1985 «lloronas de comunión diaria» o «lectores del Abc con Fraga en el corazón».

Según el historiador Ferran Gallego, Bases Autónomas «había comprendido uno de los elementos cruciales de la cultura de la posmodernidad, que podría arrancar ya de ciertos aspectos del 68 francés: la primacía de la estética, el valor simbólico del gesto destructivo, del nihilismo realizado en la algarada, del bullicio que rompe la tranquilidad del sistema y denuncia, en su misma realización, la farsa de una sociedad organizada, laboriosa y satisfecha». En su libro Una patria imaginada (Síntesis, 2011) destaca de esta organización la «sagacidad para descubrir el tipo de consigna que podía encandilar a sectores marginales, su determinación al uso de la violencia y las manifestaciones propias para presentarse como los defensores intransigentes de los jóvenes marginados por el sistema, el uso de iconografía impactante y que incluía en su propia tradición todo lo que había actuado contra el orden burgués, como la imagen de Durruti», cuya figura reivindicaron el 20N de 1984.

Bases Autónomas supuso un elemento absolutamente novedoso y renovador en la extrema derecha que, en buena medida, desconcertó a la izquierda, acostumbrada a batirse con los camisas azules y los franquistas irredentos.

Bases Autónomas vio en las bandas de skins y en los campos de fútbol un caladero donde reclutar nuevos militantes y difundir sus ideas. En el boletín ¡A por Ellos! de diciembre de 1986, se manifestaba su intención de ocupar las gradas.

El estadio debe servir a la política, no la política al estadio; debe ser un frente de lucha más, en el que se pueda captar gente para el movimiento político, aprovechar la ocasión de hacer propaganda

gratuita […] y arremeter contra las peñas ideológicamente hostiles.

Simultáneamente, en varias de sus publicaciones reivindicarían la violencia protagonizada por skinheads y radicales del fútbol.

El historiador Xavier Casals señala la capacidad que tuvo Bases Autónomas para integrar en sus filas a «jóvenes marginales» que se sentían atraídos por la violencia y la acción directa más que por la línea política de la organización. Casals escribe:

La formación escoró hacia los desórdenes callejeros y la exhortación a la acción directa se tradujo en violencia gratuita, que se quiso presentar como expresión de protesta subversiva de una juventud frustrada. […] Primaba el activismo y la violencia, mientras la reflexión teórica era cada vez menor, por no decir inexistente. Ello tuvo un coste inmediato: si bien se podía reclutar a decenas de jóvenes para acciones concretas, era casi imposible efectuar actividades políticas que trascendieran de ese nivel.

Esta primera etapa de Bases Autónomas estuvo marcada por una progresiva radicalización de sus acciones, una violencia cada vez más habitual y descontrolada, y una campaña de agitación y propaganda notable en las calles de Madrid. Paralelamente, otros grupos similares empezaban a emerger en otros puntos del Estado. Concretamente en Asturias, antiguos militantes del Frente Nacional de la Juventud constituirán en 1985 Vanguardia Nacional Revolucionaria (VNR), inspirados por el pensamiento nacional-revolucionario y el filósofo italiano Julius Evola. Esta organización contó con seguidores en otras ciudades, como Santander, Valladolid, Bilbao o Salamanca, y en 1989 Málaga y Barcelona. En València, en 1988 apareció Acción Radical, una de las organizaciones más destacadas; con ella tuve que convivir mis primeros años de adolescente y de ella hablaremos más tarde.

El 20N de 1989 un comando ultraderechista asesinó en Madrid al diputado de Herri Batasuna Josu Muguruza. Este hecho supuso un punto de inflexión para Bases Autónomas. Su abierta actividad

violenta ya les había valido una notable presencia en los medios de comunicación y, aunque no se pudo relacionar el asesinato con este grupo, la presión policial se incrementó. Un mes antes ya habían sido noticia por los incidentes que protagonizaron en un mitin de Adolfo Suárez. Finalmente, la organización anunció su disolución en febrero de 1990, mientras acusaba a la prensa de una campaña de desprestigio.

Su legado continuó con otras siglas y, así, el Frente Revolucionario Autónomo (FRAT) y la Asociación Cultural Bernal Díaz mantuvieron cierta actividad, aunque más discreta. Sin embargo, la disolución de Bases Autónomas ya estaba prevista desde dos años antes, como demuestra el Manifiesto autónomo radical de enero de 1988, firmado por la CENR y Bases Autónomas, en el que anunciaban el final de una etapa. En este documento, tras exponer las conclusiones de sus cinco años de existencia y reiterar su marco ideológico nacional-revolucionario, manifestaban su intención de elegir «la hora justa de nuestra muerte. Nuevas mutaciones para un movimiento en perpetuo movimiento». Bases Autónomas despejaba así el camino para su disolución, al menos de cara al público, «manifestando su intención de empezar a trabajar sobre nuevas bases de acción política».

En 1988, el mismo año que Bases Autónomas se replanteaba esta renovación, un grupo desconocido irrumpía en la manifestación de la huelga general del 14 de diciembre en València. La mayoría de los presentes no conocía el símbolo que aparecía en la pancarta que portaban, escrita en catalán («Contra el capital, lluita radical»). Era una cruz céltica. No tardaron en llegar varios sindicalistas que sí sabían lo que era. Empujones, golpes y gritos. Su presencia fue breve, pero suponía la presentación pública de una organización creada unos meses antes (el 20 de abril, que era el aniversario de Adolf Hitler). Esta nueva organización era Acción Radical (AR), que los siguientes años daría mucho que hablar.

El paso de Bases Autónomas a un segundo plano durante un tiempo y el paralelo crecimiento de los grupos nacional-revolucionarios en todo el Estado supondrán el inicio de una nueva etapa tanto para la extrema derecha como para quienes la combatían. Las «fuerzas nacionales» —es decir, los restos del franquismo que trataban de buscar su encaje en democracia— no veían con buenos ojos la extrema violencia de los nuevos grupos autónomos y, a su vez, estos tampoco

tenían ninguna intención de sumarse a sus nuevos proyectos, pues rechazaban directamente la democracia y los viejos liderazgos. Por otra parte, el antifascismo ya empezaba a reorganizarse frente a estos nuevos grupos, que incrementarían su actividad y su violencia en los años posteriores.

El momento histórico en el que se desarrollaba todo esto era muy particular. Tras décadas de aislamiento a causa de la dictadura franquista y el compás de espera de la transición, emergieron tanto nuevos movimientos sociales de izquierda (okupación, insumisión, ecologismo…) como nuevos grupos de extrema derecha, todos ellos, de un lado y del otro, ya en sintonía con el resto de Europa. Al mismo tiempo llegaron las modas juveniles de lo que se denominó tribus urbanas, que también se mezclarían en esta explosión de identidades. Aunque estas estéticas no tenían siempre relación con determinadas ideas políticas, un fenómeno que ya había aparecido en los años ochenta cobraría más relevancia gracias al sensacionalismo de los medios de comunicación y a la progresiva implicación política de sus miembros en ambos bandos. Había llegado la época de los skinheads.

08

La llegada de los skinheads

«Stop your runnin' about,

it's time you straighten right out.

Stop your runnin' around

making trouble in the town».

DANDY LIVINGSTONE, Rudy, a message to you, 1967

El historiador catalán Carles Viñas ha investigado a fondo a la extrema derecha, y también el fenómeno y la cultura skinhead en el Estado español. Su tesis doctoral, Skinheads a Espanya: Orígens, implantació i dinàmiques internes (1980-2010), presentada en 2012 en la Universitat de Barcelona, aborda la irrupción de este movimiento durante los años ochenta y su evolución a lo largo de las siguientes décadas.

En España el origen de los skinheads se remonta a inicios de los años ochenta […]. Como explica el guitarrista del grupo Decibelios, Manel Domènech, durante el bienio 1980-1981, «había permisividad entre el ambiente punk ante cualquier propuesta, como la estética skin, cierta complicidad, todo era lo mismo […]. No fue un cambio importante porque todo el mundo iba a su manera […]. Ir rapado era una estética más, no era tan diferenciador, quizás lo más innovador era el pelo

muy corto… Estos eran los rasgos más distintivos […] pero los skins entonces eran unos más dentro de nuestro grupo. La postura política era sobreentendida, había «rabia y furia contra la sociedad», eso era lo que nos unía […]. Simpatizábamos más con los movimientos anarquistas, era lo que sentíamos más cercano.

Igual que había sucedido primero en Gran Bretaña y luego en otros países, los primeros skinheads no pertenecían a grupos de extrema derecha. Al contrario, venían de ambientes punk, a pesar de que en otros países la estética ya había empezado a ser secuestrada por la extrema derecha.

La presencia de skins en Barcelona y alrededores entre 1980 y 1984, a pesar de ser escasa, seguía siendo notable respecto al resto de ciudades del Estado […]. En Madrid los primeros skinheads surgieron, como sucedió en Barcelona, del entorno punk […]. A partir de 1982 empezaron a ser visibles en áreas concretas de la ciudad. La presencia de jóvenes skins, surgidos de los círculos de amistad de bandas punk como la UVI, la Broma de Satán o Panadería Bollería Nuestra Señora del Karmen (PBNSK).

Los primeros skins de extrema derecha no aparecieron hasta mediados los ochenta —según Viñas, concretamente entre 1984 y 1985—, principalmente a raíz de su acercamiento a las primeras gradas ultras en Madrid, lideradas por Ultras Sur y el Frente Atlético. En Barcelona, estos primeros skins que se reivindicaban de ultraderecha eran extremadamente jóvenes y nadie les dio mayor importancia. Es más, había cierto respeto de estos hacia otros colectivos alternativos. Un testimonio recogido por Viñas en su tesis doctoral lo explica así:

En los inicios convivíamos todos juntos. Había cierta tolerancia y estábamos todos mezclados. Todo el mundo se conocía y […] nos saludábamos y nos respetaban porque nosotros éramos más mayores que ellos y aún había cierto respeto porque éramos skins. Algunos

eran «punkis reconvertidos», adolescentes que habían compartido espacios con los punkis y skinheads locales más veteranos.

Sin embargo, de nuevo a través del fútbol, la ultraderecha empezó a apoderarse de la estética.

En Cataluña la presencia de cabezas rapadas neofascistas fue visible inicialmente en localidades como Barcelona, Badalona, El Masnou, Mataró, Arenys de Mar, Santa Coloma de Farners, Roses, Blanes, Manresa o Premià de Dalt, mayoritariamente vinculados a posteriori al grupo de seguidores radicales del RCD Español, las Brigadas Blanquiazules (BB BB), creado en 1985 y en grupúsculos de extrema derecha. Estos ultras blanquiazules se convirtieron en el aglutinador en la capital catalana de la juventud neonazi local. Dentro de las BB BB pronto se crearon las primeras secciones íntegramente formadas por cabezas rapadas, como Skinheads Barcelona Area Radikalh. Este grupúsculo llegó a editar material diverso e, incluso, publicó el fanzine División Barcelona.

No era extraño ver a estos primeros skinheads neonazis acudir a los conciertos de punk y de la escena alternativa. A mediados de los ochenta, los conciertos de Toy Dolls y Decibelios en Barcelona fueron escenario de míticas peleas en las que se empezó a advertir la presencia de neonazis. Al principio, la sorpresa y la cautela evitaron que se produjeran incidentes, ya que algunos de estos skins eran conocidos porque antes habían sido punkis o habían frecuentado estos ambientes. Pero inmediatamente se decidió que esos espacios no se podían compartir con estos nuevos nazis, que, además, solían protagonizar altercados violentos con otros asistentes. Son varias las anécdotas al respecto, en las que se les echaba a palos o se les esperaba a la salida para advertirles que no volvieran a asomarse por allí.

Estas bandas de skins, más configuradas como grupos de amigos que como organizaciones políticas, a menudo participaban en los actos que convocaban los grupos de extrema derecha, como el 20N o el Doce de

Octubre. Y pronto empezarían a imitar la contracultura de izquierdas con sus fanzines y, más adelante, su escena musical propia, conocida como RAC (Rock Against Communism), que llegaría a España a principios de los noventa.

Según Viñas, en la primera mitad de los años noventa tuvo lugar el auge de los cabezas rapadas neonazis en España, motivado por dos factores:

Por un lado, la profusión de imágenes, columnas de opinión, artículos y reportajes publicados sobre los actos cometidos por una minoría que gozó de una cobertura informativa desmedida, favoreciendo su magnificación y una amplia difusión; y por otro lado, la eclosión de los grupos radicales de seguidores de fútbol en la liga estatal (el mal llamado «mundo ultra») que supuso el predominio de los cabezas rapadas en las gradas. La difusión obtenida favoreció que muchos adolescentes adoptaran esa estética transgresora hasta entonces poco conocida. A partir de entonces se incrementó progresivamente la presencia de jóvenes con aspecto skin en los actos y convocatorias de los grupos y partidos de extrema derecha, los cuales se vieron sorprendidos por la irrupción de las bandas de cabezas rapadas. Un auge que en 1992 llegó a su cenit.

En algunos territorios del Estado, la presencia de skinheads neonazis fue prácticamente nula. En Euskadi, Extremadura o Canarias era difícil ver alguno, a menos que estuviese de paso. En Galicia, a pesar de la hegemonía del movimiento skinhead antifascista, existieron algunos grupos neonazis que, según Viñas, provenían de los cuarteles de La Coruña, Santiago de Compostela o Figueirido (Pontevedra), donde estaba la Brigada de Infantería Ligera Aerotransportable Galicia VII (BRILAT). A principios de los noventa se produjeron varias agresiones neonazis en la zona que pusieron en alerta a los colectivos de izquierdas, que prácticamente dominaban las calles. Un grupo de neonazis apuñaló a un joven antifascista en La Coruña e intentó atropellar a un miembro de Xuntaza Antifascista. Se empezaron a detectar otras agresiones neonazis contra personas sin hogar y migrantes, y se abrió una tienda neonazi llamada El Zulo, que tuvo

que cerrar a los pocos meses por la presión y los ataques de los antifascistas.

Antón creció en Santiago de Compostela. Antes de marcharse a Madrid, vivió los años noventa en Galicia, y frecuentaba los ambientes de la izquierda radical y el movimiento skinhead de la época. Hoy sigue manteniendo esa estética y regenta una tienda de ropa. Afirma que en Galicia era muy difícil ver neonazis.

Lo que sí que hay en Galicia es una derecha sociológica y conservadora muy arraigada. No teníamos miedo de que viniesen nazis a agredirnos, aunque puntualmente había algún colgado, como uno que teníamos en Santiago al que conocíamos todos. En Ferrol durante la transición sí que hubo problemas con Fuerza Nueva y con algunos franquistas, y también con militares, pero eran casos muy puntuales.

En Galicia y en algunos otros territorios del Estado, la hegemonía de la izquierda en las calles (que no quiere decir en las urnas) evitó que varias generaciones tuvieran que enfrentarse a bandas neonazis saliendo de caza todos los fines de semana. Aunque cada zona tenía sus propios problemas y su propia idiosincrasia. Según Antón, en Galicia el conflicto era entre españolismo y nacionalismo gallego, pero no había enfrentamientos físicos.

El fútbol fue el banderín de enganche para mucha gente. La izquierda era hegemónica. Teníamos mucha más representación allí y en la universidad que en la sociedad en general. Eso sí, venían nazis del fútbol de fuera a menudo, como los Ultra Boys y el Batallón Gijón, o las Brigadas Azules del Oviedo. El fútbol era nuestra vía de contacto con los nazis, porque aquí no había.

El fútbol fue, de nuevo, el punto de reunión de la mayoría de los skinheads de la época. Viñas explica en su tesis doctoral que la

creación de la hinchada Riazor Blues en sus inicios estuvo marcada por la presencia de una sección con tintes ultraderechistas llamada Nikis Sur, cuyos miembros formaban parte también de Ultras Sur y mantenían contactos con los neonazis madrileños de Bases Autónomas. La presión de los grupos antifascistas y de la izquierda independentista logró que este grupo fuese expulsado de la grada.

También hubo presencia neonazi en Pontevedra, concretamente las Brigadas SSkins, a quienes se enfrentaron los grupos antifascistas de la zona. Concretamente los redskins del Komando Krilin, que lograron la disolución del grupo neonazi a base de batidas constantes.

Antón explica:

Hay gente que llega a través de la música, del fútbol, de la estética o de la política. Yo sigo siendo independentista, aunque no milite, y para mí la política ha sido siempre lo más importante. No me gustan las ambigüedades, ni por supuesto los nazis. El compromiso ideológico es importante para la cultura skinhead, aunque en muchos países como Inglaterra exista un movimiento puramente estético que rehúye la política.

En Euskadi, la presencia de cabezas rapadas neonazis fue más que discreta, pero no nula. En 1991, el diario Egin advertía de su presencia en Bilbao y en Donostia: «Han sido detenidos muchas veces, pero al cabo de unas horas salen siempre en libertad y vuelven otra vez a las mismas». Formaban parte de Zona Norte Crew. Algunos de ellos, explica Viñas en su tesis, habían sido punkis anteriormente, incluso simpatizantes abertzales. Pero pronto serían señalados y aislados por los movimientos sociales de izquierdas, que les obligaron a mantenerse en la más absoluta intimidad y no permanecieron más de una docena de miembros muy discretos.

En Asturias, los skinheads de extrema derecha surgieron también a finales de los ochenta, sobre todo en las zonas urbanas de Gijón y Oviedo, y en algunas localidades de la cuenca minera. Estaban muy vinculados a los entornos futbolísticos, principalmente a los Ultra Boys del Sporting de Gijón. Los conflictos con jóvenes nacionalistas de

izquierdas y antifascistas eran más que habituales. El núcleo neonazi se mantendrá activo hasta hoy y sería conocido también por las bandas de RAC Reconquista, Brigada Totenkopf, Pacto de Sangre y Bastonazos Oi!

En Andalucía, el movimiento skin también fue uno de los principales aglutinadores de los primeros neonazis de finales de los ochenta y principios de los noventa. De hecho, en 1991 tuvo lugar en Torremolinos el primer concierto neonazi del Estado español. También estaban vinculados al fútbol, sobre todo a Supporters Gol Sur del Betis y al Frente Bokerón del Málaga. Tenían un bar en La Malagueta llamado El Último Mohicano y asistían a charlas que daba el exmiembro de las SS belga Leon Degrelle, que residía en la zona. En 1992, la policía detuvo a varios neonazis en Sevilla acusados de atentar contra el bar Tel Aviv y de varias agresiones. Se les incautó un arsenal de armas y abundante propaganda nazi.

Cuatro años después, una agresión a un joven antirracista provocó otra operación policial contra un grupo neonazi. Durante los registros, se encontró información sobre fabricación de explosivos y planes para atentar contra varios periódicos. El diario El País contaba así la noticia:

La detención de cuatro cabezas rapadas tras una paliza a un joven antirracista en Sevilla ha permitido descubrir los supuestos preparativos para atentar contra cuatro periódicos con sede en Andalucía. La policía ha descubierto en poder de uno de los detenidos, perteneciente al grupo ultraderechista Bases Autónomas, planos y fórmulas químicas para la fabricación de artefactos explosivos que estaban en la misma carpeta en la que estaban anotadas las direcciones de las sedes de las delegaciones en Sevilla de El País, Abc, Diario 16 y El Mundo, así como octavillas con lemas como «periodistas terroristas» o «periodistas judíos».

Este material ha llevado a la Brigada de Información a pensar que el grupo preparaba «un salto a la lucha armada», según fuentes conocedoras del caso. Uno de los cabecillas se encuentra huido. La documentación incautada en los domicilios de los cuatro detenidos —uno de ellos ha sido encarcelado— ha permitido determinar que el

grupo tenía conexiones con grupos fascistas de Estados Unidos, Alemania, Italia y Francia. Los cuatro arrestados en Sevilla pertenecían a la autodenominada Legión Giralda o Agrupación Tablada, ambas supuestamente dependientes de las ultraderechistas Bases Autónomas.

El término «tribus urbanas» ha sido utilizado para enmarcar no solo al antifascismo y a los grupos de extrema derecha violentos, sino a todos los movimientos sociales. El relato despolitizado de los conflictos sociales ha servido para abordar el problema de la violencia neonazi como una cuestión de orden público, fruto de las modas juveniles y de las bandas callejeras, obviando el componente político del asunto. Lo que sí es cierto es que la irrupción de las modas juveniles durante los años ochenta fue un hecho y las estéticas definían muy a menudo las ideologías. Mods, rockers, skinheads, heavies, skaters y un sinfín de «tribus» formarían parte del paisaje, aunque no siempre llevaban una u otra ideología consigo.

09

El 20N de 1988 y el ataque neonazi en Tirso de Molina

«No olvidarás que libre

solo es aquel que vive

mostrando sus dientes frente al dóberman».

EL CORAZÓN DEL SAPO, Salud y victoria, 2000

Madrid vivió la peor nevada de su historia reciente en enero de 2021. La ciudad quedó prácticamente paralizada por la acumulación de nieve y la ineptitud de sus gobernantes, que tardarían días en abrir las calles y retirar las toneladas de basura que se acumulaban junto a los contenedores. Llevaba un tiempo hablando con antiguos amigos de allí explicándoles el proyecto de escribir este libro y tratando de conseguir testimonios directos de la década de los ochenta. Era importante hablar directamente con alguien que hubiera vivido esa década. Y por supuesto, acceder a los archivos de los movimientos sociales de entonces, a los primeros ejemplares del Molotov y otros fanzines que ya contaban los primeros encuentros con los nuevos fascistas.

Finalmente, conseguí el contacto de Javier a través de un viejo amigo. Hoy tiene cincuenta y siete años, y hace tiempo que dejó de militar activamente en los grupos antifascistas, aunque recuerda perfectamente todo. Es más, conoce a la perfección cada nombre, fecha y dato sobre la extrema derecha, y no solo la madrileña.

Además, su testimonio resultaba imprescindible para comprender la metamorfosis que vivieron tanto las extremas derechas como las izquierdas extraparlamentarias aquellos años de transición. Di con las personas adecuadas, sin ninguna duda.

Nos citamos los tres a media tarde, en las oficinas donde uno de ellos trabaja que era cuando se quedaban vacías. Hacía frío allí dentro y la nieve se acumulaba a montones incluso en la Gran Vía, en la calle Atocha y delante de la misma estación. No nos pudimos dar la mano. Ni siquiera vernos las caras, ya que no nos quitamos las mascarillas en toda la tarde, mientras grabábamos la entrevista. Luis, el amigo que nos puso en contacto, había militado con Javier en Lucha Autónoma y en los primeros colectivos antifascistas de la ciudad, que serían también de los primeros de todo el Estado. Entre los dos, me explicaron cómo fue todo.

Luis estaba un sábado tomando algo con sus amigos en el barrio madrileño de Malasaña, cuando se percató de la presencia de varios skins. «Llevábamos cresta, teníamos pintillas, y nos dieron dos hostias y salimos corriendo de ahí», recuerda. Era habitual que grupos de neonazis se pasearan desafiantes por las zonas de ocio buscando bronca. No solo skins, también rockers y otras bandas que se divertían cazando personas por su estética, o por una simple mirada, o con cualquier otra excusa. Luis, casi cuarenta años después, conserva una imagen grabada a fuego. Un conocido suyo se tambaleaba ebrio a la puerta de aquel bar donde los nazis les acababan de atacar.

En ese momento le tiraron al suelo y le dieron una somanta de hostias. Recuerdo una escena que nunca se me olvidará: un tío bajito, un skin, pegó un salto tipo NBA con una litrona en la mano y se la reventó en la cabeza. En ese momento salió un pavo, un tipo que dijo: «Es inadmisible lo que estáis haciendo, yo pienso como vosotros, yo soy fascista como vosotros, pero esto es un acto de cobardía, cinco contra uno». Pues a ese también le partieron la cara.

Era la víspera de la celebración del 20N del año 1988. Al día siguiente, como cada domingo cercano a la fecha, la extrema derecha

convocaba varios actos de homenaje a Franco y a José Antonio en Madrid. Bases Autónomas se había concentrado los años anteriores al margen de las organizaciones nostálgicas, a las que repudiaba porque las consideraba caducas y formaban parte de la burguesía a la que decían combatir. Ese año, los nacional-revolucionarios habían lanzado su convocatoria nacional bajo las siglas de una organización que operaba en varias ciudades del Estado: Vanguardia Nacional Revolucionaria (VNR).

Se convocó un acto en la plaza de Chamberí que pretendía reunir a jóvenes neonazis de todo el Estado e incluso de otros países. Muchos de ellos vinieron días antes para pasar el fin de semana en la ciudad. Ya era habitual de otros años que las noches anteriores al 20N, empapados en alcohol y amparados por el anonimato de una ciudad de paso, se dedicaran a provocar incidentes y agredir a quienes se les cruzaran, y no siempre por motivos políticos.

Las agresiones de aquel sábado en Malasaña de las que fueron víctimas y testigos Luis y sus compañeros, junto con otras que tuvieron lugar esa misma noche y los días previos en otras zonas, hicieron sonar las alarmas. Algunos comentaban incluso que los neonazis habían grabado con una navaja las siglas del GAL en la piel de alguien. Se temía que al día siguiente los neonazis se pasaran por el Rastro que cada domingo llenaba la plaza de Tirso de Molina, donde se juntaba la gente de izquierdas y había varios puestos de organizaciones políticas. Ya habían hecho acto de presencia alguna vez y habían increpado a las personas que montaban puestos políticos y a los punkis, que pasaban las horas en los escalones tomando cerveza y escuchando música. También los toxicómanos y las personas sin hogar eran a menudo objetivo de los nazis. La pandemia de la heroína hizo estragos en toda una generación y los yonquis formaban parte del paisaje urbano habitual, sobre todo en los barrios obreros.

Javier lo relata así: «Ya llevábamos meses o años con el temor de que ese grupo de nazis que habían venido de otros puntos del Estado (porque no había tantos en Madrid) aprovechara su número. Temíamos que, con el envalentonamiento de la noche anterior, a la salida de alguna misa o de algún acto fascista que tenían por la mañana, asaltaran el Rastro. Asaltar los puestos del Rastro se había convertido en una tradición; esto venía de mucho antes, ya lo había hecho Primera Línea de Falange, lo había hecho Falange

Independiente y lo había hecho el Frente de la Juventud». Pero no siempre coincidía con el 20N. Podía ser cualquier domingo, cualquier día de Rastro.

Lo que los ultraderechistas no esperaban era que ese año se había previsto un posible ataque. «Nosotros habíamos logrado organizar a bastante gente en grupos de autodefensa. Creo recordar que era la primera vez en mucho tiempo que se volvía a hacer. Era por grupos de afinidad, personas que nos conocíamos». Desde primera hora de la mañana, situadas en puntos estratégicos de la plaza, decenas de personas vigilaban los accesos. Cientos de personas transitaban como cada domingo por el Rastro, totalmente ajenos a lo que estaba a punto de pasar.

El fanzine de contrainformación Molotov relató así lo sucedido:

Con motivo del decimotercer aniversario de la muerte del Paquito, el fin de semana del 18, 19 y 20 de noviembre en Madrid estuvo salpicado de mogollón de broncas montadas por los fascistas de todos los pelajes. Los cabezas rapadas nazis montaron una concentración a nivel nacional en Madrid. Distribuidos en bandas, el viernes y sábado se dedicaron a dar palizas al que se les ponía por delante. En Argüelles y Malasaña, marcaron con navajas sobre la gente cruces gamadas y las iniciales GAL. Además, asaltaron un garito gay en Chueca, donde apalearon a los clientes y destrozaron el local. En el barrio de Salamanca, zona Goya, se enfrentaron con la madera, que esperó a que quemasen cuatro coches y destrozaran cabinas de teléfono para intervenir.

El domingo, hubo cinco concentraciones de corte fascista en cinco puntos diferentes del foro. Los puestos de la basca maja del Rastro, que se olían la movida, fueron preparados para defenderse. Primero curraron a dos «exploradores» de los neonazis, y después pusieron en fuga a unos quince cabezas rapadas que venían a currarles. Pero hacia las dos de la tarde, finalizada la concentración de los nazis (Vanguardia Nacional Revolucionaria) en Chamberí, unos veinte fascistas volvieron a atacar los puestos. El personal, pillado por sorpresa, salió por patas. Recuperados rápidamente del susto, se lio una pelea. El balance fue: los nazis abrieron tres cabezas y destrozaron

tres puestos (Asociación de Familiares y Amigos de los Presos Políticos, PCPE y CNT-AIT), y la basca apaleó a ocho fascistas. Cuando los atacantes se piraron, llegaron los pitufos y se lio otra vez entre los puestos y las fuerzas represivas. Tres guindillas tuvieron la cabeza abierta y la basca recibió lo suyo. Los pitufos sacaron varias veces las fuscas y detuvieron a uno de los defensores del Rastro, que fue puesto en libertad a la 1.30 de la noche, tras pedir el habeas corpus.

Varios nazis fueron detenidos, pero enseguida liberados de nuevo. Solo uno fue llevado a la comisaría, porque si no la gente se lo cepilla. Un poquito más tarde se apaleó a cuatro «calvos» y se destrozó un coche que pasó con una bandera del pollo frito.

También los fachas la montaron en Goya pegando a la gente, quemando coches y corriendo delante de la madera. Es de resaltar que, en todo el fin de semana, la pasma no detuvo a casi ningún facha, y solo intervino cuando quemaron coches. A esta democracia de pastel se le ve el plumero.

En Barcelona, ya durante los años ochenta, el Doce de Octubre era reivindicado por los grupos de extrema derecha, una tradición que todavía hoy continúa. En el barrio de Sants se concentraban los miembros y simpatizantes de varias organizaciones ultraderechistas, como la Asociación Nacional de Ex Combatientes, Juntas Españolas y otras, que convocaban conjuntamente para reivindicar el Día de la Hispanidad. Por su parte, los grupos de la izquierda independentista, como el Moviment de Defensa de la Terra (MDT) o Catalunya Lliure, junto a colectivos antiimperialistas convocaban en otros puntos de la ciudad, para contraprogramar los actos de la extrema derecha. Los encuentros entre ambos grupos eran habituales. Aquel año se leyó un manifiesto en el que se condenaba la dictadura de Pinochet y la injerencia estadounidense en Nicaragua contra el gobierno sandinista.

La portada del diario Avui del 13 de octubre de 1989 muestra una foto a todo color con dos hombres en una moto que portan una bandera española franquista que luce el águila de san Juan. A escasos metros, un joven de estética skinhead —con las botas bien altas y una cazadora Harrington roja— corre hacia los fascistas con un bate de béisbol en la mano; como si fuera un palo de bandera, lleva enrollada

una señera. Aquel día, tras el acto de extrema derecha, varios participantes bajaron con sus vehículos hasta donde se celebraba el acto independentista. «La llegada de jóvenes ultraderechistas a plaza Cataluña de Barcelona, cuando se dispersaba una manifestación de signo independentista contra el Día de la Hispanidad, provocó algunos incidentes en los que resultaron heridos leves manifestantes de una y otra parte». La noticia en el interior del periódico muestra otra foto de un joven con la cabeza sangrando. Los ultraderechistas habían ido a buscar a los independentistas que quedaban tras finalizar ambos actos y, sin que la policía interviniese, se montó una batalla campal en pleno centro de la ciudad. Posteriormente, la sede de Catalunya Lliure, una organización independentista de izquierdas, fue atacada por unos desconocidos.

La noticia del diario Avui mostraba también una foto de Jordi Pujol sonriente saludando al rey emérito, Juan Carlos I, y a la reina Sofía en Barcelona. Abajo, la crónica de las protestas. El periódico destacaba que el acto ultraderechista «tuvo como novedad el hecho de que uno de los parlamentos fue hecho en catalán, "una de las lenguas españolas", según afirmó el vicepresidente del Frente Nacional, José Anglada». Anglada, que más tarde se haría llamar Josep, fundaría posteriormente la Plataforma Vigatana, con la que llegó a ser concejal en su localidad, Vic. Más tarde crearía la Plataforma per Catalunya, la formación de extrema derecha que logró sesenta y siete concejales solo en Catalunya en 2011, y que estuvo a punto de entrar en el Parlament. «Se defendieron los valores de la hispanidad que simbolizan "una lengua, una raza, un espíritu"», concluye la crónica.

Sin embargo, el Doce de Octubre más violento de aquellos años fue el de 1991, tal y como recuerda el antropólogo Manuel Delgado en su blog:

De la concentración fascista en la plaza de los Países Catalanes salió una brutal marcha sobre el centro de la ciudad en el transcurso de la cual decenas de personas fueron golpeadas por su aspecto de rojos, punkis, inmigrantes, pero también fotógrafos que intentaban cubrir la noticia. A un hombre mayor que atendía un stand de la CNT en las Ramblas le abrieron la cabeza. Fue un alucinante recorrido de dos horas por la calle Tarragona, la Gran Vía, la plaza Catalunya, la calle

Ferran, Astilleros…, sin que la Policía Nacional, presente en todo momento, hiciera nada para impedirlo, a diferencia de los Mossos que sí que intervinieron y detuvieron a nueve skins la misma mañana. Ante el escándalo de la pasividad de la policía española ante las agresiones a mansalva que se estaban produciendo ante sus ojos, al día siguiente se produjo una detención masiva de skins. Más de ochenta fueron detenidos —treinta y siete de ellos de vez en un bar musical de l'Hospitalet— y diez condenados posteriormente a penas de prisión.

Los residuos franquistas, que trataban de mantener vivo el espíritu de la dictadura, perdían protagonismo frente a nuevas organizaciones como BB AA en Madrid, AR en València y VNR en otros puntos del Estado, así como bandas neonazis que no respondían a ninguna sigla. Estos nuevos grupos violentos de extrema derecha ya estaban siendo vigilados por algunos militantes de izquierdas que conocían bien a sus líderes, pues venían de otras formaciones o ya la habían tenido con ellos en la universidad.

Vienen del naufragio del 23F. Habían comenzado a replantearse su supervivencia en un mundo donde nadie los quería. Ni izquierda ni derecha. Y empiezan a usar un lenguaje diferente, a cambiar el discurso. Estaban muy influenciados por los alemanes, ya miraban a Europa. Ya no es el facha de siempre —comenta Javier.

Él y otros militantes ya se las habían visto con el Frente de la Juventud y otros fascistas desde la muerte de Franco, pero la irrupción de Bases Autónomas, sobre todo en la universidad, supuso un nuevo reto. Además de la algarada en las protestas universitarias de 1984, Javier destaca que dos años después los estudiantes de izquierdas los volvieron a expulsar de las movilizaciones —esta vez se presentaron junto a Falange Independiente.

Sí que había conciencia, pero sobre todo a la gente nueva le costaba entrar en esa dinámica. Primero, porque siempre hemos arrastrado un

debate sobre la violencia. Después, porque quien se pone a dar se pone a recibir. Pero hay un punto de inflexión cuando la gente se da cuenta de que atacar, nos van a atacar igual. Entonces podemos hacer dos cosas: poner la cabeza para que nos la abran o intentar que no nos la abran y darles primero. Así superamos la primera parte del debate sobre la violencia.

Este debate sobre el uso de la violencia que comenta Javier todavía perdura y eso se verá a lo largo de este libro. Sin embargo, en esta primera etapa del antifascismo postfranquista, todas las personas consultadas reconocen que la violencia ejercida contra los grupos fascistas era principalmente de autodefensa. No será así siempre, porque más adelante los «ataques preventivos» y las campañas de ofensiva antifascista supondrán una escalada en la confrontación directa con estos grupos y sus militantes. Algo siempre rodeado de debates. Además, la represión y la criminalización del movimiento antifascista se han valido de la violencia ejercida en algunos momentos, aunque sea de autodefensa, para apuntalar el relato de «los extremos», que compara fascistas con antifascistas, algo que los medios de comunicación, las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado y determinados actores políticos han explotado hasta la obscenidad.

10

El antifascismo

como autodefensa

A raíz de los incidentes de Tirso de Molina, los diferentes colectivos que se reunían en esta plaza madrileña y muchos otros que ya llevaban tiempo alertando de la presencia de grupos violentos de extrema derecha abordaron el tema de manera más organizada.

Javier reconoce que el incidente del 20N en el Rastro «nos permitió recabar más apoyos, coordinar a más gente y extender la conciencia. No se podía quedar todo simplemente en defender los puestos del Rastro una vez al año». Entonces se creó un grupo más estable que se dedicaría exclusivamente a prestar atención a los grupos neonazis y neofascistas.

«Empezamos a recabar mucha información y la divulgábamos, con lo que demostrábamos que esto ya era una realidad, porque no era fácil convencer a la gente». Así se creó el Colectivo Autónomo Antifascista, que sería el germen de la posterior Coordinadora Antifascista de Madrid (CAM), todavía activa a día de hoy.

La Coordinadora Antifascista de Madrid (CAM) surge a raíz de estos sucesos y la preparación del año o los dos años siguientes, que se crea una especie de coordinadora de los puestos del Rastro en la que están CNT, Solidaridad Obrera, CGT e incluso llega alguno de Juventudes Comunistas; es decir, que la gente se empieza a juntar un poco.

Los años siguientes se coordinaron varios colectivos para defender el Rastro el fin de semana próximo al 20N si los fascistas volvían a asaltarlo. Las convocatorias fueron multitudinarias, pero la policía sometió a un fuerte control la zona e incluso cargó en alguna ocasión. Entonces el acto de defensa del Rastro se transformó en la ya tradicional manifestación del 20N. Estos ataques al Rastro fueron la causa de que el antifascismo empezara a movilizarse en esta fecha.

Javier nos sigue contando sobre ese momento:

Hay entonces un momento en el que nosotros (cuando digo «nosotros» estoy hablando del Colectivo Autónomo Antifascista, que en ese momento éramos quienes, digamos, estábamos llevando el peso de la investigación y de cómo podíamos responder) vemos que la única posibilidad de pervivencia real era extender la organización y la autodefensa. Porque hasta este momento estamos hablando de autodefensa.

Javier recuerda también la presencia de neonazis de otros países en los actos del 20N en Madrid:

Había un llamamiento a diferentes grupúsculos de la extrema derecha europea para que acudieran a las concentraciones los 20N. A ese llamamiento nosotros contestábamos con convocatorias antifascistas y de autodefensa.

El antifascismo organizado empezaría a tomar forma en otros puntos del Estado a tenor de la proliferación de bandas neonazis, que ya se extendían por casi todas las ciudades. La eclosión de los nuevos movimientos sociales, en concreto el de la okupación, sirvió también de aglutinador y, además, ofrecía espacios de encuentro en los que se desarrollaban actividades políticas y culturales, y se establecían lazos entre diferentes colectivos y personas.

En Zaragoza ocurrió algo parecido. Tras un ataque de la extrema derecha un 20N, los movimientos sociales empezaron a tejer alianzas para defenderse de las cada vez más habituales agresiones. Cuatro militantes antifascistas que vivieron aquellos años nos explican que los grupos de extrema derecha celebraban todos los 20N en Zaragoza una misa en memoria de Franco. A la ceremonia en la iglesia de Santiago no solo acudían los nostálgicos, sino también los nuevos neonazis que empezaban a proliferar por la ciudad. En 1992, tras la misa, los ultraderechistas se dirigieron a la Casa de la Paz, un centro social okupado en el que se reunían habitualmente varios colectivos sociales. Uno de los cuatro antifascistas que entrevisté lo vivió en primera persona y nos lo cuenta así:

Salieron en manifestación unos trescientos escoltados por la policía y vinieron directamente a la Casa de la Paz. Cuando se acercaron, hubo un intercambio de golpes y lanzamiento de objetos entre quienes protegían la puerta del centro social y los fascistas, todo delante de la policía. Y la policía carga contra nosotros.

Una semana después, el 28 de noviembre de 1992, los neonazis volvieron a salir de caza por Zaragoza. Fueron a la plaza de los Sitios, donde pasaban la noche varias personas sin hogar. No era la primera vez que se divertían dando palizas a personas pobres, pero esta vez se les fue la mano y acabaron con la vida de uno de ellos.

A raíz de esto se habló de crear una plataforma permanente, porque hasta ese momento solo había campañas puntuales cuando se producía una agresión. Así fue que montamos la Plataforma Antifascista de Zaragoza, cuyas siglas (PAZ) reivindicaban la Casa de la Paz, el escenario donde nacimos.

En Zaragoza, la extrema derecha evoluciona a lo largo de los años ochenta igual que en el resto de las grandes y medianas urbes. Los grupos fascistas nostálgicos conviven con la llegada de nuevos

grupúsculos neonazis, como Thule o Kripo, y a partir de cierto momento aparecen otros muy ligados a los ultras del fútbol, en concreto a la peña Ligallo Norte. Según nos cuentan, en sus inicios Ligallo Norte había sido de izquierdas.

De hecho, el nombre es aragonés, porque había cierto sector aragonesista que acabó siendo expulsado por los nazis, quienes poco a poco acabaron por hacerse con el control de la grada.

Las gradas ultras fueron tomadas por la extrema derecha en gran parte del Estado, aunque con honrosas excepciones que, hasta hoy, han neutralizado cualquier intento de infiltración. También es cierto que la idiosincrasia del territorio tiene mucho que ver con lo que pasa en espacios de socialización como el fútbol, pues estos no son ajenos a la realidad que se vive fuera del estadio.

Uno de los miembros de la PAZ explica:

En la PAZ se hizo bastante trabajo preventivo. En las universidades, por ejemplo, se creó la Plataforma Universitaria Antifascista (PUA), que organizó charlas sobre la extrema derecha, migración e incluso realizó campañas contra algunos seguratas de la universidad que eran conocidos neonazis.

También señala que desde el principio se intentó formar una plataforma amplia contra la extrema derecha.

Fuimos al Centro de Información a Trabajadores y Trabajadoras Extranjeros (CITE), del sindicato Comisiones Obreras, a alertarles de las agresiones racistas que se venían sucediendo en la ciudad. También acudimos a la Asociación de Promoción Gitana, que se unió a nuestras manifestaciones. Esto fue muy importante, porque algunos

nazis tenían amigos gitanos y nosotros trabajamos mucho con este colectivo para alertarlos sobre estos personajes e informar sobre el genocidio gitano en la Segunda Guerra Mundial, algo todavía bastante desconocido incluso para las propias comunidades gitanas.

A partir de 1993, la manifestación antifascista del 20N en Zaragoza la convocarían multitud de organizaciones. La PAZ realizaba un trabajo político de base, al margen de que hubiera grupos de militantes antifascistas más centrados en la autodefensa y en proteger los espacios de izquierdas que estaban siendo atacados constantemente.

Uno de nuestros objetivos era neutralizar el relato oficial de las tribus urbanas que difundían los medios de comunicación. Teníamos relación con algunos periodistas e íbamos a hablar con ellos para explicarles el trasfondo político de lo que estaba sucediendo, ya que cuando había alguna agresión, incluso algún asesinato, se contaba como si simplemente hubiera sido una pelea entre bandas.

A partir de principios de los noventa, grupos neonazis cometieron varios asesinatos, lo que causó una enorme conmoción. Finalmente, los medios de comunicación comenzaron a prestarles atención. Por otro lado, el antifascismo pasó a ser un movimiento cada vez más activo, aunque, al menos al principio, solo fuese por mera supervivencia.

11

La anciana judía que

venció al nazi de las SS

«Molta gent creu que lluitar és agafar un arma,

però lluitar és unir-se per defensar una idea».

NEUS CATALÀ (1915-2019), luchadora antifascista

durante la guerra civil y superviviente del campo

de concentración nazi de Ravensbrük

Un castillo blanco corona la villa de Constantina, en la sierra norte de Sevilla. Don Juan lo adquirió e hizo una fortuna habilitando viviendas para los oficiales norteamericanos que habían llegado a Morón tras la firma del tratado por el que se instalaron en la Península diversas bases militares de Estados Unidos. El acento francés de don Juan, su carácter arrogante y vehemente, y su pasión por el arte envolvían al personaje en cierta aureola de misterio. Era una persona culta que tenía muy buenos contactos con las autoridades y poseía una buena muestra de obras de arte. Don Juan de la Carlina en realidad era León Degrelle, un antiguo oficial de las Waffen-SS belgas y fundador del movimiento fascista Christus Rex (Rexismo), que había colaborado con los nazis durante la ocupación de Europa. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, escapó de los Aliados desde Noruega en un avión que aterrizaba aparatosamente en la playa de la Concha de San Sebastián después de quedarse sin combustible a la altura de Biarritz.

Degrelle estuvo un tiempo escondido y protegido por Hans Joseph Hoffmann, antiguo cónsul honorario general de Alemania en Málaga y exmiembro de la Gestapo. Se le considera un hombre clave en la Red Ogro, que organizó la escapada y ocultación de nazis huidos tras la guerra. A Degrelle se le facilitó dinero, documentos falsos y finalmente el falangista pronazi Eduardo Ezquer lo acogió en su finca extremeña. En 1954, se le otorgó la nacionalidad española para evitar la extradición que pedía Bélgica. Con el nombre de José León Ramírez Reina, viviría plácidamente en España hasta su muerte, en 1994.

Según Korentin Falc'hun —doctor en Historia y Ciencias Políticas y experto en la figura de Degrelle—, este criminal de guerra nazi despertó la admiración de la juventud neofascista española y europea, ya que era uno de los líderes fascistas todavía vivos en los años ochenta. Curiosamente, precisamente esa década es cuando vive sus mejores años en España, sin que el Gobierno de Felipe González le moleste lo más mínimo y con los honores que le rendía la nueva generación de ultraderechistas.

Degrelle no fue el único criminal de guerra que se refugió en el Estado español después de la Segunda Guerra Mundial. Según acreditan numerosos libros, documentales y archivos de todo tipo, muchísimos nazis y fascistas que lograron escapar gozaron de una cómoda estancia en la España franquista. Algunos de ellos huyeron a través del Vaticano, que incluso llegaría a facilitarles documentación falsa y salvoconductos de la Cruz Roja. El cineasta griego Costa-Gavras retrató la equidistancia de la Santa Sede ante el Holocausto en su magnífico film Amén (2002). Mientras tanto, en España, la Iglesia católica bendecía a los golpistas y llevaba a Franco bajo palio. Es necesario recordar la gran cantidad de nazis y fascistas que vivieron o pasaron por España para comprender la importancia de algunos de ellos, como León Degrelle, en el desarrollo de los movimientos neofascistas y neonazis españoles.

Los nazis y fascistas, no solo los españoles, los siguen venerando hoy en día. De él piensan que fue un hombre de acción con convicciones irreductibles que se mantuvo firme hasta el final, pero acabó siendo víctima de la democracia; peor aún, víctima en sus últimos días de una anciana judía superviviente de las cámaras de gas. Con lo que no contaba Degrelle era con que su verborrea vehemente acabaría por llevarlo en sus últimos años de vida a un proceso judicial. Según

varias fuentes, este proceso fue la causa de que finalmente se incluyera en el Código Penal de 1995 la exaltación nazi y la negación del Holocausto.

La actividad política y el carácter irreverente de Degrelle habían llamado la atención tanto de la prensa extranjera como de los llamados cazadores de nazis. Muchos de ellos eran judíos supervivientes del Holocausto que se dedicaban a investigar dónde habían acabado los responsables del genocidio que lograron escapar tras la guerra. Degrelle era todo un trofeo no solo por su responsabilidad durante la ocupación nazi de Bélgica, sino también por la impunidad con que desarrollaba desde España una actividad política incesante en la que banalizaba el Holocausto y glorificaba el nazismo. Hasta que una entrevista en la revista Tiempo, el verano de 1985, lo cambió todo.

¿Los judíos? Mire usted, los alemanes no se llevaron judíos belgas, sino extranjeros. Yo no tuve nada que ver con eso. Y evidentemente, si hay tantos ahora, resulta difícil creer que hayan salido tan vivos de los hornos crematorios. […] El problema con los judíos es que quieren ser siempre las víctimas, los eternos perseguidos, si no tienen enemigos, los inventan.

Falta un líder; ojalá que viniera un día el hombre idóneo, aquel que podría salvar a Europa… Pero ya no surgen hombres como el führer […]. Han sacado los huesos y hasta los dientes de Mengele… ¡Hasta dónde llega el odio! A mi juicio, el doctor Mengele era un médico normal y dudo mucho que las cámaras de gas existieran alguna vez, porque hace dos años que hay una recompensa en Estados Unidos para aquel que aporte pruebas de las cámaras de gas. Son cincuenta millones de dólares y todavía no ha ido nadie a recogerlos.

Violeta Friedman nació en Marghita (Rumanía) en 1930. En 1944, con catorce años, fue deportada junto a su familia al campo de exterminio nazi Auschwitz II-Birkenau (Polonia). Solo su hermana y ella sobrevivieron. Sus padres, sus abuelos y sus bisabuelos fueron gaseados poco después de ingresar en el campo. Tras la derrota de los

nazis, Violeta vivió en Canadá y en Venezuela, hasta que en 1965 se divorció y se trasladó definitivamente al Estado español con su hija Patricia.

Cuando vio que Degrelle negaba el Holocausto y banalizaba el genocidio nazi, Friedman decidió tomar cartas en el asunto y presentar una demanda ante el juzgado de primera instancia número 6 de Madrid. Alegó que las declaraciones del nazi belga atentaban contra su honor y el de los millones de judíos exterminados por los nazis.

Violeta acudió al juicio acompañada de otros españoles supervivientes de los campos nazis y despertó una gran expectación mediática. Nadie se había atrevido hasta entonces a poner el foco sobre el discurso de odio nazi y antisemita, y menos ante el negacionismo del Holocausto. A las puertas del juzgado, Violeta Friedman tuvo que soportar el acoso y los insultos de varios neonazis, algunos de ellos miembros de CEDADE. Ella y el resto de supervivientes habían visto perecer a sus compañeros en los campos de exterminio y todavía llevaban tatuado un número en el brazo.

El juez consideró que el reportaje no atacaba el honor de Violeta, porque en ningún momento la nombraba ni aludía personalmente. Por otro lado, afirmaba que las declaraciones del señor Degrelle estaban amparadas por el derecho a la libertad de expresión. Pero Violeta no se rindió y presentó recurso de apelación ante la sala primera de lo civil de la Audiencia Territorial de Madrid y ante el Tribunal Supremo. Ambos rechazaron de nuevo la denuncia. Finalmente, cinco años después de la primera demanda, acudió al Tribunal Constitucional.

El 22 de marzo de 1990, la sección segunda de la sala primera del Tribunal Constitucional acordó admitir a trámite la demanda de amparo, a pesar de la oposición del fiscal. Por fin, el 11 de noviembre de 1991 se dictó la sentencia que reconoce el derecho al honor de Violeta y declara nulas las sentencias anteriores. Según explica la Fundación Violeta Friedman en su web, este sería el motivo por el que se incluyó en el Código Penal español de 1995 el artículo 607, en el que se hace referencia a los delitos de genocidio.

Degrelle, rabioso por haber sido vencido por una anciana judía,

todavía participaría en varios actos de los grupos neofascistas y neonazis hasta su muerte el 31 de marzo de 1994. El nazi pasó sus últimos años quejándose de que había sido víctima de la opinión pública, que cuestionaba su cruel y hasta ese momento impune vehemencia. Siempre me ha llamado la atención la cobardía de quienes presumen de honor y orgullo por su ideología, pero son tan cobardes de negar lo que hicieron. Públicamente, claro, porque los más osados incluso le ponían el nombre del gas que usaban los nazis a sus fanzines (Zyklon B) y en sus manifestaciones coreaban: «¡Seis millones más!», en referencia al exterminio de judíos.

Sus seguidores captaron el mensaje: a partir de entonces, deberían tener mucho cuidado con lo que decían y hacían. Esto no significó un descenso de los ataques ni de los actos neonazis, ya que fue a partir de aquellos años cuando empezaría la escalada de violencia más mortífera y cuando se reorganizaría el neonazismo español, más allá de círculos intelectuales como CEDADE.

A principios de 1994, el periodista Iñaki Gabilondo invitó a Violeta Friedman al programa Gente de primera, que se emitía en TVE.[10] Unos meses antes, la película de Steven Spielberg La lista de Schlinder había provocado un revuelo a nivel mundial y había traído de nuevo a la actualidad el tema del Holocausto en un momento en el que la violencia neonazi se extendía por gran parte de Europa y Estados Unidos.

Iñaki Gabilondo. Violeta, ahora resulta que cincuenta años después, cuando todos creíamos que ya estábamos vacunados contra según qué espanto, vemos que rebrota el racismo otra vez en tantos lugares del planeta. ¿Cómo es posible?

Violeta Friedman. Es algo horroroso. ¿Cómo es posible? Pues yo creo que porque, en parte, nunca fue realmente enfrentada la historia. Los alemanes no querían enfrentarse con su historia verdaderamente, porque si no habrían educado de otra manera a la nueva generación, con ideales muy diferentes. Sin embargo, ha habido una permisibilidad que ha permitido brotar ese nazismo que no ha muerto ni morirá nunca. Han permitido a los antiguos nazis que reconstruyeran una ideología tan vil, tan diabólica y

satánica como fue la hitleriana.

En la entrevista, Friedman explica que, cuando llegaron a Auschwitz tras varios días de viaje, nada más bajar del tren fueron recibidos por el mismo doctor Mengele, a quien Degrelle compadecía en su entrevista y presentaba como una víctima. Este doctor se caracterizó por experimentar con prisioneros, sobre todo con niños principalmente gitanos.

Violeta confiesa que permaneció treinta y ocho años callada, hasta que vio la cantidad de propaganda revisionista que negaba el Holocausto y cómo se difundía impunemente esta falsificación de la historia que pretendía negar lo que ella misma había vivido y sufrido. Entonces decidió hablar y reivindicar su papel en la historia, como muchos otros supervivientes que presentaron batalla frente a la rehabilitación de la ideología genocida. Iñaki cita entonces a León Degrelle, que había fallecido unas semanas antes en España.

Violeta Friedman. Todos a los que él ha enseñado creen que es mentira todo. […] Él fue responsable de la reestructuración del nazismo en España. Él y Otto Skorzeny, que murió hace unos años.

Iñaki Gabilondo. ¿Hay en España en este momento brotes neonazis que nos deban inquietar?

Violeta Friedman. Sí. Aunque sean pocos y pequeños, siempre deben inquietarnos. […] Es imprescindible conocer el pasado no tan lejano, que todavía estamos algunos aquí para contarlo. Más que nada para que se sepa las consecuencias a las que conduce una ideología criminal.

---

[10] La entrevista se encuentra disponible en https://www.rtve.es/

play/videos/personajes-en-el-archivo-de-rtve/inaki-gabilondo-entrevista-violeta-friedman-1994/1138945/.

12

Rostock y Silvio Meier:

el terror neonazi en Alemania

«Time don't do it again,

now I'm stressed & strained

with anger & pain».

MANO NEGRA, Out of time man, 1991

Cientos de jóvenes lanzan piedras y cócteles molotov contra un edificio. Una bomba incendiaria se cuela por una ventana y el fuego se extiende por el interior de la vivienda. Se oyen gritos y aplausos. Esto sucede una noche de agosto en la ciudad alemana de Rostock. No hay rastro de la policía. En la casa de los girasoles, que es como se conoce este edificio, viven unas ciento cincuenta personas. La mayoría de ellas son trabajadores migrantes de Vietnam. Escapan como pueden de las llamas y se suben al tejado del edificio, donde los bomberos consiguen rescatarlas. Llevan tres días sufriendo ataques de todo tipo e insultos de los vecinos. Finalmente, la noche del 24 de agosto de 1992 el edificio arde.

Apenas han pasado dos años desde la reunificación de las dos Alemanias, tras la caída del muro de Berlín. A Rostock, que había vivido décadas el comunismo, llegaron neonazis de todo el país que, junto a un buen número de vecinos de la ciudad, actuaron impunemente durante tres días. El centro que gestionaba la acogida de

personas refugiadas del estado federado de Mecklemburgo-Pomerania Occidental se encontraba en la parte baja del edificio atacado. A Alemania habían llegado cerca de medio millón de personas huyendo de la guerra en Bosnia —que había comenzado unos meses antes— y de la convulsa situación en la que se había quedado Rumanía tras la caída de Ceaucescu tres años atrás. Entre los refugiados había varias familias romanís.

Por el barrio de Lichtenhagen deambulaban cada vez más personas refugiadas con el único objetivo de conseguir una cita en las abarrotadas y precarias oficinas del centro de acogida, situadas en la parte baja de la casa de los girasoles. Muchas de estas personas dormían en la calle y sobrevivían como podían. La mala gestión institucional, el descontento general con la situación económica y la concentración de personas refugiadas sin mucho que hacer abonaron el terreno a la propaganda racista y se desató la cacería al extranjero, pese a que en el edificio también vivían alemanes desde hacía diez años.

Vi las imágenes por televisión. Las vio todo el mundo. Era una horrible escena que recordaba a la Noche de los Cristales Rotos. De nuevo un pogromo en Alemania, que no fue el único aquellos años. Un año antes, en 1991, en el municipio de Hoyerswerda (Sajonia) también se desató una cacería neonazi, pero esta pasó inadvertida a la prensa internacional. El 17 de septiembre, un grupo de neonazis agredió brutalmente a unos vendedores ambulantes vietnamitas. Cuando llegó la policía, los agresores se dirigieron a un hotel en el que se alojaban trabajadores mozambiqueños a quienes la RDA había concedido asilo unos años atrás, cuando el país africano —gobernado por la socialista FRELIMO (Frente de Liberación de Mozambique)— se encontraba en plena guerra civil con la anticomunista RENAMO (Resistencia Nacional Mozambiqueña). Los disturbios se prolongaron tres noches y, finalmente, el centro que gestionaba las solicitudes de asilo fue pasto de las llamas. Los neonazis cazaron a los solicitantes de asilo mientras huían del fuego y los golpearon sin piedad ante los aplausos de cientos de vecinos.

El 23 noviembre de 1992 —tres meses después de los sucesos de Rostock—, Yeliz Arslan —de diez años—, Ayse Yilmaz —de catorce— y su abuela Bahide Arslan —de cincuenta y uno— morían calcinadas en su casa, en la pequeña ciudad alemana de Mölln, tras un ataque

con cócteles molotov perpetrado por Lars C. y Michael P. —dos jóvenes neonazis de la ciudad—. Las víctimas eran de origen turco. Los autores del crimen, de diecinueve y veintiséis años, eran responsables de más ataques xenófobos. Llamaron a la policía para reivindicar el atentado, al grito de Heil Hitler! Fueron detenidos una semana después. El periódico El País informó de las detenciones el 1 de diciembre, pero añadía:

En la noche del domingo al lunes se produjeron nuevos ataques contra albergues para refugiados. En Winsen, en las cercanías de Hamburgo, la policía detuvo a cinco individuos borrachos que habían prendido fuego a un albergue e intentaban quemar otro. En Würzburg, en Baviera, una llamada a la policía avisó de que una vieja estación de tren, usada para albergar a refugiados, estaba ardiendo. El comunicante, al igual que sucedió en Mölln, acabó saludando: Heil Hitler![11]

Alemania vivía entonces un acalorado debate sobre la gestión de la migración y el asilo a personas refugiadas. Tanto el partido conservador CDU como varios medios de comunicación empujaban hacia una reforma legal que limitara los permisos y restringiera la llegada de personas de otros países. La policía parecía observar desde la barrera los episodios de violencia racista que se desarrollaban ante sus narices y siempre tardaba en actuar. Se acusaba a las personas migrantes de que recibían más ayudas que los alemanes y se las acusaba del más mínimo incidente que ocurriera. Un relato potenciado por la extrema derecha hasta nuestros días, al que a menudo se suman políticos conservadores y medios de comunicación.

No había pasado ni un año desde el vergonzoso pogromo de Rostock y el atentado de Mölln, cuando el terror neonazi volvió a golpear Alemania. La noche del 28 de mayo, cuatro jóvenes neonazis rociaron con gasolina la vivienda de una familia turca en la localidad de Solingen (Renania del Norte-Westfalia). Gürsün İnce, de veintisiete años, saltó al vacío con su hija de cuatro años en brazos para huir del fuego. La niña sobrevivió, pero la madre murió. Hatice Genç, de dieciocho años, Gülistan Öztürk, de doce, Hülya Genç, de nueve, y

Saime Genç, de solo cuatro años, perecieron devoradas por las llamas. Un bebé de seis meses y un niño de seis años resultaron gravemente heridos.

Tres días antes del ataque, el 26 de mayo de 1993, se había cambiado la ley fundamental para limitar el acceso al estatuto de refugiado. El Bundestag alemán lo acordó con dos tercios de los votos, modificando así la ley que había permitido a todos los refugiados políticos acceder al estatuto de refugiado. Esta medida no era suficiente para los neonazis, que decidieron actuar para limitar a su manera la presencia de extranjeros en su país.

Los autores del ataque eran muy jóvenes. Felix Köhnen tenía solo dieciséis años y provenía de una familia de clase media. Su padre era médico y su madre arquitecta, ambos activistas en movimientos pacifistas y ecologistas. Christian Reher también tenía dieciséis años, pero se había criado en hogares de acogida. Christian Buchholz tenía diecinueve años y también provenía de una familia de clase media. El mayor de todos, Markus Gartmann, tenía solo veintitrés años y militaba en el partido de extrema derecha Unión del Pueblo Alemán (DVU). Todos ellos coincidían en una academia de artes marciales de la ciudad y compartían el ideario ultraderechista. Sus diferencias sociales, familiares y económicas reflejan, a modo de ejemplo, que el militante ultraderechista no responde a un solo perfil, sino que es tan variado como el militante de izquierdas. Lo que sí compartían todos ellos era su juventud. Y posiblemente frustraciones. Y odio. Odio a muchos colectivos diversos, pero en este caso a quienes consideraban culpables de sus males y beneficiarios de lo que les correspondía a ellos como alemanes. Hasta el punto de querer quemarlos vivos.

Una semana más tarde del crimen de Solingen, se produjo en Fráncfort del Meno otro ataque racista contra un edificio en el que vivían treinta y cuatro migrantes. El incendio fue detectado a tiempo y no hubo que lamentar víctimas.

En solo dos años, los ataques de la extrema derecha se habían incrementado de modo alarmante. De los 306 ataques registrados en 1990 se pasó a 1.498 en 1991 y a 2.639 en 1992. Según un informe que elaboró la Oficina Federal para la Protección de la Constitución aquellos años, los servicios secretos alemanes calculaban la existencia de unos 42.400 activistas ultraderechistas organizados en torno a por

lo menos setenta y siete grupos distintos por todo el país. Este informe intentaba explicar el fenómeno de una manera probablemente demasiado simple: «pérdida de los lazos sociales y de los valores, carencia de orientación y perspectivas, intolerancia y exigencias exageradas». Según este análisis, «el grupo les proporciona reconocimiento, seguridad y autoconciencia (sentimiento del "nosotros"). Esto tiene especial validez para las bandas que actúan de forma marcial, como los grupos neonazis o los cabezas rapadas». El informe también hacía referencia a la música neonazi con letras que glorifican la violencia, al consumo de alcohol y los procesos de escalada en la dinámica del grupo, así como el estímulo y el efecto imitación que provocaban las noticias sobre los constantes ataques neonazis.

Tras los sucesos de Rostock, miles de personas se movilizaron para protestar contra la violencia neonazi y el racismo. Cerca de quince mil personas se manifestaron por la ciudad y terminaron ante el albergue incendiado una semana antes por neonazis. La policía alemana había tomado la ciudad y controlaba los accesos desde las autopistas. Unos 3.500 manifestantes que venían en autobús desde Berlín, Hamburgo y otras ciudades fueron retenidos a decenas de kilómetros de Rostock y tuvieron que esperar horas en las cunetas para que los agentes registraran los vehículos. Se suspendieron los servicios de autobús urbano y metro que llevaban al barrio de Lichtenhagen, donde estaba convocada la protesta. Según explicaba el periodista José María Martí Font en El País:

Más de tres mil efectivos de las unidades de élite de la Bundesgrenzschutz (BGS) pusieron en práctica una curiosa operación destinada a diluir la potencia de la manifestación, mostrando, una vez más, lo efectivas que son contra los manifestantes de izquierdas, en contraste con las dificultades que tuvieron para controlar a varios centenares de neonazis.[12]

De los trescientos setenta detenidos durante el pogromo racista de Rostock, más de la mitad provenían de otras partes del país y habían acudido únicamente para participar en la cacería de personas

migrantes. En cambio, el enorme despliegue policial dificultó a los antirracistas llegar a la manifestación y se lo impidió a casi un centenar, acusados de portar «elementos peligrosos».

La jornada finalizó con algunos enfrentamientos entre antifascistas y policía en los alrededores de la casa de los girasoles hasta que, finalmente, los manifestantes abandonaron la ciudad tras terminar la protesta. Sin embargo, los neonazis, que no habían asomado el morro mientras desfilaban los antifascistas, aquella misma noche volvieron a las andadas. Por suerte, esta vez la policía impidió que quemaran el campamento de unos trescientos gitanos rumanos en el cercano bosque de Hinrichshagen.

Ese mismo día, en Greifswald —cerca de la frontera con Polonia—, una treintena de ultraderechistas intentaron incendiar un albergue de personas refugiadas. Lo mismo ocurrió en Stendal, donde la policía arrestó a diecisiete personas. En Cottbus, también en la parte oriental de Alemania, doscientos neonazis prendieron fuego a un albergue de extranjeros. Por último, en Hannover explotó una bomba durante la celebración del Altstadtfest, una fiesta popular en la que participaban doscientas mil personas; hubo dieciséis heridos, seis de ellos graves. Ese mismo fin de semana, se produjeron otros ataques contra extranjeros en Leipzig, Goerlitz, Nuevo Brandenburgo, Eisenhuettenstadt y Schwerin, donde las fuerzas policiales se desplegaron alrededor de los albergues de refugiados. Todo esto en un solo fin de semana, pocos días después del pogromo de Rostock.

Visité Berlín por primera vez cuando tenía poco más de veinte años y allí conocí el caso de Silvio Meier. El movimiento antifascista alemán suponía todo un referente para el resto de activistas del planeta. Su bandera, que combina las banderas roja y negra —cuyo origen se encuentra en el Partido Comunista Alemán de los años treinta—, era un símbolo para los colectivos antifascistas de otros muchos países. Estos le daban un mayor protagonismo al negro o el rojo según su tendencia anarquista o comunista, pero a veces no había ninguna connotación más allá de la estética o la simple casualidad, pues en estos movimientos convivían ambas tendencias y la mayor parte de las veces no había más conflictos entre ellos que los debates en el bar.

Faltaban pocos días para la manifestación anual que recuerda el asesinato de Meier. Nos lo contó la gente de ALB (Izquierda Antifascista de Berlín), que nos explicó también que, aunque habían pasado más de diez años, se le seguía recordando. Ya conocían el caso de Guillem Agulló, con el que encontramos muchos paralelismos. En efecto, al igual que había ocurrido en España con el asesinato de Guillem, las autoridades y la prensa alemanas intentaron despolitizar el caso y enmarcarlo como una pelea entre bandas juveniles. Obviaban interesadamente el contexto: como si cada semana no hubiera ataques de la extrema derecha, como si lo de Rostock fuese una anécdota o como si el atentado de Mölln, dos días después del asesinato de Silvio, tampoco tuviera nada que ver.

Silvio Meier nació en 1965 en la ciudad alemana de Quedlingburg (Sajonia), en la zona perteneciente a la República Democrática Alemana. Con diecinueve años decidió desplazarse a Berlín oriental, donde participó en la escena punk y anarquista de aquellos años, y se involucró en la apertura de una librería y en la organización de conciertos. Su militancia antiautoritaria no era bien vista por el Gobierno de la RDA, de modo que fue detenido tras una manifestación e interrogado por la Stasi en 1988, que consideraba sus actividades subversivas. Formaba parte de Kirche von Unten, un colectivo anarquista que organizaba conciertos clandestinos en los bajos de las iglesias del Berlín oriental durante los últimos años de la RDA. Cuando un año después cayó el muro, participó en la okupación de Schreinerstrasse 47, un edificio de la parte este de la ciudad que se convirtió en símbolo del movimiento okupa de aquellos años.

La noche del 21 de noviembre de 1992, Silvio Meier se dirigía junto a varios amigos a un local del barrio de Mitte. Justo al salir del metro, en la confluencia entre Samariterstraße y Frankfurter Allee, se tropezaron con un grupo de neonazis del barrio de Lichtengerb. Tras un intercambio de insultos, Silvio recibió una puñalada en el pecho y poco después falleció en el hospital. Ekkehard S., que acompañaba a Silvio, quedó tendido en el suelo inconsciente tras recibir numerosos golpes en la cabeza.

Al día siguiente, cientos de personas se concentraron en la Schreinerstrasse 47 y marcharon hacia el barrio de Lichtenberg, de donde eran los asesinos de Meier, y se dirigieron a un club nocturno frecuentado por neonazis. El local fue saqueado y los neonazis nunca

más volvieron. Después de aquello, el club cambió su nombre por el de Judith Auer, en homenaje a la heroína de la resistencia alemana contra los nazis ejecutada en 1944.

La violencia neonazi se extendía por Europa de una manera brutal a principios de los noventa. Las imágenes y las noticias que llegaban de Alemania atemorizaban a la mayoría, pero encorajaban a otros. Los ataques a personas refugiadas en Europa, los discursos antiinmigración y la exhibición sensacionalista de los neonazis en los medios de comunicación también tenían eco en el Estado español, donde los grupos ultraderechistas empezaron a tener cada vez más conexión con los diferentes grupos neonazis europeos, cuyos integrantes a menudo venían a pasar sus vacaciones en nuestras playas. Pero, al mismo tiempo, aquellos que se empezaban a organizar para plantarles cara también encontraron en Alemania, Italia o el Reino Unido buenos ejemplos de cómo combatirlos.

---

[11] Disponible en https://elpais.com/diario/1992/12/01/internacional/723164410_

850215.html.

[12] Disponible en https://elpais.com/diario/1992/08/30/internacional/715125618_

850215.html.

13

Sonia

«Yo no veo ningún delito en matar a un travesti. ¿Es un delito matar a un travesti? Hombre, para un demócrata, para un payaso, es un delito matar a un travesti, pero para un neonazi, para un skin, es un orgullo. Una medalla. Para el que lo haya matado, una medalla».

Un skinhead neonazi

entrevistado en el programa

«Cabezas rapadas: mentes fascistas»,

de Informe Semanal, 26 de octubre de 1991

Isaac, Héctor, Andrés, Pedro, Oliver y David eran unos jóvenes del Born y la Barceloneta, dos barrios de la capital catalana. Tenían entonces entre diecisiete y veinte años, y salían juntos ataviados con bombers, botas con bola de acero y gafas de pera. En las fotos que realizaron en casa de uno de ellos, posaban rodeados de catanas, bates de béisbol, nunchacos y banderas nazis. Sonreían, hacían el saludo fascista y aparentaban ser unos tipos duros. Esas fotos ocuparían las páginas de varios periódicos poco después de la noche que iba del 5 al 6 de octubre de 1991.

Caminábamos por la zona de la cascada y dentro de la glorieta de los músicos vimos a dos personas durmiendo. Eran dos travestis.

Bromeamos, pero seguimos el paseo. Más adelante encontramos un palo de escoba, que partimos para usarlo como bastón. Entonces, volvimos a la glorieta y la asaltamos.

Así relataba los hechos uno de los protagonistas ante la policía catalana. El periodista Pere Martí accedió a la declaración de uno de los jóvenes en comisaría y seis meses después, en abril de 1992, publicó algunos fragmentos en el semanario El Temps.

Subimos a machacarlos con el bastón y las botas. Uno de ellos intentó huir, pero lo tumbamos de un puñetazo. En aquel momento todos éramos iguales, todos repartíamos por igual a la cara, al estómago, a la espalda… Los travestis se protegían la cara con los brazos, pero después de unos minutos machacándolos, dejaron de resistirse.

La paliza duró cerca de quince minutos y uno de ellos se rompió la uña de las patadas que dio con sus botas de bola de acero. Decidió marcharse junto con dos de los agresores, pero otros tres permanecieron en el parque y decidieron volver para rematar a sus víctimas. «A uno de ellos le aplastamos la cabeza. Cuando nos fuimos parecían inconscientes; había uno que respiraba con dificultad, como si roncara», explica uno con absoluta frialdad al agente de los Mossos que le toma declaración.

Una de las víctimas no volvió a levantarse. Murió a consecuencia de los golpes. Se llamaba Sonia Rescalvo y tenía cuarenta y cinco años. La otra, Doris, quedó desfigurada y estuvo a punto de perder la vida. Pero la cacería no había terminado.

Cuando íbamos hacia la salida del parque que está a la altura de la calle Princesa, vimos a tres sintecho durmiendo. Decidimos darles una paliza también. Como no llevábamos nada, recogimos unas barras de hierro que había en un contenedor de obras en el parque. Les dimos en la cara y en la cabeza. Uno de ellos huyó, pero los otros dos

quedaron tendidos en el suelo.

Miguel, una de las personas sin hogar que había sido apaleada, perdió la visión del único ojo que le quedaba. Se quedó ciego de por vida. Los neonazis remataron la noche con unas cervezas en el bar Barrigón a la una de la madrugada. Luego, cada uno se fue a su casa.

Eugeni volvía de madrugada a casa con su compañero de piso. Tenían la costumbre de leer las portadas de los periódicos que iban colocando los quiosqueros de las Ramblas a primera hora. Esa mañana, una noticia les llamó la atención. Hablaba de «un travesti negro» muerto en el Parc de la Ciutadella. Eugeni tenía veintiséis años y militaba desde los años ochenta en el Front d'Alliberament Gai de Catalunya (FAGC). Eugeni era entonces portavoz de la primera organización LGTBI del Estado español, fundada en 1975. No se lo pensó dos veces y llamó a Ramón Peirón, el periodista que firmaba aquella noticia en La Vanguardia, para intentar averiguar más sobre el crimen. El periodista le aclaró un detalle: la víctima no era negra. El forense había realizado un primer reconocimiento visual del cadáver y su rostro, efectivamente, estaba negro. Pero no era el color natural de la piel, sino hematomas. Tenía la cara completamente negra de la cantidad de golpes que había recibido antes de morir con las botas de punta de acero de los neonazis. «Encontraron restos de ADN de Sonia en las botas de uno de los asesinos», explica Eugeni, que formó parte de la acusación popular en el juicio, representada por la abogada María José Varela.

El caso estaba en manos de la Policía Nacional. Pasaban los meses y la investigación no avanzaba. El FAGC preparaba personarse como acusación popular —más tarde se sumarían la Coordinadora de Gais i Lesbianes y el Ajuntament de Barcelona—. Se reunieron con el gobernador civil, quien les aseguró que la investigación estaba en marcha y les pidió paciencia. De pronto, una inquietante casualidad alumbró el proceso. El juez que instruía el caso recibió la transcripción de unas significativas escuchas telefónicas.

—Por cierto, ¿sabes quién hizo eso del travesti de la Ciutadella? —

preguntaba el interlocutor a una amiga a la que pretendía convencer de que pasara una noche con él.

—No —respondió ella.

—¡Pues yo sí!

Un mosso d'esquadra lo había grabado en unas escuchas telefónicas a varios agentes de la Policía Nacional española sospechosos en un caso de corrupción. En estos casos, para evitar filtraciones, Interior encarga a miembros de otros cuerpos la investigación de los presuntos agentes corruptos. En esta ocasión, era el teléfono fijo del domicilio de uno de los policías a los que se estaba investigando y quien hablaba era Héctor López Frutos, uno de los neonazis que habían asesinado a Sonia, y estaba en casa de aquel policía —algo que, según Eugeni, hasta hoy no se había contado.

Ante esta situación, el juez trasladó la investigación a los Mossos d'Esquadra y apartó a la Policía Nacional del caso. Este fue el primer caso de asesinato que investigaron los Mossos, pues hasta ese momento no tenían competencias. Y fue gracias a un agente que perfectamente podría haber obviado este comentario y seguir con sus labores; pero decidió contarlo.

El caso cayó en manos del inspector Joan Carles Molinero, que, según cuenta Eugeni, realizó una labor extraordinaria. Logró localizar a familiares de Sonia y mantuvo una comunicación constante con el FAGC.

La policía catalana detuvo a los neonazis en poco tiempo. Estaban vinculados a los ultras del Barça, algo que, según Eugeni, se había pasado sospechosamente por alto. Y eso que muchos de estos ultras ya eran conocidos por sus vinculaciones neonazis y su extrema violencia. Un año antes, miembros de los Boixos Nois habían asesinado a Frederic Rouquier, seguidor del RCD Espanyol, que fue una de las primeras víctimas de la violencia de los ultras del fútbol.

Los Mossos detuvieron el 11 de marzo de 1992 a seis neonazis relacionados con el asesinato de Sonia: Pere Alsina Llinares, David Parladé Valdés, Héctor e Isaac López Frutos, Andrés Pascual Prieto y

Oliver Sánchez Riera. En los registros domiciliarios encontraron abundante parafernalia neonazi, bates de béisbol, puños americanos y algunas notas escritas que hablaban de «tocar los tambores». Era su manera de denominar las cacerías humanas que organizaban. Incluso había una lista de víctimas: objetores de conciencia (quienes se negaban a realizar el servicio militar), punkis, «okupas, travestis, maricones y demás escoria», recuerda Eugeni.

Era una época en la que había un buen tejido asociativo, ya con conciencia antifascista. Desde el FAGC entramos en contacto con el movimiento okupa, el antimilitarismo y otros colectivos que se preocuparon por el caso y organizamos durante un par de años el Carnaval Antifeixista para recaudar fondos para la acusación popular en el juicio —recuerda Eugeni—. Hubo mucho apoyo de Madrid y de Euskadi, sobre todo. Organizaron autobuses para participar en el festival antifascista y nos ayudaron con la recogida de firmas.

«Durante el juicio nos impresionó ver lo convencidos que estaban de lo que hicieron. Como si fuese parte de una misión». Los jóvenes neonazis no se arrepintieron de nada. Mostraron una terrible frialdad cuando explicaron cómo mataron a golpes a Sonia y cómo casi matan a las otras víctimas, a las que consideraban escoria y por eso objetivos en aquella cacería. Uno de ellos contaría como anécdota que se rompió una uña del pie por las patadas que dio a sus víctimas con las botas de punta de acero.

Nos generó un miedo terrible. La reflexión que hicimos fue que no podíamos consentir que aquello quedase impune. Fue una mujer trans, pero podría haber sido un punki, una mujer negra o quien fuera. Era obvio que la respuesta tenía que ser antifascista.

Eugeni recuerda que recibieron una enorme solidaridad de la mayor parte de los colectivos de izquierdas, pero muchos otros todavía no se habían percatado de que el colectivo LGTBI también estaba en el

punto de mira de los neonazis.

Algunos incluso consideraban el tema gay algo burgués y era como si tuviésemos que demostrar que éramos antifascistas —recuerda—. Después, los redskins se acercaron a nosotros y nos apoyaron mucho. Teníamos miedo a cualquier persona que vistiese con aquella estética y ellos nos explicaban que no todos los skinheads eran nazis, que, al contrario, les habían robado la estética. Nosotros criticábamos mucho la testosterona del movimiento y hablamos mucho con ellos de esto. Y mira cómo son las cosas que tres años después estaba yo en el juicio por el asesinato de Guillem Agulló en Castelló. Siempre tuvimos muy buena conexión con aquel mundo, con su familia y con todos sus amigos.

Eugeni señala una de las consecuencias de aquel proceso:

Vimos la necesidad de crear una estructura permanente para protegernos. De aquello surgió la Oficina Antidiscriminación, con la que atendimos numerosos casos de agresiones LGTBI-fóbicas.

Hoy, Eugeni dirige el Observatori Contra l'Homofobia (OCH), en el que un grupo de profesionales y voluntarios atienden a personas LGTBI víctimas de la discriminación. Ofrecen asesoramiento y acompañamiento jurídico y psicológico en toda Catalunya, y realizan numerosas campañas de formación y sensibilización.

Los neonazis que mataron a Sonia fueron condenados a más de trescientos años de prisión. Veinte años después, ya estaban todos en la calle. Ninguno de ellos había mostrado arrepentimiento. Óscar Lozano, condenado por encubrir el asesinato de Sonia, volvió a ser noticia veinticinco años después, en 2016. Los Mossos lo detuvieron tras patear a una mujer musulmana embarazada en plena calle. «¿Qué hacéis aquí? Iros al desierto, moros de mierda», gritaron a un matrimonio de origen marroquí que paseaba tranquilamente por la

calle Princesa de Barcelona. Tan solo fue condenado a realizar un cursillo de derechos humanos y a pagar una multa.

14

SHARP: los skinheads antirracistas

«Stay rude, stay rebel, stay rebel, stay SHARP.

Stay rude against fascist regimes,

stay rebel against politicians dreams,

stay rude and fight back injustice,

stay rebel against racial prejudice.

Sharpskins remember their roots,

think with their brains not with their boots».

NO SPORTS, Stay Rude, Stay Rebel, 1990

El 23 de febrero de 1993, Barcelona vivió una manifestación multitudinaria sin precedentes. Miles de personas migrantes residentes en Catalunya desfilaron por el centro de la capital bajo el lema «Igualdad para vivir, diversidad para convivir», convocadas por SOS Racisme y con el apoyo de más de un centenar de organizaciones de todo tipo. Entonces casi había más nacionales migrados que migrantes de otros países en el Estado español. La mayoría se concentraban en Catalunya, Andalucía y otros territorios donde había trabajos que muchos nativos no querían realizar.

Faltaban pocos días para las elecciones y varios políticos querían aparecer en la foto: Rafael Ribó, de Iniciativa per Catalunya; Àngel Colom, de ERC; Juan de Dios Ramírez Heredia, del PSOE; y casualmente Alejo Vidal-Quadras, entonces del PP y veinte años después uno de los fundadores de Vox. El diario El País destacó el ambiente festivo de la marcha y las reivindicaciones de sus asistentes, que denunciaban los últimos brotes racistas surgidos en Catalunya.

Según este periódico, cerraba la marcha «un grupo de unos treinta cabezas rapadas autodenominados skinheads antirracistas de los Países Catalanes», que llevaban una pancarta que decía: «Aplastemos al fascismo».

Uno de ellos era Sergi Bernal, que entonces tenía diecinueve años. El 11 de abril de 2021, como cada año, las redes recordaban el aniversario del asesinato del joven antifascista valenciano Guillem Agulló, quien había sido también miembro del SHARP. Sergi puso en su cuenta de Twitter una foto de aquella manifestación antirracista de Barcelona, en la que aparecen varios jóvenes cabezas rapadas. Hacía poco que se había creado el colectivo SHARP (Skinheads Against Racial Prejudice), en un momento en el que la prensa y el imaginario colectivo relacionaban la palabra «skinhead» con la extrema derecha. Varios jóvenes reivindicaban el verdadero origen del movimiento skinhead, muy alejado del racismo y del nazismo. Sin embargo, desde hacía unos años se habían apoderado de él distintos grupos neonazis europeos.

Otro joven que andaba en este entorno era Jordi Magrinyà, que hoy en día sigue siendo militante antifascista y antirracista, a sus cuarenta y cinco años. Jordi se crio en un entorno familiar politizado. «Mi madre me transmitió los valores de justicia social y de todas las luchas en las que participó durante el franquismo y la transición», explica. Nacido y crecido en Barcelona, entró a formar parte del movimiento skinhead antirracista junto con otros jóvenes afrodescendientes de aquella época y juntos se enfrentaron a los neonazis de entonces en las calles de Barcelona. Fue miembro de la banda de punk Suburban Rebels, formada por amigos que se juntaban en el barrio del Gòtic. «Llego de una manera bastante lúdica, por medio de la música, de los conciertos a principios de los noventa, por amigos de la Barceloneta. El aspecto cultural fue muy importante para mí, los conciertos, la música…, ya que esos grupos decían lo que yo pensaba, cosas que

para mí tenían sentido. Me junté con gente que estaba en la misma sintonía en otras zonas de Barcelona y que además se lo tomaba en serio de manera muy natural, ya que hacíamos vida en la calle, en las plazas… De repente, una serie de gente decidió amargarnos la existencia. Así nos metimos en el mundo skinhead antifascista. Tomamos conciencia sobre todo a raíz del asesinato de Sonia y de Guillem Agulló, y de todas las agresiones que se sucedían en aquella época, cuando los nazis salían de caza constantemente. Eso nos generaba una idea del enemigo muy clara, nos permitía visualizar muy claramente qué es el fascismo».

Jordi recuerda que algunos de los asesinos de Sonia eran conocidos. Los habían visto más de una vez.

No era nada abstracto el tema de los neonazis. Poníamos cara a los asesinos de Sonia, porque ya los habíamos visto alguna vez. Los encuentros eran habituales. Yo mismo sufrí una agresión en el metro a manos de un grupo de neonazis. Iba con una compañera y me dejaron muy malherido cerca del Camp Nou. Pedí ayuda a la gente que había allí, pero nadie hizo nada —recuerda—. Y así creamos el SHARP en Barcelona. En algún momento a mediados de los noventa, llegamos a juntarnos más de un centenar de skinheads antifascistas para confrontar a esos grupos de nazis que hasta entonces habían ido de caza contra nosotros.

Jordi recuerda que aquellos años fueron muy violentos y confiesa que se acostumbraron a recibir golpes y normalizar una violencia que hoy, por suerte, ya no es tan habitual. Sin embargo, en aquellos momentos se entendía que era imprescindible para protegerse de los ataques neonazis.

Aquellos años la acción directa fue muy bestia. Nos jugábamos la vida. Esto crea una personalidad. Perder el miedo al dolor físico con la confrontación física, conocer tu cuerpo, el daño que causa un puñetazo o una patada… hace que cambies. Hace a las personas más fuertes, más capaces, muy echados adelante, pero es algo que ahora ya

no se da tanto como antes, ¡menos mal! Y es en parte porque los pusimos en su sitio y ya no se atrevían a ir de caza con tanta normalidad y tanta impunidad.

Juan y Alfons se llevan unos cuantos años, pero ambos formaron parte del SHARP y de la Assemblea Antifeixista de València a principios de los noventa. A Juan lo recuerdo de aquella época en que las diferencias de edad eran más evidentes y con quince años no te juntabas con los de veinte. Era uno de los skins más grandes y rudos que había en el barrio del Carmen y el Kasal Popular. Casi treinta años después, nos encontramos una tarde en València. Juan, mayor que nosotros, recuerda varios episodios de los años ochenta en el Carmen, cuando ya los primeros neonazis aparecían por algunos pubs del barrio en el que se concentraban la mayoría de los jóvenes alternativos de la época. «Todos los skins que había entonces eran nazis. Eran pandilleros. Les daba igual pegarte un tiro que robarte el coche». Los redskins eran pocos. Recita varios nombres, pero no más de diez. Recuerda:

A los nazis les gustaba la estética porque les parecía agresiva. Iban a por migrantes, homosexuales y gente de izquierdas. Una vez fueron a saco a por el Kasal y otra muy bestia fue en el Mala Fama, un bar en el barrio del Carmen, donde también fueron a saco. Habían venido con gente de Ultras Sur y entraron a lo bestia. Fue una masacre.

El Mala Fama estaba en la calle Cavallers y era lugar de encuentro de heavies, punkis y gente que llevaba pintas alternativas. Los neonazis echaron gas lacrimógeno en el bar y, conforme iba saliendo la gente, les apaleaban.

EL RESURGIMIENTO DE MOVIMIENTOS NEONAZIS

PROVOCA LA APARICIÓN DE GRUPOS

Así titulaba el Levante-EMV una noticia aparecida el 6 de diciembre de 1991. Al lado, la foto de tres jóvenes skinheads con la cara tapada. El periodista Vicent Montagud explica que los jóvenes del SHARP, «pese a llevar la cabeza rapada y botas militares, no se identifican por practicar la violencia contra las minorías. Todo lo contrario. Combaten el racismo. Y reivindican una contracultura que, dicen, ha sido robada y manipulada».

La Assemblea Antifeixista nació en València en 1990 y el 20N de ese mismo año ya hizo acto de presencia en las inmediaciones de la celebración fascista del aniversario de la muerte de Franco y José Antonio, que los nostálgicos celebraban en una iglesia del centro de la ciudad. La Assemblea nació a partir de otros colectivos de la ciudad: Assemblea de Joves Antirepressió, los Jóvenes Urbanos Antifascistas y el Kol·lektiu Anti-Repressió.

Básicamente, fue la reacción a las agresiones neonazis contra inmigrantes, travestis y vagabundos. Actualmente está compuesta por jóvenes de entre dieciséis y veinticinco años procedentes de la ciudad o de su área metropolitana.

Y ya empezaban a coordinarse con otros colectivos y plataformas similares, como la Coordinadora Antifascista de Madrid, SHARP en Catalunya y Euskadi, y el Colectivo Antifascista de Andalucía. Según explica el Levante-EMV, «reconocen haber corrido a guantazos a algunos fascistas individualmente, y en alguna ocasión. Fomentan lo que denominan autodefensa, una consigna que repiten constantemente». Los entrevistados relatan que han sufrido agresiones neonazis, amenazas telefónicas e incluso miembros de grupos de extrema derecha han visitado sus domicilios.

Siguen de cerca los movimientos de los dirigentes neonazis. «Sabemos

lo que hacen, cómo se mueven y por dónde van». Y tramitan denuncias en el juzgado de guardia cuando localizan tiendas que venden material neonazi o tienen conocimiento de que se han producido agresiones, «porque en ocasiones han golpeado a extranjeros indocumentados que si van a comisaría los expulsan directamente del país».

Entonces, el SHARP y los miembros de la Assemblea Antifeixista se dedicaban a dar charlas, organizar conciertos, pintar murales y producir material político en forma de fanzines. «A los nazis les gusta la violencia porque son y serán carne de gimnasio. Nosotros solo la utilizamos cuando no hay más remedio», explica uno de los entrevistados.

Uno de los impulsores del SHARP fue Félix, un joven pelirrojo muy aficionado a las vespas y la música que también militaba en Maulets, la organización juvenil de la izquierda independentista. Cuando se intenta crear un colectivo antifascista, Maulets ya tenía una estructura organizada, más experiencia y más red. El Kasal sirvió de aglutinador, a pesar de las discrepancias entre el movimiento libertario y el independentismo. Pero hubo gente que sirvió de puente. Como Davide, que era gallego y, desde sus posiciones libertarias, supo defender la compatibilidad de ambas luchas. Los militantes al final se encontraban más cerca de lo que creían, al menos en ciudades como València. Así, finalmente hubo entendimiento. Todos sufrían a los nazis y todos coincidían en los mismos ambientes.

Al final se dio la casualidad de que salimos skins de Maulets y skins anarcos, del Kasal Popular, que nos juntamos para formar el SHARP. Gracias a eso, comenzaron a trabajar en red colectivos muy diversos para combatir el fascismo.

Guillem Agulló también formaba parte de este grupo y al poco tiempo formaría, junto a otras compañeras de su pueblo, la sección de SHARP en Burjassot.

Alfons, que fue uno de los miembros más activos del SHARP en València, explica:

Había muchas agresiones de las que no se enteraba nadie. Hacían lo que les daba la gana. Tras el asesinato de Guillem, nos organizamos más. Hubo una cohesión de gente importante. Y también hubo gente que desapareció. Fue muy traumático y hubo gente que se echó atrás. Eran muy jóvenes y muchos tuvieron que ir a terapia. Otros, sin embargo, nos motivamos y dimos un paso adelante.

Alfons recuerda que empezaron a recibir cartas en el apartado de correos de gente que había montado una sección del SHARP en otros pueblos y ciudades del Estado.

Se fue creando un vínculo muy fuerte entre algunos skins de todo el Estado (Madrid, Burgos, Lleida, Zaragoza, Sevilla y Euskal Herria). Nos escribíamos cartas asiduamente para intercambiar carteles, pegatinas y fanzines.

Como SHARP, fuimos creciendo en número. Nos reuníamos con SHARP La Plana y SHARP L'Alacantí, y se constituye SHARP País Valencià, aunque hubo muy pocas asambleas y poco formales. Nos veíamos sobre todo en fiestas organizadas por nuestro colectivo y conciertos de ska. Desde SHARP L'Horta se organizaron muchos autobuses para asistir a festivales de ska, como el Reggus o el de Balaguer, que llenábamos entre gente del Carmen y Benimaclet. A nivel estatal se fueron celebrando concentraciones SHARP en Guadalajara (1993), Zaragoza (1994), Lleida (1995) y València (1996), donde se hacían asambleas, una concentración contra el racismo y conciertos.

El SHARP se mantuvo activo en València hasta finales de los noventa y aglutinó a decenas de jóvenes atraídos por la estética, la música y la política. Aunque la actividad como colectivo se diluyó, sus miembros

más activos continuaron militando en otras plataformas antifascistas que surgirían entonces. En otras ciudades se crearon otros colectivos de skinheads antifascistas, como el Red and Anarchist Skinheads (RASH), que juntaba a jóvenes libertarios y comunistas principalmente. La estética skinhead ha estado presente hasta hoy tanto en el movimiento antifascista como en los grupos neonazis. A menudo, si te cruzabas con alguno, debías fijarte bien en los parches y las insignias que llevaban en la cazadora para saber de qué palo iba. No son pocas las anécdotas en las que unos y otros se confundieron al cruzarse por la calle. Juan recuerda que, en Benicàssim, una noche de fiesta en el pub Novecento, vieron acercarse a varios skins. «Nos habían confundido con nazis y venían de compadreo, hasta que se acercaron y vimos los parches». Entonces empezó una pelea que terminó con la huida de los nazis. Nada raro. Si llevabas pintas, siempre que veías a un skin debías ser prudente.

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

15

«Tuvimos que aprender

a jugar a espías»

«Yo te quiero escribir una carta de amor

que llegue a tu país en semilla de flor,

que atraviese en la noche océano y tormenta,

luego, como un lucero, deje un sueño en tu puerta.

¡Ay!, cuatro rosas de fuego ardiendo salieron y todo acabó.

¡Ay!, cuatro rosas dejaron la flor de un disparo en tu corazón.

Pobre Lucrecia, tan pobre y negra,

te vengará un andaluz a la luz de la luna cantando el vudú».

CARLOS CANO, Canción para Lucrecia, 1994

A finales de los años ochenta y principios de los noventa, la violencia de la extrema derecha se incrementó notablemente. La reorganización del antifascismo y la autodefensa en las grandes ciudades se convirtieron en una mera cuestión de supervivencia, que fue posible gracias a los movimientos sociales de aquel entonces. Después de los sucesos de Tirso de Molina en Madrid, la conciencia antifascista se extendía cada vez más entre los diferentes colectivos, que dedicaban asambleas exclusivamente a

analizar la situación, compartir información y repartirse el trabajo.

Más allá de la autodefensa en casos concretos en los que se preveía un ataque o un acontecimiento que podía derivar en enfrentamientos, en Madrid y en otras ciudades se crearon pequeños y discretos grupos de afinidad que realizaron otro tipo de trabajos de prevención para anticiparse a los neonazis.

Habíamos logrado crear de tal manera nuestra estructura que nos cuidábamos y nos resguardábamos muy bien. Para formar parte del núcleo del colectivo teníamos que conocernos. Tú podías venir avalado por alguien y se te podía abrir la puerta, pero hasta que no sabíamos dónde vivías, quiénes eran tus padres, etcétera, no traspasabas esa puerta. Eso, aparte de darnos mucha seguridad, estoy convencido de que nos salvó la vida.

Javier era uno de los miembros de aquel reducido grupo de militantes que formaron este «servicio secreto» antifascista. Treinta años después, relata con todo detalle los lugares, las fechas y los personajes del movimiento neonazi de entonces. Había dedicado años de su vida a ir tras ellos con absoluta discreción y no poco éxito.

«Toda la información que conseguíamos se usaba; por un lado, para divulgarla y que la gente tomara conciencia», explica; pero también había otro tipo de informaciones que almacenaban para usarlas o simplemente tenerlas presentes cuando la ocasión lo requiriera.

En 1992 nos llegó una información preocupante. Nos advertían de que, de cara al 20N, estaban preparando algo gordo, que querían poner muertos encima de la mesa. Por la fuente de la que venía, tenía un alto índice de veracidad.

Esta filtración hizo saltar las alarmas. Los miembros de este grupo de

afinidad contaban con informantes que, por diversos motivos, conocían de cerca a algunos militantes neonazis. Estos informantes proporcionaban todo aquello que resultase relevante a su antifascista de confianza, quien se lo hacía llegar al grupo que se dedicaba a la investigación.

Primero temimos por nosotros mismos, pero era algo que teníamos asumido y tomábamos nuestras precauciones. Luego, empezamos a pensar en qué otros colectivos podrían ser víctimas potenciales de ese ataque que se estaba planificando —explica Javier—. Recordamos que había un grupo de migrantes dominicanos que llevaban tiempo denunciando que estaban recibiendo amenazas y se había producido alguna que otra agresión.

Aquellos años, en España no era habitual la presencia de personas migrantes. En la plaza de la Corona Boreal de Aravaca se reunían cada día cerca de un centenar de migrantes latinoamericanos. Había muchas mujeres que trabajaban en el servicio doméstico y que incluso habían venido solas a España para enviar algo de dinero a sus familias. Su presencia en un país en el que hasta entonces las personas migrantes eran todavía pocas llamaba la atención y no estaba bien vista por algunos vecinos. La policía municipal realizó diversas redadas en la zona para hacer creer que los tenía controlados. En una de estas actuaciones, la policía se mostró especialmente agresiva y lo que había empezado en una supuesta redada para cazar a personas sin papeles terminó con una protesta espontánea de las personas migrantes que fue duramente reprimida por los agentes.

Sin embargo, poner el foco sobre este grupo de trabajadores migrantes no fue algo casual. Meses antes, unos panfletos anónimos habían inundado las inmediaciones del lugar.

Los vecinos de Aravaca hemos visto perturbada la tranquilidad que veníamos disfrutando por la desorbitada afluencia de inmigrantes ilegales que, procedentes de distintos lugares, han invadido nuestro barrio con el aparente beneplácito de las autoridades, produciendo

una inquietud generalizada de preocupación y temor entre muchos de nosotros debido a los incidentes conocidos por todos, que un número importante de estas personas están provocando. […] La situación ha llegado a un punto insostenible […]. Estamos hartos. […] Creemos que ha llegado el momento de unirnos saliendo de nuevo a la calle […]. ¿A qué estamos esperando para actuar? ¿Qué más necesitamos para actuar?

Al mismo tiempo, varias pintadas racistas y carteles de grupos de extrema derecha, como Juntas Españolas, empezaron a aparecer por las paredes alrededor de la plaza.

A la campaña xenófoba se unió el sensacionalismo de algunos medios de comunicación, que incluso señalaron el lugar donde pernoctaban algunas de estas personas. «Inmigrantes sudamericanos ocupan desde abril la semiderruida discoteca Four Roses», titulaba El Mundo una noticia.

Los informantes de Javier y sus compañeros del colectivo antifascista les alertaron de que la ultraderecha tenía previsto atacar en la zona de Pozuelo de Alarcón y Majadahonda a personas migrantes, principalmente dominicanas o magrebíes.

Convocamos una reunión con todo el espectro político, desde CC OO y UGT hasta el PSOE. A todo el mundo. Esto era algo que nos costaba mucho y entre nosotros hubo un debate enorme. Pero nos temíamos algo grave y pensábamos que era importante trasladar estas sospechas a quienes también podían hacer algo.

Una de las propuestas que lanzaron los antifascistas fue organizar una vigilia en la zona durante unos días para disuadir a los posibles atacantes y convocar una gran manifestación para el fin de semana. Los migrantes también estuvieron presentes en aquella reunión; concretamente, los dominicanos denunciaron la campaña de acoso que venían sufriendo. Sin embargo, Javier se lamenta:

No logramos convencerles. No nos hicieron caso. Nos dijeron que los fascistas solo existían para nosotros, que no eran una amenaza real.

A los pocos días, el 13 de noviembre de 1992, Lucrecia Pérez, migrante dominicana, moría acribillada a balazos por un grupo neonazi en la discoteca abandonada de Aravaca Four Roses. Esa noche, un guardia civil se dirigió a Aravaca acompañado de tres jóvenes. Según la sentencia de la Audiencia Provincial de Madrid del 4 de julio de 1994:

Se declara probado que nada más bajar del vehículo, el procesado Luis Merino Pérez (de veintiséis años), quien guardaba su pistola reglamentaria en la cintura, les preguntó a los demás si llevaban armas, manifestando Felipe Carlos Martín Bravo (de diecisiete años) que él llevaba una navaja y un punzón, y como Víctor Julián Flores Reviejo (de dieciocho años) dijera que no portaba nada, Luis Merino le entregó un cuchillo de monte de diecisiete centímetros de hoja, que llevaba habitualmente en la guantera de su automóvil, y que Víctor Julián guardó entre sus ropas. Por su parte, Javier Quílez Martínez (de dieciocho años) contestó que no portaba arma alguna, pero que con unas piedras le bastaba. De esta forma, y una vez preparados, y al tiempo que Víctor Julián se cubría el rostro con una braga de tipo militar a fin de impedir su posible identificación, los procesados penetraron en el recinto de la discoteca Four Roses por la antigua salida de emergencia.

Este comando neonazi entró en el edificio en ruinas y disparó contra el grupo de personas reunido alrededor de una mesa e iluminado por la poca luz que una vela puede ofrecer. Aquellas balas mataron a Lucrecia e hirieron a Augusto César Vargas.

Javier recuerda:

Entonces, los mismos que nos habían ignorado en aquella reunión volvieron a contactar con nosotros. Ahora sí que querían una manifestación y salir en la foto.

De modo que el sábado siguiente se organizó una gran manifestación que reunió a cerca de veinte mil personas. El día posterior a esta manifestación, los antifascistas convocaron otra protesta para denunciar el asesinato neonazi y además poner el foco en la ley de extranjería; esto era algo que muchos de los convocantes de la manifestación del día anterior no habían secundado, entre ellos el PSOE —que era el partido en el Gobierno— y colectivos afines, que, después de ignorar las advertencias de los antifascistas, ahora pretendían protagonizar la indignación.

El crimen de Lucrecia hizo saltar las alarmas sobre la violencia neonazi, más grave aún por la participación de un agente de la Guardia Civil en activo. Joseba Azkarraga, portavoz de Eusko Alkartasuna, solicitó la comparecencia en el Congreso de José Luis Corcuera, ministro del Interior. El País lo contaba así:

Azkarraga considera que Corcuera, al que calificó como «enemigo número uno de las libertades públicas», es incapaz de controlar a los núcleos fascistas existentes en los cuerpos de seguridad.

Es menos conocido que un día después del asesinato de Lucrecia hubo otra cacería neonazi muy cerca, en Majadahonda. El 23 de noviembre de 1992, un joven marroquí de veinticinco años, Hassan Al Yahahaki, falleció en la clínica Puerta del Hierro de Madrid después de nueve días en coma profundo. Aunque un grupo de neonazis le golpeó repetidas veces, para la policía la causa de la muerte fue un golpe en la cabeza con un bordillo después de un empujón. En cambio, los amigos de la víctima aseguran que esos neonazis habían ido a por él. Su compatriota Aitalali Alí relata que Hassan había recibido más golpes en la cabeza. Mustafá, otro joven migrante que acompañaba a Hassan cuando fue atacado, denunció que le amenazaron para que no hablara con la prensa.

El 28 de noviembre de 1992, la Policía Nacional arrestó a cuatro conocidos neonazis de la zona: Pablo López Peña, «El Remos», de diecinueve años; José Antonio Blanco M., «El Jamones», de diecinueve años; Daniel San José S., de veinte años, experto en full-contact; y Rubén T. C., «El Bull», de diecisiete años y residente en Las Rozas. El periodista de El País Luis Esteban informó de ello al día siguiente. Los detenidos, según la noticia, estaban implicados en diversas agresiones unos días antes, la noche del 20N.

Tres muchachos y dos chicas, que pertenecen a un grupo libertario, fueron agredidos con porras por los detenidos en el pub Tirantes. El motivo: haber estado pegando carteles en contra del racismo y contra la construcción de un campo de golf. Según uno de estos jóvenes, tras agredirles les lanzaron esta amenaza: «La próxima losa será para vosotros». Estos hechos, comenta Sonia T. R., una de las agredidas, fueron denunciados en la comisaría de la localidad después de haber sido atendidos de las heridas producidas por la agresión. Otros tres jóvenes, José Luis L. D., Manuel R. R. y Alejandro M. A., que se encontraban ayer en la puerta del bar Los Gallos, local frecuentado por los detenidos, aseguraron que estos se dedicaban a la venta de droga. «Son gente muy violenta, de tendencia neonazi y cortos de mente», aseguran. El alcalde de la localidad, Ricardo Romero de Tejada (PP), restó ayer importancia a los hechos y aseguró que «fue un desgraciado empujón» y añadió que en Majadahonda «no hay racismo ni xenofobia». A primeros de este año fueron incendiadas una decena de chabolas de la localidad habitadas por marroquíes.

Al día siguiente de la detención de los neonazis, cerca de quinientas personas se manifestaron en Majadahonda para pedir justicia por Hassan y Lucrecia, a pesar de que la Delegación del Gobierno había prohibido la protesta. La marcha terminó ante Las Casas de Diego, el poblado de chabolas donde residía Hassan que unos meses antes había sido incendiado por unos desconocidos. Mohamed Ech-Chamli —portavoz de la Asociación de Emigrantes Marroquíes en España (AEME), que había convocado la protesta— afirmó que Al Yahahaki había sido víctima tanto de los cabezas rapadas como de la política del Gobierno y en concreto de la ley de extranjería, porque esta provoca

«la explotación de los inmigrantes en lugar de su integración» y los deja «sin los mínimos derechos». Luego añadió que Hassan había sido víctima de «la marginación, el racismo y la xenofobia» y que los magrebíes temían que esos brotes de violencia xenófoba se repitieran en cualquier otro lugar.[13]

---

[13] Disponible en https://elpais.com/diario/1992/11/30/espana/723078009_850215.html.

16

Crímenes de odio

Desde hacía tiempo, por varias webs antifascistas circulaba una lista de personas supuestamente asesinadas a manos de ultraderechistas. Algunos casos eran bien conocidos, porque, por diferentes motivos, habían recibido la atención de los medios de comunicación. En cambio, de otros solo se sabía el nombre y en ocasiones ni siquiera las iniciales, únicamente eran un «migrante sin papeles» o una «persona sin hogar». En 2014, el periodista de la Directa, David Bou y yo decidimos investigar esta lista.

Durante un año, consultamos en hemerotecas y archivos de diferentes organizaciones. Contactamos con activistas que en su día habían denunciado estos crímenes y en ocasiones incluso localizamos a familiares y amigos de las víctimas. No fue una tarea fácil. La mayoría de las noticias de hacía diez años no eran accesibles online y estaban muy poco documentadas. Gran parte de las que encontramos hacían referencia al suceso, pero no había ningún seguimiento del caso, sobre todo si la víctima era una persona sin hogar, un migrante sin papeles o una transexual que se dedicaba a la prostitución. Por suerte, algunas personas guardaron el recorte del periódico o recordaban el caso porque había sucedido en su barrio. Así, poco a poco, fuimos recopilando muchas piezas de este macabro puzle.

Decidimos investigar los asesinatos a partir de 1990, porque, si nos remontábamos a los años ochenta, la lista tendría que incluir todos los muertos de la transición y sería demasiado larga. Tras descartar algunos casos que no pudimos documentar suficientemente como para enmarcarlos en lo que consideramos un crimen de odio, publicamos la lista definitiva: en esos veinticinco años, ochenta y ocho personas habían muerto a causa de agresiones motivadas por el odio. No solo a manos de grupos neonazis, porque el odio racista, homófobo o

aporófobo no es exclusivo de estas bandas. Crímenes de odio los puede cometer más gente motivada por sus prejuicios. Sin embargo, los grupos de extrema derecha abanderan e incluso reivindican estos crímenes. Las víctimas siempre han sido para los nazis seres despreciables, vidas sin valor; desde los campos de concentración hasta los grupos neonazis. Son lo que ellos consideran escoria: maricones, negros, gitanos, moros, judíos, antifascistas, travelos, indigentes, yonquis y prostitutas.

La investigación se publicó en la web crimenesdeodio.info. En ella incluimos todas las noticias que encontramos sobre cada caso y descargamos una copia por si algún día desaparecieran de su enlace original.

En 2020, incorporamos los crímenes de los últimos cinco años para actualizar el proyecto y, a día de hoy, la cifra de asesinados ya pasa del centenar. Cuando estábamos cerrando estos últimos casos, recibí un correo.

Hola, buenas noches. ¿Puedo enviarte una información? Es en referencia al proyecto crimenesdeodio.info. Un joven de Navàs que mataron los nazis en 1990.

Al día siguiente hablamos por teléfono. Después de treinta años en silencio, había decidido contarnos la historia de su amigo Ferran Vilarnau Camps.

Veraneaba en Premià de Mar, donde lo apuñalaron cinco miembros de las Brigadas Blanquiazules [ultras del RCD Espanyol]. Tocaba en un grupo del pueblo llamado Joinets y tenía dieciséis años. La familia era muy religiosa y nunca quiso hacer homenajes. En la esquela pusieron que había muerto por un accidente.

Solo había podido conseguir un enlace de la hemeroteca de La

Vanguardia con su esquela:

Murió de accidente a los dieciséis años. Quienes echaremos de menos siempre tu bondad y tu alegría. Padres, hermanos y tu familia entera y tus amigos, que tanto querías.

El crimen pasó totalmente inadvertido fuera de su círculo más cercano. Eso reafirmó todavía más nuestra creencia de que en la macabra lista de víctimas del odio falta mucha gente. Sospechamos que en demasiados casos tan solo son una breve nota en un periódico en la que ni siquiera figura el nombre: un «indigente», una «prostituta» o un «inmigrante sin papeles» que aparece muerto a golpes o quemado en un descampado.

El caso de Ferran había permanecido oculto treinta años a pesar de que su entorno familiar y de amistades era muy sólido. Si esto es así, qué no ocurrirá con aquellas personas que estaban solas, que nadie reclamó, que nadie lloró cuando aparecieron muertas.

En orden cronológico, Ferran es el primero de la lista de crimenesdeodio.info. Después vienen Sonia, Lucrecia, Hassan y Frederic. Son cinco asesinatos neonazis en dos años y esto no había hecho nada más que empezar. Los años siguientes se cometerían una serie de asesinatos que, de nuevo, volverían a provocar indignación, pero los seguirían considerando los medios y por la mayoría de los políticos como fruto de la violencia juvenil, de las tribus urbanas, casos aislados. Entonces ¿quién se los tomaría en serio? ¿Quién los combatiría?

17

¿Qué es el

antifascismo?

Javier recuerda que, todavía consternados por el asesinato de Lucrecia, llegó el caso de Hassan, en el que todo apuntaba de nuevo a una agresión neonazi.

Nos enteramos dos días después del asesinato de Hassan por medio de militantes de AEME (Asociación de Emigrantes Marroquíes en España). Aunque en un principio las informaciones eran confusas, inmediatamente se convocó una concentración en el propio poblado magrebí de Majadahonda. Acudimos AEME, cristianos de base, un colectivo antifascista muy activo de Majadahonda y nosotros, la coordinadora.

Las dos agresiones tan seguidas les hicieron temer que aquello fuera a más.

Aquellos días se organizaron grupos de autodefensa en el poblado en los que participaba un numeroso grupo de jóvenes bereberes del Rif que vivían en la zona. Los asesinos de Hassan pertenecían a un grupo vinculado a Ultras Sur que frecuentaba la plaza de los Cubos, en Madrid. De ahí mismo habían salido la noche anterior los asesinos de Lucrecia, por lo que seguro que se conocían. No creo que se tratara de un plan organizado que articulara los dos ataques, más bien pienso que, envalentonados por el asesinato del día anterior, se fueron de

cacería y se toparon con Hassan.

AEME decidió que, de algún modo, serían ellos mismos quienes llevarían el caso de Hassan a su manera. Los antifascistas se quedarían a la espera de lo que decidieran los colectivos de la zona. Javier señala lo que supuso aquello.

Después de aquellos asesinatos, se estableció una relación directa entre el mundo antifascista y colectivos de migrantes que duró al menos una década.

El asesinato de Lucrecia y Hassan suponían una escalada en la violencia neonazi. Ante la dejadez y equidistancia de las autoridades, se decidió finalmente crear la conocida Coordinadora Antifascista de Madrid (CAM), hoy todavía en funcionamiento. Los activistas antifascistas que se habían organizado en un primer momento para defender los puestos de Tirso de Molina y después habían investigado tramas neonazis formalizaron esta coordinadora y comenzaron a trabajar para formar un frente amplio contra una amenaza que ya se estaba llevando vidas por delante.

Entramos entonces en un debate muy importante todavía no resuelto: ¿qué es el antifascismo? Para algunos de nosotros no era solo revolucionario, sino algo que tenía que asumir cualquier demócrata. Para hacer la revolución ya teníamos todo tipo de reivindicaciones, pero el antifascismo debía ser mayoritario, sobre todo por el auge de la violencia neonazi, que ya estaba poniendo muertos sobre la mesa. Algunos de nosotros reflexionamos que eso, además, nos vendría muy bien para lograr un mayor desarrollo de nuestro sector y nuestras propuestas revolucionarias, porque nuestro antifascismo sí era revolucionario. Nosotros veníamos de la autonomía, de movimientos comunistas y libertarios, y teníamos muy claro hacia dónde íbamos.

El debate al que alude Javier se ha producido prácticamente en todos los sitios en los que ha existido una plataforma antifascista. En muchos casos coexistían organizaciones antifascistas con diferentes planteamientos estratégicos y metodológicos. Aunque la mayoría de las veces se encontraban en buena sintonía, otras se situaban al margen las unas de las otras. Posiblemente, el debate más repetido dentro del antifascismo pone en un plato de la balanza la amplitud del movimiento y en el otro la legitimidad del uso de la violencia. Por ese motivo, en una misma ciudad encontramos grupos dedicados a la investigación, la información y la sensibilización, y otros más dispuestos a la confrontación —en primer lugar como autodefensa, pero también a la ofensiva—. Lo cierto es que estos grupos no siempre han estado conectados ni de acuerdo los unos con los otros. Solo les unía el enemigo común. Y a este enemigo le daba exactamente igual que fueras de los que se enfrentaban a golpes con ellos o simplemente organizaras un festival antirracista. Todos, al final, eran potenciales objetivos de los neonazis. Y todos, a su manera, consiguieron frenar en muchas ocasiones a los fascistas. También mediante el empleo de la violencia. No sabemos si lo habrían conseguido de otra manera, pero el hecho es que en más de una ocasión dio resultado devolver el golpe con la misma contundencia, atacar y marcar líneas rojas.

Un mes después de los asesinatos de Lucrecia y Hassan, el grupo neonazi Bases Autónomas sacó un nuevo número del fanzine ¡A por Ellos!, uno de sus órganos de expresión. Ilustraba la portada un hombre tapándose los oídos rodeado de palabras: «Lucrecia», «skinheads», «terror», «racismo asesino», «racista», «fascista», «nazi»… Abajo, en grande: «¡Vaya racha!». El primer artículo de la publicación neonazi se titula «Antifascismo» y comienza así: «Desde lo de Lucrecia, llevamos una racha entre la televisión, la radio y los periódicos, que válgame dios…». El artículo ridiculizaba la alarma social tras los asesinatos y las constantes agresiones que protagonizaban aquellos meses los neonazis en diferentes países y ciudades, que, según el autor del artículo, respondía a una estrategia de criminalización contra ellos. Aun así, el texto terminaba reivindicando con orgullo la escalada violenta y el protagonismo que adquiría su movimiento en los medios de comunicación.

No, nosotros no protestamos. Unas veces se da y otras se recibe. ¡Así

es la vida! Adivinamos en nuestra patria un rescoldo de hombría que comienza a alimentar diminutas llamas. Pero aún es pronto. Cada mes que pasa, nuevas brasas prenden en ese rescoldo en el que habita España. Pero la temperatura es aún muy baja. Cada golpe que recibimos, cada acción que realizan los nuestros pasa menos inadvertida para el grueso de las juventudes. Y las juventudes arropan la llama, hacen que la temperatura aumente.

El periodista Alberto Gayo me prestó este y otros fanzines de la época cuando fui a su casa en Madrid, a principios de 2021. Aunque hace años que no escribe sobre la ultraderecha y los movimientos nazis en España, conserva todavía abundante material y un par de archivadores repletos de recortes y revistas sobre el tema.

Estaba muy interesado en el antimilitarismo, en un momento en el que el movimiento por la insumisión al servicio militar era muy potente, y también en el antifascismo, ya que en la facultad se hablaba mucho de la violencia de los neonazis en las calles de Madrid.

Recuerda que entonces se informaba mucho sobre este tema en los fanzines de la agencia UPA, el boletín de contrainformación de los movimientos sociales de la época en el que colaboraba.

Cuando a principios de los noventa empezó a escribir, ya conocía las andanzas de Bases Autónomas y el resto de grupúsculos nazis y fascistas que actuaban en Madrid, y les había seguido la pista en más de una ocasión. Uno de sus primeros trabajos fue en Diario16, a cuyos jefes propuso escribir sobre esa extrema derecha que se intentaba distanciar de los nostálgicos de la dictadura franquista.

Sobre todo tras el asesinato de Lucrecia y el auge de los ultras del fútbol, nos dimos cuenta de que el tema estaba subiendo de intensidad y no había especialistas en ultraderecha en los grandes medios. Interesaban como sucesos o en parte como periodismo judicial.

Alberto recuerda que la policía seguía tratando a las bandas neonazis —incluso a CEDADE— como «tribus urbanas». Él se informaba través de los boletines de la propia extrema derecha, de los antifascistas que empezaban a investigarlos, de algún topo dentro de los grupúsculos ultras y de alguna fuente policial. Ya en los noventa, un sector de la ultraderecha pretendía desprenderse de la losa del franquismo e incluso de la violencia que se les asociaba. Así lo explica Alberto:

Tanto CEDADE como Bases Autónomas, Área Inconformista y otros empiezan incluso a convocar a los medios y a hacer ruedas de prensa en abierto. Entrabas en su sede y sus dirigentes te atendían amablemente, y hasta te intentaban convencer de que las cámaras de gas no habían existido nunca.

A continuación explica:

Entre los años 1991 y 1993, quedábamos en un bar en la misma plaza de Lavapiés una vez al mes. Éramos tres o cuatro periodistas y algún que otro activista. Empezamos a charlar sobre el tema y a poner información en común, a identificar personajes y analizar la propaganda que editaban.

Coincidimos con Alberto en que la prensa no hablaba nada de cómo se organizó el antifascismo.

Todas las semanas había ataques contra chavales con pintas alternativas, contra los centros sociales, que ya a finales de los ochenta se organizaron bien para defenderse. Había un grupo de alerta antifascista que estaba coordinado por si pasaba algo.

Alberto recuerda que a finales de los noventa publicó un reportaje en Interviú sobre grupos de extrema derecha. Entonces, en una calle cercana a la redacción de la revista, apareció una pintada con su apellido dentro de una diana. Era la respuesta de los neonazis a un artículo que no les había gustado.

18

Flora 6,

Guillem y Davide

«Me gustaría que la razón y el corazón estuvieran siempre juntos.

Sentir del mismo modo hace fuerte esa unión.

Vamos a resistir con golpes y esfuerzos.

Hay algo que nos queda… ¡la forma de pensar!

El dinero no lo es todo, el control es cosa personal.

Mira dónde pisas, no vayas a tropezar.

Tu pasado no lo conozco, el futuro no importa mucho más.

Defender o resistir es positivo. Hay que vivir.

Pienso que…, si no lo sientes, ¿qué haces tú aquí?

Me gustaría que estuviéramos siempre juntos.

Luchar del mismo lado hace duradera la amistad.

Vamos a defender con manos y gritos

lo único que queda… ¡la sinceridad!

La política no lo es todo, la libertad una palabra más.

La copa que vas a tomar, procura que no sea para olvidar.

¿Quién te implica si tú no quieres?

Perteneces a ti mismo/a.

La cosa puede ir más allá, está en tus manos… Acógela o volará».

MANIÁTICA, «Lo que nos queda», en El lado oscuro, 1992

Enric, el profesor, entró en nuestra clase de octavo de EGB y nos contó que habían matado a Guillem y que una exalumna del colegio, Anna, estaba presente. Anna tenía dos años más que yo, pero en el colegio nos conocíamos todos. Un grupo de nazis habían rodeado a Guillem y lo habían apuñalado en el corazón. Pedro Cuevas fue el autor, mientras sus compinches sujetaban a Guillem, que no tuvo ninguna posibilidad de defenderse. El resto de sus acompañantes, que tenían entre quince y diecisiete años, no pudieron hacer nada. Guillem era el mayor de todos ellos, tenía dieciocho años.

Alfons no había aceptado la oferta de una compañera de ir aquellas pascuas a Montanejos. Cuando se lo propuso, él ya tenía otros planes. En la entrevista, Alfons me confesó que él también podría haber sido víctima de aquella cacería.

Nuestra generación quedó marcada por aquel crimen. Todos los años nos reuníamos en Burjassot el día de su muerte para recordarlo. Su nombre siempre estuvo en boca de todos. Tanto en la nuestra, como homenaje y dolorosa advertencia, como en la de los neonazis, que todavía hoy nos recuerdan que podemos acabar como él. El grito «¿Dónde están? ¡No se ven los amigos de Guillem!» es habitual en sus actos, así como las pintadas que reivindican el crimen o los ataques a los murales, placas y actos en su recuerdo.

Teníamos catorce años. Algunos ya nos interesábamos por la política, pero sobre todo por la música. Escuchábamos a La Polla Records, Kortatu, Eskorbuto, Cicatriz, Mano Negra… y nos fascinaba que grupos de rock en catalán llenaran estadios. En cambio, a nosotros nos avergonzaba hablar en valenciano en nuestra ciudad por miedo a que nos pusieran mala cara y nos espetasen que les hablásemos en

cristiano. Un temor que no era infundado.

Cuatro meses después del asesinato de Guillem, empezamos el instituto en València. Para quienes queríamos continuar recibiendo clases en nuestra lengua, solo había tres institutos públicos en toda la ciudad: Benlliure, Clot y Lluís Vives. Me tocó el primero, a varios kilómetros de mi casa. Todas las mañanas, los recorría en bicicleta junto a tres excompañeros del colegio que vivíamos cerca. Nos tocó la última clase de un largo pasillo de aquel viejo edificio. Éramos «los de la línea» (por la línea en valenciano, que era como llamaban la enseñanza en nuestra lengua). Pronto recibimos nuestro bautismo a manos de los bakalas del barrio.

«Decidles a los guarros de la línea que los esperamos a la salida». El mensaje nos lo transmitió un compañero del barrio que iba a primero de BUP en otra clase y los conocía. Aquellos jóvenes merodeaban por el centro con sus vespinos, sus chaquetas Alfa con una bandera de España cosida y sus pelos con el flequillo corto de punta, que entonces llamábamos pelo de cenicero. La amenaza se consumó y uno de mis mejores amigos terminó en la puerta del instituto con la nariz rota de un cabezazo, sin mediar palabra.

Junto al instituto se encontraba el Kasal Popular, una antigua estación de bomberos okupada en 1991. Allí almorzábamos todas las mañanas, y los fines de semana íbamos a charlas, conciertos y pasábamos la tarde conversando sentados en unos viejos sofás en el patio interior bajo un enorme mural de un elefante rosa con la frase «Kasa okupada, kasa enkantada». Éramos de los más jóvenes que frecuentaban el Kasal. Quienes llevaban el centro nos conocían y nos tenían cierto cariño. Cuando se enteraron de que nos habían agredido, decidieron venir a protegernos al día siguiente. Los bakalas que nos habían partido la cara el día anterior y se habían jactado de ello por la tarde ante sus colegas volvieron para continuar su cacería contra los guarros, es decir, contra todo aquel que llevase pintas o, lo que es lo mismo, estética punk o alternativa, como nosotros. Esta vez ni siquiera llegaron a la puerta. Diez punkis del kasal se plantaron ante ellos y al primero que intentó acercarse con una cadena de la moto lo tumbaron de un puñetazo. Pocos más se acercaron, pero quien lo intentó se la llevó. Los otros huyeron. Nosotros, desde la puerta, observábamos la escena. Teníamos catorce años y nunca habíamos pegado ni recibido un guantazo ni teníamos ningunas ganas. Inevitablemente, el recuerdo

reciente de Guillem nos rondaba la cabeza. Así terminó aquella fallida cacería y nunca más volvieron.

Veintisiete años después, en marzo de 2021, me senté a conversar con uno de aquellos punkis que nos salvaron de los makinetos fachas. No hemos dejado de cruzarnos por València todos estos años y hemos coincidido en varios espacios desde entonces. Ahora tiene un hijo adolescente. Óscar fue uno de los fundadores del Kasal y de las primeras okupaciones en València a finales de los ochenta.

Mucha gente de mi generación empezó a conocerse en el 84 y el 85 con los movimientos de objeción de conciencia. Frecuentábamos los mismos sitios, sobre todo en el barrio del Carmen. Allí ya empezamos a tener algunos problemas con neonazis, que se pasaban de vez en cuando; sobre todo con los que llamábamos nazis antiguos, que eran mayores que nosotros. Algunos incluso habían sido punkis antes. A partir del 87 aproximadamente, ya empezamos a protegernos como grupo, a tener conciencia. Acosaban mucho el Ateneo de Benicalap, un punto de encuentro político de Jove Germania [organización juvenil del Moviment Comunista del País Valencià (MCPV)] al que también íbamos nosotros, el movimiento libertario, los de Mili KK y más gente.

Óscar recuerda que una noche, en 1989, un grupo de neonazis entró en el pub La Bomba, donde se encontraban varios jóvenes de izquierdas. Arrasaron con todo y a más de uno lo dejaron con algún hueso roto. «Era evidente —concluye— que venían a por nosotros y teníamos que protegernos».

En València —igual que en Madrid, Barcelona, Zaragoza y otras ciudades—, los nuevos neonazis se divertían cazando rojos y agrediendo a gente por la pinta que llevaba. Entre sus objetivos, también estaban los migrantes, las personas sin hogar, las prostitutas…, quienes era más difícil que denunciaran las agresiones. Llegó un momento en el que ya habían tocado a demasiada gente y se convirtieron en una amenaza no solo política, sino para la propia integridad física.

En gran medida, muchos de estos neonazis actuaban como pandilleros.

No tenían ninguna organización detrás y solo ejercían la violencia para divertirse. Sin embargo, el nazismo les ofrecía una justificación señalando a ciertos colectivos como culpables y deshumanizándolos. Si asumían que el nazismo era una opción legítima, después de Auschwitz, ¿cómo no iba a estar bien darle una paliza a un punki o a un moro?

En 1988 se presentó en València Acción Radical, una organización neonazi que estuvo activa hasta mediados de los noventa. Junto a Bases Autónomas en Madrid, Vanguardia Nacional Revolucionaria y otras en diferentes ciudades, marcaría aquellos años con sangre y violencia.

La revista El Temps cuenta que la dirección de contacto con Acción Radical que figuraba en el fanzine neonazi Zyklon B —el nombre es el del gas que utilizaban los nazis en los campos de exterminio— era la sede de la Coordinadora Obrera Nacional Sindicalista (CONS).[14] Este sindicato lo lideraba el abogado y empresario valenciano José Luis Roberto, conocido como «El Cojo», una figura clave en la extrema derecha valenciana que años después fundaría y sería líder de España 2000 y propietario de Levantina de Seguridad. Además, la CONS regentó el pub Lily Marleen, un lugar de encuentro para la extrema derecha valenciana a finales de los ochenta. Lo reveló en 1990 el periodista Jordi Sebastià en el semanario El Temps,[15] en uno de los primeros reportajes sobre las tramas ultraderechistas de aquellos años en València.

Los primeros festivales de RAC (Rock Against Communism) que se celebraron en el Estado los organizó Acción Radical. A los Conciertos por la Raza —que tuvieron lugar en València en las Fallas de 1992— acudieron cientos de cabezas rapadas neonazis de todo el Estado español y de otros países de Europa. Su llegada puso en alerta a la policía, la prensa y los grupos antifascistas. Se desconocía el lugar donde estaba previsto el concierto, pero durante todo el día grupos de cabezas rapadas neonazis se dejaron ver por varios puntos de la ciudad. El periódico Las Provincias contó el 15 de marzo que la policía siguió de cerca a estos grupos en todo momento y finalmente el concierto se celebró en una sala de El Saler, a las afueras de València. Actuaron las bandas No Remorse, Battle Zone y División 250 —esta última liderada por uno de los cabecillas de Acción Radical, Manuel Canduela, quien posteriormente sería presidente del partido neonazi

Democracia Nacional (DN)—. También estaba previsto que actuara la banda inglesa Violent Storm, pero de camino a València sufrieron un accidente y todos sus integrantes murieron. En Las Provincias aparece una foto de un skinhead nazi en la sala de espera de un hospital. «Un grupo de rogelios agrede a un skinhead vasco» es el título del artículo. Al parecer, un grupo de antifascistas (a los que el periodista llama «rogelios», uno de los términos que usaban entonces los neonazis) se había enfrentado a unos neonazis en las inmediaciones de la estación de autobuses y este joven neonazi de Donosti había resultado herido. No fue el único enfrentamiento que se produjo aquel día en la ciudad.

Las conexiones internacionales de Acción Radical iban mucho más allá de la música. En 1993, de nuevo el semanario El Temps desveló cómo se organizaba el envío de combatientes españoles a la guerra de los Balcanes para luchar en las filas croatas. El artículo lo firmaba el periodista Jordi Sebastià, quien veinte años después sería alcalde de Burjassot y sufriría una serie de ataques de la ultraderecha que quedarían impunes. Según el periodista, esta trama estaba organizada por Eduardo Rózsa Flores, quien había publicado varios artículos en La Vanguardia y cuya biografía era de película. Eduardo Rózsa murió en 2009 en Bolivia en el transcurso de un alzamiento derechista contra Evo Morales en la rica región de Santa Cruz. La biografía de Rózsa Flores da para otro libro. Hay abundante información sobre él en varios medios y todavía no está claro si se trataba de un aventurero, un espía o un mercenario. El Temps desveló que Eduardo Rózsa Flores organizaba el envío de combatientes a los Balcanes a través de la tienda M & M Aventura y Supervivencia, situada en uno de los barrios ricos de València. También contaba que varios neonazis de Acción Radical viajaron en más de una ocasión a esa zona.

El auge de Acción Radical y el incremento de la violencia neonazi hicieron que los ataques a los activistas de izquierdas se produjeran en cualquier momento. Óscar recuerda un concierto de un grupo de ska y reggae alemán en un local llamado Babia, a pocos metros del recién okupado Kasal Popular. Se presentaron varios nazis y empezaron a increpar a los asistentes y a hacer el saludo fascista. La batalla campal fue mítica. Era algo que no se debía repetir. Igual que en el barrio del Carmen, donde ya eran habituales las visitas de borrachera de los neonazis para pegar a cualquiera que se cruzara en su camino con pintas alternativas. «Había que pararles los pies», recuerda Óscar. Era el año 1991 y fue entonces cuando se formó la primera Assemblea

Antifeixista de València, en la que participaba gente de varios barrios de la ciudad, todos con historias compartidas de agresiones neonazis.

Óscar lo cuenta así:

Teníamos una buena red de contactos. Organizábamos vigilancias para ver si se acercaban al Kasal o a los bares que frecuentábamos. Hacíamos buenas investigaciones y teníamos relación con algunos periodistas, a quienes les pasábamos información. A veces la usaban bien y otras a medias. No sabemos si recibían presiones de más arriba.

Las agresiones de los neonazis durante aquellos años eran más que habituales. El 23 de mayo de 1992, en una conocida avenida del centro de València a plena luz del día, varios jóvenes neonazis pateaban a un joven tendido en el suelo. Manuel, un profesor universitario que se encontraba en un bar cercano con una amiga, lo vio e intentó detener la agresión. Los neonazis le propinaron una brutal paliza que le causó una invalidez de por vida y lo dejaron medio muerto. El agresor, posteriormente condenado, era José Ignacio Vega Peinado, exmiembro de Vox y en la actualidad líder del partido ultraderechista Identitarios. Más tarde, en 2015, Manuel sería el profesor que dirigiría mi trabajo final del máster de Sociología y Antropología, en la Universitat de València. Versaba, precisamente, sobre la extrema derecha en el Estado español durante la crisis económica de 2008, un tema que, a pesar de las secuelas, le interesaba. Entablamos entonces una estrecha amistad que dura hasta hoy.

«La situación era muy tensa en varios ámbitos, no solo con los fachas», explica Óscar. Recuerda que en 1992 la policía apaleó en el barrio del Carmen a un joven magrebí al que conocían los miembros del Kasal. Fue tal la paliza que le reventaron un testículo. Entonces se organizó una manifestación de protesta que terminó con un ataque a la comisaría del barrio. Era pocos días antes de las Fallas y durante aquella semana la policía rodeó el Kasal Popular y detenía a cualquiera que se acercara con aspecto alternativo. «Se los llevaban a comisaría, los interrogaban, los fichaban y los dejaban ir. No sabían

quiénes habían atacado la comisaría, así que no pudieron imputar a nadie».

En el Kasal se concentraban muchos movimientos sociales. Óscar destaca el papel de Radio Klara, desde 1982 la radio «libre y libertaria» de la ciudad de València que servía para dar voz a estos colectivos, difundir convocatorias y explicar lo que pasaba en la ciudad al momento. Tuve el placer de formar parte del equipo de la radio durante tres años, entre 2003 y 2006, cuando terminé mis estudios en Ciencias de la Información.

Aquellos años, muchos militantes de movimientos sociales se empaparon de las experiencias de otros países, sobre todo en torno a los movimientos autónomos, la okupación, el ecologismo y el antifascismo. Había contactos habituales con militantes de Alemania, Inglaterra, Holanda e Italia, que también venían al Estado español a menudo.

Óscar lo explica así:

Mi grupo de afinidad viajaba mucho a Ámsterdam. Lo que está pasando ahora aquí con partidos de extrema derecha y las campañas racistas ya estaba presente allí aquellos años. Íbamos a las quedadas y veías lo que después llegaría aquí. Conocer otras experiencias nos hizo crecer. También íbamos mucho a Madrid y a Zaragoza, a la Casa de la Paz, y montábamos autobuses para ir a manifestaciones a otras ciudades del Estado.

La noticia del asesinato de Guillem llegó al día siguiente al Kasal. Guillem, al que todos conocían, era muy amigo de Davide, un joven gallego que había estado viviendo unos años en Alemania y era uno de los impulsores de la Assemblea Antifeixista. Davide era un chico alto y flaco al que recuerdo perfectamente. Había vivido en Castelló desde pequeño y hablaba muy bien el valenciano. Tenía un carisma especial. Óscar me contó que a menudo era Davide quien hablaba con los periodistas para denunciar las tramas de la ultraderecha. Quizás ese fuera el motivo de que algunos periodistas a los que no les gustaban los antifascistas y que mantenían cierta sintonía con la ultraderecha le

mandaran una advertencia. La foto de Davide apareció en el periódico Las Provincias pocos meses después del asesinato de Guillem. Le señalaba como uno de los líderes del antifascismo en València y militante del SHARP. El periódico Las Provincias, que entonces dirigía María Consuelo Reyna, aquellos años jugó un papel infame contra los movimientos sociales, especialmente en el caso de Guillem Agulló, a quien estigmatizó y criminalizó en varios reportajes, presentándolo como un joven violento que casi se merecía lo que le había pasado. Es más, este periódico incluso blanqueaba a sus asesinos, pues reprodujo en numerosas ocasiones su versión al tiempo que cuestionaba todo lo que contaban los amigos de Guillem.

El 28 de abril de 1993, dos semanas después del asesinato de Guillem, se juzgaba a un conocido neonazi, Rafael Pardo Parrizas, quien meses antes había propinado una paliza a un joven que se había negado a hacer el saludo fascista. La Assemblea Antifeixista convocó una concentración frente a los juzgados. Davide atendió ese día a los medios de comunicación con el rostro tapado. Las Provincias publicó una foto suya a cara descubierta en la que lo señalaba como un peligroso activista de izquierdas. Al poco tiempo aparecieron varias pintadas en la ciudad: «Davide, tú serás el próximo». Aquella foto aparecería también en el fanzine Bandera Negra, de Acción Radical, rodeada de insultos y amenazas.

Cada vez era más difícil ocultar la violencia que ejercían los neonazis. Era evidente que aquello iba mucho más allá del relato oficial, que se empeñaba en atribuir todas sus agresiones a anécdotas de violencia juvenil propias de tribus urbanas. Se conocen cientos de casos de aquellos años y otros muchos quedaron ocultos. Uno de estos también lo descubrí por casualidad en 2020, cuando actualizaba el proyecto crimenesdeodio.info. Se trata del caso de Tomás Martínez, un hombre sin hogar que pernoctaba en un viejo coche en el barrio valenciano de L'Olivereta. Justo un mes después del asesinato de Guillem Agulló, tres neonazis lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego. Lo quemaron vivo mientras dormía. Uno de sus asesinos solo tenía quince años. La policía los detuvo días después, pero no he encontrado más noticias sobre el caso. No sabemos si pertenecían a algún grupo concreto ni si finalmente fueron juzgados, condenados o absueltos, que fue lo que ocurrió en muchos otros casos. Como la víctima era una persona sin hogar, los periodistas de sucesos ni siquiera siguieron el caso tras la detención de los asesinos.

Ese mismo año, la fatalidad volvió a cernirse sobre el movimiento antifascista. Este aún intentaba digerir el asesinato de Guillem Agulló mientras lidiaba con las incesantes agresiones neonazis, la presión policial y la criminalización a la que lo sometían los medios de comunicación. Una tarde de diciembre en la que el Kasal Popular acogía unas jornadas antimilitaristas, un grupo de suizos de estética punk notablemente borrachos se coló en el local y subió a la terraza. Como Davide hablaba alemán, subió a llamarles la atención e invitarles a abandonar el centro social. Se fueron de malas maneras y, ya en la puerta del Kasal, uno de ellos asestó una puñalada mortal al joven gallego. Los agresores no huyeron. Fueron reducidos por los compañeros de Davide, que avisaron a la policía y a una ambulancia. Davide murió aquel mismo día, ocho meses después que su compañero Guillem Agulló. Desde entonces ha circulado el rumor de que el asesinato de Davide no fue casual, sino fruto de haber sido señalado por los medios y los neonazis; aunque lo cierto es que nunca se han encontrado pruebas que vinculen al asesino con estos grupos ultraderechistas.

El año siguiente se organizaron unas jornadas para recaudar dinero para la familia de Davide y sufragar los gastos del traslado del cuerpo a Galicia, donde fue enterrado por su familia en la intimidad. Se celebró un concierto que duró más de doce horas en el que tocaron las principales bandas que habían pasado por allí los últimos años. Entre ellas, las que siempre íbamos a ver: Maniática y Skaparrapid. Todavía conservo la entrada de aquel evento. El Kasal se llenó todo el fin de semana con cientos de personas, que daban así su último adiós a un carismático y querido compañero.

El 29 de noviembre de 1993, Jordi Sebastià volvió a publicar en el semanario El Temps un reportaje sobre los nazis de Acción Radical, titulado «La sorpresa amarga». El texto comenzaba así:

José Vicente G. P. se recupera lentamente en el hospital La Fe de la ciudad de València de sus heridas. Pero tiene miedo, y contra eso poco puede hacer la cirugía. Durante la madrugada del pasado viernes 12 paseaba por la calle de Quart en el viejo barrio del Carmen de la capital valenciana cuando un joven magrebí le pidió un cigarrillo; mientras lo buscaba, vio cómo un coche, un Ford Escort plateado, se

detenía a su lado e introducía a la fuerza al magrebí, mientras él era atacado por uno de los ocupantes, que le asestó, sin hacer preguntas, diecisiete puñaladas. Nadie sabe cómo, pero ninguna de las diecisiete fue mortal.

Mientras era trasladado urgentemente al hospital, un testigo permitió a la policía identificar el coche. Rápidamente se produjeron dos detenciones y empezó una acción policial dirigida contra el grupo neonazi Acción Radical, al que pertenecían los detenidos. En la sede del grupo y en los domicilios de algunos de sus miembros se incautaron bates de béisbol, arcos, cascos, puños americanos, cadenas, esposas y muchísimo material impreso de ideología racista y nazi. Los detenidos, sin embargo, quedaron en libertad el martes 16, ya que nada les implica directamente en el apuñalamiento. A la hora de redactar esta información no se conocían los autores de la agresión ni la identidad y el paradero del magrebí.

La Policía Nacional exhibió el arsenal incautado en su sede de la calle Sueca, en el barrio valenciano de Russafa: bates de béisbol, cadenas, arcos y varias armas junto a montones de propaganda y un manual sobre cómo actuar ante una detención escrito sobre una pizarra. En el transcurso de las investigaciones policiales a las que se refiere El Temps, un arrepentido del grupo destapó la trama cuando registraron su domicilio. El confidente obtuvo protección oficial tras incriminar a cerca de una treintena de neonazis del entorno de Acción Radical.

El antifascismo valenciano tenía muy presentes el asesinato de Guillem Agulló —ocurrido siete meses antes— y las agresiones protagonizadas por los neonazis, que no habían cesado. Tras conocerse la noticia de la detención de varios miembros de Acción Radical por la agresión a un hombre en el Carmen y el secuestro de un migrante, la Assemblea Antifeixista convocó una manifestación de respuesta el día 26 de noviembre de 1993. El periódico Levante-EMV recogía las declaraciones de un miembro de la Assemblea ante esta convocatoria.

Estamos hasta aquí —dicen señalándose la cabeza— de que los nazis campen a sus anchas por la ciudad con la pasividad e incluso con el

apoyo de la policía. Los grupos fascistas siempre han tenido el apoyo de los Gobiernos y ahora está pasando lo mismo de siempre, que golpean a la gente y hasta la matan, como la de Madrid, y nadie hace nada para detenerles. Esta vez vamos a salir a la calle y vamos a ir a por todas, sin miramientos. Ya estamos hartos.

Añadía que los antifascistas pretendían dirigirse a la sede de Acción Radical, en el barrio de Russafa, «para demostrarle a la policía que todo el mundo sabe dónde están y ellos no hacen nada para evitar las agresiones de todos los días».

Por su parte, Acción Radical convocó a los suyos ante la ofensiva de los antifascistas, pero nadie acudió a su llamada. En cuanto se concentró en la plaza América un centenar de antifascistas, la policía cargó duramente contra ellos, lo que causó varios heridos y evitó que más gente secundara la protesta.

Finalmente, el mismísimo Francisco Granados, delegado del Gobierno, reconoció lo que ya venían advirtiendo los antifascistas desde hacía años. Sus palabras las recogió el diario Levante-EMV unos días después del registro de la sede de Acción Radical.

Todos estos grupos se manejan en la clandestinidad, y lo peligroso de este grupo es la frialdad con la que transmiten su ideología; es gente violenta que lo hace desde un cinismo, una tranquilidad y un lavado de cerebro asombroso y hablan de matar al negro, y lo dicen sin inmutarse, con total naturalidad. Tienen el convencimiento profundo de la ideología nazi, y todo lo que no sea la raza aria es malo y por eso hablan de perseguir al negro y al empresario que contrata a negros. […] Este es el núcleo de una pieza del engranaje del movimiento nacionalsocialista a nivel internacional y a todo lo que rodea la extrema derecha. Este grupo es especialmente violento.

La causa, que se instruyó en el juzgado número 10 de València, incorporó las continuas amenazas a la familia de Guillem Agulló desde los días posteriores a su asesinato, ya que había indicios de que

provenían del entorno de Acción Radical.

Entre el material incautado en los registros, se halló un ejemplar del fanzine Cirrosis en el que figuraban datos de un centenar de personas. El diario El País informaba de que la lista negra la componían «negros, toxicómanos y prostitutas, pasando por miembros de CNT, la Radical Gai y colectivos antifascistas y anarquistas, así como separatistas —vascos, gallegos y catalanes— y comunistas. La lista incluye a un periodista del diario vasco Egin y a una conocida abogada abertzale. […] La lista, elaborada con ayuda de los grupos locales, ofrece objetivos en Madrid, Barcelona, Burgos, Valladolid, Sevilla, Palencia, Vigo, La Coruña, Bilbao, Barakaldo y San Sebastián».[16] Junto al nombre y los datos de cada uno de los objetivos, los neonazis añadían algunas notas sobre esa persona, su familia o su trabajo e incluso recomendaban cómo actuar al respecto: «a este cabrón hay que cazarle encapuchado» o «imprescindible acudir con cócteles molotov o material similar». El fanzine en cuestión era el número 20 de Cirrosis, que no llevaba fecha ni firma.

Varias organizaciones acusaron entonces a las autoridades de no tomarse en serio la amenaza neonazi. SOS Racismo pidió al entonces presidente del Gobierno, Felipe González, que aprovechase que tocaba la presidencia española de la Unión Europea «para propiciar la elaboración de un plan de actuación conjunta contra los grupos neonazis y las asociaciones que inciten al odio o la violencia racista, en el que se impliquen todos los Gobiernos europeos». Izquierda Unida ofreció sus servicios jurídicos a todos los miembros de la lista señalados por los neonazis. Por su parte, la CNT y Juventudes Libertarias apuntaron: «Los skins han pasado de ser una tribu urbana como tantas otras para convertirse en una organización fascista bien estructurada que representa un gran peligro». Grupos LGTBI denunciaron amenazas telefónicas a varias personas por su condición sexual, mientras que varios militantes antifascistas que figuraban en la lista decidieron cambiar de domicilio.

El juicio contra diez miembros de la organización neonazi Acción Radical se celebró en octubre de 1995 y tan solo se les acusó de asociación ilícita. El fiscal pidió para ellos tres meses de prisión, pero, tras pactar con las defensas, la sentencia rebajó un mes la condena. Los neonazis no pasaron ni un día en la cárcel, porque, como no tenían antecedentes penales, esos dos meses de prisión se quedaron en

nada. El líder del grupo, según la Brigada de Información de la policía, era Manuel Canduela, a quien se le atribuye la coordinación de los fanzines Bandera Negra y Cirrosis.

José Ignacio Vega Peinado, «El Toro», estaba imputado en la causa, pero no acudió al juicio. Se había fugado del país unos meses antes, tras ser condenado a cuatro años por la paliza a mi profesor Manuel. Manuel pasó cuatrocientos veintiún días de baja y le quedó una discapacidad en la pierna del 20 por ciento. La Interpol detuvo en Londres a José Ignacio Vega Peinado y lo extraditó a España. El diario Levante-EMV lo recordó así:

Fue el docente, quien, ingresado en el hospital, identificó a su agresor por una foto en un periódico: había sido detenido ese mismo día tras atacar por la tarde junto a otros cuatro cabezas rapadas de AR a cinco miembros de una familia de etnia gitana, a uno de los cuales dejaron con secuelas de por vida tras lanzarle un gato hidráulico a la cabeza. Por esta última agresión, El Toro sería condenado a cinco días de arresto. Por la paliza al profesor le cayeron cuatro años de prisión. Entró en la cárcel porque tenía antecedentes penales, ya que en 1990 fue condenado a dos años de cárcel y a pagar una indemnización de cien mil pesetas por un delito de lesiones cometido en Cádiz en 1989. Vega Peinado fue el candidato a la alcaldía de Toledo en 2015 por el partido de extrema derecha España 2000, liderado por José Luis Roberto.[17]

Finalmente, tan solo cumplió un año y medio de prisión por todos estos delitos, y nunca pagó la indemnización correspondiente al profesor por las graves secuelas. Por supuesto, jamás pidió perdón.

En 1995 también tuvo lugar en la Audiencia de Castelló el juicio por el caso de Guillem. Se organizaron autobuses desde varias ciudades para asistir a la concentración convocada a las puertas del edificio, donde se juntaron centenares de personas, sobre todo jóvenes, para exigir justicia. La policía cargó contra ellos, provocando carreras y varios heridos. Cuando los autobuses volvían a casa, la policía los detuvo y los llevó a comisaría. Uno a uno, los asistentes al acto de

Castelló fueron cacheados, identificados y fichados. Muchos de ellos eran menores de edad, estudiantes de secundaria que tuvieron que llamar a sus padres para que fuesen a comisaría a recogerlos.

El juicio fue absolutamente vergonzante. La escena más obscena —es difícil elegir solo una— quizás fuera cuando el juez obligó a una de las testigos —una amiga de Guillem que había presenciado el asesinato— a cantar el Cara al sol. El abogado de la defensa le preguntó si conocía la canción, ya que los testigos habían asegurado que los asesinos del joven se habían marchado brazo en alto cantando ese himno fascista. Entre lágrimas de rabia y ante el asombro de la sala —y las risas de los asesinos—, la joven tuvo que cantarlo para demostrar al juez que conocía la dichosa melodía.

La película La mort de Guillem (Carlos Marcel-Marquet, 2020) relata cómo fue aquel vergonzoso juicio y la campaña de criminalización paralela, liderada por el periódico Las Provincias. El tratamiento que hizo este periódico del caso merece un libro aparte y ha sido denunciado en numerosas ocasiones por otros periodistas, sociólogos y los movimientos sociales, que a menudo también eran señalados y criminalizados.

El viernes 20 de diciembre de 1996 era el último día lectivo antes de las vacaciones de Navidad. Alguien entró corriendo a clase y gritó: «¡Están desalojando el Kasal!». No pedimos permiso para salir del aula. La mayoría de la clase se levantó y echó a correr hacia allí, calle Alboraia arriba, que a esa velocidad estaba a menos de un minuto. Varias furgonetas de la policía antidisturbios cerraban el acceso a la pequeña calle Flora, donde se encontraba el Kasal. En la acera de enfrente, se concentraban decenas de personas que, como nosotros, habían acudido a toda velocidad en cuanto oyeron la noticia en Radio Klara. Impotentes, observábamos cómo numerosos policías trepaban por la fachada del edificio y tomaban el tejado. En primera línea, a escasos metros de nosotros, sonriendo y fumando sin parar, estaba José Luis Roberto, el conocido líder ultraderechista. Lo acompañaba un joven neonazi con una chaqueta bomber que, con gestos, nos invitaba a acercarnos. A él y a los antidisturbios, claro, con quienes compadreaban delante de nuestras narices.

Aquella mañana solo había un reducido grupo de personas en el edificio, así que el desalojo se realizó sin resistencia. Días antes, el propietario del inmueble ya había advertido a los okupas que el desalojo sería inminente, de modo que ya se habían sacado las cosas más importantes y solo quedaba lo que no había dado tiempo a retirar. Un grupo de guardias de seguridad vinculados a la ultraderecha se ofreció al Ayuntamiento de València, entonces en manos de Rita Barberá, para custodiar el edificio y que no fuese okupado de nuevo. Sin embargo, unos días después del desalojo, sus antiguos moradores aparecieron por sorpresa en varias furgonetas para llevarse lo que quedaba. Arrinconaron a los dos guardias de seguridad y les advirtieron que no intentasen nada. Más de una treintena de activistas entraron sin pensárselo en la que había sido su casa, su sede, su escuela durante cinco años. Según cuenta Óscar, que era uno de los que acudieron aquella mañana, los guardias permanecieron al margen, asustados ante la firmeza y la determinación de los okupas. Los activistas recogieron lo que quedaba y se marcharon. A partir de entonces comenzó una nueva etapa para el movimiento okupa, que se extendió por otras zonas de la ciudad y, ante la creciente gentrificación de algunos barrios valencianos, mantuvo una constante batalla con el Ayuntamiento, soportando como pudo la dura presión policial.

El movimiento okupa, tanto en València como en la mayoría de las ciudades del Estado, aglutinó a diferentes colectivos y ha sido uno de los puntos de convergencia del antifascismo desde aquellos años hasta hoy. Este merece un libro aparte, pero esta historia es imposible contarla sin mencionar este importantísimo movimiento social autónomo que sirvió de escuela para muchos jóvenes que empezaban a interesarse por la política y que, cuando no existía Internet, se empapaban allí de fanzines, conciertos, charlas e interacción con gente de la misma ciudad y de otros lugares. Un movimiento que mantuvo en vilo a las autoridades durante muchos años.

---

[14] Disponible en https://www.eltemps.cat/article/6718/accion-radical-el-grupuscleneonazi-violent-vinculat-al-membre-de-vox-toledo.

[15] Disponible en https://www.eltemps.cat/article/1341/els-negocis-de-jose-luis-roberto.

[16] Disponible en https://elpais.com/diario/1995/08/26/espana/809388017_850215.html.

[17] Disponible en https://www.levante-emv.com/comunitat-valenciana/2019/03/25/vox-acoge-neonazi-condenado-paliza-13946354.html.

19

Al enemigo ni agua

Miguel es un viejo conocido de los movimientos sociales en Barcelona. Fue uno de los miembros de Al Enemigo Ni Agua (AENA), una organización antifascista que, durante años, se dedicó a investigar intensamente a la extrema derecha española. Sus publicaciones las seguíamos con gran atención desde otros puntos del Estado español durante los años noventa. Ahora vive lejos de la ciudad y, debido a las medidas sanitarias decretadas por la pandemia, no pude visitarlo para esta primera entrevista. Después de muchos intentos, recurrimos a la videoconferencia.

Empezamos a juntarnos en Barcelona a partir de que hubo actuaciones de grupos skinheads. Al principio estaban muy vinculadas al tema del fútbol, a las Brigadas Blanquiazules, que tenían conexiones con Juntas Españolas y Fuerza Nueva, sobre todo a nivel familiar. Familias muy destacadas cuyos hijos formaban parte de los ultras del RCD Español. En los Boixos Nois también empezaron a meterse grupos nazis sobre el 88 o el 89, y ahí estuvieron toda la década de los noventa. Empezamos con el colectivo para dar una respuesta a las agresiones en la calle de esos grupos, ya que empezaron actuar más allá del fútbol. Teníamos un programa en Ràdio Kontrabanda que se llamaba Al enemigo ni agua (AENA). Lo que hacíamos era denunciar los movimientos de todos estos grupos: las agresiones, los bares que frecuentaban, etcétera. Luego, ya a principios de los noventa, dejamos la radio y empezamos con el fanzine No Pasarán. Aquí ya nos pusimos a investigar otras organizaciones más allá de los skinheads. Una parte de nuestro colectivo se dedicó entonces a la investigación y otro grupo trabajaba más el tema de la calle.

El colectivo tomó el nombre del programa de radio, muy popular entonces entre los miembros de los movimientos sociales, que veían cómo las agresiones de los grupos neonazis iban en aumento y se les estaba prestando poca atención.

Era el año 1988 cuando los miembros de AENA empezaron a contactar con otros militantes antifascistas que ya empezaban a moverse en otros puntos del Estado y con colectivos de otros países que llevaban años trabajando en la investigación de los grupos de extrema derecha. Miguel destaca la sintonía y la constante comunicación que tuvieron entonces con organizaciones francesas, sobre todo con Reflex, que todavía permanece activa y se dedica también a investigar las organizaciones neonazis. En el Estado español, CEDADE continuaba activa. En el resto de Europa se sorprendían al ver la impunidad con la que exhibían las esvásticas y realizaban homenajes a Hitler.

También vimos nacer las primeras organizaciones nacional-bolcheviques (nazbols), que ya existían en Francia y otros países. Aquí fue Alternativa Europea, que empezó en 1993 de la mano de Juan Antonio Llopart, quien posteriormente fundaría el Movimiento Social Republicano (MSR).

Según el historiador Xavier Casals, esta organización tenía como referentes a «Ernst Jünger, Ramiro Ledesma, Jean Thiriart y los autores de la Revolución Conservadora Alemana». Se inspiraba en el Frente Nacional Bolchevique de Eduard Limonov, surgido en 1993 en Rusia. En los inicios del Frente Nacional Bolchevique también participó Alexandr Dugin, uno de los ideólogos más importantes e influyentes del entorno ultraderechista. Este personaje visitó en numerosas ocasiones el Estado español para participar en actos del MSR.

A los franceses les preocupaba este tipo de organizaciones que mezclaban mensajes e iconos de izquierdas con referencias nazis y fascistas. También se mostraban preocupados por la influencia de los neonazis en círculos esotéricos y otras asociaciones pseudoculturales y

pseudohistóricas que usaban para captar miembros y, entre diversas conspiranoias, colar discretamente propaganda nazi. Siempre actuaban discretamente, pero quienes estaban acostumbrados al lenguaje, los marcos y los temas habituales de los neonazis lo detectaban. Esta confluencia entre el esoterismo, las conspiranoias y el neonazismo permanece hasta hoy. Y más recientemente, con la llegada del virus del covid-19, las teorías de la conspiración y las redes que las difunden están plagadas de neonazis. Con la excusa de «informar» sobre estos temas, muchos programas de televisión y radio, webs o revistas especializadas siguen difundiendo teorías conspiranoicas, en las que la ultraderecha se mueve como pez en el agua.

AENA contaba con una red de colaboradores que facilitaban información de primera mano sobre lo que se cocía en diversos ambientes en los que se movía la ultraderecha en Barcelona y alrededores. Algunos se colaban en sus actos, otros conocían a más de un bocazas que contaban todo tras un par de cervezas. Y otros realizarían labores mucho más delicadas y tremendamente efectivas.

Teníamos acceso a los apartados de correos de todas estas organizaciones. Estábamos al día de todos sus movimientos. Entonces, todos sus contactos eran a través del apartado de correos. Teníamos a gente trabajando en Correos, así que les facilitábamos el número de apartado y ellos retiraban la correspondencia, nos la pasaban, la leíamos, fotocopiábamos todo y se la devolvíamos para que siguiese su cauce.

Este peculiar acceso a la información les permitió conocer a fondo a los personajes, sus conexiones, sus publicaciones —siempre guardaban un ejemplar cuando se topaban con una remesa—, sus planes y alguna vez incluso sus miserias. El correo postal era entonces una comunicación segura, al menos eso creían. Por tanto, muchas veces llegaban cartas que contaban traiciones, alertaban sobre determinados personajes por sus dudosos comportamientos o incluso hablaban mal de otros camaradas y organizaciones del entorno.

Nosotros jugábamos mucho con eso. Si algunos hablaban mal de otra organización, fotocopiábamos esa carta y se la hacíamos llegar a esa organización. Una manera de combatirlos era intoxicarlos.

Lo que podría parecer una gran organización era en realidad un pequeño grupo de amigos, un grupo de afinidad formado por personas de distintos ámbitos. Eso sí, contaban con una red de colaboradores, que se implicaban según sus posibilidades para recabar información y pasársela a su contacto del núcleo de AENA.

La gente se pensaba que éramos mogollón de gente, pero, en realidad, el núcleo éramos entre ocho y diez personas. Lo que pasa es que éramos muy afines, no hacíamos ni asambleas. Quedábamos para repartirnos el trabajo. Una compañera era profesora universitaria, y entre ella y yo preparábamos las charlas, por ejemplo.

El trabajo de AENA no se limitaba a la documentación, infiltración y difusión de materiales, sino que realizaba una importante labor de sensibilización en centros sociales, colegios, institutos y universidades. «A veces incluso nos enterábamos de que los alumnos de algunos institutos creaban sus propios colectivos antifascistas», recuerda Miguel con orgullo.

Muchas veces, ni siquiera los mismos miembros del grupo sabían en lo que estaban trabajaban otros compañeros hasta que se ponía en común. En muchos casos, toda esa información no se hacía pública en sus fanzines ni en sus campañas. Mucha información se guardaba y otra se hacía llegar a periodistas de confianza, quienes, a su manera y con absoluto convencimiento, también contribuían en la denuncia de estos grupos. Estos periodistas no se limitaban a publicar, sino que a menudo también compartían información con los activistas antifascistas.

La complicidad entre periodistas y activistas antifascistas se dio en varias ciudades más. Los profesionales de la información no eran ajenos a la realidad. Muchos de ellos, de hecho, habían militado o

simpatizado anteriormente con movimientos sociales e incluso habían sufrido la violencia y las amenazas de la extrema derecha. Por supuesto, entendían que debían tomar partido ante el fascismo, el odio neonazi y la violencia que se ejercía aquellos años contra diversos colectivos. Los neonazis, por su parte, tenían claro que los periodistas estaban entre sus principales enemigos y frecuentemente los señalaban en sus publicaciones.

AENA publicaba un fanzine y lo distribuía por centros sociales, locales alternativos, institutos, universidades y en actos y conciertos. La información más elaborada, que pretendía que llegara a todos los públicos, la reservaba para los grandes medios, siempre a través de periodistas de confianza. Se publicaron varias informaciones que desvelaban aspectos muy internos de los grupos ultraderechistas y estos empezaron a sospechar que había alguien infiltrado.

Incluso llegamos a desviar cheques bancarios que se enviaban por correo. Para generarles confusión, un cheque que iba dirigido a determinada persona se lo enviábamos a otro de ellos.

La incesante actividad de AENA provocó que, aparte de las amenazas, llegaran incluso a recibir una invitación al diálogo por parte de uno de los principales líderes nazis de la época.

Con la excusa de que, según ellos, luchábamos contra el mismo enemigo, el capitalismo, debíamos llevarnos bien y dejar de perder el tiempo con ellos.

Los neonazis también leían lo que producía AENA y veían que había información de primera mano sobre ellos. Los antifascistas, por supuesto, ni se molestaron en contestar.

Como se explica en otro capítulo, en Barcelona los grupos fascistas siempre habían celebrado el Doce de Octubre, con la oposición de los

grupos independentistas y anticolonialistas, que criticaban el genocidio en América y la reivindicación del nacionalismo español. A principios de los noventa, tras el incremento de las agresiones fascistas, esta fecha adquirió un tono cada vez más estrictamente antifascista. La gente de AENA había participado en los años ochenta en las convocatorias contra el Doce de Octubre junto a numerosas organizaciones.

Empezamos a promover el Doce de Octubre antifascista sobre todo con colectivos de barrio y en un primer momento se sumaron los colectivos de la izquierda independentista. Al principio, algunos colectivos libertarios se quejaron de que, viniendo del mundo libertario, nos juntáramos con indepes, pero a nosotros nos daba igual. Estábamos para trabajar todos juntos contra el fascismo e, igual que en esta lucha, coincidíamos en muchas otras. Nunca hemos sido sectarios ni nos ha importado lo que dijeran los más puristas.

Aquellos años, el movimiento antifascista creció exponencialmente en Barcelona y en otras ciudades de Catalunya. AENA no actuaba en la calle, no era un grupo de acción, pero tenía una gran capacidad aglutinadora y el mejor servicio de información de la época. Además, organizaba cada año alrededor del Doce de Octubre unas jornadas antifascistas con charlas, debates y conciertos, que servían como punto de encuentro y para recaudar fondos a favor de iniciativas para combatir a la extrema derecha.

Financiamos publicaciones de libros, pagamos fianzas de detenidos, recogimos material para colectivos de migrantes cuando atacaron a los temporeros de El Ejido…

Los miembros de AENA continúan siendo amigos.

Éramos un grupo de colegas. Estuvimos muy activos hasta 2007 aproximadamente, pero luego hemos seguido haciendo cosas puntuales. Seguimos en contacto y a veces hablamos de estos temas. Ahora hay muchos colectivos antifascistas, casi en cada barrio. Hicimos lo que tocaba entonces con los medios que teníamos.

20

Actos de gamberrismo y tribus urbanas

«Todo esto va a acabar muy mal,

todos y todo tienen que acabar mal.

Si siguen así machacando a la gente,

un día de estos se levanta potente

con el puño levantando pa'decir que es suficiente,

de los palos de la pasma ya tenemos bastante».

SARGENTO GARCÍA, Acabar mal, 1999

La primera mitad de los años noventa estuvo marcada por la violencia de la extrema derecha y la aparición, como respuesta, de los primeros colectivos y plataformas antifascistas. Los asesinatos de Sonia, Lucrecia y Guillem mostraban la multidireccional violencia de los neonazis: una transexual, una mujer migrante y un joven antifascista. No serían los únicos crímenes de aquellos años.

En 1993, Susana Ruiz, una joven de izquierdas de dieciséis años, fue secuestrada, violada y asesinada por un grupo de neonazis a la salida

de un concierto en el barrio de San Blas (Madrid). Según explicó El País en enero de 1996, los asesinos pertenecían a Bases Autónomas y eran «hijos de personas relevantes».[18] La información la proporcionó Antonio Moreno, recluso de la prisión de Guadalajara.

Este preso señaló el lunes ante la juez Ana Ferrer, instructora del caso de Susana Ruiz, que él presenció el crimen y que hasta ahora ha callado por miedo a represalias, según fuentes de la investigación. Ese fue precisamente el motivo por el que otro ex cabeza rapada, José Alberto Zamorano Orellana, huyó de su casa en noviembre de 1994 tras dejar grabada una cinta que debía entregarse a la policía en caso de que le ocurriera algo.

El juez consideró «fantasioso» este relato y el caso, a pesar de haberse reabierto hasta en cuatro ocasiones, se cerró sin culpables.

El 21 de mayo de 1995, Ricardo Rodríguez, «Richard», fue asesinado en una zona de ocio en Costa Polvoranca (Alcorcón) por un grupo de neonazis. Lo mismo que David Martín unos meses después (en octubre del mismo año) en Arganda del Rey y que David Emilio González en el barrio de Moncloa (Madrid), quien, tras negarse a gritar «Viva Franco» y «Arriba España», fue asesinado a navajazos por otro grupo de neonazis.

La respuesta al asesinato de Richard en Alcorcón fue un aviso a las autoridades, a las que se cuestionaba su permisividad ante las constantes agresiones y asesinatos neonazis. La manifestación en recuerdo del joven terminó con el asalto y el incendio del pub Donqui, un punto de encuentro habitual para neonazis. El País calificó estos hechos de incidentes protagonizados por punkis, lo que reafirmaba el marco de tribus urbanas que los medios y los políticos pretendían instaurar.

Centenares de punkis arrasan el bar de los «rapados» de Costa Polvoranca. […] Los punkis son rivales de los cabezas rapadas y bakaladeros.

El domingo 29 de octubre de aquel mismo año, El Mundo publicó una carta de María Gascón, de SOS Racismo, junto a un reportaje sobre los grupos neonazis de Madrid. El texto, titulado «Demasiadas preguntas», plantea claves sobre aquel momento, cuando todavía coleaba el caso de Lucrecia y las agresiones neonazis no cesaban.

Lo que parecía ser el techo de la violencia neonazi, no fue sin embargo sino el principio de una escalada de agresiones —varias de ellas con resultado de muerte— hasta la última conocida, y que ha acabado con la vida de David Martín en Arganda. Y en todo este tiempo, se ha podido comprobar que las víctimas ya no solo responden a los clásicos estereotipos considerados objeto de aniquilación según la ideología neonazi. El fin último, la violencia, puede caer sobre cualquiera que parezca más débil o indefenso.

Las preguntas surgen solas: ¿Están los skinheads organizados? ¿Tienen alguna vinculación —además de la ideológica— con organizaciones fascistas como Bases Autónomas, Acción Radical u otras? ¿Por qué estas organizaciones no son perseguidas y desmanteladas? ¿Por qué no son detenidos muchos de sus miembros, aun siendo reincidentes y conocidas sus identidades, lugares de reunión y acciones? Y si lo son, ¿por qué son rápidamente puestos en libertad —aun en caso de asesinato como el de David en Arganda—, al módico precio de cincuenta mil pesetas? ¿Qué tipo de vinculación tiene algún policía, como el municipal Jesús Heras, identificado por sus víctimas como integrante de un grupo skin que les agredió en el pub Graffiti? ¿Cuántas armas u objetos de ataque han sido requisados por la policía? ¿Por qué se confunde a la ciudadanía denominando tribus urbanas a los que no son sino grupos neonazis? ¿A quiénes persigue el grupo especial de la policía para tribus urbanas?

Sería imprescindible una manifiesta voluntad ética y política de las instituciones. Pero mientras importantes autoridades, como la secretaria de Estado de Interior, Margarita Robles, o Carlos López Collado, de la Federación de Municipios y Provincias y concejal de Seguridad del Ayuntamiento de Madrid, o Juan Ignacio Sánchez, de la Fiscalía General del Estado, califiquen estas acciones de actos de

gamberrismo, como afirmaron públicamente a principios del mes de septiembre, la impunidad de los skinheads y de los grupos fascistas que los animan y orientan seguirá alimentando una violencia de la cual no serán ellos los únicos responsables.

La preocupación por la violencia de los grupos neonazis ya no era solo cosa de los antifascistas, de los colectivos de migrantes, LGTBI o personas en situación vulnerable. La sociedad empezó a percibir que cualquiera podría ser víctima por una mirada desafortunada, un tropiezo casual o el capricho de estos personajes. Y este patrón se repetía más allá de las grandes ciudades, como Madrid, Barcelona o València.

En enero de 1995 en Terrassa (Barcelona), una joven guineana de diecinueve años, Elvira Alimama, fue víctima de una brutal agresión por parte de un grupo de neonazis. Unos años antes, varios jóvenes de la ciudad (Tupé, Xavi y Alicia) fueron apuñalados también por neonazis, que actuaban de manera constante e impune en la zona. Se hacían llamar los Lobos Grises. Jaume, vecino de Terrassa y militante antifascista, lleva tiempo realizando hilos en Twitter donde explica algunas de las anécdotas y fechas simbólicas de los movimientos sociales. Conocido en la red como Guifos, contó la historia de los neonazis de su ciudad y de cómo, en 1994, la ciudadanía empezó a organizarse ante la pasividad de las instituciones, y creó la Plataforma Antifeixista de Terrassa y otros grupos autónomos de acción directa bajo el nombre Antinazis Terrassa y BATCN (Brazo Armado de Terrassa Contra Nazis). Tras la agresión a Elvira, que sufrió graves heridas y estuvo hospitalizada, los colectivos antifascistas convocaron una gran manifestación en la ciudad. Las instituciones —que hasta entonces negaban que existiese un problema de violencia neonazi— y los partidos políticos trataron de rentabilizar la situación. Jaume lo cuenta de manera tajante:

Rápidamente, sectores del Ayuntamiento del PSOE, de ERC e ICV neutralizan la combatividad de la convocatoria, la convierten en una

manifestación por la multiculturalidad y se ponen frente a la pancarta para salir a la foto. Eran elecciones...

Finalizada la manifestación, un grupo de unos ochenta jóvenes antifascistas realiza el recorrido del centro hasta Can Palet —el lugar donde había ocurrido la agresión a Elvira—. Persiguen por las calles y atacan a varios grupos de fascistas.

Jaume —cuyos datos aparecieron en las listas negras de los fanzines neonazis de aquella época— explica que, durante un tiempo, la ofensiva antifascista logró parar la violencia de los neonazis en un lugar donde hasta ese momento, habían actuado de manera impune.

En Asturias, a mediados de los años noventa la violencia neonazi también hizo saltar las alarmas. El historiador asturiano Enrique Faes y Francisco Álvarez realizaron en 1998 un dosier titulado Racismo y extrema derecha en Asturies, que editó el Conseyu de la Mocedá del Principáu d'Asturies. En él advertían que la semilla neonazi empezaba a germinar en la zona y registraban las agresiones que se habían cometido hasta la fecha, así como la reacción de la ciudadanía y de las autoridades, además de la creciente preocupación de varios colectivos al respecto.

Alertaron de la proliferación de pintadas y propaganda de grupos neonazis como Bases Autónomas o Vanguardia Nacional Revolucionaria en Xixón, Uviéu, Avilés, en las cuencas mineras, Cangas del Narcea o Ribeseya. Entre las pintadas, destacan las firmadas por Bases Autónomas contra Yekini —un jugador negro del Sporting de Gijón— y las de carácter antisemita contra la concesión del Premio Príncipe de Asturias de la Concordia a las comunidades sefardíes.

Simultáneamente, la violencia neonazi se hizo notar cada vez más. Varios marroquís, caboverdianos, argentinos y guineanos denunciaron que habían sido agredidos por motivos racistas. El negocio de un magrebí fue incendiado en Ribeseya y varias personas de izquierdas

sufrieron numerosos ataques en Avilés a finales de 1995.

En 1996, una revista firmada por Bases Autónomas llamada El Francotirador se hacía eco de una reunión celebrada en el club de tiro de Trasona para fundar la Convocatoria Avilesina de la Acción Nacional de Bases Autónomas y se advertía que estaban preparando «acciones contundentes» contra los «guarros», es decir, contra personas de izquierdas de la zona. Esto provocó que los grupos de la oposición en el Ayuntamiento de Avilés (PSOE e IU) pidieran al equipo de gobierno municipal que se investigara la posible existencia de tramas ultras en la comarca. Enrique Faes y Francisco Álvarez relatan los resultados de la investigación en su dosier.

La policía local dedujo, tras una investigación al respecto, que no las había. Solo pudo detectar la presencia en el concejo de varias personas de ideología ultraderechista que, según dicho cuerpo policial, no suponen un peligro para la ciudadanía.

El Cuerpo Nacional de Policía abrió una investigación posterior, en respuesta a la alarma social creada por el fanzine de Bases Autónomas. Fuentes policiales señalaron que hay conexión de algunos cabezas rapadas con veteranos militantes de la ultraderecha avilesina. Los jóvenes ultraderechistas de cuya existencia tiene conocimiento la policía rondan la veintena.

El dosier explica que al principio las víctimas fueron principalmente personas migrantes, pero a mediados de los noventa el objetivo principal de los ataques fueron los jóvenes —incluso menores de edad — y los locales de izquierdas.

El Ayuntamiento de Xixón solicitó un informe a la policía, que aseguró que no existían grupos organizados, tan solo unas veinte personas relacionadas con el Batallón Gijón de Ultra Boys, las cuales «por el momento no representan un riesgo grave para la seguridad ciudadana». El Ayuntamiento había solicitado este informe a raíz de la agresión a un joven por llevar una camiseta del Che Guevara.

Las alarmas saltaron a principios de 1996 cuando varios alumnos del

instituto Santa Bárbara de La Felguera recibieron amenazas de muerte. «Tu vida desde hoy es una cuenta atrás», decía una de las notas recibidas por una alumna.

[El 5 de marzo de 1996, medio millar de estudiantes se manifestó en La Felguera y Sama] para pedir que desde las instituciones públicas se adoptasen medidas para poner freno a la violencia ultraderechista. La marcha concluyó ante el Ayuntamiento de Llangréu, donde las/los estudiantes entregaron un escrito al alcalde, José María García, con quien se entrevistaron. Los representantes estudiantiles mostraron su convencimiento de que «esos fascistas están en el instituto, aunque las autoridades académicas lo nieguen».

El Cuerpo Nacional de Policía inició una investigación al respecto, pero el comisario de Llangréu manifestó que «es un tema que dudo que pueda llegar a esclarecerse, porque las amenazas están reflejadas con letras recortadas y, por tanto, arrojan muy poca luz al asunto».

Este dosier de 1998 muestra una muy buena radiografía de la extrema derecha asturiana y sus acciones. Desde DN, AuN y FE-JONS hasta organizaciones esotéricas como Nueva Acrópolis, los ultras del Sporting o la trama empresarial que, supuestamente, estaría detrás de estos grupos. Destaca también la presencia del antiguo criminal de guerra nazi holandés Hauke Pattist,[19] quien había escapado de la prisión de Arnhem en 1946 y había pasado por Sudáfrica antes de llegar finalmente a España a principios de los años cincuenta. Desde entonces, vivió plácidamente en Asturias. A pesar de que la justicia de su país lo reclamó en numerosas ocasiones, los sucesivos Gobiernos del Estado español hicieron oídos sordos. Este exmiembro de las SS abrió una academia de idiomas y se dedicaba a organizar tertulias en algunos locales de la zona. Nunca manifestó arrepentimiento por su colaboración con el Tercer Reich y argumentaba que él «solo cumplía órdenes».[20]

Más allá de los colectivos de izquierdas más sensibilizados y combativos contra los grupos neonazis, se destaca la implicación de diversas ONG en la sensibilización y denuncia contra el racismo. El

dosier, finalmente, agradece a los ayuntamientos que «muestran preocupación y asumen compromisos» y señala a aquellos que «actúan con total indiferencia o que, incluso, ponen en práctica políticas sociales (por ejemplo, en materia de vivienda para colectivos étnicos minoritarios) que propician actitudes discriminatorias».

En cambio, los colectivos antifascistas cuestionaron el papel de otras ONG en otras partes del Estado, ya que, a su entender, suponían una especie de cortafuegos que pretendía eclipsar sus denuncias y reivindicaciones, canalizando la respuesta por la vía institucional. De hecho, los medios de comunicación en muchas ocasiones regalaron el protagonismo a este tipo de organizaciones —como es el caso de Movimiento Contra la Intolerancia—, al tiempo que ignoraban e incluso criminalizaban a los grupos antifascistas.

Las organizaciones antifascistas fueron las primeras en dar la alerta y plantar cara a esta violencia. Estas proliferaron en distintas ciudades y comenzaron a coordinarse entre sí, compartir información y visibilizarse cada vez más. Las autoridades, por su parte —como explica María Gascón—, instauraron el relato de las tribus urbanas enfrentadas, la violencia juvenil o simplemente el gamberrismo. Una banalización del problema que, además, servía para equiparar víctimas con verdugos, obviaba el carácter ideológico de esta violencia y ponía bajo el foco de la policía a quienes se negaban a poner la otra mejilla y plantaban cara.

Margarita Robles, entonces secretaria de Estado de Interior y en el momento en que escribo este capítulo ministra de Defensa, afirmó en la presentación de un informe de Interior en septiembre de 1995: «En España se corre el peligro de magnificar un problema que es absolutamente minoritario». La hoy ministra proponía trabajos sociales para los jóvenes neonazis y «medidas resocializadoras» en el caso de que fueran menores de edad quienes cometieran «actos vandálicos». Además, consideraba el comportamiento de estas bandas solo «antisocial».

El País informó sobre la presentación de este informe el 13 de septiembre de 1995,[21] en la que participaron la directora general de Política Interior, Concepción Sáenz; Margarita Robles; la delegada del Gobierno en Madrid, Pilar Lledó; su homóloga en València, Carmela Moya; y el gobernador civil de Barcelona, Jaume Casanovas. El informe calculaba que

existían en el Estado español cerca de 2.300 cabezas rapadas neonazis. La mayoría de ellos estaban en Catalunya, pero también había en Madrid, València, Murcia, Sevilla y Burgos. El informe explicaba cómo operaban estas bandas y cuáles eran sus métodos. Contaba que el más habitual «consiste en el apaleamiento en plena calle de extranjeros, mendigos, homosexuales y drogadictos. Otra forma de amedrentamiento es el ataque a viviendas o establecimientos frecuentados por sus enemigos, especialmente los inmigrantes negros y magrebíes». Las autoridades reconocían que existían bandas neonazis y que cometían actos de violencia contra colectivos vulnerables, pero finalmente incluían también en el relato a quienes intentaban frenarlos: «También destacan las luchas territoriales con otras tribus urbanas, como los punkis». Entre 1990 y 1995, las bandas neonazis habían asesinado ya a quince personas.

---

[18] Disponible en https://elpais.com/diario/1996/01/17/madrid/821881475_850215.html.

[19] Véase https://asturies.com/noticies/auschwitz-75-anos-depues-pattist-el-nazique-vivio-y-morrio-impune-nasturies.

[20] Véase https://elpais.com/diario/1994/11/16/ultima/784940401_850215.html.

[21] Disponible en https://elpais.com/diario/1995/09/13/espana/810943221_850215.html.

21

Color Power

y la cultura hip hop

«Primero, si quieres bailar en la calle, en la Renfe o en el Metro,

te debes atar bien las botas, apretar los puños,

coscarte de un nazi y correr como un bruto.

Segundo, una vez que lo tienes no pares,

no dudes, no frenes,

te mueves de izquierda a derecha,

golpeando con ritmo su cara, su frente, su chepa.

[…] El rap se baila con un nazi en pareja».

EL CLUB DE LOS POETAS VIOLENTOS, Scratchapella, 1994

El único joven negro que había en mi instituto en 1993 era Nelson e iba a mi clase, a la línea en valenciano. Pronto congeniamos y formamos parte de la misma pandilla de adolescentes. Pasábamos las tardes en el Kasal Popular y en el barrio del Carmen, escuchábamos punk, hip hop y ska, y formábamos grupos de música con los compañeros de clase cada año con un nombre distinto, pero con los mismos miembros. Su padre era músico y él había aprendido a tocar la batería, así que empezamos a hacer ruido en una vieja alquería del

camino de Montcada en la que vivían los tíos de Laura, una compañera de clase. Eran muy hippies y muy buena gente, pero acabaron hasta las narices de aquellos chavales que cada viernes por la tarde ocupaban el altillo de su casa para intentar hacer algo que sonara mínimamente bien. La música se mezclaba inevitablemente con nuestras inquietudes políticas y, mientras a algunos nos fascinaban el movimiento okupa, el antifascismo y otras luchas, Nelson empezó a juntarse con otros jóvenes negros de València y de otras ciudades, que ya habían empezado a organizarse y a reivindicar su papel en la lucha contra los neonazis y el racismo, que aquellos años estaban a la orden del día.

Hace muy poco, tras años de esporádicos mensajes para saber que continuábamos vivos, me enteré de que un primo de Nelson que vivía en Madrid había formado parte de los Color Power. Precisamente yo acababa de entrevistar a Killer B, uno de los impulsores de este grupo, y empezaba a conocer la historia de los jóvenes negros que se enfrentaban a los neonazis a principios de los noventa. Los conocí gracias al libro de Iñaki Domínguez Macarras interseculares (Melusina, 2020), que cuenta la historia de las bandas juveniles de aquellos años y dedica un capítulo a los Color Power de Fuenlabrada. Iñaki me puso en contacto con Wolfran Zannou, conocido entonces como Killer B. Como el mundo es un pañuelo, resulta que ambos teníamos conocidos y amigos en común.

Zannou explica:

Hubo una época en la que estábamos todos juntos. Los del hip hop, skaters, los heavies, los punkis… A todos nos unía un enemigo común: los nazis, que iban a por todos nosotros. A partir de las agresiones de las que nos empezamos a enterar de amigos y conocidos, decidimos responder al mismo nivel.

Los cuatro creadores de Color Power eran miembros de la BRIPAC (la brigada paracaidista del Ejército español).

Nos llamaban de repente de cualquier barrio avisándonos de que había grupos de nazis de caza. Nos organizábamos bien e íbamos allí a buscarlos. Eso provocó que se empezaran a preocupar y que nos empezaran a temer.

El movimiento nació en Fuenlabrada, pero pronto se extendió a otros barrios y pueblos de Madrid. Además, entraron en contacto con los primeros grupos antifascistas de la época, con miembros del SHARP y redskins, donde alguno de estos jóvenes negros también empezó a militar.

A veces llegamos a juntar hasta a trescientas personas, hombres y mujeres. Muchos blancos, aunque el núcleo lo formábamos nosotros —reivindica Zannou—. Durante un tiempo, erradicamos a los nazis de muchos barrios. Muchos de ellos eran niñatos que iban de malotes y se apuntaban a la moda. Hasta que los pillabas y se ponían a llorar.

Zannou destaca el papel político que tuvo el FOJA (Frente Organizado de Juventudes Africanas). Según cuenta Ángela Esapo en el blog Public Enemy Fun Club,[22] desde el asesinato de Lucrecia empezaron a proliferar grupos de jóvenes negros en varias ciudades del Estado, como València, Bilbao, Gijón o Zaragoza, y en 1995 se organizó el II Congreso de las Panteras Negras.

Es en este contexto en el que surge el FOJA, cuyo objetivo era en un principio reconocer nuevos frentes de lucha, unificar estrategias para derrotar al terrorista nazi y constatar la acumulación de fuerza.

Zannou, más allá de tener vínculos con varios grupos panafricanistas más politizados, confiesa que a ellos, el entorno de los Color Power, les interesaba más la acción directa.

Además de lo de Lucrecia, a un chaval negro le cortaron el escroto y lo lanzaron a un contenedor. Y quemaban a gente en los cajeros. Los nazis no se cortaban, y eso no lo podíamos permitir. Recuerdo cómo en plaza España, en Madrid, había a menudo palizas a homosexuales y a prostitutas.

Una vez, los miembros de los Color Power decidieron ir allí.

Fuimos, los vimos y se montó una batalla campal, cortando el tráfico a plena luz del día. Detuvieron a varios de los nuestros y a unos cuantos suyos, pero al llegar a la comisaría de Leganitos solo estábamos nosotros. La policía había abierto el furgón a mitad de camino y había dejado marchar a los neonazis.

Zannou recuerda que en el cuartel Primo de Rivera, donde estaba la BRIPAC en Alcalá de Henares, había mucho neonazi por aquel entonces, pero confiesa que nunca tuvo problemas. Nadie se atrevió nunca a decirle nada e incluso los mandos le aseguraron que no permitirían ningún atisbo de racismo, algo que, sin embargo, sí que notó sutilmente. «Para algunos era “guay” que hubiese un moreno allí», explica.

Ana Bibang nació en Madrid en 1973. Su madre era asturiana y su padre guineano. En 1991 empezó a estudiar Derecho en la Universidad Complutense. «Era un ambiente muy conservador, muy facha, pero yo vivía entre dos mundos», recuerda. En su barrio, Pueblo Nuevo y Ascao, pasaba mucho tiempo en la calle con otros jóvenes negros y mestizos que, como ella y muchos otros, combinaban sus estudios con la vida normal de cualquier barrio de clase trabajadora. Allí descubrió la cultura hip hop, primero por el break dance y después con el rap. Su hermano, el DJ y productor musical Jota Mayúscula, ya había empezado por entonces a ensayar en casa y tenía mucha música de importación que Ana también escuchaba.

Aquel Madrid no tenía la diversidad racial y cultural de hoy.

Tuve mucha suerte, porque tuve referentes negros y mestizos que me ayudaron a crecer en un empoderamiento muy fuerte, muy consciente. Me hizo sentirme orgullosa de dónde venía y cómo era. ¿En qué notas que eres una persona racializada? Pues en cosas muy sutiles, casos muy velados y a veces inconscientes, de quienes me preguntaban de dónde era, habiendo nacido en Madrid. No te decían «negro de mierda», pero no entendían que estuvieras en determinados sitios, como una facultad, donde no se espera que estés.

Ana Bibang destaca la siguiente anécdota de cuando empezó a salir con un chico blanco de la facultad.

Su familia convocó una reunión familiar y su abuelo, un antiguo terrateniente, le advirtió sobre los peligros de salir con una negra. A veces, en la facultad lo miraban peor a él que a mí.

Su contacto con la política en la Facultad de Derecho no fue fácil.

Me politicé muy rápido cuando llegué a la facultad, aunque en mi casa siempre se hablaba de política. Recuerdo que todos los días pasaba por delante de una sede que tenía Bases Autónomas en la universidad. Eso es lo que yo me encontré nada más llegar. Allí me pilló, además, el asesinato de Lucrecia. Era la primera vez que se hablaba abiertamente de racismo. Recuerdo, además, cuando se hizo el minuto de silencio en la facultad. Mientras estábamos en la concentración, noté un gran ruido y mi chico, de repente, me empujó a un lado. Alguien había lanzado un cartel desde el piso de arriba y, si no me llega a apartar, me parte la cabeza.

Aquellos meses próximos al asesinato de Lucrecia hubo diversos ataques neonazis; también contra los jóvenes negros amigos de Ana, a quienes más de una vez les decían que se fueran «a su país». Sin embargo, ellos habían nacido aquí. «Yo estoy bien mi casa. El que se va a ir eres tú». Y así se plantaron los negros y los mestizos ante los neonazis. «Si no lo comprendían hablando, se les explicaba a golpes, que era el único lenguaje que entendían».

Ana compartió con los Color Power y otros jóvenes ese sentimiento antifascista que primero les obligó a estar alerta y defenderse, y después se transformó en ofensiva.

Presencié muchos enfrentamientos, algunos muy violentos. Hubo una generación de chavales que tuvo que partirse la cara sin tener por qué. Ellos estaban en su barrio, en su país, y venían los nazis a decirles que se fueran y a agredirlos. Iban a los bares de música negra, iban a buscarnos. Pero hubo respuesta. Incluso se les fue a buscar. No solo negros, también amigos blancos. Hubo sinergias con otros grupos. Sobre todo con los SHARP, los skinheads antirracistas, quienes estaban en primera línea contra los nazis. Todos ellos demostraron una actitud brutal, plantaron cara. Y se les acabó echando. Se ganó esa batalla.

Como ya contaba Zannou, aquellos años se consiguió frenar a los grupos de neonazis que pretendían cazar negros. Y fue a base de hostias, las cosas como son. Ana precisa:

Luego, cuando empezó a llegar migración, ya se atrevían menos. Ya no iban a Lavapiés y a otros sitios. Con los senegaleses y los marroquíes no se atrevían.

Primero en el barrio y después en el mundo de la música, Ana vivió con mucho empoderamiento el hecho de ser mujer y mestiza en un entorno muy masculinizado y a menudo muy machista. Junto a otras dos mujeres, formó parte del sello Zona Bruta, que se creó en 1996.

Por allí pasaron artistas como CPV, SFDK, VKR, la Mala Rodríguez, Frank T, Hablando en Plata o Zenit (MC). El componente antifascista del hip hop, como el de muchas otras músicas que formaban parte de la banda sonora de aquellos años, era un reflejo de lo que vivían los jóvenes entonces.

---

[22] Véase http://publicenemyfunclub.blogspot.com/2020/06/foja-25-anos-educando-la-juventud-negra.html.

22

El fascismo que viene

Carlos Estévez, director de programas de investigación de Antena 3, presentaba así el reportaje El fascismo que viene, que fue emitido en 1995:

Al calor del debate político han empezado a aparecer en nuestro país los primeros síntomas del resurgir del fascismo. Los cabezas rapadas nazis cuentan ya en su haber con muertos y numerosos heridos. La xenofobia aumenta y la violencia contra todo aquel que no es de la raza blanca, contra los marginados, los homosexuales y, en definitiva, contra todos los que les parecen diferentes. Esta es la cara más violenta del fascismo, pero también existen otras. La ultraderecha se está organizando y espera su momento.

La imagen de varios skinheads neonazis enfrentándose a la policía en Dixmunde (Bélgica) dio la vuelta al mundo. Eran cerca de cinco mil y habían acudido desde varios países de Europa a un acto de homenaje a los soldados de la Primera Guerra Mundial. Se relacionó con el auge del partido ultraderechista Vlaams Block. Le siguen imágenes de los ataques neonazis de Rostock. «España no es ajena a todo esto», explicaba la voz en off mientras se mostraba el ejemplar de la revista neonazi Cirrosis en el que aparece una lista negra con más de cien nombres y direcciones de objetivos a abatir.

Un skinhead neonazi sentado en el suelo oculta su rostro mirando hacia abajo mientras confiesa:

Yo voy por la calle vestido normal. Me encuentro con determinada persona que ya conocemos. Se le sigue a su casa, se mira el apellido, se busca el teléfono, se espera al día siguiente, se le vuelve a seguir, se mira el coche que tiene, lugar de trabajo y demás cosas.

Otro joven encapuchado con gafas de sol posa en el interior de un edificio abandonado. El joven, que se declara antifascista, dice desafiante:

La lista negra esa que ha aparecido. Yo, que no soy nada de nada, figuro en esa lista como un guarro que van a matar. Tienen mis señas y todo. Que vengan a buscarme si quieren. Si se atreven, que vengan.

En el reportaje se muestra una reunión en marzo de 1994 en el teatro Alcázar de Madrid en la que varios líderes neofascistas españoles fundaron una plataforma política: Alianza por la Unidad Nacional (AuN). El acto contó con la presencia de Udo Voigt, líder del partido neonazi alemán NPD, que había pasado inadvertida para los medios de comunicación. «Creemos que este movimiento va a tener un gran futuro y que, si siguen unidos, podrán algún día expulsar a los políticos establecidos en España», afirmaba Voigt ante la cámara. Presidía el acto Ricardo Sáez de Ynestrillas, hijo de un militar asesinado por ETA. Sáez de Ynestrillas había resultado absuelto después de ser acusado de participar en el atentado realizado el 20 de noviembre de 1989 contra los diputados de Herri Batasuna, que costó la vida a Josu Muguruza.

A Ynestrillas le acompañaba en la mesa Eduardo Arias, exlíder del grupo neofascista Nación Joven. En el reportaje se entrevista a Arias, que defiende el uso de la violencia como herramienta política para las causas que considera justas.

Incluso existe el deber moral —afirma—. Nosotros somos partidarísimos [sic] del uso de la violencia si a Vascongadas o

Cataluña en un momento determinado se les ocurriera declararse independientes. En esa circunstancia, difícil sería que no hiciéramos uso de la violencia, incluso a un nivel parecido al que ETA usa.

«Han conseguido unir en un solo frente a todos los grupos. Quieren seguir los pasos de Le Pen en Francia y de Fini en Italia», explica la voz en off del programa. De hecho, Ynestrillas, que aquel mismo año se reunió en Francia con Jean-Marie Le Pen, líder del Frente Nacional, afirmaba:

Aumentan las expectativas de voto en Francia, en Italia, en Bélgica. Nosotros pensamos que ese momento va a darse dentro de poco en España y pensamos que hay que prepararse para ese camino.

Javier, el antiguo militante antifascista madrileño con el que me cité a principios de 2021, me confesó que habían colaborado en la elaboración del reportaje. Un cámara que trabajaba para varios medios y estaba vinculado a los grupos antifascistas de aquella época fue el contacto con la productora que preparaba el reportaje para vendérselo a una cadena de televisión española. El director y parte del equipo, que eran alemanes, se habían interesado por el tema después de leer algunas informaciones en la prensa sobre los crímenes de los neonazis en España.

Así es como lo explica Javier:

Valoramos mucho si trabajar con ellos, porque existían riesgos obvios. Pero, tras discutirlo mucho, pensamos que podía ser una buena oportunidad para llevar nuestra información al gran público. Trabajamos durante varios meses con ellos, aunque la mayor parte la hicimos solos y luego se la pasamos.

Antes de decidirse a colaborar, los antifascistas realizaron sus propias investigaciones sobre el director y el equipo que preparaban el reportaje. Consultaron a sus colegas antifascistas alemanes, quienes les contestaron que estos periodistas eran de fiar. También consultaron a algún contacto en Cuba, ya que el director había estudiado en esta isla, concretamente en la escuela de cine de San Antonio de los Baños. Solo después de estas comprobaciones, pusieron a disposición de los alemanes gran parte de la información que los antifascistas llevaban años acumulando.

No solo fueron la principal fuente para el reportaje, sino que se prestaron a llevar una cámara oculta y acercarse a los puntos de reunión de los neonazis. Uno de ellos era la madrileña tienda Soldiers, regentada por uno de los líderes de Bases Autónomas, Carlos Rodrigo Ruiz de Castro, quien se había suicidado meses atrás de un tiro en la cabeza. Los antifascistas escondieron la cámara oculta en un paquete de tabaco que llevaban en la chaqueta. Otro sitio al que entraron fue la tienda DSO, que entonces llevaba Fernando Perdices, histórico neonazi madrileño también del entorno de Bases Autónomas. Estas tiendas eran un lugar de encuentro para los neonazis, además de punto de venta de todo lo relacionado con su estética.

Javier recuerda cómo realizaron estas grabaciones:

Además de la cámara, teníamos que llevar un magnetofón y varios cables pegados al cuerpo. Era difícil esconderlo, pero nos lo montamos bien y no se dieron cuenta.

Los antifascistas llevaban tiempo infiltrados en los entornos ultraderechistas e incluso habían descubierto planes para participar en un golpe de Estado en Guinea Ecuatorial. Uno de ellos lo explica en el reportaje con la cara tapada y la voz distorsionada. Esta y otras informaciones que aparecen en el documental desvelaron la capacidad de infiltración antifascista, pero también alimentaron las sospechas entre los propios neonazis, que temían que alguno de ellos se hubiera ido de la boca.

Tras la emisión del reportaje, varios de ellos desaparecieron. Otros fueron puestos en cuarentena por sus propios camaradas, ya que algunas informaciones que salieron en exclusiva solo podían venir de ellos.

El reportaje consiguió poner el foco sobre un problema al que, hasta ese momento, solo los grupos antifascistas prestaban atención y daban la importancia que merecía. De hecho, Manuel Jiménez —portavoz de la Policía Nacional— afirmaba que no había ningún trasfondo político en la acción de los neonazis y que todo se debía a un «conflicto urbano de carácter juvenil». En una tertulia radiofónica que recoge el documental, afirma:

Hay chavales que son puros y simples gamberros que disfrutan haciendo daño sin que tengan nada que ver con el fenómeno neonazi.

El reportaje desmentía este relato y reforzaba lo que los grupos antifascistas llevaban años denunciando sobre las redes nazis y fascistas españolas y sus camaradas europeos.

En el reportaje también se cuentan el asesinato de Sonia en Barcelona y el ataque de varios neonazis a los actos previos al Día del Orgullo Gay en Madrid. Un jovencísimo Pedro Zerolo, exdiputado del PSOE ya fallecido y entonces portavoz del Colectivo de Lesbianas, Gais, Transexuales y Bisexuales de Madrid (COGAM), explica que un miembro del colectivo había sufrido una agresión a manos de «un grupo de animales, de fascistas, ultraderechistas, salvajes que, después de abordarlo y pisarle la cara y el pecho, terminaron con un acto tan valiente como darle dos puñaladas por la espalda».

Los antifascistas que participaron en el documental consiguieron infiltrarse en un campamento paramilitar organizado por Nación Joven en la sierra de Guadarrama ese mismo año y aportaron abundante información sobre otras investigaciones que tenían en marcha. Esto provocó algunas dudas entre los antifascistas, que se debatían entre «quemar» estas líneas de investigación sacándolas a la

luz o esperar otra ocasión y profundizar aún más.

Al final del reportaje se muestra otro encuentro de la extrema derecha española al margen de la AuN, liderada por Ynestrillas. Se trata de la presentación del partido Democracia Nacional en un hotel de Barcelona en 1995. En ella, los asistentes se ponen en pie cuando suena el himno de España, el oficial. Juan Peligro, exdirigente de Juntas Españolas y exoficial de la Armada, que es uno de los oradores, se define ante un periodista que lo entrevista como de derecha nacional. Entre el público se encuentra también Christian Ruiz, exmiembro de CEDADE.

El documental termina con las declaraciones de José Luis Corral, del Movimiento Católico Español (MCE), todavía hoy en activo.

Una gran parte de todo ese voto prestado que ahora tiene la derecha, que se estima en un 10 por ciento de la población, creemos que volverá a nosotros.

Aunque Corral no se equivocaba, la ultraderecha no se despegaría de la casa común del PP hasta veinte años después y los resultados no serían para ninguno de los protagonistas del reportaje, sino para una nueva generación de neoconservadores, que, salvando las distancias, no se alejarán demasiado de los discursos y las ideas de estos neofascistas.

23

La «democratización» de la ultraderecha: un nuevo reto para el antifascismo

La extrema derecha que se quedó al margen del nuevo régimen, la que no quiso integrarse en lo que fue el partido catch all de la derecha a partir de los ochenta —primero Alianza Popular y después el PP—, no dejó de sufrir derrotas en cada uno de sus intentos. El lastre franquista y el poco interés que suscitaban sus propuestas entre la población la obligaron a reflexionar, sobre todo cuando en otros países de Europa el neofascismo se reconvertía en «una opción democrática más».

Los partidos de extrema derecha habían sabido aglutinar a gran parte del universo ultra y presentarse ante el público como un actor político más dentro del juego democrático y alejado de las bandas de skinheads, al menos aparentemente. Jean-Marie Le Pen en Francia, Jörg Haider en Austria, el British National Party en Reino Unido o Alianza Nacional en Italia eran ya actores políticos reconocidos en sus respectivos países. De hecho, Le Pen consiguió ser eurodiputado y su éxito supuso un rayo de esperanza para los neofascistas europeos, que veían en la vía francesa no solo la clave de su supervivencia, sino un modelo a seguir.

En 1993, varios grupos neofascistas crearon el Instituto de Estudios Sociales (IES) con el objetivo de articular una nueva estrategia para salir del ostracismo en el que llevaban inmersos desde hacía años. Miembros de CEDADE, Vanguardia Nacional Revolucionaria, Bases Autónomas, Juntas Españolas, Nación Joven y otros grupúsculos del universo ultraderechista desarrollaron una escuela de verano con el lema «El futuro de la lucha nacional», en la que se abordó cómo

realizar esta reconversión. Un año más tarde, volverían a encontrarse de nuevo en Burgos para «presentar a nuestros compatriotas una opción política capaz de captar seriamente su atención» con objetivos concretos y lo más pronto posible.

En enero de 1995 tuvo lugar el congreso constituyente de Democracia Nacional (DN), que culminó con su registro como partido en el Ministerio del Interior el 25 de mayo. Fue la primera apuesta electoral moderna de la extrema derecha. Un viraje estratégico que pretendía enterrar la mala imagen que las bandas neonazis estaban sembrando sobre la extrema derecha, desvincularse del franquismo y presentarse como una opción democrática. Una reconversión que las extremas derechas de otros países ya habían llevado a cabo años atrás, a la que España, como siempre, llegaba con retraso.

Los grupos neonazis no desaparecieron, ni siquiera se escondieron, pero los nuevos partidos pretendían ofrecer una pátina legal y respetable, aunque nunca prescindieron de sus muchachos. DN fue la primera de estas marcas, pero los años siguientes la extrema derecha presentó otras semejantes, fruto de algunas diferencias ideológicas y estratégicas, así como de disputas internas y rencillas irreconciliables. En 1999 nacería el Movimiento Social Republicano (MSR), heredero de Alternativa Europea. En el 2000, la Plataforma España 2000 reunió a DN, Vértice, MSR y otros pequeños grupos y militantes de diversas formaciones de extrema derecha que ya habían asumido el camino de la reconversión. Esta plataforma (no confundir con el partido del mismo nombre) estuvo liderada por el abogado y empresario valenciano José Luis Roberto, que pocos años antes había intentado otro proyecto político: Falange Española-Frente Nacional Sindicalista, inscrita el 1996 y disuelta en 1998. Su única acción destacada fue la convocatoria de una manifestación contra la inmigración en el barrio valenciano de Russafa en 1997, que obtuvo una gran respuesta por parte de colectivos antirracistas y antifascistas de la ciudad. La marcha, protegida por la policía, reunió a poco más de un centenar de ultraderechistas y a más de medio millar de antifascistas, entre vecinos y colectivos de personas migrantes muy activos en el barrio.

Posteriormente, la marca España 2000 se reconvirtió en partido político de la mano de José Luis Roberto, quien lo lideró desde su fundación en 2003 hasta la actualidad, con un breve impasse en el que cedió la presidencia al madrileño Rafael Ripoll, concejal en Alcalá de

Henares, tras el éxito de la formación en varios municipios de la zona.

Durante aquellos años se crearon diversos partidos de extrema derecha que competirían por un mismo electorado y nunca destacarían ni conseguirían llegar a una decena de concejales en todo el Estado. La rivalidad entre sus líderes, entre otras razones, ha impedido siempre la unidad, salvo en algunos casos, e incluso ha derivado en campañas de desprestigio de unos contra otros y enfrentamientos físicos entre sus militantes y simpatizantes. El único partido que consiguió destacar dentro de este espectro fue Plataforma per Catalunya (PxC), un proyecto liderado por el exmiembro de Fuerza Nueva Josep Anglada, quien ya en los ochenta participaba en Barcelona en los mítines en defensa de la hispanidad cada Doce de Octubre. PxC consiguió sesenta y siete concejales en Catalunya el año 2011 y estuvo a punto de entrar en el Parlament con un discurso antiinmigración e islamófobo.

La historia de los partidos políticos de extrema derecha ya ha sido analizada ampliamente por otros autores. No es el objeto de este libro desgranar cada una de estas formaciones, aunque es imprescindible mencionarlas para entender contra qué y cómo se movilizó el antifascismo. Esta nueva era de la ultraderecha, que iba mucho más allá de las organizaciones neonazis y las bandas callejeras violentas, plantearía un nuevo reto a los colectivos antifascistas. Al ser organizaciones legales, realizar actos públicos y presentarse a las elecciones, se creó un nuevo escenario que obligaba al antifascismo a articular una respuesta diferente a la que hasta ese momento había dado a los grupos que operaban casi clandestinamente o que tan solo se dedicaban a la violencia.

La nueva derecha nacional-populista española entendió que, antes de dar el salto a la política estatal, debía crecer a nivel local. Desde finales de los noventa hasta hoy, tanto los partidos políticos de extrema derecha como las organizaciones neofascistas se han centrado principalmente en el ámbito municipal, donde no solo han logrado seducir a parte de la juventud, sino que han conseguido algunos concejales. Aunque ya existían partidos y organizaciones legales de extrema derecha, la irrupción de numerosas formaciones a lo largo del Estado español a partir de la segunda mitad de los noventa multiplicó su presencia en las calles. No obstante, las bandas neonazis y la violencia no desaparecieron. Es más, muchos de estos violentos

encontraron cobijo y amparo legal en algunas de estas organizaciones, como veremos en los siguientes capítulos.

24

Los noventa:

los años de plomo

«Cabeza de cartón, te diré una cosa:

Supongo que tu madre estará orgullosa,

pero yo creo que eres un gilipollas,

solo eres un fascista, maldito seas,

tienes la cabeza llena de mierda.

Para que sobrevivan tus privilegios

hay que buscar culpables que no puedan defenderse,

el asesino se hace la víctima: «Necesitamos seguridad».

Hay que olvidar a los viejos, renegar de los enfermos,

odiar al diferente, expulsar al extranjero,

barrer a los mendigos, eliminar a los parados,

aborrecer al débil, obedecer al dinero.

Este es el plan: tener bien controlados a los borregos.

Violencia… ¿Y tú me hablas de violencia?».

La policía tomó el barrio unas horas antes y la protesta antirracista quedó encapsulada en la zona peatonal de la iglesia de San Valero, a pocos metros del mercado de Russafa. Los ultraderechistas —no más de un centenar— repartían banderas entre los suyos y se preparaban para comenzar la marcha. Era la presentación, en 1997, de Falange Española-Frente Nacional Sindicalista (FE-FNS), que tuvo lugar en el barrio con mayor tasa de residentes migrantes de València. Allí había un gran tejido asociativo, sobre todo de organizaciones de personas migrantes y ONG, que convocaron una concentración en respuesta a la provocación racista. El periódico Levante-EMV remarcaba el fiasco del acto ultra citando las declaraciones de quien se presentaba como responsable, Juan Manuel Crespo, quien «reconocía que habían tenido que aguantar el chaparrón y lamentaba que la presión de los últimos días hubiera limitado el número de asistentes».

Una vez empezó la manifestación de la ultraderecha, la policía cargó contra la protesta antirracista. Tras algunos incidentes con varios vecinos que se interpusieron ante los fascistas y un pequeño alboroto con varios jóvenes magrebíes que se plantaron ante los ultras a su paso por una mezquita del barrio, la policía disolvió a porrazos la concentración antifascista, lo que provocó carreras y encontronazos con grupos de neonazis situados en las inmediaciones de la zona a la espera de pillar a algún despistado.

Aunque una parte de la extrema derecha se transformó en marca electoral, los grupos neonazis y su violencia no desaparecieron. A finales de los años noventa, a pesar de que ya se encontraban en el foco de los medios de comunicación y la respuesta de los militantes antifascistas en las calles era cada vez más contundente, las bandas de skinheads neonazis seguían sumando adeptos. Durante aquellos años, los diferentes colectivos antifascistas empezaron a ponerse en contacto, a compartir información e incluso a organizar encuentros estatales para responder de forma coordinada a la ultraderecha.

En Salamanca, los neonazis también empezaron a organizarse a principios de los noventa. Villa, un militante antifascista de aquellos años, explica que había un movimiento de izquierdas potente. Sin

embargo, con la organización de la hinchada del Salamanca empezaron a visibilizarse los grupos ultras.

Hasta ese momento, los falangistas y los nostálgicos habían sido quienes metían palizas a homosexuales, pero todo pasaba muy desapercibido. Fue ya con el fútbol cuando empezaron a verse las primeras esvásticas y cruces célticas. Comenzaron a tener contacto con Bases Autónomas, Frente Atlético y Ultras Sur, y aparecieron pintadas de Nación Joven, Acción Juvenil Española (AJE), etcétera. La primera agresión que se denunció fue en 1995 a un chico de Segovia, al que partieron la mandíbula por llevar una camiseta de Negu Gorriak. A partir de entonces, empezaron a organizarse y a atacar en grupos de ocho o diez personas.

Durante esos años, los colectivos de izquierdas de Salamanca también empezaron a organizarse frente a estos ataques cada vez más frecuentes.

Unos chavales que estaban colgando unos carteles por el juicio a un insumiso recibieron una paliza por parte de un grupo de neonazis. Ahí surge un germen de gente que se quiere juntar contra ellos y empezamos a contactar con otras coordinadoras antifascistas y a organizar nuestros propios actos, sobre todo el 20N.

La Asamblea Antifascista se crearía en 1998 con militantes de Juventudes Libertarias, Juventudes Castellanas Revolucionarias (JCR), SHARP, Juventudes Comunistas y otros grupos autónomos en los que también participaban jóvenes de otras ciudades que estudiaban en Salamanca.

Villa creció en un barrio cercano a dos cuarteles y una residencia militar, en la que vivían los mandos con sus familias.

Los hijos eran los fachas del barrio. Nos conocíamos, pero no nos enfrentábamos. Éramos del barrio y habíamos crecido en las mismas calles. A partir de 1995, las agresiones empezaron a ser más que habituales. Uno de los casos más sonados fue la paliza a dos atletas de origen magrebí que estudiaban en la universidad. También a gente de izquierdas y a muchos homosexuales, a los que cazaban a menudo en un parque donde se veían a escondidas. Estos nunca denunciaban.

Aquellos años, la Asamblea Antifascista denunció un navajazo que le dieron en la pierna a un joven vallisoletano y un botellazo a un estudiante de Biblioteconomía a consecuencia del cual le tuvieron que extraer un ojo. Pocos años después, en 2002, a Villa casi lo matan a navajazos.

Yo era de las JCR y estaba en el Ateneo Castellano, el local de Izquierda Castellana. Fui a tirar la basura y me encontré a tres de ellos en la puerta. Me increparon y, sin más, me metieron dos puñaladas en el costado. El juicio tardó dos años en celebrarse. Uno de ellos era hijo de policía; otro, militar en activo; y el tercero, militante de Democracia Nacional.

Villa estuvo diecisiete días impedido y necesitó cuarenta y tres días para recuperarse, además del daño psicológico que le supuso haber estado a punto de perder la vida. Sus agresores salieron airosos del caso: tan solo seis meses de prisión para el principal acusado, hijo de un policía, al que no aplicaron el agravante de motivación ideológica.

La Asamblea Antifascista comenzó entonces una gran campaña de apoyo a Villa y denuncia de la violencia neonazi y su impunidad, que duraría años. Un joven de origen palestino sufrió una brutal agresión poco tiempo después. En 2007, cuatro jóvenes antifascistas y tres jóvenes latinoamericanos de nuevo fueron agredidos.

En Valladolid, el antifascismo ya se había organizado durante la transición como respuesta a la incesante violencia de los grupos fascistas, muy activos en la ciudad a principios de los años ochenta.

Ante la intensidad de los ataques de la ultraderecha, diversos sectores de la izquierda vallisoletana se organizan, gestándose el primer movimiento antifascista amplio de la ciudad con la formación de la Unidad Popular Antifascista (UPA), que lidera la convocatoria de las primeras manifestaciones de respuesta a los ataques fascistas, así como la organización de las primeras Jornadas Antifascistas en los años 1981 y 1982.

Isaac, militante antifascista y castellanista vallisoletano, explica que en la década de los noventa el antifascismo formó políticamente a numerosas personas.

Fue una vía de incorporación a la militancia política en la izquierda de toda una generación de jóvenes nacidos durante o después de la transición, que tomó el legado de los espacios de lucha obrera y estudiantil de décadas anteriores.

Isaac afirma:

[El antifascismo actuó] como catalizador de la unidad desde distintas ideologías —desde el castellanismo al anarquismo, pasando por el comunismo— y aportó el aprendizaje de que la implicación directa en los problemas sociales y políticos, así como el compromiso en su solución, requiere organización, unidad y movilización.

Los grupos neonazis también actuaban en Valladolid con la misma violencia que en otras ciudades del Estado, sobre todo a partir de la segunda mitad de los años noventa. El antifascismo se organizó «para la defensa de los espacios de ocio de la juventud antifascista de las agresiones neonazis, sobre todo en la Zona de Cantarranas, así como

para la denuncia y el señalamiento directo de declarados neonazis en sus centros de estudio, trabajo o domicilio habitual». En 1994 se creó la Liga Antifascista en Valladolid (LAF), que organizó ese mismo año su primera manifestación por el 20N.

Estas manifestaciones se sostienen en el tiempo sistemáticamente durante dicha década, convirtiéndose en una fecha de referencia para los colectivos de la izquierda vallisoletana.

Durante estos años, surgen otros colectivos en el ámbito político y contracultural, como el SHARP o las Brigadas Negu Gorriak Valladolid, que se suman a las convocatorias y el compromiso antifascista de la ciudad.

En este contexto, ambos colectivos convocan junto con Juventudes Castellanas Revolucionarias dos concentraciones coincidiendo con el aniversario del asesinato de Guillem Agulló —recuerda Isaac.

El antifascismo convulsionó la vida política del Valladolid de los años noventa, rompiendo un estigma de una ciudad donde los referentes de luchas vecinales, obreras, estudiantiles y antifascistas han sido una constante cuya semilla ha germinado hasta la actualidad.

En Zaragoza, tras el intento de asalto a la Casa de la Paz por parte de un grupo de fascistas el 20N de 1993 y la posterior creación de la Plataforma Antifascista de Zaragoza (PAZ), se empezaron a organizar alrededor de esta fecha diversas actividades para concienciar sobre el antifascismo. La PAZ sirvió de aglutinador de numerosos colectivos sociales y políticos de la ciudad, que, tras el desalojo de la Casa de la Paz, empezarían a reunirse en los locales de la Federación de Barrios de Zaragoza (FABZ). Según explica el libro Zaragoza rebelde: movimientos sociales y antagonismos (1975-2000), se estableció una rutina de reuniones semanales, se repasaba el mapa de agresiones con ayuda de gente de todos los barrios, se denunciaban agresiones,

movimientos y actividades de grupos ultras y se crearon comisiones de trabajo.

Los neonazis eran visibles en la capital aragonesa sobre todo en los ambientes del fútbol, como ocurría en otras ciudades. Los miembros del grupo ultra Ligallo Fondo Norte, uno de los nidos de la ultraderecha zaragozana, se reunían en los bares de la zona de Moncasi los días de partido. Allí, como en el barrio de la Magdalena, también había bares frecuentados por gente de izquierdas, que se mantenía constantemente alerta ante las habituales visitas de los ultras en busca de bronca. Incluso llegaron a incendiar el Centro Social Libertario. Los antifascistas, sin embargo, no se mantenían al margen de los ataques fascistas, y también realizarían acciones contra locales y propiedades de los grupos y militantes neonazis. Mientras estos solían salir siempre impunes, la policía tenía bien controlados a los antifascistas. Zaragoza rebelde, que recoge la historia de aquellos años, señala:

No era extraño recibir llamadas de la Brigada de Información para presionar a jóvenes antifascistas. Y se sucedían las detenciones sin más motivo que la declaración de un nazi mediante el reconocimiento fotográfico o bien nazis que conocían datos de antifascistas y los denunciaban cuando habían recibido algún correctivo.

Aun así, el activismo antifascista en Zaragoza no cesó, y se sucedieron las concentraciones y el señalamiento de los lugares de encuentro de los neonazis. Un local en la calle Montecarmelo y la sede de Democracia Nacional terminaron por echar el cierre ante las constantes campañas antifascistas, a las que se sumaron los colectivos vecinales.

Uno de los antiguos militantes de la PAZ recuerda un día de abril de 1997 en el que varios militantes del Sindicato de Estudiantes de Izquierdas (SEI) estaban colgando carteles de una huelga estudiantil y un grupo de neonazis los atacó. Tenían entre dieciséis y diecisiete años. «Iban a por los chavalitos, contra los mayores se cortaban», recuerda uno de los jóvenes que estaban allí. Su compañero fue

apuñalado y estuvo a punto de morir. No pudo escapar, porque tenía un problema de movilidad, y fue cazado y agredido sin piedad. Uno de sus compañeros se enfrentó a los agresores armados, que seguían esgrimiendo las navajas después de haber dejado a su amigo tendido en el suelo herido de gravedad. También recibió una puñalada. Un hombre que salía de un bar consiguió parar la agresión.

Los nazis huyeron, pero los localizaron en los alrededores. Los compañeros de los agredidos, al enterarse del ataque, fueron a buscar a los agresores. Uno de los neonazis perdió la cartera durante el enfrentamiento.

Fíjate cómo era la impunidad, que tuvo el morro de ir a comisaría a denunciar que le habían atacado y robado la cartera tras apuñalar a un antifascista —recuerda uno de los antifascistas zaragozanos entrevistados—. Encima, dos de los nazis eran hijos de policías nacionales.

A los pocos días se celebró una manifestación de protesta que reunió a cerca de cinco mil personas. Los organizadores de esta manifestación, a pesar de contar con el permiso correspondiente, fueron sancionados por la Delegación del Gobierno con la excusa de que habían invadido un carril del paseo de la Independencia que no habían solicitado y porque el lema de la manifestación denunciaba la posición de jueces y policías ante la violencia neonazi. «Había una impunidad total y los neonazis ni siquiera entraron en prisión».

Habitualmente, los fascistas nos señalaban. Una vez, en 1997 o 1998, sacaron un panfleto con una veintena de nombres y domicilios de militantes de izquierdas, y los repartían por sus ambientes. Vi allí mi nombre y la dirección de casa de mis padres, y todo tipo de información sobre quiénes éramos y qué hacíamos.

Las amenazas fueron a más y llegaron a atentar con explosivos contra

el vehículo de un miembro del Colectivo Unitario de Trabajadores (CUT).

Sin embargo, otro enfrentamiento que hubo un domingo por la mañana entre un grupo de neonazis y varios militantes antifascistas terminaría con un joven punk que estaba en los alrededores y era completamente ajeno al altercado en prisión. Un participante en aquel enfrentamiento lo explica:

Fueron de cabeza al talego sin haber estado. Por las pintas. No nos enteramos hasta días después. Habíamos ido un grupo de afinidad a por el grupete de nazis que teníamos localizado detrás de la estación, tras varias agresiones anteriores y hartos de que siempre salieran impunes.

La PAZ, que incluso llegó a comparecer en las Cortes de Aragón para denunciar la actividad y la impunidad de los grupos neonazis a mediados de los noventa, se disolvió en 2001, pero la actividad antifascista en Zaragoza continuó hasta el día de hoy bajo otros nombres.

En València, la Assemblea Antifascista siguió con su actividad los años posteriores al desalojo del Kasal Popular, al juicio por el asesinato de Guillem Agulló y la desarticulación de Acción Radical. Los grupos neonazis seguían activos y organizaban actos cada 20N y provocaciones racistas como la del barrio de Russafa. El antifascismo valenciano experimentó un fuerte impulso en la segunda mitad de los años noventa, y convocaba cada vez que la ultraderecha anunciaba un acto y denunciaba públicamente cualquier agresión neonazi. Tras la manifestación de Russafa, en la que la policía cargó contra los antifascistas, grupos falangistas volvieron a convocar actos en honor a Franco y José Antonio el 20N. En 1997, un millar de personas trató de llegar a la iglesia San Juan de Dios, donde se celebraba el oficio religioso en memoria del dictador, pero la policía de nuevo disolvió a porrazos a los antifascistas. El año anterior había sucedido exactamente lo mismo.

Unos días antes, en Castelló de la Plana se había juzgado a doce

neonazis por una brutal agresión en las inmediaciones del estadio de Castalia. Cientos de personas, convocados por la Assemblea Antifeixista de la ciudad, se habían congregado a las puertas del juzgado bajo el lema «Contra el fascismo, ninguna agresión sin respuesta». Un portavoz declaró a los medios que la concentración pretendía alertar sobre «el incremento de agresiones fascistas», ante el temor de que «los grupos de ultraderecha en Castelló se organicen de nuevo». A estos neonazis se los juzgaba por haber rodeado a un joven y haberlo apaleado en el suelo. El fiscal retiró las acusaciones de todos ellos menos el supuesto autor de la paliza, para el que tan solo pidió una multa de dos mil pesetas durante dos meses. A la salida del juicio, los neonazis se enfrentaron con los antifascistas, lo que provocó una batalla campal a las puertas del juzgado que se saldó con siete detenidos, seis de ellos pertenecientes al grupo de neonazis que acababan de ser absueltos.

Santiago Barquero, conocido como «El Tieso», era un joven de Móstoles aficionado al skate. Tenía dieciocho años y colaboraba con los grupos antifascistas de la localidad madrileña. La noche del 12 de noviembre de 1994, repartía propaganda en una zona de ocio junto a otro grupo de jóvenes antifascistas cuando varios neonazis la emprendieron a golpes con ellos. Cuando intentaron repartir un panfleto que hablaba de «la estupidez de los nazis de los noventa», el portero de un pub se les encaró y Santiago recibió una brutal paliza que lo dejó en coma. La policía no detuvo al agresor hasta cuatro días después. Un representante de la acusación declaró a El País:

La noche de la agresión no tomaron declaraciones; el domingo, cuando los jóvenes presentaron denuncia, tampoco hicieron más. Solo cuando el padre del chaval acudió el lunes a comisaría decidieron citar para el martes al denunciante y un día después procedieron a detener al portero del pub.[23]

Barquero salió del coma tras quince días de incertidumbre, pero quedó con graves secuelas. Según explican sus amigos:

Santiago era incapaz de hablar, solo podía mover la punta de los dedos y así, por señas, comunicarse. Luego, lentamente, fue recuperando, en parte, algunas funciones básicas, volvió a mover los brazos, a articular palabras y a reír. «Con tiempo y tesón, conseguiré salir de esta», decía. A pesar de las grandes dificultades que sufría a consecuencia de la lesión neuronal que padecía y la espasticidad muscular que le quedó como secuela, Santi empezó a subirse al monopatín y fue muy poco a poco recuperando equilibrio, confianza y adaptándose, con sus limitaciones, a volver a patinar en un skatepark.

Cada día iba a rehabilitación para intentar recuperarse y «era conocido por toda la comunidad skater de Móstoles y Madrid, donde todo el mundo le daba su apoyo y lo animaba por ese afán de superación que mostraba y que le llevó a volver a patinar». En noviembre de 2015, Santiago decidió quitarse la vida. Sus amigos, que todavía lo recuerdan, editaron un disco recopilatorio en su homenaje, en el que participaron varias bandas de la escena antifascista. En verano de 2021, iniciaron una campaña para pedir al Ayuntamiento de Móstoles que el skatepark de la ciudad llevase su nombre.

Santi no fue el único joven con secuelas a consecuencia de una agresión neonazi. Se conocen los asesinatos y algunos casos graves como este, pero hubo muchos más que se quedaron en la intimidad de sus víctimas por diversos motivos. Prácticamente en todas las ciudades se siguió produciendo la violencia indiscriminada de los neonazis, pero el antifascismo empezó a tomar la iniciativa cada vez más, despegándose de la estricta autodefensa para pasar a la ofensiva. En la segunda mitad de los noventa, el antifascismo se extendió por el Estado español como un nuevo movimiento social y no se limitó a denunciar constantemente la impunidad de los grupos neonazis, sino que ya iba a buscarlos cada vez que organizaban algo. Si el Estado no actuaba contra estos grupos, los movimientos sociales no iban a quedarse quietos esperando a recibir el siguiente golpe. Llamaron la atención de las autoridades y de los medios de comunicación. Pero estos, en vez de reaccionar frente a la violencia neonazi, reforzaron el relato de las tribus urbanas, las bandas juveniles y «los extremos». Un relato que todavía hoy es el habitual cada vez que hay algún tipo de confrontación, aunque sea pacífica, con la extrema derecha.

[23] Véase https://elpais.com/diario/1994/11/30/madrid/786198270_850215.html.

25

Los pogromos racistas

de Ca n'Anglada y el Ejido

«La masa se ceba, se muscula rápidamente con la testosterona, la ignorancia y el miedo hasta transformarse en vómito de violencia. Y cuando la violencia se ha abierto paso solo es posible frenarla también con la fuerza. En El Ejido, la fuerza imbatible fue la convocatoria de una huelga».

PATRICIA SIMÓN, La Marea

Ca n'Anlgada es un barrio de Terrassa, en la provincia de Barcelona, habitado fundamentalmente por migrantes españoles, que ocuparon las casas construidas tras la riada de 1962. Tiene fama de ser un barrio combativo con gran presencia comunista durante los años de la transición. El PSUC ganó las primeras elecciones y la iglesia de Sant Cristòfor tuvo un cura rojo, Agustí Daura, que acabó siendo dirigente del partido.

Una noche en pleno mes de julio de 1999, cuando se celebraba la fiesta mayor, la música de la verbena se mezcló de repente con el ruido de una algarada. Varios jóvenes se estaban peleando en las inmediaciones y uno de ellos resultó herido en una oreja con una navaja. Según varios testigos, ni siquiera eran del barrio. Los periodistas sabemos que en verano no suele haber demasiadas noticias, así que cualquier cosa es susceptible de aparecer en la prensa y más aún si hay espectáculo. La violencia siempre es espectáculo y allí estaban los periodistas.

La aparición del suceso en la prensa caldeó todavía más el ambiente. Alguien hizo correr el rumor de que los agresores eran magrebíes del barrio. La prensa daba voz a esos vecinos que vertían comentarios racistas e insistían en culpabilizar a los moros. Así fue como estalló todo. Varios días de agresiones, ataques a la mezquita y a una carnicería halal, y un joven magrebí apuñalado. Xavier Horcajo, periodista de El País, retrataba así el ambiente que se respiraba:

La plaza en la que afirman que antes los grupitos de magrebíes molestaban a niños y chicas está hoy repleta de jóvenes con el pelo al uno y abundan los pantalones de chándal con la bandera española y las camisetas verdes del Ejército español. En el barrio, los rótulos comerciales en árabe han desaparecido y las pintadas «Moros, no» o «Skinheads Catalunya» aumentan.[24]

Mustafá Abajtour, portavoz de la Asociación de Marroquíes de Terrassa, denunció que la policía no había intervenido contra los agresores y advirtió que grupos neonazis estaban convocando para cazar a musulmanes en la zona. El digital catalán Vilaweb también advertía de la posible llegada de neonazis y apuntaba al dueño de la librería Europa, Pedro Varela, como uno de los organizadores.

El dueño de la librería nazi Europa, Pedro Varela, habría organizado los dos autocares que han trasladado neonazis este fin de semana al barrio de Ca n'Anglada, en Terrassa. Fuentes policiales y del vecindario han confirmado que esta expedición neonazi apadrinada por Varela se añade a los dos autocares de Madrid y uno de València que quieren ensañarse con los ciudadanos de Terrassa de origen magrebí que viven en este barrio, tras los incidentes ocurridos la semana pasada.[25]

Varios medios de comunicación fueron más allá de los incidentes y trataron de explicar la idiosincrasia del barrio dando voz no solo a los vecinos, sino también a los trabajadores sociales y los colectivos del

barrio. Todos ellos coincidían en la precariedad que sufrían, la escasa atención institucional que recibían y la dificultad de encontrar una vivienda digna. Los conflictos vecinales se acrecentaban con la dejadez de sus gobernantes, que años atrás ya habían desplazado a una parte de la población gitana de Barcelona a este barrio de Terrassa.

Los incidentes terminaron con la detención de once neonazis, algunos de los cuales habían manifestado ante las cámaras de televisión su intención de «cazar moros» e incluso habían exhibido armas. La situación se calmó poco a poco. En cambio, se siguió sin dar soluciones políticas a problemas que son estructurales. El racismo institucional que perpetúa la segregación y la marginación, eternizando la precariedad, es caldo de cultivo para futuros conflictos. Era, pues, de esperar que los incidentes se repitieran, que fue lo que sucedió cuatro años después.

La localidad almeriense de El Ejido llevaba años recibiendo a miles de trabajadores migrantes que llenaban los campos y los invernaderos para ocupar puestos de trabajo que no interesaban a la población autóctona. Los bajos salarios y las pésimas condiciones en las que sobrevivían los trabajadores migrantes nunca supusieron ningún problema para los agricultores de la zona. Tampoco la convivencia era mala. La mayoría de los trabajadores eran marroquíes. Muchos iban y venían según fluctuaba la demanda y otros ya se habían instalado en el pueblo, habían alquilado una casa e incluso tenían sus propios negocios y centros de culto.

Todo esto cambió en febrero del 2000, cuando un joven marroquí con problemas psiquiátricos mató a una vecina del pueblo. Pocas semanas antes, otro joven migrante había asesinado a un patrón y a otro agricultor. Los ánimos ya estaban caldeados en el pueblo y la muerte de la joven desencadenó una cacería racista sin precedentes.

El 6 de febrero del año 2000, cientos de vecinos iniciaron un pogromo contra personas migrantes. Asaltaron sus negocios, incluso entraron en sus viviendas y les prendieron fuego ante la mirada pasiva de la policía. No hubo ninguna detención, ni siquiera una intervención policial para frenar a las hordas que arrasaban con todo. Más de una veintena de heridos, una mezquita arrasada y varios vehículos incendiados. Los trabajadores migrantes y sus familias se escondieron donde pudieron de la ira racista. Jóvenes armados con bates de

béisbol y barras de hierro prendieron fuego a una vivienda en la que vivía una familia magrebí con dos menores de edad. Pudieron escapar de las llamas.

Decenas de marroquíes residentes en Las Norias salieron a protestar por el crimen cometido por un compatriota suyo. Llevaban los brazos en alto y querían mostrar su repulsa por tan desgraciado suceso. Fueron insultados y atacados por un grupo de vecinos armados. También el local de la Federación de Mujeres Progresistas fue atacado por los racistas.

Durante tres días, las cacerías contra ciudadanos de origen magrebí se sucedieron casi con total impunidad. Varios grupos neonazis se desplazaron a la zona para participar en el pogromo. Luego difundieron imágenes en sus fanzines en las que aparecían encapuchados y armados para reivindicar su participación en los incidentes. Me recordó lo que había sucedido unos años antes en Rostock (Alemania), cuando una turba de racistas había atacado viviendas de refugiados, que huían despavoridos de las llamas mientras la televisión lo retransmitía en directo.

Finalmente, los temporeros y los trabajadores migrantes, que se veían totalmente desamparados, decidieron no ir más a trabajar a los invernaderos. La periodista Patricia Simón lo recordaba así en La Marea veinte años después:

La huelga, indefinida inicialmente, duró dos días. El 10 de febrero, las asambleas de migrantes y las asociaciones empresariales y sindicales de Almería, alcanzaban un acuerdo refrendado por el Gobierno de España y la Junta de Andalucía. El documento incluía la garantía de proteger la seguridad de los trabajadores extranjeros, el alojamiento urgente de las más de cuatrocientas personas que perdieron sus viviendas, la creación de un fondo social para indemnizar las pérdidas que hubiesen podido sufrir, el compromiso de los empresarios para que los migrantes tuviesen representación en el convenio del campo y la creación de una comisión de seguimiento que velase por la ejecución de los acuerdos. Nunca se cumplieron.[26]

Los ataques racistas de El Ejido permitieron visibilizar todavía más la precariedad y el abandono que sufrían las personas migrantes que venían a trabajar, algo de lo que hasta ese momento solo eran conscientes algunos colectivos. Las noticias que informaban sobre lo sucedido no podían obviar mostrar la realidad en la que vivían estas personas en una localidad que se había lucrado durante años de la mano de obra extranjera y ahora castigaba a todas por el delito cometido por una sola persona. Las denuncias contra la ley de extranjería se multiplicaron, así como las campañas de solidaridad con las víctimas de los ataques racistas. Colectivos antifascistas y antirracistas organizaron actos en distintas ciudades para alertar sobre el auge del racismo y recogieron material que enviaron a El Ejido. Uno de ellos fue el colectivo Al Enemigo Ni Agua, de Barcelona, que destinó a los colectivos de migrantes de El Ejido una parte de la recaudación de su festival anual. Otros activistas se trasladaron a El Ejido para ayudar en la reconstrucción de algunos lugares.

En 2003, tres años después de los sucesos de El Ejido, las cacerías racistas volvieron a Ca n'Anglada. Aquellos años se vivió un auge de los neonazis en Barcelona, el Vallès y el Llobregat. En la zona también había un nutrido grupo de jóvenes del entorno nacional bakala que se apuntaban a cualquier bronca y mezclaban su pandillerismo discotequero con estética skin y simbología ultraderechista. Este fenómeno, que se dio en el ocaso de la ruta del bakalao, se extendió por todo el Estado. Lo cierto es que normalmente eran jóvenes despolitizados, pero dio la sensación de un auge del movimiento neonazi, cuando, en realidad, eran los camorristas de siempre que usaban ciertos discursos y cierta estética como excusa para ejercer violencia gratuita.

Así explicó La Vanguardia esta nueva cacería racista en Ca n'Anglada:

El pasado 3 de mayo, un centenar de jóvenes del mismo barrio y «skinheads» de Terrassa, Sabadell, Barcelona y Manresa se reunieron en el aparcamiento de un centro comercial egarense. Armados de palos, objetos contundentes y cócteles molotov, se organizaron en grupos y se adentraron en el citado barrio, dirigiéndose a la plaza central, punto de reunión habitual de ciudadanos de origen magrebí.

Uno de los grupos de «skins» se encontraron a varios magrebís y sin mediar palabra, uno de ellos apuñaló a uno de los inmigrantes. El agredido quedó malherido y se refugió en un bar, que fue atacado por otro «skinhead» con un cóctel molotov.

Los agresores se dieron a la fuga, volvieron al párking del centro comercial, donde habían dejado los coches, e inmediatamente huyeron. A los pocos minutos varias dotaciones policiales acudieron al lugar de los hechos y encontraron cinco cócteles molotov.

SOS Racisme denunció una vez más la escasa atención que había recibido el barrio después de los incidentes de 1999 y apuntó a las políticas públicas fallidas como responsables de la pauperización de la zona y la precariedad de sus habitantes, que tan solo eran noticia cuando ocurría algún suceso. Y de esta situación, la extrema derecha es la que más provecho sabe sacar. De hecho, el candidato del PP catalán Xavier García Albiol, que había empleado el discurso antiinmigración, islamófobo y antigitano en varias campañas electorales a la alcaldía de Badalona, se presentó en 2015 en Ca n'Anglada. Lo mismo hizo Vox en las sucesivas y más recientes elecciones. También en El Ejido, donde lograría uno de sus mejores resultados —un 30% de los votos en las elecciones municipales de 2019—. Lo explicó de nuevo en La Marea mi compañera Patricia Simón en el artículo en el que recordaba los sucesos de El Ejido:

Veinte años después, el partido de extrema derecha Vox es el segundo más votado en El Ejido, una ciudad donde conviven millonarios con miles de trabajadores viviendo en condiciones infrahumanas en chabolas de plástico y antiguos cortijos en ruinas por los que pagan alquileres desorbitados. ONG con proyectos en algunos de los países más pobres del planeta tienen que seguir yendo semanalmente a prestarles atención sanitaria. Sin luz ni agua corriente, sobreviven en ese cuarto mundo que nuestras sociedades enriquecidas se han acostumbrado a albergar como engranaje imprescindible de su motor económico.

No ha vuelto a haber razias porque la ley de extranjería es el mejor

sistema de represión y amedrentamiento para que las personas migrantes no osen reclamar los derechos más fundamentales. Pero la semilla del odio, que brotó en el año 2000 escandalizando a buena parte del país, está ahora diseminada por todo el territorio nacional: la riegan diariamente con sus mentiras, sonrisas cínicas y visitas a centros de menores, campos de tiro y al Parlamento la señora Monasterio y los señores Abascal y Ortega Smith. Pero no solo. También medios de comunicación que durante años han pagado a tertulianos dedicados a hacer apología del odio, divulgar bulos y prejuicios, y crear así la agenda política y el estiércol ideológico sobre el que luego se ha enraizado parte de la derecha y la extrema derecha españolas.[27]

Estos últimos veinte años no se han dado pogromos tan graves como los de El Ejido, pero sí ha habido episodios similares contra población migrante. Recientemente, contra los menores migrantes no acompañados (a los que se estigmatiza con las siglas MENA). En diciembre de 2019, tras varias protestas contra el centro del barrio de Hortaleza (Madrid) en el que residían varios de estos jóvenes, alguien colocó un artefacto explosivo en la puerta. En Castelldefels (Barcelona), un grupo de encapuchados atacó el centro de menores en marzo de 2019 aprovechando las protestas vecinales contra la inseguridad.

Como siempre, los grupos de extrema derecha relacionan la inseguridad con las personas migrantes, no con la precariedad ni con la falta de políticas públicas que solucionen o mitiguen los problemas de la ciudadanía. Esta historia se repite en todo el planeta y poco pueden hacer por evitarlo los colectivos antirracistas y antifascistas con los medios a su alcance. Estos colectivos, junto a los de los barrios, intentan tejer alianzas y reforzar la solidaridad allí donde la administración pasa de puntillas y los medios de comunicación ponen el foco bajo el marco de la inseguridad. La atención desmedida que prestan los medios cuando ocurre algún suceso, que siempre enmarcan cualquier conflicto en el tema de la seguridad e ignoran los problemas sociales, el marco legal y las causas estructurales —con claros responsables—, proporciona el abono perfecto para el discurso del odio, la semilla de la que nace y crece la ultraderecha. De nuevo es Patricia Simón quien lo resume:

Quienes se lucran gracias a la transmisión del virus del odio saben que no hay conductor mejor que las masas. La democracia consiste, por el contrario, en construir sociedades comunitarias que reconozcan a cada individuo en su dimensión única e irrepetible. El Ejido debe permanecer indeleble en nuestra memoria histórica: un aviso de lo que ocurre cuando las leyes excluyen a una parte de las personas de su condición ciudadana, cuando se normalizan las castas sociales, cuando, en definitiva, institucionalmente se sientan las bases de un apartheid. Luego, que nadie se eche las manos a la cabeza cuando el control lo tomen las turbas.

---

[24] Disponible en https://elpais.com/diario/1999/07/18/espana/932248815_850215.html.

[25] Disponible en https://www.vilaweb.cat/noticia/1108991/19990717/varela-fleta-dos-autocars-nazis-terrassa.html.

[26] Disponible en https://www.lamarea.com/2020/02/08/el-ejido-ano-2000-disturbios-inmigracion/.

[27] Disponible en https://www.lamarea.com/2020/02/08/el-ejido-ano-2000-disturbios-inmigracion/.

26

Barcelona:

Doce de Octubre de 1999

Durante los años noventa, los movimientos sociales de izquierda habían articulado ya una potente y extensa red antifascista en prácticamente todo el Estado español. Más allá de los colectivos y las coordinadoras que trabajaban exclusivamente en la investigación de los grupos fascistas y la propaganda contra estos, se estableció una especie de protocolo de actuación cada vez que los grupos de extrema derecha organizaban un acto.

Un punto de inflexión fue la manifestación del Doce de Octubre en Barcelona el año 1999. Desde los años ochenta, la extrema derecha se paseaba por el barrio de Sants para celebrar el Día de la Hispanidad y siempre había protestas de diferentes colectivos. Algunas veces, como he explicado en otro capítulo, se producían enfrentamientos entre miembros de la extrema derecha y militantes de colectivos de izquierdas e independentistas. A partir de 1998, la Plataforma Antifeixista y varios colectivos del barrio exigieron a las autoridades que atendieran las denuncias de agresiones que se sucedían alrededor de la convocatoria del Doce de Octubre en Barcelona, que se había convertido en un punto de encuentro anual para los grupos de extrema derecha de todo el Estado español.

En 1999, varias agresiones neonazis encendieron los ánimos unos días antes del acto de extrema derecha en el barrio de Sants —convocado por la Alianza por la Unidad Nacional (AuN) de Ynestrillas—. En la localidad catalana de Mollerusa, detuvieron a ocho neonazis que habían herido a cinco personas. En el barrio de la Sagrada Familia (Barcelona), otros ultraderechistas apuñalaron unos días antes a una persona migrante. Esos mismos días, varios neonazis atacaron el

Centro Social Okupado La Kadena, en Esplugues de Llobregat. La noche anterior al Doce de Octubre, dos jóvenes fueron víctimas de una cacería nazi en el mismo lugar en el que horas después iba a realizarse el acto ultraderechista.

En 2019, veinte años después de aquellos acontecimientos, el digital catalán Crític publicó un especial sobre la protesta que marcaría un punto de inflexión en el antifascismo barcelonés.[28] A partir de lo que explicaba el antropólogo Manuel Delgado, recordaba los antecedentes que habían rodeado esa efeméride desde el año 1991. Fue entonces cuando se empezó a organizar una respuesta a la cada vez más habitual violencia de la extrema derecha. Crític lo explicaba así:

A partir de entonces, jóvenes del barrio de Sants agrupados alrededor del colectivo La Mandrágora comenzaron a pedir la ilegalización del acto fascista. La periodista y activista feminista Joana García Grenzner formaba parte de este colectivo y recuerda bien el proceso de pedir firmas a todas las entidades del barrio para conseguir que el pleno del distrito se pronunciara a favor de impedir el acto fascista. En 1994, ante el silencio de la Delegación del Gobierno español —entonces todavía en manos del PSOE, porque en el Gobierno del Estado estaba Felipe González—, se empezó a organizar un festival antifascista y antirracista en el centro cívico de las Cotxeres de Sants, a solo ochocientos metros de la plaza de los Países Catalanes —donde se celebraba el acto fascista—. «No nos lo pusieron fácil —recuerda Grenzner—: a la chica que fue a pedir el permiso, la acorralaron en la comisaría de Vía Laietana para meterle miedo. Realmente nos temíamos un ataque fascista a gran escala y habíamos preparado nuestro propio servicio de autoprotección. Hay que pensar que los organizadores éramos todos muy jóvenes». El año anterior, Guillem Agulló había sido asesinado en València y las agresiones fascistas eran habituales en Barcelona. Se respiraba un ambiente de tensión.

Aquel año de 1999 los antifascistas se organizaron definitivamente para enfrentarse físicamente a los fascistas, vista la pasividad de las autoridades y la impunidad en la que quedaban sus agresiones. El

movimiento okupa era entonces muy potente. Los enfrentamientos con la policía se habían sucedido tras el desalojo del Cine Princesa en 1996, que terminó con cuarenta y ocho detenidos y quince heridos. Gran parte del movimiento antifascista de Barcelona, como ocurría en València, Madrid, Zaragoza y otras ciudades, tenía mucha relación con el movimiento okupa. Este se había forjado también bajo una constante y contundente represión, acompañada siempre de la criminalización a la que lo sometían los medios de comunicación. Estaban acostumbrados a la calle y a la crónica posterior. Además, los centros sociales también eran blanco de los ataques neonazis.

Se juntaron cerca de dos mil personas para dirigirse a la plaza donde Ynestrillas calentaba a los suyos. «¡España para los españoles! Salid a la calle a ganar lo que es vuestro y recuperad el espíritu de los hombres valientes de la época del caudillo», arengaba Ynestrillas desde el escenario, según explicaba la revista Illacrua.[29] Los antifascistas avanzaron hacia la línea policial que protegía a los fascistas, formada por cerca de cincuenta furgonetas de antidisturbios. Los agentes cargaron contra los antifascistas y así comenzó una algarada por todo el barrio que duraría cerca de dos horas y terminó con numerosas entidades bancarias y oficinas de empresas de trabajo temporal (ETT) destrozadas, varios heridos y veintiséis detenidos. Catorce de ellos ingresaron inmediatamente en prisión.

Joan Canela entrevistó para el artículo de Crític a un miembro de la Plataforma Antifeixista que vivió aquella manifestación.

Nunca nos asustó enfrentarnos a la policía. Sabíamos que podíamos resultar golpeados, heridos por una bala de goma o detenidos, pero formaba parte de la lucha y era una situación que se repetía con frecuencia. Era mucho más urgente mostrar la existencia del fascismo y su colaboración con la policía.

Según explicó el antifascista, esta vez decidieron «ir preparados» para protegerse de las cargas policiales. Esto, sumado a la gran asistencia, explica que las barricadas y la confrontación durasen más de dos horas.

Crític entrevistó también a la fotoperiodista Mireia Comas, que entonces trabajaba para varios medios generalistas.

Lo viví con mucha intensidad; eran momentos muy duros. Además, cuando había operaciones policiales contra los movimientos sociales, nos sentíamos solos y todos los medios de comunicación criminalizaban las protestas. Recuerdo mucho la sensación de estar aislados y que nuestro discurso no podía traspasar las fronteras del movimiento. Había manis en las que prácticamente solo estaba yo haciendo fotos; eso no les gustaba, porque documentaba la violencia policial. Empezaron a ir por mí: me paraban, me llamaban por mi nombre, los secretas me vacilaban.

Mireia había sido detenida anteriormente en dos ocasiones. Una de ellas bajo la ley antiterrorista, acusada de formar parte de un grupo inexistente, Acció Radical Catalana. Quedó en libertad al día siguiente. La otra vez fue en una protesta antifascista en Sabadell, un año antes de la manifestación del Doce de Octubre en Sants. Así lo recuerda la fotógrafa en Crític:

Me llevaron a comisaría y me golpearon entre ocho antidisturbios. La denuncia por malos tratos llegó a la Audiencia de Barcelona.

Catorce de los detenidos ingresaron directamente en prisión preventiva. Dos de ellos eran menores de edad. La jueza Remei Bona consideró que la alarma social y la posible pertenencia a asociación ilícita justificaban esta insólita decisión. Cuenta Joan Canela en Crític que uno de los detenidos que se libró de la prisión preventiva fue el hijo de Albert Batlle, entonces concejal de Deportes por el PSC. Faltaban cinco días para las elecciones autonómicas catalanas y todos los medios repetían constantemente las imágenes de los disturbios, que también entraron en campaña electoral. Los incidentes se compararon con lo que entonces se llamaba kale borroka, la lucha callejera que jóvenes del entorno de la izquierda abertzale

protagonizaron durante años en Euskal Herria. Algunos políticos y periodistas incluso llegaron a afirmar que los antifascistas habían sido entrenados por Jarrai, la organización juvenil abertzale a la que se atribuía la autoría de cualquier incidente.

El conflicto vasco fue uno de los comodines que usaban los medios de comunicación y varios políticos para estigmatizar todos los movimientos sociales de izquierdas. Cualquier disturbio lo relacionaban directamente con Jarrai, a veces simbólicamente y otras directamente, sugiriendo su presencia. Como si esta organización tuviera franquicias por todo el Estado y fueran los vascos quienes enseñaran al resto como había que combatir en las calles…

La indignación ante el encarcelamiento de estos catorce jóvenes provocó una ola de solidaridad enorme. Las redes antifascistas tejidas con anterioridad se pusieron en funcionamiento y movilizaron a muchísima gente y a infinidad de colectivos, que organizaron todo tipo de actividades para visibilizar el caso y contrarrestar el relato oficial. Incluso se movilizaron estudiantes de Periodismo para denunciar el tratamiento mediático. Una de ellas fue Amaya Ruiz, que fue entrevistada en 2019 por Crític.

Elaboramos un informe extenso de toda la cobertura, con las violaciones del código deontológico, que hicimos llegar al Consejo de la Información de Catalunya avalado por prácticamente todos los profesores de la facultad. En cierto modo, esa gente había sido encarcelada por los medios y como futura periodista sentía que había que hacer algo.

Pasadas las elecciones y con la revalidación de Jordi Pujol como presidente de la Generalitat, el caso dio un giro. La juez retiró la acusación de asociación ilícita y liberó a los prisioneros tras diez días en régimen preventivo. Al día siguiente se había convocado una manifestación en favor de los presos que se preveía multitudinaria y que, a pesar de su liberación, reunió cerca de siete mil personas. El juicio se celebró cinco años después (en 2004) y se resolvió con penas inferiores a los dos años, por lo que ninguno de los detenidos ingresó

en prisión.

La importancia de este caso va mucho más allá de los incidentes en sí mismos o de la campaña de solidaridad que vino después con los detenidos. A partir de aquel año, la Delegación del Gobierno decidió prohibir la convocatoria de la extrema derecha en el barrio de Sants y la trasladó a Montjuïc, lejos de la ciudad y con el acceso mucho más controlable. Aunque en el seno de los colectivos sociales que se movilizaron a favor de los detenidos hubo un intenso debate sobre la violencia, la prioridad era rescatar a los encarcelados y denunciar la desproporción de las acusaciones y las medidas adoptadas por aquella jueza. Pero conseguir el cambio de ubicación del acto fascista a partir de entonces y la enorme movilización solidaria que se articuló en tan solo diez días supuso una victoria sin precedentes.

---

[28] Véase https://www.elcritic.cat/reportatges/vint-anys-del-12-o-de-1999-que-enpodem-aprendre-36791.

[29] Véase https://directa.cat/12-doctubre-de-1999-a-sants-res-a-celebrar/.

27

Okupas, anarquistas, operaciones policiales y neonazis

«Si ellos son tu puto agobio,

tú serás su jodida pesadilla».

SPEERETH, Antisocial, 1996

En València, el movimiento antifascista, que tuvo su auge los años posteriores al asesinato de Guillem Agulló, vivió un parón organizativo a partir del desalojo del Kasal Popular en 1996. Más allá de las convocatorias puntuales que se articulaban como respuesta a algún acto de la extrema derecha o de los casuales encontronazos de jóvenes de izquierdas con grupos neonazis, no existió una plataforma duradera que aglutinase a varios colectivos y estuviese centrada únicamente en el antifascismo. Eso si, el SHARP creció notablemente aquellos años y aglutinó a gran parte de los jóvenes antifascistas de la época, igual que el movimiento okupa y la izquierda independentista del entorno de Maulets. Todos estos, junto a miembros de otros colectivos y movimientos sociales, coincidían siempre que sonaba la corneta ante una movilización o una acción de respuesta. Se creaban asambleas antifascistas puntuales cuando había actos concretos, como un mitin de AuN en 1999, o campañas contra las agresiones fascistas, como la que sufrieron varios jóvenes en Xàtiva durante la Nochevieja de 1997.

Aquella noche, unos veinticinco neonazis vinculados a la sección Fan Club de los Ultra Yomus asaltaron un local donde jóvenes independentistas y de izquierdas celebraban el Año Nuevo. No era el primer ataque fascista que se denunciaba en la ciudad. El mismo año, dos meses antes, un grupo de neonazis trató de reventar un acto de conmemoración del Nueve de Octubre y provocó diversos incidentes que se saldaron con la detención de varios de los agresores. Los antifascistas de Xàtiva, ante el incremento de la actividad de los neonazis en la comarca, crearon la Assemblea 8 d'Octubre y tuvieron un grupo bastante activo en Xàtiva, Canals, l'Olleria y otras localidades durante varios años.

Los asaltantes de Nochevieja fueron absueltos por la Audiencia de València en octubre del año 2000, al «no quedar acreditado, por falta de pruebas, qué personas en concreto fueron las causantes y autoras» de las lesiones denunciadas. Entre estas lesiones, varios puntos de sutura a un joven en la cabeza. Un año antes de la sentencia, en agosto de 1999, otro joven fue agredido en la localidad de la Llosa de Ranes con un puño americano. La violencia neonazi en la zona hizo saltar todas las alarmas y fue el motivo de que los jóvenes de la comarca formaran un colectivo antifascista que se mantendría bastantes años estable.

En València ciudad, el movimiento okupa protagonizó la mayoría del activismo de finales de los noventa y principios del nuevo siglo. La potencia de este movimiento puso en jaque al Ayuntamiento de Rita Barberá y centró todas las miradas de la Brigada de Información de la policía y de los medios de comunicación. El conflicto urbanístico en el barrio marinero del Cabanyal fue el epicentro de las luchas sociales de los primeros años del siglo XXI. Se multiplicaron las okupaciones y las reivindicaciones contra la especulación urbanística, que se replicarían también en La Punta, la zona contigua al puerto, cuya ampliación amenazaba las barracas centenarias y las huertas milenarias, donde vivían mayoritariamente personas mayores y trabajadores del campo que llevaban generaciones allí. La Zona de Actividades Logísticas (ZAL) del puerto se iba a comer un buen trozo de paraje natural, con la expulsión de sus vecinos incluida. El Cabanyal y La Punta fueron los puntos calientes en los que tanto el movimiento okupa como el ecologista, los principales movimientos sociales de la época, centraron su actividad.

La extrema derecha mantenía un perfil bajo a nivel público. Había actos puntuales y agresiones protagonizadas por algunos individuos, sobre todo vinculados a los ultras del fútbol y los grupos anticatalanistas de la época, muy activos y violentos desde la transición. Sin embargo, después de la desarticulación de Acción Radical, destacó un activismo neonazi que, aunque más discreto, daba un paso más cometiendo atentados contra sedes políticas.

El 4 de marzo de 2000, la policía arrestó a trece neonazis en València, Llombai y Xàtiva, acusados de incendiar las sedes del PSOE en Manises, del PP en Alboraia y de EUPV en Xirivella, tres localidades de la comarca de L'Horta, en los alrededores de la ciudad de València. Los autores del atentado reivindicaron la acción colgando pasquines de un grupo neonazi llamado Hermandad Nacional-Socialista Armagedón. Faltaban ocho días para las elecciones generales y este grupo neonazi entró en campaña llamando a la abstención. En el número 9 de su boletín Resistencia, correspondiente al mes de junio de 1999, ya manifestaban abiertamente su odio y oposición a la democracia ante las elecciones europeas del 13 de junio y advertían: «Sea como fuere, lo seguro es que nos veremos en las calles las próximas elecciones, en siete meses».

Como es habitual en los grupúsculos más fanatizados y puristas, rechazaban incluso las llamaadas «fuerzas nacionales», es decir, los partidos que conformaban la atomizada extrema derecha española, a menudo también enfrentadas entre sí, a las que acusaban de estar impregnadas de «nacional-catolicismo» por el«cínico tufillo moralista que se desprende de su discurso político, que invita antes a la oración resignada más que a la acción resuelta, lo cual ya da pistas de su capacidad». En su boletín de septiembre de 1999 —donde se encuentra este texto, titulado «Fuerzas nacionales… ¡Puro folclore!»— arremetían concretamente contra DN, a la que tildaban de «ultraderecha renovada», y AuN, a la que llamaron «ultraderecha» sin más, «ambas astillas del mismo palo podrido».

De AuN, el proyecto de Ricardo Sáez de Ynestrillas, decían que «fe y ganas de trabajar» no le faltaban, pero lo acusaban de falta de honestidad y de representar «valores auténticos».

Lo esporádico de sus acciones y su pobre discurso político, asentado todo ello en una organización que atiende a un liderato personal más que discutible, convierten sus reivindicaciones en un ejercicio de falta de programa político, lo cual no convence a nadie.

Precisamente ese mismo año, varios miembros de AuN habían sido detenidos en Madrid acusados de preparar un atentado contra un autobús de familiares de presos vascos relacionados con Ekin, considerado parte del entramado político de ETA.

Detenidos cuatro ultras que preparaban

un atentado contra familiares de etarras

La policía encontró en los domicilios de los arrestados numerosas armas y material para fabricar explosivos. Efectivos policiales detuvieron en la madrugada del pasado sábado en Madrid a cuatro miembros de la ultraderechista Alianza por Unidad Nacional (AUN) cuando, supuestamente, planeaban un ataque contra los familiares de los veinte apresados en la operación Lobo Negro contra Ekin, el entramado político de ETA. Estos familiares seguían en la capital de España a los arrestados que declaraban ante Garzón. La policía halló también todo un arsenal en los domicilios de los detenidos y en locales de la AUN.

La operación policial que desembocó en las detenciones y en el hallazgo de los arsenales se desencadenó en las inmediaciones de la plaza de Castilla, a raíz del apedreamiento, a las 2.30 horas de la madrugada del sábado, del autobús en el que viajaron el pasado viernes a Madrid los familiares y allegados de los veinte detenidos en la operación policial en el País Vasco y Navarra contra Ekin, la organización que supuestamente dirige el aparato político de ETA. La policía localizó a varios individuos que, «en actitud vigilante», sacaban bolsas del interior de un vehículo. Íñigo Pérez, de cuarenta y tres años, fue detenido en el lugar, y poco después lo fueron también el abogado Pedro Pablo Peña Muñoz, de cuarenta y ocho años; Emilio Vergara

Álvarez, de veintidós, y Javier Ocho Escobar, de veinticinco.

Después de comprobar que todos los arrestados eran miembros de la ultraderechista Alianza para la Unidad Nacional, partido que dirige Ricardo Sáenz de Ynestrillas, los efectivos policiales reclamaron autorización judicial para efectuar registros en los domicilios de los detenidos y en la sede de la formación. Allí se incautó, entre otros objetos, de escopetas, pistolas, rifles, navajas, trece porras, 37 mangos de madera, 260 cartuchos y material para fabricar explosivos. El juez encarceló ayer a uno de ellos e imputó a los cuatro sendos delitos de tenencia de explosivos, armas de fuego y armas prohibidas. El proceso se seguirá en los tribunales de justicia ordinaria.[30]

Armagedón no fue mucho más benevolente con Democracia Nacional en su fanzine:

Hoy en día, DN no pueden ser más que las siglas de Decadencia Nacionalista del espíritu patriótico que en el pasado caracterizó al pueblo español.

Y deseaba que fracasaran en las elecciones:

Solo queda esperar ver cómo esta caterva de políticos profesionales, que solo buscan su puesto dentro de la clase política de chupópteros, se hunden en su propia miseria, castigo ejemplar para aquellos que, olvidando los valores auténticos, pretenden vivir a costa de su prostitución.

Acusaban a DN de esconderse tras discursos cobardes y la falta de acción. Por eso, Armagedón quiso ser esa vanguardia revolucionaria que no renunciaba a sus principios y que pasaba a la acción con todas sus consecuencias.

Durante los registros, la Policía Nacional se incautó de bates de béisbol, machetes, porras, nunchacos, una pistola simulada, estrellas «ninja» y puños americanos, además de abundante propaganda y parafernalia nazi.

El diario Levante-EMV explicaba:

La clave de la inmediata detención de los componentes de Armagedón ha sido los antecedentes penales y policiales que tienen la mayoría de ellos. En realidad, casi todos figuraban en los archivos de la policía por haber participado en peleas callejeras, enfrentamientos en campos de fútbol o delitos de mayor entidad como apuñalamientos en la calle.

Uno de los detenidos en Xàtiva, además, estaba relacionado con varias agresiones a jóvenes de izquierdas de la ciudad.

El juez dejó en libertad sin fianza a los trece detenidos a los dos días de ser arrestados. A pesar del informe policial que vinculaba a los detenidos con Armagedón, la organización nazi que había reivindicado el incendio de las sedes, el magistrado consideró que no había pruebas para relacionarlos con aquellos hechos. Según el juez, tampoco existía riesgo de fuga. Ese mismo día, en la misma página del diario Levante-EMV que recogía la puesta en libertad de estos neonazis, figuraba otra información sobre la detención de otros tres, también de la comarca de La Costera, acusados de herir con un machete a varios jóvenes en la localidad de Canals. Uno de los detenidos tenía ya varias condenas por agresiones, sobre todo contra militantes de izquierdas e independentistas de la comarca. Un mes después, el Tribunal Supremo condenó por delitos de lesiones graves con instrumento peligroso a cuatro neonazis que, una noche de enero de 1994, habían propinado una brutal paliza a dos jóvenes que se tropezaron con ellos. Uno de los imputados por el caso Armagedón se encontraba entre los condenados. También otro joven que cinco años después sería de nuevo detenido en la conocida como Operación Panzer.

José Luis Roberto lideraba el espectro ultraderechista en València desde hacía años y trataba de consolidar el proyecto España 2000 en

València y más allá; era esta la formación más activa durante aquellos tiempos. Habían pasado cinco años desde el desfile falangista en Russafa de 1997 con su anterior aventura política, la Falange Española-Frente Nacional Sindicalista. En 2002 lo volvería a intentar, pero con la marca propia de España 2000, fundada recientemente.

La Delegación del Gobierno, del PP, autorizó la manifestación que reclamaba «limpiar Russafa» de inmigración. La policía volvió a tomar el barrio, pero esta vez las múltiples asociaciones vecinales cambiaron de estrategia y convocaron en cada esquina con cacerolas y pancartas para mostrar su rechazo a los fascistas.

Vecinos de Russafa que observaron los incidentes desde sus casas aseguraron a Levante-EMV que la policía se mostraba impasible cuando un grupo de cabezas rapadas atacó un local regentado por inmigrantes y apalizaba a una persona. Tuvimos que ser los vecinos los que reclamamos a gritos a la policía que actuara, porque si no se limitaban a custodiar la marcha.

Los ultraderechistas desfilaron «con una estructura paramilitar», según el diario El Mundo, al grito de «¡Negros no, España no es un zoo!», haciendo el saludo nazi y gritando Sieg Heil. La policía, sin embargo, cargó contra un grupo de vecinos que aguardaba en una de las calles adyacentes al recorrido de la marcha. Los disturbios se extendieron rápidamente por el barrio, las barricadas cortaron varias calles, la policía disparó balas de goma y un coche patrulla resultó destrozado. La jornada se saldó con veintitrés antifascistas detenidos. Al mismo tiempo que se producían los enfrentamientos, un grupo de neonazis se desplazó al barrio del Carmen e, imaginando que no estarían los rojos que suelen andar por allí, asaltaron el bar Oasis de la calle Roters, agredieron a varios de los clientes y, posteriormente, a tres jóvenes que se cruzaron con ellos, dejando herida a una chica a la que, además, robaron el teléfono.

La reacción a la provocación racista y a la actitud de la policía fue unánime. La Assemblea Antifeixista, que se había reactivado para la ocasión, responsabilizó a la Delegación del Gobierno de los incidentes,

y la acusó de ser «consciente del grado de conflictividad social que la manifestación fascista podía tener en este barrio mestizo, fomentando por pasiva los incidentes, y por activa, al ordenar a la policía atacar impunemente a contramanifestantes, viandantes y fotógrafos». Incluso el PSPV-PSOE, entonces en la oposición, culpó de los incidentes al PP por haber autorizado la marcha racista. El portavoz del grupo socialista, Andrés Perelló, aseguró que lo sucedido «demuestra el talante real del PP», al que acusó de tener «voluntad política de dar el mismo trato a los que defienden la democracia que a quienes quieren acabar con ella». Perelló señaló a los medios que «la autorización de la manifestación que llevaba el lema "Russafa limpia" no es solo injusta, sino que es indecente. El PP coloca a víctimas y verdugos en el mismo plano». Asimismo, afirmó que la delegada del Gobierno «dio la orden de que zurrara bien a los que tienen el coraje en un momento de anestesia social propiciada por el PP de salir a la calle a defender los valores de la multiculturalidad, de tolerancia y convivencia frente a quienes proclaman gritos de "¡viva Hitler!" y "¡moros fuera!"».

Eran años de constante agitación en la calle y los movimientos sociales, sobre todo el movimiento okupa, estaban constantemente en el punto de mira de las autoridades. La obsesión de las autoridades con el movimiento okupa era obvia. El desalojo del Kasal Popular años atrás no acabó con el movimiento, ni mucho menos, pues se esparciría por otros barrios y serviría de barrera contra los planes urbanísticos del PP en una etapa en la que la corrupción y la orgía especulativa campaban a sus anchas.

En 1999 tuvo lugar uno de los episodios más graves de represión contra el movimiento okupa en València. Decenas de jóvenes tomaron el Teatro Princesa y ese mismo día fueron desalojados.[31] El asalto de la policía terminó con la muerte de uno de los activistas y cincuenta y dos personas detenidas. José Luis Enguídanos, de treinta y dos años, que participaba en la acción reivindicativa, se precipitó al vacío cuando intentaba esquivar las balas de goma y huía de los gases lacrimógenos que la policía lanzaba contra los jóvenes atrincherados en el edificio abandonado. Sus compañeros, cuando vieron a su compañero herido, salieron voluntariamente y pidieron auxilio. La policía los golpeó brutalmente conforme iban saliendo, los subió a los furgones policiales y se los llevó a los calabozos mientras Enguídanos permanecía tendido en el suelo inconsciente, a la espera de una ambulancia. Falleció al día siguiente en el hospital.

En octubre de 2002, la policía había detenido a cuatro anarquistas acusados de atacar una inmobiliaria como protesta por el desalojo de un centro social en el barrio del Cabanyal, en un contexto de plena batalla contra la ampliación de una avenida que derribaría parte del histórico barrio marinero, a pesar de la oposición de la mayoría de los vecinos. Los cuatro detenidos ingresaron en el acto en prisión acusados de terrorismo, al contrario que los neonazis de Armagedón, que habían sido puestos en libertad inmediatamente a pesar de que la organización a la que supuestamente pertenecían había reivindicado los atentados contra las sedes políticas. El Juzgado de Instrucción número 2 de València dictó prisión provisional sin fianza para los cuatro okupas detenidos y se inhibió en favor del Juzgado Central de la Audiencia Nacional para que fuesen juzgados por terrorismo.

A la campaña por la libertad de los cincuenta y dos detenidos en el desalojo del Teatro Princesa se sumaron dos años después la de los veintitrés antifascistas de Russafa y la de los cuatro okupas del Cabanyal, a quienes querían acusar de terrorismo. Con casi un centenar de activistas a la espera de juicio y varios de ellos en prisión, los movimientos sociales de entonces dedicaron la mayor parte de sus esfuerzos a denunciar la persecución que sufrían y a apoyar a los encausados. Como siempre, las campañas represivas, la criminalización en los medios y la contundencia de los cargos contra los activistas desmovilizaron a una parte considerable de los simpatizantes del movimiento.

El periodista y profesor universitario valenciano Alfons Cervera publicó en el diario Levante-EMV un artículo en el que criticaba la contundencia contra los okupas, justo cuando Juan Cotino había sido nombrado delegado del Gobierno tras abandonar su cargo de director general de la Policía.

El otro día hubo una manifestación fascista tranquilamente consentida por las autoridades y después hubo también otra manifestación para protestar contra la de los fachas. Ahí empezó todo el lío y hoy hay en

la cárcel cuatro detenidos acusados de terrorismo. Son jóvenes anarquistas y la justicia dice que rompieron unas tiendas, que lesionaron a alguien, que pertenecen a una asociación ilícita simpatizante de ETA, que tenían libros prohibidos en sus casas, que son okupas y estaban en la casa de la calle de la Reina cuando la policía la desalojó de malas maneras hace unos días. Todo eso dicen de los cuatro detenidos. Ellos, hasta el momento, no han podido decir nada. Sus abogados y sus familias aseguran que están en la indefensión más absoluta, al menos hasta el instante mismo en que escribo estas líneas.

[…] Agarran rápido a cuatro jóvenes que se mueven en los ambientes tildados por el lenguaje oficial de radicales, les registran la casa, sacan en las fotos cuatro fanzines y un par de objetos raros, les ponen las esposas, los presentan como el enemigo público número uno, los meten en el tinglado de ETA y la kale borroka y éxito asegurado.

[…] Algunas de las acusaciones me han hecho gracia, una gracia rabiosa, claro. De nuevo criminalizan al movimiento okupa, olvidando que ese movimiento pone de relieve la extorsión inmobiliaria a que esta ciudad se ha visto sometida en los últimos tiempos. Las casas se abandonan para que vengan los especuladores y levanten allí sus trapicheos con el suelo. Mientras tanto, la policía y algunos jueces persiguen con saña enfermiza a quienes se meten en esas casas para vivir allí y denunciar de paso esa barrabasada consentida y, si mucho me apuran, promovida por nuestros gobernantes.[32]

Los okupas pasaron un tiempo en prisión en régimen FIES. El juez pretendía que la Audiencia Nacional los juzgara por terrorismo, algo que esta finalmente rechazó. De este modo, fueron puestos en libertad hasta que se celebrara el juicio. Cuando, años después, finalmente fueron juzgados y resultaron absueltos. Uno de los que habían pasado un tiempo en prisión ni siquiera llegó al juicio, pues el fiscal retiró la acusación. Solo uno fue condenado levemente por daños y desórdenes públicos. Los neonazis de Armagedón, por su parte, fueron todos absueltos en 2005.

Por otra parte, otros dos jóvenes anarquistas fueron detenidos en 2003.[33] Se les acusaba de enviar una carta-bomba al líder del

partido España 2000, la cual explotó en una sede de Correos y causó heridas a un trabajador. La principal acusada reconoció los hechos, por los que se enfrentaba a una petición de pena de 132 años de prisión por nueve tentativas de asesinato, un delito de estragos y tres de daños. Aunque no pertenecía a ningún colectivo y actuaba por cuenta propia, esto sirvió para aumentar, aún más, las sospechas y la presión que soportaban los movimientos libertarios de la época. Estos no sabían cómo gestionar una situación, creada por una decisión individual y que suponía un mazazo para la campaña contra la criminalización que estaba en marcha ante las decenas de detenidos y la ofensiva mediática, policial y judicial contra los movimientos sociales. Las críticas y los debates internos se multiplicaron y quienes tenían juicios pendientes por su activismo vieron esta acción como un auténtico disparate que contribuiría a su estigmatización y a afianzar el relato institucional que pretendía asociar al movimiento anarquista con el terrorismo. La persona responsable del envío de la carta bomba declararía seis años después ante la Audiencia Nacional que todo se debía a «la vida loca» que llevaba, sin familia, trabajo ni domicilio estable, desvinculada ya de toda ideología política y militancia. Finalmente, en diciembre de 2009 fue condenada a cuatro años de prisión.[34] Nada más se supo de ella.

El descenso en la actividad de los movimientos sociales valencianos fue proporcional al nivel de represión por parte de las autoridades y la creciente criminalización en los medios de comunicación. La dedicación a las campañas por los encausados en todos estos procesos a menudo eclipsaba otras actividades. Esto se ha repetido a lo largo de la historia en varias ciudades. Las detenciones de activistas y las campañas mediáticas de criminalización disuaden a algunos y desvían las actividades de quienes permanecen a temas antirrepresivos, con lo que disminuye su activismo en otros frentes.

Los numerosos episodios represivos contra los movimientos sociales de izquierdas, que también nutren de militancia e infraestructuras al antifascismo, muestran una realidad que ha condicionado constantemente su actividad. Las autoridades son conscientes de que un proceso judicial supone un gran desgaste, que es aún mayor cuando se le añade una campaña de criminalización por parte de los medios de comunicación. Esto no solo afecta al entorno político de los activistas, sino también al personal y familiar. Dicha presión muchas veces condiciona no solo la actividad de estos colectivos, sino la

propia implicación de los activistas, algunos de los cuales, por diferentes motivos, se enfrentan a situaciones en las que lo político y lo personal no siempre van de la mano. El entorno y su relación con las personas siempre influyen en la forma de afrontar estos procesos, por eso siempre fue importante una estrategia de defensa jurídica y política que también cuidase al individuo, que atendiese a su realidad y constantemente tuviese en cuenta las circunstancias personales, los miedos, las necesidades, los deseos y las capacidades de cada uno. Cuando el entorno es fuerte y la situación se aborda con empatía, el consenso en la estrategia suele funcionar. Cuando cada cual busca su propio provecho en la situación, las discrepancias terminan desgastando a los activistas, ahuyentando a otros y causando un daño irreparable al mismo movimiento.

De esto precisamente se aprovecharán a menudo las autoridades. Las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado también conocen las circunstancias personales de los activistas: sus problemas familiares, laborales y personales; cómo se relacionan con sus entornos; sus puntos débiles. De modo que más de una vez han intentado utilizar todo esto para ofrecer algún tipo de trato beneficioso a quienes colaborasen con ellos aportando información. Esto es, han buscado confidentes. Pocas veces trascienden los tratos de estas personas con las autoridades y mucho menos los motivos. Cuando el entorno es fuerte, empático y está bien concienciado, a las autoridades les es mucho más difícil contar con este tipo de colaboraciones. Cuando la persona encausada no encuentra protección ni comprensión en su entorno, cuando se ve envuelta en un proceso de estas características sin haber participado o a causa de una decisión personal que no forma parte de ninguna estrategia consensuada, es mucho más fácil que intente salvar el culo de cualquier manera.

El periódico Directa desveló años más tarde cómo funcionaba este chantaje. En abril de 2016, documentó cómo dos agentes de los servicios de información trataban de reclutar como confidente a un activista que había sido encausado en la llamada Operación Pandora, una de tantas causas judiciales contra supuestos grupos violentos anarquistas. En el 2014, Ignacio Cosidó, entonces director general de la Policía, manifestó que «el terrorismo anarquista se ha implantado en nuestro país» tras la explosión de un artefacto en la Basílica del Pilar de Zaragoza. Anunciaba lo que sucedería a los pocos meses: más de una treintena de detenidos y una campaña en los medios que

advertía sobre una supuesta trama terrorista anarquista que operaba en nuestro país bajo las siglas GAC: Grupos Anarquistas Coordinados. Varias de las personas detenidas ingresaron en prisión provisional.

Una persona contactó con Quim Gimeno, que era uno de los activistas encausados. En un primer momento se identificó como periodista, pero posteriormente reveló sus verdaderas intenciones. El joven activista se dirigió a un periodista de la Directa y le explicó lo que estaba pasando. Tras varios meses de investigación, los periodistas Jesús Rodríguez y Maties Lorente publicaron un reportaje con fotos y vídeos de uno de los encuentros de Gimeno con dos de los supuestos agentes.

Son las 11.30 del lunes 11 de abril de 2016. Sentadas en una mesa del Rabbar, tres personas conversan. Una de ellas es Quim Gimeno, un activista social y político barcelonés detenido el 28 de octubre de 2015 por los Mossos d'Esquadra y acusado de «pertenencia a organización criminal con fines terroristas» en el marco de la Operación Pandora, encabezada por la Audiencia Nacional (AN) española. Con él, se sientan otros dos hombres. Se presentan como D. S. G. —iniciales del nombre y los apellidos— y T. M. —solo por los apellidos—. Ambos aseguran que forman parte de «la seguridad del Estado». El objetivo del encuentro es claro: convencer a Gimeno de que provea información relativa a los movimientos sociales de Barcelona. A cambio recibirá «una contraprestación económica fija» y, dependiendo de las informaciones, «una especie de mejora económica», en palabras de la persona que se presenta como T. M. También habla de la posibilidad de contactar con la fiscalía para intermediar en el proceso abierto contra Gimeno: «Si nosotros en algún momento tuviéramos que hacer algo en relación con la fiscalía, no hay ningún problema. Me comprometo yo y, además, suele hacerse». Mientras conversan, un equipo de la Directa, con extrema discreción, observa lo que ocurre en la plaza y documenta gráficamente el encuentro.[35]

La Operación Pandora estuvo acompañada de otras dos causas contra grupos anarquistas: Piñata e Ice. En los tres casos se trataba de

encuadrar a varios activistas anarquistas en la supuesta trama terrorista, pero la propia Audiencia Nacional desmontaría estas acusaciones. No era la primera vez que las decisiones y acciones individuales de algunas personas comprometían a colectivos enteros y a personas totalmente ajenas. Las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado aprovechaban estos incidentes para armar un relato que permitiese actuar contra movimientos sociales, incluso con meras sospechas y sin demasiadas pruebas, como se demostró en este caso. Esto fue lo que explicó el periodista Marcos Pinheiro en elDiario.es en 2018:

Los tribunales descartaron su vinculación con el atentado de Zaragoza y han rechazado que estén vinculados con los detenidos en las distintas operaciones contra el anarquismo. «La vinculación que se lleva a cabo de estos grupos es absolutamente gratuita. […] No se ha acreditado la existencia de tales grupos (GAC) y mucho menos la pertenencia a los mismos del ahora recurrente». Sus actividades eran absolutamente legales y no tenía nada que ocultar, como lo demuestra el hecho de que conocía que eran objeto de investigación policial, dijo la Audiencia Nacional en uno de sus autos.[36]

En el mismo artículo, Marcos Pinheiro concluye:

La última en cerrarse ha sido la Operación Ice, en esta ocasión con una sentencia absolutoria. La Policía detuvo en noviembre de 2015 a seis activistas de Straight Edge a los que acusó de haber atentado contra entidades bancarias. Formaban, dijeron, un grupo terrorista anarquista vinculado, de nuevo, con el atentado de Zaragoza, y aseguraron que en su casa se habían encontrado artefactos explosivos. La investigación se desinfló rápidamente, pero eso no impidió que el principal acusado pasase dieciséis meses en prisión en el régimen más duro mientras los Tedax analizaban petardos y botes con azúcar y vinagre. Los presuntos terroristas llegaron al juicio con una única acusación por su actividad en redes sociales, de la que fueron finalmente absueltos. La fiscalía ha renunciado a presentar recurso

ante el Supremo y el caso ha muerto ahí.

---

[30] Disponible en https://www.lavozdegalicia.es/noticia/espana/2000/09/18/detenidos-cuatro-ultras-preparaban-atentado-contra-familiares-etarras/0003_202158.htm.

[31] Véase https://www.elmundo.es/elmundo/1999/octubre/17/sociedad/okupa.html.

[32] Disponible en https://www.uv.es/cerverab/detenidos.htm.

[33] Véase https://www.abc.es/espana/comunidad-valenciana/abci-policia-detieneotros-jovenes-anarquistas-valencia-relacionados-atentado-correos-200307090300193533_noticia.html.

[34] Véase https://www.elmundo.es/elmundo/2009/12/10/valencia/1260467935.html.

[35] Disponible en https://directa.cat/captaras-informacio-de-lentorn-dels-casalsdel-poble-sec/.

[36] Disponible en https://www.eldiario.es/politica/pandora-pinata-ice-operaciones-terrorismo_1_1968745.html.

28

Internet,

infiltrados y stalkers

La llegada y la progresiva normalización de Internet supuso un cambio considerable en la manera en que los movimientos sociales se empezaron a organizar. De los fanzines y los apartados de correos, se pasó al contacto personalizado e inmediato a través de foros y correos electrónicos —antes de que existieran las redes sociales— e incluso a las aplicaciones de mensajería instantánea en los teléfonos móviles.

Eran los años de lo que se conoció como protestas antiglobalización, que tuvieron lugar en Seattle en 1999, en Praga en 2000, y en Génova, Gotemburgo y Barcelona en 2001. Las imágenes de decenas de miles de manifestantes clamando que otro mundo era posible frente a las cumbres de los principales organismos internacionales del capitalismo estimularon cada vez más a los movimientos sociales de todo el planeta y también al antifascismo. Tuve ocasión de asistir junto a otros compañeros del periódico L'Avanç a la contracumbre de Praga, donde se reunían el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, dos de los principales símbolos del capitalismo. El año anterior, Seattle había acogido la cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) y las protestas de cerca de cincuenta mil personas, algo que llamó poderosamente la atención de los medios de comunicación, de quienes nos interesábamos por aquellos movimientos y, por supuesto, de aquellos contra quienes se dirigían las luchas.

La Direct Action Network, formada principalmente por colectivos autónomos vinculados al anarquismo, fue una de las impulsoras de toda la coordinación de las protestas y de las acciones que pusieron en jaque la cumbre de la OMC, para lo que jugó un papel importante

Internet. Hasta entonces, la Red no era tan popular como ahora y el acceso a ella no estaba al alcance de todos. Sin embargo, los movimientos sociales supieron desde el principio que se abría una ventana al mundo y que contaban con una nueva herramienta de comunicación y propaganda que se escapaba al control de las autoridades y que, además, era horizontal e inmediata. Destacó el papel de la red Indymedia, un foro de activistas y movimientos sociales que se expandió por todo el planeta y durante muchos años sirvió de altavoz y punto de encuentro de todos ellos. Esto, sin duda, nos llamó mucho la atención a quienes empezábamos a ejercer el periodismo y queríamos ofrecer otro tipo de información, comprometida y más pendiente de los movimientos sociales que de la alta política. Era lo que entonces llamábamos «contrainformación» o «información antagonista», que fue la evolución de los boletines, fanzines y otras herramientas de comunicación de diferentes colectivos e iniciativas.

El escaso control que entonces había sobre la Red fue útil para todos. Los movimientos alternativos supieron utilizar desde el principio esta herramienta para contactar y coordinarse, y llegaron a cotas de movilización masivas —como las cumbres antiglobalización citadas—. Internet jugó un papel clave no solo como herramienta de contacto y organización, sino para difundir la versión propia de los hechos sin depender de los relatos de los medios de comunicación. Los medios podían contar lo que quisieran, pero existían webs y foros en los que encontrabas fotos y vídeos de lo sucedido casi al instante.

La extrema derecha, por su parte, también rentabilizó esta nueva herramienta, aunque no contaba con esa capacidad de movilización ni con esa red extensa de militantes que siempre ha tenido la izquierda. De hecho, el intento de concentración de varios grupos neonazis en la cumbre de Praga fracasó estrepitosamente. Los antifascistas habían detectado en los foros de Internet la cita de los neonazis, así que, cuando se reunieron unas cuantas decenas de ellos en una estación de tren, un nutrido grupo de encapuchados irrumpió violentamente y los disolvió de inmediato. La presencia neonazi en la contracumbre duró escasos minutos y el vídeo de la acción directa fue difundido en redes como advertencia para los otros neonazis que pretendían acudir a Praga.

La mayoría de páginas web y foros neonazis estaban alojados en otros

países, principalmente en Estados Unidos, donde no existía censura de este tipo de contenidos y era más difícil rastrear su origen. Estas webs permitían acceder a abundante material de odio racista, antisemita, misógino, homófobo y negacionista del Holocausto sin ningún tipo de problema. En España, una de las webs pioneras fue NuevOrdeN, un almacén de material nazi. En ella se publicitaban varias organizaciones de todo el mundo y servía, además, de contacto entre neonazis y de tablón de anuncios de todo tipo de actividades y campañas. Era considerada la principal web nazi en español de todo el planeta, a pesar de su diseño cutre en comparación con otras webs de la época. Años después descubrí que quien administraba la famosa web era una mujer de València. Una periodista, guionista, filóloga y doctora en Comunicación Audiovisual vinculada al mundo del teatro que durante un tiempo fue jefa de prensa de un partido neonazi.

Otro de los puntos de encuentro en la red de los neonazis, más allá de los foros convencionales, fue Celtíberos. Un foro similar a una red social que se convirtió en una potente herramienta de comunicación entre los militantes y simpatizantes nazis y, a la vez, en una fuente de información imprescindible para los militantes antifascistas. La infiltración en este y en muchos otros foros era más que habitual. Con perfiles falsos, los antifascistas se ganaban la confianza de muchos neonazis, a los que después, en privado, les sacaban abundante información gracias a la fanfarronería de algunos de ellos. Estos, entre intentos de seducción cuando el perfil falso era el de una mujer, explicaban sus gestas, traicionaban a sus camaradas contando privacidades o desvelando planes sobre sus próximas acciones y proporcionaban un verdadero torrente de información que cualquiera que conociera un poco el lenguaje y el entorno podía entender.

Internet era todavía inaccesible para muchos. Proliferaron los cibercafés, donde podías conectarte a la Red a una velocidad decente. Aquí fue donde David Saavedra, autor del libro Memorias de un exnazi (Penguin, 2021), confiesa que se fanatizó. Él y muchos otros. El testimonio de David, que aquellos años se inició en el mundo neonazi, resulta bastante interesante por cómo explica en su libro el proceso de fanatización, cómo funciona el sesgo de confirmación que construye esas identidades que no admiten discrepancias, ni siquiera hechos objetivos que rebatan sus creencias.

David ofreció una entrevista al periodista Jordi Évole días antes de

publicarse su libro. La Sexta la emitió el 2 de mayo de 2021 y en ella aparecía David a cara descubierta explicando todo lo que me iba a encontrar en su libro tres días después, cuando lo recibí en casa y lo devoré de una tacada. En su libro hay múltiples espacios y personajes comunes, pero vividos desde la otra trinchera y explicados desde el punto de vista de quien fue uno de sus protagonistas. El libro de David también explica el importante papel que juega Internet, así como las constantes infiltraciones que recibían no solo de antifascistas, sino de periodistas y, por supuesto, policías, aunque estos últimos pocas veces se descubrían.

Esta táctica, obviamente, la usaron también los neonazis contra los antifascistas en otros foros y redes sociales. Por eso, los militantes más experimentados y prudentes insisten en que hay que ser absolutamente selectivos a la hora de confirmar amistades y dejar los perfiles abiertos, así como no colgar imágenes donde aparezcan otras personas y lugares que se frecuentan habitualmente. Aun así, el stalkeo sigue estando a la orden del día y los ficheros clandestinos de militantes de uno y otro lado son de sobra conocidos. Si alguien decide militar en el antifascismo, la primera norma es que tenga cuidado con sus redes. Lo mismo ocurre con posibles infiltrados en la vida real, ya sean miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado como neonazis, periodistas o cualquier otro personaje con intención de obtener información para hacer daño al movimiento. Ante esto, entre las medidas básicas de cualquier movimiento social para conocer bien a las personas que aparecen de repente a militar, está conocer a su familia, a sus amigos, su trabajo y su casa.

Los foros también sirvieron de escenario de debates de todo tipo. Algunos más racionales, donde ciertos ultraderechistas y antifascistas intentaban debatir, pero lo más normal era que cada sector tuviese su espacio, sus foros, y que la intervención de alguien del lado contrario fuese en tono provocador, insultante o amenazante. Las redes provocaron también que algunos individuos que no tenían las ideas demasiado claras acabaran buscando su lugar en lo que pensaban que eran tribus y pasaran de un lado a otro o llegaran incluso a establecer relaciones personales con el supuesto bando contrario. El auge de los conocidos como «ambiguos» y la existencia de algunos personajes que entraban en estos entornos por morbo o por curiosidad, sin interés real por la política ni mucho menos convicciones, acabó por retratar a más de uno, que acabarían hasta borrándose tatuajes para ser

aceptados por sus nuevas amistades neonazis.

La web de L'Avanç contenía también un foro abierto en el que tenían lugar muchos debates, sobre todo de temas relacionados con la actualidad valenciana, pero que sería un lugar habitual de troleo de la extrema derecha. Tuvimos muchos debates sobre si debíamos filtrar comentarios o adoptar algún tipo de medida para evitar que los trolls intoxicaran el foro e impidieran los debates. Aunque se decidió mantener el foro con algunos filtros, una serie de comentarios provocaron un buen revuelo en agosto de 2007. Xavi, el encargado de administrar la web, rastreó la IP de varias amenazas vertidas en el foro y comprobó que correspondía a la Dirección General de la Policía. Teníamos constancia de que recibíamos sus visitas cada día, pero hasta ese momento no habíamos detectado su participación en los foros. Esta vez, al funcionario de turno se le fue la mano y dejó caer alguna que otra advertencia con el mismo estilo que usaban los habituales neonazis y fascistas que aparecían por allí. Hicimos público este hallazgo y la Delegación del Gobierno nos convocó a una reunión para tranquilizarnos. Solo sirvió para que nos aseguraran que se comprometían a identificar al responsable y sancionarlo, pero nunca más volvimos a saber del tema.

En el libro Diario de un skin, Antonio Salas explica cómo logró infiltrarse en estos movimientos a través de la Red. Usaba su lenguaje, entraba en sus foros y tejía amistades virtuales que acababan concretándose en encuentros personales. David Saavedra también explicaba así sus años de militancia en el mundo neonazi y hoy en día son múltiples los ejemplos de personas incluso absolutamente ajenas a los ambientes ultraderechistas que llegan a fanatizarse a través de Internet.

También ocurre lo mismo con la toma de conciencia política en sentido contrario. Muchas personas con las que he hablado en varios de los actos en los que he participado sobre extrema derecha reconocen que se han dado cuenta de la infección a través de las redes sociales, de cómo la ultraderecha está usando la Red para su batalla cultural contra lo que consideran «políticamente correcto», contra el «marxismo cultura» o la «dictadura progre», es decir, el consenso, la hegemonía cultural en defensa de los derechos humanos, el principal enemigo de la extrema derecha.

Proyecto UNA da buena cuenta de esto y se dedica precisamente a combatirlo. Se define como una colectividad millennial nacida para investigar, desde lo popular y lo comunitario, las expresiones digitales de identidades y prácticas políticas en la Red. Según Proyecto UNA, existe una estrategia global coordinada de las ultraderechas en la Red, aunque en cada territorio haya temas propios.

Si bien es cierto que en el Estado español la cuestión nacionalista/ imperialista sigue siendo un eje vertebrador ineludible, el rechazo a la migración, el antifeminismo y la LGTBfobia son pilares fundamentales de entrada a las ideas supremacistas en cualquier territorio. Aquí, hemos podido observar la criminalización y deshumanización del colectivo migrante con el término «los MENA», y el antifeminismo y la LGTBfobia se han mantenido transversales a través de discursos que podemos englobar bajo la idea de «derecho agraviado». El derecho agraviado consiste en una reacción frente a la obtención de representación y derechos de colectivos marginados o minorizados.

El derecho agraviado (yo lo llamo victimismo del privilegiado) se muestra no solo a través de campañas de acoso, sino también a través de lo que se conoce como troleo: «Se presentan también como juego o provocación, muchas veces haciéndose pasar por elementos subversivos o molestos para lo que ellos consideran un establishment progre. Lo importante en estos casos es la capacidad de movilización por encima de la de organización, como decía Steve Bannon. La creación de cuentas falsas que participen en la difusión de hashtags o compartan masivamente bulos se hace bajo un espíritu fanfarrón y contestatario que cuenta con el atractivo de lo prohibido. Hacer chistes nazis se convierte en una provocación hacia los «ofendiditos progres». Esconder la ideología bajo el humor permite que las incitaciones al odio se presenten como un juego.

Esta banalización del odio, el anonimato y la ambigüedad que en muchos casos ofrece la Red en la interpretación de algunos mensajes proporciona un espacio seguro a la ultraderecha.

Lo que se comparte en casi todos los casos del auge del fascismo en Internet de los últimos años es el espíritu festivo y de provocación. Dicho espíritu minimiza el impacto que la normalización de ideas reaccionarias tiene en gran parte de la población.

Aunque lo que pasa en las redes a menudo no tiene una traducción real en las calles, es inevitable que la presencia y la reiteración de determinados temas en las redes acaben saltando al debate público en medios de comunicación. A lo largo de estos últimos años, la fanatización a través de las redes ha sido un hecho constatable que en algunos casos se ha traducido en acciones terroristas o violentas de determinados sujetos, que no han necesitado entrar a formar parte de ninguna organización y han actuado por su cuenta. Es el caso, por ejemplo, de Brenton Tarrant, que asesinó a cincuenta y dos personas en una mezquita de Christchurch (Nueva Zelanda), o de Anders Breivick, que mató a sesenta y nueve adolescentes en la isla de Utoya (Noruega). Y son tan numerosos los ataques contra personas refugiadas, migrantes, negros, latinos y mujeres por parte de ultraderechistas que ya son varios los países cuyos servicios de inteligencia consideran el terrorismo neonazi la principal amenaza para la seguridad, equiparable y en muchos casos superior a la del terrorismo yihadista. La investigadora y politóloga canaria Laura Méndez, experta en radicalización, terrorismo y extrema derecha, realiza una gran labor de investigación y difusión en su cuenta de Twitter, donde analiza el alcance de las redes en la fanatización. En uno de sus hilos en esta red social, explicó cómo funciona la propaganda en el terrorismo ultraderechista. Méndez habla de «radicalización, burbujas ideológicas y subculturas digitales»[37] para explicar que las redes son un entorno propicio para la radicalización de muchas personas que, a menudo, no tienen demasiados contactos más allá de la Red. Destaca también «el alcance transnacional de los manifiestos y manuales tácticos» que varios terroristas ultraderechistas han difundido en sus redes y cómo estos han servido y sirven de inspiración para nuevos fanáticos dispuestos a cualquier cosa. Su cuenta en Twitter ofrece numerosas claves para entender y analizar el fenómeno, y forma parte de una nueva generación de investigadores que ha puesto el foco en este fenómeno, hasta ahora ignorado por la mayoría de analistas en materia de terrorismo. Sin embargo, un buen número de activistas antifascistas de diversos países se ha volcado

estos últimos años en la investigación de las redes de la ultraderecha, y no son pocos los asaltos a los servidores y webs neonazis que acaban siendo publicados y expuestos a la luz pública, motivando, entonces sí, a las autoridades a actuar contra estos grupos que, en privado, exhiben armas y cacarean sus planes de actuar con violencia.

---

[37] Véase https://twitter.com/lmendezgr/status/1413227133556641804.

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

29

CEI y la librería Europa:

juicio a la apología nazi

«El nacionalsocialista actual

tiene la fama que merece… Lo siento».

Entrevista a RAMÓN BAU en El Cadenazo, abril de 2018

En uno de los foros neonazis que visitaba frecuentemente, me llamó la atención una organización que tenía una gran similitud con la extinta CEDADE. Se trataba del Círculo de Estudios Indoeuropeos (CEI), que editaba, además, una revista llamada La Voz del Pueblo. Hacía pocos años había leído el magnífico libro de Xavier Casals Neonazis en España, en el que se diseccionaba el movimiento neonazi español desde finales de los años sesenta hasta 1995, donde CEDADE jugaba un papel fundamental. Tras darle algunas vueltas, decidí crearme un correo electrónico con otra identidad y escribir a esta organización haciéndome pasar por un joven que empezaba a interesarse por el nacionalsocialismo.

La respuesta a mi primer correo fue casi inmediata. Alguien al otro lado me daba la bienvenida de una manera tremendamente educada, con gran amabilidad y mucho interés en enviarme material de la organización. Obviamente, no iba a proporcionarle la dirección de mi casa, así que decidí abrirme un apartado de correos. Mi interlocutor no sospechó nada y estuvo durante un tiempo enviándome todo tipo de material nazi: pegatinas sin firmar con cruces célticas y con la

leyenda «La inmigración destruye tu futuro», otras del CEI y varios ejemplares de la revista titulada La Voz del Pueblo. Sin buscarlo, había dado con la organización heredera de CEDADE, tal y como intuía, dirigida precisamente por un exmiembro de esta, el ya citado Ramón Bau. No se si era él quien contestaba a mis correos y me explicaba, con tono resiliente, que éramos unos privilegiados conservando estos ideales ante la decadencia del mundo occidental, amenazado por el mestizaje, la usura y la pérdida de valores. Yo conocía bien su lenguaje, así que no me fue difícil seguirle el cuento.

Años después, en mayo de 2004, tras haber abandonado poco a poco el contacto con quien contestaba a mis correos, cansado de leer sus diagnósticos apocalípticos y conspiranoicos y ver que seguía recibiendo material de manera gratuita, leí en la prensa que el CEI había sido desarticulado.

Los Mossos d'Esquadra han desarticulado la cúpula directiva del Círculo de Estudios Indoeuropeos (CEI), una asociación de ideología neonazi que estaba enmascarada como ente cultural sin ánimo de lucro e inscrita así en el registro de asociaciones del Ministerio del Interior. La policía autonómica ha detenido a los tres responsables de la asociación en Catalunya. El juez ha decretado libertad con cargos para Ramón B. F., presidente del Círculo de Estudios Indoeuropeos, y prisión bajo fianza de tres mil euros para Óscar P. G., delegado de la entidad y dueño de la librería Kalki de Barcelona.

El CEI tenía una estructura jerarquizada en dos niveles: un círculo externo, compuesto por militantes de base y simpatizantes, y un círculo interno o núcleo duro, secreto, llamado «La Orden», integrado por un grupo de élite nacionalsocialista y que tenía como fin la resistencia activa contra el sistema, «de forma armada si fuera necesario», como aclaró el intendente Molinero. Esta asociación se había convertido en el máximo referente del neonazismo catalán, y tenía «una gran cantidad de contactos tanto en el Estado como fuera de él». En la operación también se ha requisado una gran cantidad de material de simbología nazi, como más de un centenar de banderas con esvásticas y cruces celtas, «dos de ellas originales del Berlín de los años treinta», según Molinero, y dagas, cascos, libros y otras publicaciones de exaltación del nacionalsocialismo y la raza aria. «La

Orden utilizaba unos uniformes que son un compendio de símbolos nazis y otros propios del CEI para hacer excursiones y otras actividades, aunque por ahora no habían ejercido la violencia», señaló Molinero.[38]

Ni Ramón Bau ni el resto de los miembros del CEI habían sido los primeros neonazis detenidos por apología del genocidio. Ocho años antes, en 1998, Pedro Varela, también exmiembro de CEDADE y propietario de la librería Europa, fue arrestado tras entrar los Mossos d'Esquadra en el local, el mayor centro de difusión de propaganda nazi de Europa y uno de los mayores del mundo, según denunciaban desde hacía años varios especialistas en la materia. Los agentes se incautaron de 20.976 libros, 324 vídeos, 36 cintas y 124 fotolitos de temática nazi y antisemita. Solo hacía un año que el Código Penal español había incluido la negación del Holocausto en el apartado segundo del artículo 607 del nuevo texto legal, que establece que «la difusión por cualquier medio de ideas o doctrinas que nieguen o justifiquen delitos tipificados en el apartado anterior de este artículo [la destrucción total o parcial de un grupo nacional, étnico, racial o religioso] o pretendan la rehabilitación de regímenes o instituciones que ampararen prácticas generadoras de los mismos, se castigará con la pena de prisión de uno a dos años».

El juicio tuvo lugar dos años después, con la comunidad judía de Catalunya y Sos Racisme como acusación particular. Supervivientes del Holocausto todavía vivos, algunos de ellos agrupados en la asociación Amical Mauthausen, así como otros colectivos antifascistas agrupados en torno a la Plataforma Cívica contra la Difusión del Odio convocaron una concentración a las puertas de los juzgados. El día anterior tuvo lugar otra concentración en la Plaça Sant Jaume en la que se reclamaba que «España deje de ser un refugio de destacados ideólogos y criminales de guerra nazis». Se seguía así la estela de Violeta Friedman, la anciana judía que había vencido al nazi belga León Degrelle pocos años antes y que sirvió para motivar a otros supervivientes del genocidio no solo a hablar de ello, sino a enfrentarse a sus verdugos, quienes hasta ese momento habían gozado de absoluta impunidad en nuestro país. El juicio coincidió casualmente con la celebración en Barcelona del foro «Las ciudades europeas contra la discriminación», en el marco del 50.º aniversario

de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

El periodista catalán Xavier Rius-Sant, especializado en la extrema derecha, publicó una tribuna en El País en la que explicaba la importancia de esta librería y recordaba el material que los Mossos d'Esquadra habían incautado: «veinte mil volúmenes de unos trescientos títulos y numerosos vídeos en los que se hacía una defensa exacerbada de Hitler y se insultaba e incitaba a la aniquilación de grupos sociales, étnicos y religiosos».[39] Rius-Sant abría el debate que generó la detención del librero y el supuesto ataque a la libertad de expresión que algunos, incluidos varios juristas progresistas, planteaban.

Además, coincidiendo aquí algunos juristas claramente demócratas con los argumentos de la defensa, manifiestan la complejidad de juzgar unas opiniones, por nefastas que sean, habida cuenta del derecho constitucional a la libertad ideológica y de opinión. Se viene a decir: ¿hay que encarcelar a Varela por creer que el genocidio nazi fue todo un montaje de Estados Unidos para, desde la compasión, dar el espaldarazo a la creación de Israel? ¿Se puede encarcelar a alguien por afirmar que en las cámaras de gas solo se desinfectaba a judíos y gitanos, que si murieron desnutridos fue por la falta de víveres del último año de la guerra debido al acoso aliado? ¿Debemos permitir que se publique que hay que limpiar Europa de negros y homosexuales? ¿Se debería tolerar, de acuerdo con este punto de vista no prohibitivo, que se publicaran libros en los que, por poner un ejemplo, tergiversando expedientes policiales y con testimonios falsos, se llegara a la tesis de que los malos tratos y asesinatos de mujeres que salen a la luz en España son solo un montaje de grupos de mujeres para conseguir más dinero en sus divorcios, que son ellas quienes se autolesionan y que sobornan a forenses para hacer pasar como asesinatos simples accidentes domésticos, aun a costa de encarcelar a inocentes viudos?

[…] La librería era un peligro como red, como trama, como punto de encuentro de skins que luego dan leña como Boixos Nois o Brigadas Blanquiazules, que compran revistas que incitan a echar a los inmigrantes africanos y unos jóvenes de Sant Feliu de Codines lo aplican disciplinadamente.

Varela fue el primer condenado en España por apología del genocidio. Como ya advirtió el historiador Xavier Casals que ocurriría, tras su detención se convirtió en un mártir para la causa, pues, según los neonazis, representaba la persecución de sus ideas y la falta de libertad de expresión. En la sentencia, que condenaba a Varela a cinco años de prisión, el juez Santiago Vidal confrontaba los argumentos de la defensa sobre la libertad de expresión de los nazis. El diario El País recogía así la información:

El juez explica, para rebatir otra tesis de la defensa, que «el respeto a los derechos humanos está y debe seguir estando por encima de cualquier otro derecho individual, incluido el de la libertad de expresión». El magistrado, que pertenece a la asociación progresista Jueces para la Democracia, cita entre sus argumentos jurídicos los convenios internacionales suscritos por España en defensa de los derechos humanos, la jurisprudencia del Tribunal Supremo y Constitucional y hasta la declaración de los jefes de Estado y de Gobierno europeos reunidos en Viena en 1993 en la que se instaba a combatir la xenofobia. La sentencia relata también que el Código Penal no castiga las ideas de Varela «como método genérico […] sino solo cuando concurre un concreto y evidente riesgo de generar actos» violentos, como ocurre en este caso.[40]

El 17 de noviembre de 1998, El País habla del caso en su editorial y alude a la polémica sobre la libertad de expresión recordando el peligro de los discursos de odio por los que se juzgaba al librero nazi.

Pocas dudas puede haber de que esa es una función esencial de la literatura neonazi incautada hace dos años en la librería cuyo propietario ha sido ahora condenado. Y tampoco es posible ignorar que los crímenes nazis fueron antes teorías, adelantadas en libros y panfletos por autores como cierto pintor de origen austriaco obsesionado por no poder distinguir a simple vista a los judíos del resto de los ciudadanos de Viena.[41]

Sin embargo, la librería Europa siguió abierta con su actividad habitual. El juez descartó su cierre, porque el Código Penal no prevé esa medida por los delitos por los que fue condenado su propietario. Esto motivó que un año después de la sentencia los antifascistas intentaran asaltar el local tras una manifestación de casi dos mil personas en el barrio de Gràcia en la que pidieron su cierre definitivo.

Pedro Varela no entró en prisión. Su abogado presentó un recurso ante el Tribunal Constitucional, lo que dejó paralizada la sentencia de 1998 hasta que el alto tribunal lo resolvió nueve años más tarde. Durante todo ese tiempo, la librería Europa continuó siendo un centro de difusión de ideas nazis, así como punto de encuentro y peregrinaje de admiradores de Hitler de todo el mundo.

Pero en abril de 2006, una vez más, la librería y su dueño volvieron a ser objeto de otra operación policial, bautizada como Operación Séneca.[42] Los Mossos d'Esquadra habían descubierto un año antes que la Asociación Cultural Ediciones Ojeda distribuía libros que glorificaban el nazismo y negaban o justificaban el Holocausto. El domicilio en el cual estaba registrada era, casualmente, el número 12 de la calle Séneca de Barcelona, es decir, el mismo que el de la librería Europa. Los Mossos se incautaron de una importante partida de libros que iban a ser enviados a Chile, Argentina, Paraguay y Colombia. También descubrieron envíos de libros que niegan el Holocausto a Portugal, Alemania, Austria y Estados Unidos.

El 8 de enero de 2008, los colectivos antirracistas esperaban la revisión de la sentencia del caso Varela, tras casi diez años paralizada por el recurso al Tribunal Constitucional. «A los racistas, ni agua», dijo Begoña Sánchez, portavoz de SOS Racismo.[43] Amical Mauthausen, la Coordinadora de Gais y Lesbianas, y la Unión Romaní también llamaron a la «movilización social contra el racismo». Sin embargo, la Audiencia de Barcelona finalmente rebajó la condena de cinco años a siete meses de prisión por un delito de apología del genocidio y lo absolvió de los delitos que se le imputaban de incitación al odio, a la discriminación y a la violencia por motivos raciales o religiosos.

El fallo se debió a que un año antes, en 2007, el Tribunal Constitucional había sentenciado que la negación del genocidio no

constituye un delito, aunque su justificación continuaría siéndolo.[44] La resolución respondía a la cuestión de inconstitucionalidad planteada por la Audiencia Provincial de Barcelona en 2000 respecto al primer inciso del artículo 607.2 del Código Penal. El Tribunal Constitucional precisa que la negación del genocidio no constituye un delito, pero su justificación continuará siéndolo. El párrafo motivo de controversia condenaba «la difusión por cualquier medio de ideas o doctrinas que nieguen o justifiquen los delitos tipificados en el apartado anterior de este artículo [referente a delitos de genocidio], o pretendan la rehabilitación de regímenes o instituciones que amparen prácticas generadoras de los mismos, se castigará con la pena de prisión de uno a dos años».[45]

La sección tercera de la Audiencia de Barcelona ya consideró en el año 2000 que el párrafo cuestionado podría «resultar contrario al derecho a expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier medio de reproducción». La sentencia, de la que fue ponente el magistrado Eugenio Gay Montalvo, recibió cuatro votos particulares que discrepaban de la opinión de la mayoría. El magistrado Roberto García-Calvo consideró que la sentencia debería haber declarado constitucionales los dos incisos y mantener la negación como delito. Su compañero Jorge Rodríguez-Zapata apoyó esta valoración y precisó que «tal amplitud de la libertad de expresión representa un retroceso inoportuno y grave en las garantías del pluralismo». Otros dos magistrados, Ramón Rodríguez Arribas y Pascual Sala Sánchez, emitieron votos en el mismo sentido. El primero consideraba que el llamado «negacionismo» supone un claro menosprecio a las víctimas y el segundo destacó que la difusión de doctrinas que nieguen los delitos de genocidio forma parte del «discurso del odio» que todo Estado democrático está obligado a perseguir.

Esta apreciación del Tribunal Constitucional respecto a estos delitos, así como la rebaja de pena de Pedro Varela un año después, causaron una gran indignación entre los colectivos que venían denunciando la apología nazi de la librería Europa y que alertaban constantemente sobre la peligrosidad y la impunidad de los discursos de odio. Según la sentencia, Varela solo desarrolló «una labor de difusión de las doctrinas mencionadas», pero no realizó una discriminación racial directa. El abogado de la defensa alegó ante el tribunal que su cliente era «un simple librero».

La librería siguió acogiendo conferencias de los principales negacionistas, como David Irving, y de líderes racistas como David Duke, antiguo jefe del Ku Klux Klan y uno de los más famosos supremacistas blancos del mundo. Eso sí, los grupos antifascistas se manifestaban cada vez que había un acto de este tipo. De este modo, disuadían a los simpatizantes neonazis que pretendían acudir a ver a sus ideólogos, los cuales tenían que dar las conferencias protegidos por un amplio dispositivo policial.

En enero de 2010, por fin, se inició el nuevo juicio contra Varela por la Operación Séneca de 2006. La crónica de El País del 30 de enero explicó así la estrategia de la defensa:

Orador brillante, el popular dueño de la librería Europa se presentó al juicio —en el que afronta una petición de cuatro años de cárcel— como víctima de un sistema que persigue sus opiniones. Antes de entrar a la sala, se comparó con Jesucristo, Juana de Arco e Indira Gandhi. «A quien hace algo interesante, se le persigue». Para él y su defensa —que intentó llevar el foco al terreno de la libertad de opinión— no hay lo uno ni lo otro. En su declaración, Varela exploró distintas vías para defenderse. Argumentó que su librería y su clientela son más plurales de lo que se dice y se presentó como un simple «editor de libros». Explicó que no lee todos los libros que edita y vende y añadió que no necesariamente está de acuerdo con lo que dicen sus autores. Aun así, dejó caer algunas lindezas cuando le preguntaron por el Holocausto: «No digo que no hubo persecución [a los judíos], pero hasta ahora nadie ha hallado las pastillas de jabón. Y dudo que se alcanzara la cifra mítica de seis millones». Según la doctrina del Tribunal Constitucional, negar el Holocausto no es delito; justificarlo, sí.[46]

El fiscal Miguel Ángel Aguilar, quien poco después se encargaría de llevar la Fiscalía de Delitos de Odio de Barcelona, le recordó: «Aquí no juzgamos ideas, sino la difusión de la doctrina del odio». Finalmente, en marzo del mismo año 2010, Varela sería condenado a dos años y nueve meses de cárcel por difusión de ideas genocidas y por atentar contra los derechos fundamentales. Esta nueva condena tampoco frenó

la actividad del nazi ni de su librería. Un mes después de nuevo desafió a las autoridades organizando una conferencia de Manfred Roeder,[47] un terrorista neonazi que combatió de adolescente en la defensa de Berlín en 1945, antes de la caída del Tercer Reich. En 1982 fue juzgado y condenado por pertenecer a los Deutschen Aktionsgruppen (Grupos de Acción Alemanes), grupo terrorista neonazi que se dedicó a poner bombas en centros de asistencia a refugiados en Alemania, lo que causó la muerte de dos personas de origen vietnamita. El fiscal envió a los Mossos d'Esquadra a grabar la conferencia por si se cometía algún delito, pero no la prohibió. Acudieron tan solo treinta personas y mucha prensa. Varias unidades antidisturbios se apostaron en el entorno de la librería para evitar cualquier intento de boicot por parte de los grupos antifascistas, que ya habían alertado de la presencia del nazi alemán.

Ese día no se presentaron los antifascistas, pero no tardarían en volver a visitar el templo nazi. El 29 de septiembre de 2010, aprovechando que ese día se había convocado una huelga general, un grupo organizado de una veintena de encapuchados asaltó la librería.[48] En solo diez minutos, adoquines, golpes y huevos de pintura inutilizaron libros nazis y parte del mobiliario. La dependienta de la librería no sufrió ninguna agresión. Los asaltantes le pidieron que se metiese en el almacén mientras destrozaban el local nazi. La policía estaba desbordada por la acción de los piquetes informativos en toda la ciudad y llegó tarde, de modo que no consiguió capturar a ninguno de los antinazis. Varela y los suyos se presentaron una vez más como víctimas de la intolerancia.

Varela ingresó en prisión dos meses después. Hasta ese momento, la actividad del propagandista nazi no cesó y se sucedieron campañas que pedían su libertad y acusaban al Estado de coartar su libertad para difundir el odio en varias ciudades e incluso en el ámbito internacional. Los nazis tenían a su mártir. Esto les sirvió para reforzar la idea de que realmente ellos eran los perseguidos por el sistema. No era la primera vez que Varela estaba preso. En 1993, fue absuelto tras pasar tres meses encarcelado en Austria. El diario El País contó así la resolución del caso:

La policía secreta austriaca, que sigue los pasos de Varela hace once

años, obtuvo un vídeo que constituyó la prueba definitiva para que la fiscalía iniciara el juicio. En la grabación, realizada el 25 de octubre de 1991 durante una reunión de la cúpula internacional de los neonazis en la ciudad de Weyr, Varela se refiere a Adolfo Hitler como «héroe entre los héroes». Interrumpido por los aplausos de los asistentes y en perfecto alemán, aseguró luego que «las propuestas de Hitler pueden ser aplicadas hoy».

La sentencia en favor de Varela se dicta mientras unidades antiterroristas buscan infructuosamente en Austria a los neonazis locales que enviaron recientemente diez cartas bomba a personas relacionadas con refugiados o que se han expresado «amistosamente» hacia los extranjeros. Según el Archivo de la Resistencia Austriaca, en las publicaciones neonazis Halt y Sieg, ambas editadas y distribuidas desde Barcelona a Alemania y Austria, hay sendos artículos en contra de dos de las víctimas de las cartas bomba.[49]

Durante su estancia en la cárcel, Varela recibió numerosas muestras de apoyo de sus camaradas. En la cárcel de Can Brians, continuó con su proselitismo nazi y se dedicó a distribuir libros negacionistas y pronazis entre los reclusos. Tras quince meses, salió de prisión en marzo de 2012 y aseguró que «redoblaría esfuerzos» para continuar con su actividad al frente de la librería Europa, que no había cerrado en ningún momento. Pero todavía quedaba un asunto pendiente en este periplo judicial: la denuncia del consulado alemán contra el librero por vender sin autorización Mi lucha, de Adolf Hitler, cuyos derechos pertenecen al land alemán de Baviera.

Sin embargo, no todo fueron malas noticias para Varela. Los abogados de Varela escribieron una carta al Vaticano en la que presentaban a su defendido como una víctima. El 17 de agosto de 2011, el Vaticano respondió pronunciándose a favor del nazi. Monseñor Renzo Fratini aseguró que se había puesto en contacto con las autoridades españolas interesándose por el caso y calificó como «lamentable la situación del señor Pedro Varela Geiss, que sufre cautiverio en Brians». También aseguró «que esta nunciatura apostólica se ha interesado ante las autoridades por tan sensible caso» y «su santidad le tendrá presente en sus oraciones».[50]

Al gesto del Vaticano, se sumó en 2013 la resolución del Tribunal Europeo de Derechos Humanos de Estrasburgo a favor del nazi. Este había presentado recurso a dicho tribunal por la primera sentencia en su contra en 1996. La resolución de este tribunal condenaba a España a indemnizar a Varela con trece mil euros, pues consideraba que, tras el cambio de criterio del Tribunal Constitucional español, Varela no tuvo la «posibilidad de ejercer su defensa de una manera concreta y efectiva, y en un plazo razonable».

Los bandazos judiciales con Pedro Varela no impedían que sus actividades siguieran con absoluta normalidad. El nazi se dedicó a recorrer todo el Estado dando conferencias en las que era presentado como un mártir. Ni las campañas de grupos antirracistas ni las protestas contra los hoteles y locales que acogían sus actos lograban frenar su incesante actividad. En marzo de 2014 se repitió un ataque a la librería Europa, en el que de nuevo un grupo de encapuchados irrumpió en el local lanzando pintura y rompiendo los cristales.[51]

Finalmente, en marzo de 2016 las autoridades dieron el último golpe a Varela y su negocio. Los Mossos d'Esquadra detuvieron a cuatro personas relacionadas con la librería y con Ediciones Ojeda, pero no dieron con Varela, que se encontraba fuera de su domicilio en el momento en que tuvo lugar la operación policial. Según contó El País, a los arrestados y al propio Varela se les acusaba «no solo de la publicación de libros, sino de organizar conferencias en la librería donde se enaltece y justifica el genocidio nazi y se niega el Holocausto judío. Una de las últimas charlas fue la celebrada a finales del mes de enero por el histórico líder ultraderechista Ernesto Milà, que presentó El tiempo del despertar, una obra que ensalza el auge del nazismo. La fiscalía pidió, en enero, información a los Mossos d'Esquadra de aquella conferencia y es uno de los informes aportados en la presente causa».[52]

En julio de 2016, pocos meses después, el Ayuntamiento de Barcelona, bajo el mando de Ada Colau, prohibió la reapertura de la librería, que permanecía precintada por orden judicial desde marzo. Esto fue posible porque se detectó que el local carecía de licencia desde hacía años; un hecho que, curiosamente, había pasado inadvertido durante todos los procesos judiciales que habían tenido lugar contra el propietario. Así lo contó El País:

El teniente de alcalde de Derechos de Ciudadanía, Jaume Asens, ha explicado este martes que el consistorio ha ordenado el cese de la actividad de la librería —ahora precintada cautelarmente por orden judicial— y que garantiza que no pueda reabrir en el distrito, porque el plan de usos de Gràcia no lo permite. Asens ha calificado el establecimiento de «agujero negro de la democracia, que ofende la dignidad». […] Asens ha explicado que los informes policiales indican que la librería «era una actividad secundaria, donde la principal era la sala de conferencias desde donde se hacía apología del nazismo, era un espacio pantalla para poder realizar estas actividades. […] La librería era el cuartel general de la extrema derecha en la ciudad, centro de difusión de ideas fascistas y supremacistas, y Barcelona, como ciudad comprometida con los derechos humanos, no puede permitirse tener abierta una librería así, ofende la dignidad», ha concluido.[53]

Finalmente, la clausura definitiva se confirmó un 19 de julio. Curiosamente, como recordaba el periodista Marc Font en Público, el mismo día que se cumplían ochenta años desde que los ciudadanos de Barcelona derrotaran a los militares sublevados e impidieran el triunfo del golpe de Estado en la ciudad.[54]

En septiembre de aquel mismo año, los neonazis de Democracia Nacional convocaron una concentración ante la librería Europa para protestar por su cierre, que fue respondida por una concentración antifascista que reunió a cientos de personas a escasos metros. Ambas estuvieron separadas por un cordón policial.[55] La campaña desarrollada por los colectivos antifascistas barceloneses, en la que se volcó la plataforma Unitat Contra el Feixisme, finalmente daba sus frutos. El barrio de Gràcia, feudo tradicional de la izquierda barcelonesa, por fin se libraba de uno de los mayores centros de difusión del nazismo que todavía quedaban en el mundo. A pesar de las múltiples operaciones policiales, de los juicios y condenas, esto no habría sido posible sin la presión de muy diferentes colectivos: la comunidad judía, los supervivientes del Holocausto, los colectivos antirracistas y toda la amalgama de organizaciones que componen el extenso y plural antifascismo catalán.

Varela finalmente cumplió solo un mes de prisión por la condena por la venta de más de cuatro mil ejemplares del Mein Kampft entre 1997 y 2010. Fue la última vez que el líder nazi pisó la prisión hasta hoy, pero desde entonces no ha cesado su actividad como propagandista del nacionalsocialismo. Sigue dando conferencias, escribiendo libros y siendo un referente para todo el mundo neonazi y no solo en España.

Por otra parte, el viejo camarada de Varela e ideólogo nazi Ramón Bau y el resto de los acusados por el caso del Círculo de Estudios Indoeuropeos (CEI) y la librería Kalki habían sido condenados en 2009 a penas de hasta seis años y tres meses de prisión. A ellos se sumó otro líder neofascista que estaba al cargo de Ediciones Nueva República, Juan Antonio Llopart, que, a su vez, lideraba el partido neonazi Movimiento Social Republicano (MSR). Se les condenó por un delito continuado de difusión de ideas genocidas y otro contra los derechos fundamentales y las libertades públicas.

El periódico La Razón publicó el 3 de junio de 2011 un artículo en el que informaba de que el Tribunal Supremo había resuelto el recurso planteado por los condenados y los absolvía de todos los cargos.

La Audiencia Provincial de Barcelona consideró probado que entre enero y julio de 2003 los responsables vendieron a través de la librería ubicada en la calle Argenter del barrio de Sant Pere de Barcelona y de su página de Internet todo tipo de publicaciones en las que se justificaba y exaltaba el régimen nazi y se incitaba a «la eliminación del pueblo judío». Algunas de las publicaciones también ridiculizaban el Holocausto e incitaban a la discriminación y el exterminio de distintos grupos raciales.

[…] La sentencia hecha pública este viernes por el Tribunal Supremo subraya que los responsables de la librería no realizaron actos que puedan considerarse como «incitaciones directas» a la comisión de actos xenófobos o discriminatorios. La resolución recuerda que «los derechos a la libertad ideológica y a la libertad de expresión permiten, inicialmente, no solo asumir cualquier idea, sino expresarla e, incluso, difundirla, y acomodar a ella el desarrollo de la vida propia, siempre con los límites que impone la convivencia respetuosa con los derechos de los demás […]. La Constitución no prohíbe las ideologías que se

sitúan en los dos extremos del espectro político. Incluso podría decirse que tampoco prohíbe las ideas que, por su extremismo, se sitúen fuera de ese amplio espectro político, por muy rechazables que puedan considerarse desde la perspectiva de los valores constitucionales y de los derechos fundamentales», asegura el Supremo. A pesar de reconocer que las ideas difundidas en los libros que se vendían en la librería Kalki son «contundentemente rechazables por su directa ofensa a la dignidad humana», los magistrados del Tribunal Supremo aseguran que «no bastan para incurrir en la conducta punible por el Código Penal».

La resolución, de más de doscientos folios, indica que las actividades de los responsables de la librería no constituyeron «un incitación directa o indirecta» a la comisión de actos xenófobos ni generaron «un clima de opinión o de sentimientos que den lugar a un peligro cierto de comisión de actos concretos de discriminación, odio o violencia». Los magistrados afirman que el hecho de «editar, distribuir o vender al público libros como, por ejemplo, Mi lucha, de Adolf Hitler» no es delictivo. El Alto Tribunal asegura que se trata de obras «en las que se reflejan pensamientos, doctrinas, ideas o planteamientos emitidos en otros momentos históricos que hoy serían rechazables por su contenido discriminatorio, vejatorio para determinados grupos, o directamente de naturaleza genocida, pero que han existido en la historia de la humanidad en distintos lugares y tiempos». Destacan en este sentido que muchos de los libros que se vendían en Kalki son «de libre acceso, pues se encuentran en varias librerías, entre ellas en la Biblioteca Nacional a disposición de quien desee adquirirlas o, en su caso, consultarlas […]. Entre los libros se encuentra incluso una obra atribuida a Francisco de Quevedo (Execración contra los judíos), en la que se vierten juicios negativos sobre aquellos», indica el alto tribunal.

Aun así, el Supremo reconoce que muchas de las expresiones recogidas en la mayoría de los libros que se distribuían en Kalki «tienen un contenido negativo y en ocasiones vejatorio hacia los judíos, y, en ocasiones, hacia otros colectivos identificados por su color o su etnia» y «suponen un evidente exceso sobre los límites del respeto a los demás, a su dignidad como personas y a su derecho a ser tratados de forma igual […]. Es claro que tales expresiones, ideas o doctrinas, más aún en la forma en que son expuestas, resultan hoy día absolutamente rechazables y deben ser contundentemente rechazadas, pues son frontalmente contrarias al respeto a la dignidad del hombre y

a la vigencia de los Derechos Humanos», señala la sentencia hecha pública este viernes. Las ideas xenófobas defendidas por el régimen nazi, agrega, «no dejaron de existir, y por lo tanto pueden ser reflejadas legítimamente por quienes estudian o analizan ese periodo de la historia» o por aquellos que «desean satisfacer su curiosidad sobre distintos aspectos de la historia o sobre las distintas visiones que pudieran existir sobre ella». En definitiva, los magistrados del Supremo afirman que, aunque los libros de Kalki «contengan alguna forma de justificación del genocidio», no se aprecia por ello «una incitación directa al odio, la discriminación o la violencia contra esos grupos, o indirecta a la comisión de actos constitutivos de genocidio», ni la creación de «un clima de hostilidad que suponga un peligro cierto de concreción en actos específicos de violencia».[56]

El fiscal de delitos de odio y discriminación de Barcelona, Miguel Ángel Aguilar, se mostró muy crítico con esta sentencia del Tribunal Supremo. «Si bien constituye, por el momento, una resolución judicial aislada sin valor jurisprudencial, entorpece y dificulta la persecución de los delitos cuya motivación se basa en el odio y el desprecio hacia las personas», afirmó en un comunicado. Aguilar manifestaba «su firme discrepancia» en la interpretación que realizó el Supremo de los «delitos de provocación al odio y de difusión de ideas que justifican el genocidio, que clamorosamente se aparta de las previsiones establecidas en los tratados internacionales ratificados por España, de la doctrina del Constitucional y del Tribunal Europeo de Derechos Humanos».

Tras desarticularse el CEI, pronto volvería a descubrir otra organización casi idéntica que se declaraba, de nuevo, abiertamente nacionalsocialista, que usaba el mismo lenguaje y que se había inscrito sin problemas en el Ministerio del Interior. Devenir Europeo sería la continuación de este nacionalsocialismo intelectual alejado de las bandas callejeras, como lo estuvieron CEDADE en su día y posteriormente el CEI, y se dedicaría a dar charlas, a visitar monumentos, exposiciones y realizar salidas al campo. Por si acaso, Devenir Europeo aclara en su página web:

Que condena toda apología de cualquier genocidio cometido en la historia y expresa su dolor por cualquier víctima inocente; del mismo modo que condena todo tipo de xenofobia y odio a cualquier raza, pues amamos las razas como parte de la naturaleza y deseamos su diferencia y su existencia. Por ello, condenamos toda violencia ejercida por meros motivos de pertenencia a una raza, religión, etcétera.

Que apoya la libre investigación de los temas históricos para saber qué pasó realmente en cada sitio y momento, sin que ello implique despreciar o insultar a las víctimas inocentes de cualquier conflicto.

Que trata de establecer un estudio de temas europeos y relativos al socialismo nacional, pero no pretende ser una restitución de ningún régimen del pasado.

Esta organización sigue activa hoy en día y no son pocas las veces que me he encontrado sus pegatinas celebrando el aniversario de Hitler u otras lindezas. Pero no son los únicos. También otras organizaciones y hasta partidos políticos legales han realizado comentarios negacionistas del Holocausto o han reivindicado el nazismo.

El debate sobre la persecución de la apología del nazismo, la negación del Holocausto y todo lo que tratase de rehabilitar o promocionar las ideas genocidas del nazismo sigue hoy en día vigente. Existen posiciones enfrentadas entre quienes reconocen la absoluta libertad para defender esta y cualquier otra idea, y quienes entienden que el discurso de odio debe perseguirse y no se ampara bajo la libertad de expresión. Los grupos antifascistas, así como los colectivos judíos, supervivientes del Holocausto y múltiples asociaciones de derechos humanos, observaban que, a pesar de los reiterados procesos judiciales, el mito del librero crecía entre sus seguidores y le otorgaba, además, esa áurea de proscrito, de perseguido por la justicia por defender sus ideas sin haber ejercido la violencia física contra nadie. Él no, claro. Pero sí quienes consumían todo ese tipo de obras que no solo negaban las atrocidades del nazismo y del fascismo, sino que a

veces hasta las justificaban.

El papel de víctima que asumió Varela y que reivindicaron sus seguidores era fácil por ser «simplemente un librero», un hombre amable y pacífico, y no el típico skinhead neonazi que llamaba a matar a los judíos y a los homosexuales en una página web. Ese es el mantra que repiten hasta hoy los nazis: encarcelado por vender libros. Como si el contenido fuese inocente.

Obviamente, el debate sobre los límites de la libertad de expresión es necesario, más todavía cuando precisamente aquí, en el Estado español, no son pocos los casos de artistas, activistas de izquierdas o simples internautas que han sido condenados por delitos de odio, apología del terrorismo o contra los sentimientos religiosos. Por expresar sus ideas. Entonces, ¿dónde trazamos la línea de la libertad de expresión? ¿O no ponemos límites?

---

[38] Disponible en https://www.lavanguardia.com/vida/20040526/51262793225/tres-detenidos-en-la-desarticulacion-de-una-banda-neonazi-que-operaba-en-catalunya.html.

[39] Disponible en https://elpais.com/diario/1998/10/14/catalunya/908327241_850

215.html.

[40] Disponible en https://elpais.com/diario/1998/11/17/espana/911257220_850215.html.

[41] Disponible en https://elpais.com/diario/1998/11/17/opinion/911257205_850215.html.

[42] Véase https://www.20minutos.es/noticia/108826/0/libros/nazis/internet/?autoref

=true.

[43] Véase https://elpais.com/diario/2008/01/09/catalunya/1199844458_850215.html.

[44] Véase https://www.europapress.es/nacional/noticia-tc-precisa-negacion-genocidio-no-constituye-delito-justificacion-continuara-siendolo-20071116192342.html.

[45] Véase https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-T-2007-21161.

[46] Disponible en https://elpais.com/diario/2010/01/30/catalunya/1264817245_850

215.html.

[47] Véase https://elpais.com/diario/2010/04/23/catalunya/1271984844_850215.html.

[48] Véanse https://www.lavanguardia.com/economia/20100929/54013360279/una-veintena-de-personas-asalta-y-destroza-la-libreria-europa-de-barcelona.html y https://www.dailymotion.com/video/xj9x81.

[49] Disponible en https://elpais.com/diario/1993/12/10/espana/755478020_850215.html.

[50] Disponible en https://sociedad.e-noticies.es/el-vaticano-ve-lamentable-que-varela-este-en-la-carcel-56638.html.

[51] Véase https://elpais.com/ccaa/2014/03/11/catalunya/1394552419_638171.html.

[52] Disponible en https://elpais.com/ccaa/2016/07/09/catalunya/1468068772_178

325.html.

[53] Disponible en https://elpais.com/ccaa/2016/07/19/catalunya/1468919308_225

346.html.

[54] Véase https://www.publico.es/politica/capitulo-final-libreria-

europa-centro.html.

[55] Véase https://elpais.com/ccaa/2016/09/03/catalunya/1472903613_048601.html.

[56] Disponible en https://www.larazon.es/historico/8265-el-supremo-absuelvea-cuatro-neonazis-por-justificar-el-holocausto-GLLA_RAZON_379416/.

30

La larga transición valenciana

«Per guanyar la llibertat quants germans tenen de caure?»

AL TALL, A Miquel Grau, 1979

Durante muchos años, los actos violentos de la extrema derecha en el País Valenciano se los repartían entre los grupos neonazis y los grupos antivalencianistas, escudados tras el anticatalanismo, muy activos desde la transición y a veces enlazados entre sí. Aunque estos últimos tenían su radio de acción básicamente en la provincia de València y sobre todo en la ciudad, el anticatalanismo ha sido una de las señas de identidad de la derecha y la ultraderecha valenciana desde hace décadas.

El periodista valenciano de elDiario.es Lucas Marco publicó en septiembre de 2020 un artículo que revelaba parte de la intrahistoria de la ultraderecha valenciana que era un secreto a voces.

Emilio Attard (1915-1997), líder de la UCD valenciana y presidente de la comisión del Congreso de los Diputados que redactó la Constitución de 1978, tenía en su archivo una copia notarial de los estatutos del Grupo de Acción Valencianista (GAV), una pequeña organización anticatalanista que protagonizó gran parte de la violencia callejera contra la izquierda a partir de la transición. El archivo de Attard, cedido por su sobrino Vicente Navarro de Luján hace unos años a la Biblioteca Valenciana, incluye una carpeta que contiene una copia

notarial de los estatutos del GAV, un grupúsculo ultra cuyos dirigentes han sido condenados por episodios de violencia política.[57]

El objetivo prioritario de esta organización y de otras del mismo cariz fue el boicot y el acecho a todo aquel que promoviera la normalización de la lengua valenciana (nuestra manera de denominar al catalán en el País Valenciano), la recuperación de la cultura propia más allá del folclorismo y, por extensión, cualquier reivindicación nacionalista, sea en el proyecto conocido como Països Catalans (que engloba los territorios de habla catalana) o simplemente circunscrita al territorio valenciano.

La revelación de Lucas en elDiario.es no sorprendió a nadie, pero al menos servía para demostrar una vez más la connivencia de los artífices de la transición y las cloacas del Estado con la promoción del conflicto identitario valenciano, que todavía hoy forma parte del discurso de la derecha valenciana.

En 2002, tras una investigación que realizamos en el periódico L'Avanç, pudimos identificar a los autores del asalto al Casal Jaume I de Russafa, uno de los centros que Acció Cultural del País Valencià (ACPV) tenía repartidos en varias localidades valencianas, los cuales a menudo eran objeto de ataques de la extrema derecha. Un descuido de los asaltantes nos permitió identificar a tres miembros del Grup d'Acció Valencianista (GAV) como autores de los hechos. La actividad de esta organización desde la transición se había destacado por su constante acecho, a menudo violento, contra la izquierda valencianista. Aunque muchos de los ataques no habían sido reivindicados nunca, el GAV aglutinaba a la mayoría de los alborotadores que, durante muchos años, se dedicarían a boicotear todo tipo de actos políticos y culturales de quienes ellos consideraban «catalanistas».

La confusión sobre el uso del término «valencianista» que puede tener ahora mismo el lector es fruto de la apropiación que la ultraderecha hizo de este término para contraponerlo al supuesto «catalanismo» que representan quienes defienden la unidad de la lengua catalana (un hecho sin discusión académica) y la normalización de la cultura valenciana. Los medios de comunicación regalaron la etiqueta de

«valencianista» a los grupúsculos catalanófobos y españolistas, y usaron el término «nacionalista» o «catalanista» para referirse a quienes defendían y promocionaban la normalización del valenciano, fueran o no seguidores de las tesis del ensayista valenciano Joan Fuster y fueran o no independentistas. Fuster sufrió un atentado con explosivos en su casa el 11 de septiembre de 1981, pero nunca se detuvo a nadie. Lucas recordaría en elDiario.es el suceso cuando se cumplieron cuarenta años, remarcando que la investigación policial estuvo plagada de irregularidades y de un manifiesto desinterés.[58] El periodista Francesc Bayarri acababa de publicar Matar Joan Fuster (Astrohongaresa, 2021), un libro que daba numerosos detalles sobre el caso. Según declaró su autor a Lucas, «todo indica que fue un atentado de la extrema derecha tradicional franquista con conexiones directas con gente ultra del Ejército y de la Policía». Otros escritores e intelectuales de aquellos años, como Manuel Sanchis Guarner,[59] también sufrieron atentados con explosivos. Nunca se detuvo a los culpables.

La articulación de esta identidad valenciana que defendía la derecha se basaba en su oposición a un supuesto plan imperialista catalán para usurpar sus señas de identidad que empezaría por llamar a la lengua compartida «catalán», a pesar de que en el País Valenciano se llamaba coloquialmente «valenciano». Simplemente reconocer que se trataba de la misma lengua (algo que reconoce la misma Academia) ya te situaba en el bando «catalanista». Incluso la enseñanza en valenciano, que llegó de manera oficial a principios de los noventa, era una pieza más de la conspiración para «catalanizar» a los niños valencianos. Por ello, el blaverismo, que es como se conoce este movimiento en referencia a la franja azul de la señera valenciana, combatió cualquier política de normalización de la lengua, cualquier entidad o acto que promocionase su uso, desde entidades políticas y culturales hasta las propias universidades, a las que acusaban de estar al servicio de dicho complot.

Aunque muchos de los militantes del blaverismo ni siquiera se consideraban a sí mismos ultraderechistas, las connivencias con otras organizaciones de este signo y la vinculación de algunos de ellos con el mundo ultra eran de sobra conocidas. El sociólogo Vicent Flor publicó en 2009 su tesis doctoral: L'anticatalanisme al País Valencià: Identitat i reproducció social del discurs del Blaverisme. En este excelente trabajo, Flor desgrana con absoluto rigor y honestidad la

construcción identitaria del anticatalanismo valenciano, un mundo que llegó a conocer en primera persona tras pasar brevemente por una de las distintas organizaciones de aquel espectro. A partir de este trabajo académico, publicó dos años más tarde su libro Noves glòries a Espanya: anticatalanisme i identitat valenciana (Afers, 2011). A su presentación en una conocida librería de València acudió un grupo de ultraderechistas que consiguieron reventar el acto y posteriormente fueron absueltos. En la mesa, junto a Flor, estaba Mònica Oltra, quien más tarde sería vicepresidenta del Consell. Entre los boicoteadores había miembros del GAV y de España 2000.

Flor lo resumía perfectamente con estas palabras:

La unidad de la lengua o el secesionismo (lingüístico) no es lo más importante, a mi juicio. Lo que está en juego es la normalización del valenciano, y el secesionismo es una estrategia para atacarlo. Si conflictivizamos la identidad de la lengua, piensan los anticatalanistas, contribuimos a su desprestigio y dificultamos su recuperación social. Y, en buena medida, lo han conseguido.

La actividad violenta de los grupos anticatalanistas en el País Valenciano fue incesante y siempre había quedado impune desde la transición. Aunque la pillada de los tres miembros del GAV supuso un hito, la violencia continuó aquellos años y el GAV se presentó en numerosas ocasiones a boicotear actos, lo cual incluso llegó a anunciar en sus foros, sin que la policía hiciese acto de presencia. También se dedicaban a atacar comercios que rotulaban en valenciano, porque los consideraban catalanistas. El Grup Vinatea, una organización fantasma que firmaba algunas de estas acciones, lanzaba incluso amenazas para que los comerciantes cambiaran sus rótulos. El valencianismo, por su parte, aguantaba casi siempre estoicamente las agresiones, como si poco a poco asumiera que formaban parte de la normalidad, igual que los sucesivos Gobiernos del PP desde principios de los noventa hasta hace relativamente poco. Simplemente convocar actividades, abrir locales, hacer cultura en valenciano y tratar de vivir con normalidad ya eran actos de resistencia.

El 20 de febrero de 1998, un viernes por la tarde, el GAV y otros grupúsculos anticatalanistas convocaron un acto ante el Palau de la Generalitat, en el barrio del Carmen. En este barrio se concentraba entonces la izquierda de la ciudad de València.

De pronto, unas cincuenta personas disfrazadas se plantaron ante la concentración anticatalanista con una pancarta que ridiculizaba las tesis negacionistas del blaverismo comparándolas con las de los conspiranoicos terraplanistas. «La tierra es plana. El balensiano no es katalán», decía la pancarta que portaban; así, mal escrita, que era como escribían los blaveros el valenciano —con sus propias normas, las Normas de El Puig— para diferenciarlo del normativo. Los inesperados manifestantes coreaban: «La tierra es plana, porque a mí me da la gana», ante el asombro de los manifestantes ultras y el desconcierto de la policía. Circulaban en València por aquel entonces unas pegatinas de los anticatalanistas con una señera con una franja azul atravesada —como si la hubiesen pintado con una brocha— y uno de los lemas favoritos de los ultras: No mos fareu catalans («No nos haréis catalanes»). Los participantes en la performance se habían currado un diseño alternativo de estas pegatinas que, en vez de la leyenda original, decía: No mos fareu calamars («No nos haréis calamares»). La gente que observaba la escena no entendía nada.

El diario El País recogió al día siguiente la noticia del acto ultra y dedicó el último párrafo a esta acción.

Un grupo de jóvenes esgrimió una pancarta irónica —«La tierra es plana, el balensiano no es katalán»— sobre el GAV, a la que respondieron jóvenes de esta entidad con el grito «Guillem, jódete», en alusión a Guillem Agulló, muerto a manos de un grupo considerado próximo a la ultraderecha. La concentración finalizó pasadas las 20.30 sin que se produjeran incidentes, según fuentes policiales.

El clima de violencia y acoso de la ultraderecha entonces era irrespirable. La violencia desatada de estos grupos llegaría incluso a volverse contra algunos de los que hasta entonces eran considerados sus compañeros o aliados. El PP había llegado al Gobierno valenciano

y a la alcaldía de València gracias al apoyo de Unió Valenciana, un partido regionalista que aglutinaba el voto anticatalanista y parte del conservador que quedaba al margen del PP. Esto supuso una serie de favores al blaverismo en forma de cargos para varios de sus máximos representantes, así como subvenciones a entidades afines.

Por este motivo, el Ayuntamiento de València empleó a menudo la normativa inventada por el secesionismo lingüístico. Esta normativa lingüística no estaba reconocida académicamente, pero se oponía al valenciano normativo para diferenciar el valenciano del catalán. Ni siquiera los máximos exponentes del blaverismo conocían su propia normativa y lo habitual era que escribieran en castellano. Cuando finalmente, en 1998, el PP pactó la creación de la Academia Valenciana de la Llengua (AVL) para sellar la paz lingüística y poner fin al conflicto, la derecha regionalista reaccionó violentamente y boicoteó actos, insultó y amenazó a quienes lo apoyaban, aunque muchos habían sido sus principales aliados, como Xavier Casp o Ramón Ferrer. Finalmente, sus temores se cumplieron y estos antiguos blaveros acabaron por reconocer la unidad de la lengua y la normativa oficial, que hoy en día está plasmada en el Estatut d'Autonomía, aprobado por el PP. Desde entonces, el blaverismo irredento considera que el PP ha traicionado al pueblo valenciano y ha cedido al chantaje catalán. A pesar de esto, el PP sigue esgrimiendo el secesionismo lingüístico cuando le conviene, aunque haya admitido la unidad de la lengua y considere a la AVL la autoridad lingüística. Esta hipocresía sigue vigente a día de hoy, ya que el anticatalanismo sigue dando votos en el País Valenciano.

Al mismo tiempo que el conflicto lingüístico atravesaba la actualidad valenciana, se vivió una escalada de actos violentos por parte de los grupos de extrema derecha, que fueron cada vez a más. En junio de 2002, miembros del GAV intentarían boicotear un acto del Institut d'Estudis Catalans (IEC) en la Biblioteca Municipal de Sueca. Un año después, el busto del ensayista valenciano Joan Fuster, en la misma localidad, y de nuevo la Biblioteca Municipal serían atacados con pintadas insultantes y amenazantes. En 2004, de nuevo el GAV y otros grupos ultraderechistas se concentraron en el Palacio de Congresos de València contra un acto de ERC. En 2005, ultras del València FC atacaron a varios seguidores del Athletic Club de Bilbao y dejaron varios heridos. En 2006, los anticatalanistas boicotearon en Sollana la presentación de otro libro —en este caso sobre Tirant lo Blanc—. Ese

mismo año, los ultraderechistas tomaron la Facultad de Derecho de València y amenazaron al rector. Un mes después, varios ultraderechistas entraron en la librería Tres i Quatre de València y rompieron varios libros y agredieron a los clientes. A los pocos días, el concejal del Bloc Nacionalista Valencià (BNV) en Mislata, una localidad pegada a València, fue agredido en plena calle por unos neonazis. Cuando fue a la comisaría a poner la denuncia, la policía no lo atendió por hablar en valenciano.

También en Mislata, el Centro Social La Quimera, en el que participaba también el concejal agredido, fue objeto de numerosos ataques por parte de la ultraderecha. Varios ataques con cócteles molotov y una paliza a una de las jóvenes que frecuentaban el local se sumaban a otras agresiones y atentados cada vez más violentos aquellos años. La sede de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR) en València también fue objeto de atentados con explosivos, incluso en horario de oficina. En uno de estos ataques, un niño que acompañaba a su madre a hacer gestiones apagó con el pie la mecha que prendía un artefacto casero con varios petardos de grandes dimensiones y un recipiente con metralla. Por suerte, la bomba no llegó a explotar. CEAR denunció la colocación de hasta diez artefactos de este tipo en poco menos de un año en su sede. No hubo ningún detenido.

En 2006, el Centro Social Okupado Pepika la Pilona —que llevaba abierto desde 1998 en el barrio del Cabanyal— fue incendiado y quedó destrozado. Aunque al principio pareció un accidente, más tarde varios neonazis, que ya lo habían intentado varias veces sin éxito, lo reivindicaron en sus redes sociales. En 2007 también atentaron con explosivos contra las sedes del BNV en Gandía y Catarroja, la de ERPV en València y una mezquita de Gandía. En Castelló, unos neonazis atacaron a un joven y le grabaron una esvástica en la cara con una navaja. En València, un grupo de neonazis vinculados a los ultras del València apuñalaron a un antifascista, que estuvo a punto de perder la vida. A esto se suman decenas de ataques con pintadas contra sedes políticas, centros sociales y monumentos, así como boicots a actos culturales y políticos, y las habituales cacerías neonazis en las inmediaciones de los tradicionales conciertos del 25 d'Abril en la zona de las universidades. Era una consigna ir siempre en grupo cuando se salía de estos actos, porque se sabía que los neonazis buscaban presas fáciles, jóvenes que

fueran en grupos reducidos para cazarlos entre varios y darles una paliza. En 2007, varias personas de fuera de València, que no estaban acostumbradas a este clima de acoso y violencia neonazi, fueron agredidas brutalmente cuando iban a recoger su coche y acabaron en el hospital.

Este era el panorama en València y alrededores aquellos años. Pocas veces se daba con los culpables y la sensación de impunidad era tremenda para quienes sufrían la violencia y para quienes la perpetraban, acostumbrados a que nunca les pasase nada. Nadie se libraba, porque esta campaña violenta de la extrema derecha alcanzaba a todo el espectro de la izquierda y del mundo de la cultura. El Bloc Nacionalista Valencià llevó una proposición no de ley a las Cortes Valencianas en octubre de 2009 para denunciar el clima de acoso y violencia ultra, unos días después de que varios de sus militantes fueran atacados. El delegado del Gobierno, el socialista Ricardo Peralta, afirmó lo siguiente:

En democracia, tenemos que asumir que hay determinadas actuaciones que, nos gusten más o menos, forman parte de una determinada normalidad.

Las bombas, las agresiones y el acoso ultraderechista eran, para este señor, algo normal en democracia.

El movimiento antifascista se reorganizó aquellos años a través de colectivos locales. Estos, ante la ofensiva ultraderechista, empezaron a coordinarse a nivel comarcal para intentar, al menos, organizar la autodefensa en los actos y los locales que eran atacados sin cesar. Fue el origen de la Coordinadora Antifeixista Intercomarcal (CAI), que juntó a colectivos de las comarcas de La Marina, La Costera, La Ribera, L'Horta, La Safor y de varios pueblos de otras comarcas. Durante un tiempo, se dedicó casi en exclusiva a la investigación y prevención de ataques, y organizaba la autodefensa tejiendo complicidades con otros colectivos que también eran víctimas de la violencia ultraderechista.

En 2007 se puso en marcha la web antifeixistes.org. En ella se recopila

información relacionada con la extrema derecha en el País Valenciano y fuera de él. Cada caso se documenta y se ofrece un archivo histórico escaneado de cientos de noticias sobre la extrema derecha que no se encontraban en la Red. Esta web, además de ofrecer información de actualidad, sirvió para visibilizar la incesante actividad de la extrema derecha y cada respuesta que se daba. Fue entonces cuando se creó y popularizó el logo de Antifeixistes País Valencià, que hoy siguen usando los colectivos antifascistas valencianos. Hoy en día, esta web sigue activa y actualizada, con abundante material de consulta y análisis que da fe de aquellos años de plomo.

Mucha gente empezó a tomar conciencia de la importancia de articular una respuesta ante esta ofensiva de la ultraderecha y poco a poco se empezaron a explorar nuevas vías de actuación más centradas en la denuncia social y en la acumulación de fuerzas que en la acción en la calle. Al menos de momento.

---

[57] Disponible en https://www.eldiario.es/comunitat-valenciana/memoria-democratica/tentacion-ultra-ucd-transicion-padre-constitucion-tenia-archivo-copia-notarial-creacion-colectivo-anticatalanista-activo_132_6215001.html.

[58] Véase https://www.eldiario.es/comunitat-valenciana/memoria-democratica/cuatro-decadas-atentado-ultra-goma-2-ensayista-joan-fuster-apenas-merecio-investigacion-judicial-40-folios_132_8291249.html.

[59] Véase https://elpais.com/diario/1978/12/06/espana/281746831_850215.html.

31

Todo es ETA

«Haika mutil, jeiki hadi, zer oinon

den mira hadi! Bai, nausia, egia da;

mutiltto hau unhatu da».

«¡Arriba, muchacho, levántate,

mira qué más hay! Sí, señor, es verdad;

este muchachito está cansado».

MIKEL LABOA, Haika Mutil, 1974

Martxelo Otamendi, director del periódico Egunkaria, fue detenido junto a otros diez trabajadores el 20 de febrero de 2003. Se consideraba que el periódico formaba parte de un conglomerado empresarial controlado por ETA y fueron acusados de integración en organización armada. Tras pasar cinco días incomunicado en prisión, Otamendi denunció que había sido sometido a numerosas torturas. Pocos medios del Estado español se hicieron eco de su denuncia. En medio de la estrategia de todo es ETA, que un vasco denunciase torturas no era noticia. Y por supuesto, no se le creía. Todo estaba justificado si existía el más mínimo atisbo de relación con el independentismo vasco.

Aquellos años, la violencia de ETA provocaba ya un gran rechazo social no solo entre los detractores del independentismo, sino en gran

parte de la sociedad, también en sectores de izquierdas o independentistas que anteriormente habían sido relativamente acríticos ante la lucha armada. La estrategia de la «socialización del sufrimiento» con asesinatos como los de Miguel Ángel Blanco, Ernest Lluch y varios concejales de pequeñas localidades, periodistas, así como atentados como el de Hipercor, entre muchos otros, fueron determinantes para abrir una brecha en el apoyo que el movimiento había tenido hasta entonces. En 1998 se había intentado una salida negociada al conflicto con el Pacto de Lizarra-Garazi, promovido por formaciones políticas, sociales y sindicales nacionalistas y de izquierdas (desde el PNV hasta Ezker Batua, la marca vasca de IU). ETA declaró una tregua que rompió el año siguiente. El Estado era consciente de los movimientos de la izquierda y el nacionalismo para convencer a ETA de que abandonase la lucha armada. Al frente del Gobierno estaba José María Aznar, que había criticado ferozmente al PSOE por los GAL. Aznar, con la ayuda de jueces como Baltasar Garzón, emprendió una cruzada contra todo lo que estuviese relacionado con la izquierda abertzale o simplemente se le atribuyese tal relación. Inauguró así lo que se conocería como todo es ETA. Además, en junio de 2002 el Gobierno aprobó la ley de partidos, con la cual se ilegalizó Batasuna, el partido de la izquierda abertzale, así como las sucesivas formaciones que trataron de sortear esta ley creada ad hoc para combatir lo que consideraban el entorno político y social de ETA.

La violencia de ETA no cesó hasta 2011, pero la política y la retórica antiterrorista condicionaron no solo a la sociedad vasca, sino a la de todo el Estado español durante décadas, incluso hasta hoy. El Estado se sirvió de ella para estigmatizar y perseguir no solo lo que consideraba simpatizante del independentismo vasco o crítico con las políticas antiterroristas o represivas del Estado, sino simplemente todo el entorno de la izquierda, fuese o no independentista y fuese o no vasca. Cualquiera que criticase la política antiterrorista, denunciase las torturas o cuestionase la ilegalización de organizaciones o la detención de personas del entorno abertzale era susceptible de ser relacionado con ETA.

Durante muchos años, el debate sobre la violencia de ETA fue habitual. Siempre hubo quienes justificaban cualquier acción suya, pero también quienes manifestaban sus discrepancias, su condena y su cansancio ante tal situación. Por otro lado, estaban quienes

justificaban cualquier actuación contra «el entorno», que para ellos era mucho más amplio que el real. Esto lo sabían, pero les servía para machacar cualquier disidencia.

Una grieta que apareció en aquellos bloques monolíticos de «conmigo o contra mí» fue el documental de Julio Medem La pelota vasca: La piel contra la piedra (2003). Medem dio voz a familiares de víctimas de ETA y a personas de la izquierda abertzale que habían sufrido torturas, algo que hasta ese momento nadie se había atrevido a hacer. Si alguien denunciaba torturas, se afirmaba automáticamente que era una consigna de ETA y casi nunca se investigaban; mucho menos se reconocían y menos aún se condenaban. Tampoco se hablaba del conflicto como lo hizo Medem, con una mirada amplia, sin obviar la violencia que lo atravesaba, pero sin reproducir los marcos a los que estábamos habituados a través de los medios de comunicación. El film es un potente relato humano y plural sobre el conflicto, de exquisita manufactura y envuelto en la preciosa música de Mikel Laboa, que acompaña las bonitas imágenes de los montes y bosques de Euskal Herria.

La derecha emprendió una campaña brutal de acoso contra Medem por haber tenido la osadía de salirse del guion. Se convocó una protesta contra su película a las puertas de los Premios Goya y el Gobierno del PP llegó incluso a retirar el apoyo económico de la Embajada de España al festival internacional de cine de Londres como protesta por proyectarla. Medem declaró a El País:

Me acusan de incitar al terrorismo, de no ser respetuoso con las víctimas y de cobrar del PNV por hacer esta película. Ahora dicen que soy persona non grata. No merece la pena ser víctima de tanta calumnia.

Precisamente en la proyección de La pelota vasca en el Kursaal de Donosti, Eduardo Madina, miembro del PSOE en Euskadi, se acercó a saludar al músico Fermín Muguruza, fundador de Kortatu y Negu Gorriak. Madina le mostró su solidaridad ante la campaña de acoso y criminalización en su contra, que había provocado la cancelación de

numerosos conciertos suyos. El militante socialista había perdido una pierna un año antes en un atentado de ETA. «Me cago en la hostia, ahí estabas tú solidarizándote conmigo, un año y pico después de que ETA casi se te llevara por delante», explicaba Fermín en una entrevista en el periódico El Mundo. Madina recordaba que cuando empezó a militar en las Juventudes Socialistas en 1993, Negu Gorriak era uno de sus grupos preferidos. Este encuentro casual motivó algo más. En 2016, Madina y Muguruza se citaron en Irún y conversaron durante horas. Los acompañó el historietista e ilustrador Alfonso Zapico, quien inmortalizaría aquel encuentro en un cómic, Los puentes de Moscú (Astiberri Ediciones). Es lo que relata el periodista Pedro Simón en un reportaje de El Mundo:

En la vida, en la política y en la cultura, hay quienes se dedican a derrumbar puentes y hay quienes se dedican a levantarlos. Esta historia va de los segundos. […] «Ningún conflicto tan difícil de explicar como este. Tan cruel en sus pequeños detalles, tan doloroso en sus silencios», comenta Zapico. «Dibujar los años negros de Euskadi es embarrar los zapatos en un charco. ¿Por qué lo hago? Por curiosidad, por ver la desembocadura. Tal vez el charco sea ya la desembocadura» […]. «El cómic tiene un valor sentimental para gentes como Fermín y Eduardo, esas generaciones que no piensan en la mochila que llevan detrás, sino que tienen entre ceja y ceja lo que va a pasar con sus hijos», asegura el autor. «La única incógnita que yo tengo es cómo le llegará a la gente. No se puede pretender hablar de un tema como este sin esperar que a alguien le parezca mal».[60]

Con el tiempo, se produjeron cada vez más gestos desde diferentes lados que intentaban superar una barrera que parecía insalvable. Lo que se llamó encuentros restaurativos entre víctimas y victimarios —presos o familiares de presos de ETA y víctimas de ETA, del GAL o del Batallón Vasco Español— acercaba a diferentes víctimas del conflicto para tratar de restaurar la humanidad en una situación salpicada por todo tipo de violencias y demasiado ruido interesado.

Este es el caso de obras como la de Aitor Merino, actor y director de cine residente en Madrid que explicó su relación con su mejor amigo,

Asier, quien acabó formando parte de ETA, cuya violencia él rechazaba tajantemente. El film muestra las discusiones entre ambos, atravesadas por su amistad y por sus contradicciones. Plasmó su historia en el documental Asier eta biok (Asier y yo, 2013). La hermana de Aitor, Amaia Merino, y Miguel Ángel Llamas estrenaron más recientemente (en 2021) otro documental sobre el caso de Mikel Zabalza. Este joven navarro, conductor de autobús, fue detenido por la Guardia Civil en 1985 y, a pesar de que no guardaba ninguna relación con ETA, apareció un tiempo después muerto en el río Bidasoa con signos de haber sido torturado. Non dago Mikel? recoge también testimonios de otras víctimas de torturas, como el del escritor Jon Arretxe, quien fue detenido en la misma operación que Zabalza cuando tenía veintiún años y estudiaba Bellas Artes. El propio Arretxe relata aquellos días en los que fue sometido a terribles torturas en su libro Intxaurrondo, la sombra del nogal (Garaje Negro, 2015).

En relación con el documental sobre el caso Zabalza, la periodista Eulàlia Iglesias señalaba en El Confidencial cómo funcionaba el relato oficial y las dificultades que había para denunciar las torturas y la guerra sucia que se desarrolló durante el Gobierno de Felipe González.

El relato de los torturados se confronta con los posicionamientos oficiales de las instituciones del Estado por aquel entonces. Choca la tremenda desfachatez con que, por ejemplo, Jorge Argote, abogado de la Guardia Civil, se explaya en una rueda de prensa en la versión oficial falsa de la fuga de Zabalza y su ahogamiento en el río Bidasoa, mientras insiste en que las personas que denuncian torturas «por supuesto que mienten». El documental también recupera dos intervenciones del diputado del PNV Marcos Vizcaya interpelando a Barrionuevo sobre los hechos en el Congreso de los Diputados. Resulta clave oír al ministro del Interior manifestando que solo había dos posibles versiones, o la oficial mantenida por el Gobierno o la de los «amigos» de ETA. Y que no cabía una tercera posibilidad. Barrionuevo dejaba claro el control sobre la narrativa en torno a la violencia en el País Vasco, en un posicionamiento que no solo no es propio de una «democracia plena», sino que además imposibilitaba cualquier vía alternativa para acabar con el terrorismo.[61]

Más recientemente, el actor gallego Luis Tosar fue también objeto de una campaña de criminalización por parte de varios sectores de la ultraderecha. En la película Maixabel (Icíar Bollaín, 2021), Tosar encarna a Ibon Etxezarreta, un miembro de ETA relacionado con el asesinato de Juan María Jáuregui, exgobernador civil de Guipúzcoa en el año 2000. El film trata sobre el encuentro de Etxezarreta con Maixabel Lasa, viuda de Jáuregui y una de las impulsoras de los encuentros restaurativos entre familiares de víctimas de ETA y miembros de la banda que querían realizar un gesto de reconocimiento hacia sus víctimas. En una entrevista para El Correo realizada por Oskar Belategui, Tosar explicó que se había encontrado con la persona a la que iba a representar en la película y dice de él: «Ideológicamente estábamos situados en un lugar muy parejo», ya que Tosar había crecido en ambientes nacionalistas gallegos de izquierdas, «por suerte en un entorno mucho más calmado y benévolo que Euskadi». Y a continuación confesaba: «Yo no podía evitar pensar que, si hubiera nacido donde Ibon nació, igual estaban las tornas cambiadas». El periodista le pregunta entonces si podría haber acabado en ETA, a lo que Tosar responde: «Quizás sí. O no. Depende de muchos factores, el entorno puede mucho pero también hay una intención, está en ti. Lo terrible es cuando llega el momento en el que te das cuenta del error cometido y del dolor que has provocado».

A pesar de ser obvio que las declaraciones de Tosar no son ni una justificación ni un apoyo a ETA ni a la violencia, a la derecha le dio igual y emprendió una campaña contra él acusándolo de banalizar y justificar el terrorismo. Por suerte, la campaña no cuajó y se quedó en una pataleta en redes sociales que no llegó a más.

En 2010, la Audiencia Nacional falló por fin en el caso de Egunkaria. El periodista José Yoldi lo explicó así en El País:

El juez Juan del Olmo, basándose en un informe de la Guardia Civil y con los mismos documentos de ETA que habían servido al juez Garzón para cerrar Egin, clausuró Euskaldunon Egunkaria, el único diario que se editaba íntegramente en euskera en esos momentos y que recibía subvenciones del Gobierno vasco como promoción al citado idioma. Además, detuvo a todos sus directivos, ordenó su incomunicación, clausuró la sociedad editora y liquidó sus bienes. Todo ello porque,

según exponía, Egunkaria fue «creada, financiada y dirigida por ETA, teniendo un lugar en las estructuras de la banda y unos enlaces determinados para recibir las directrices de la misma y poder remitir información».

Siete años después, la Audiencia ha desmontado el montaje. Javier Gómez Bermúdez, presidente y ponente; Manuela Fernández Prado y Ramón Sáez, en una resolución valiente y documentada, han puesto las cosas en su sitio. «Las acusaciones no han probado que los procesados tengan la más mínima relación con ETA, lo que por sí determina la absolución con todos los pronunciamientos favorables», dice la sentencia, que añade: «Pero, más allá de esto, tampoco se ha acreditado ni directa ni indirectamente que el periódico Euskaldunon Egunkaria haya defendido los postulados de la banda terrorista, haya publicado un solo artículo a favor del terrorismo o de los terroristas ni que su línea editorial tuviese siquiera un sesgo político determinado; esto último, además, no sería delictivo».

Por si no fuera poco, agrega que «incluso los miembros de la Guardia Civil que comparecieron como peritos reconocieron que no se había investigado si la línea del periódico era o no de apoyo a ETA, lo que hace incomprensible la imputación». El tribunal critica al juez instructor al precisar: «El cierre provisional o cautelar de Euskaldunon Egunkaria, único diario que existía en euskera, no tenía habilitación constitucional directa y carecía de una norma legal especial y expresa que la autorizara».

[…] «Los medios de comunicación desarrollan una actividad imprescindible en una sociedad democrática al ser vehículo de los derechos fundamentales básicos de los ciudadanos», dice la sentencia, que puntualiza que el quebranto de los derechos, desde el punto de vista del pluralismo, es mayor en el caso de Egunkaria, al ser la única publicación diaria en euskera. La sentencia excluye la omnipresencia de ETA en la sociedad vasca y subraya que «la estrecha y errónea visión según la cual todo lo que tenga que ver con el euskera y la cultura en esa lengua tenga que estar fomentado o controlado por ETA conduce, en el proceso penal, a una errónea valoración de datos y hechos y a la inconsistencia de la imputación».

La sentencia critica a las acusaciones y señala que primero han decidido cuál era la conclusión que se predica, sin base, y luego se

buscan las señales que coincidan, rechazando las explicaciones que no apoyen la conclusión.[62]

Dos años después, en 2012, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos (TEDH) condenó a España al entender que el Estado español vulneró el artículo 3 del Convenio Europeo de Derechos Humanos, que prohíbe el trato inhumano o degradante, y recuerda que la detención bajo régimen de incomunicación precisa de medidas de vigilancia jurisdiccional apropiadas para evitar abusos sobre la integridad de los detenidos. El periódico El País contó así este nuevo revés de la justicia europea al Estado español por no investigar las torturas denunciadas:

En los días siguientes a su detención, Otamendi fue examinado en cuatro ocasiones por un forense. En sus informes, el médico relató que Otamendi se había quejado de haber tenido que permanecer de pie durante periodos prolongados, haber sido amenazado de torturas, haber recibido golpes intimidatorios en sus órganos genitales y otros malos tratos.

Ante el juez de instrucción denunció que se le había impedido dormir, que le habían obligado a hacer flexiones durante dos horas, haber sufrido insultos homófobos y que había sido desvestido y obligado a adoptar una posición sexual. También denunció que le colocaron un objeto metálico sobre la sien que habría hecho un ruido semejante a una detonación de pistola y que le cubrieron la cabeza con una bolsa de plástico.

La denuncia de Otamendi por malos tratos durante su incomunicación sufrió diversas vicisitudes procesales hasta que una juez de instrucción de plaza de Castilla ordenó comparecer al forense. Este declaró que había encontrado a Otamendi perfectamente consciente y orientado y sin signos aparentes de agotamiento. El forense añadió que el detenido siempre había rehusado dejarse examinar y aseguró que recogió textualmente en su informe las palabras del preso. También declaró que tuvo la impresión de que las alegaciones de malos tratos no se correspondían con lo que había visto.

La denuncia de Otamendi fue archivada provisionalmente en 2004 y sus sucesivos recursos, rechazados. El Tribunal Constitucional no admitió a trámite su recurso de amparo. En abril de 2010, Otamendi y otros cuatro directivos de Egunkaria fueron absueltos de pertenecer a ETA. El Tribunal de Estrasburgo observa que el primer juez de instrucción se mostró pasivo ante las sevicias denunciadas por Otamendi, y que sus demandas de ser escuchado en persona y de que declarasen los agentes de la Guardia Civil implicados y la persona que compartió la celda con él no fueron tenidas en consideración por otros jueces. Estima el tribunal que las investigaciones llevadas a cabo no profundizaron suficientemente ni fueron efectivas para cumplir los requisitos el artículo 3 del Convenio Europeo de Derechos Humanos. La Corte subraya que a pesar de la insistencia del recurrente de denunciar los malos tratos, la desestimación de su denuncia se produjo sobre la base de los informes médicos y la declaración del forense, sin que Otamendi fuera interrogado personalmente.[63]

Es importante incluir esto en el libro para explicar el clima de aquellos años y el papel que jugaron la violencia de ETA, las políticas antiterroristas y la caza de brujas conocida como todo es ETA. El miedo de quienes se veían como objetivo de la banda y el miedo de cualquiera a ser relacionado con ella o acusado de darle apoyo condicionó mucho la actividad política y puso en relieve la instrumentalización de un conflicto que, lamentablemente, es recurso habitual todavía hoy para la derecha española. La acusación de «proetarra» o las referencias a la banda son aún recurrentes para estigmatizar al adversario.

Un ejemplo fue el incidente que tuvo lugar en la madrugada del 15 de octubre de 2016 en el bar Koxka de la localidad navarra de Altsasu. Dos guardias civiles y sus parejas denunciaron haber sido agredidos en el establecimiento por un grupo de jóvenes del pueblo tras una discusión. El relato de los medios de comunicación, al compás de la versión de los agentes, fue una especie de revival de la kale borroka y se pretendió acusar a los jóvenes primero de delito de odio contra la Guardia Civil y posteriormente de terrorismo, con una petición total de penas de 375 años de prisión. El caso fue juzgado en la Audiencia Nacional, que acabó por desechar la acusación de terrorismo, pero condenó a siete de los acusados a penas de entre nueve y trece años de

cárcel, y a una acusada a dos años de prisión. La jueza fue Concepción Espejel, casada con un alto cargo de la Guardia Civil y condecorada por el Ministerio del Interior con la Orden del Mérito de la Benemérita. Varios de los jóvenes ya habían pasado más de un año en prisión preventiva a la espera de juicio y los medios de comunicación usaron de nuevo el fantasma de ETA para criminalizar a los jóvenes encausados y tratar de hacer pasar una pelea de bar por un ataque premeditado dentro de una estrategia política de la banda armada. El periodista del diario Público Danilo Albín explicó así el encaje de este relato:

Principalmente, la Benemérita y la Audiencia Nacional sostienen que no fue una pelea, sino un acto orquestado dentro de la campaña Alde Hemendik («Fuera de aquí») que tanto los agentes como los jueces atribuyen a ETA. De esta manera, la reyerta se acabó convirtiendo en una parte más del concepto todo es ETA, ampliado hasta límites insospechables durante la última década. «Esa posición absolutamente contraria y burda fue aceptada por el juzgado, y es la base fundamental para acusar a estos jóvenes de delitos terroristas», indicó a Público la abogada Amaia Izko, una de las encargadas de la defensa.

En ese contexto, los representantes legales de los acusados quisieron presentar ante el tribunal que los juzgará un informe pericial histórico y sociológico sobre el origen del Alde Hemendik o «Que se vayan», básicamente para demostrar que ni nació, ni creció ni se consolidó bajo la dirección de ningún grupo terrorista, sino que se trata de una reivindicación que nació a finales de los setenta de la mano de Euskadiko Ezkerra (movimiento que luego se coaligó al PSE). El término se popularizó como lema para reclamar la desmilitarización de Euskadi, una de las zonas de Europa con más policías por habitante.

El Tribunal Europeo de Derechos Humanos rechazó, en enero de 2022, el recurso de los encausados, que consideraban que podría haberse vulnerado el derecho a un juicio justo aludiendo a cuestiones como la supuesta parcialidad de la jueza por su vinculación con la Guardia Civil o la no admisión de algunas pruebas.

En octubre de 2021, coincidiendo con el décimo aniversario del anuncio del fin de la lucha armada por parte de ETA, el coordinador general de EH Bildu, Arnaldo Otegi, y el secretario general de Sortu, Arkaitz Rodríguez, ofrecieron una rueda de prensa en Donostia:

Queremos trasladarles que sentimos su dolor y afirmamos que nunca debería haberse producido. A nadie puede satisfacer que aquello sucediera. No se debería haber prolongado tanto en el tiempo. Deberíamos haber llegado antes a Aiete [en referencia al anuncio del fin de ETA en 2011]. Desgraciadamente, el pasado no tiene remedio. Nada de lo que digamos puede deshacer el daño causado. Pero estamos convencidos de que es posible aliviarlo desde el respeto y la memoria. Sentimos enormemente su sufrimiento y nos comprometemos a mitigarlo.

Ambos dirigentes abertzales hicieron referencia también a los presos, a las víctimas de las torturas (4.113 casos entre 1960 y 2014 certificados por el Instituto Vasco de Criminología)[64] y del terrorismo de Estado, y reafirmaron su compromiso con las «vías exclusivamente democráticas y pacíficas» para la resolución del conflicto. Sin embargo, a pesar del gesto y de la ausencia de violencia de ETA desde hace diez años, la derecha española no perdió la ocasión. El exministro del Interior del PP Jaime Mayor Oreja y la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, manifestaron que «ETA está más presente que nunca».

---

[60] Disponible en https://www.elmundo.es/papel/historias/2018/04/06/5ac509b2e2704eef118b4647.html.

[61] Disponible en https://www.elconfidencial.com/cultura/cine/2021-02-26/nondago-mikel-intxaurrondo-torturas_2967676/.

[62] Disponible en https://elpais.com/diario/2010/04/13/

espana/1271109605_850215.html.

[63] Disponible en https://elpais.com/politica/2012/10/16/actualidad/1350375157_861

398.html.

[64] https://www.eldiario.es/euskadi/euskadi/estudio-denuncias-torturas-gobierno-vasco-upv_1_2995016.html

32

Los ambiguos y la

seducción de la violencia

Estábamos un grupo de gente y nos cruzamos con este grupo de neonazis en la salida del metro de Fontana. Uno de ellos sacó un arma, un cuchillo de unos diez centímetros, y nos amenazó. Otro de los neonazis tomó el arma y apuñaló en el cuello a Roger. Se fueron al grito de Sieg Heil!

El 14 agosto de 2004, Roger Albert, un joven punk de Barcelona, fue apuñalado en el cuello en pleno barrio de Gràcia por un grupo de ocho neonazis. Falleció meses después tras permanecer un tiempo en el hospital con pronóstico grave. Dos de los amigos que estaban ese día con él relatan lo sucedido en las jornadas organizadas por el décimo aniversario del asesinato de Carlos Palomino en La Atalaya (Madrid) en 2017, en las que participaron familiares de víctimas de los neonazis del Estado español y otros países.

Los neonazis que asesinaron a Roger fueron arrestados, pero les pusieron en libertad a los pocos días mientras Roger se debatía entre la vida y la muerte. Sus amigos explicaron el caso en las jornadas y recordaron que uno de los autores del crimen era un personaje conocido en València. Un joven que había sido visto en ambientes de izquierdas y que de un día para otro desapareció. Hasta que la noticia del crimen de Roger desveló su paradero. El número 71 del periódico L'Avanç desvelaba la identidad del asesino y su paso anterior por ambientes de izquierdas.

Según las fuentes consultadas, Aitor se dio a conocer como un joven de izquierdas, independentista, vegetariano por ideas y forofo del fútbol, pero pronto destacó por su actitud extremadamente agresiva contra cualquier persona, sin distinguir amistades o supuestas afinidades políticas. Por su personalidad ha llegado a ser catalogado por sus viejos conocidos como un «desequilibrado» de quien todos tienen una opinión coincidente: «Era un colgado que siempre buscaba bronca». Alguna vez había acudido a ver al Levante UD, y se acercó a Força Llevant. Pero toda una serie de agresiones y amenazas cruzadas con aquellos con quienes pretendía simpatizar lo llevaron a ser rechazado por completo de la peña. Su actividad política era nula, «era capaz de agredir a cualquiera que le recriminara algo» y cuando hablaba de política «casi nadie le escuchaba».

A los pocos días de la muerte de Roger, se convocó una manifestación en Barcelona que reunió a cerca de diez mil personas. La rabia desatada por este nuevo crimen neonazi y la puesta en libertad provisional del asesino terminó en disturbios por el centro de la ciudad y cuatro personas fueron detenidas. Lo mismo sucedió dos años después, cuando Aitor fue condenado a once años de prisión, tras pedir el jurado popular su indulto, y el resto de implicados resultaron absueltos. De nuevo, las calles del barrio de Gràcia se llenaron de indignación. En las calles sonó esta consigna: «La justicia es ciega, pero nosotros no. Ni olvido ni perdón». Aitor hoy está en la calle y todavía no ha pagado a la familia de la víctima la indemnización que le correspondería. En Barcelona, cada año se sigue recordando a Roger con una manifestación.

Hay más ejemplos de personas que pasaron en algún momento por ambientes de izquierdas y terminaron en grupos neonazis. Desde los punkis de los años ochenta que terminarían siendo skinheads neonazis hasta hoy. Personas nada politizadas que no participan en las asambleas ni en los actos más políticos, pero que frecuentan estos ambientes y a las que suele atraer la bronca. Otras veces, la simple adopción de la caricatura y de los clichés impuestos por los medios de comunicación, sumada a la falta de conciencia política, ha hecho que algunos personajes de este perfil que habían llegado atraídos por la estética y la mística del movimiento dieran bandazos buscando encajar en algún sitio.

Cuando la estética skinhead se popularizó, a partir de los años noventa, surgieron algunos personajes que trataron de reivindicar simplemente la estética y alejarse de cualquier etiqueta política. Esto les permitía frecuentar ambos ambientes, los habituales de los neonazis y, a veces, los de izquierdas. Esta ambigüedad no ha sido nunca bien vista por los militantes antifascistas, que siempre han mantenido en cuarentena a estos personajes, cuando no los han expulsado directamente.

El RASH reivindicaba la politización del movimiento skinhead más allá de la estética. Esta fue una de sus principales misiones, según Claudio, un antifascista madrileño que formó parte de este colectivo y posteriormente de las Brigadas Antifascistas (BAF).

Precisamente eran unos años en los que se empezaba a crear ese personaje skin que no era nazi, que venía a ambientes antifascistas, pero que empezaba a desmarcarse de la política. Incluso empezaron a escuchar grupos de música RAC (música neonazi). El RASH fue intransigente con esto. Advirtió de esta ambigüedad y la criticaba abiertamente. A pesar de las críticas que recibimos, el tiempo nos dio la razón y la mayoría de los que empezaron con ese rollo terminaron yendo con nazis.

En 2003, el RASH (Red & Anarchist Skinheads) y otros colectivos impulsaron el manifiesto Llegó la hora,[65] con motivo de un concierto en Móstoles titulado Ni nazis ni apolíticos: Fuck the RAC, en el que tocaron Non Servium, Guerrilla Oi! y No Sponsor Paradise. En dicho comunicado se apelaba a tomar posición y abandonar la ambigüedad.

Ha llegado la hora de definirse. Ya no valen las medias tintas, O CON ELL@S O CONTRA ELL@S y si pasas de todo, apártate de nuestro camino. […] Si comercias y escuchas mierda, las manos y los oídos se te pringarán de mierda. No tienes por qué ser comunista ni anarquista, pero en nuestra condición de antifascistas no debemos permanecer indiferentes, eso nos hace cómplices del juego fascista. Un saludo a

todos los grupos antifascistas honrados que saben ser y estar.

Firmaban el comunicado las Brigadas Antifascistas y varios colectivos y grupos musicales de la escena: «Acracia Skinhead, Bukaneros, Comando Canillejas, Guerrilla Oi!, JCR, Kaos Urbano, La Pili Crew, Nacidos Para Luchar, Non Servium, NSA, Núcleo Terco, RASH Madrid, SHARP Madrid, Sur Libertario-Jartos, Zírkulo Adikto y otros núcleos anónimos antifascistas de Madrid». Se inició así una campaña sin tregua contra todas aquellas bandas de música y personas que en algún momento aparecían en estos entornos ambiguos. La campaña fue tal, al menos en Madrid (incluso con boicots a conciertos), que prácticamente erradicó esta escena ambigua de la capital, aunque sobreviviera en otros lugares del Estado.

Los intentos del movimiento antifascista por erradicar el estigma de la tribu urbana han puesto muy a menudo el foco en este tema. Saben que la estética, el mito o la algarada atraen elementos que no llegan interesados por la política y que para evitarlo se necesitan filtros. Se sabe que la acción de cualquier descerebrado puede afectar al movimiento entero. Y que quien se acerca sin motivación política y acaba en el otro bando podría dar información sobre los militantes antifascistas a los ultraderechistas, poniendo así en riesgo no solo el movimiento, sino la seguridad de los propios individuos que lo componen.

---

[65] Véase http://rashmadrid.org/2003/06/07/concierto-antifascista-ni-nazis-niapoliticos-fuck-the-rac/.

33

La ofensiva antifascista

«I'm gonna put on an iron shirt

and chase the fascist out of Earth.

I'm gonna send him to outer space

to find another place».

MAX ROMEO, Chase The Fascist

(Bonnot's Dubplate, 2012)

Muchos de los jóvenes que participaban en las convocatorias antifascistas lo hacían también en muchos otros movimientos sociales. Las sinergias entre estos han sido una constante a lo largo del tiempo, pero la necesidad de estructuras más o menos estables y colectivos dedicados únicamente al antifascismo vino dada por la cada vez mayor actividad de los grupos de extrema derecha y su constante violencia, que la mayoría de las veces quedaba impune. Muchos militantes llegaron a la conclusión de que no era necesario esperar a que los fascistas organizaran un acto. Se podía trabajar antes y no solo realizando campañas de concienciación o denuncia, sino directamente, yendo a por ellos. Esto ya había sucedido antes en la mayoría de las ciudades, sobre todo como respuesta a alguna agresión, pero a principios de los 2000 empezaron a proliferar grupos antifascistas que, ahora sí, llamaron la atención no solo de los neonazis, acostumbrados a campar a sus anchas por las calles, sino también de los medios de

comunicación y de la policía.

«Siempre me había preocupado la actividad de los grupos neonazis y participaba en los actos de los colectivos antifascistas, aunque mi militancia iba bastante por libre». Claudio es un militante antifascista de la zona sur de Madrid. Cuando empezó a participar en los movimientos sociales y a vestir con una estética que lo identificaba con la izquierda, empezó a tener problemas casi a diario. «Una vez, de camino al instituto, acabé a hostias con un nazi en el mismo autobús», recuerda.

En 1999 y en el 2000, él y sus compañeros tenían problemas cada fin de semana, sobre todo por su estética. Los neonazis increpaban y agredían a menudo a muchas personas por sus pintas. Un corte de pelo sospechoso, un parche en la cazadora, un pin o una camiseta, aunque fuese de un grupo de rock alternativo, ya era suficiente excusa para machacarte. Los «guarros», como llama la extrema derecha a las personas de izquierdas, se convirtieron en uno de los objetivos principales de los neonazis.

Claudio se acercó primero al RASH Madrid, un colectivo de skinheads antifascistas que reivindicaba superar las estériles diferencias entre anarquistas y comunistas para combatir juntos a los neonazis. No era raro, ni siquiera ahora, que estas diferencias provocaran debates eternos y disputas políticas que incluso alguna vez llegaron a las manos. Estos sectarismos eran y son un lastre para enfrentar a un enemigo común que no diferenciaba entre unos y otros, y que disfrutaba viendo cómo la izquierda proseguía con su actitud cainita mientras ellos se adueñaban de las calles.

En Madrid, el RASH llevaba funcionando desde hacía tiempo —creo que más o menos desde 1993— y había mucha propaganda suya por donde yo iba. Formaba parte de la Coordinadora Antifascista de Madrid (CAM) y durante todo el año había asambleas continuamente y se participaba en muchos otros ámbitos más allá del antifascismo, como en las manifestaciones contra la guerra de Irak, en la huelga general de 2002 o en campañas antirrepresivas.

A Claudio, como a muchos otros jóvenes militantes, le atraía la política mucho más que el envoltorio estético y ritual de la izquierda radical. Aunque en los conciertos y en los bares siempre había mucha gente, a la hora de currar, el número se reducía. Por eso, los sectores más politizados del mundo punk y skin, sin renunciar a su estética, reivindicaron la vinculación política del movimiento y trataron de mostrar cómo el antifascismo podía superar el sectarismo y la mera pose de fin de semana.

La actividad política del RASH, así como la del SHARP en otras ciudades y otros colectivos que la prensa tildaba de «tribus urbanas», fue notoria. Tras la disolución de Bases Autónomas en Madrid, a finales de los noventa la violencia fascista se volvió a hacer notar. Su lugar lo ocuparon las Juventudes Nacional Revolucionarias (JNR). En Madrid había agresiones y apuñalamientos todos los fines de semana.

Los crímenes de odio no cesaban ni en Madrid ni en otras ciudades. En 2001, un músico callejero de origen esloveno fue asesinado de una paliza propinada por un grupo de neonazis en pleno centro de Alicante. Ese mismo año, en València otro grupo de neonazis mató en el barrio de Russafa a dos argelinos mientras les llamaban «Bin Laden» y proferían insultos racistas. Y en Getafe un grupo de neonazis mató a golpes con un bate de béisbol a Francisco Manuel Casas Delgado, un trabajador de una fábrica de muebles que tuvo la mala suerte de cruzarse con ellos.

En julio de 2002, otro crimen de odio neonazi volvió a sacudir Madrid. Un menor de edad de origen angoleño, Augusto Ndombele, fue apuñalado repetidas veces por el portero de una discoteca en Costa Polvoranca (Alcorcón). El asesino era un conocido neonazi de la localidad de Parla. Ese mismo mes, una joven antifascista de Valladolid fue agredida por tres neonazis, que la intentaron violar y le grabaron con una navaja una esvástica. Así lo contó entonces el Diario de León:

La joven se vio rodeada por los tres agresores, uno de los cuales la agarró por el cuello mientras los otros la asían por los brazos, mientras la forzaban a tumbarse en el suelo. La joven, de veintidós años, no pudo evitar que comenzaran a tocarla por todo el cuerpo y trataran de

quitarle el pantalón, aunque tan solo consiguieron romperle las bragas. No contentos con la frustrada agresión sexual, los agresores infligieron a la víctima numerosos cortes por todo el cuerpo con una navaja o algo afilado y grabaron en su costado izquierdo una esvástica, no sin antes enseñarle varias fotos en las que aparecían su exnovio y un amigo de este y amenazarla con no volverlos a ver. Acto seguido, los tres neonazis salieron corriendo.

[…] En las últimas semanas la víctima ya había comenzado a sufrir el acoso de los neonazis, que la asediaban con llamadas telefónicas amenazadoras y pintadas aparecidas en el buzón y la puerta de su domicilio familiar.[66]

Un mes más tarde, Antonio Micol Ortiz, un hombre sin hogar que dormía en la rampa de un garaje en Madrid bajo unos cartones, fue apaleado con una barra metálica hasta la muerte. En diciembre del mismo año, varios testigos aseguraron que habían visto a un grupo de cabezas rapadas agrediendo brutalmente en el paseo de Recoletos a Félix Luis Pérez Santiago, un migrante puertorriqueño al que la policía encontró muerto cuando llegó. «La situación era insostenible. Se requería una reorganización antifascista más contundente», explica Claudio.

La sensación de impunidad reinaba en Madrid. Las agresiones se sucedían y apenas se conocían detenciones de neonazis. Solo algunas ONG y los grupos antifascistas realizaban campañas de concienciación y exigían a las autoridades que actuasen frente a la violencia neonazi. Sin embargo, el tema se seguía tratando como «violencia juvenil» o episodios aislados de delincuencia. Los grupos antifascistas crecieron, pero también aumentó la prudencia entre sus miembros. Primero porque se sentían solos ante los grupos neonazis, que no solo daban palizas, sino que mataban. Y segundo, porque temían que algunas de las personas que se les acercaban lo hicieran solo por buscar una tribu, un grupo de amigos; para estos la política formaba parte del ritual, de lo estético, pero realmente no les interesaba, lo que, a la larga, podía llegar a ser un peligro.

En 2002, los diferentes grupos antifascistas detectaron que alguna gente de la que frecuentaba sus ambientes empezaba a tener actitudes

ambiguas respecto a la política. No participaban en las asambleas y tan solo acudían a sus bares, a sus conciertos o se unían a alguna que otra actividad por puro entretenimiento. Quienes de verdad militaban y estaban allí por la política temían que existiera una especie de «puerta trasera» por la que pasaban algunos de los denominados «apolíticos» o «ambiguos», que más de una vez acababan compadreando con neonazis. «No queríamos compartir espacio con esa gente. Muchos eran hasta racistas y homófobos, e incluso algunos se pasaban de bando con toda la información sobre nuestra gente». El RASH llevaba tiempo señalando el peligro del apoliticismo y, poco a poco, según Claudio, se fue generando una conciencia colectiva que, junto a otros motivos, derivó en la creación de las Brigadas Antifascistas (BAF).

La primera asamblea de las BAF tuvo lugar en marzo de 2003 en Madrid. Pero la misma situación de acoso y violencia neonazi se estaba dando en otras ciudades, por lo que otros colectivos antifascistas del Estado compartían el mismo sentimiento. Así, en poco tiempo empezaron a proliferar secciones de las BAF en Bilbao, Barcelona, Asturias, Castelló, Valladolid e incluso en América Latina.

Además de su militancia en el RASH y las BAF, Claudio hacía trabajo de barrio apoyando a personas migrantes, que eran quienes sufrían el acoso de los grupos racistas de la zona. A través de la asociación de vecinos, Claudio y otros compañeros daban clases gratuitas de castellano todas las tardes.

La escuela era una forma de darles la bienvenida al barrio, frente a la hostilidad racista que recibían por otra parte. Así, se creaba poco a poco un tejido social entre el vecindario.

Claudio explica:

Cuando surgen las BAF, ya se habían producido confrontaciones con los nazis, pero a partir de ese momento la conflictividad es constante. Siempre estábamos en guardia. Salíamos treinta o cuarenta a hacer

pintadas y eso llamaba mucho la atención.

La policía andaba un poco perdida sobre qué eran y quiénes formaban las BAF, pero al poco tiempo ya empezó a haber detenciones e interrogatorios. «Llegó un momento en que la represión fue brutal. Había barra libre de cárcel».

Málaga fue otro de los escenarios en los que se pasó a la ofensiva durante aquellos años. Allí se vivió uno de los casos de represión más significativos contra un colectivo antifascista. Esta ciudad siempre ha contado con una importante presencia neonazi. Aquellos años, incluso llegó a haber simultáneamente tres partidos neonazis: Alianza Nacional (AN), Movimiento Social Republicano (MSR) y Movimiento Patriota Socialista (MPS). Aparte de los ultras del Málaga, algunos de los cuales también estaban vinculados a estas organizaciones.

Ingrid, una militante antifascista de aquellos años, explica:

Los nazis empezaron a captar gente en los barrios obreros. Muchos de nosotros somos de la zona oeste, una zona muy obrera, donde nace buena parte del movimiento antifascista. Crean el Comando Huelin, donde de alguna manera se puso de moda el rollo neonazi, hasta el punto de ver a jóvenes gitanos cantando el Cara al sol.

Sin embargo, según explica esta militante antifascista, el bastión de los grupos de ultraderecha se concentró en el centro de la ciudad. El movimiento alternativo era muy tímido en Málaga, a diferencia de otras ciudades andaluzas en las que la presencia neonazi era menor. En los noventa ya existió una asamblea antifascista, aunque trabajaba muy en la sombra recabando información. Varios ultraderechistas intentaron asesinar a un profesor quemándolo vivo y eso motivó la creación de un equipo de investigación antifascista que operaba muy discretamente monitorizando a estos grupos y a sus militantes. No existen referencias en la prensa y tampoco he logrado contactar con quienes formaban parte de aquel grupo. Ingrid me contó que era una historia conocida y que había marcado mucho aquellos años.

Quien dinamizaba todo a finales de los noventa era la CNT. Organizaban una manifestación cada 20N y poco más. Esa era la única actividad antifascista cuando yo empecé a militar, y encima los afiliados y su sede eran atacados constantemente por los fascistas sin que la policía hiciese nada.

Los neonazis malagueños eran bastante mayores que los primeros militantes antifascistas de aquella época.

Nos sacaban una media de diez años por lo menos, se entrenaban en deportes de contacto y tenían experiencia de combate por el fútbol. Sabían pegarse. Nosotros solo podíamos defendernos. Cada fin de semana cazaban a gente por el centro. Las agresiones salían en la prensa y muchos las sufríamos, así que acabamos por defendernos.

Cuando detectaron la gestación de un grupo antifascista en la zona oeste de la ciudad, los neonazis empezaron a hacer incursiones, a ir de caza y a hacer pintadas, además de proferir amenazas personales. A Ingrid le decoraron el portal amenazándola de muerte.

En 2006 nació la primera Coordinadora Antifascista de Málaga, que empezó a realizar actividades políticas y culturales, y a generar material de propaganda. En una primera etapa, se dedicó a tejer alianzas con otros movimientos sociales y a registrar las agresiones que cometían los grupos de extrema derecha. Ingrid fue, además, militante del RASH, que se creó ese mismo año y se autodenominó RASH Malaka. Este grupo fue uno de los núcleos dinamizadores de la coordinadora, junto con muchos otros colectivos clásicos de izquierda, libertarios, andalucistas y hasta la Coordinadora de Inmigrantes. Ingrid recuerda sobre esa época:

Se acercaron colectivos LGTBI, pero no había ninguno de ellos

realmente combativo, estaban un poco al margen. Sin embargo, tuvimos bastante apoyo.

La coordinadora realizó numerosas actividades, sobre todo centradas en la memoria histórica y unas jornadas anuales en noviembre. Ya en 2008, comienza a haber otras manifestaciones antifascistas aparte del 20N. «Trabajábamos mucho con La Casa Invisible y nos llevábamos bien con todos los colectivos. No había nada de sectarismo», reivindica Ingrid. También se crearon entonces coordinadoras antifascistas en Sevilla y Granada, así como secciones de RASH. La proliferación del activismo antifascista comienza a tener ya cierta coordinación en Andalucía y a partir de 2007 se materializará con varias reuniones de diferentes colectivos a nivel estatal.

Simultáneamente, los grupos neonazis incrementaron su actividad en la ciudad. Alianza Nacional tenía en Málaga una de sus principales secciones y organizaba actos constantemente, a los que acudían militantes y simpatizantes de otras ciudades. En marzo de 2008, el diario La Opinión de Málaga publicó una noticia titulada «Grupos neonazis hacen de Málaga su campo de batalla»,[67] donde explicaba que la ciudad se había convertido en uno de los principales viveros neonazis del Estado. El artículo mencionaba algunas de las actividades recientes de Alianza Nacional, como un homenaje a Rudolf Hess —lugarteniente de Hitler— o una campaña contra la detención del nazi austriaco Gerd Honsik, que había sido apresado en Benalmádena con una orden internacional de búsqueda y captura por apología del nazismo y negación del Holocausto.

Alianza Nacional convocó un acto político nacional en 2008 en una zona contigua a la frecuentada por los antifascistas. Era una clara provocación para tratar de marcar territorio y penetrar, además, en un barrio obrero en el que entonces no tenían presencia. Los antifascistas durante varios días alertaron a los vecinos y desarrollaron una campaña en el barrio para concienciar sobre quiénes eran y qué buscaban con dicho acto. Aunque la Coordinadora no consiguió articular una respuesta con la asociación de vecinos, varios activistas antifascistas decidieron asistir por su cuenta a protestar. El encuentro derivó en una batalla campal que ocupó las páginas de varios medios al día siguiente. De esta manera lo relataba el periódico Málaga Hoy:

Todo transcurría con una tensa normalidad cuando hicieron su aparición un grupo de red skins —miembros de grupos de ultraizquierda y enemigos acérrimos de los skinheads o cabezas rapadas— y se enfrentaron a los asistentes al mitin.

[…] Los grupos de ultraizquierda habitualmente suelen programar contramanifestaciones cuando tienen conocimiento [de] que los skinheads van a realizar una concentración. Estos encuentros suelen derivar en altercados, pero el de ayer fue de dimensiones mayores a las habituales.[68]

No hubo detenciones, pero el escándalo provocó que nunca más se diera permiso al partido neonazi para hacer un mitin más allá del centro de la ciudad.

Los neonazis, sin embargo, siguieron sembrando el terror en la zona. La madrugada del domingo 16 de noviembre de ese mismo año (2008), once neonazis que viajaban en el autobús que cubría la línea de Málaga a Torremolinos empezaron a increpar a un pasajero de origen magrebí. Este, asustado por la agresividad de los jóvenes, que tenían entre dieciséis y veintitrés años, aprovechó una parada para huir a la carrera. Varios neonazis lo persiguieron y le propinaron una brutal paliza mientras proferían insultos racistas. Uno de los agresores intentó apuñalarlo en el cuello, pero la víctima logró zafarse y huir. Los agresores volvieron al autobús, donde uno de ellos había obligado al conductor a que esperase a sus compinches. Una vez en el autobús, se apoderaron de los martillos de seguridad y rociaron con gas lacrimógeno a los pasajeros, lo que provocó el pánico entre las más de sesenta personas que se encontraban en su interior. La policía logró interceptar el autobús y arrestó a los neonazis. Al día siguiente, el periódico explicaba el suceso:

Durante la tarde del sábado se produjeron otras agresiones imputables a estos individuos, en una de las cuales partieron el labio a un joven de dieciséis años en la plaza de la Marina de Málaga. […] Todos ellos presentaban la cabeza rapada, vestían cazadoras con simbología nazi y

botas militares y portaban anagramas de «skinheads», banderas de España que incluían el águila imperial y carnés de ultras de las Brigadas Sur del Málaga Club de Fútbol.[69]

A pesar de la constante y brutal violencia de los neonazis malagueños, la Coordinadora Antifascista de Málaga y el RASH Malaka se mantuvieron firmes y trataron de dar respuesta al incesante acoso. Sin embargo, haber plantado cara por todos los medios posibles a los neonazis no les eximió de ser también víctimas de la acción de la justicia en un caso que hizo saltar todas las alertas. Tras años de pasividad institucional ante las bandas neonazis, de repente los antifascistas se convertirían en un objetivo prioritario para las autoridades.

En 2009, tras un encontronazo con ultraderechistas en el paseo de los Curas, empezaría un goteo de detenciones. Dieciséis militantes antifascistas fueron acusados de agredir al grupo neonazi y durante unos días se produjeron detenciones y registros en sus domicilios. Ingrid fue una de las detenidas en aquella operación. «Entraron en casa de un compañero y pretendieron hacer pasar un bote de cola de pegar carteles como sosa cáustica», recuerda. La policía incluyó en el material incautado un libro del escritor uruguayo Mario Benedetti. Se trataba de una edición que había hecho la CNT con un dibujo en la cubierta de un punki muerto rodeado de policías. «¡Dijeron que incitaba al odio! Y ponía bien claro que era un libro de Benedetti…», recuerda Ingrid entre risas. La secretaria judicial que asistía al registro observaba la escena bastante sorprendida, según comentaron los detenidos en los calabozos.

A un compañero le entró un policía de buen rollo y le dijo que a él tampoco le gustaban los nazis, porque su mujer era negra, pero que tampoco era plan de pegarles.

A otros, cuando llevaban varias horas en el calabozo, un policía les puso el Cara al sol en el móvil.

Estuvieron detenidos hasta el límite de tiempo permitido por la ley. Al final fueron puestos en libertad con cargos a la espera de juicio. «Incluso llegaron a vincularlos con la kale borroka porque se negaron a declarar ante la policía. Que eran muy fríos, decían». Pidieron 154 años de cárcel y acusaron al RASH de asociación ilícita.

El juicio, que se celebró en 2012, estuvo plagado de irregularidades. Dos de las personas detenidas eran menores de edad y las juzgó un tribunal de menores. En una de las declaraciones, el juez preguntó a un denunciante de qué conocía a los acusados y el neonazi confesó con absoluta tranquilidad que la policía les había mostrado las fotos de varios de los imputados en manifestaciones y diversas actividades, señalados con nombres y apellidos como antifascistas de Málaga. Ingrid explica que un policía se puso nervioso y se le cayeron los papeles cuando los abogados de la defensa y la jueza le preguntaron si tenían ficheros de personas por su vinculación y actividad política aunque no tuvieran antecedentes penales. «Incluso llegaron a acusar a una persona que el día de los hechos estaba en la cárcel», recuerda Ingrid.

Pero para Ingrid lo más importante fue la ola de solidaridad que hubo; no solo en Málaga, donde incluso se llegó a montar una acampada a las puertas de los juzgados, sino en otras ciudades del Estado, que realizaron varias acciones de apoyo. Diferentes colectivos del entorno de la Coordinadora Antifascista pusieron en marcha la campaña «Málaga 16» —en referencia al número de imputados— con el objetivo de recabar apoyos y dar a conocer el caso. Mientras, la Coordinadora siguió desarrollando actividades, pero con un perfil más discreto. Este intento de desactivar el movimiento mediante un proceso judicial se alargó más de tres años. Finalmente, en junio de 2012 la sección primera de la Audiencia de Málaga absolvió a todos los acusados.

En 2013, la Coordinadora Antifascista de Málaga resurgió. Según Ingrid, aparte de la absolución de los encausados, llegó una nueva cantera de militantes y se reactivaron numerosas actividades que habían quedado paralizadas.

Empezamos a abrirnos a muchos más colectivos. Llegaba gente muy

joven y gente mayor. También impulsamos mucho las redes sociales. Además, se activaron asambleas por varios barrios y por pueblos integradas en la CAM e incluso se gestó la creación de una coordinadora antifascista andaluza.

Ingrid explica que aquellos años los neonazis ya casi no tenían actividad organizada en los partidos por varias disputas internas. «Incluso, a uno de los líderes neonazis sus camaradas lo acusaron de robar dinero a su propia organización». Desde entonces, los diferentes grupos neonazis y neofascistas fueron aún más marginales y no había ningún partido que los aglutinara; hasta el día de hoy, que se han reagrupado principalmente en torno a un proyecto estatal: Hacer Nación. Aparte del fútbol, donde se agrupan en torno a los ultras del Málaga. Recientemente, algunos conocidos neonazis malagueños vinculados a estos ultras acabaron a golpes con la vida de Pablo Podadera. Este joven falleció el 20 de abril de 2017, justo el día que cumplía veintidós años. Intentó mediar en una pelea y acabó siendo la víctima. En julio de 2021, sus asesinos fueron condenados a quince años de prisión. Para ello fue necesario que la familia recurriera, porque consideraba una burla que solo se los condenara por lesiones y se absolviera a los otros dos. La Coordinadora Antifascista de Málaga realizó una importante labor de difusión del caso mostrando los vínculos neonazis de algunos de los agresores y realizando actos de homenaje a la víctima.

En Asturias, los grupúsculos neonazis también estaban muy vinculados al fútbol, concretamente a los Ultra Boys, del Sporting de Gijón. Pero también existió una delegación del partido neonazi Democracia Nacional, cuya presencia en el principado estuvo envuelta en varios episodios significantes.

Según relata La Haine, el 3 de febrero de 2008:

Un grupo organizado de unos veinte nazis, formado por varios simpatizantes de Democracia Nacional, atacaron a un grupo de menores de edad portando navajas y botellas. […] Dos jóvenes antifascistas, un chico y una chica, se vieron abordados por un grupo

de nazis que salieron del pub La Comisaría. Entre los agresores estaba Raúl Palacio, cabeza de lista de Democracia Nacional, quien resultó herido en el transcurso de la agresión. Él fue quien lideró el ataque, utilizando una botella como arma, y refiriéndose a gritos a la antifascista (de origen sudamericano y menor de edad) como sudaca de mierda.[70]

Sin embargo, los medios de comunicación dieron otra versión de los hechos. El Comercio, en un artículo titulado «Una multitudinaria pelea entre bandas rivales en la Ruta se salda con dos heridos», explicaba así lo sucedido:

Los integrantes de dos bandas de ideología contraria se vieron envueltos en una pelea en la madrugada de ayer en la Ruta de los Vinos. Como consecuencia de la reyerta resultaron heridos de consideración dos jóvenes. Testigos aseguraron que varios de los implicados utilizaron cadenas y botellas como armas y que algunos portaban pasamontañas. Podría tratarse de grupos skins y punkis, según se desprende de las declaraciones recabadas por los agentes. [71]

El Comercio también publicaba otra noticia en la que usaba declaraciones del neonazi como titular: «Fui víctima de una agresión brutal y desproporcionada».[72] En ella señalaba a los antifascistas como miembros de las BAF.

Cuando esto ocurrió, la Coordinadora Antifascista d'Asturies llevaba desde 2005 con la campaña «35», en apoyo a los militantes y simpatizantes antifascistas detenidos durante una protesta contra un acto de Democracia Nacional en Cangues d'Onís. El partido neonazi había convocado un homenaje a don Pelayo en la plaza principal de la localidad, por lo que se organizó un acto paralelo de protesta en el que se juntó un gran número de vecinos, que ocuparon la plaza horas antes de que llegaran los neonazis.

El periódico Diagonal lo explicó de esta manera:

El cruce de un autobús de guardias civiles por la mitad de la concentración antirracista, brazo en alto, provocó el lanzamiento de una botella. Esto fue el detonante de una salvaje carga policial que, según testigos, arrasó con concentrados, paseantes y vecinos. Se iniciaron enfrentamientos y hubo doce detenidos (entre ellos, la hija del alcalde de Cangas), puestos en libertad horas más tarde con denuncias de malos tratos de por medio. Mientras, las cincuenta personas que acudieron al acto fascista se retiraron bajo protección policial e insultos de los vecinos.

Un día antes, el 9 de septiembre, en Oviedo, dos hombres que lucían simbología nazi le grabaron una esvástica en la cara a un estudiante y militante de las Juventudes Comunistas, en la que fue la primera agresión de estas características producida en Asturias.[73]

Tras el desalojo de la plaza por parte de la Guardia Civil, unos cuarenta neonazis liderados por el presidente del partido, el exmiembro de Acción Radical Manuel Canduela, llegaron en autobús y realizaron su acto de homenaje a don Pelayo, que duraría tan solo quince minutos entre los gritos y los abucheos de los vecinos. En un vídeo todavía disponible en la Red, se ve a algunos de ellos armados con palos. Portan cascos de moto y pasamontañas y realizan el saludo fascista mientras insultan a los vecinos.[74]

Los antifascistas detenidos fueron acusados de desórdenes públicos, daños y atentado a la autoridad, y contra catorce de ellos pedían más de cuatro años de prisión. Se puso en marcha entonces la campaña «35 razones» —por el total de años de prisión que se pedían contra todos los imputados en el caso—, que desató una ola de solidaridad por todo el Estado. Según explicó uno de los impulsores de la campaña al periódico Diagonal, fue «el proceso judicial colectivo más importante de Asturies». Las madres de los detenidos protagonizaron varios actos de la campaña.

El juicio, que se celebró cuatro años más tarde, no duró más de un día, porque las defensas y la fiscalía llegaron a un acuerdo. Las penas se redujeron a una falta de orden público y solo se impuso una multa a

los acusados, con lo que se evitaba que entraran en prisión. El juez también exoneró a los agentes de la Guardia Civil de las lesiones que habían causado a los jóvenes y los desperfectos producidos en coches y ventanas.[75]

Castelló de la Plana fue —todavía lo es— otra de las ciudades donde el movimiento antifascista luchó sin cuartel contra los neonazis, hasta el punto de haber conseguido a día de hoy su práctica eliminación, al menos del espacio público. La ciudad estuvo marcada desde los noventa por la celebración del juicio por el asesinato de Guillem Agulló. Hubo numerosas protestas aquellos días, con cargas policiales. El tejido asociativo de la zona se reunía alrededor del Casal Popular de Castelló, donde se gestó gran parte del movimiento antifascista con la suma de diversos movimientos autónomos.

A principios del nuevo siglo, las organizaciones neonazis y de extrema derecha empezaron a proliferar en la ciudad. Hasta ese momento, tan solo había grupos de skinheads neonazis vinculados al fútbol, pero las organizaciones fascistas no eran muy activas. Sin embargo, en 2005 un hecho alertó a los colectivos de la ciudad: un nutrido grupo de neonazis se presentó en el Casal Jaume I, uno de los locales que Acció Cultural del País Valencià (ACPV) tenía en diversas localidades para organizar actividades culturales y políticas. Los neonazis realizaron pintadas, apedrearon el local y amenazaron a los presentes a plena luz del día.

Toni era muy joven entonces, pero lo recuerda perfectamente.

Aquel ataque motivó que las organizaciones de la ciudad se citaran para ver qué se podía hacer ante esta y otras agresiones que venían sucediéndose casi cada fin de semana.

Nació entonces la Plataforma Antifeixista de la Plana, en la que participarían la mayoría de los movimientos sociales y organizaciones de izquierdas de la ciudad, y se organizó una gran manifestación de denuncia que fue también una muestra de fuerza y unidad.

Dentro de la plataforma empezaron las discrepancias sobre cómo afrontar a los fascistas. Un sector prefería denunciar ante las instituciones y los medios de comunicación la violencia y la impunidad. Por otra parte, otro sector abogaba por la acción directa, por hacer frente a sus constantes agresiones mediante el uso de la legítima defensa.

Este debate se ha producido prácticamente en todas las plataformas antifascistas a lo largo de todos estos años. A veces se han combinado ambas estrategias desde el entendimiento y el respeto entre ambos sectores. Otras veces, el desmarque de uno u otro sector ha sido total y absoluto. Toni explica que, como Castelló es una ciudad relativamente pequeña, donde todos se conocen, se aceptó que cada cual hiciese lo que creyera oportuno.

Aunque la plataforma se disolvió, el antifascismo se reorganizó en torno a los activistas más combativos, que decidiendo formar una sección de las Brigadas Antifascistas (BAF). Desde 2005, se realiza una gran manifestación anual el 20N como demostración de fuerza del antifascismo, igual que en otras ciudades. Ese mismo año comenzó lo que se llamó Ofensiva Antifa, una guerra sin cuartel a la extrema derecha.

Se empezó a retirar toda propaganda fascista de las calles. Nos marcamos el objetivo de eliminar inmediatamente cualquier cartel, pegatina o pintada de la extrema derecha. De hecho, hoy es complicado encontrar nada de eso en la ciudad —reivindica Toni—. Intentamos organizarnos para dar respuesta a cualquier agresión. Si las calles las controlaba la extrema derecha mediante la violencia, nosotros considerábamos legítima la autodefensa. Conseguimos que el miedo cambiase de bando. Ahora Castelló es una ciudad más amable, más tranquila para los movimientos sociales, gracias a haber mantenido la hostilidad contra esos grupos neonazis, sin dejarlos en paz. Desde 2005, no hay acto de la extrema derecha en Castelló que no haya tenido respuesta —afirma.

Los colectivos autónomos y antifascistas de la ciudad crearon en 2008 La Cosa Nostra Antifa Social Club, un centro social que sirve como punto de encuentro de diversas luchas y organizaciones vinculadas al antifascismo. Este «club social» realiza numerosas actividades durante todo el año centradas en la cultura y la política, desde ciclos de cine gratuito en las plazas hasta charlas, debates y conciertos.

Nuestro principal objetivo es reunir a todos los sectores del antifascismo. Aquí participan organizaciones feministas, LGTBI, colectivos de migrantes, ecologistas, sindicales, antirracistas… Hemos conseguido vertebrar un movimiento antifascista muy plural.

Sin embargo, su frenética actividad ya los puso en el punto de mira de las autoridades, primero con el Gobierno del PP y después con el nuevo Ayuntamiento liderado por el PSOE, que ha continuado la presión contra este centro social a base de sanciones administrativas.

Durante todos estos años, el antifascismo en Castelló no ha dado tregua a los grupúsculos neonazis. Muchas de las acciones antifascistas no han sido reivindicadas por ninguno de los colectivos que forman parte de la extensa red que opera en Castelló.

Uno de los episodios más sonados fue la acción del 28 de septiembre de 2013 contra la inauguración del local del partido neonazi Democracia Nacional. Varias organizaciones sindicales y de izquierdas convocaron una manifestación el mismo día que estaba prevista la inauguración del local de los neonazis. Aunque la convocatoria no tenía carácter antifascista, fue la excusa para juntar a cientos de personas que, en un momento dado, se salieron de la marcha y arremetieron contra los neonazis, a quienes pillaron totalmente desprevenidos mientras preparaban el acto de inauguración. La versión de los neonazis fue publicada en varios medios afines.

Sobre el mediodía, los dos militantes empezaron a oír unos gritos en la calle. Gritos que cada vez se oían más cercanos y agresivos («Ilegalizad a Democracia Nacional» y «Os vamos a matar» eran

algunos de ellos). Al poco rato, los gritos se convirtieron en violentos golpes contra la puerta metálica (que estaba cerrada), más pintadas en la puerta y en la pared de la calle, lanzamientos de petardos contra la puerta que hacían retumbar toda la calle, más gritos y todo tipo de insultos. Según conversaciones mantenidas con los vecinos de la zona, el ataque lo protagonizaba un grupo de unos setenta u ochenta ultraizquierdistas, algunos de ellos encapuchados y empuñando palos y banderas rojas soviéticas. Al cabo de un rato, un nuevo intento de derribar la puerta y de romper la cerradura a base de palos y patadas, acompañado de un masivo lanzamiento de huevos a través de las ventanillas superiores de la puerta.

La ubicación de la sede se había mantenido en secreto, pero los antifascistas habían logrado averiguar la dirección unos días antes.

Hasta la policía desconocía dónde estaba la sede. Conseguimos reventar la inauguración —afirma Toni—. Se había dado la vuelta a la tortilla y ahora eran ellos los que tenían que esconderse. No podían hacer sus actos tranquilamente. En ese momento fue cuando la policía consideró que había «problemas de orden público», pero no antes, cuando eran los nazis quienes tomaban las calles… Fue cuando empezamos a responder. Así, la mayoría de la gente que hemos estado vinculados al movimiento antifascista hemos sido perseguidos, detenidos o investigados —reconoce.

De hecho, quisieron vincular a La Cosa Nostra en unos altercados en el estadio Castalia en los que estaban involucrados grupos neonazis. La policía trató de acusarles de asociación ilícita, de banda criminal.

Los denunciantes, vinculados a grupos neonazis, confesaron en el juicio que la policía les había señalado a los antifascistas como autores de los hechos. Así terminó el juicio, porque dejaron en evidencia a la Brigada de Información. En realidad, ninguno de los detenidos tenía relación con los hechos, fue un montaje de manual. Utilizaban a los

fascistas para que nos denunciaran y así tener una excusa contra nosotros. Yo he estado detenido hasta en siete ocasiones, pero en todos los casos he podido demostrar que no eran ciertas las acusaciones. En algunos procesos he salido absuelto porque los denunciantes han confesado que la policía me había señalado para que me denunciaran. Esto ha pasado demasiadas veces.

Sin embargo, la represión no ha conseguido frenar el movimiento antifascista en Castelló. Según Toni, cuando la policía detiene a un militante antifascista, a menudo representa «el papel de poli bueno» y dice al detenido que es víctima de sus compañeros, que él no es como el resto de sus compañeros y que le irá mejor si colabora.

Lo intentaron hasta conmigo, aunque sabían perfectamente que no tenían nada que hacer —explica mientras ríe—. Pero, si le dicen eso a alguien que no lo tiene claro, pues a lo mejor lo convencen —advierte.

Tenemos muy claro que quien participe en esto debe ser por motivación propia, tiene que ser consciente de dónde está y que nadie le obligue ni le diga lo que tiene que hacer. Solo así se asumen las consecuencias. Si no está dispuesto, seguro que encuentra otro papel que jugar en la lucha, no pasa nada. No es ni más cobarde ni más valiente. Cada uno desempeña el papel que considera, nadie debe convencer a nadie de que haga algo que no quiera. Eso es muy importante —aclara Toni.

En Madrid, según Claudio, las BAF «fueron una apisonadora».

Llevaron la guerra al cuartel enemigo. Se dio la vuelta a la situación. Pero lo más importante —remarca— fue que se consiguió cambiar la actitud de las y los antifascistas. De una actitud victimista, se pasó a la ofensiva. Ese cambio se notó muchísimo. La gente había perdido el miedo, tomó la iniciativa y los nazis acabaron escondidos, camufladísimos. Se les arrebataron todos los territorios, excepto el

barrio de Canillejas y Alcalá de Henares, que son sus bastiones.

Claudio explica que una mañana se presentaron dos miembros de la Brigada de Información de la policía en su casa. Llevaban fotos suyas. Lo acusaban de haber dado una paliza a un neonazi. Dio la casualidad de que ese día Claudio estaba en el hospital. «Precisamente ese día, un médico me dijo que mi padre tenía cáncer y le quedaban seis meses de vida», recuerda. Se lo dijo a los agentes y les pidió que consultaran al hospital para corroborar su historia. «Eso ya se lo explicarás al juez. Cualquier cosa que pase en el barrio te la vamos a meter a ti», le dijeron, según cuenta Claudio.

El juicio tuvo lugar dos años después. Claudio aportó las pruebas que tenía de su inocencia. Su padre había fallecido ya, por lo que no pudo testificar, pero el joven antifascista salió absuelto.

El caso de Claudio no fue el único. La ofensiva de los grupos antifascistas se tradujo en numerosos procesos judiciales durante varios años. El cerco policial a los grupos antifascistas se incrementó en todo el Estado. Las organizaciones antifascistas se multiplicaban y, al mismo tiempo, los medios de comunicación insistían en el relato de «los dos extremos», criminalizando cualquier respuesta a los actos neonazis e incluso poniéndolos al mismo nivel.

El debate sobre la violencia, como se explica al principio de este libro, ha estado siempre presente dentro del antifascismo y de muchos otros movimientos sociales. La violencia no ha sido nunca la marca del antifascismo, pero sí que ha formado parte de la lucha política, con mayor o menor aceptación en sus círculos. En muchas ocasiones, la acción directa contra actos neonazis o contra sus militantes y simpatizantes ha logrado disuadirlos e incluso expulsarlos de algunos barrios y ambientes. En otras ocasiones, la espiral de violencia terminó con personas heridas, gente con secuelas físicas y psicológicas, detenciones y condenas, incluso con antifascistas acusados de delitos de odio contra los neonazis. Negar que la violencia —tanto la de autodefensa como la ofensiva— ha logrado frenar en muchas ocasiones a los neonazis sería mentir. También lo sería afirmar que el antifascismo es violento. El antifascismo ha sido y es un movimiento diverso, con múltiples estrategias, colectivos y militantes

que han hecho lo que han creído oportuno en cada momento, con mejores o peores resultados. Analizar el concepto de violencia o entrar a valorar cada caso no es el objeto de este libro. Aquí se exponen hechos concretos, contextos y resultados, y las conclusiones son cosa del lector.

---

[66] Disponible en https://www.diariodeleon.es/articulo/castillayleon/neonazis-graban-esvastica-mujer-intentar-violarla/20020710020000610048.html.

[67] Disponible en https://www.laopiniondemalaga.es/malaga/2008/03/09/grupos-neonazis-malaga-campo-batalla-29119984.html.

[68] Disponible en https://www.malagahoy.es/malaga/Batalla-campal-neonazis-jovenes-ultraizquierda_0_127787584.html.

[69] Disponible en https://www.ideal.es/granada/20081117/mas-actualidad/andalucia/noche-terror-autobus-malaga-200811171900.html.

[70] Disponible en https://www.lahaine.org/est_espanol.php/agresiones_nazis_en_

xixon_la_madrugada_d.

[71] Disponible en https://www.elcomercio.es/gijon/20080204/local/gijon/multitudinaria-pelea-entre-bandas-200802040814.html#.

[72] Véase https://www.elcomercio.es/gijon/20080206/gijon/victima-agresion-brutal-desproporcionada-20080206.html#.

[73] Disponible en https://www.antifeixistes.org/3168_gran-vergonya-fiscal-demana-anys-preso-antifeixistes-asturians-manifestar-se-contra-racisme.htm.

[74] Véase en https://www.youtube.com/watch?v=T-_vqeYFJiU.

[75] Véase https://www.elcomercio.es/gijon/20090421/oriente/antifascistas-cangas-condenados-multas-20090421.html.

34

Golpe policial

a las bandas neonazis

Desde finales de los años ochenta, cada mes de noviembre decenas de neonazis desfilaban por las calles de la ciudad alemana de Wunsiedel, en Baviera. Los vecinos observaban inquietos la peregrinación de jóvenes cabezas rapadas a la tumba de Rudolf Hess, el lugarteniente de Hitler. A pesar de los intentos para que se prohibiera la marcha, los tribunales bávaros siempre daban la razón a los neonazis y les permitían homenajear a uno de los principales responsables del Holocausto. Los grupos antifascistas y numerosos colectivos de derechos humanos alemanes, así como partidos políticos de izquierdas y de derechas, mostraban públicamente su rechazo y organizaban actos de protesta para contrarrestar a los nazis.

A finales de 2004, un grupo antifascista alemán hizo llegar a varios periodistas y colectivos antifascistas del Estado español una carpeta con fotografías de la marcha neonazi de aquel año. Adjuntaron otra carpeta titulada Nazis de España en Wunsiedel con imágenes de un grupo de más de una veintena de individuos —la mayoría con la camiseta azul de la División 250 (la División Azul), los españoles que combatieron en la Segunda Guerra Mundial a las órdenes de Hitler—, varias banderas españolas —algunas con el águila bicéfala— y una pancarta con el texto: «Rudolf Hess prisionero de la paz. Caído el 18/08/1987» Entre los asistentes, algunas caras conocidas del movimiento neonazi de Barcelona, Zaragoza y Madrid, pero ninguna sigla que los enmarcara en una organización en concreto.

En diciembre de 1999, tres personas registraron legalmente en el Ministerio del Interior y en la Comunidad de Madrid una asociación dedicada a «la conservación de la cultura europea y el fomento del

activismo juvenil que apoye este fin». Según sus estatutos, se trataba de una asociación que pretendía «separar a la juventud de la droga y otros problemas de marginalidad fomentando las actividades culturales» y se indicaba que estas actividades serían de música, deporte, marchas y protestas junto con otras asociaciones y plataformas a favor de la cultura, charlas culturales e informativas y campañas publicitarias.

Podría ser un grupo de boy scouts, pero en realidad se trataba de la sección española de Blood & Honour (Sangre y Honor), una organización neonazi internacional creada en 1987 en Reino Unido. Durante seis años, este grupo de skinheads neonazis se financió con la organización de conciertos de RAC, así como con la venta de armas. Liderada por un guardia de seguridad del metro de Madrid, la organización también tenía militantes en Zaragoza, Jaén y Sevilla, aunque su principal base de operaciones era Madrid y algunas localidades de los alrededores.

Pocos meses después, ya en el 2000, Hammerskin, otra organización neonazi internacional, anunciaba la creación de su delegación española, pero esta vez sin pasar por el registro del Ministerio del Interior. Aunque las ideas de Blood & Honour (B & H) y Hammerskin coincidían plenamente, rivalidades entre sus miembros por diversos motivos, entre ellos el fútbol, motivaron que cada una abriera su propia franquicia en España. Ambos grupos compitieron durante años e impulsaron los principales conciertos de RAC en España hasta la fecha.

Los antifascistas intentaban averiguar el lugar de los conciertos, pero el secretismo de los organizadores, que sigue hasta hoy, solía funcionar. Tan solo anunciaban la ciudad o una localidad cercana al lugar donde estaba reservada una sala, una nave industrial o un camping y unas pocas horas antes, principalmente a través del boca a boca o de contactos de confianza, revelaban el lugar del evento.

B & H celebró varios conciertos en Cuarte de Huerva, cerca de Zaragoza. Los colectivos antifascistas sabían que allí se habían celebrado otros eventos relacionados con la extrema derecha desde los años noventa e iniciaron una campaña para exigir su cierre. En 2001 y en 2004, tras un concierto, se registraron varias agresiones en la ciudad, lo que motivó que la Plataforma Antifascista incrementara su

presión sobre el Ayuntamiento de Cuarte y realizara una campaña de concienciación en la zona. Según contó el periódico Diagonal en febrero de 2008, finalmente el Ayuntamiento acordó su cierre.

Aunque pueda parecer incomprensible que durante tres años grupos nazis hayan tenido un local ilegal para sus conciertos —según el dueño, alquiló la nave para almacenar instrumentos musicales— justo en el centro del pueblo, la negligencia de las autoridades lo permitieron.

Hammerskin España celebraba sus reuniones principalmente en el local denominado La Bodega, situado en la calle Mínimos de Alcalá de Henares, en cuya puerta colgaba un cartel: Only whites («Solo blancos»). También se reunían en el bar Drakkar, próximo al estadio Santiago Bernabéu. Por su parte, B & H tenía sus bases de operaciones en San Sebastián de los Reyes y en Zaragoza. Ambos grupos se dedicaron más al proselitismo nazi, a la realización de conciertos y fanzines y a la venta de armas que a realizar acciones públicas. Por eso, la actividad de estas organizaciones era más interna que de cara al público. Sus actos no se promocionaban para que asistieran personas interesadas, sino que se realizaban con absoluta discreción. No hacían manifestaciones ni concentraciones, ni redactaban comunicados de prensa. Todo era de autoconsumo, de puertas para dentro en el submundo nazi; más concretamente, skinhead nazi.

El periodista Antonio Salas retrató a varios miembros de Hammerskin cuando se infiltró en aquellos mundos y los relacionó directamente con Ultras Sur y las Brigadas Blanquiazules. También detectó la enemistad que había con Blood & Honour. En su libro se publicaron cartas cruzadas entre ambos colectivos en las que se manifestaba un evidente desencuentro. Tras el fallecimiento de tres miembros de B & H en un accidente de coche, organizaron un concierto de homenaje. Desde Blood & Honour advertían:

A ningún miembro de vuestra organización le será permitido el acceso al evento; por lo cual os recomendamos no acudir hasta allí para

evitar males mayores e ir en balde y que RESPETÉIS LA MEMORIA DE NUESTROS CAMARADAS.

La réplica de Hammerskin (HSE) no tardó en llegar:

Tras recibir este «comunicado» por vuestra parte, simplemente deciros que por parte de HSE se acabó todo tipo de diálogo con cualquier miembro de B & H, declarando el incondicional enfrentamiento y las consecutivas represalias a todos sus miembros.

La Guardia Civil empezó a vigilar de cerca a estos grupos a partir del 2003, ya que la mayoría de sus miembros eran conocidos neonazis que habían formado parte de otras bandas anteriormente o que militaban en partidos o tenían un papel importante en las hinchadas ultras de varios estadios. Eran una especie de élite respetada dentro del mundo skinhead neonazi, además de una buena fuente de ingresos en merchandising y otro tipo de negocios.

En València, la Benemérita seguía la pista a otra organización, el Frente Antisistema (FAS), y la relacionaba con una página web en la que se vendían armas y parafernalia nazi con absoluta naturalidad. La agresión a varios jóvenes antifascistas en València y la denuncia que varios de ellos hicieron en un foro señalaron a uno de los supuestos agresores como el responsable de esta web. Esto motivó que la Guardia Civil, según consta en el sumario, solicitara autorización a un juzgado para realizar escuchas telefónicas a este conocido neonazi. La jueza de instrucción de Carlet (València) las autorizó y otros jueces también autorizaron que se intervinieran los teléfonos de miembros de B & H y HSE durante casi dos años. Simultáneamente, se pusieron en marcha tres operaciones policiales contra estos tres grupos neonazis, que desembocaron en su desarticulación entre 2004 y 2005.

Los primeros en caer fueron los Hammerskin, en marzo de 2004. La Guardia Civil detuvo a catorce personas en Madrid, Barcelona, València y Guadalajara relacionadas con esta organización. Se les atribuían varias agresiones, sobre todo en el ámbito futbolístico, y en

los registros se les intervino una pistola del calibre 6,35 mm, siete pistolas detonadoras, munición de 9 mm parabellum, llaves de pugilato, bates, defensas, hachas, machetes y navajas. Se conoció como Operación Puñal.

Un año después, el 20 de abril —fecha del aniversario de Hitler—, la Guardia Civil comenzó la Operación Espada, esta vez dirigida contra la sección española de Blood & Honour. Así lo explicó la propia Guardia Civil en una nota de prensa:

Las investigaciones se iniciaron cuando la Guardia Civil tuvo conocimiento de la existencia de un grupo de skinhead, de la denominada organización Blood & Honour, que estaban adquiriendo y vendiendo armas prohibidas. Seguidamente, la Guardia Civil ha podido determinar que este grupo mantenía una estructura piramidal y jerárquica, en la que cada uno de sus miembros desarrollaba una actividad dentro de la propia organización, al mismo tiempo que sus componentes participaban en la tenencia, compra y venta ilícita de armas, cuyos beneficios se revertían en la propia asociación.

Se han llevado a cabo diecinueve registros en los domicilios de los detenidos y en el local de reunión, incautando dos pistolas del calibre 6,35 con su correspondiente munición, defensas extensibles, puños americanos, espráis lacrimógenos y armas blancas.

En septiembre de 2005, la Guardia Civil llevó a cabo en València la Operación Panzer contra el Frente Antisistema (FAS). Entre los detenidos había varios militares, un opositor a guardia civil, un concejal de España 2000 en Silla (València) y un personaje conocido: Pedro José Cuevas Silvestre, el asesino de Guillem Agulló. Cuevas, que negó su vinculación con grupos nazis en el juicio por el crimen de Montanejos, aparecía de nuevo en escena. Solo había cumplido cuatro años de prisión de los dieciséis a los que había sido condenado, algo que familiares y amigos de Guillem venían denunciando desde que se enteraron de que había sido puesto en libertad. Ahora, esta nueva detención les daba la razón y la sociedad valenciana volvía a revivir una vez más que la impunidad acompañara a los ultraderechistas.

La Guardia Civil explicó los motivos de la Operación Panzer en una nota de prensa:

La organización desmantelada se autodenomina Frente Antisistema, está ubicada en Valencia y posee una estructura jerarquizada y una rígida disciplina, con reparto de funciones y cometidos entre los distintos miembros. Se financiaba con la venta de efectos relacionados con la ideología nazi, con la venta de armas prohibidas y con las cuotas que periódicamente pagaban sus miembros. Entre las actividades ilícitas desarrolladas en el seno de la organización se encuentra la incitación a la discriminación, al odio y a la violencia, así como lesiones contra las personas, grupos o asociaciones por razón de su ideología, religión o creencias, la pertenencia de sus miembros o de alguno de ellos a una etnia, raza o nación, su sexo, orientación sexual, situación familiar, enfermedad o minusvalía. Una de sus principales actividades era la organización de «cacerías», consistentes en salir a buscar miembros de tribus rivales (punkis) o inmigrantes para agredirlos. Esta organización se encontraba realizando en la actualidad una gran labor de proselitismo para captar nuevos miembros, mediante conferencias, charlas, conciertos, salidas al campo, así como la comercialización de textos, documentos y fancines afines a la ideología nacionalsocialista.

A pesar del desmantelamiento de tres de las principales organizaciones nazis españolas, la violencia no cesó. El casi medio centenar de neonazis detenidos en estas operaciones policiales solo era una pequeña parte del entramado ultraderechista. Incluso en algunas ciudades aumentó su actividad. O se recicló. En València, por ejemplo, uno de los detenidos en la Operación Panzer fue luego el encargado de dirigir la sección valenciana de Alianza Nacional (AN), que utilizó el local del FAS como sede. Aquí empezaron a desarrollar actividades con total normalidad y se convirtieron en punto de encuentro habitual para neonazis de la zona y el resto del Estado. Este partido se presentó públicamente en la plaza Zaragoza, junto a Mestalla, unos meses después de la Operación Panzer. Incluso actuó el líder del grupo musical de RAC Batallón de Castigo.

Como ya se ha contado antes, en estos años de plomo la violencia de la extrema derecha aumentó de forma preocupante en València. La acción de grupos anticatalanistas, de bandas de jóvenes neonazis y de los ultras del fútbol se intensificó y cada vez era más violenta. Volvieron las cacerías nazis a las zonas frecuentadas por jóvenes de izquierdas y hubo apuñalamientos, incendios de centros sociales, artefactos explosivos, asaltos a librerías y un sinfín de actos violentos.

Aunque hubo movimientos sociales y militantes antifascistas que les plantaron cara, no existía una estructura estable dedicada en exclusiva a combatir a estos grupos y los colectivos organizados en el ámbito local o comarcal intentaban contener la escalada violenta como podían. Acció Antifeixista de València, reactivada un año antes, denunciaba las constantes agresiones y actividades organizadas por los neonazis con absoluta impunidad, como el concierto de marzo de 2007 en el local de Alianza Nacional.

También las fuerzas políticas de izquierdas, principalmente el Bloc Nacionalista Valencià (BNV) y Esquerra Unida, así como entidades culturales, ONG y todo tipo de organizaciones que venían siendo el blanco de los ataques fascistas denunciaban constantemente la impunidad con que se realizaban estas acciones ante los responsables políticos, tanto el Gobierno español —entonces en manos del PSOE— como las autoridades valencianas —en manos del PP.

En 2007, una noticia aumentó aún más la indignación y provocó una reacción sin precedentes: el asesino de Guillem Agulló, que había sido arrestado durante la Operación Panzer, se presentaba a las elecciones municipales por el partido neonazi Alianza Nacional en la localidad valenciana de Xiva. Ante esta situación, varias organizaciones que venían desde hacía tiempo coordinándose para denunciar conjuntamente la impunidad de la violencia ultraderechista decidieron dar un paso al frente.

A los pocos días se convocó una rueda de prensa —a la que asistieron PSPV-PSOE, EUPV, PCPE, BNV, ERPV, ACPV y el Foro de Inmigrantes — para exigir la ilegalización de Alianza Nacional. Sin embargo, el portavoz del PSOE valenciano, Andrés Perelló, declaró posteriormente a VilaWeb que no había que impugnar esta candidatura, aunque el Gobierno español del PSOE había impugnado 133 candidaturas de Acción Nacionalista Vasca y 246 de Abertzale Sozialistak porque había

gente vinculada a Batasuna. Según Perelló, la situación era diferente, porque el peso de las candidaturas abertzales era mucho mayor que el de Alianza Nacional en Xiva. Por ese motivo, la mejor manera de actuar contra este partido era que los ciudadanos de Xiva no le votaran. El líder de AN y exmiembro de AuN, Pedro Pablo Peña, se encontraba en la prisión de Segovia por el atentado fallido en 2000 contra un autobús de familiares de presos de Ekin.

La ofensiva legal de las víctimas de los ataques fascistas culminó con la presentación, a finales de año, de la plataforma Acció Popular Contra la Impunitat (APCI), formada por partidos políticos de izquierdas, ONG, organizaciones culturales y sociales de todo tipo, y el anuncio de que se personaría como acusación popular en el caso Panzer.

Ahora es el momento de materializar la protesta que realizamos conjuntamente todas las organizaciones el pasado mes de mayo, ejerciendo como acusación popular en el juicio de la Operación Panzer, a fin de dar una respuesta a la triste situación de acoso y violencia que padecemos, aportando nuestras pruebas y haciendo pública una vez más nuestra preocupación por la falta de libertad, coaccionada por estos grupos extremistas.

Servirá para mostrar la unidad entre los que procuramos por una convivencia pacífica basada en el respeto y la tolerancia. Nos mostramos juntos en la defensa de unos valores que rechazan la coacción y la discriminación de cualquier persona y por cualquier motivo, haciéndonos fuertes de cara a quienes pretenden dejar pasar estas actitudes e incluso las subvencionan.

Daríamos una contundente respuesta contra la impunidad, haciendo patente nuestra preocupación y nuestro compromiso con los valores democráticos y la defensa de las víctimas de estos grupúsculos. Podemos presentarnos como acusación popular porque somos las víctimas directas de las actividades de los neonazis, y esta es la ocasión que no debemos dejar pasar, ya que posiblemente no se volverá a repetir una oportunidad así donde tantos personajes importantes dentro del movimiento neonazi se encuentran en el banquillo de los acusados, y las agresiones, desgraciadamente, siguen

a la orden del día.

Finalmente, aunque a la plataforma se sumaron más de setenta organizaciones, la acusación popular estaría representada por el Bloc Nacionalista Valencià, Jarit, Acció Cultural del País Valencià, Ca Revolta y el Movimiento Contra la Intolerancia, que también ejercía de acusación popular en los casos de Hammerskin España y Blood & Honour.

La campaña de agitación de la plataforma permitió que la izquierda y el valencianismo, que llevaban décadas aguantando estoicamente las agresiones y los ataques de la ultraderecha, llevaran sus reivindicaciones a los medios de comunicación, a las calles e incluso al Congreso de los Diputados, al Senado, a las Cortes Valencianas y al Parlamento Europeo. En abril de 2010, los diputados Joan Ridao (ERC) y Mercè Pigem (CiU) solicitaron la comparecencia de Antonio Camacho, secretario de Estado para la Seguridad, para pedirle explicaciones sobre la incesante violencia ultraderechista y su eterna impunidad. El digital L'Informatiu recogió así la noticia:

El secretario de Estado de Seguridad, Antonio Camacho, compareció ayer en el Congreso a petición de diferentes grupos de la cámara para dar explicaciones sobre los altos índices de violencia fascista en la Comunidad Valenciana y el incremento de la actividad neofascista en todo el Estado. Camacho negó que en la comunidad haya impunidad en las acciones violentas de la extrema derecha y que exista ninguna preocupación al respecto. «No es cierto que exista preocupación en torno los datos de criminalidad», dijo, remarcando la reducción de actos delictivos en general y mezclando los delitos comunes con los delitos xenófobos denunciados por diferentes colectivos.

Camacho contestó a las preguntas de los diputados de ERC y CiU asegurando que los equipos policiales responsables de controlar estos grupos funcionan perfectamente y trabajan duro en la «prevención» de actos violentos y difusión del odio. Mercé Pigem (CiU) en primer lugar, y a continuación Joan Ridao (ERC), recordaron los escalofriantes datos del Informe Raxen, que cada año elabora la ONG

Movimiento Contra la Intolerancia, y donde el País Valenciano lidera las cifras de acciones violentas de todo el Estado, así como las reiteradas quejas y los informes de los miembros de la plataforma Acción Popular Contra la Impunidad, citando una por una las más de ochenta acciones violentas impunes de la extrema derecha en los últimos dos años.

Incluso el PP se sumó a la preocupación de los anteriores grupos, y recordó una condena que las Cortes Valencianas consensuaron a raíz de los atentados con bomba contra las sedes del Bloc y ERPV el año 2008 y que exigía el Gobierno central medidas contundentes para detener estas acciones.

Los diputados del PSOE tildaron de «marginal» el movimiento ultra, «incapaz de unirse» y con «grandes diferencias con otros países, donde son muchos más». «Estamos lejos de la impunidad y de la inacción», agregó a su vez el secretario de Estado de Seguridad. Camacho argumentó con las leyes que criminalizan el odio y la violencia, remarcando que existen muchas medidas de prevención, y destacando las operaciones policiales contra los grupos neonazis Hammerskin, Blood & Honour y Frente Antisistema, este último en la comunidad en 2005. También destacó la designación de un fiscal en la Audiencia Nacional centrado específicamente en los grupos neofascistas. «Abordar bien un problema significa tener la cautela de ni minimizarlo ni magnificarlo», agregó, criticando que Ridao sugiere cierta connivencia de la policía con los ultras.

El juicio por el caso Panzer tardaría años en celebrarse. La APCI desarrolló un intenso trabajo de denuncia señalando que los actos y las agresiones neonazis no cesaban. El 9 de noviembre de 2013, la plataforma se unió con los diferentes grupos antifascistas de la comarca para celebrar en València un acto multitudinario en la plaza de la Virgen. Se exhibieron diversos paneles con fotografías de varios atentados neonazis, víctimas mortales y recortes de prensa. Fue una impactante muestra de la violencia ultraderechista, que, hasta entonces, había pasado inadvertida para gran parte de la ciudadanía. La fecha elegida no era casual, es el aniversario de la Noche de los Cristales Rotos, el fatídico día de 1938 en el que los nazis asaltaron las viviendas, los comercios y los templos de la comunidad judía alemana.

El pogromo se cobró la vida de noventa personas y detuvieron a cerca de treinta mil judíos, que acabarían siendo deportados a campos de concentración. Este aniversario se recuerda en varias ciudades del mundo no solo para homenajear a las víctimas, sino también para alertar sobre el peligro del discurso de odio y del antisemitismo.

Mientras tanto, se miraba de reojo lo que sucedía en otras partes del Estado, particularmente en los juicios de Hammerskin y Blood & Honour. El goteo de información que se iba filtrando a la prensa desvelaba que la trama neonazi iba más allá de los grupos desarticulados. En junio de 2010, el diario El País reveló que diecisiete de los dieciocho acusados de pertenecer a Blood & Honour habían ido en las listas del Movimiento Social Republicano (MSR), el partido neofascista dirigido por Juan Antonio Llopart. Es más, el MSR y B & H compartían sede en San Sebastián de los Reyes. Precisamente en este municipio, uno de los miembros de B & H juzgados siguió ejerciendo de policía municipal.

El 24 de julio de 2009, la Audiencia Provincial de Madrid dictó una sentencia pionera. La sección séptima condenó a dos años y seis meses de prisión por asociación ilícita al jefe de los Hammerskin España, José Eduardo C. H., y al resto de imputados a un año y medio por este mismo delito. Era la primera vez que se condenaba a un grupo neonazi por asociación ilícita. Otro de los acusados, Ángel M. N., fue condenado a un año más por tenencia ilícita de armas. A todos les impuso el pago de una multa de 2.700 euros. Además, la sala acordó la disolución del grupo Hammerskin España y el cese de todas sus actividades. Según la sentencia, el tribunal consideraba «suficientemente acreditada la existencia de la organización Hammerskin España, compuesta por una pluralidad de personas, entre las que se encuentran los acusados, que están estructurados, organizados y jerarquizados con carácter permanente desde 2000», cuyo fin era «promover la discriminación, el odio o la violencia contra personas, grupos o asociaciones por razón de su ideología, religión o creencias, la pertenencia de sus miembros o de alguno de ellos a una etnia, raza o nación, su sexo, orientación sexual…». Los condenados recurrieron, pero el Tribunal Supremo ratificó la sentencia en febrero de 2012.

El 9 de junio de 2011 —pocos días después de la absolución de los propagandistas nazis del CEI, Kalki y ENR—, el Tribunal Supremo

ratificó la sentencia que ilegalizaba la sección española de la organización neonazi internacional Blood & Honour. Esta sentencia —dictada en junio de 2010 por la sección tercera de la Audiencia Provincial de Madrid— condenaba a quince de los dieciocho integrantes de la «asociación cultural» B & H España (creada en 1999) a penas de entre uno y tres años y seis meses de prisión por delito de asociación ilícita. El Supremo aplicó en este caso el artículo 515 del Código Penal sobre asociaciones ilícitas, que considera punibles las agrupaciones que «promuevan e inciten al odio, la discriminación y la violencia por motivos racistas y de intolerancia».

En los juicios a los neonazis, estos habitualmente reniegan de su ideología y se presentan como un grupo de amigos amantes de la naturaleza, el deporte o la historia, llegando a veces a extremos que rozan lo cómico. Este fue el caso del líder de Blood & Honour, que declaró al tribunal que eran una asociación cultural de amigos que no vestían de «ninguna forma especial» en la que podían entrar «gitanos, judíos y homosexuales».

Uno de los testigos en este caso fue Juan Antonio Aguilar, exmiembro de Bases Autónomas y en ese momento miembro del MSR y del colectivo Tierra Verde, en el que se integraron algunos de sus miembros. Aguilar declaró que B & H les había pedido asesoramiento político.[76] Los definió como «un grupo de jóvenes que seguían un tema "estético urbano y de música", pero "querían hacer algo más" en el tema político […]. "Buena gente, con nada reprochable en principio"». Ese mismo verano de 2010, Aguilar fue noticia cuando se descubrió que se había infiltrado en el sindicato CGT —lo detectaron militantes antifascistas de la misma CGT—. El diario Público lo contó así:

Aguilar ha sido presidente durante más de un año del comité de empresa de la compañía de informática Tecnocom, en Madrid. Recientemente fue a testificar al juicio que condenó a la red neonazi Blood and Honour y fue secretario general de Movimiento Social Republicano (MSR).[77]

Los militantes que descubrieron la infiltración llevaban tiempo intentando convencer a sus compañeros del peligro de dar cobijo a este personaje, pero algunos sindicalistas no veían problema en que un reconocido ultraderechista formase parte de la organización. Finalmente, cuando Público se puso en contacto con el sindicato, este tomó medidas.

Algunos miembros del sindicato ya denunciaron en marzo pasado los hechos a varios miembros de la sección sindical de CGT en Tecnocom, pero la respuesta que recibieron por correo electrónico fue la siguiente: «Desde que le conocemos, el comportamiento de Juan Antonio, cuando formaba parte de CC OO y ahora que ha pasado a nuestras filas, siempre ha sido el mismo: coherencia en la defensa de los derechos de los compañeros y siempre intentando implicar a los mismos en su defensa. Es más, siempre ha trabajado por encima de la media del resto de representantes».

Sin embargo, no ha sido hasta ayer cuando, tras una llamada recibida por este diario, el sindicato no ha enviado un comunicado interno a sus miembros en el que asegura que «detectada la presencia de personas de ideología neonazi como afiliadas en una sección digital de CGT, la organización ha puesto en marcha sus procedimientos estatutarios y ya han dejado de pertenecer al sindicato de forma fulminante».

Las investigaciones revelaron que otro líder neofascista, Juan Antonio Llopart, entonces secretario del MSR, también había pertenecido a este sindicato, según explicaba él mismo en su blog.

La fecha del juicio por el caso Panzer se dilató hasta el 2014. Nueve años de instrucción que se resolvieron en tan solo cuatro sesiones. La acusación popular deseaba conseguir una condena similar a las logradas contra B & H y HSE, pero pesaba el escepticismo por cómo se habían resuelto otros casos. De hecho, la sala a la que se adjudicó el caso había absuelto años atrás al grupo nazi Armagedón, acusados de incendiar varias sedes políticas en el 2000.

Poco antes de que comenzara el juicio llegó la primera sorpresa: la

Guardia Civil había destruido «por error» las armas incautadas a los neonazis. El periodista Joan Cantarero explicó en el diario Público el 13 de julio de 2013 el recorrido del asunto que llevó a este «error».

El propio gabinete de comunicación del Tribunal Superior de Justicia de la Comunidad Valenciana (TSJCV) señalaba a principios de esta semana «que la Intervención de Armas y Explosivos de la Comandancia de la Guardia Civil de Valencia había solicitado reiteradamente mediante tres escritos fechados los días 14 de marzo, 28 de marzo y 30 de octubre de 2013, la autorización del alto tribunal valenciano para destruir todas las armas que tenían en custodia correspondientes únicamente al año 2006», que es precisamente el año en el que el arsenal de la Operación Panzer había sido depositado tras la finalización de las investigaciones. Se da la circunstancia [de] que la petición de destrucción de «las armas de 2006» coincide en el tiempo con la noticia de la inminente celebración de la vista oral que inicialmente apuntaba su celebración ese mismo año.[78]

La Guardia Civil se vio salpicada por tan grave «error» en un asunto que ellos mismos habían investigado. Obviamente, a los agentes que habían llevado a cabo la Operación Panzer no les hizo ninguna gracia que sus «compañeros» destruyeran las pruebas de la investigación.

Las defensas trataron de exonerar a sus clientes argumentado, entre otras cosas, que no se les podía imputar ningún delito de agresión, ya que no existía denuncia alguna. Las escuchas telefónicas que hablaban de agresiones —cometidas o en preparación— no bastaban si no se demostraba que se habían materializado.

En una de esas conversaciones, el asesino de Guillem Agulló, Pedro Cuevas, y otro neonazi comentaban lo siguiente:

¡Vamos a cazar moros y guarros! Me llevo un pincho. Voy a hacer pupa […]. Hay que darles bien. Dejarlos mareados. […] El otro día nos fuimos a por guarros, también este fin de semana, a por sharperos. Fuimos a buscarlos a casa, ¿sabes? A casa. Sabemos dónde viven.

Íbamos dos coches. Vamos un montón de basca ahora. Lo que pasa es que es gente muy jovencita.

Según publicó el periodista Joaquín Gil en El País:

[Cuevas] se ofrecía como suministrador de un «hierro» (pistola o revólver). Sugería revender puños americanos a «chiquillos». Y aparece vinculado en agosto de 2005 a una batida humana en Villena (Alicante) donde un «punkarra asqueroso» recibió un «palizón». Otra transcripción le relaciona con un robo.[79]

El asesino de Guillem, que ya pasaba de los cuarenta años, seguía siendo miembro activo de los grupos neonazis y, por lo que sugieren las conversaciones registradas por la Guardia Civil, se dedicaba a ir con jóvenes neonazis, que lo consideraban un referente por haber asesinado a un antifascista.

Un agente de la Guardia Civil explicó que la desarticulación de la banda se precipitó, porque temían una agresión o algo más grave. La agencia EFE relató así su declaración:

El guardia civil que dirigió las investigaciones ha declarado que esta supuesta banda de neonazis organizó «cacerías» de «guarros o punkis» en Villena y que, para evitar agresiones, se «desplegó un equipo». Este agente ha explicado que varios de los imputados hicieron referencia en sus conversaciones telefónicas a una supuesta paliza a un «punki», aunque ha reconocido que no se halló denuncia ni parte de lesiones, si bien hay constancia de que algunos de los procesados estuvieron en Villena y realizaron una pintada con simbología fascista. «A posteriori teníamos conocimiento de agresiones» —ha explicado este testigo— que no se pudieron constatar, «pero el riesgo era inasumible y por eso se decide incautar», ha añadido. Este agente ha enumerado otras supuestas tentativas de delitos, como robos o estafas, que al parecer planeó este colectivo y ha explicado que disponían de una página web

para la venta de libros sobre teorías negacionistas del Holocausto y temas similares, pero la Guardia Civil no constató ninguna venta.

Y es que algunas de las conversaciones eran realmente inquietantes. En ellas, además de hablar de las cacerías, se desvelaba que un guardia civil les había advertido que los estaban siguiendo y que era posible que les hubieran pinchado el teléfono. Incluso se menciona un contacto dentro de la misma Delegación del Gobierno que también conocía la investigación y había avisado a los neonazis.

Había más conversaciones preocupantes, como esta:

Por tanto debemos ser los más preparados, los más inteligentes, los más calculadores, los más violentos y los más fanáticos. […] Como dice ETA, a ETA se entra, pero solo se sale con un tiro en la nuca. […] ¿Cuándo tendremos nosotros una infraestructura similar?

El juicio duró solo cuatro días. El abogado de la acusación popular denunció que uno de los acompañantes de los acusados le había amenazado a la entrada de los juzgados con «romperle la cabeza». Varios reporteros gráficos también denunciaron amenazas e intimidaciones.

José Manuel Megía Carmona fue el juez encargado de redactar la sentencia, que se leyó pocas semanas después. En ella absolvía a los neonazis, pues consideraba que los pinchazos telefónicos no estaban suficientemente motivados —aunque los había autorizado la jueza de instrucción dos años antes de la operación policial—. La teoría del fruto del árbol envenenado invalida cualquier prueba obtenida mediante una actuación supuestamente irregular, en este caso las escuchas.

La investigación había comenzado a raíz de la venta de armas y difusión de material neonazi en una web, pero el juez consideró que estos indicios no justificaban pinchar los teléfonos; sin embargo, eso mismo había sido suficiente motivo para los jueces de los casos B & H

y Hammerskin España. De modo que el juez del caso Panzer incluso arremetió en la sentencia contra la Guardia Civil por haber investigado a una banda neonazi a la que se le incautaron numerosas armas.

Esto es una obviedad vacía de contenido incriminatorio contra persona alguna, puesto que en Internet existe ese tipo de sitios y es algo que ni necesita ser investigado ni añade nada a una investigación policial. Es obvio que existen esas páginas, como tantas otras de diferente tipo e ideología. Si eso es lo que ha obtenido la investigación de dos años, no puede ser calificado más que de paupérrimo y ridículo.

[…] Son muchas las páginas webs que venden armas prohibidas, que en Internet se ofrezcan puños americanos, porras, porras eléctricas, navajas automáticas, navajas de mariposa, espray de defensa personal y grilletes es algo sabido. No se puede afirmar la existencia de delito en lo que es práctica o realidad absoluta en la Red.

Según explicó en Público el periodista Joan Cantarero,[80] que siguió el caso desde el principio y conoce bien a los grupos neonazis, la investigación de la Guardia Civil se realizó siguiendo un mandato internacional, la Resolución 1344, de 29 de septiembre de 2003, de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa sobre «La amenaza a la democracia por parte de partidos y movimientos extremistas en Europa».

Detrás de esta resolución aún vigente están la Agencia de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea, la Oficina de Derechos Humanos de la OSCE y la Comisión Europea Contra el Racismo y la Intolerancia del Consejo de Europa, «que advertía del peligro del crecimiento de los delitos de odio alentados a través de Internet mediante páginas webs neonazis».

Entre las medidas propuestas desde estas instituciones europeas están «el cierre de webs y la aplicación de la legislación penal prevista para

quienes, por Internet, inciten al odio, a la discriminación o la violencia xenófoba, racial, neonazi o a cualquier otra manifestación de intolerancia criminal».

Por lo tanto cabría suponer que cuando la Guardia Civil, a través del Servicio de Información, vigilaba e investigaba las páginas webs neonazis (ver el informe de la Guardia Civil) que incitan al odio y a la violencia o cualquier otra actividad delictiva, como lo es vender armas prohibidas o ilegales, estaba cumpliendo con su trabajo, siguiendo órdenes de sus mandos, entonces bajo el Gobierno del PP de José María Aznar y siendo ministro del Interior Ángel Acebes, nada sospechosos ambos de estar vinculados a ideologías de izquierda radical.

Acció Popular Contra la Impunitat, que ejerció la acusación popular en nombre de casi un centenar de colectivos, no se rindió y presentó recurso ante el Tribunal Supremo. Al mismo tiempo, continuaba denunciando las incesantes agresiones de aquellos años. Un año después, el alto tribunal confirmó la absolución de los neonazis e impuso a las organizaciones de la acusación popular el pago de las costas: más de 43.000 euros a repartir entre las defensas.

No contentos con la absolución y el pago de las costas, los neonazis exigieron que se les devolvieran las armas incautadas. Como habían sido destruidas, el Estado tuvo que indemnizarles. El asesino de Guillem —al que de nuevo sonreía la justicia— pidió también que se le devolviera su colección neonazi. Cuevas, que cuando se le juzgó por el asesinato de Guillem declaró que era un joven ajeno a cualquier ideología política, reclamaba decenas de brazaletes con la esvástica y demás objetos de parafernalia nazi que la Guardia Civil le había incautado. Aparte de una navaja a la que, según decía, tenía especial cariño.

A pesar del mazazo que supuso para los colectivos de la plataforma y quienes habían confiado en que la justicia condenara por fin a un grupo nazi en València, el trabajo de la Acció Popular Contra la Impunitat no fue en vano. Se consiguió reunir prácticamente a todo el tejido asociativo durante años para denunciar conjuntamente la violencia de extrema derecha y su impunidad. Se consiguió visibilizar

el problema como nunca se había hecho y sensibilizar a gran parte de la ciudadanía, que recibía constantemente noticias sobre cada acto de violencia ultraderechista que tenía lugar en el País Valenciano. Se registraron todos y cada uno de estos ataques y se recogían en informes que se enviaban a todos los partidos políticos, medios de comunicación y organizaciones de todo tipo. Tenían la manifiesta determinación de no normalizar una situación de violencia que no estaban dispuestos a aguantar, a pesar de la reiterada impunidad que la amparaba.

---

[76] Véase https://www.elmundo.es/elmundo/2010/06/07/madrid/1275918986.html.

[77] Disponible en https://www.publico.es/espana/neonazis-infiltran-cgt-tratar-captar.html.

[78] Disponible en https://www.publico.es/actualidad/juicio-banda-neonazi-mas-peligrosa.html.

[79] Disponible en https://elpais.com/politica/2014/07/19/actualidad/1405763821_

317496.html

[80] Véase https://www.publico.es/actualidad/paraiso-neonazi-valencia.html.

35

Carlos Palomino:

el duelo a través de

la militancia

«Despertar y abrazar la vida como un día más,

conciencia, una mirada joven, cosas que cambiar.

Unidad frente a los que fomentan la desigualdad,

sabes que nuestro camino es largo, pero hay que pelear.

Sin claudicar, levantar la voz: ¡Fascismo nunca más!

y en la lucha, borraron con su odio un rojo corazón.

Rabia y dolor, y al teléfono se nubla la razón

y en las calles, tu nombre retumba y pide dignidad».

DIABLO COJUELO, Continuar, 2008

La Audiencia Provincial de Madrid estaba tomada por la policía. Un amplio dispositivo de antidisturbios controlaba los alrededores y vigilaba de cerca a los antifascistas que a primera hora de la mañana habían ocupado la acera de enfrente del edificio. Solo un pequeño grupo acompañó a Mavi Muñoz y a Carmen —la madre y la abuela— en la primera sesión del juicio por el asesinato de Carlos Palomino.

Esperé a que entraran y me situé en las últimas filas, delante de tres chavales que dijeron que eran estudiantes en prácticas y abandonaron la sala durante un descanso.

Josué Estébanez fue el militar neonazi que mató de una puñalada al joven antifascista de dieciséis años. Estaba solo en el juicio. No habían venido a apoyarle su familia ni los neonazis que lo reivindicaban como héroe por matar a un menor de edad.

Doce años después me senté en un bar de Lavapiés con dos de las compañeras de Carlos que también estaban aquel día en el juicio. Ellas habían vivido aquellos años frenéticos en Madrid con la Coordinadora Antifascista, el CSO La Traba y todos los proyectos que surgieron entonces. Siguen militando, pero en ámbitos distintos; sin embargo, se siguen encontrando en el antifascismo y muchos otros movimientos sociales de la ciudad.

Elena, que ya militaba en la década del 2000, cuenta que unos años antes la disolución de Lucha Autónoma había supuesto un parón, y que el antifascismo se convirtió entonces en el punto de encuentro para los movimientos sociales madrileños.

En Madrid, la Coordinadora Antifascista fue la primera militancia de mucha gente. Cada año tenían como referencia la manifestación del 20N y cuando empieza a notarse la crisis económica, a partir de 2005, comienza el auge del movimiento.

Elena resalta que ese año la campaña «Memoria, dignidad y lucha» introduce el tema de la memoria histórica y se juntan personas más mayores, que llevaban años desconectadas del movimiento.

En 2007 se okupa La Traba, en el distrito de Arganzuela. La mayoría de los centros sociales okupados habían sido desalojados, así que La Traba se convierte en nuevo punto de referencia en la ciudad para la Coordinadora Antifascista de Madrid (CAM) y cerca de una quincena de colectivos. El centro social albergó numerosas actividades y fue punto de encuentro para el antifascismo madrileño. Sin embargo, también se trabajó para descentralizar las actividades y apoyar a los

colectivos de otros barrios, aprovechando la coordinación que permitía la CAM. Las reuniones se multiplicaron y se empezó a trabajar el antifascismo más allá de la tradicional manifestación del 20N. Se realizaban campañas de agitación y propaganda y también jornadas sobre antifascismo que duraban varias semanas. El espacio era lo bastante grande como para albergar eventos de miles de personas, lo que, sin duda, sirvió para sustentar la actividad del movimiento y de muchos colectivos, algo que se repetía en otras ciudades con proyectos similares. Algunos grupos musicales de aquellos años estaban vetados por su contenido político y no podían acceder a salas de conciertos sin que los acompañase una campaña de criminalización. El CSO también sirvió para que estos grupos —entre otros, Banda Bassotti o Soziedad Alkoholika— pudiesen esquivar la censura y actuar ante miles de personas.

La CAM empieza a funcionar en base a un acuerdo de mínimos y unos estatutos que se debaten cada año entre todos los colectivos e individuos que la conforman, empezando así a crear una estructura cada vez más sólida y potente. Incluso participan en otras luchas más allá del antifascismo, como huelgas y luchas sindicales, ofreciendo el músculo que habían estado cultivando durante esos años.

En 2007 organizan unas jornadas antifascistas entre el 20 de octubre y el 20 de noviembre, con la tradicional manifestación del 20N como colofón. Por aquellas fechas, el partido neonazi Democracia Nacional había convocado diversas protestas contra la inmigración en barrios obreros, donde residían muchas personas migrantes. La CAM decide organizar una respuesta y empieza a reunirse con otros colectivos de la ciudad para decidir cómo. La primera de estas concentraciones nazis era en el barrio de Usera el domingo 11 de noviembre de 2007. Nora, una de las impulsoras de La Traba y miembro de la CAM, explica el objetivo de la acción.

La idea era cortar su manifestación a mitad del recorrido. Sin anunciar nada, presentarse allí de sorpresa y plantarse en medio de la calle a su paso.

La respuesta fue masiva y a primera hora de la mañana un gran número de personas acudió al centro social para marchar juntas en metro hacia la manifestación neonazi. Decenas de jóvenes antifascistas llenaban los vagones en dirección a Usera. Dentro del vagón, alguien advierte la presencia de un neonazi con una sudadera de la marca Three Stroke. Carlos se acerca a él. Josué, que se había percatado de la presencia de los antifascistas, tenía una navaja preparada. Cuando Carlos le interpeló, el neonazi le asestó una puñalada en el corazón sin mediar palabra. Josué se quedó solo por un momento blandiendo el arma y andando de un lado a otro sin rumbo mientras el resto de los pasajeros sacaba a Carlos y empezaba a abandonar el vagón al darse cuenta de lo que acababa de suceder. Inmediatamente, los amigos de Carlos tratan de reducir al asesino, que hiere a otros dos jóvenes a navajazos, a uno de ellos de gravedad. Josué vacía un extintor que le habían lanzado los antifascistas y consigue huir hasta la calle, donde se deshace del arma y es alcanzado y reducido por los amigos de Carlos hasta que llega la policía.

Mientras, el grueso del grupo había salido de la estación para esperar a una ambulancia. Desconocían la gravedad de las heridas, pero la policía y los médicos les piden que se retiren, que los heridos iban a ser trasladados al hospital. Los antifascistas deciden entonces seguir hacia la manifestación, como estaba previsto. Nora y otra compañera permanecen junto a Carlos en el hospital de campaña del Samur, a la salida del metro de Legazpi. «Deja de llorar, tu amigo está muerto», le dijo un antidisturbios a Nora, que permanecía en la carpa del Samur viendo cómo los sanitarios trataban de reanimar al joven de dieciséis años apuñalado.

Cuando los antifascistas, ajenos a la muerte del joven, se ponen en marcha, la policía carga contra ellos. Las carreras se prolongaron un rato, mientras los neonazis avanzaban en manifestación. Un joven antifascista resultó herido en la cabeza por una bala de goma y una chica se paró a ayudarle. Sangraba abundantemente por la cabeza, pero la policía esposó a ambos y los retuvo en el suelo mientras los neonazis desfilaban a pocos metros grabando la escena con sus móviles y riéndose de los heridos. La manifestación racista se realizó protegida por la policía y un buen número de antifascistas resultaron heridos por las cargas policiales. Mientras tanto, en Legazpi, los sanitarios desmontaron el hospital de campaña y se llevaron al hospital a los heridos y a Carlos, que ya había fallecido.

Los amigos de Carlos avisaron a su madre, Mavi, de que su hijo estaba herido. Llegó al hospital Doce de Octubre con varios de ellos y preguntó por su hijo. Los policías no dejaron entrar a nadie, ni siquiera a ella, y le dijeron que su hijo seguía vivo y estaba siendo atendido junto a los otros heridos, aunque sabían que no era cierto. Los nervios eran evidentes a la puerta del hospital y la policía incluso hizo amago de cargar. De repente, alguien dijo que varios medios estaban informando de que Carlos estaba muerto.

La noticia corrió como la pólvora en todos los medios de comunicación, que se enteraron de la muerte del joven antes que su propia madre y que muchos de sus amigos allí presentes. Algunos medios incluso sacaron fotos de Carlos, a pesar de que era menor de edad, y lo vinculaban con «grupos radicales». Trataron el caso como una «pelea entre bandas rivales», poniendo al mismo nivel a los nazis y los antifascistas, cuando el asesino iba a manifestarse contra las personas migrantes armado con un cuchillo mientras la víctima iba a protestar contra el racismo desarmado. Democracia Nacional, el partido neonazi que había convocado la manifestación racista, se desvinculó inmediatamente de Josué y del asesinato. Negaron que el militar perteneciera a su partido e incluso que acudiera a la manifestación. Esto provocó que en el entorno neonazi se acusase a Democracia Nacional de traidores y de dejar abandonado a un «héroe», que fue como lo calificaron varios de sus camaradas.

La misma tarde del asesinato, miles de personas llenaron la Puerta del Sol de Madrid durante dos horas en repulsa por el crimen. La policía cargó contra los asistentes cuando terminó el acto, pero no detuvo a nadie. Al día siguiente se convocó una reunión abierta en La Traba, a la que asistieron unas cuatrocientas personas, todavía en shock por lo sucedido. Rabia, tristeza, indignación, desconcierto… Una especie de catarsis entre quienes habían presenciado el asesinato, sus compañeros y amigos, vecinos, militantes de diferentes organizaciones que se ponían a disposición de lo que se acordase… Esa misma semana, la Delegación del Gobierno en Madrid había autorizado otro acto neonazi, esta vez de Alianza Nacional. Por otro lado, las jornadas antifascistas previstas para todo el mes seguían en el aire. Había que decidir qué hacer con todo esto, con un nuevo escenario y un antifascista asesinado. El caso de Carlos tuvo especial relevancia dentro de esta generación de militantes antifascistas, pues era la primera vez que un activista era asesinado durante una acción

política. Además, delante de muchos de sus compañeros.

Entre los asistentes a la asamblea abierta se coló algún periodista. Al día siguiente, Quico Alsedo y Luigi B. Borges firmaron una noticia en El Mundo que titularon «Un muerto se paga con otro muerto», que supuestamente era una frase que alguien había lanzado en la asamblea. Este titular sensacionalista arrancado en medio de tanto dolor apuntalaba el eterno relato oficial equidistante de las tribus urbanas enfrentadas o de los radicales de uno y otro signo, lo mismo que hemos visto que sucedió en el caso de Guillem Agulló y otros. La información de El Mundo recogía dos posturas enfrentadas en la asamblea: una pedía acción directa y confrontación, y otra pedía precaución y calma.

La veteranía puso cierta sensatez, por boca de un antifascista de barba: «Ha muerto un compañero y estamos jodidos, pero es una ocasión única: poder explicar a nuestras madres, a nuestros compañeros de trabajo, que nos están matando por defender la igualdad, porque nadie se crea superior por ser blanco o por haber nacido aquí».

Los moderados hacían hincapié en que «la opinión pública tiene que pensar que esto no es una pelea entre bandas, que está en juego la igualdad», pero las llamadas a la «valentía» de los radicales, muchos de ellos con la cabeza rapada, generaban explosiones de entusiasmo. [81]

No fue la primera vez ni la última que un periodista se colaba en un acto o una asamblea del movimiento antifascista. Ante el músculo que empezó a demostrar el antifascismo en todo el Estado español, la prensa comenzó a «interesarse» por este movimiento social que cada vez se extendía a más ciudades y había pasado de recibir los golpes de los neonazis a plantarles cara, demostrando una enorme capacidad de movilización.

Unos meses antes del asesinato de Carlos, se había puesto en marcha el primer proyecto de coordinación estatal de los colectivos antifascistas de varias ciudades, concretamente Salamanca, Madrid,

Barcelona, Bilbao, Valladolid, Guadalajara, Málaga, València, Segovia y Zaragoza, que eran los más activos.

La coordinación estatal se volcó en la campaña por Carlos hasta pasado el juicio. Los días previos a su celebración, se tiñeron numerosas fuentes de todo el Estado de color rojo; se realizaron actividades y campañas de apoyo a los múltiples episodios represivos contra algunos de los colectivos y militantes de distintas ciudades; y se realizaron al menos un par de encuentros, el primero en Madrid en 2008 y el segundo en Zaragoza un año después. Casos como el del 4F en Barcelona, la persecución contra el RASH en Málaga, el intento de ilegalización de la Coordinadora Antifascista de Madrid, entre otros asuntos, motivaron un repliegue de fuerzas para centrarse en lo local y el proyecto estatal se dejó en stand by; eso sí, se mantuvieron los contactos para determinados asuntos y el intercambio de información fue constante.

Nora explica cómo se vivieron esos días:

Hay mucho miedo, mucha prudencia, incluso algunos sectores más reformistas de la izquierda se acercaron a las asambleas con la intención de desmovilizar. Teníamos previstas concentraciones por las jornadas antifascistas, huelgas, protestas contra otros actos nazis y la manifestación del 20N pocos días después. Decidimos seguir adelante a pesar de todo.

Sin embargo, la Delegación del Gobierno decide ilegalizar todos los actos antifascistas y permitir las convocatorias de los grupos nazis y fascistas.

Elena recuerda:

Recurrimos hasta al Supremo, cambiamos el lema, tratamos de hacerlo a través de otros colectivos, pero nada. Nos ilegalizaron todo durante varios meses.

Aun así, se decidió seguir adelante y sortear la prohibición estableciendo dos marcas distintas: Madrid Antifa para las convocatorias antifascistas, y Compañeros y Amigos de Carlos para todo lo relacionado con este caso.

La Delegación del Gobierno incluso se puso en contacto para convencernos de que no hiciésemos los actos. Soledad Mestre, del Gobierno de Zapatero, nos llamaba a nuestros teléfonos personales.

Pero les contestamos que el 20N se iba a hacer y no había más que hablar.

La protesta pretendía llegar a Legazpi, que era la estación de metro en la que unos días antes había sido asesinado Carlos. Querían colocar una placa de recuerdo. Se preveía que sería multitudinaria y no había ninguna intención de suspenderla, pese a la insistencia de las autoridades.

La estrategia fue convocar en Atocha, un espacio amplio, para sortear así los controles policiales.

Estaba tomado por la policía. Te cacheaban por todas partes y había antidisturbios de otras ciudades desplazados a Madrid.

Mientras el grupo convocante permanecía en Atocha a modo de distracción, otros grupos habían preparado su llegada a Legazpi por otras calles.

Empezaron a aparecer miles de personas por todas las calles alrededor de Legazpi. La policía se vio desbordada. Cargaban, pero la gente se reagrupaba. Incluso había inhibidores de frecuencia para anular las

comunicaciones telefónicas. Hubo unas tres manifestaciones paralelas de tanta gente que había, hasta que se la mayoría se consiguieron reunir en Legazpi para colocar la placa.

En mitad de la calle se situaron los antidisturbios, aparentemente con la intención de cargar contra los miles de personas que habían sorteado los controles. Un grupo de manifestantes se agarró entonces de los brazos, interponiéndose entre el cordón policial y el edificio contiguo a la boca del metro donde se estaba colgando la placa en memoria de Carlos. Luego se leyó un comunicado, como estaba previsto. La emoción, los nervios y la rabia se mezclaban. Fue una tarde agitada de carreras y cargas policiales, pero con el alivio de conseguir lo que se pretendía, pese a los esfuerzos de la Delegación del Gobierno y la policía por impedirlo.

Las Jornadas Antifascistas terminaban aquel día en el CSO La Traba, donde Los Chikos del Maíz actuaron ante miles de personas. Nora concluye:

Fue un subidón. Con organización, coordinación y con todo el mundo arriba, ya pueden traer a todos los antidisturbios que quieran, que las cosas se hacen.

Nora y Elena destacan el papel que tuvo desde el principio Mavi Muñoz, la madre de Carlos. A pesar de que los medios de comunicación intentaron criminalizar el antifascismo y la invitaban a todo tipo de programas sensacionalistas, ella siempre se mostró orgullosa de su hijo y de su compromiso antifascista. Nora remarca:

Dio la cara por nosotros. Decía que éramos su gente, los amigos de su hijo, y acudía a todas las manifestaciones, a todos los actos.

Ella y un grupo de madres de otros activistas antifascistas crearon la Asociación de Víctimas del Fascismo y posteriormente Madres Contra la Represión. Desde entonces, acompañaron a los jóvenes en las protestas.

Se ponían en primera fila, rompiendo el estereotipo de los chavales de negro encapuchados. La gente también empieza a dar la cara, a mostrar su rostro, diciendo: «Aquí estamos. Somos nosotras, somos antifascistas y esto es política, no una tribu urbana». Nos dio una fuerza increíble que salieran las madres a dar la cara en un momento en el que han matado a un compañero y los medios te criminalizan y estás constantemente vigilado. Estábamos anímicamente hundidos, pero Mavi tiró de todos nosotros. Si esta mujer a la que acaban de matar un hijo sigue adelante, ¿cómo no vamos a seguir nosotras?

Madrid Antifa dio un paso significativo y comenzó a dar ruedas de prensa y atender a los medios dando la cara. Hasta ese momento, pocos movimientos sociales, y menos aún los que estaban en el punto de mira de los grupos neonazis, se atrevían a mostrar el rostro de sus militantes. No se confiaba en los medios, que siempre buscaban el sensacionalismo, el estereotipo y la criminalización. Esto se debatió a lo largo de los años en la mayoría de los colectivos antifascistas del Estado y todavía es un tema que provoca discrepancias. En Madrid, tras el asesinato de Carlos, se decidió que se intentaría insertar el relato propio como fuera, ya que todos los medios hablaban del tema y, si no se daba información, dirían lo que quisieran. Los medios seguían contando lo que les convenía, pero muchas veces se logró colar el mensaje y esquivar la caricaturización y la criminalización habituales.

Estábamos rotas, pero solo nos teníamos las unas a las otras. Aprendimos mucho, dejamos los debates estériles para la barra del bar y echamos adelante limando asperezas, superando sectarismos… Carlos podría haber sido cualquiera de nosotros. Vivíamos en tensión todos los fines de semana, pero sabías que había gente que iba a dar la

vida por ti. ¿Hizo falta llegar a este punto para darnos cuenta? Viéndolo en perspectiva, analizas cómo llegamos a esos niveles de movilización, que a la vez eran por la supervivencia. Vimos que eran capaces de todo contra nosotros: de matar, de detener, de criminalizar… Sin embargo, logramos legitimar el antifascismo a pesar de la criminalización y conseguimos parar muchos de los actos neonazis. Sabían que, si convocaban, habría respuesta y siempre tenían que ir protegidos por la policía. Adoptamos esa posición, no rebajamos el discurso ni la acción. No dejamos de convocar contra la extrema derecha.

La fuerza que tomó el movimiento inquietó a las autoridades. La misma Mavi contó en alguna entrevista que el entonces ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, la llamó para mostrarle su apoyo e incluso llegó a afirmar que Carlos «era uno de los nuestros», pero mientras tanto prohibía las protestas antifascistas, claro. Por su parte, la ONG Movimiento Contra la Intolerancia (MCI), que se presentó como acusación popular en el caso de Carlos, trató de domesticar o resignificar el antifascismo adoptando el discurso de los medios y del poder que señalaba a «los antisistema», a los «antifascistas malos» que se enfrentaban a los nazis y a la policía. Tuvo su momento cumbre en el reportaje en Telecinco de Diario de… titulado «Los extremos se odian», que equiparaba a los antifascistas con los neonazis y hablaba de tribus urbanas, violencia juvenil y hasta de kale borroka. Esteban Ibarra, presidente del MCI, aparecía con Mercedes Milà reivindicándose como antifascista, un papel que ya había jugado en otros casos anteriores, como en el asesinato de Richard en Costa Polvoranca unos años antes. Nora explica el clima que se vivió aquellos años.

El nivel político y de movilización dentro de la Coordinadora Antifascista era brutal. Nada que ver con el cliché que se difundía sobre el movimiento. Lo mismo sucedía en otras ciudades, incluso en otros países, donde se hicieron numerosas campañas por Carlos. Hubo un auge global del antifascismo, aunque no fuese solo por Carlos, pero este tema sirvió de nexo. Todo lo que se construyó, todo ese apoyo… Aquí en Madrid, ese duelo que a través de la militancia y de vivirlo

colectivamente, haciendo algo constructivo en uno de los momentos más jodidos de nuestras vidas, fue brutal. Conseguimos demostrar que esto no era una pelea de bandas, como se vio finalmente en el juicio. Era un verdadero movimiento político. El objetivo era ganarle el discurso al poder, a la prensa. Lo conseguimos, sobre todo a partir de que se publicara el vídeo del asesinato de Carlos en El País (el 9 de mayo de 2009), en el que se ve claramente la sangre fría con la que Josué apuñala a Carlos sin que hubiese pelea previa.[82]

Mientras, los neonazis observaban atentamente los movimientos del antifascismo, la repercusión del asesinato y cómo el Estado y los medios trataban de contenerlos. Estuvieron unos meses tranquilos, conscientes de que había mucha rabia y mucho músculo antifascista y les convenía mantener cierta distancia y discreción. Sin embargo, la calma tensa duró poco. A los pocos meses del crimen, ya en 2008, los nazis volvieron a las andadas. El 28 de febrero de 2008, un partido recién creado por viejas glorias del neonazismo madrileño, Nación y Revolución (NyR), convocó un acto electoral en Tirso de Molina.

La policía tomó la plaza horas antes del acto. Un reducido grupo de neonazis permaneció en la boca del metro hasta que los agentes despejaron la zona. Al mismo tiempo, cientos de antifascistas, muchos de ellos vecinos de Lavapiés de origen migrante, tomaban las calles adyacentes y rodeaban la plaza. Los neonazis salieron del metro rodeados por un amplio dispositivo de antidisturbios, agitaron las banderas y lanzaron varios gritos. La batalla campal empezó y la policía se vio absolutamente desbordada. Cientos de personas rodearon a los neonazis, formaron barricadas y trataron de romper el dispositivo policial que los protegía. Tal y como se puede ver todavía en los vídeos que circulan por la red,[83] los nazis se vieron atrapados y, protegidos en todo momento por las balas de goma de la policía, tan solo desfilaron unos metros. En uno de los vídeos se les escucha gritar: «Inmigrantes maleantes. Menos locutorios y más crematorios Sieg Heil!».[84] La contienda se saldó con ocho antifascistas detenidos y otro que perdió la visión de un ojo por impacto de una bala de goma de la policía. La agencia EFE recogió la opinión de las asociaciones de vecinos sobre lo sucedido.

Los vecinos ya habían advertido del peligro.

La Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid (FRAVM) y la asociación vecinal La Corrala de Lavapiés habían solicitado que no se autorizase la concentración ultraderechista convocada para las 20.30 horas en la plaza de Tirso de Molina por el partido Nación y Revolución para evitar problemas de «inseguridad», debido a que el 40 por ciento de la población de la zona es inmigrante.

Las dos entidades aseguraban no entender que la Junta Electoral Central diese el visto bueno a un acto promovido por una organización «abiertamente racista y xenófoba» que podría causar «graves problemas de seguridad ciudadana». Las asociaciones vecinales solicitaban a la Junta Electoral que rectificase su postura y prohibiese finalmente una actividad en la que temían que se instigase a «la violencia y el odio racial».

Las dos entidades habían advertido de que la actividad de grupos como Nación y Revolución alienta «el racismo, el fascismo y la xenofobia» y es una «amenaza para la convivencia pacífica de los vecinos de los barrios de Madrid». Tanto la FRAVM como La Corrala defienden barrios «donde haya lugar para personas de todas las culturas, etnias y procedencias».[85]

La batalla de Tirso inauguró una nueva etapa de confrontación que iría in crescendo durante todo el año 2008. Los neonazis pretendían arrebatar la hegemonía de las calles al antifascismo, demostrar que, a pesar de haber matado a un antifascista, seguían ahí, orgullosos de ello y dispuestos a lo que hiciese falta para destruir a aquellos que, desde hacía años, los habían condenado a esconderse en sus madrigueras y andar siempre con pies de plomo. La ofensiva antifascista ya había hecho saltar varias alarmas. Tras un chorro de reportajes y noticias que intentaban criminalizar al movimiento antifascista equiparándolo con los neonazis, la organización ultraderechista Manos Limpias pidió la ilegalización de la CAM.[86]

La periodista Mercedes Milà aportó su granito de arena con el programa Diario de… titulado «Los extremos se odian».

El reportaje, que seguía la línea de Diario de un skin, emitido unos años antes, mostraba varios lugares y actos en los que se reunían los antifascistas —conciertos, manifestaciones, tiendas…— bajo una pátina de misterio y morbo, a pesar de que eran lugares y actos públicos a los que se podía acceder sin ningún problema. Se intercalaban imágenes de la manifestación de Tirso de Molina con Esteban Ibarra y Mercedes Milà condenando los disturbios y afirmando que los antifascistas que habían protagonizado la contramanifestación eran «antisistema» y que eso no era antifascismo. También se entrevistaba a un neonazi con el rostro cubierto que denunciaba «la violencia de los antifascistas» y mencionaba el asalto a un local el que se reivindicaba al asesino de Carlos, se vendía lotería para apoyarle y se reunían algunos neonazis de los más veteranos. Varios neonazis habían sido heridos en esa acción. También en el boicot a un torneo de fútbol organizado por los neonazis de Combat España en el barrio de San Blas en junio de ese mismo año, que fue asaltado por una veintena de antifascistas. El antifascismo no había dado tregua a los nazis desde que asesinaron a Carlos. El programa de Mercedes Milà brindó a los neonazis la oportunidad de presentarse como víctimas y reafirmaba el relato de bandas juveniles y tribus urbanas. Todos eran iguales.

Mavi participó en el reportaje, porque siempre había atendido a los medios. La persuadirían para que interviniese como suele hacer la televisión: que si somos conscientes de la pérdida que has sufrido y queremos ayudarte, que vamos a retratar a esos malvados nazis y tu testimonio será muy valioso, que ya verás cómo esto ayuda de cara al juicio y todo el repertorio habitual. Al final, aquel 19 de junio vimos en televisión una nueva puñalada. Mavi no se calló y al día siguiente publicó una carta titulada «¿Dónde está mi entrevista?» en la que mostraba su indignación con el reportaje.

[…] Me siento totalmente engañada (no manipulada), porque tengo que reconocer que nada referente a mi entrevista fue manipulado, simplemente CORTADO, VETADO, INEXISTENTE, por lo que me pregunto yo, ¿DÓNDE DEMONIOS ESTÁ MI ENTREVISTA? ¿Dónde ESTÁ LA DEFENSA Y LA DENUNCIA PÚBLICA QUE YO GRABÉ? ¿DÓNDE ESTÁ LA ENTREVISTA QUE HICIERON A LOS AMIGOS DE CARLOS? ¿POR QUÉ INFILTRARON A UNO ENTRE LOS

ANTIFASCISTAS? ¿POR QUÉ NO INFILTRARON A OTRO ENTRE LOS NEONAZIS? ¿CÓMO PUEDEN SACAR LA ENTREVISTA DE UN IMPRESENTABLE COMO ESE ABOGADO, PERTENECIENTE A NACIÓN Y REVOLUCIÓN, Y PERMITIRLE QUE DIGA ESA CANTIDAD DE BARBARIDADES Y NO TENER HUEVOS PARA DECIRLE MENTIROSO EN SU CARA? Ahora, después de analizar un poco, veo la realidad. MI ENTREVISTA NO ERA PROCEDENTE QUE SALIESE, ERA DEMASIADO PELIGROSA, PUESTO QUE INCULPABA AL GOBIERNO, DELEGACIÓN DE GOBIERNO, TRIBUNAL SUPREMO… En esa entrevista clara y abiertamente criminalizaba a los nazis, y a sus defensores que los apoyan y dan cobertura para que sigan realizando sus matanzas, en esa entrevista claramente dije que eran LOS SICARIOS DE LOS QUE ESTÁN EN EL PODER, y por ello no les interesa ilegalizarlos ni criminalizarlos, porque son los que hacen el trabajo sucio de los señores que salen con sus cortes a navaja de pelo y sus bonitos trajes… ¿Por qué no sale mi denuncia pública, que dirijo directamente al ministro del Interior, señor Rubalcaba, cuando en el primer mes todo fueron buenas palabritas pero total incumplimiento de ellas?

La Coordinadora Antifascista de Madrid también mostró su indignación con el reportaje en un comunicado titulado «Desarticular la estrategia aislacionista de los medios de comunicación contra el antifascismo». En él se recordaba la campaña mediática de criminalización del movimiento desde el asesinato de Carlos y la permisividad de las autoridades, que autorizaban todos los actos nazis y prohibían todas las convocatorias antifascistas.

«Yo también soy antifascista», decían alegremente Mercedes Milà y Esteban Ibarra el pasado 19 de junio en el programa basura Diario de… Los extremos se odian. Es decir, ponían sobre la mesa la existencia de un supuesto antifascismo democrático, que reivindica valores solidarios, pero siendo respetuoso con el sistema capitalista y sobre todo «sin usar la violencia». Con este argumento pretendían trazar una línea divisoria entre el antifascismo demócrata y el antifascismo violento. Según esta tesis, el supuesto empleo de la violencia es el método básico que iguala a antifascistas con los

fascistas, utilizando ambos grupos formas de expresión igualmente «radicales» y «extremas».

El objetivo de insistir con esta argumentación es el de aislar socialmente al movimiento antifascista real, al que lucha en la calle porque entiende que el fascismo es una herramienta del capitalismo para amedrentar a los sectores sociales en lucha por los derechos básicos de las personas y que entiende, además, que no es democrático el sistema que privatiza la sanidad, que mercantiliza la educación, que precariza el trabajo, que vive junto a las mafias inmobiliarias y junto a la corrupción institucional. Es decir, no existe un antifascismo «democrático» que no combate el sistema capitalista ni planta cara a sus guardianes callejeros: los nazis.[87]

El verano de 2008, poco después de aquel reportaje, los fines de semana se sucedieron varios ataques contra el CSO La Traba, centro de operaciones del antifascismo madrileño. El 12 de julio, cuatro neonazis se presentaron en el centro social armados con navajas y porras extensibles. El 24 de julio, cinco neonazis lanzaron piedras contra los cristales e intentaron reventar la puerta para acceder al edificio. El 5 de agosto, un grupo de nazis armados con cadenas y porras atacó de nuevo el centro social. Tras intentar repetidamente asaltar el local a lo largo de un mes y alguna que otra respuesta a sus ataques, el 6 de agosto un grupo de neonazis intenta quemar el local con gente en su interior. Así lo explicaba en un comunicado la asamblea de La Traba:

«Los nazis eran conscientes de que había gente dentro, buscaban víctimas. Por suerte nos despertamos antes de que el fuego se extendiese y conseguimos apagarlo a tiempo, evitando que alcanzara materiales inflamables o afectara a los cables de la luz. El denso humo también ha podido fácilmente provocar males mayores si no fuera por la rapidez con la que hemos reaccionado, era muy difícil respirar», subrayan desde el CSO. El fuego, avivado con gasolina, fue prendido en la puerta principal y no ha afectado a la estructura del edificio.[88]

Pocos días después del incendio, Soledad Mestre, delegada del Gobierno, aseguró que incrementaría el control policial en la zona para evitar más ataques neonazis. Aunque estos pararon por un tiempo, el CSO La Traba recibió otra visita la noche del 27 de agosto. Un coche patrulla de la Policía Nacional pasó por delante del centro social y saludó de esta manera a los antifascistas con el megáfono del vehículo: «¡Buenas noches, guarros! ¡Guarros, arriba!». Una cámara captó el momento y varios medios de comunicación se hicieron eco de lo sucedido.[89] No hubo ningún tipo de explicación ni se sancionó a aquellos agentes de policía que usaban las mismas palabras que los neonazis que habían atacado varias veces La Traba aquellos meses.

Durante más de un año, varias personas realizaron turnos de vigilancia todas las noches para prevenir los ataques neonazis. Posiblemente, eso les salvó la vida. También vigilaban la placa de homenaje a Carlos que se había colocado en Legazpi, ya que los neonazis la atacaron varias veces. Una vez incluso la robaron, pero la policía la recuperó en el maletero del coche de un neonazi que fue detenido por otro altercado.

La mayor provocación de los neonazis tuvo lugar al año siguiente (2009) en el barrio de Vallecas. El nuevo partido político neonazi Movimiento Patriota Socialista (MPS), detrás del cual había viejos conocidos de otros grupos neonazis y ultras de fútbol, llamaron a sus camaradas de todo el Estado a que se manifestaran en Vallecas «contra la crisis».[90] Su intención era hacer acto de presencia en un barrio emblemático para el antifascismo, igual que había hecho unos meses antes Nación y Revolución en Tirso de Molina. También influía que Carlos Palomino era de Vallecas. De nuevo, la Delegación del Gobierno concedió permiso a la manifestación y, como siempre, dispuso un amplio dispositivo policial para proteger a los neonazis y ahuyentar a los antifascistas. De nada sirvieron las quejas de los vecinos, de varias ONG y de la asociación que lideraba la madre de Carlos. Es más, ese mismo día Alianza Nacional convocó un acto por la mañana en Ciudad Lineal que también fue autorizado. La elección de la fecha no fue casualidad. Ese 28 de marzo se celebraba un partido de fútbol entre España y Turquía, la excusa perfecta para que neonazis de otras ciudades se acercasen a Madrid a disfrutar una jornada completa de actividades.

Tampoco sirvió de nada que varias ONG alertaran de los mensajes que

se vertían aquellos días en los foros ultras.

Este sábado todos sabemos cuál es el enemigo: el turco, el gitano, el kebab de la esquina.[91]

No era la primera vez que la extrema derecha convocaba en un lugar en el que sabía que habría respuesta, pero tenía permiso de la Delegación del Gobierno y la policía los protegería. Con esta estrategia consigue principalmente dos objetivos: publicidad por desfilar por «territorio enemigo» (aunque sea con la protección de cientos de policías) y represión contra sus oponentes, con las consecuencias que ello supone para el movimiento. Aquella tarde, veinticinco antifascistas fueron detenidos tras varias horas de disturbios. Los convocantes de la protesta antifascista explicaron así los hechos:

Lejos de los supuestos motivos por los cuales iban a realizar su manifestación, es decir contra la crisis económica, se han dedicado a corear lemas insultantes y ofensivos hacia Carlos Palomino. Lemas como: «Carlos, pardillo, devuélvenos el cuchillo», «Josué libertad», «Seig Heil» y «Vallecas será la cuna del fascismo», entre otros. Esto demuestra que el objetivo de la manifestación fascista no era otro que acudir al barrio donde nació Carlos y provocar tanto a su madre como a los vecinos y compañeros vallekanos que ya salieron masivamente a la calle para repudiar su asesinato.

[…] La Asociación de Víctimas del Fascismo y otras organizaciones ya avisaron de que la legalización de actos fascistas y la presencia neonazi en Vallecas podrían provocar agresiones y repetirse situaciones como el asesinato de Carlos el 11 de noviembre de 2007. El PSOE y la Delegación de Gobierno han hecho caso omiso a estas advertencias, ya que a las 15.00 horas del sábado 28 de marzo cuatro nazis dieron una paliza a un joven por su estética junto a El Corte Inglés de Méndez Álvaro, que no fue a más por la ayuda de los transeúntes que pasaban por allí. Asimismo, sobre las 17.30 horas en Entrevías un grupo de cinco nazis agredieron a una chica e intentaron grabarle una esvástica en la cara con una navaja.

Tras varias cargas policiales contra la protesta antifascista, la madre de Carlos Palomino consiguió reagruparse con más gente en el Puente de Vallecas, a muy pocos metros de la manifestación. Entonces un grupo de neonazis rompió el cordón policial y cambió el rumbo de la marcha para dirigirse hacia ella. «Me reconocieron y vinieron a insultarme y a reírse de mí y de mi hijo asesinado», explicó luego Mavi. El portal de contrainformación La Haine y el colectivo La Plataforma relataron minuto a minuto la protesta y documentaron los hechos con vídeos y fotos[92] en los que se podía observar a varios neonazis desfilando con cascos reglamentarios de la Policía Nacional y palos de madera. Sí, cascos de policía. Algunos de los nazis tenían familiares o amigos en el cuerpo y habían tomado prestado el casco reglamentario para exhibirlo durante aquella manifestación.

Dieciocho de los veinticinco antifascistas detenidos se enfrentaron posteriormente a peticiones de cárcel de hasta siete años y multas que superaban los cien mil euros.[93] Los neonazis consiguieron su objetivo gracias a la Delegación del Gobierno: desfilar por el barrio, insultar a una víctima, a su madre y a sus amigos, y provocar la detención de varios antifascistas. Pocos días después, una veintena de antifascistas ocupó la sede del PSOE de Vallecas como protesta por las detenciones y la complicidad de la Delegación del Gobierno con los neonazis.[94] Los encerrados consideraban que el PSOE «legitima y dota a estos grupos neonazis de estructuras, silencia las agresiones y los asesinatos racistas y pone en funcionamiento controles racistas para deportar a inmigrantes». «Nos hemos visto obligados a actuar ante la complicidad absoluta y descarada del PSOE y la policía con los grupos neonazis», concluyeron.

El juicio por el asesinato de Carlos se celebró a mediados de septiembre de 2009. Todos los días, compañeros de Carlos se concentraban frente a la Audiencia Provincial de Madrid para recordarlo y exigir justicia. Josué, el asesino, negó que tuviera ideas nazis y que fuera a la manifestación de DN. Cuando Erlantz Ibarrondo, abogado de la familia de Carlos, le preguntó lo que él entendía por ser patriota, aseguró que solo era alegrarse cuando ganaba la selección española. Por otro lado, los neonazis llevaban reivindicando el crimen y mostrando su apoyo a Josué desde el principio. Eso sí, ninguno de ellos tuvo valor para acudir al juicio.

La sentencia se conoció un mes después: veintiséis años de prisión por asesinato con el agravante de discriminación ideológica. Se cerraba así una etapa que había durado dos años y había servido para reestructurar y estimular el movimiento antifascista madrileño.

Las dos militantes Nora y Elena resumen:

La Traba y todo lo que se coció entonces supusieron un muy buen trabajo que acercó el antifascismo a los barrios y los barrios al antifascismo. Acercamos a nuestra gente a las luchas de barrio al mismo tiempo que descentralizamos nuestra actividad. Madrid Antifa se disolvió, dando por concluida una etapa, pero la Coordinadora Antifascista se mantuvo y se estimuló el relevo generacional con el trabajo en los barrios. Esto dio un gran impulso a la militancia. Poco después, llega el 15M y los chavales empezaron a formarse en todas las luchas de entonces, pero sin perder nunca el eje antifascista.

Desde entonces, cada año se recuerda a Carlos el día del aniversario de su asesinato con una manifestación que llega hasta el metro de Legazpi, y siguen celebrándose las jornadas antifascistas de la CAM cada mes de noviembre. En 2017, cuando se cumplieron diez años del crimen, estas jornadas reunieron a familiares de otras víctimas de grupos neonazis de varios países. Junto a Mavi, la madre de Carlos, acudieron familiares y amigos de Clément Meric (Francia), Dax y Renato (Italia), Pavlos Fyssas (Grecia), Roger (Barcelona), Richar y Santi (Madrid), así como de Carlo Giuliani, asesinado por un policía en las protestas antiglobalización de Génova en 2001, y de Iñigo Cabacas, hincha del Athletic Club de Bilbao muerto por un disparo de bala de goma de la policía en 2012.

---

[81] Disponible en https://www.elmundo.es/elmundo/2007/11/13/madrid/1194950152.html.

[82] Véase https://elpais.com/diario/2009/05/10/madrid/1241954654_850215.html.

[83] Véase https://elpais.com/elpais/2008/02/29/videos/1204276628_870215.html.

[84] Véase https://www.youtube.com/watch?v=TwoJO777_Ao.

[85] Disponible en https://www.elcorreo.com/vizcaya/20080229/sociedad/batalla-campal-madrid-200802292130.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.elcorreo.com%2Fvizcaya%2F20080229%2Fsociedad%2Fbatalla-campal-madrid-200802292130.html.

[86] Véase https://rebelion.org/el-grupusculo-ultraderechista-manos-limpiaspide-la-ilegalizacion-de-la-coordinadora-antifascista-de-madrid/.

[87] Disponible en https://info.nodo50.org/En-respuesta-a-la-manipulacion-de.html.

[88] Véase http://csolatraba.nuevaradio.org/?p=87.

[89] Véase https://www.publico.es/actualidad/buenas-noches-guarros.html.

[90] Véase https://www.youtube.com/watch?v=1BRC64zEUXU.

[91] Disponible en https://www.abc.es/espana/madrid/abci-foros-ultras-convocan-atacar-kebab-esquina-espana-turquia-200903260300-914047817492_noticia.html.

[92] Véase https://madrid.lahaine.org/cobertura-en-la-haine-concentracion-vall.

[93] Véase https://www.diagonalperiodico.net/libertades/25280-piden-81-anos-carcel-18-manifestantes-antifascistas.html.

[94] Véase https://www.europapress.es/madrid/noticia-antifascistas-okupan-sede-psoe-vallecas-protesta-25-detenidos-contramanifestacion-sabado-20090401192439.html.

36

«Mala suerte,

son buenos chavales»

«Somos lo que ves, no hay más,

no busques la bestia negra de la que hablarán

mañana en toda la prensa».

HECHOS CONTRA EL DECORO, La danza de los nadie, 1998

Un periodista acompaña a varios agentes de la Policía Nacional de Málaga en el coche patrulla. Reciben el aviso de una agresión de un grupo de neonazis a personas migrantes y acuden al lugar de los hechos. El cámara filma a varios skinheads con todo tipo de simbología nazi en las cazadoras amenazando al periodista: «No enciendas el piloto, porque yo me iré para dentro, pero tú te vas a llevar la bota en la cara», le espeta uno de los neonazis mientras fuma y le reta con gesto chulesco luciendo una cruz céltica de hebilla. Un hombre negro había sido agredido a las puertas del local donde se encontraban los neonazis. Uno de ellos dice que el hombre les había insultado. La víctima había huido y los policías abandonan el lugar sin realizar ninguna detención.

Dos horas más tarde, la policía recibe un nuevo aviso. Una nueva agresión, «esta vez contra unos punkis», explica la presentadora. Es otra vez el mismo grupo de nazis. Cinco de ellos son detenidos por amenazas, desobediencia y resistencia a la autoridad. En el vídeo

aparecen los detenidos, que portaban navajas, machetes y carnés de grupos neonazis. Según la presentadora, eran miembros del Frente Bokerón. El reportaje se emitió en Alerta 112 (Antena 3) en el 2004. Termina con una entrevista al periodista Antonio Salas. Este había publicado un año antes Diario de un skin (Temas de Hoy) y su libro se popularizó cuando Telecinco grabó un reportaje que incluía imágenes captadas con una cámara oculta en entornos neonazis y de Ultras Sur.

Este libro y el reportaje evidenciaron ante una parte de la ciudadanía lo que los grupos antifascistas venían denunciando y combatiendo desde hacía años. Por supuesto, ni uno ni otro reconocían el trabajo de los colectivos antifascistas. Los trataba como otra tribu urbana enfrentada, «el otro extremo», casi situándolos al mismo nivel. Por eso es normal que, aunque era positivo que se pusiera el foco en el problema neonazi, los grupos antifascistas se tomaran con prudencia y mucha distancia tanto el libro como el reportaje. Lo cierto es que los antifascistas llevaban muchos años haciendo lo mismo que el periodista, quien además lo había convertido en un espectáculo sensacionalista. Lo que este había hecho por trabajo, ellos lo hacían por convicción, sin límite de tiempo, sin muchos medios y sin contactos con la policía ni su ayuda (más bien al contrario). Salas afirmó en el reportaje que se había convertido en «el enemigo número uno de los skinheads». A los antifascistas les entró la risa. Ellos seguirían combatiendo a los nazis sin sacar ningún provecho de ello; más bien, todo lo contrario. Se jugaban la vida constantemente. Y seguirían siendo sus enemigos cuando el libro pasase de moda.

El reportaje y el libro del mismo título —al igual que otros productos semejantes, como American History X (Tony Kayne, 1999)— retrataban algo que todo el mundo sabía, pero a lo que no se prestaba atención. Entre otras cosas, se evidenció lo que era un secreto a voces: que los líderes de Ultras Sur vendían invitaciones para los partidos de fútbol y que el club incluso les cedía una habitación en las mismas instalaciones deportivas. Esto era algo que se repetía entonces en todos los equipos del Estado español. Salas filmó este negocio con su cámara oculta y también demostró la estrecha vinculación de este grupo ultra con Hammerskin. Además documentó las cacerías nazis y filmó a sus protagonistas. Pero quizás lo más interesante del documental fuera la razón por la que tuvo que terminar su investigación: un agente de la policía lo delató ante los neonazis.

Salas había informado previamente a la policía de sus propósitos y un agente acabó por chivarse a los neonazis de que tenían un periodista infiltrado. A Salas lo avisó otro agente que se percató a tiempo, porque los neonazis ya habían citado al periodista con la excusa de entregarle algo, lo que evidentemente era una trampa. Salas terminó abruptamente en ese momento su trabajo, a pesar de que habría estado muy bien que hubiera investigado qué demonios pasaba en la policía para que un agente filtrase información a los neonazis. Nada se supo de esto. La pregunta que queda pendiente es cuántas veces más este policía habrá filtrado información a los neonazis y les habrá salvado el culo. Tampoco se supo si había más policías amigos de los neonazis o era solo este, porque no se volvió a hablar del tema.

Una parte de la sociedad reaccionó escandalizada y se sensibilizó con el problema de la violencia neonazi, pero también hubo quien descubrió aspectos seductores en este movimiento. La exhibición de la brutalidad, aunque sea para denunciarla, a veces capta adeptos. Otras veces incluso se usa con fines propagandísticos, como los numerosos vídeos del Estado Islámico que muestran decapitaciones y todo tipo de atrocidades. Estos productos periodísticos, sin un relato claro que explique en profundidad el problema y sin un reconocimiento a quienes lo combaten, dejaban una especie de conclusión: discriminar y odiar a determinadas personas está mal, la violencia está mal, los nazis son malos. Y ya está. Esa lectura extremadamente simple se limitaba a retratar a los grupos skinheads nazis más lumpen, más parecidos a una secta o a una organización criminal, donde la ideología formaba parte del atrezo, pero no se analizaba mucho más ni se buscaba qué había más allá de la tribu y las frustraciones personales de sus adeptos. No llevaba una explicación política. Ni, por supuesto, se señalaba a los responsables, solo a esos individuos que respondían perfectamente al cliché repetido hasta la saciedad.

Los medios de comunicación intentaron reproducir el mismo formato con los grupos antifascistas. El primero fue el ya comentado Diario de… titulado «Los extremos se odian» —emitido en junio de 2008, un año después del asesinato de Carlos—. Posteriormente, se convocaron diversas protestas por el asesinato a manos de la policía de un joven anarquista en Grecia. Además, se celebraron en noviembre las Jornadas Antifascistas. Estos dos hechos animaron a los periodistas a retomar las infiltraciones en los movimientos sociales y fabricar un nuevo programa que mostrara lo malos y violentos que eran quienes

combatían a los neonazis. Unos periodistas se infiltraron con una cámara oculta en un local antifascista de Valladolid y luego lo intentaron en el local de Bukaneros —los hinchas antifascistas del Rayo Vallecano—. El plan se fue al traste definitivamente cuando les pillaron en el CSO 1924 de Madrid y les confiscaron todo lo grabado en bruto hasta ese momento. A pesar de ello, se emitió un reportaje el 11 de diciembre con lo poco que tenían, pero no consiguieron el efecto que pretendían. En efecto, los artífices de esta campaña mediática de criminalización no contaban con que los propios antifascistas publicarían la totalidad de las imágenes confiscadas, mostrando así la manipulación que se esconde detrás de este tipo de reportajes.

El periodista Hilario Pino introdujo así el reportaje en mitad de los informativos:

¿Cómo se pasa de la protesta al vandalismo? No es una casualidad, sino una estrategia perfectamente calculada para calentar el ambiente hasta que se produce esa violencia. Nuestros reporteros han investigado cómo se organizan estos grupos.

Aparecían entonces imágenes del CSO La Traba, un cartel de Carlos Palomino y otros centros sociales. Un rótulo en la parte inferior de la pantalla con el nombre al programa: La «lucha» de los antisistema.

Dicen combatir el racismo, el fascismo y el capitalismo. Se atrincheran en casas okupadas y no dudan en utilizar la violencia si es revolucionaria.

Imágenes de los disturbios de Tirso de Molina y una canción de hip hop de fondo. Llamas, policías y barricadas.

Se organizan de forma casi militar para sus jornadas de lucha. Entramos en algunos de los centros okupas en los que se cocinan las acciones.

De nuevo imágenes de La Traba. La voz en off continuaba:

Trabajan a contrarreloj pintando pancartas. Son muy desconfiados y es muy difícil que un periodista entre en su terreno. —Unas imágenes grabadas con cámara oculta muestran a un joven que pregunta a los reporteros quiénes son—. Se sienten vigilados e infiltrados y, por eso, ni en sus manifestaciones es posible abordarles. Nazis y policía son lo mismo para ellos. Salir de pelea para responder a las agresiones es otro clásico, pero la mayor provocación para los antifas es la muerte de otro compañero en lucha; da igual la nacionalidad, porque ellos atacan —remata la voz en off sobre un batiburrillo de imágenes de disturbios.

El colectivo audiovisual La Plataforma y la Coordinadora Antifascista de Madrid publicaron unos días más tarde un vídeo titulado Alarma social: ¿Cómo se crea? en el que mostraban todo esto y añadían las imágenes confiscadas a los reporteros en el CSO 1924, en las que se mostraba cómo se habían infiltrado en una charla en La Traba y otra en el Centro Social Octubre de Guadalajara. Tras esta última charla, los reporteros —un chico y una chica— siguen a varios asistentes y les hacen preguntas estúpidas sobre violencia y acción directa, algo que a cualquiera le parecería sospechoso. Los reporteros insisten y una chica responde:

Yo no voy a hacer apología de eso, ¿sabes? Para que luego tengan más motivos para etiquetarte, para ensuciar a todo el movimiento.

Los periodistas se dirigen a otro bar siguiendo a otros jóvenes.

Prueban suerte con otro, al que preguntan cuántas personas forman el movimiento y si hay SHARP en la ciudad. «Es que parecéis periodistas», responde el chico. Los reporteros se retiran de nuevo entre risas. Entran en otro bar y vuelven a preguntar, esta vez a otra chica. Intentan ganarse su confianza hablando de la criminalización de los medios. La chica no entra al trapo y de nuevo abandonan el lugar.

—Por favor, basta ya de hablar con los más enrollados del planeta. Por favor, que son todos demasiado moderados —espeta la periodista infiltrada a su compañero cuando salen del local.

—Mala suerte, son buenos chavales —remata el periodista.

El siguiente objetivo de los periodistas infiltrados es una charla en recuerdo de Carlos y de todos los antifascistas asesinados por neonazis en los últimos años. La charla forma parte de las Jornadas Antifascistas '08 en el CSO 1924 de Madrid, el 21 de noviembre. La reportera se pone un pañuelo palestino y ambos se dirigen al centro social, en el barrio de Vallecas. Pasan antes por la tienda Potencial Hardcore, donde muestran a la cámara algunas de las camisetas expuestas. Ya en el CSO 1924, se colocan estratégicamente al final de la sala poco antes de que comience el acto. No pasan ni cinco minutos cuando la cámara del reportero infiltrado registra la pillada.

—¿Puedes acompañarnos un momentín? —le sugiere un miembro de seguridad del acto.

El reportero sigue al chaval hasta una habitación.

—¿Tú has venido solo aquí? —le pregunta.

—No, he venido con una chica —responde con voz trémula.

—La chica no está —dice el antifascista.

—¿Dónde está? —pregunta el periodista nervioso.

—No está —sentencia el joven—. ¿Llevas alguna cámara o algo? ¿Serías tan amable de mostrar qué llevas en los bolsillos?

El periodista, notablemente nervioso, confiesa que lleva una cámara y que trabaja para televisión. Se la entrega al joven. Dos semanas después, los antifascistas hacen públicas las imágenes. Así se demostraba cómo esa «estrategia perfectamente calculada» de la que hablaba Hilario Pino cuando introducía el reportaje era también la que emplean varios medios de comunicación para imponer su relato sobre los movimientos sociales. Con el agravante de que sabían que los mismos jóvenes activistas a los que no habían podido sacar ningún trapo sucio habían perdido un amigo a manos de los neonazis.

37

La música como

herramienta antifascista

«Jo dezagun abendua 98. urtean.

EEBBek berriz bonbardatu dutela Irak

eta Toulousen poliziak hil duela magrebiar bat

eta Madrilen faxistek Aitor Zabaleta euskalduna».

«Pongamos que hablo de diciembre de 1998.

Los Estados Unidos vuelven a bombardear Irak,

en Toulouse la policía mata a un magrebí

y en Madrid, los fascistas al vasco Aitor Zabaleta».

FERMÍN MUGURUZA, Urrun, 1999

En el Reino Unido, la llegada de personas migrantes de las antiguas colonias del Imperio británico cambió progresivamente el paisaje. No solo por la cada vez más colorida diversidad, sino por la mezcla cultural que se dio en ámbitos como la música o las modas juveniles. Lo que muchos percibían como algo natural e incluso reivindicaban con orgullo, los neofascistas lo señalaron como una amenaza. Un

chivo expiatorio para articular a partir del racismo una nueva propuesta política nacionalista y supremacista que todavía es hoy la principal bandera de estos grupos. Aunque el racismo siempre ha estado latente en Europa —principalmente en las potencias colonizadoras, ya fuera con personas de otros países o con ciudadanos de otras religiones, etnias o culturas—, los años setenta supusieron un resurgir de las ideas nazis y fascistas que marcaría el devenir de la ultraderecha global.

El Reino Unido vivía entonces una crisis económica y algunos medios de comunicación conservadores publicaban constantemente noticias alarmistas atribuyendo a los migrantes supuestos crímenes, lo que generaba un clima de que sufrían una invasión. Esto impulsó al Frente Nacional, un partido neofascista creado en 1967. El blog musical Condenado Fanzine tiene varios artículos dedicados a aquellos años y lo que surgió de allí.

Dentro de este clima contrario a la inmigración y a la igualdad de derechos se desarrollaron manifestaciones y acciones violentas contra los inmigrantes. Especialmente afectada se vio la comunidad asiática, que sufrió hostigamiento y agresiones que han sido conocidas bajo el nombre de paki-bashing. Aunque el término hace relación a la comunidad paquistaní en Gran Bretaña, lo cierto es que se utilizó para hablar de cualquier tipo de agresión a asiáticos procedentes de las antiguas colonias orientales del Imperio británico.

[…] Desde 1972 hasta principios de la década de los ochenta, el National Front vio incrementada su base de seguidores, especialmente en el East End de Londres y en las zonas industriales del norte de Inglaterra, lugares donde se concentraron los ataques racistas contra inmigrantes. En las elecciones municipales de 1977 en Londres, el NF se convirtió en la tercera fuerza política (unos 120.000 votos), tras conservadores y laboristas, desbancando a los liberales. Fue el momento de mayor apogeo y también el que llamó a la movilización de la sociedad británica.[95]

La intoxicación racista era tal que hasta el mítico guitarrista británico

Eric Clapton mostró su apoyo al ministro conservador Enoch Powell, un racista que alertaba de una supuesta invasión. Fue la gota que colmó el vaso. Los grupos antifascistas, que ya llevaban tiempo plantando cara a los nuevos neonazis, muchos de los cuales habían usurpado la estética skinhead, decidieron poner en marcha el proyecto Rock Against Racism.

Tuve el placer de conocer a varios de sus fundadores hace varios años en Londres. Me explicaron cómo se gestó todo y que la música había sido uno de los pilares de la reconstrucción del antifascismo y había servido para que personas de muy diversos ámbitos, procedencias y culturas confluyeran. Todavía guardo con cariño el merchandising que me regaló la mujer que me atendió, cuyo nombre ya no recuerdo. Debía de tener más de sesenta años, pero conservaba pequeños detalles con algún resquicio de estética punk.

Más recientemente, el documental White Riot (Rubika Shah, 2020) explicó cómo la Liga Antinazi y varios activistas y artistas británicos plantaron cara a los neonazis en las calles —con enormes manifestaciones— y en los escenarios —organizando conciertos cada vez más multitudinarios—, mientras los fascistas intentaban ganar las calles con constantes provocaciones contra las comunidades racializadas.

Fermín Muguruza vivió todo aquello con gran interés, a pesar de la distancia, y me remarcó su importancia. Hace unos veinticinco años que nos conocemos. Yo era un chaval fascinado por su música (primero Kortatu y luego Negu Gorriak) y por todo lo que se había gestado alrededor de sus proyectos. Su testimonio, ya no como músico sino como activista cultural y político, encaja perfectamente en esta historia no solo por su lúcido análisis basado en la experiencia, sino por su más sincero compromiso con lo que representa el antifascismo de estas últimas cuatro décadas. En pleno proceso de producción de la segunda parte de Black Is Beltza, por fin encontramos un momento para conectarnos una tarde —él desde Irún y yo desde València.

Cuando cumplí dieciocho años (en 1981) trajimos a actuar al País Vasco a The Beat, uno de los iconos del 2Tone, que actuó en un concierto contra la central nuclear de Lemóniz. Yo estaba metido en

los comités antinucleares de entonces y estuve con ellos en los camerinos. Estaba fascinado, era una de las bandas que más me gustaban.

Justo ese mismo año vino The Clash a Donostia, dentro de su gira del disco Sandinista! Fue el 2 de mayo y empezaron dedicando el concierto a los obreros que estaban en huelga en Andalucía. Para arrancar el concierto, invitaron a una persona a que tocara el aurresku [una canción tradicional vasca que se toca y baila a modo de saludo, homenaje o reverencia a figuras prominentes]. Justo cuando acabó la canción, comenzaron con London Calling. Yo, que entonces estudiaba Pedagogía, lo vi claro: esta es la pedagogía que hay que hacer, pedagogía de choque. Hablé con mi hermano Íñigo y pusimos en marcha Kortatu.

Fermín remarca la importancia de la cultura popular en las luchas antifranquistas tanto en Euskal Herria como en Catalunya, Galicia, Andalucía, el País Valenciano y otros territorios cuyas identidades y elementos tradicionales habían sido recluidos por la dictadura en el folclore, siempre dentro de una identidad española superior e indesligable. Fermín recuerda que en una de las escenas de Black Is Beltza lo que llevan a Euskadi de contrabando son discos de Mikel Laboa, que entonces estaba prohibido por la dictadura.

En Rock Against Racism confluyen los elementos que nos inspiran ya los dos ejes: la música inglesa (punk rock y el revival del ska) y la música tradicional vasca. Aquí teníamos también mucha influencia del skinhead reggae, el rocksteady y de bandas como Steel Pulse, Sham69 o artistas como Linton Kwesi Johnson, que no se limitaban a hablar de rastafarismo, porque también hablaban de lucha de clases. Además, a menudo actuaban con bandas de punk en los actos del movimiento antifascista Rock Against Racism y Anti-Nazi League. Esos eran nuestros referentes, aparte del frente cultural vasco, con la recuperación de la lengua como estandarte tras su prohibición durante el franquismo y su casi total pérdida en muchas zonas del País Vasco.

Durante los años ochenta en Euskal Herria, el conocido rock radical vasco fue la cantera de multitud de grupos que pusieron la banda sonora a las luchas sociales no solo de aquella década. Fueron el relevo generacional de los cantautores que los años anteriores habían puesto voz a las luchas antifranquistas y algunos todavía continuaban tocando. Sin embargo, los jóvenes que solo habían vivido el franquismo en su infancia se sentían más identificados con las músicas alternativas que llegaban de otros países, como el punk, el rock e incluso el rap, el ska o el reggae. Estas bandas crecieron en las redes populares formadas por las casas okupadas y los festivales políticos de la época.

Fermín recuerda que cuando coincidía con Cicatriz subían juntos a cantar la mítica canción de The Specials It Doesn't Make It Alright, cuya versión de los Stiff Little Fingers les sirvió para interpretar la emblemática canción de Kortatu Hay algo aquí que va mal.

Recuerda que Franco murió matando. En 1975, poco antes de morir, los fusilamientos de tres miembros del FRAP y dos de ETA —a pesar de las llamadas internacionales a la clemencia— advertían que la transición no iba a ser un camino de rosas hacia la democracia. Al año siguiente, se produjeron los asesinatos de Gasteiz a manos de la policía cuando miles de trabajadores en huelga abarrotaban las calles. En Euskadi, la acción de los grupos parapoliciales fue especialmente sangrante, como documentaron Xavier Vinader en sus investigaciones de Interviú y muchos otros periodistas de la época; algo que poco a poco se ha ido reconociendo, ya que entonces tan solo una parte de la sociedad vasca y de la izquierda española lo denunciaban.

La primera vez que Kortatu tocó en Iparralde (País Vasco Francés) fue en 1985, en el marco de una campaña a favor de los refugiados políticos vascos. En esa época, el Gobierno de Mitterrand todavía los consideraba refugiados políticos y Felipe González intentaba convencerlo de que eran terroristas y no merecían tal reconocimiento. Kortatu participó en el concierto de Arcangues. Un día antes, los GAL habían atentado en Bayona contra el miembro de ETA Kepa Picabea en el Café Pyrenées; en el atentado murió el francés Benoit Decastang y resultaron heridas varias personas.

Kortatu llegó a Bayona justo para la manifestación en protesta por los atentados del GAL, que tuvo lugar antes del concierto. Xabier

Galdeano, periodista del diario Egin, tomó varias fotos y volvió a San Juan de Luz, donde residía, para enviar a la redacción la crónica de la jornada. Pocos minutos después de las siete de la tarde, Galdeano fue acribillado a balazos al lado de su casa por los mercenarios contratados por los GAL Alain Parmentier, Jacky Pinard y Bernard Foticher.

Las hijas de Galdeano llegaron al lugar del concierto. Se celebró una asamblea de urgencia para hablar de lo sucedido justo antes de que empezáramos a tocar. Ellas mismas pidieron que no se cancelara el concierto, porque no podían romper la dinámica y salirse con la suya. El concierto se tenía que hacer. En esa tesitura se estrena Kortatu en el País Vasco Norte.

Fermín recuerda otro episodio en Iparralde unos meses después, también en Bayona. Fue el 25 de septiembre de 1985, cuando visitaba a varios refugiados vascos que conocía porque eran de su pueblo, de Irún. Estaba charlando con ellos en un bar cuando se oyó un gran revuelo cerca. Cuatro hombres armados con escopetas y ametralladoras salieron de un vehículo y ejecutaron a otros cuatro refugiados vascos que se encontraban en el bar del Hotel Mombar, justo al lado de donde se encontraba Fermín.

Kortatu dedicó la canción Hotel Mombar a aquel suceso.

Todo el rato teníamos este panorama. Barrionuevo [que era el ministro del Interior] decretó el ZEN [Zona Especial Norte], que nos convertía a todos en sospechosos. La conciencia antifascista, en nuestro caso, era contra la policía y los grupos parapoliciales. Nos odiaban a muerte y nosotros a ellos. Si veías un coche de policía, temías que parasen, te cacheasen, te golpeasen o, peor aún, que te llevasen detenido. Probablemente, saldrías en unos días, pero lo mismo no salías, como le pasó a Mikel Zabalza.

Mikel Zabalza, un conductor de autobús sin vinculación siquiera con el mundo abertzale, había sido torturado y asesinado aquel mismo año en dependencias policiales y su cadáver había sido arrojado al río Bidasoa.[96]

Los jóvenes como Fermín representaban una nueva generación que tomó la iniciativa de crear sus propios espacios. Empezaron a okupar espacios que llamaron gaztetxes («casas de la juventud»), a crear radios libres y fanzines y a formar sus propios movimientos sociales. Kortatu y otros grupos de la época se convirtieron en la banda sonora de aquellos años no solo en Euskadi, sino en todo el Estado español.

Desde el principio también tocábamos fuera. En 1985 fuimos con Cicatriz a tocar a Lavapiés, a Madrid. Ojo, que a algunos fachas les gustaba Kortatu, porque nos veían rapados y en aquellos años la moda skin empezaba a llegar y había gente que no se enteraba de la política que había detrás. De repente apareció un grupo de nazis golpeando a la gente. Los de Cicatriz, que ya habían tocado, empezaron a coger los hierros de la batería, porque temían que se liara. En ese momento, para presentar la canción Nicaragua sandinista grité: «¡Contra la Contra! ¡No Pasarán!». Allí aparecieron al menos cien hinchas del Athletic de Bilbao, que estaban en Madrid porque al día siguiente jugaban la final de la Copa del Rey contra el Atlético de Madrid. Bajaron todos corriendo para situarse en primera fila sin saber que el grupo de nazis la estaba liando allí mismo. Claro, los nazis, al ver a cien tíos con ikurriñas correr hacia ellos, se largaron cagando hostias de allí.

Cada vez que Kortatu y luego Negu Gorriak o Fermín con distintos proyectos salían de Euskadi, los colectivos que organizaban los conciertos debían asegurar el espacio en previsión de un ataque fascista. La mayoría de las veces se encargaban de la seguridad los grupos antifascistas. Fermín recuerda que más de una vez los neonazis aparecieron antes del concierto para provocar. Buscaban altercados para que se presentase la policía y así entorpecer el concierto. Cuando iba con Kortatu a Francia, los nazis intentaban entrar en los conciertos y liarla. Hasta que los Red Warriors —un colectivo antifascista de

entonces— se encargó de la seguridad. Estos no permitían que entraran los neonazis y, si aparecían, se encargaban de mantenerlos a raya. Lo mismo pasaba en Italia. Allí acompañaban a Banda Bassotti, que disponía de un amplio dispositivo de seguridad de skinheads antifascistas.

En el País Vasco no teníamos ese problema. Aquí venía directamente la policía a joder los conciertos. Alguna vez incluso entraron disparando pelotas de goma, como en las fiestas alternativas de Gasteiz, donde estábamos tocando Kortatu y Cicatriz. Llegaron a agotar el material antidisturbios tras el enfrentamiento con el público, que empezó a lanzar botellas y logró expulsarlos del recinto. Allí estaba Evaristo, de La Polla Records, que lo cuenta en su libro Qué dura es la vida del artista [Desacorde, 2018].

Fermín y sus diferentes bandas no solo vivieron esta tensión con los grupos de extrema derecha y la policía en los años ochenta, sino que fue bastante habitual también en los noventa e incluso más recientemente. De repente, un acto lúdico se convertía en un acto político. «Eso crea comunidad. Cuando logras sacarlo adelante, es una victoria», apunta el músico vasco.

El primer concierto de Negu Gorriak en Barcelona en el año 1991 fue en la antigua sala Zeleste. Allí se encontraron con un despliegue policial impresionante; decenas de furgonetas ocupaban las calles aledañas con las sirenas puestas.

Querían amedrentar a la gente para que no se acercara, que se extendiera el pánico y temieran acudir a un concierto nuestro. A todo el que pasaba lo cacheaban e identificaban. Generaron una sensación de estado de sitio. Después, más de uno me confesó que se había politizado al ver aquello. Pensaron que algo estarían haciendo bien si preocupaban así al poder. Parecía que nos temían. La música era una gran herramienta de lucha.

Fermín recuerda una de sus giras con Negu Gorriak en Alemania a principios de los noventa.

Estábamos actuando en Berlín cuando fueron los ataques racistas de Rostock. Vinieron los antifas de Berlín y nos preguntaron si podíamos hacer un hueco en la gira para ir a tocar allí. Y allá que nos fuimos con un buen grupo de antifascistas a tocar a Rostock. Tocamos en una okupa para apoyar a los antifascistas locales, que habían organizado una manifestación contra las agresiones racistas.

Muchos artistas de la escena musical alternativa conocieron a los militantes y colectivos antifascistas de los sitios donde tocaban. Algunos iban invitados directamente por estos colectivos. En Alemania, por ejemplo, es bastante habitual que cualquier concierto luzca entre sus reclamos el antifascismo.

Conocí a Fermín en 1995, cuando vino con Negu Gorriak a València, al concierto de homenaje a Guillem Agulló. Actuaron junto a Dut y Obrint Pas en la discoteca Espiral —en L'Eliana, a pocos kilómetros de la ciudad—. La tensión era evidente y el dispositivo de seguridad controlaba todos los accesos que llevaban al recinto. Muchos de los asistentes llegaron en autobuses, contratados para no llegar y volver solos. Por suerte, aquella noche no hubo ni rastro de los nazis.

Unos años más tarde, en 2001, estaba previsto un concierto en Cotxeres de Sants (Barcelona) en el que Fermín participaba como artista invitado. Unas horas antes, un suceso empañó la velada. Cuatro conocidos ultraderechistas colocaron un artefacto explosivo en el recinto para que explotara en mitad del concierto. Sin embargo, se produjo una deflagración y la bomba no llegó a explotar (porque la olla a presión no estaba tapada), pero hirió a cuatro ultraderechistas. Si hubiera explotado durante el concierto, las consecuencias habrían sido terribles, como se demostró en el juicio analizando los componentes de la bomba. Cuatro años más tarde, la Audiencia de Barcelona condenó a estos ultraderechistas a seis años de prisión por terrorismo. Entre los acusados, miembros de la organización ultraderechista Timbalers del Bruc, se encontraba Santiago Royuela,

hijo del subastero y exmiembro de la guardia de Franco, Alberto Royuela.

Hasta el juicio, Fermín no cayó en la cuenta de lo que había sucedido justo una semana antes de que los fascistas intentaran volar por los aires el concierto. Negu Gorriak había realizado tres conciertos multitudinarios —dos en Donosti y uno en Bayona— con Selektah Kolektiboa y Banda Bassotti para celebrar su victoria en el juicio contra el coronel de la Guardia Civil Enrique Rodríguez Galindo. Este había denunciado a Negu Gorriak, a un bertsolari, al técnico de sonido Ángel Katarain y al sello discográfico Esan Ozenki por la canción Ustelkeria («podredumbre»), porque se mancillaba su honor. En el cuartel de Intxaurrondo, donde estaba al mando Rodríguez Galindo, según varias investigaciones periodísticas había desaparecido un buen alijo de cocaína. Tras casi una década de periplo judicial y la enorme campaña Hitz Egin! («¡habla!») de apoyo a la banda ante la demanda del siniestro personaje, el 7 de junio de 2000 el Tribunal Supremo rechazó la denuncia del coronel y terminó con cerca de siete años de suplicio.[97] Además, Galindo había sido condenado dos meses antes por secuestro, torturas y asesinato en el caso de Lasa y Zabala a manos de los GAL.

La ultraderecha ya había atentado contra músicos y actores durante la transición. El atentado contra la revista satírica El Papus en 1977 se cobró la vida de Juan Peñalver, el portero del edificio. En cambio, las bombas contra el grupo valenciano Carraixet en 1979 en València fueron desactivadas a tiempo. Posteriormente, en 2006, el actor Leo Bassi sufrió un atentado en el Teatro Alfil cuando iba a presentar su obra La revelación, crítica con la religión católica.

Siempre he tenido en la cabeza que esa bomba no era solo contra mí. Podía haberle estallado a mucha más gente. De hecho, es lo que pretendían. Si esa olla a presión llega a estallar, provocan una masacre. A mí ya me habían amenazado, porque celebrar la victoria ante Galindo y meter allí a treinta mil personas picaba mucho. Eso sí, a todos los que vinieron al concierto desde otras partes la Guardia Civil los paró.

A mí entre ellos, que fui con un bus organizado desde València.

La bomba contra Fermín fue un caso anecdótico, pero no por ello menos grave. El peligro nazi estaba siempre latente de una manera u otra. Pero lo que vino después fue, si cabe, todavía más sangrante para él y para un buen listado de bandas de la escena alternativa que empezaron a ser el blanco de campañas montadas por la Asociación Víctimas del Terrorismo (AVT), grupos de extrema derecha o directamente políticos del PP. Bajo la acusación de simpatizar con ETA, grupos como Soziedad Alkoholika, Banda Bassotti, Su Ta Gar o Berri Txarrak empezaron a ver cómo unos días antes del concierto los organizadores se echaban atrás o el ayuntamiento de turno directamente prohibía el evento. Esto se extendió prácticamente hasta hoy y alcanzó a grupos como Los Chikos del Maíz, a quienes cancelaron conciertos y, aunque eran valencianos, llegaron a confundir con un grupo vasco. Fermín lo sufrió durante muchos años, pero la que más llamó la atención fue su gira Jai Alai Katumbi Express, junto al músico Manu Chao. En septiembre de 2003, Fermín y Manu vieron cómo los conciertos programados en Málaga y Murcia se cancelaban pocos días antes. El País recogió unas declaraciones de los músicos a los que la AVT acusaba de apoyar el terrorismo. Manu Chao declaró:

Todo lo que se ha dicho de nosotros es una calumnia, una absoluta falsedad y un ataque a la libertad de expresión. Yo nunca he promovido el terrorismo, no es una opción que yo bendiga de ninguna de las maneras. Me siento ofendido porque lo que ha afirmado la Asociación de Víctimas del Terrorismo va en contra de mis ideales. Todo esto no es sino un golpe bajo de la peor especie.

Por su parte, Fermín insistió en que ya llevaba años mostrando públicamente su apuesta por la paz en Euskadi.

Llevo años afirmando que estoy en contra de la violencia de ETA, pero parece que no se me hace caso, que no se me quiere creer. Sí, soy independentista y de izquierdas, pero eso no significa que esté a favor

de la violencia, por eso creo que todo esto no es sino una persecución ideológica que pretende evitar que todas las vías políticas sean consideradas a la hora de buscar soluciones a un panorama político que parece que interesa que se encone cada día más.

El boicot a los artistas también provocó numerosas muestras de solidaridad, como manifestaron entonces Manuel Vázquez Montalbán, Fernando León de Aranoa, Carlos Tena o Lluís Llach, entre otros. En 2004, tras los conciertos en Córdoba, Rivas y Mérida, empezaron a suspender todas las actuaciones. En Madrid, de hecho, tocaron el mismo día que se casó Felipe VI, a pesar de la prohibición de la Delegación del Gobierno, que amenazó a los organizadores del colectivo la Dinamo. Rompieron el precinto y entraron igualmente. Fermín no volvió a tocar en Madrid hasta diez años más tarde. Tampoco en València ni en muchos otros sitios. «Declararon mi muerte artística», afirma.

Fermín, junto con otras personas, puso en marcha en 1991 el sello Esan Ozenki, en el que dio a conocer artistas de todo el mundo de diferentes estilos que también formaban parte de aquella banda sonora que nos acompañó durante años. Allí grabaron los argentinos Todos Tus Muertos, los madrileños Hechos Contra el Decoro, los mismos Negu Gorriak, Joxe Ripiau —grupo fundado por Íñigo, ex-Kortatu y hermano de Fermín, que falleció en 2019 y a quien recordamos con gran cariño—, Inadaptats, Garage H y las principales bandas de Euskal Herria de los años noventa. El frente cultural, como lo llama Fermín, aquellos años, sin duda, lo encabezaba la música. En Madrid, los conciertos de Non Servium, Kaos Urbano o Núcleo Terco, entre otros, eran territorio estricta y marcadamente antifascista. Y del más duro y combativo. En otras partes del Estado, sellos como Propaganda Pel Fet impulsaron bandas como La Raíz, Obrint Pas, Pirats, Speereth o Kop. Catalunya y el País Valenciano fueron cuna de un gran número de grupos de marcado carácter antifascista, como Los Chikos del Maíz, Opció K95, Suburban Rebels, La Gossa Sorda, Aspencat, ZOO, Maniática, Disidencia y muchos otros que llenaban los conciertos de fiestas de pueblo, centros sociales y festivales multitudinarios.

En agosto de 2007 hubo un festival de música antifascista en Berna

(Suiza). Lo organizó el colectivo Musik und Kultur y, entre otros, actuó el grupo valenciano Obrint Pas. Allí los grupos antifascistas son bastante activos, ya que hay cierta presencia neonazi. El primer día fue un éxito, pero el segundo me llamó un amigo de Berna con malas noticias. Un empleado de seguridad encontró una mochila con un sospechoso olor a gasolina y tuvieron que desalojar a las casi dos mil personas que había. El guardia lo sacó fuera del recinto y poco después detonó. En la mochila había un artefacto explosivo e incendiario de fabricación casera que, entre otras cosas, llevaba tres botellas llenas de gasolina.[98] La policía descubrió al presunto autor un año después. Este había solicitado una licencia de armas. La policía descubrió que frecuentaba círculos violentos de extrema derecha y registró su casa, donde encontraron pruebas de que había colocado el explosivo un año antes. Los organizadores del evento declararon:

No ha habido en Suiza un ataque de esta magnitud contra estructuras o eventos de izquierdas desde 1999, cuando la casa okupada Solter-Polter de Berna fue atacada a tiros por ultraderechistas. [Y denunciaron la existencia de] estructuras neonazis que cuentan con las habilidades y la logística necesarias para llevar a cabo ataques de este tipo. Hechos como estos muestran claramente para qué están preparados los fascistas.

Suiza es un país relativamente tranquilo, en el que los neonazis mantienen un perfil bajo, pero los antifascistas saben de lo que son capaces y conocen bien sus acciones violentas, que demasiadas veces pasan inadvertidas. En un comunicado, advertían sobre esto.

El ataque al festival antifa no se debe menospreciar como si tratara de una broma, porque un acto así requiere preparación y tiene como objetivo específico matar gente. Si un dispositivo incendiario de este tipo se coloca en una sala cerrada en la que hay unas mil quinientas personas, no se puede descartar que haya muertos. El objetivo y el propósito es precisamente que haya muertos. Esto no se debe silenciar ni minimizar. Especialmente, no lo deben hacer los medios ni la

policía.

Todos los días hay personas que son víctimas de la violencia de la extrema derecha. Atacan a los extranjeros y a los que piensan diferente, incendian los refugios de asilo. El ataque al festival es un clímax triste, pero no es un incidente aislado. Esta escalada debe detenerse urgentemente. Hoy no solo nos pronunciamos contra el ataque al festival antifascista en Berna, sino contra cualquier forma de violencia de la extrema derecha.

La música fue un aglutinador indiscutible. Los conciertos que coronaban los actos políticos servían como punto de encuentro y difusión de ideas, aparte de como fuente de financiación para los colectivos, las campañas y los movimientos sociales. Y el antifascismo ha sido uno de los principales ejes de todas estas bandas. Mucha gente explica que se ha politizado a través de la música. Hay grupos con letras reivindicativas que llenan estadios y congregan a miles de personas, aunque una parte solo acuda como ocio y no participe en nada. Diferentes bandas y artistas reconocidos internacionalmente han hablado de memoria histórica, de diversas causas sociales, de antifascismo, de antirracismo, de los derechos del colectivo LGTBI, y eso ha influido en la instauración de cierto sentido común pro derechos y libertades que hoy la ultraderecha trata de romper. Por eso el mundo de la cultura es uno de los principales enemigos de la ultraderecha y no son pocos los músicos, actores, humoristas y escritores señalados por los nuevos fascistas. Antes de esta ofensiva reaccionaria de los últimos años, el actor Willy Toledo, Abel Azcona, Javier Krahe, La Insurgencia, Pablo Hasél, Valtonyc y muchos más han sufrido en sus carnes la censura del establishment y el silencio de gran parte del gremio.

Mientras los centros sociales okupados albergaban numerosos conciertos de punk y las bandas de mestizaje empezaban a despuntar a principios de los noventa, decenas de jóvenes negros hacían cola todas las tardes a las puertas de una discoteca en Torrejón, a las afueras de Madrid. Muchos de ellos habían colgado el uniforme horas antes y se disponían a pasar un rato bailando hip hop y otras músicas hasta entonces ajenas en la mayoría de los locales de ocio de España. A poca distancia se encontraba la base que la Fuerza Aérea compartía con el

Ejército de Estados Unidos. Los soldados estadounidenses ya habían pasado a formar parte del paisaje de Torrejón. Muchos eran negros, de barrios humildes de Nueva York y otras ciudades, y trajeron consigo el hip hop y la nueva estética rapera. El Stones fue el templo del hip hop y lugar de reunión de los jóvenes negros de Madrid y de los soldados negros norteamericanos. Willy, hijo de un oficial afroamericano de la Air Force norteamericana y de una española, era uno de los DJ más conocidos del Stones. Ángel Villarino lo entrevistó para El Confidencial en agosto de 2015.

Se llamaba Stones y aún me entusiasmo al escuchar el nombre. En esas cuatro paredes han estado Bobby Brown, los Fat Boys, Afrika Bambaataa… Lo conocía todo el mundo. Un jueves lo tuvimos que abrir porque Mariah Carey quería tomarse una copa. Muchos estadounidenses decían que era la mejor discoteca de música negra que habían visto, que ni siquiera en Estados Unidos había algo parecido. Era un garito americano para americanos, de música negra, y los españoles empezaron a ir por curiosidad. Decíamos que era como estar en el Bronx.[99]

Pero los yanquis no solo traían música. Muchos de ellos compartían con los negros españoles todo el material de los Black Panthers y otras organizaciones antirracistas de entonces. Ana Bibang, que nos ha contado páginas atrás la lucha de los negros y mestizos españoles contra los neonazis, se crio en ese ambiente y recuerda que sus padres también fueron alguna vez a la Stones. Muchos de los discos de su hermano, Jota Mayúscula, eran importados de Estados Unidos y sonaban en la Stones y en otros bares donde se podía escuchar hip hop.

Mi hermano ensayaba en casa, tenía platos en casa. La cultura hip hop estaba ya muy presente, sobre todo a partir del break dance, que fue lo primero que conocimos en los barrios. Eso nos hizo enorgullecernos de nuestros orígenes. Poco a poco empecé a tener un conocimiento más profundo de la política y a formar parte cada vez más de un

movimiento, el hip hop, que tenía un mensaje muy directo, muy claro, muy activo y contrario al fascismo. Y algunas veces muy cercano a otros movimientos, como el punk, que también fue muy importante aquí en Madrid y que fue de la mano con el movimiento hip hop, aunque llevaran rollos muy distintos.

Jota Mayúscula fue uno de los creadores de El Club de los Poetas Violentos (CPV), junto a los MC El Meswy, Kamikaze, Mr. Rango, Paco King, Supernafamacho y Frank T. Algunas de sus letras evidenciaban ese carácter antifascista que comenta Ana.

Nazi neo nazi neo qué? Neo pum! pum! pum! Neo estúpido ignorante […]. Te pego una torta, luego no me llores por tener tu boca rota. Lo estoy viendo abadabadunda viendo, todos los emigrantes de ti se están riendo. Todos los polacos, todos los moracos, todos los sudacas, todos los negratas. Si quieres seguir viviendo, más te vale que eches patas. Porque si no, hijo pu, te matamos. Mira cómo rimamos, aquí locos no estamos. Y al igual que tú en Malibú nos pelamos. La única diferencia es que nosotros pensamos. Tenemos un cerebro, el cual alimentamos con la sabiduría del sonido hip hop rimado. Y sellado por Frank T en el micro.

CPV, Madrid, zona bruta, 1994

Nega, de Los Chikos del Maíz, también lo recordaba así en un artículo que publicó en 2020 en La Última Hora titulado «CPV: el grupo que nos enseñó a no tener miedo». En él contaba que en 1995 se puso a escribir letras la misma noche que regresaba de uno de sus conciertos en València. El concierto le había fascinado, sobre todo las letras con gran carga social y política.

Era un grupo con personas racializadas, había dos negros y un

amazigh de Marruecos. Aquello era algo también inaudito para la escena musical de mediados de los noventa en España (en realidad lo sigue siendo hoy día también). Y desde luego, no es lo mismo escribir letras contra los nazis o contra el racismo cuando todos son blancos que cuando hay personas racializadas, todo adquiere un cariz diferente, auténtico, real. Además, eran todos enormes y aparecieron rapados y vestidos de negro hablando de dar hostias a los nazis. Joder, impresionaba. […] Y se raparon las cabezas modo skinhead. ¿Muchos 20N compartiendo trinchera con redskins, movimiento que también emergía en España por las mismas fechas? «20N de manifa / ¿te dieron con la porra en la rifa? / Sí, los de azul y casco blanco eran fascistas».[100]

El disco de CPV Madrid, zona bruta es un clásico de la cultura hip hop en España. «El antifascismo impregna todo ese disco de principio a fin», afirma Ana. Esos mensajes contundentes que insultaban a los neonazis e incluso les advertían de que se les iba a plantar cara eran, sin duda, un chute de empoderamiento para muchos jóvenes que en aquellos años debían andar con cuidado por si los neonazis salían de caza y se cruzaban en su camino.

Según afirma Nega:

La cuestión indiscutible es que supieron adaptar el hip hop, tanto a nivel estético como lírico, a nuestra realidad concreta. […] Te vacilaba, pero a la vez te hacía pensar, denunciaba. Yo no concibo las letras del hip hop de otra manera.

Ana matiza que el rap es una expresión más del movimiento hip hop, en el que hay otras, pero en todas ellas

subyacen la interactuación, la participación y la lucha social. Es lo que había de fondo en todas ellas. Nace para que la gente que está en la calle tenga una salida, otro camino y pueda expresar lo que siente, y

siempre ha habido por debajo un mensaje muy contundente. Fue un altavoz importantísimo para la lucha contra esta gentuza.

Ana creó junto a otras tres mujeres el sello Zona Bruta en 1996. El hecho de ser mujer en un mundo tan masculinizado como el de la industria musical, y concretamente el rap, no fue fácil. Fue el primer sello que empezó a publicar rap en castellano.

Fuimos feministas sin saberlo. Sacamos también a muchas raperas como Arianna Puello, la Mala Rodríguez… Ahora veo la importancia de todo aquello. Recibimos muchos ataques a nivel personal y profesional. Ahora el feminismo es más hegemónico, pero antes era muy complicado subirse a un escenario siendo mujer en un ambiente tan masculinizado.

El sello Zona Bruta y las bandas que crecieron en él jugaron un papel indiscutible en la configuración de una identidad relacionada con la cultura hip hop, salpicada por la conciencia política de quienes lideraban estos proyectos. Ana también vivió en el entorno de los Color Power, que se enfrentaban con los nazis en las calles de Madrid y estaban claramente vinculados a la escena hip hop. Quienes no pertenecían a estos grupos o no vivían en Madrid también se empaparon de este marcado contenido político del movimiento, sobre todo a través de la música. Aunque en otros territorios tuviesen más peso otros estilos, como el punk rock o el mestizaje, el rap también se hizo un hueco y se atrevió a incluir mensajes políticos en sus letras. En Alacant, por ejemplo, donde el grafiti despuntaba sobre otros territorios del Estado, surgió a finales de los ochenta la banda Zona Norte Posse, que hacía letras sobre la insumisión al servicio militar y otras luchas de aquellos años. Hablando sobre la influencia del CPV y el hip hop que surgía sobre todo en Madrid, Nega recordó que se compró la maqueta de Zona Norte —que era un concierto grabado en Minuesa, uno de los centros sociales okupados más emblemáticos de Madrid— en la distribuidora del Kasal Popular en València, donde muchos de nosotros nos abastecíamos de casetes de todo tipo de

bandas que pasaban por allí y dejaban su material.

Cuando le pregunté por la influencia de la música en la conciencia política de la gente joven de entonces, destacó, igual que el resto, la importancia que tuvo en su caso. Con Los Chikos del Maíz tomó el relevo de aquellos grupos con los que había consolidado las ideas que ya había escuchado en casa a su padre.

Yo vengo de una casa de tradición comunista. Mi padre, sindicalista, siempre hablaba de política. Pero si tu entorno más cercano, tus amigos, los sitios donde vas y tu ocio no hablan de eso, muchas veces puedes acabar en cualquier sitio, por mucho que diga tu padre. Sin embargo, esa politización se da muchas veces a través de la música. En mi caso, por ejemplo, fue a través de Zona Norte Posse, El Oso Yonki, que eran muy punkis, Maniática… Pero cuando llegó CPV ya fue la hostia.

Nega empezó a mediados de los noventa con Trece Pasos, su primer proyecto, que era de rap e incorporaba letras políticas. Este fue uno de los últimos grupos que actuaron en el Kasal Popular, concretamente una semana antes de su desalojo, en diciembre de 1996. A partir de 2012, con la banda Los Chikos del Maíz se fueron haciendo cada vez más conocidos y llenaban salas y festivales. El éxito y la visibilidad trajeron consigo una campaña de criminalización y persecución de la extrema derecha. Aunque su caso no fue tan extremo como el de otras bandas, que tuvieron que cancelar parte de sus giras. Sin embargo, Nega recuerda las pintadas fascistas cuando fueron a actuar en la fiesta de las paellas de la Universitat de València y que el Ayuntamiento de Salamanca obligó a cancelar una actuación suya, a pesar de que tuvo que pagar una indemnización que la banda donó íntegramente a la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH).[101]

Los neonazis sabían que los conciertos del entorno antifascista eran un buen coto de caza. No se atrevían a presentarse a las bravas, pero en muchas ocasiones esperaban a que el concierto finalizara y daban vueltas en coche o se escondían discretamente a la espera de

sorprender a grupos reducidos o a personas que volvieran solas para darles un escarmiento. En València, los conciertos que organizaba Acció Cultural del País Valencià cada 25 de abril tras la tradicional manifestación de la izquierda valencianista eran un objetivo habitual de estos grupos violentos. La consigna para el público, que a veces incluso recordaban los artistas desde el escenario, era: «Volved en grupo y tened cuidado».

Uno de los casos más brutales ocurrió en marzo de 2012 en Manresa, en la Sala Stroika,[102] antes de un concierto de Kop y Non Servium. Querían vengarse del boicot que grupos antifascistas habían hecho a un concierto nazi el año anterior en Barcelona. Un grupo de neonazis de Tarragona, Sabadell, Polinyà, Tordera, Esparraguera, Blanes, Barcelona, Terrassa y Viladecavalls se organizó para atacar a los asistentes al concierto. Se repartieron bengalas, barras de hierro y pasamontañas, y se presentaron horas antes del evento en las inmediaciones de la sala. Más de diez neonazis atacaron a un joven de dieciséis años que estaba con un amigo haciendo tiempo en el aparcamiento. Le partieron el cráneo y lo dejaron casi muerto. A su acompañante también lo hirieron y lanzaron una bengala al interior de un vehículo. La víctima estuvo semanas en la UCI debatiéndose entre la vida y la muerte. Los agresores fueron arrestados al poco tiempo por los Mossos d'Esquadra. Estaban relacionados con los ultras del Espanyol y con Ultras Sur. En 2014, la Audiencia de Barcelona condenó a diez de ellos a penas de entre dieciséis y dieciocho años de cárcel por dos asesinatos en grado de tentativa, lesiones, daños por incendio y tenencia ilícita de armas. Otros siete fueron absueltos. Las cámaras de un bar cercano captaron a los neonazis poco después de la agresión recreando su hazaña entre risas y burlas mientras bebían cerveza y pedían unos bocadillos.

A pesar de todos estos sucesos, de los boicots a los que han sido sometidos por parte de los partidos políticos, organizaciones e incluso algunas instituciones, y de las campañas de criminalización de algunos medios de comunicación, los grupos musicales que reivindican su compromiso antifascista cada vez son más. No solo ofrecen conciertos en pequeñas salas, fiestas de pueblo o centros sociales, sino que muchos de ellos llenan estadios. La mayoría de estas bandas han colaborado en campañas y diferentes causas para recaudar fondos, también de carácter antifascista. Así, la música no solo sirve como herramienta de difusión y concienciación y los conciertos como punto

de encuentro, sino que son una de las principales fuentes de financiación de múltiples causas sociales.

Recientemente, ante la ofensiva reaccionaria que se vive en Europa y Latinoamérica, más de mil bandas han firmado un manifiesto contra el fascismo impulsado por Fernando Madina (Reincidentes) y Óscar Sancho (Lujuria). «De un tiempo a esta parte se está blanqueando poco a poco una ideología que tiene el odio y la xenofobia como principales líneas de pensamiento. Se está normalizando», explicaba Fernando a elDiario.es. Quizás sea el momento de tener un Rock Against Racism propio.

---

[95] Disponible en https://condenadofanzine.com/2020/05/02/del-paki-bashing-alasian-youth-movement/.

[96] Véase https://mikelzabalza.eus/?page_id=82657&lang=es.

[97] Véase https://condenadofanzine.com/2018/06/04/el-verdugo-tiene-mil-carasrodriguez-galindo-contra-negu-gorriak/.

[98] Véase https://www.bernerzeitung.ch/region/bern/bombe-in-der-reitschule-verdaechtiger-wird-doch-angeklagt/story/27869011.

[99] Disponible en https://www.elconfidencial.com/cultura/2015-08-01/el-dia-que-elhip-hop-llego-a-espana-en-la-maleta-de-un-soldado-americano_944981/.

[100] Disponible en https://luhnoticias.es/cpv-el-grupo-que-nos-enseno-a-no-tenermiedo/.

[101] Véase https://www.publico.es/sociedad/chikos-maiz-ayuntamiento-salamanca-censura-concierto-chikos-maiz-grupo-ve-obligado-buscar-nuevo-recinto.html.

[102] Véase https://elpais.com/ccaa/2014/07/18/catalunya/1405707958_014766.html.

38

La revuelta neocón

y la Nueva Derecha

A finales de los años setenta, Manuel Fraga estuvo cenando en Madrid con Alain de Benoist, uno de los intelectuales de la Nouvelle Droite francesa más prolíficos, admirados e inteligentes. El exministro franquista presentó al francés en una conferencia titulada «Poder político, poder cultural», organizada por el Club del Sable. Este grupo de intelectuales liberales buscaba su lugar en la nueva España postfranquista y miraban de reojo y con admiración el movimiento de la Nueva Derecha francesa, que se daba a conocer a través de las revistas que editaba el GRECE (Groupement de Recherche et d'Etudes pour la Civilisation Européene), su think tank.

Muchos de estos derechistas soñaban con establecer en España una derecha portadora de las ideas de Benoist, pero era una misión imposible. El peso del catolicismo y el pus franquista que todavía supuraba aquellos años no dejaban lugar a experimentos. Sin embargo, las enseñanzas de este grupo de intelectuales franceses —con quienes casualmente estuvo vinculado entonces el polifacético Jorge Verstrynge— perdurarán hasta la actualidad, aunque fuese en círculos reducidos más relacionados con los entornos nacional-revolucionarios.

Benoist fue un gran admirador del comunista sardo Antonio Gramsci. Le ha dedicado varios textos y ha tratado de acercar sus ideas a la extrema derecha. No por sentirse cercano al comunismo, sino porque Gramsci supo explicar de manera brillante algunas estrategias para

instaurar un sentido común que, poco a poco, se fuese acercando a su ideal político.

Desde que Blas Piñar perdió su escaño en 1982, la ultraderecha española intentaba sobrevivir fuera de la casa común de las derechas que fue primero Alianza Popular y posteriormente el PP. Prisioneros durante casi veinte años del legado franquista y del poso neonazi de las nuevas formaciones, no hubo ningún líder que supiese convencer a ese cercano 80 por ciento de ultraderechistas que siempre captaba el PP. El partido creado por Fraga supo contener y contentar a ese sector de su electorado con pequeños gestos, y solo cruzaba la línea que separaba el partido de la extrema derecha en contadas ocasiones o por la iniciativa de algún concejal o diputado al que asomaba la camisa azul cuando se venía arriba en algunos asuntos. Aun así, el partido, que ni siquiera se reivindicaba de derechas y siempre apelaba al centro, cobijaba en su seno a viejos y nuevos ultras que a menudo se mordían la lengua.

El atentado de Al Qaeda en Madrid el 11 de marzo de 2004, pocos días antes de las elecciones generales, motivó la caída del PP por la nefasta y torticera manipulación que supuso intentar atribuírselo a ETA y por su implicación en la guerra de Irak, que generó protestas multitudinarias en todo el Estado. Cuando llegó el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero (PSOE), la derecha española empezó a radicalizarse y, a la vez, a fragmentarse. El PP, que hasta ese momento había sido el hogar de todas las derechas, sufrió un proceso de desapego. Tras varios años de radicalización y dinamitado por varios frentes, terminó por alumbrar la llegada de Vox unos años después.

Una serie de entidades privadas, think tanks, medios de comunicación, páginas web y movimientos sociales de derechas se pusieron como objetivo batallar contra la izquierda en el terreno cultural, es decir, intentaron revertir el sentido común progresista poniendo en cuestión los consensos amplios en materia de derechos humanos y políticas sociales. Es la máxima gramsciana que habla de la conquista de la hegemonía cultural para conquistar posteriormente el poder político. En palabras de la filósofa francesa Eléne Védrine en su ensayo Les Philosophies de l'histoire (Pashot, 1975), que estudió al comunista sardo Antonio Gramsci:

La toma del poder no se lleva a cabo solo mediante una insurrección política que se apodera del Estado, sino mediante un largo trabajo ideológico en la sociedad civil que permite preparar el terreno.

Es lo que se conoce como batalla o guerra cultural.

El fenómeno de la Nueva Derecha española que surgió entonces fue analizado en el libro colectivo Spanish neocón. La revuelta neoconservadora de la derecha española (VV. AA., Traficantes de Sueños, 2012). El plan de esta ofensiva derechista consistió en «atacar de forma feroz elementos y discursos que reunían consensos amplios, explotando sus debilidades manifiestas y abriendo una frontera insalvable entre los discursos institucionales y la verdad neocón».

Empezó entonces una ofensiva sin precedentes del sector más radical de la derecha, que centró todos sus esfuerzos contra el Gobierno de Zapatero y allanó el camino para que otros, poco a poco, picaran también del alpiste que iban dejando a su paso.

El desencanto de los más radicales dentro del PP sirvió de caldo de cultivo para apuestas cada vez más virulentas. Fueron los primeros pasos de la nueva tendencia, del emergente conglomerado de medios de comunicación, movimientos sociales e instituciones privadas que acabarían por constituirse en lo que llamamos Nueva Derecha española, aquella que nunca vira al centro.

Este libro sobre la derecha neocón española retrata perfectamente aquella etapa y el despegue de la Nueva Derecha española, cada vez con menos complejos y más radical. La batalla contra esta Nueva Derecha no se libró desde el antifascismo clásico ni desde los movimientos sociales que vienen retratados en este libro.

En primer lugar, se dio en el terreno institucional, batallando por las leyes progresistas que pretendía el nuevo gobierno: reforma de la ley del aborto, matrimonio igualitario (de personas del mismo sexo), ley de memoria histórica… Todo esto, junto con la polémica reforma del

Estatut de Catalunya, que la consideraba una nación, y el inminente proceso de paz en Euskadi, ofreció a la derecha un menú completo de batallas que podía librar en diferentes frentes. No lo desaprovechó. Pidió toda la carta y se puso manos a la obra.

En segundo lugar, los colectivos que apoyaban esas leyes se dieron cuenta de que la ofensiva iba en serio, que no era solo una pataleta de ciertos obispos, de los ultracatólicos de siempre y de la ultraderecha habitual. Habían aterrizado una serie de lobbies y fundaciones que les obligarían a batallar, hasta el día de hoy, por ese sentido común que ya creían conquistado. La derecha reaccionaria iba a utilizar todos los medios a su alcance para impedir la consecución de tan anhelados derechos. Colectivos LGTBI, feministas, grupos por la memoria histórica, la sociedad catalana que había consensuado el nuevo Estatut, los ciudadanos vascos que deseaban y trabajaban por el fin de la violencia y por una solución al conflicto… Fueron años de gran agitación tanto en las calles como en las instituciones y, por supuesto, en los medios de comunicación, con una derecha cada vez más agresiva y reacia a los cambios, y con mucho dinero invertido en esta guerra.

Mientras, la ultraderecha pescaba en río revuelto. Participó activamente en muchas campañas de la derecha, que convocaba manifestaciones constantemente contra cualquier medida progresista del Gobierno. En las manifestaciones contra la reforma de la ley del aborto coincidían representantes de la Iglesia católica, miembros del PP, fascistas y neonazis. Una coincidencia que a lo largo de estos últimos quince años se ha repetido en distintos escenarios. A la vez, esa ultraderecha marginal que llevaba años predicando en el desierto veía reforzados sus marcos y sus discursos (la unidad de España, la guerra contra el feminismo y el lobby gay, el revisionismo histórico…) y trataba de aprovechar la corriente de la derecha convencional para navegar en ella y captar el descontento de una parte del electorado que consideraba demasiado moderado al PP.

En esta batalla resultó crucial el papel de organizaciones como HazteOír (HO) y sus satélites, cuyo origen sitúan distintos expertos en la secta ultracatólica de origen mexicano El Yunque. HO se dio a conocer en 2001 con una campaña «en defensa de la familia» y posteriormente adquirió cierta notoriedad con otras campañas y acciones de protesta contra las leyes progresistas de Zapatero. El

periodista de El País José Luis Barbería publicó en 2011 un reportaje en el que desgranaba las relaciones de HO con otros grupos y políticos ultracatólicos, y recogía varios testimonios que vinculaban a la organización con El Yunque.

«Esa sociedad va creando asociaciones que se coordinan por consignas y están dirigidas por las mismas personas que salen por una radio, un periódico, una televisión. Parece que son muchos, cuando en realidad son pocos y siempre los mismos», ha señalado Javier Paredes. «Nunca dudes de que un grupo pequeño de ciudadanos reflexivos y comprometidos puede cambiar el mundo», se proclama a modo de divisa en esos medios. HazteOír (HO), con Ignacio Arsuaga como presidente; Profesionales por la Ética (Jaime Urcelay), Nasciturus (Pablo Gutiérrez), Observatorio para la Libertad Religiosa y de Conciencia (Marcial Cuquerella), Escuela de Liderazgo Social y Político (Carlos Gredilla), Instituto de Política Familiar (Eduardo Hertfelder, Dolores Velarde), Justicia y Libertad (Ángel Serrano) y Fundación Burke (Antonio Arcones) formarían parte de ese mosaico.

[…] El lobby de la versión religiosa española del Tea Party despliega sus dotes seductoras sobre los políticos más identificados con la fe cristiana. Jaime Mayor Oreja y Eugenio Nasarre han sido galardonados por HO. No les faltan recursos, sentido del marketing y dominio de las tecnologías digitales con las que han movilizado a decenas de miles de ciudadanos, presionado a los políticos «tibios» y acosado a los «enemigos de la vida y la libertad»; esto es, defensores de las leyes sobre el aborto y el matrimonio homosexual y el derecho a una muerte digna. Aunque cultivan la política y la diplomacia de salón, y lucen elegantes en las galas, su obsesión es reventar las calles de manifestantes airados.[103]

La importancia de este entramado y de su actividad incesante desde aquellos años hasta hoy yace en la influencia que tuvo en parte de la derecha española, que empezó progresivamente a despegarse del PP tras recriminarle su actitud poco combativa ante las nuevas leyes. Es lo que hoy llama Vox «la derechita cobarde», aquella que cuando llegó al poder no revirtió las leyes contra las que se había manifestado. Hoy,

ese entramado es mucho más potente y cuenta además con una enorme actividad en redes sociales. Aunque Vox ha sido el que mejor ha rentabilizado esta ofensiva cultural, estas organizaciones y estos activistas tienen vida propia. Su función es librar la batalla cultural, establecer nuevos marcos, nuevos debates encaminados a cuestionar lo que consideran «políticamente correcto», presentándose como irreverentes, como rebeldes, víctimas de la «dictadura progre». Combaten el «buenismo» y el «marxismo cultural» que, según ellos, subyace en estos consensos basados en los derechos humanos y la igualdad. Han conseguido que ese lenguaje de lo «políticamente incorrecto» sea asumido incluso más allá de la derecha y la extrema derecha. Hoy ciertas figuras de izquierdas también lo usan, lo cual supone una victoria de la batalla cultural de la derecha.

La ultraderecha vio que poco a poco se normalizaba el relato que antes defendían desde la más absoluta marginalidad; empezaba a sonar en las tertulias televisivas, en las calles y hoy ya en las instituciones. No ha sido la ultraderecha de siempre la que ha recogido los frutos, pero su legitimación por fin es una realidad.

---

[103] Disponible en https://elpais.com/diario/2011/01/02/domingo/1293943954_850

215.html.

39

Plataforma per Catalunya:

«Hay que disfrazarse»

«He llegado a la conclusión de que, aunque yo, mis ideas son las que son, siempre han sido las que han sido, yo, cuando me enfrento a los medios de comunicación, pues yo tengo que ser el primer demócrata que hay aquí en este país para ganarme a la gente. ¿Me entiendes?».

JOSEP ANGLADA, líder de PxC captado por

una cámara oculta de Canal 9 (2002)

Mientras que en otros países europeos la ultraderecha explotaba el tema migratorio bajo el marco de la competencia por los recursos y acusaba a los migrantes de percibir más ayudas que los nacionales, en el Estado español la migración no estaba entre las principales preocupaciones de la ciudadanía. Según las encuestas de 2013,[104] los primeros puestos los ocupaban el paro, la corrupción y la clase política, un cambio significativo respecto a 2002,[105] diez años antes, cuando el terrorismo, la migración y la inseguridad estaban en las primeras posiciones.

Además, las diferentes formaciones de la extrema derecha española seguían dando el espectáculo con sus constantes batallas por liderar ese sector. Formaban alianzas que apenas duraban unos meses e incluso llegaron a las manos en más de una ocasión. El MSR, que se

había reencontrado con España 2000 y el Frente Nacional en 2010 en la firma de un acuerdo de mínimos, rompió el pacto tras los flirteos de España 2000 con España y Libertad, una formación de derecha radical de marcado carácter neoliberal y sionista. En octubre de 2010, en un artículo titulado «Guerra abierta en la ultraderecha española» que publicó el periódico Diagonal, expliqué uno de los rifirrafes más sonados de aquellos años entre ultraderechistas patrios.

A pesar de no representar ni siquiera el 1 por ciento de los votos, casi una decena de formaciones se reparten el apoyo ultraconservador, xenófobo y populista. Además, entre ellas mantienen desde hace años una encarnizada lucha que ha llegado a límites insospechados. En septiembre, DN denunciaba en un comunicado ser víctima de una serie de ataques, perpetrados, según ellos, por militantes y simpatizantes del partido ultraderechista España 2000 a lo largo de este año. El incendio del coche de Ignacio Casado, candidato de DN a la alcaldía de Alcalá de Henares (Madrid), destapó otros ataques silenciados por la propia DN a militantes de esta formación: el apuñalamiento del responsable de las juventudes del partido en Cantabria, Juan Vélez, y el intento de incendio de su sede central, ambos ataques sucedidos en Alcalá.

Hasta 2009, la guerra se había limitado a lanzarse acusaciones e insultos en Internet, pero fue durante un acto con los líderes ultras europeos Nick Griffin (BNP) y Roberto Fiore (FN) en Madrid, invitados por DN, cuando el enfrentamiento dio un salto cualitativo.

Un grupo de unos treinta neonazis identificados por DN como miembros y simpatizantes del neonazi MSR trató de reventar el acto y fueron detenidos por la policía. El escenario principal de esta particular batalla es hoy Alcalá de Henares. La posibilidad de arañar suficientes votos como para lograr un concejal ultraderechista ha llevado a las dos formaciones ultras rivales, DN y España 2000, a centrar gran parte de sus esfuerzos en esta localidad castellana.[106]

La enemistad entre DN y España 2000 llegó a tal punto que simpatizantes de ambas formaciones crearon páginas web dedicadas

única y exclusivamente a denigrarse. Los afines a DN crearon Sin Talante, un blog en el que se parodiaba al líder de España 2000 constantemente y se le reprochaba sus vínculos con el negocio de la prostitución. Por la otra parte, Los Candueleros ofrecía lo mismo contra Manuel Canduela, líder de DN, a quien acusaban de vivir del cuento. Un festival del humor que quienes monitorizábamos entonces a estos grupos agradecíamos de vez en cuando.

Entre los principales motivos de estas disputas, más allá de los argumentos públicos, figuran las alianzas internacionales. Así lo conté entonces:

Por veteranía, el partido neonazi Democracia Nacional (DN) ha sido el que ha gozado siempre de una mayor proyección internacional, como los del BNP inglés, del Jobbik húngaro o de la Alternativa Sociale italiana de Alessandra Mussolini. Pero debido a la encarnizada lucha entre ultras, pocas formaciones europeas se atreven a apostar claramente por una u otra opción. De hecho, en las últimas semanas ha desaparecido misteriosamente el enlace que DN tenía en su web al Jobbik húngaro, uno de sus principales valedores en Europa.

Sin embargo, el neonazi MSR ha aparecido recientemente entre los miembros de la Alianza de Movimientos Nacionalistas Europeos, un nuevo grupo paneuropeo que aglutina entre otros al BNP, Jobbik, el Front National de Le Pen y a los nacionalistas suecos del ND, que consiguieron también muy buenos resultados en las pasadas elecciones.

Fue en Catalunya donde en 2011 se produjo la excepción: el partido de Josep Anglada, la Plataforma per Catalunya (PxC), consiguió sesenta y siete concejales en diferentes localidades. Su campaña se centró en la migración y el islam, que era lo que venían haciendo otras formaciones europeas, como el Vlaams Belang flamenco o el Partido de la Libertad (FPÖ) austriaco, con las que este partido ya había entablado conversaciones y a cuyos representantes había llevado a Barcelona para exhibir el apoyo recibido. En marzo de 2010, cientos de antifascistas dieron la bienvenida a los ultraderechistas ante

la estación de Sants (Barcelona), en el acto de presentación de la candidatura de PxC a las elecciones autonómicas previstas para otoño. La presión sobre el hotel para que cancelara el acto no tuvo éxito y se convocó una protesta a escasos metros en la que centenares de personas mostraron su rechazo a los ultras.

Anglada ya era conocido en Catalunya desde los años ochenta por su militancia en Fuerza Nueva y sus mítines en los actos fascistas del Doce de Octubre. En 1992 fue acusado por el partido de haberse apropiado de 350.000 pesetas y de «comportamiento irregular» en una fiesta popular, en la que, según explicaba Miquel Noguer en El País en 2010,[107] dio la nota tocando «los senos y la parte trasera» a una vedette mulata. Desde entonces, intentó buscar acomodo en otras formaciones políticas de derechas hasta que finalmente encontró su propio espacio en el ámbito local al margen del resto de formaciones ultraderechistas españolas. En 2001 fundó en Vic, su ciudad natal, la Plataforma Vigatana, con la que inició una cruzada contra una mezquita y logró llamar la atención de los medios de comunicación, por lo que un año más tarde decidió fundar la PxC. Su popularidad empezó a crecer cuando, en mayo de ese mismo año, lideró las protestas contra otra mezquita, esta vez en Premià de Mar. Allí, cerca de mil quinientas personas que se manifestaban contra la mezquita se encontraron con otra protesta antifascista. Así lo relató entonces Mercè Pérez en El País:

El encuentro entre las dos partes, de ideologías antagónicas, hizo saltar la chispa y en unos segundos los gritos enfrentados de «¡paremos el fascismo!» y «¡no a la mezquita!» derivaron en empujones, peleas y lanzamientos de latas de cerveza llenas. Los altercados, que duraron pocos minutos, se saldaron con un joven herido en la cabeza por el golpe de un casco de moto. A pesar de que los ánimos estaban encendidos y los enfrentamientos eran más que previsibles, la policía no intervino.

Mientras que los cincuenta integrantes del grupo Acción Antifascista decidieron cesar en la protesta y abandonar el municipio después de los incidentes, la manifestación de los opositores a la mezquita continuó su periplo por las calles de Premià. Conforme iba avanzando por las calles, muchos vecinos se iban sumando a la marcha,

encabezada por una pancarta con el lema «Defender nuestros derechos no es ser racista».

En esta manifestación, sin embargo, también se registraron pequeños incidentes. Por ejemplo, cuando los organizadores confiscaron a un joven la cinta de la cámara del vídeo con que grababa la escena, alegando que «pretendía usar las imágenes para que después pudiera identificarlos la policía», según relató el muchacho, estudiante de cine.

Los sucesos de Premià, que tuvieron lugar poco después de los de El Ejido y los de Ca n'Anglada en Mataró, ponían de manifiesto que el racismo y la islamofobia tenían su clientela en España, a pesar de que no había ningún partido que recogiese ese voto. Anglada lo lograría en las elecciones municipales de 2003 en Catalunya, con él mismo como concejal en Vic y otros dos en Cervera y El Vendrell. Otra candidatura similar surgida al calor de los hechos de Premià, Veïns Independents de Premià (VIP), también logró un concejal.

Anglada siempre estuvo envuelto en la polémica. En 2002, un reportaje con cámara oculta del desaparecido Canal 9, la anterior televisión pública valenciana, lo retrató confesando ante un supuesto simpatizante que seguía siendo fascista, pero que ahora tocaba disfrazarse.

—Creo que, en estos momentos, he entendido que ni en Vic ni en Catalunya nos interesa pues relacionarnos con todo aquello que sea el franquismo, la bandera española, el águila…, que yo lo llevo en el corazón, pero políticamente no nos interesa. ¿Qué quiero decir con eso? Que yo he llegado a la conclusión de que, aunque yo, mis ideas son las que son, siempre han sido las que han sido, yo, cuando me enfrento a los medios de comunicación, pues yo tengo que ser el primer demócrata que hay aquí en este país para ganarme a la gente. ¿Me entiendes?

—Hay que disfrazarse.

—¡Ah! Lo has entendido. Lo que no puedo hacer es salir aquí y decir: «¡Vamos a matar a todos los moros!». ¡No! Esto no. ¿Entiendes? Si yo

tengo que ir a un programa donde al lado tengo a Ynestrillas, al Royuela… ¿Tú has oído hablar de Royuela?

—No.

—Bueno o un cabeza rapada, que, oye, que quizás yo comparto muchas de sus ideas, pero no me interesa en estos momentos porque tenemos una línea a seguir. Tenemos que dar una imagen. A ver si me entiendes… No es que yo esté en contra de Ynestrillas. No, no, no, al contrario. Yo, si fuera presidente del Gobierno, si estuviese en el poder, la pena de muerte al cabo de una hora. No veinticuatro horas, no. ¡Al cabo de una hora! Terroristas, traficantes… ¡Ala! No veinticuatro horas, al cabo de una hora. Pero en estos momentos no me conviene hablar claro.[108]

Este y otros episodios que protagonizó a lo largo de los años siguientes no impidieron que su formación lograse los mejores resultados que nunca había cosechado un partido de estas características en el Estado español. Los sesenta y siete concejales que obtuvo en 2011 culminaron el proceso de normalización de los discursos racistas e islamófobos, algo que en el Estado tuvo en Catalunya su principal escenario, pero en otras partes de Europa ya había logrado muy buenos resultados. Lo más llamativo es que la campaña que hizo en plena crisis económica solo se refería a la migración y a las personas musulmanas, mientras en el resto del Estado el paro, la precariedad laboral y la desconfianza en las instituciones copaban las preocupaciones de la ciudadanía.

---

[104] Véase https://www.lavozdegalicia.es/noticia/espana/2013/02/06/partidos-corrupcion-consolidan-preocupaciones-espanoles/00031360151525567776641.htm.

[105] Véase http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2440_

2459/2459/e245900.html.

[106] Disponible en https://www.diagonalperiodico.net/guerra-abierta-la-ultraderecha-espanola.html.

[107] Véase https://elpais.com/diario/2010/01/24/espana/1264287606_850215.html.

[108] Véase https://www.youtube.com/watch?v=En7lK04NiAw.

40

Diferentes frentes

del antifascismo

«Cuando los nazis vinieron a llevarse a los comunistas, guardé silencio, ya que no era comunista. Cuando encarcelaron a los socialdemócratas, guardé silencio, ya que no era socialdemócrata. Cuando vinieron a buscar a los sindicalistas, no protesté, ya que no era sindicalista. Cuando vinieron a llevarse a los judíos, no protesté, ya que no era judío. Cuando vinieron a buscarme a mí, no había nadie más que pudiera protestar».

MARTIN NIËMOLLER, pastor luterano (1892-1984)

En el año 2010, ante el auge de la Plataforma per Catalunya (PxC) en plena crisis económica, varios activistas de izquierdas publicaron un libro colectivo titulado No pasaran… aunque lleven trajes (Ediciones La Tempestad). Intentaban explicar cómo era la nueva ultraderecha que, por primera vez en el Estado español, empezaba a tener posibilidades de llegar a las instituciones y ofrecían algunas ideas para combatirla basándose en experiencias de otros países. El coordinador del libro, el militante antifascista David Karvala, explicaba en su texto («Por una amplia movilización antifascista») los nuevos retos que se planteaban y cómo se podría abordar la lucha contra estos nuevos partidos.

Para partidos como PxC, el disfraz democrático es su baza, pero también puede ser su gran debilidad. Hemos visto que este marketing

les ayuda a ganar adeptos. Pero significa que gran parte de las personas que les apoyan no lo harían si supieran lo que representan de verdad. Por eso Anglada dice que «hay que disfrazarse». Sin el disfraz, quedarían reducidos a los partidarios abiertos de un regreso al franquismo, que son bastante pocos.

Una fuerte campaña, bien organizada, de movilización, protesta y propaganda que saque a la luz la realidad de su organización y sus intenciones les podría quitar a muchos de sus votantes, e incluso militantes. Los detalles de una campaña de este tipo no se pueden dictar en abstracto, dependerán de la situación concreta de cada ciudad y de cada momento.

Así nació una de las plataformas antifascistas más amplias y activas de Catalunya: Unitat Contra el Feixisme i el Racisme (UCFR), inspirada en Unite Against Fascism (UAF) de Gran Bretaña. Esta plataforma acoge más de quinientas organizaciones en toda Catalunya y ha contado con proyectos similares en el País Valencià, Andalucía y Madrid.

UCFR ha desarrollado desde entonces numerosas campañas contra las principales organizaciones de extrema derecha en Catalunya, combinando la propaganda con movilizaciones masivas. Su planteamiento de mínimos ha logrado sumar a numerosas organizaciones distintas, más allá de la tradicional izquierda radical que hasta ese momento había abanderado el movimiento. Karvala explica en su texto:

Es posible y necesario unir fuerzas en torno a unas simples demandas como «franquismo nunca más» o «no pasarán», etcétera, que son patrimonio de una parte muy importante de la sociedad, sobre todo de la clase trabajadora, en plataformas amplias capaces de movilizar a la gente corriente.

Plataformas de este tipo ya habían existido en algunas ocasiones puntuales, pero no habían tenido continuidad y se habían formado

como reacción a actos concretos de la extrema derecha. La izquierda radical, que siempre ha estado en primera línea contra los grupos de extrema derecha, a menudo ha debatido si es una opción juntarse con organizaciones no revolucionarias. A principios de los noventa, los militantes de las primeras organizaciones antifascistas en Madrid, Barcelona, Zaragoza y València plantearon esta cuestión. Ya se ha explicado que en Madrid intentaron convencer a partidos políticos y asociaciones vecinales de la peligrosidad de las bandas neonazis justo antes del atentado que costó la vida a Lucrecia y no les hicieron caso. Por eso, tras el asesinato de Lucrecia y Hassan en 1992, se produjo una brecha entre el antifascismo y quienes le habían quitado importancia y luego salían a protestar indignados por lo mismo que habían ignorado antes.

En València, tras el asesinato de Guillem Agulló, Maulets, SHARP y la Assemblea Antifeixista también recelaban de sumar a las protestas a partidos y organizaciones fuera de la órbita de la izquierda radical, aunque finalmente aceptaron marchar juntos por la gravedad del suceso. En Barcelona, sin embargo, ya desde los años ochenta convergían los grupos anticolonialistas, la izquierda independentista y los grupos libertarios en sus protestas contra el Doce de Octubre y a menudo contaban con partidos como ERC, Catalunya Lliure y otras formaciones.

En Zaragoza, desde 1993, cada 20N se convocaba una manifestación unitaria. Un militante de la Plataforma Antifascista de Zaragoza (PAZ) lo explica:

Siempre invitábamos a todos los colectivos. Cada vez que había una campaña por alguna agresión, como lo que sucedió en El Ejido, no teníamos problemas en juntarnos con otros grupos, incluso con los sindicatos, ONG y asociaciones de vecinos. Desde la PAZ se hacía trabajo político. Había grupos de acción y de autodefensa, pero no estaban relacionados directamente con la PAZ, que fue algo amplio, incluso con gente de Izquierda Unida y la Chunta Aragonesista (Cha). Nuestra lucha fue en gran parte romper el mito de las tribus urbanas y explicárselo a los periodistas.

La mayor parte de los episodios y conflictos con la extrema derecha relatados en este libro han tenido lugar en grandes ciudades. La despersonalización que ofrece una gran urbe frente a la cercanía de los pequeños municipios es un factor importante a la hora de entender cómo el anonimato favorece en muchas ocasiones la virulencia y la impunidad de estos grupos. Pero en las pequeñas plazas también se libraron importantes batallas y me habría gustado explicar muchos más casos de los que se relatan aquí. Uno de ellos me resulta especialmente interesante. Se produjo en el municipio de Salt, en Girona, donde el 43 por ciento de la población es de origen migrante y conviven personas de setenta y siete nacionalidades distintas. Lo sucedido aquí en los últimos diez años sirve para explicar cómo se ha evitado que una formación de extrema derecha rentabilice los problemas generados por malas políticas y estructuras que no solucionan los problemas reales.

En marzo de 2010, El País publicó una noticia titulada «Salt, una olla a presión».

Inmigración masiva, xenofobia y paro caracterizan el estallido social en un pueblo de Girona y alertan de lo que se está gestando ahora mismo en otros puntos de España. […] La convivencia en Salt, donde el 43 por ciento de sus 31.000 ciudadanos son inmigrantes, se ha resquebrajado estos días. Dos centenares de vecinos, hartos de la inseguridad en el pueblo, irrumpieron hace una semana de mala manera en el pleno del Ayuntamiento. Dos días después, en la calle se enzarzaron con unos magrebíes. La mayoría eran padres de familia que no quieren que se criminalice a sus hijos, pero también andaba por ahí Morad el Hassani, un expresidiario cansado de que la policía le registre cada día. Un exaltado, rodeado de extranjeros, le gritaba: «Dejad de robar. Volved a casa». Los Mossos d'Esquadra tuvieron que intervenir para que las cosas no llegasen a más. Desde entonces, nada ha vuelto a ser igual en Salt.[109]

El mal presagio que augura el artículo finalmente no llegó a ser cierto del todo, aunque la ultraderecha —primero PxC y después Vox— llegó a obtener representación en el Ayuntamiento. Para entender lo

sucedido, hablé con Mostafà Shaimi, vecino del municipio de origen marroquí, profesor asociado y uno de los impulsores del Espai Antiracista de Salt, una plataforma que surgió poco tiempo después del artículo citado.

El Espai Antiracista nació cuando los grupos de ultraderecha todavía no se habían significado en el municipio.

Veíamos que tenían más efecto determinadas políticas municipales sobre las vidas de las personas migrantes que los discursos de la ultraderecha. Teníamos que responder a la necesidad de estas personas, así que empezamos con cuestiones que afectaban directamente a sus vidas, como el tema de la reagrupación familiar. En este tema, entre los requisitos que había que cumplir estaba el de la vivienda, que dependía de un informe municipal del que se encargaba una agente de policía. Esta agente a menudo usaba criterios subjetivos para evaluarlo y en muchos casos había evidencias de racismo cuando tomaba la decisión de quién tenía derecho a la reagrupación y quién no.

Aquellos años, la ultraderecha ya había puesto el foco en Salt para una de sus principales campañas en contra de la construcción de una mezquita. Así, sembraron anónimamente con trozos de cerdo muerto el terreno en el que estaba previsto construir el templo —la ultraderecha repitió esta acción en diferentes escenarios, no solo en el Estado español— y asistieron a numerosas asambleas de vecinos de la zona para propagar el miedo contra las personas musulmanas. El líder de PxC ya se había significado en 2002 en una campaña similar en Premià de Mar, donde lideró las protestas contra otra mezquita. Ante esta situación, Espai Antiracista procuraba neutralizar los discursos de los ultraderechistas acudiendo a las asambleas cuando tenía constancia de su asistencia. Con mucha paciencia y mucha pedagogía, iniciaron una serie de reuniones con los vecinos en las que informaban de quién estaba detrás de la campaña islamófoba y por qué, desde el laicismo que defendían, no iban a tolerar que se prohibiese a una comunidad tener un centro privado de culto. Mostafà, que se declara ateo, explica:

La campaña ultraderechista no era contra los templos religiosos, sino contra toda la comunidad musulmana y contra la misma diversidad religiosa del territorio. Habríamos hecho lo mismo si las protestas hubieran sido contra una sinagoga. Defender el Estado laico no implica prohibir a los creyentes tener sus centros de culto.

Según Mostafà, la estrategia islamófoba de la extrema derecha usa precisamente el hecho religioso como excusa para estigmatizar a toda una comunidad, mayoritariamente migrante, aprovechando que parte de la izquierda, por su tradición laica, no defenderá a los musulmanes.

Daniel Gil Benumeya, doctor en la Universidad Complutense de Madrid en el programa de Ciencias de las Religiones, ha estudiado a fondo el fenómeno de la islamofobia, que también impregna a parte de la izquierda. Gil publicó en La Marea un texto que alertaba precisamente sobre esto.

La islamofobia no es solo un problema de discriminación religiosa, pero tampoco puede ser aislada de la misma. El elemento antiislámico de la islamofobia es en sí racista: se trata de un dispositivo de saber-poder inserto en la tradición colonial del orientalismo, que cosifica al islam presentándolo como una esencia inmutable que determina la vida de las y los musulmanes, y justifica así los mecanismos de exclusión y disciplinamiento que se ejercen contra estos.

[…] La islamofobia es central en la mayoría de los discursos ultraderechistas en Europa. Pero no se circunscribe a ellos: también una parte de la izquierda clama contra la presencia del islam, con argumentos específicos que han pasado a formar parte del vademécum de los nuevos fascismos y los posfascismos: el islam —dicen— sobra porque es reaccionario, porque es peligroso, porque oprime a las mujeres, porque odia a los gais, porque es una religión y la religión es el opio del pueblo. En esta lógica, la islamofobia no es considerada racismo, porque no tiene nada que ver con caracteres innatos como el color de piel o el origen étnico. Ser musulmán es una identidad religiosa y, como tal, es una elección que puede (y debe) abandonarse.

La islamofobia, según el historiador italiano Enzo Traverso y otros estudiosos de la extrema derecha, ha sustituido al antisemitismo como principal bandera de la extrema derecha occidental. Ha cambiado las supuestas diferencias raciales por diferencias culturales, pero sigue el mismo guion a rajatabla, según Santiago Alba Rico. Este filósofo publicó el libro Islamofobia: nosotros, los otros y el miedo (Icaria, 2015), donde aborda esta cuestión frente a la oleada de protestas contra las personas migrantes y refugiadas. A continuación, un extracto de la entrevista que Amanda Andrades y David Perejil le hicieron en CTXT:

Siempre pensamos que los judíos fueron masacrados y exterminados durante la Segunda Guerra Mundial porque un Gobierno muy malo con un programa de exterminio se hizo con el poder en Alemania. No, esos dos elementos fueron posibles precisamente porque durante siglos, y desde luego durante todas las décadas anteriores, en Europa se había tratado a las comunidades judías exactamente como hoy se trata a las comunidades musulmanas. Es decir, que cuando nos horrorizamos ante el Holocausto se nos olvida que fue posible porque en ese momento no nos horrorizaba el trato que se infligía a los judíos. Que fue, por tanto, la aceptación de la inferioridad de una determinada comunidad, convertida en programa de gobierno por un partido que, de alguna manera, hizo visible y manipuló el racismo de un sector de la población, lo que hizo posible el Holocausto. Alertemos entonces sobre las consecuencias históricas que tiene la aplicación de esquemas de exclusión en las relaciones de poder. Si utilizamos estos esquemas, acabaremos construyendo inevitablemente otros incómodos, prescindibles y exterminables. Y si construimos otros incómodos y exterminables y tenemos los medios para exterminarlos, apenas haya una ocasión histórica que lo permita acabaremos haciéndolo.

Según Enzo Traverso, hoy en día, hay muchos intelectuales y activistas

de origen musulmán, en movimientos antirracistas y en la izquierda radical, que no tienen práctica religiosa, o que se reconocen como musulmanes solo como reacción al racismo imperante, como lo hicieron muchos «judíos ateos» en la década de 1930.[111] El debate sobre la islamofobia ha venido de la mano de los atentados terroristas islamistas. Sus promotores son conscientes de que la islamofobia les ayuda a reclutar jóvenes europeos de confesión musulmana que se sienten señalados por una sociedad que los repudia y los estigmatiza social y estructuralmente. La islamofobia y el terrorismo islámico, por tanto, se retroalimentan en esta macabra ecuación que acaba por fracturar las sociedades diversas y generar odio y desconfianza, el campo de cultivo perfecto para que la ultraderecha siembre y coseche. Moussa Bourekba, investigador y experto en procesos de radicalización, extremismo violento en Europa y en el norte de África, así como en islam en los países occidentales, equipara, de hecho, el islamismo radical con la extrema derecha en una entrevista realizada por Patricia Simón en La Marea.

La extrema derecha violenta sostiene, según una lectura huntingtoniana del mundo [la que dio lugar a la teoría del choque de civilizaciones], que Occidente está en guerra contra el islam. Los yihadistas responden que, efectivamente, Occidente ha declarado la guerra a esta religión y que toca defenderse. Y ambos coinciden en presentar ambos bloques como homogéneos. […] La extrema derecha violenta considera que el pueblo blanco constituye una entidad homogénea en vía de extinción, por lo que toca salvaguardarla. Y los yihadistas que un musulmán no puede vivir en una tierra donde no rige la ley islámica. Al final, la extrema derecha violenta y el yihadismo comparten una misma cosmovisión en la que oponen dos bloques monolíticos».[112]

En Salt, finalmente se decidió convocar una protesta contra la manifestación anunciada por la extrema derecha. Las autoridades, que temían un enfrentamiento, decidieron prohibir ambas protestas, pero los antirracistas mantuvieron la convocatoria.

Nos multaron con nueve mil euros, pero hicimos una gran campaña de solidaridad y muchos recursos a la administración hasta que logramos que se anulara la multa en un juicio.

PxC se caracterizó en Salt por sus peculiares representantes, distintos de los que tenían en otros municipios, con un perfil ultraderechista más marcado.

Los tres concejales eran muy peculiares. Una de ellas tenía una pareja migrante. Otro era homosexual y su pareja era dominicano. El tercero era un joven que caía simpático a los vecinos. Esta estructura era anómala. No era el perfil ultraderechista convencional. Esto suavizó su imagen, aunque su lema era el mismo que en otras partes: «Primero los de casa».

El 23 de abril es el día de Sant Jordi, fiesta nacional en Catalunya, y las entidades locales suelen publicitar sus actividades en la calle. También los partidos políticos, que en el 2014 en Salt incluían a los ultraderechistas de PxC. Mostafà recuerda que el Espai Antiracista decidió actuar. Intentaron convencer al Ayuntamiento de que no cediese espacio a una formación que enfrentaba a los vecinos con discursos racistas, pero, como era un partido con representación institucional y también por miedo a que la censura terminase dando la razón en los juzgados a PxC, el Ayuntamiento no actuó. Además, según cuenta Mostafà, no había consenso entre los agentes sociales sobre cómo había que actuar. También se debatió si convenía convocar una protesta que rodease la carpa, pero finalmente ese primer año se limitaron a presentar propuestas en el pleno del Ayuntamiento que no prosperaron.

Así pues, el Espai Antiracista decidió hacer un trabajo más pedagógico con el resto de las asociaciones que tenían su propia carpa y con los vecinos que se acercaban a la plaza, y les explicaba quiénes eran PxC y el peligro que suponían sus discursos contra los vecinos de origen migrante. Mostafà recuerda:

Les dimos una pancarta en la que ponía: «Todos somos de casa», que se oponía a la de los ultraderechistas, que decía: «Primero los de casa». Todas las asociaciones la colocaron, excepto PxC y el PP.

El año siguiente, en 2015, Mostafà cuenta que se decidió convocar una concentración frente a la carpa de la extrema derecha. Un amplio despliegue policial mantuvo separados a los dos grupos. La presencia de los antirracistas aisló a los ultraderechistas, a cuya carpa finalmente no se acercó nadie. Al año siguiente se repitió la jugada, pero esta vez la protesta terminó con algunos enfrentamientos entre los antirracistas y los Mossos, por lo que PxC denunció a tres personas, entre ellas al propio Mostafà, y las acusó de delito de odio. Tras una larga pelea judicial, los antirracistas de nuevo fueron absueltos.

Ya en 2021, Mostafà reivindica el éxito del trabajo constante de estos últimos años.

No les dejamos ningún espacio. Ahora, tras la desaparición de PxC, Vox ha recogido sus votos, pero no celebran ningún acto público, solo se significan en los plenos. Además, aquí solo entran en cuestiones insignificantes, no se atreven con determinados discursos como antes hizo PxC, saben que aquí van a encontrar mucha oposición. Últimamente, lo único que intentaron fue convocar una protesta «contra la inseguridad». Entonces fuimos de nuevo a las asociaciones de vecinos a neutralizar cualquier intento de relacionar migración con delincuencia. Así conseguimos que no fuese nadie. Tan solo acudieron siete personas y nosotros nos concentramos casi cien personas a poca distancia. Saben que van a tener respuesta siempre y es una batalla de desgaste que acaba desanimándolos; por eso, ya no se atreven a hacer nada.

En cambio, Mostafà alerta de otro problema que ya no emana de la extrema derecha y los discursos de odio, sino de las políticas municipales y los problemas estructurales que salpican a

prácticamente todas las poblaciones: la falta de inversión y la segregación. A pesar de que cada vez la sociedad es más diversa, muchas políticas en distintos ámbitos mantienen mecanismos de segregación que en muchos casos impiden que las diferentes comunidades se mezclen o convivan con normalidad. Por ejemplo, colegios en los que la mayoría de los estudiantes son migrantes de clase trabajadora o barrios donde se concentra una mayoría poblacional de origen migrante. Aunque las líneas rojas sobre el discurso de odio están claras, hemos aceptado esta construcción política y social que perpetúa cierto aislacionismo entre comunidades y acrecienta el desconocimiento entre ellas, con todo lo que esto comporta. De esto se puede aprovechar en un futuro el discurso de odio. Sin embargo, como hemos visto en otros capítulos, hay muchos movimientos sociales que intentan superar estas barreras y realizan una enorme labor que conecta a la ciudadanía en diferentes espacios, actividades y reivindicaciones, tejiendo comunidad más allá de las diferencias.

En Euskadi la extrema derecha no ha tenido una presencia callejera notable, al menos en lo que se refiere a bandas de neonazis. Aquí han sufrido otro tipo de ultraderecha, relacionada con las cloacas del Estado en el marco del llamado conflicto vasco. Sin embargo, algunas organizaciones de extrema derecha realizaron a finales de los años noventa una serie de actos en varias ciudades vascas para demostrar a los suyos que ondeaban sus banderas en territorio hostil. Eso sí, siempre protegidos por un amplio dispositivo policial y rodeados de disturbios entre las fuerzas policiales y los contramanifestantes. Aunque no había ninguna plataforma ni colectivo antifascista estable, como ocurría en otros territorios, todos los movimientos sociales vascos se activaban cuando se anunciaba una convocatoria ultraderechista.

La periodista Eva Larrauri explicó en El País cómo se desarrolló una de estas aventuras de la extrema derecha en Euskadi; concretamente en Bilbao en 1999, en uno de los actos organizados por Alianza por la Unidad Nacional (AuN), de Ricardo Sáez de Ynestrillas, a los que siempre acudían militantes desde otros puntos del Estado.

En los alrededores de la Feria de Muestras, no había más público para

su vehemente discurso que el grupo de periodistas que cubrían el acto, más numeroso que los seguidores de Ynestrillas, y los agentes policiales. En los últimos meses Ynestrillas ha convocado concentraciones similares a la celebrada ayer en Bilbao en distintas localidades vascas, entre ellas Hernani, Rentería y Amurrio. En Vitoria, el enfrentamiento con grupos abertzales alcanzó una especial virulencia. Uno de los seguidores de la AuN resultó herido en la cabeza, al ser alcanzado por una piedra. Ynestrillas dijo ayer que volverá al País Vasco durante la campaña de las elecciones europeas y municipales de junio. El líder ultra anunció su intención de presentar listas en municipios vascos en los que «la bandera vasca haga daño y moleste». Ynestrillas no agotó el plazo de una hora concedido por los tribunales para permanecer en el lugar acordado de concentración. Media hora después de llegar a Bilbao, los simpatizantes de la AuN, en su mayoría varones jóvenes, volvieron al autobús y se marcharon bajo protección de varias furgonetas policiales. En el interior del vehículo, buena parte de los jóvenes se cubrieron con cascos.[113]

Pocos años después de las performances ultraderechistas, en el 2002, la revista Kale Gorria publicó un reportaje en el que desveló la existencia de un grupo armado que pretendía atentar contra militantes de la izquierda abertzale y supuestamente contaba con buenos contactos con algunos miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. Tras la desaparición del GAL, se temía que algún grupo de extrema derecha siguiese su estela. Un periodista de la revista tuvo acceso a una serie de documentos que mostraban entrenamientos y planes de un grupo de ultraderechistas que, según publicó, tenían el objetivo de matar a treinta y cinco abertzales.

La investigación de la revista ponía nombres y apellidos de los integrantes del grupo y aportaba fotografías de sus miembros realizando prácticas de tiro ataviados con el uniforme falangista. La cosa no llegó a más gracias a la publicación del reportaje y a un vídeo titulado El regreso de los falangistas (Kale Gorria, 2002). Sin embargo, la reaparición de un grupo ultraderechista exhibiendo armas y llamando a la violencia empezó a preocupar.

Edu es uno de los fundadores de Sare Antifaxista, una organización creada en 2005 que hoy en día sigue activa. Asegura que durante los

años noventa hubo presencia de simpatizantes o miembros de Bases Autónomas en otros lugares del norte de la Península y que a menudo militantes neonazis visitaban el País Vasco. «Éramos un pequeño oasis en Europa, porque no había fascistas en la calle», admite. Como no había ataques en las calles, enfocaron su trabajo en la prevención y la denuncia.

Queríamos que salieran titulares de toda la actividad de la extrema derecha, para que no pasara inadvertida, para que la gente supiera que podía venir en algún momento.

De hecho, no tardó en aparecer. En 2009 una organización llamada Falange y Tradición (FyT) realizó diversos actos violentos contra militantes de izquierdas vascos y monumentos de memoria histórica, y los reivindicaron en un comunicado. El periódico Gara recogió así la información:

Falange y Tradición ha asumido en un comunicado la autoría de más de veinticinco actos en Araba, Bizkaia, Gipuzkoa y Nafarroa en los que se ha amenazado a personas que vincula con el independentismo y el comunismo, y atacado monumentos en recuerdo a las víctimas del franquismo, como el del monte San Cristóbal.

Este grupo, que se define como «movimiento patriota español», dice que su objetivo es instaurar en el Estado español un régimen político «verdaderamente cristiano y nacional» y para ello actuará «con los medios que considere precisos en cada momento y lo hará especialmente contra los enemigos jurados de la patria», que son, según el citado grupo, «el separatismo terrorista, el comunismo criminal y el liberalismo anticristiano».

Para Sare Antifaxista, la memoria histórica es uno de sus ejes fundamentales. Ha desarrollado numerosas campañas sobre este tema y trabaja junto con otras organizaciones memorialistas, como hacen

otros colectivos antifascistas. Dada la gran red de movimientos sociales que históricamente ha existido en el País Vasco, también han tejido alianzas con otros colectivos cuando ha sido necesario.

Consideramos que muchos movimientos sociales son de por sí antifascistas. Si lanzamos una alerta, la unidad es evidente, desde el movimiento feminista hasta el ecologista. Esa conciencia está clara y nuestra comunicación con el resto de los movimientos populares es permanente. Trasladamos a la gente que el antifascismo tiene que ser un referente más en las luchas sociales.

Sare Antifaxista, que también se dedica a la investigación de estos grupos, tampoco pierde de vista lo que sucede en el País Vasco norte, en Iparralde, en terreno francés. Allí, el auge de la extrema derecha salpica también a esta parte del territorio y, aunque de momento sus éxitos no traspasan la frontera, no se menosprecia su presencia.

Los sectarismos han estado presentes a lo largo de toda la historia del antifascismo. Muchos militantes históricos de la izquierda radical y del antifascismo entrevistados para este libro coinciden en que es un error perder el tiempo en batallas internas que no llevan a ninguna parte mientras los fascistas se adueñan de las calles y llegan a las instituciones. Algunas actitudes se repiten cíclicamente y muy a menudo entorpecen asambleas, proyectos e incluso campañas que podrían haber sumado esfuerzos ante un problema compartido. Asambleas en las que incluso se mezclaban asuntos personales con asuntos políticos ahuyentaban a aquellos que habían acudido de buena fe a sumarse a la campaña contra la extrema derecha.

En 2019 me ofrecieron escribir el prólogo para el libro Com combatre el feixisme i vèncer (Tigre de Paper, 2019), que recopila textos de la diputada comunista y feminista alemana Clara Zetkin antes de la Segunda Guerra Mundial y durante la irrupción del nazismo. Su interpretación del contexto me pareció brillante e intenté traer algunas claves al presente con un texto titulado «Per no tornar a perdre» («para no volver a perder»).

A finales de los años veinte del pasado siglo, mientras parte de los compañeros comunistas de Zetkin pensaban que el nazismo caería por su propio peso y que la clase trabajadora se daría cuenta del engaño, ella siguió defendiendo ese frente común incluso con los socialdemócratas, a pesar del papel que habían jugado en la muerte de su compañera Rosa Luxemburgo. Un frente común, una batalla política en las instituciones y una organización contundente de la autodefensa frente a los fascistas. Por todos los medios. El partido no le hizo caso, pero ella mantuvo estas convicciones, aunque siempre asumió con absoluta disciplina las órdenes del partido.

Hay que leer los textos clásicos, porque ofrecen muchas claves sobre cómo funciona el fascismo; pero no son textos sagrados y hay que interpretarlos en su contexto e intentar traer aquellas enseñanzas al presente. A menudo, querer encajar relatos y contextos de hace un siglo al presente nos aleja de realizar un análisis certero y adecuado a la actualidad, obviando las transformaciones sociales de todos estos años.

Las experiencias unitarias han demostrado que a la larga estas sinergias tejen complicidades y suman esfuerzos e ideas que traspasan los matices. Hoy, ante el auge y la normalización de Vox y sus ideas, el antifascismo ha vuelto a ser un punto de encuentro para personas de muy distintos ámbitos, incluso más allá de la izquierda radical. Karvala explica en su texto:

No hay que contraponer la organización de la izquierda anticapitalista y la construcción de un movimiento amplio contra el fascismo. La propia experiencia de la lucha unitaria, y la contribución que a ella hace la gente anticapitalista organizada, es la mejor manera de demostrar en la práctica el valor de la opción revolucionaria. Por otro lado, la fuerza del movimiento antifascista proviene en parte de la presencia en su seno de una izquierda anticapitalista organizada, capaz de presentar propuestas e impulsar el trabajo de base.

Este mismo debate ha tenido lugar prácticamente en todos los países en los que ha habido antifascismo organizado. El historiador

norteamericano Mark Bray, autor del libro Antifa (Capitán Swing, 2019), entrevistó a militantes de diversos colectivos y plataformas antifascistas de varios países, y todos ellos se referían a este conflicto interno. En Alemania, Suecia, Dinamarca, Estados Unidos y el mismo Estado español, ha habido plataformas amplias, circunstanciales, algunas más duraderas que otras, que no solo han servido para poner en contacto a militantes de diferentes ámbitos, sino a estos con la sociedad, a menudo alejada de estos conflictos hasta que los neonazis y fascistas aparecen en su barrio o en su ciudad. A menudo, el antifascismo ha proporcionado conocimiento y herramientas a otros colectivos para que prestasen atención a la amenaza de la extrema derecha. Otras veces, los propios antifascistas son quienes han conocido realidades distintas a las que estaban acostumbrados y han establecido vínculos con unos mínimos objetivos comunes que han servido para esta y muchas otras luchas.

Cada contexto, cada época y cada ocasión es particular y tiene sus propias características, por lo que no siempre funciona la misma estrategia. No se puede combatir una victoria electoral de la extrema derecha con una manifestación de un bloque negro. Ni se puede parar una cacería nazi con una batucada. Ni todos los militantes y simpatizantes están dispuestos a todo. Sin embargo, todas y todos son necesarios en distintos frentes. Con un símil deportivo que oí en una charla a un militante antifascista, no puedes ir a jugar un partido de fútbol con once delanteros ni con once porteros. Necesitas toda la plantilla.

Ante diversos escenarios, se requieren diferentes actuaciones. Y quienes sufrían el problema han planteado todas las opciones como necesarias en un momento u otro. A lo largo de este libro se explican diferentes experiencias que han contribuido de una u otra manera a plantar cara a la extrema derecha; con mayor o menor éxito, idoneidad o acierto, pero con la firme voluntad de hacer algo y no mirar hacia otro lado.

Sin embargo, la batalla del antifascismo no es solo contra los neonazis del barrio o el partido de extrema derecha de turno, sino también contra la infección que suponen estas ideas más allá de sus entornos y las condiciones materiales que hacen que el veneno contagie. Por eso, que la estrategia antifascista se base únicamente en responder a las acciones de las organizaciones de extrema derecha es obviar otros

importantes frentes de batalla, quizás incluso de los más importantes, como son los más cercanos: el barrio, la escuela, la universidad, el centro de trabajo y cualquier otro espacio.

Este libro intenta narrar algunas de las diferentes luchas organizadas contra la extrema derecha en un periodo concreto de nuestra historia reciente, pero no obvia el trabajo realizado por multitud de personas ajenas a los colectivos autodenominados antifascistas e incluso a los movimientos sociales. Hay una importante labor del profesorado en los centros de educación, de sindicatos, ONG, organizaciones vecinales e incluso instituciones que han contribuido con sus políticas a frenar cualquier intento de infiltración o contaminación por parte de la extrema derecha, así como personas que a título individual han aportado su grano de arena o han dado la cara cuando tocaba. Aunque no se autodenominen antifascistas ni sean los protagonistas de este libro, su labor también es crucial en esta defensa colectiva de los derechos humanos que contribuye a frenar a la extrema derecha. Todos y todas ellas también forman parte de esta masa imprescindible para frenar la infección del odio y de lo que denominamos antifascismo.

---

[109] Disponible en https://elpais.com/diario/2010/03/07/domingo/1267937553_850

215.html.

[110] Disponible en https://www.lamarea.com/2020/06/23/la-izquierda-y-el-cuentode-la-islamofobia/.

[111] https://www.sinpermiso.info/textos/de-francia-a-siria-islamofobia-islamo-izquierdismo-pos-fascismo

[112] Disponible en https://www.lamarea.com/2020/07/03/extrema-derecha-violentay-yihadismo-comparten-cosmovision/.

[113] Disponible en https://elpais.com/diario/1999/04/26/espana/925077601_850215.html.

41

Alfon: ser joven y

antifascista en Vallecas

«Tus ojos reflejan el cansancio

marcado por la injusticia

que no termina, que se hace larga,

que ya nunca cicatriza».

KAOS URBANO, Una vida marcados, 2005

Los dieciocho antifascistas detenidos durante la manifestación neonazi de Vallecas en marzo de 2009 se pasaron siete años esperando hasta que se celebró el juicio. Ese tiempo de espera produce unos efectos devastadores no solo en lo personal y familiar, sino también para cualquier movimiento social. A la terrible incertidumbre de no saber qué será de ti si te condenan a varios años de prisión, se une el esfuerzo colectivo para denunciar los hechos y el miedo a que algo parecido vuelva a suceder en cualquier otra convocatoria. El efecto disuasorio para el entorno y la desmovilización de las personas imputadas es evidente, algo de lo que las autoridades son conscientes. Además, en muchas de estas manifestaciones detienen aleatoriamente a quien logran cazar en una carga y le atribuyen cualquiera de los incidentes que hayan tenido lugar, aunque luego no se demuestre su participación en ese hecho determinado. La palabra de la policía va a misa y eso lo sabe cualquier activista. También suelen filtrarse

antecedentes de los detenidos, ya sean penales (con condena) o policiales (sin condena), lo que sirve de carnaza a los medios para criminalizar a las personas imputadas. En este libro se han recogido varios casos.

Las defensas de los antifascistas de Vallecas pactaron finalmente penas inferiores a los dos años de prisión a cambio de que los acusados reconocieran los hechos. Ninguno de ellos tenía antecedentes. El letrado Erlantz Ibarrondo, que defendió a ocho de los dieciocho juzgados y también representaba a la familia de Carlos en el juicio por su asesinato, lo explicó en el diario Público:

El grupo ha aceptado la oferta viendo cómo se desarrolla la dinámica judicial. Era la palabra de ellos contra la de los policías. De esta manera, eran los imputados los que tenían que demostrar su inocencia y no la fiscalía la que tiene que probar las acusaciones.[114]

Esa misma semana, a principios de enero de 2015, Alfonso Fernández, «Alfon», un joven antifascista vallecano miembro de Bukaneros, había sido condenado a cuatro años de prisión[115] acusado de tenencia de explosivos. Fue detenido al lado de su casa la noche del 14 de noviembre de 2012, el día que se celebraba una huelga general. El caso de Alfon,[116] que ya había pasado dos meses de prisión preventiva en régimen de aislamiento, fue también un asunto clave en la movilización del antifascismo de todo el Estado durante varios años, ya que el joven y su entorno, el movimiento antifascista vallecano, venían sufriendo un acoso constante por parte de la policía, sobre todo a raíz del asesinato de Carlos. Sus compañeros aseguraron que se trataba de un montaje contra él y que le usaban de cabeza de turco para criminalizar una vez más a todo el movimiento.

En septiembre de 2021 conocí en persona a Elena, la madre de Alfon. Coincidimos en un par de actos en Madrid y ambos teníamos ganas de conocernos, así que unas amigas comunes nos presentaron. Ya había oído hablar de ella, una conocida activista vallecana de familia comunista implicada en los movimientos sociales del barrio y fundadora de Madres Contra la Represión. Le expliqué que estaba

escribiendo un libro sobre antifascismo y que contaba el caso de su hijo con lo que había aparecido en la prensa y con lo que pude recopilar de la campaña por su libertad. Me dijo que había mucho más que contar, así que me invitó a su casa para charlar con ella, con Alfon y con algunos de sus amigos. «Tienes que conocer bien lo que es Vallecas», me advertían. No tardé ni dos semanas en materializar la cita.

Allí estaba Elena junto a su marido, su hija Paz, su hijo Alfon y dos amigos más del barrio que tenían muchas cosas que contar, porque también eran vallecanos antifascistas y querían explicar lo que vivieron. Insistían en que aquellos años la presencia policial era constante y contundente contra los jóvenes del barrio y le pidieron a Adrián, uno de ellos, que contara su historia.

Adrián aseguró que no se lo había contado antes a nadie que no conociera. Temía que alguien no familiarizado con estas historias no le creyera y confesó que era duro volver a recordarlo. Cuando encendí la grabadora, fue el primero en hablar, mientras Elena nos servía dulces y café. Me insistieron en que su testimonio servía para que entendiese lo que significaba para muchos jóvenes del barrio militar en el antifascismo y estar en el punto de mira de las autoridades constantemente.

Fue una noche cualquiera en Vallecas, hace ahora cuatro años, cuando tenía veinticinco. Una furgoneta de la Policía Nacional se paró enfrente del bar donde cenaba con unos amigos. Adrián había salido un momento a fumar. Cuenta que varios agentes bajaron con actitud agresiva, sin razón alguna, y se precipitaron hacia él, que echó a correr instintivamente. Se inició así una persecución con la mala fortuna de que uno de los agentes tropezó y se golpeó las costillas contra un banco. Adrián se había escondido bajo una furgoneta mientras los agentes lo buscaban, pero acabaron localizándolo y sacándolo de allí a rastras mientras le estrangulaban con la porra. «Así empezó una tortura que duró unas siete u ocho horas», avanza. Lo que vino después, contado por él mismo, es realmente aterrador. No solo por los hechos que explica, sino por la naturalidad con la que los describe, como si estuviese acostumbrado, como si fuese una de tantas otras historias similares que ha oído mil veces a amigos y conocidos del barrio.

Cuenta que en el momento de su detención ya empezaron a golpearle sin que ofreciese resistencia. Dice que eran unos diez agentes y se turnaron para atizarle en plena calle, entre varios coches. Se tapaban unos a otros mientras le zurraban. «Me pusieron el pie sobre el bordillo y uno de ellos me pisó para partirme el tobillo», explica. Todavía tiene marcas. Lo esposaron y lo subieron a un coche. Antes de ir a comisaría, pasaron por un centro médico en la Dehesa de la Villa, donde la policía suele llevar a los detenidos heridos, como era su caso. «Estos cabrones me han pegado», le dijo al médico. Ni caso. «¿Te duele?», le preguntó el médico sin inmutarse ante las palabras del joven, como si no hubiese oído lo que le había dicho. «Entonces me pegaron delante de los médicos, que se giraban y no decían nada. Estaban compinchados», dice mientras mira al suelo resignado.

Tras abandonar el centro médico, según cuenta, el vehículo policial se detuvo en medio de la nada, en un campo de camino a no se sabe dónde. Cuenta que le hicieron bajar del coche a golpes. Uno de los agentes sacó un cuchillo que guardaba en el cinto, se lo colocó en el cuello y le dijo: «Me has intentado apuñalar con esto, guarro de mierda». Adrián estaba aterrorizado y se derrumbó. Sollozando, le suplicó que no le hiciese nada. Temió por su vida o por que le imputaran un delito que no había cometido. Como a Alfon. Como a otros amigos suyos. Los agentes, asegura, sabían que era miembro de Bukaneros —la grada de animación del Rayo Vallecano—, que era antifascista y amigo de Alfon, que entonces seguía preso. Los demás insisten en que conocen a todos. Aunque han escuchado la historia varias veces y han acompañado a su amigo durante todo el proceso, son conscientes de que alguien que no lo sabe alucina cuando lo oye contar en primera persona.

Adrián prosigue el relato y explica que otro de los agentes se sentó a su lado en el coche, le rodeó el cuello con el brazo como si fuese a abrazarlo y le dijo: «Esto no es nada personal, no tengo nada contra ti, es que me gusta hacerlo». Adrián empezó a temblar. Era tal la paliza que había recibido y el estado de shock en el que se encontraba que los agentes lo volvieron a llevar al centro médico. Estaba deshidratado, hundido, y así no podía entrar en el calabozo. Tras la nueva inspección, le recetaron calmantes y antiinflamatorios y lo llevaron por fin a comisaría. Esta segunda vez no se atrevió a decirle nada al médico.

Después de cachearme varias veces, me desnudaron. Me hicieron varias fotos desnudo con sus teléfonos personales, riéndose, golpeándome… Me tuvieron en pelotas un buen rato, hasta que llegó otro policía muy corpulento, que debía ser un superior. «¿Qué pasa, que sois maricones o qué? —les dijo a los otros agentes—.Hay una cámara grabando, venga. Vístete, chaval». No tardó en llegar de nuevo el policía que le había puesto el cuchillo en el cuello en el coche durante su traslado a comisaría. «Te voy a pedir lo máximo, te voy a arruinar la vida», le recordó.

Adrián denunció los hechos y logró que los policías fueran a juicio también como imputados. Él estaba acusado de atentado a la autoridad y los policías, de malos tratos. Los abogados, finalmente, llegaron a un acuerdo. Solo le pidieron resistencia a la autoridad —tres meses de prisión y una multa—, rebajando así el relato policial a cambio de que quedaran impunes las torturas que Adrián denunció.

Te ves obligado a declararte culpable de delitos leves que ni siquiera has cometido para evitar ir a juicio con una acusación que, si te condenan, te puedes pasar años en prisión. Los jueces siempre creen a la policía y más cuando quienes estamos en el ajo somos jóvenes antifascistas, migrantes o de cualquier colectivo de los que no gustan nada al poder —explican resignados—.Vallecas siempre tiene un plus de connotación social y política, eso lo sabemos. Somos el enemigo. La relación del barrio con la policía es jodida.

No era la primera vez que Adrián había tenido un encuentro con la policía. Recuerda que otra vez, cuando era más joven, unos agentes lo cogieron por algo que no había hecho, como se demostró posteriormente. Los agentes afirmaron que preferían pedirle perdón que recibir un golpe. Pero a Adrián nadie le pidió perdón tras pasar ocho horas detenido, torturado y acusado durante años de algo que no había hecho.

Alfon explicó recientemente en TV3 un caso de abusos que sufrió junto a su familia por parte de varios agentes.

En este barrio se vive un estado policial las veinticuatro horas del día. El acoso es constante. Estamos acostumbrados, la juventud sobre todo, a los cacheos y los malos tratos por su parte, y aquel día tuve que soportar que a mi tía le pegasen una paliza entre doce policías, que la llevasen a un callejón y le pisasen la cabeza, le partiesen costillas, dedos de los pies, moratones por todo el cuerpo. Hay fotos de todo esto.

A Alfon ya lo conocía la Brigada de Información, igual que a la mayoría de los activistas del barrio.

Tienen archivos con miles de personas de gente relacionada con activismo, militancia u organizaciones que reivindiquen derechos sociales o cualquier cosa que a ellos no les parezca bien. Y ellos sabían mi historial, mi militancia en ciertos colectivos y querían quitarme del medio para dar un toque a la gente, como medida ejemplarizante, para dejar claro que ellos tienen el poder y están dispuestos a usarlo de cualquier manera.

Todos los que me acompañaban durante la entrevista en casa del joven insistieron en que para que entendiera el caso de Alfon me tenían que explicar cómo se vive una huelga en Vallecas. Alfon fue detenido precisamente en la madrugada del 14 de noviembre de 2012, cuando se iniciaba la segunda huelga en un año, en plena oleada de protestas sociales por todo el Estado ante los recortes que se implementaron durante la crisis económica y la reforma laboral que se avecinaba. En Vallecas están las cocheras de la EMT, la Renfe, la autopista, Mercamadrid… Son puntos clave en los que los sindicatos convocan siempre acciones de madrugada para paralizar la ciudad.

Desde las doce la noche ya empiezan los piquetes vecinales —apunta Elena—. Aquí confluimos todos. Desde los miembros de los sindicatos mayoritarios ya jubilados hasta jóvenes del barrio. Los taxistas te llevan de una barricada a otra, los vecinos te dan agua y comida…, hasta leche para los gases lacrimógenos. Se implica todo el barrio.

Alfon bajó de su casa a primera hora de la madrugada para dirigirse a casa de su tío, con quien había quedado para unirse a los piquetes. Varios policías lo abordaron a escasos metros de su portal, le mostraron una mochila que estaba escondida en unos matorrales y le preguntaron si era suya. Él lo negó. «Sabéis que esto no es mío», les dijo. «No te queda nada por aprender, chaval», recuerda que le contestaron entre risas. Fue trasladado a la comisaría de Moratalaz, el centro de operaciones de la Brigada de Información. En el coche metieron el supuesto artefacto explosivo que se le atribuía. No llamaron a los TEDAX. Cogieron la supuesta bomba incendiaria y la colocaron a los pies de los asientos traseros, como si nada. Esto fue denunciado por el abogado de Alfon, igual que otra serie de irregularidades en la cadena de custodia de las pruebas.

Una vez en la comisaría, Alfon intuyó lo que pretendían. Lo explicó en la entrevista en TV3:

No solo era un interrogatorio para saber de mí, que sabían perfectamente quién era, sino que me enseñaban fotos, me preguntaban con mucha agresividad. Te aterrorizan.

Aquel mismo día, en plena huelga, los agentes trasladaron a Alfon a su casa para proceder al registro. No encontraron nada. Su padre, que permanece en silencio sentado en el sofá del salón, fumando mientras los demás charlamos en la mesa, interviene de repente. Recuerda perfectamente que su casa se llenó de policías «como armarios de grandes, encapuchados. Me dijeron que, si les daba nombres, se quedaba en casa. Que sabían que él no había hecho nada. Podría haber dado cualquier nombre, de cualquiera de sus amigos. Es lo que querían, pero nada. Nos mantuvimos firmes». Su madre recuerda que

se acercó a su hijo mientras los policías ponían la casa patas arriba. «Ni se te ocurra llorar delante de estos», recuerda que le dijo. Y vuelve a mencionar a su madre, la abuela de Alfon, militante comunista de quien, insisten, aprendieron grandes lecciones de vida y lucha.

Después de registrar su domicilio, los agentes procedieron a registrar la sede de Bukaneros, también en Vallecas. Al dispositivo policial, que irrumpió en el local con un ariete, se había unido un equipo de televisión compinchado con los agentes para filmar el hipotético arsenal que pensaban encontrar. Otra vez nada. Tifos, carteles y poco más. Otro fiasco que impedía a la policía armar el relato de un grupo terrorista desarticulado aquel día. Uno de los miembros de la Brigada de Información confesó a Alfon, vacilando, que era la cuarta vez que estaba allí. Seguramente, habría entrado de incógnito anteriormente. Le preguntó a Alfon quién se podía hacer cargo como responsable del local de Bukaneros. Alfon no dijo nada. El policía le dijo que no hacía falta, que llamaba a X, que sabía perfectamente quién era.

Tres meses después, en febrero de 2013, doce miembros de Bukaneros fueron detenidos acusados de banda criminal —su caso se explica más adelante, en el capítulo dedicado al fútbol—. Willy, que también estaba presente en casa de Alfon, explica:

El caso de Alfon, que acababa de salir en libertad condicional, sirvió a las autoridades para tratar de acabar con un colectivo como Bukaneros, que les molestaba demasiado. Es una grada de izquierdas en la que se sacan pancartas contra los desahucios, la reforma laboral y otros temas sociales, y querían acabar con ella.

Al volver a comisaría después de los registros, varios policías encapuchados lo interrogaron mientras le insultaban. Es bastante habitual que los miembros de la Brigada de Información, los agentes destinados a vigilar los movimientos sociales, interroguen a los detenidos ocultando su rostro. Son los mismos que se infiltran en las convocatorias de los grupos de izquierda, siguen a quienes consideran peligrosos y, si procede, los detienen. En fin, los secretas de toda la vida. La que entonces era compañera de Alfon también fue arrestada.

Alfon recuerda que empezaron a llegar detenidos de la huelga a la comisaría donde estaba encerrado desde la madrugada. «No cabían en los calabozos», dice. Muchos de ellos llegaban heridos, con claros signos de haber sido golpeados. Tras dos días en comisaría, Alfon pasó a disposición judicial y desde allí directo a prisión preventiva, a Soto del Real.

Un mes después de su detención se convocaron concentraciones en varias ciudades pidiendo su libertad.[117] Varios diputados de la Izquierda Plural y del Grupo Mixto habían subido a la tribuna del Congreso con pegatinas pidiendo la libertad de Alfon y remitieron una carta conjunta al Ministerio del Interior en la que criticaban las medidas excepcionales con las que se mantenía al joven en la cárcel de Soto del Real.

Alfon salió de prisión en espera de juicio, previsto para enero de 2015. Aquellos años, su caso motivó multitud de protestas y una gran campaña de solidaridad, que además denunciaba lo que se consideraba un montaje policial para criminalizar al antifascismo y lanzar un aviso. Nada nuevo. Varios medios de comunicación se unieron al relato policial e incluso fueron más allá, desvelando asuntos personales del joven y difamándole con acusaciones falsas y rumores; otra estrategia de desgaste y criminalización que preparaba el terreno para su condena.

La periodista Olga Rodríguez se interesó por el caso y en enero de 2013, cuando salió de la prisión preventiva, publicó una entrevista en elDiario.es. En ella se recoge la versión del joven, su detención y los tres meses que permaneció preso en régimen FIES, el más duro del sistema penitenciario.

Los interrogatorios fueron muy pesados, a mí se me hizo muy duro, sobre todo también por la presencia de mi compañera en ellos. Estando solo lo habría vivido de otra manera, más tranquilo, pero al estar con mi compañera y verla en esa situación, pues… ellos también lo aprovecharon contra mí, y eso es lo que se me hizo más duro de llevar, que tuviese que sufrir eso mi compañera y que ellos lo utilizasen contra mí.[118]

Cuenta que a su compañera le decían

que yo era un hijo de puta que no la quería, que lo que ella estaba pasando era por mi culpa, que yo era un maricón, y que no me la merecía, cosas así… Fueron los momentos más duros.

Las únicas pruebas para que ingresara en prisión fueron los testimonios de tres policías. Ninguna prueba más. Ni siquiera se encontraron sus huellas en la mochila ni en los supuestos artefactos explosivos que contenía. Además, su abogado, Erlantz Ibarrondo, recuerda:

La cadena de custodia no se cumplió y falta información sobre quién recepciona el objeto o dónde ha estado guardado. […] Estuvo en la cárcel sin que se analizara si se trataba de un explosivo o no.

Durante el juicio, Alfon denunció que la policía le amenazó con acusarle si no identificaba a sus compañeros de Bukaneros y de otros grupos antifascistas. Él se negó.

La sección número 30 de la Audiencia Provincial de Madrid lo condenó a cuatro años de prisión. El Tribunal Supremo ratificó la sentencia cuatro meses más tarde. Elena, su madre, encabezó el colectivo Madres Contra la Represión, junto con otras mujeres cuyos hijos estaban siendo objeto de seguimientos, detenciones y acoso por parte de la policía en Madrid. «Su apoyo ha sido fundamental para poder resistir con un mínimo de integridad y dignidad lo que se me vino encima tan joven», confiesa Alfon.

El 17 de junio de 2015, cientos de personas se concentran en la

parroquia de San Carlos Borromeo,[119] un espacio emblemático de Vallecas que siempre ha apoyado a los movimientos sociales y que popularmente se conoce como la parroquia roja de Entrevías. Ese día, Alfon debía entrar en la prisión para cumplir la condena. La confirmación de la sentencia del Tribunal Supremo había llegado ese mismo día por la mañana. Aunque el procedimiento habitual es que se le den unos días al condenado para presentarse en la prisión a cumplir su pena, en el caso de Alfon no fue así. «Ahora mismo estás en busca y captura. Si te detienen, vas preso», le dijo el abogado. Alfon estaba en Barcelona aquel día con unos familiares y, si lo detenían, podía acabar en la prisión más cercana, es decir, en Catalunya, lejos de sus padres y sus amigos.

Hablé con mi familia y con la gente de Vallecas y me dijeron que iban a preparar mi desplazamiento a Madrid de manera que no me detuvieran por el camino. Así que cogí algo de ropa, una gorra y gafas de sol, y me subí al coche. Paramos en una gasolinera a mitad de camino para cambiar de vehículo, por si nos estaban siguiendo.

Tras varias horas de viaje, llegaron a la parroquia, donde un buen grupo de gente se había preparado para introducirlo en el templo rápidamente. Una vez dentro, enviaron la carta al juzgado para avisar de dónde estaba y decir que no se iba a entregar y que, si querían que ingresase ese mismo día, fueran allí a por él.

No me habían dado tiempo precisamente porque querían evitar que se hiciese algo para visibilizar mi detención. Pero les salió mal.

Gente de todas las edades ocupa el templo y los alrededores. Muchos de ellos visten monos blancos y caretas para dificultar su identificación. Alfon también. Se mezcla entre la multitud, rodeado de pancartas y fotos suyas que varios activistas esgrimen gritando su nombre y exigiendo su libertad. «Nuestros hijos no son delincuentes», gritan varias madres y padres a las puertas del edificio. Decenas de

furgones de antidisturbios han tomado los alrededores y varios agentes vigilan de cerca la convocatoria. Los activistas ataviados con monos blancos y caretas salen de la iglesia puño en alto coreando al unísono: «¡Alfon, hermano, estamos a tu lado!». Fuera hay cientos de personas. Elena, la madre de Alfon, se encara con uno de los policías de paisano, que luce tan solo un chaleco con la insignia del CNP: «¡Estáis secuestrando a mi hijo!».

Anochece y las farolas ya empiezan a alumbrar la calle. La escasa luz del sol todavía ilumina el horizonte, enturbiado por las luces azules de las furgonetas de la UIP. Los activistas se acercan a los funcionarios, que se encuentran rodeados por decenas de personas, y empiezan a quitarse las caretas. Nadie toca a los agentes. Les gritan, eso sí: «Yo también soy Alfonso». Alfon está entre ellos. Se para firme ante uno de los policías. Se quita la careta y el mono blanco, visiblemente emocionado y acompañado de un infinito aplauso. Sus compañeros lo abrazan intensamente y no cesan de gritar: «¡Alfon, libertad!». Dos agentes de paisano intentan sacarlo de la multitud, que no se lo impide, tal y como se había acordado. Meten a Alfon en un coche sin distintivos policiales mientras varios agentes de la UIP cargan contra los compañeros del joven. «¡Fuera del barrio!», gritan a los agentes mientras estos retroceden hacia sus furgonetas.

Elena, la madre de Alfon, fue clave en toda la campaña. Anteriormente había colaborado con la Asociación de Víctimas del Fascismo, que lideró Mavi Muñoz, la madre de Carlos Palomino, también vecina de Vallecas. Su hijo, asesinado por un neonazi en 2007, era íntimo amigo de Alfon. Elena contó que una amiga suya —la madre de otro militante antifascista con la que participó en Madres Contra la Represión— le confesó que se arrepentía de haber reaccionado, por instinto, como la mayoría de las familias cuando su hijo es detenido o tiene un problema por su militancia.

Se arrepentía de esconderse, ocultarlo, avergonzarse, querer sacar a su hijo de esos entornos… Vio que, en realidad, lo que más ayudaba a su hijo era empezar a dar la cara y plantarse ante tantos casos injustos que veía en su día a día. Empezamos a dar la cara por nuestros hijos, que, en gran medida, tienen la ideología que tienen porque nosotras los hemos educado así, lo han vivido con nosotras. Eso fue un punto

de inflexión.

Todo empezó una noche aquí, en casa. Nos reunimos varias madres y elaboramos un comunicado en el que explicábamos que íbamos a dar la cara y buscábamos apoyo. La respuesta fue brutal. Recibimos una oleada de solidaridad de personas y colectivos que no esperábamos.

Así, Madres Contra la Represión comenzó a recopilar casos de jóvenes antifascistas que habían sufrido situaciones similares. A los pocos días convocaron una asamblea a la que se presentaron decenas de personas. Alfon fue el único de los ciento cincuenta detenidos durante la huelga del 14 de noviembre que acabó en prisión.

De aquella asamblea ya salió una buena lista de acciones para iniciar la campaña por Alfon. Se recaudó dinero, la gente se ofrecía para trabajar en lo que podía…

Alfon interrumpe la conversación. Fue tan sonada la campaña que, según cuenta, un educador de la prisión le dijo que tuviese cuidado, que, si sus colegas hacían mucho ruido, podrían acabar trasladándolo a Canarias para dificultar las visitas a sus allegados. Estaba prevista una marcha a pie hasta la prisión para mostrar su apoyo al joven. Los carceleros, según explica, dijeron que se sentían intimidados y que tenían miedo.

Entre risas, recuerda:

La siguiente vez que mi madre me visitó, se lo comenté y ella, muy tranquila, me respondió: «No te preocupes, que si te mandan a Canarias iremos igual y allí también hay comunistas que irán a verte».

Elena se recorrió varias ciudades del Estado explicando el caso de su

hijo. Movimientos sociales de todas partes se volcaron con la causa, incluso fuera del Estado español. La campaña «Alfon, libertad» también contó con el apoyo de numerosas personalidades del mundo de la cultura y de la izquierda institucional. En septiembre de 2014, el Ateneo de Madrid acogió un acto de apoyo a Alfon en el que intervinieron Tania Sánchez (IU), Joan Tardà (ERC), Miguel Urbán (Podemos), Xabier Mikel Errekondo (Amaiur) y Rosana Pérez (BNG), entre otros. También los actores Willy Toledo, Alberto Sanjuán, Juan Diego Botto y Carlos Bardem, el poeta Luis García Montero y el activista y artista Shangay Lily. «Alfon es un ejemplo más de los represaliados por luchar contra la podredumbre de un sistema al que se le ha caído la careta», argumentaba Bardem. Según contó El País en la crónica del acto, el resto de ponentes coincidía en que Alfon era una «cabeza de turco» y su detención «una maniobra para asustar a los ciudadanos».[120]

Elena no rechazó la solidaridad de nadie. Eso sí, echó en falta el apoyo de los sindicatos mayoritarios, CC OO y UGT, que habían convocado la huelga en la que iba a participar Alfon y fue el único de los detenidos ese día que acabó en prisión. A título individual, muchos sindicalistas sí que les mostraron apoyo.

Alfon salió de prisión en 2019 y continuó militando y defendiendo su inocencia. En abril de 2021, fue entrevistado en el programa FAQS de TV3 y pudo explicar su historia. El joven vallecano repitió a Cris Puig —la presentadora del programa— lo mismo que ya había explicado al juez. Salió de casa para ir a la huelga general, que había sido convocada en varios países en plena crisis económica, un año después de iniciarse el 15M. El contexto político y social estaba impregnado de movilizaciones en todo el mundo frente a lo que se consideraba un asalto de los grandes poderes financieros contra la clase trabajadora, la que realmente estaba sufriendo los efectos de la recesión. Alfon explica que en Vallecas solo había dos caminos: la delincuencia o la militancia. «Yo escogí la militancia», defiende.

---

[114] Disponible en https://www.publico.es/politica/justicia-

condena-18-anoscarcel.html/amp.

[115] Véase https://www.publico.es/espana/condenado-cuatro-anos-carcel-alfon.html.

[116] Véase https://elpais.com/politica/2015/06/18/actualidad/1434619392_280458.html.

[117] Véase https://www.publico.es/actualidad/alfon-libertad-stop-montaje-policial.html.

[118] Disponible en https://www.eldiario.es/sociedad/sacaron-supuesto-explosivo-matorrales-dijeron_1_5561028.html.

[119] Véase https://www.youtube.com/watch?v=Kj9M4g_TOVg.

[120] Véase https://elpais.com/ccaa/2014/09/10/madrid/1410350904_544711.html.

42

Los movimientos

sociales neofascistas

Tras unos años de agitación en las calles junto a los neocón y la curia ultracatólica contra las nuevas leyes progresistas, los neonazis y neofascistas se encontraron con una nueva oportunidad. Llevaban años tratando de articular un movimiento que sobreviviera a la criminalización de los medios, que reducían este espectro a bandas de skinheads y ultras del fútbol o, como mucho, a partidos y organizaciones marginales enfrentados entre sí. A nivel electoral eran un constante fracaso y solo se dedicaban a propaganda callejera, actos cerrados en sus sedes y alguna que otra manifestación, casi siempre contestada por grupos antifascistas y antirracistas y siempre protegida por un amplio dispositivo policial. El repertorio de crímenes de odio, de agresiones, así como las operaciones policiales contra organizaciones como B & H, HSE o FAS y la cada vez más intensa y contundente respuesta antifascista, sumieron a los ultraderechistas en eternas discusiones internas sobre cómo abandonar esa espiral de fracaso, aliñado además por constantes batallas entre los diferentes grupos por liderar el sector. De pronto, en 2008, justo cuando el PSOE revalidaba su victoria en las elecciones generales, el candidato a la presidencia José Luis Rodríguez Zapatero reconoció que nos encontrábamos ante una crisis económica y que iba a tomar medidas.

Mientras tanto, los movimientos sociales comenzaron en todo el Estado español una serie de campañas y protestas en torno a temas políticos y económicos que pusieron todo patas arriba durante varios años. La ocupación de las principales plazas de varias ciudades del Estado a partir del 15 de mayo de 2011 despertó el interés de miles de personas que hasta ese momento habían visto la política como algo reservado a las instituciones. Desde el inicio de la crisis, las protestas y

las plataformas ciudadanas ya se habían incrementado y España había tenido ya una huelga general en 2010 y otra huelga estudiantil en 2011. Mientras ocurría todo esto, en Túnez se iniciaba un movimiento popular para derrocar al dictador que se bautizó como Primavera Árabe —se extendería a otros países con más o menos apoyo popular e injerencias externas que provocarían sangrientas guerras, como la de Siria— y en otros países se articulaban nuevos movimientos que reclamaban un cambio en la política económica y social.

Los movimientos sociales que ya existían lograron darse a conocer y ampliar sus bases, pero también surgieron otros nuevos. Aunque el 15M no se definió explícitamente como izquierdista, la extrema derecha no pudo entrar en el movimiento, más allá de hacerse alguna foto con las acampadas de fondo para provocar o confundir en sus redes, ya que, tras varios intentos de infiltración, fueron detectados y expulsados por militantes antifascistas. En algunas protestas, como en la marcha minera que llegó a Madrid en julio de 2012, hubo grupos de falangistas que intentaron unirse, pero fueron rodeados por los manifestantes y expulsados pacíficamente hasta la boca de metro más cercana. El Primero de Mayo del mismo año una decena de ultraderechistas intentó unirse a la manifestación de València y de nuevo fueron rodeados por los sindicalistas, que les invitaron a abandonar el lugar; los antidisturbios los protegieron hasta que se retiraron.

Los ultraderechistas observaban con recelo la capacidad que había tenido la izquierda para recoger el descontento popular. En otros países, los partidos de extrema derecha y los grupos neofascistas sí que pescaban algo, como era el caso de los neonazis griegos de Amanecer Dorado. Esta formación se había popularizado gracias a los medios de comunicación, que amplificaron sus campañas en las que repartían comida a familias griegas en situación precaria y los grababan cuando acompañaban a las personas mayores a hacer la compra o a sacar dinero del banco para evitar que les robasen. En 2012, este partido obtuvo dieciocho diputados con un 6,9 por ciento de los votos. A pesar de que era algo raro que un partido abiertamente neonazi lograse esos resultados, sus homólogos españoles pensaron que ellos también podrían conseguirlo.

Los neofascistas llevaban décadas reivindicando esa supuesta transversalidad en la que pretendían situarse, negando el eje

izquierda-derecha y apelando a un «pueblo» enfrentado a las élites, algo parecido a lo que reivindicó el 15M. Lo que de primeras no explicaban los neofascistas era que ese «pueblo» al que se referían era cultural y a veces racialmente homogéneo, porque, para ellos, la diversidad era precisamente una imposición de esas élites que llamaban a combatir.

En 2014 decidí dedicar mi trabajo final de máster de Sociología y Antropología a estudiar lo que había hecho la extrema derecha durante la crisis económica que empezó en 2008. Pasé años estudiando el fenómeno y observé que la ultraderecha había comenzado a implementar una serie de cambios en el discurso, la retórica e incluso la estética que, con mayor o menor éxito, sentaron las bases de una nueva forma de activismo alejado de lo que hasta ese momento los había condenado al cliché de los skinheads, los hooligans de fútbol y los franquistas y fachas de copa de Terry y pelo engominado. Aunque estos personajes seguirán existiendo incluso hoy, una nueva generación de militantes ultraderechistas decidió emular las estrategias de otros movimientos hermanos, principalmente de Casa Pound en Italia. Por supuesto, empezaron a leer y a entender a Alain de Benoist y al resto de intelectuales, porque los más listos del sector se empeñaban en recomendárselos a los jóvenes interesados en la causa.

Es importante el papel que jugaron algunas editoriales. Una de ellas fue Ediciones Nueva República (ENR), de Juan Antonio Llopart, quien fue líder del MSR y uno de los principales difusores de estos textos. También organizó conferencias y encuentros, como las Jornadas de la Disidencia, con camaradas e ideólogos de otros países. Internet permitió la interconexión entre los diferentes grupos internacionales, la difusión de sus obras y la promoción de sus actividades y campañas, que a menudo copiaban los ultraderechistas españoles. Por otro lado, los vuelos baratos facilitaron un peregrinaje de ida y vuelta de neofascistas por toda Europa. El neofascismo español inició entonces una nueva etapa articulando nuevas formas de activismo inspirado en las ideas de la Nouvelle Droite y las estrategias de Casa Pound y Amanecer Dorado, principalmente.

El primer experimento de este tipo que tuvo cierta incidencia fue Proyecto Impulso, creado en 2011 en Castelló. Esta organización, cuyos miembros habían pasado por partidos neonazis como DN, se

dedicó a recoger y repartir alimentos, ropa y juguetes a familias españolas necesitadas. Además, realizaban excursiones a la montaña y visitas a monumentos históricos, torneos deportivos y campañas por la vivienda. Se definía como «asociación cultural, deportiva y de promoción social», desvinculada de cualquier partido político, que defiende una política económica «social y responsable», no dictada por «mandatos foráneos y entidades privadas», así como una cultura no consumista y una exaltación de la juventud frente a la «gerontocracia imperante». Una juventud «rebelde y activa. Insolente, potente y contestataria, dispuesta a vivir sobre años de esplendor vertiginosamente. Decidida, comprometida y cívica. Ardiente, sacrificada y solidaria. Sin nada que perder, puestas las miras en un mundo mejor».

Su ideario, sin embargo, no olvida mencionar su postura sobre la inmigración. Así, se explica que la inmigración no se entiende «como un poema romántico sobre el intercambio cultural» y apuesta por «una notable reducción de las facilidades de entrada en los países receptores», apoyando la creación de un sistema que facilite el retorno de los inmigrantes a su país de origen. Su manifiesto fundacional enarbolaba el identitarismo propio de los movimientos de extrema derecha desde una perspectiva proteccionista ante el supuesto perjuicio que generan el mestizaje y la mezcla de culturas; una reivindicación del etnopluralismo que ya preconizaba la Nouvelle Droite de Benoist y que vulgarmente se puede resumir con la frase «Yo no soy racista, soy ordenado».

Defendemos la identidad de cada pueblo, su idiosincrasia y su cultura frente a injerencias extrañas. Y no nos acomplejamos al defender nuestras raíces.

El antifascismo castellonense vio inmediatamente de qué iba esta nueva aventura y no tardó en darles la bienvenida. Toni, uno de los militantes de las BAF, cuenta que los días previos a la inauguración del local de Proyecto Impulso —llamado Zona Zero— los fascistas habían llenado la ciudad de carteles. La propaganda del grupo neofascista no duró ni un día. Una batida organizada por los

antifascistas arrancó toda la cartelería de este grupúsculo y se la devolvió el mismo día de la inauguración mediante un servicio de mensajería con el remitente falso de Casa Pound. Lo que no sabían los fascistas era que, justo en el momento en el que el mensajero les entregó el paquete, parte de quienes les habían hecho llegar el regalo estaban a pocos metros observando la escena desde un coche. Era la señal que les advertía que su actividad en Castelló no iba a ser para nada fácil.

Cada acción propagandística que este colectivo realizaba en la ciudad era «reciclada» por los antifascistas. A las pocas horas de que colgaran una pancarta, unos muñecos o cualquier otro invento, los antifascistas los retiraban, les cambiaban el mensaje y los volvían a colgar en el mismo sitio. La consigna era no dejar ni un día la propaganda fascista en las calles ni permitirles realizar con tranquilidad ningún acto. Tenían uno previsto para enero de 2012 en unas instalaciones municipales y contaban con la presencia de neofascistas italianos, como Gianluca Iannone, de Casa Pound, o Gabriele Adinolfi, del think tank neofascista Polaris. Los antifascistas denunciaron que el Ayuntamiento les había cedido el Centro Urban y su logo aparecía en el cartel de las jornadas. La presión de los antifascistas y de los partidos EUPV y BNV logró revocar el permiso dado a los ultraderechistas, que acabaron trasladando el acto a su sede. Además, Iannone no pudo viajar a la Península como tenía previsto, ya que poco antes fue detenido en Roma por un altercado.

A partir de entonces, las actividades de Proyecto Impulso se desarrollaban principalmente en su local o en otros municipios. Excepto algunas campañas discretas, no tenían presencia pública en Castelló para evitar el boicot de los antifascistas.

El cambio de imagen y de estrategia de los neofascistas había llegado para quedarse. Ya en 2012 lo advirtió el historiador Carles Viñas cuando se dio a conocer en Barcelona el Centro Social Militia.

Los intentos de renovación de la extrema derecha española se han sucedido desde la década de los años setenta. Más allá de la estrategia de la tensión y el escuadrismo callejero que caracterizó los primeros años de la transición, protagonizado mayoritariamente por grupos y

colectivos juveniles proclives a la acción directa, la ultraderecha española ha procurado transformar su imagen y discurso para adaptarlos a los nuevos tiempos. Tras experimentos de éxito relativo, como la adopción de los planteamientos nacional-revolucionarios en los años noventa, lo cierto es que la voluntad de renovar su mensaje y homologarlo a nivel europeo se ha perpetuado. Con el objetivo de ampliar su base social y desvincularse de la nostalgia tardofranquista, algunos colectivos han optado por redefinir su estrategia y su mensaje.

Este es el objetivo que persiguen los promotores del Centro Social Militia, conseguir calar entre la juventud con un discurso renovado, actualizado al siglo XXI, que prima aspectos como el ecologismo, el derecho a una vivienda digna, la promoción del deporte, el rechazo a la experimentación con animales, la antiglobalización o la defensa identitaria. Nada nuevo con respecto a las posiciones de grupos como los autodenominados «sociales-nacionales» alemanes, que desde inicios de la década pregonan doctrinas similares.

Al mismo tiempo que Proyecto Impulso en Castelló, nació en Barcelona el Centro Social Militia, que más tarde adoptaría el nombre de Casal Tramuntana. Ambos locales, junto a otros que surgirían progresivamente en varias ciudades, copiaron la denominación que usaban los italianos (espacios no conformes), así como sus lemas (0 por ciento racismo, 100 por ciento identidad) y sus campañas de recogida de alimentos, de crítica al capitalismo y en defensa del comercio local. También usaron a menudo la denominación de nacionalistas autónomos y su lema: «Libre, social, nacional». Incluso llegaron a usar el símbolo antifascista con las dos banderas dentro de un círculo, pero ambas de color negro. Esta tendencia ya se estaba dando en otros países europeos (principalmente en Alemania e Italia) e intentaba usurpar el imaginario, la retórica y la simbología a la izquierda radical.

Tramuntana fue un local que se abrió inicialmente en el barrio barcelonés del Clot, en el distrito de Sant Martí. Desde sus inicios, tuvo una amplia respuesta vecinal y antifascista liderada por colectivos de barrio y por la plataforma Unitat Contra el Feixisme i el Racisme (UCFR).

Dani, un activista y vecino del barrio al que entrevisté, me explicó que un militante antifascista llevaba tiempo infiltrado en las redes ultras y averiguó la ubicación exacta donde se iba a abrir el local. Lo puso en conocimiento de otros compañeros y se pusieron en contacto con las asociaciones vecinales y movimientos sociales de la ciudad, que se reunieron en una primera asamblea que juntó a más de ciento cincuenta personas. Finalmente, se decidió hacer una extensa labor pedagógica en el barrio para alertar del carácter neonazi de este nuevo proyecto, se acordó un manifiesto que logró unir a más de sesenta organizaciones y se convocó una protesta el mismo día de su apertura.

Los neonazis también infiltraron a uno de los suyos en estas asambleas vecinales, que eran públicas y abiertas. Se presentó como un vecino más, pero, a raíz de una protesta contra el local, apareció atendiendo a los medios en nombre de la organización ultraderechista. Es el riesgo que se corre con las convocatorias abiertas.

Al igual que había pasado con Proyecto Impulso en Castelló, el local se convirtió en punto de encuentro para militantes y simpatizantes, pero el colectivo no organizó prácticamente nada en el barrio por temor a ser contestados por los antifascistas. Además, la labor pedagógica de las asociaciones del barrio tuvo su efecto y el lugar quedó marcado para siempre como una madriguera neonazi, de modo que solamente los vecinos que simpatizaban con esas ideas se acercaban. No consiguieron engañar a nadie.

El periódico Directa, junto con UCFR, editó un boletín especial en papel que tituló Ni Aquí Ni Enlloc! («ni aquí ni en ningún sitio») sobre Tramuntana.[121] La portada era una ilustración de Azagra, uno de los dibujantes más queridos por los movimientos sociales en el Estado español. En la publicación se explicaba la estrategia de los neofascistas que se escondía tras la supuesta ayuda social y desvelaba los nombres, los vínculos nazis y fascistas, y hasta los antecedentes penales de quienes estaban detrás o participaban en sus actos: miembros del MSR, de PxC, de Milícia Catalana y de un hasta entonces desconocido exfalangista y hoy eurodiputado de Vox: Jorge Buxadé.

Los neonazis, constantemente asediados por los movimientos sociales del barrio, cambiaron de local en septiembre de 2014. No abandonaron Sant Martí, pero se desplazaron a la Verneda. Allí se

activó Verneda Antifeixista para darles respuesta. Este colectivo continuó con la labor pedagógica comenzada en el Clot e incluso dio charlas en institutos para advertir a los jóvenes de lo que se escondía detrás de ese local.

A los pocos meses, en mayo de 2015, anunciaron el cierre del Casal Tramuntana. Los ultras declararon que «cerraban una etapa» y no dieron más explicaciones. La Vanguardia también recoge que la UCFR atribuyó la victoria sobre los neonazis a la labor antifascista del vecindario.

«Por mucho que lo intenten disfrazar (como hacen siempre), es evidente que no han conseguido aquello que querían cuando se instalaron en Sant Martí hace unos tres años», han asegurado. «Su rendición es una victoria de la lucha vecinal: de la gente del Clot, de la Verneda y más en general del conjunto de la ciudad», han continuado desde la Plataforma Unitat Contra el Feixisme y el Racisme. «En estos tres años hemos demostrado la fuerza de la unidad, de la gente normal y corriente, incluso ante un núcleo duro nazi como el que representa este centro», han remachado. «Celebramos esta victoria. Esperamos otras mañana, cuando expulsemos a los fascistas de diferentes consistorios de todo el país», ha concluido la entidad antifascista.[122]

Estos dos primeros centros sociales neofascistas inauguraron una nueva forma de activismo que se alejaba del estigma de las bandas de skinheads y de las habituales organizaciones semiclandestinas y los rígidos partidos políticos ultraderechistas que hasta entonces habían liderado el sector. Estos movimientos estaban liderados en gran medida por veteranos militantes neonazis y fascistas, pero lograron atraer a una nueva generación de jóvenes que no se sentían cómodos en las viejas estructuras. También se trataba de superar las rencillas entre los diferentes grupos neonazis y fascistas que durante años habían supuesto un hándicap para la unidad que estos proyectos trataban de conseguir. Estos espacios desarrollaron una constante actividad de ocio y fueron importantes puntos de encuentro que en los años siguientes se multiplicaron a lo largo del Estado y han llegado

hasta la actualidad.

En 2012, el mismo año de la inauguración de Impulso y del Casal Tramuntana, se puso en marcha un proyecto similar en València: el Hogar Social Patriota María Luisa Navarro —por el nombre de la madre del líder de España 2000—. La sede de este partido —un antiguo y pequeño chalé en el barrio de Algirós, en medio de la ciudad — dio cobijo a varias personas sin recursos afines, y organizaron algunas entregas de comida y juguetes a familias españolas en situación precaria. Con estas acciones imitaban las del partido neonazi griego Amanecer Dorado y aprovechaban su repercusión mediática.

Predecesores de este asistencialismo excluyente los encontramos en Casa Pound en Italia y unos años antes (en 2006) en Francia, donde el Bloque Identitario de Odile Bonnivard puso en marcha las «sopas identitarias», que además iban cocinadas con cerdo para evitar que musulmanes y judíos las consumiesen. Así lo explicaba The New York Times:

La idea de estas «sopas identitarias» no solamente era denunciar que la presencia masiva de inmigración estaba alterando el sustrato antropológico de Francia, sino también responder a una necesidad cada vez más acuciante: los autóctonos no pueden competir con los inmigrantes para obtener las ayudas sociales de los organismos institucionales correspondientes.[123]

España 2000 organizó un reparto en Orriols, el barrio más multicultural de València, y fue cubierto por numerosos medios de comunicación. Precisamente en el barrio de Orriols se ubicaba desde hacía años el Centro Cultural Islámico, que cada mes repartía hasta diecinueve toneladas de alimentos. Aunque eran veinte veces más que los que repartió España 2000, nunca obtuvo el mismo eco mediático que los neofascistas esa tarde. El barrio respondió a la provocación de los ultras organizando unas jornadas los días posteriores. En ellas insistieron en la discriminación que los ultras escenificaron negando comida a quienes no aportasen su DNI español. España 2000 lo justificaba así en su web:

Podemos encontrar en España cientos de ONG y asociaciones financiadas con los impuestos de todos los españoles de ayuda a la integración del inmigrante, de su incorporación al mercado laboral, asistencia sanitaria gratuita, etcétera, pero es casi imposible encontrar ONG que ayuden a los españoles para estas u otras causas. Estos españoles, que deberían ser objetivo prioritario para los distintos organismos e instituciones españolas, son los grandes olvidados de esta crisis.

El acto fue condenado y rechazado por numerosos partidos políticos y organizaciones de la ciudad de València. El PSPV lo denunció ante la fiscalía porque presuntamente infringía «el principio de no discriminación contemplado en diferentes tratados internacionales ratificados por nuestro país, entre los que cabe destacar la Declaración Universal de Derechos Humanos, en su artículo 2», según explicaban fuentes del partido en el diario El País.[124] El PSPV consideró que el reparto organizado por España 2000 era «un acto definido como discriminatorio por la propia Ley Orgánica 4/2000 en su artículo 23.2.b), ya que la ONG no ofreció a los inmigrantes los bienes de primera necesidad que se entregaban al resto de vecinos de Orriols por tener una nacionalidad distinta de la española». Según los denunciantes, el acto podía incurrir en los delitos de xenofobia y discriminación previstos y penados en el artículo 510 del Código Penal.

Por otra parte, la ONG Valencia Acoge llevó su denuncia al Consejo de Igualdad de Trato por los mismos motivos que el PSPV. Además, las ONG denunciaron haber sido testigos de cómo personas con DNI español, pero de origen extranjero fueron expulsadas de la cola. Finalmente, todas las denuncias fueron archivadas y España 2000 volvió a salirse con la suya: había conseguido la atención mediática que buscaba, amplificada, además, por la oposición de la izquierda y de los colectivos del barrio, y había vencido a las denuncias en los tribunales.

El marco que empezaron a instaurar y que continúan explotando esta y otras organizaciones neofascistas era, aunque falso, un acierto

estratégico: su único delito era ayudar a los españoles marginados por las instituciones, que se lo dan antes a las personas migrantes. Competencia por los recursos. Y quienes se oponían a ello iban contra los españoles para beneficiar a los extranjeros. Ante los posibles ataques, se usaba como escudo a personas en situación precaria y al mismo tiempo se limpiaba la imagen de los fascistas en plena crisis económica. Estas iniciativas empezaron a proliferar en varias ciudades y los medios de comunicación ayudaron a blanquear esta nueva imagen que presentaban los neonazis de siempre. Muchos antiguos neonazis habían pasado de quemar vivas o apalear a personas sin hogar a darles una bolsa de comida en alguna de estas organizaciones neofascistas.

Al mismo tiempo que el Hogar Social Patriota María Luisa Navarro, se creó la organización Españoles En Acción en Alcalá de Henares, donde el partido tenía representación. En la localidad valenciana de Silla también se puso en marcha la campaña «Alimentos para mi pueblo». La publicidad de la que gozaron este tipo de iniciativas y su capacidad para facilitar por fin el contacto con el vecindario hicieron que otros grupos neofascistas reprodujeran esta fórmula. Una organización similar fue Acción Social Cádiz. Años después, en junio de 2014, los neonazis ocuparon por primera vez un edificio: el Hogar Social de Zaragoza, impulsado por miembros del MSR en el barrio de Las Fuentes.

Poco después de la inauguración, varios ultraderechistas se pelearon supuestamente por una bandera falangista que alguien había colgado en el interior del edificio. Las rencillas entre las diferentes facciones neonazis y fascistas no auguraban una fácil convergencia en este proyecto y los que vendrían posteriormente. Finalmente, el Hogar Social de Zaragoza lo lideró abiertamente el MSR. Algunos de ellos eran bien conocidos en Zaragoza, porque salían en las fotos del homenaje a Rudolf Hess en Wunsiedel que los antifascistas alemanes habían hecho circular por el Estado español y habían supuesto la identificación de varios miembros de la sección española de Blood & Honour.

En marzo de 2015, programaron unas jornadas y un concierto en el edificio neonazi para dar a conocer el proyecto e invitaron a simpatizantes de otras ciudades. Los colectivos antifascistas zaragozanos iniciaron una campaña para advertir sobre el encuentro.

La Chunta Aragonesista e Izquierda Unida pidieron al Ayuntamiento vigilancia y contundencia contra los neonazis, mientras que los colectivos antifascistas organizaron una protesta para el día del concierto que reunió a cientos de personas. Al llegar a las inmediaciones del edificio, la policía desapareció. Varios de los neonazis salieron del garaje del edificio armados con palos y otros objetos, de modo que se inició una batalla campal a las puertas del Hogar Social hasta que llegó la policía y cargó contra los presentes.

Los neonazis instrumentalizaron este incidente para presentarse como víctimas y preconizar su «labor social». Un programa de televisión entrevistó a uno de ellos, que apareció con la cara magullada y unas gafas de sol relatando la terrible agresión que había sufrido esta ONG por parte de un malvado grupo ultraizquierdista. Sin embargo, alguien reconoció a ese sujeto. Así lo explicaba Miguel Ángel Conejos en Vice:

Tras el vendaje de una nariz rota y unas gafas de sol, Javier Royo Blasco aseguraba llamarse «Antonio». Se trataba de la misma persona que en 2009, saltándose la condena en el Centro de Inserción Social de Zaragoza, que le impedía salir de la ciudad, viajaba a Madrid para disfrutar de una noche de juerga nazi y contemplaba, según dice la sentencia, cómo uno de sus compañeros de correrías apalizaba a un mendigo, hasta dejarlo en coma, para continuar luego de juerga con él. Esa misma persona trataba de aparentar ante las cámaras de Ana Rosa ser algo que jamás fue, el pacífico líder patriota de una especie de ONG. En la actualidad Javier Royo es el representante en Aragón de Hispania Verde, una agrupación ecologista, integrada dentro de MSR. El mismo partido que alberga un sindicato de trabajadores y otro de estudiantes, así como la organización Liga Joven.

La policía arrestó a catorce personas supuestamente relacionadas con los incidentes del Hogar Social, todas ellas antifascistas. Diez de ellas fueron acusadas de atentado a la autoridad y desórdenes públicos, y pidieron ocho años de cárcel para cada una y una multa por responsabilidad civil de más de veintidós mil euros. Se inició entonces la campaña conocida como «Los 10 de Zaragoza».

Durante los dos años que transcurrieron hasta la celebración del juicio —finalmente juzgaron a ocho—, los movimientos sociales de Zaragoza denunciaron la criminalización del antifascismo y la impunidad de la extrema derecha, y llevaron el caso hasta las mismas las instituciones. En septiembre de 2017 —un mes antes del juicio—, miembros de esta campaña —entre los que se encontraban familiares y amigos de los encausados— comparecieron en las Cortes de Aragón. Aportaron un dosier en el que denunciaban la permisividad ante las actividades neonazis y recriminaban la actuación policial contra quienes las denunciaban. En una de las intervenciones, se recordó que la Comisión Europea contra el Racismo y la Intolerancia (ECRI) dictó textualmente, en su recomendación número 15, relativa a la lucha contra el discurso de odio (8 de diciembre de 2015):

Una forma importante de erradicar este fenómeno es enfrentarse al mismo y condenarlo de forma directa, mediante expresiones contrarias que muestren meridianamente su naturaleza inaceptable y destructiva.

Un miembro de la campaña recordó:

Las ocho personas pendientes de juicio no son las únicas que alzan su voz contra el racismo y la xenofobia, ellas son parte de una ciudadanía comprometida con una sociedad libre de odio.

De esta forma, pedía un compromiso institucional contra este tipo de actos.

A los pocos días, Izquierda Unida, la Chunta Aragonesista y Podemos presentaron una proposición no de ley para su debate en la Comisión Institucional del Parlamento Aragonés, con el objetivo de que el delegado de Gobierno no permitiera «la convocatoria de ningún tipo de actos en los que se fomente, se difunda o se incite al odio, hostilidad, discriminación o violencia por motivos racistas, xenófobos o de identidad sexual». La campaña recordó:

A pesar de los avisos de diversas asociaciones, la denuncia judicial de los propietarios del inmueble ocupado por los nazis y la alarma mediática que se creó en los días que precedían al concierto, ninguna institución hizo nada, el concierto se celebró con total impunidad.

Los antifascistas también llevaron el caso al Parlamento Europeo, invitados por los eurodiputados de izquierdas Miguel Urbán, Marina Albiol, la italiana Eleonora Forenza y la portuguesa Marisa Matías. El pleno del Ayuntamiento de Zaragoza esa misma semana mostró unánimemente su solidaridad con los detenidos. En varias ciudades del Estado español se organizaron actos de apoyo y se dio a conocer el caso mediante charlas y publicaciones en distintos medios afines.

Finalmente, en octubre de 2017 las defensas llegaron a un acuerdo entre las partes. Las altas penas que pedía la fiscalía y la desconfianza de los acusados motivaron que aceptasen condenas inferiores a los dos años de prisión por delitos de desórdenes públicos, daños, atentado a la autoridad y lesiones. «A pesar de seguir siendo inocentes, el acuerdo es un mal menor ante el empeño de que entren en la cárcel», reconocieron desde la asamblea de apoyo a «Los 10 de Zaragoza». Fiscalía solicitaba sesenta y cuatro años de cárcel —ocho años para cada una de las personas encausadas— y más de veintidós mil euros por responsabilidad civil.

Mientras el Hogar Social de Zaragoza se apagaba poco a poco, en otras ciudades se implantaban otros proyectos similares. El más popular de los que siguieron esta estela es el Hogar Social Ramiro Ledesma, posteriormente conocido como Hogar Social Madrid, que sigue activo y cada vez que ha sido desalojado ha ocupado otro edificio.

Al mismo tiempo, las organizaciones neofascistas intentaron estar presentes en las movilizaciones estudiantiles, también muy activas aquellos años. El Blocco Studantesco —la rama estudiantil de los neofascistas italianos de Casa Pound— había logrado en las elecciones del 2009 solo en Roma once mil votos, el 28 por ciento del censo estudiantil, con cien representantes electos para la Consulta Provinciale degli Studenti, y en algunas escuelas locales llegó a tener

el 80 por ciento de los votos. Pese a la oposición de grupos comunistas, socialdemócratas, liberales y otros demócratas, que exigieron su prohibición, el Blocco se estableció como la tercera fuerza a nivel nacional.

Anteriormente, ya había habido sindicatos de estudiantes de extrema derecha, como el falangista Sindicato Español Universitario (SEU) o Solución Independiente Universitaria (SIU), entre otros. En 2010, se intentó exportar a España el nuevo modelo italiano del Blocco, primero con Respuesta Estudiantil —una organización creada por miembros del partido neonazi Democracia Nacional en Madrid— y después con Liga Joven —vinculada al MSR—. Ambas organizaciones intentaban sumarse a las protestas convocadas por el resto de las organizaciones estudiantiles, de marcado carácter izquierdista, provocando así incidentes y entorpeciendo el normal transcurso de los actos. Su estrategia consistía en presentarse con lemas casi idénticos a los de la convocatoria, pero portando banderas españolas rojigualdas. Cuando eran expulsados de la protesta, se presentaban como víctimas y decían que se les expulsaba «por llevar banderas de España», obviando que todo el mundo sabía que eran organizaciones neonazis y fascistas. Lo cierto es que la prensa a menudo compraba el relato de los ultraderechistas y los neonazis se ocultaban bajo el eufemismo «persona que llevaba una bandera de España».

Estas organizaciones repitieron la performance en protestas estudiantiles en València, Madrid, Sevilla, Toledo, Salamanca, Guadalajara, Zaragoza, Oviedo, Málaga y Las Palmas de Gran Canaria. La mayoría de las veces, los estudiantes formaban cordones de seguridad para alejarlos o avisaban a la policía para que los expulsara, evitando así un enfrentamiento que terminase por diluir la protesta, lo que sería un triunfo para los provocadores. Sin embargo, en otras ocasiones los estudiantes antifascistas se enfrentaron directamente a ellos y los expulsaron sin contemplaciones. Aunque a menudo estas organizaciones copiaban los lemas de los sindicatos estudiantiles contra los recortes y a favor de los servicios públicos, más de una vez se opusieron a las huelgas. Este fue el caso de Respuesta Estudiantil en València el 29 de marzo de 2012, donde lanzaron el siguiente mensaje:

Estos llamados piquetes informativos, estandartes de los derechos de los trabajadores, solo tienen un objetivo: amedrentar, atemorizar y extorsionar a aquellos que no les siguen el juego, que no entran dentro de su círculo de sectarismo, obligando por la fuerza y bajo coacciones a aquellos trabajadores que solo pretenden hacer lo de todos los días: trabajar.

Los neonazis también empezaron a atacar actos convocados por organizaciones de izquierdas en diferentes universidades, primero boicoteando su propaganda y posteriormente usando la violencia. El 2 de abril de 2014, un grupo de neonazis irrumpió en un acto sobre memoria histórica en la Escuela de Relaciones Laborales de la Universidad Complutense de Madrid. Lanzaron botellas y sillas contra los asistentes y provocaron que la actividad se suspendiera. Según el diario El Mundo,[125] se trataba de miembros de Liga Joven. Este grupo ya había protagonizado otros incidentes, como el asalto a la Autónoma el 17 de febrero del mismo año en un acto contra los desahucios y de apoyo a la Plataforma de Afectados por la Hipoteca y el ataque en la Facultad de Biología de la Autónoma el 17 de diciembre de 2013, en el que colgaron un cartel con el lema «Universidad no politizada» y agredieron a una persona.

El Sindicato de Estudiantes, víctima habitual de los ultraderechistas, denunció los hechos, así como el «incremento de las agresiones por parte de grupos de extrema derecha contra actos públicos, locales y casetas populares de organizaciones de la izquierda» y señalaron la «impunidad con la que estos elementos han atacado, intimidado, perseguido y acosado a activistas de la izquierda y de los movimientos sociales». El 10 de junio de 2014, la policía detuvo a doce neonazis. Según contó el diario El Mundo, se les acusaba de «reventar cinco manifestaciones y actos organizados por colectivos de estudiantes en la Universidad Complutense y en la Autónoma. Todos los neonazis han quedado en libertad con cargos. Se les acusa de un supuesto delito contra los derechos fundamentales y de asociación ilícita».

Estudiantes antifascistas de Madrid elaboraron un dosier con abundante información sobre estas organizaciones, que hicieron circular por los campus universitarios donde trataban de establecerse. Esta publicación demostraba con fotos, nombres y apellidos la

vinculación de sus miembros destacados con organizaciones neonazis. A sus convocatorias, además, acudían a menudo conocidos neonazis madrileños que ni siquiera eran estudiantes, pero aprovechaban la situación para participar en las performances. Los estudiantes de izquierdas más politizados empezaron a organizar cordones de seguridad en sus propios actos y para ello contaron también con militantes antifascistas, que, alertados por este nuevo escenario, se prestaron a acompañar a los estudiantes para evitar que los fascistas reventaran sus actos. Las protestas estudiantiles se convirtieron aquellos años en un nuevo escenario de confrontación, en el que poco a poco fue ganando el antifascismo, hasta que finalmente los neonazis desistieron.

A finales de 2014, Respuesta Estudiantil se vio involucrada en un incidente con otros neonazis de Hogar Social Madrid. Terminó por reconocerlo públicamente y eso supuso el final de la organización. El 30 de diciembre de aquel año, su cuenta oficial en Facebook publicó el siguiente mensaje:

Vergüenza es poco… Toca dar la cara, y es duro cuando no tienes ninguna excusa ni justificación y la has cagado hasta empaparte. Durante esta madrugada cinco militantes de Respuesta Estudiantil han intentado quemar un Hogar Social donde se cobija y entrega alimento a españoles. Respuesta Estudiantil ante este hecho vergonzoso solo puede expulsar a los implicados y pedir las disculpas oportunas ante esta grave payasada. Respuesta Estudiantil ni fomenta ni permite ataques como este a ninguna organización patriota. Sin más, reiterar las disculpas a Hogar Social Madrid y a los patriotas en general, puesto que este hecho ha puesto en evidencia a los nacionalistas españoles.[126]

Tras un par de campañas insignificantes en Madrid, publicaron su último mensaje en junio de 2015, seis meses después del altercado. El nuevo intento de crear un frente estudiantil neofascista fracasó gracias a sus diferencias internas y a la constante presión y ofensiva de los grupos antifascistas.

La misma suerte corrió Liga Joven, que en junio de 2015 publicaba un mensaje premonitorio en su cuenta de Facebook revestido de «autocrítica».[127] El mensaje lamentaba las detenciones de varios de sus miembros y las «campañas difamatorias y ataques» de los antifascistas, pero situaba el problema en su propia militancia.

[…] Uno de los principales problemas que llevó al debilitamiento de Liga Joven: LA FALTA DE COMPROMISO EN LA MILITANCIA. Cuando a alguien hay que enseñarle lo que es bueno y lo que debe hacerse, es ya un mal principio.

Pensar que por contar con más cantidad de militantes y por crecer más rápidamente, se va a mejor puerto, fue un gran error. Debemos evitar la militancia de fin de semana, aquella que viene a pasar el rato, aquella que no quiere formarse, aquella cuya forma de vida es igual al resto de la juventud aborregada, prototipo del sistema.

No tiene sentido hablar de honradez si luego no pagas tus deudas o eres un ladrón, de nada sirve hablar de estilo si luego te emborrachas o te peleas por fútbol, o agredes a un inmigrante por el mero hecho de serlo. Algunos pensaron que la militancia era beber cerveza con camaradas, insultar o atacar a antifas, todo ello adornado con poses de macarra antisocial o hooligan. Dejando a un lado la formación política y sobre todo los valores y la educación, que es lo que nos diferencia y marca políticamente frente al resto.

¿De qué nos vale montar una manifestación de cien personas, si para ello tenemos que contar con salvajes con pinta de desplazados sociales, capaces de pelearse con el primero que ose mirarlos de reojo?; ¿o presentarnos a unas elecciones y tener que contar con gente que lleva una vida miserable en las antípodas de nuestras ideas?

No podemos conseguir una presencia en la calle a base de gamberros o de gente que desprestigia nuestras ideas y estilo. Lo primero es contar con militantes de cierta calidad para poder cimentar las estructuras de cualquier organización que quiera ser seria y cumplir unos mínimos objetivos, si no se consigue esto, lo mejor es disolverse o plantearse otras metas políticas. Por ello, este será uno de nuestros principales objetivos a corto plazo: la formación y la búsqueda de una militancia

sana, comprometida y que sepa afrontar los retos que se le presenten.

Nuestra ética y estilo no están en venta, no son negociables, no se rebajarán por populismos baratos, ni por un puñado de votos. No creceremos a base de engañarnos a nosotros mismos ni a los demás. Mantener la esencia de la idea es fundamental para hacer germinar la semilla.

No queremos a nuestro lado gente que venga a ensuciar nuestro trabajo con su vida miserable, no queremos drogadictos, ni gente más preocupada por su equipo de fútbol que por los problemas reales de su pueblo. No buscamos el «me gusta» fácil del Facebook, ni los tan de moda «postureos» de la militancia, «mecha» que dura un abrir y cerrar de ojos.

La aventura estudiantil de la extrema derecha, en plena explosión de movimientos y luchas sociales en el contexto del 15M, no tuvo éxito. A pesar de haber conseguido cierta atención mediática y de que los estudiantes de izquierdas dedicaran tiempo y esfuerzo a confrontarles, no lograron establecerse en las universidades donde lo intentaron. La falta de compromiso de sus militantes, las consecuencias legales de algunas de sus algaradas y la resistencia de los grupos de izquierda en los campus frenaron a los ultraderechistas, que también pretendían usar el sistema de organizaciones estudiantiles para recibir subvenciones y tener cierto amparo legal en un espacio donde creían que podrían ampliar sus bases. Las organizaciones estudiantiles actualmente siguen siendo variadas y recogen prácticamente todo el espectro ideológico, también la derecha más conservadora, pero el neofascismo no logró ni de lejos tener la incidencia que habían tenido sus homólogos italianos, que era lo que esperaban.

---

[121] Disponible en https://es.slideshare.net/celmi909/qu-s-el-casal-tramuntana.

[122] Disponible en https://www.lavanguardia.com/local/

barcelona/20150524/544318

39692/casal-tramuntana-neofascismo-anuncia-cierre.html.

[123] Véase https://www.nytimes.com/2006/02/28/world/europe/poor-and-muslim-jewish-soup-kitchen-is-not-for-you.html.

[124] Disponible en https://elpais.com/ccaa/2014/04/10/valencia/1397152390_757076.html.

[125] Véase https://www.elmundo.es/madrid/2014/06/10/53975cb9268e3e8c118b4571.html.

[126] Disponible en https://www.facebook.com/377967068932321/posts/831514173577606/.

[127] Véase https://www.facebook.com/875770942446934/photos/a.876772099

013485/1031878406836186/.

43

Hogar Social Madrid

y la reorganización

antifascista en los barrios

«Hacemos letras para guardar la memoria

y combatir el racismo y la homofobia.

Recordad la historia, nostálgicos del pasado,

a todo Hitler le llega su Stalingrado.

Os queda claro: no pasarán».

LOS CHIKOS DEL MAÍZ, No pasarán, 2019

La nueva estrategia neofascista que había empezado al calor de la crisis económica de 2008 no fracasó con la caída en desgracia de los sucesivos proyectos. Fueron años de muchos debates internos en todos los espectros ideológicos, también en las diferentes ultraderechas. La derecha radical había iniciado su desapego del PP. La ofensiva neocón evidenció la existencia de una extrema derecha española que, al igual que en otros países, reivindicaba su espacio fuera del principal partido conservador. Esto cristalizó en 2013 con la creación del partido Vox, que muy tímidamente empezó a reunir a este sector desafecto con la derecha institucional.

Por su parte, los sectores más radicales, las nuevas generaciones de neofascistas y neonazis que vieron en la crisis una oportunidad para competir con la izquierda por las causas sociales, aprendían de cada uno de estos proyectos fracasados. Aunque Respuesta Estudiantil, Liga Joven, el Casal Tramuntana o Proyecto Impulso se deshicieron —en gran medida por la ofensiva antifascista, que no les dio respiro—, el nuevo estilo y las nuevas estrategias que habían inaugurado permanecen hasta nuestros días.

En verano de 2014, cuando estaba en auge la ocupación de un edificio en Zaragoza por parte de neonazis, se inauguró en Madrid el Hogar Social Ramiro Ledesma, en honor al fundador en 1931 de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS). El nombre de Hogar Social ya lo habían usado anteriormente España 2000 —aunque no ocuparon ningún inmueble, sino que utilizaron su sede— y más recientemente los nazis zaragozanos, que, como los madrileños, estaban vinculados al MSR.

Dos influencias evidentes fueron el neofascismo italiano —especialmente el que se fraguó alrededor de Casa Pound— y posteriormente el francés —con Generación Identitaria a la cabeza—, algo que aún sigue presente. Sin embargo, Casa Pound no fue la primera ocupación que realizaron los grupos neofascistas. El historiador Carles Viñas cuenta en su blog el origen de lo que se conoce como «ocupaciones negras», que empezaron en Alemania en 1990, cuando los neonazis intentaron copiar las fórmulas de los movimientos autónomos de izquierdas.

El 18 de febrero de 1990 diversos militantes de Nationale Alternative (NA) ocuparon dos edificios situados en los números 120 y 122 de la calle Weitlingstrasse del barrio de Lichtenberg, situado al este de la capital, que hacían esquina con la calle Lückstrasse. Era la primera vez que un grupo neonazi ocupaba un edificio de propiedad privada con fines políticos. A partir de entonces, Weitlingstrasse 122 se convirtió en el epicentro del activismo neonazi en Berlín este. Nationale Alternative estableció allí su cuartel general y utilizó el edificio para impartir cursos de formación ideológica a sus militantes.

Tras diversas manifestaciones de colectivos antifascistas que se

oponían a su presencia en Lichtenberg, finalmente el 27 de abril de ese mismo año, tan solo dos meses después de ser ocupado, el edificio fue desalojado por la policía. Durante la intervención las fuerzas del orden requisaron diversas armas, cócteles molotov y abundante material propagandístico. Todos los dirigentes del grupo que se encontraban en el inmueble fueron detenidos y cerca de un centenar de sus militantes evacuados. Las viviendas finalmente quedaron inhabitables tras sufrir un incendio provocado.[128]

Viñas dedicó varias entradas en su blog cuando se dio cuenta de que el modelo de Casa Pound empezaba a aterrizar en España, aunque todavía no habían dado el paso de ocupar un edificio. El historiador catalán explicaba que Casa Pound tampoco había sido la primera ocupación neofascista en Italia. En 1990, los neofascistas italianos ya habían ocupado su primer inmueble en Roma.

En el caso italiano las primeras ocupaciones de edificios para convertirlos en centros sociales de activismo político se dieron en Roma. A finales de 1990 miembros del Fronte della Gioventú (FdG), las juventudes del MSI, ocuparon una antigua escuela situada en la calle Bartolucci del barrio de Monteverde (el distrito donde un joven Gianfranco Fini inició su carrera política). Bartolo, el centro ocupado que tomó su nombre de la vía donde se encontraba, se convirtió en un referente para la juventud romana neofascista. Después de diversas experiencias similares, el año 2002 jóvenes de extrema derecha ocuparon una casa abandonada en Roma, Casa Montag, que fue la primera ONC, Occupazione Non Conforme, la marca que utilizó la derecha radical para referirse a sus centros sociales ocupados, las llamadas «ocupaciones negras».

Años después, el 26 de diciembre de 2003, cerca de cincuenta jóvenes neofascistas ocuparon un edificio enorme cerca de la estación de Termini, en Roma. Este se convirtió en el principal referente del movimiento que ellos mismos llaman el «fascismo del tercer milenio» y Viñas denomina «la vanguardia neofascista». Todavía sigue en

funcionamiento y ha servido de inspiración para el resto de movimientos sociales neofascistas. Así nació Casa Pound.

Autoproclamados neofascistas revolucionarios, los militantes de Casa Pound, que se acabaron integrando al partido Fiamma Tricolore dirigido por Luca Romagnoli, toman como referentes a personajes como el promotor futurista Filipo Tomasso Marinetti, el escritor Gabriele D'Annunzio, el líder fascista Benito Mussolini o el poeta norteamericano Ezra Pound, que simpatizó con el fascismo y da nombre a la pionera ocupación romana. Son, según se autoproclaman, la nueva vanguardia neofascista que mediante un discurso renovador ha conseguido transformar el imaginario ultraderechista y penetrar en el tejido social a través de su programa de actuación asistencial, el denominado Proyecto Mutuo Social, que ofrece un hogar a las familias italianas sin techo, no en vano el logotipo de Casa Pound reproduce la efigie de una tortuga, que simboliza este derecho a la vivienda de un animal que siempre lleva su casa sobre sus espaldas.

Registrada oficialmente como una asociación de promoción social, Casa Pound se articula alrededor de los voluntarios que trabajan en diversas áreas, como la deportiva —con un club de boxeo, equipos propios de fútbol en Lecce, waterpolo en Roma y hockey en Bolzano y la construcción de una escuela de rugby en Collaverde—, la cultural —con el grupo Teatro Non Conforme o la librería La Testa di Ferro— o la solidaria —con campañas de recogida de alimentos para personas con riesgo de exclusión social y proyectos de ayuda humanitaria en países como Birmania, Kenia o Kosovo—. Además de otras iniciativas, como la emisora Radio Bandiera Nera que emite online diariamente o su publicación mensual Occidentale, Casa Pound también ha impulsado el Blocco Studentesco, una especie de sindicato de estudiantes neofascistas encabezado por Francesco Polacchi que financian mediante las ganancias que obtienen del pub Cutty Sark, ha sostenido una escuela de apoyo social e, incluso, ha promovido proyectos de ley por el derecho a la vivienda.

Estos son, junto con la soberanía energética, el ecologismo, la reforma constitucional, el derecho a la educación y el mensaje antiinmigración que prioriza el discurso identitario por delante de la xenofobia (explicitado en su lema «0 por ciento racismo, 100 por ciento

identidad»), los ejes que vertebran el ideario de este llamado «fascismo del tercer milenio» con el que simpatizaba Gianluca Cassieri, el hombre de cincuenta y cuatro años que escribía libros de fantasía y asesinó a dos senegaleses en Florencia. Un hombre de aspecto respetable que frecuentaba los ambientes de la derecha radical y las ocupaciones negras.

Once años después de la ocupación de Casa Pound en Roma, los proyectos de Hogar Social en Zaragoza y Madrid comenzaron a consolidar esta nueva estrategia neofascista en nuestro país. Empezaron entonces un proceso de reconversión inédito dentro del sector, que hasta ese momento había estado atravesado por el folclorismo nazi-fascista, con tímidos intentos modernizadores que nunca llegaron a cuajar.

Hogar Social Madrid trajo a la capital la estrategia de ayuda social excluyente (solo para españoles) que otras organizaciones como Proyecto Impulso, Tramuntana o España 2000 ya habían probado en otras ciudades. Militantes antifascistas madrileños explican que la ocupación los pilló por sorpresa y que los protagonistas de la ocupación eran viejos conocidos, como su lideresa Melisa Ruiz, que es la cara visible del proyecto.

Sin embargo, pocos días después de la ocupación neonazi en el barrio de Tetuán, a pesar de que era agosto, los vecinos del barrio apoyados por grupos antifascistas organizaron la primera protesta contra la llegada de estos nuevos inquilinos.

Más de un millar de personas marcharon por el barrio hasta el cordón policial que protegía el edificio de los neonazis. Muchos vecinos de la zona son de origen migrante y su inquietud era evidente. Muchos de ellos se unieron a la protesta. Una vecina explicaba a Sara Calvo, periodista de El Mundo:

Soy rumana y me da mucho miedo que haya gente así en el barrio. Agradezco enormemente a los vecinos que hagan esto por nosotros. [129]

Los neonazis contemplaban la marcha desde la azotea, portando caretas blancas y provocando a los manifestantes. Días antes, el edificio había aparecido lleno de pintadas antifascistas y con la puerta quemada.

El movimiento antifascista se planteó entonces qué hacer ante esta nueva forma que habían adoptado los neonazis. Ahora se presentaban como un proyecto de ayuda social e instalaban mesas a la puerta de los supermercados para recoger alimentos que repartían rodeados de cámaras. Con este nuevo escenario, resultaba difícil articular la clásica respuesta de confrontación, por un lado, por la victimización que se hacía de los nazis, y por otro, por la criminalización que supondría para el antifascismo que varios encapuchados reventaran un reparto de alimentos a familias necesitadas. Además, los medios de comunicación, aunque no escondían el carácter excluyente de estas acciones ni la vinculación neonazi de sus promotores, prestaron una enorme atención al fenómeno y alimentaron el mito entronando a su lideresa como «el amanecer rubio de la ultraderecha española».[130]

Y es que la entrada en la escena de Hogar Social Madrid (HSM), encima liderado por una mujer joven, dio mucho juego a la prensa. Además, los miembros de HSM no mostraban en sus actos ningún símbolo conocido de extrema derecha. Como ya hicieron Casa Pound y los anteriores proyectos en España, usaron una simbología nueva (una torre y un oso en este caso) y una nueva retórica en sus lemas, que los pintaba como jóvenes idealistas preocupados por los problemas sociales de los españoles: «Culpables de ayudar a nuestra gente», «Mantenerse en pie en un mundo en ruinas» o «Revuelta contra el mundo moderno» (estas dos últimas son referencias al filósofo fascista italiano Julius Evola).

El papel de los medios de comunicación en la promoción y blanqueamiento de HSM fue fundamental para atraer la atención de sus acólitos de otras partes del Estado, que vieron en este proyecto una idea brillante y un modelo a seguir; pero también les sirvió de aval de cara a sus homólogos europeos, especialmente sus mentores de Casa Pound y los neonazis griegos de Amanecer Dorado. De hecho, un año después de la primera ocupación, miembros de estas dos organizaciones participaron en una charla en Madrid para apoyar a

sus camaradas españoles.[131] En una foto publicada por HSM se encuentra Andreas Guiallourides, miembro de Amanecer Dorado, junto a Melisa Ruiz y Javier Villamor. Este último se dio a conocer los últimos años como portavoz de HazteOír y participó en varios debates televisivos y en redes sociales.

HSM cambió la forma en la que los neonazis se presentaban ante la ciudadanía. No solo con sus acciones «sociales», su retórica y su estética, que evitaban cualquier referencia evidente a los viejos símbolos reconocibles del nazismo y el fascismo, sino porque desde el primer momento atendieron a los medios de comunicación y les abrieron las puertas de par en par. Mi colega Rodrigo Terrasa, periodista de la sección «Papel» de El Mundo y autor del reportaje citado anteriormente —el del amanecer rubio de la extrema derecha —, definía así a la portavoz neonazi:

Se llama Melisa, aunque se hizo llamar María o Mónica cuando prefería mantener el anonimato y solo se dejaba retratar de cuello para abajo. Ahora tiene veintisiete años, el pelo rubio oxigenado, los ojos y las uñas pintadas y el brazo tatuado hasta las pulseras. Se hace selfies con su perra en Instagram y pone frases como esta en su cuenta de Twitter: «Soñando el sueño imposible». Tiene pinta de tronista o de choni en Gandía Shore, pero no lo es. Melisa D. Ruiz es estudiante de Filosofía y de Antropología Social y Cultural, es también la portavoz oficial de Hogar Social Madrid, la khaleesi del nuevo fascismo patrio, el rostro amable de la ultraderecha española, una etiqueta de la que reniega pero solo un poco: «Tampoco vamos a ser pijos con los términos». Que al fin y al cabo su perra, la de los selfies, se llama Odal, runa utilizada por la simbología nazi desde los tiempos de las SS, y cuentan que ella esconde en su tobillo una esvástica tatuada.

Le pregunté a Rodrigo Terrasa sobre el artículo en cuestión y me confesó que hubo un debate en la redacción sobre si hacerlo y cómo hacerlo. Sabían quiénes eran y que buscaban que se hablase de ellos, aunque fuese mal, pero a nivel informativo es obvio que había interés en meterse hasta la cocina de aquella nueva sede neonazi. En septiembre de 2021, Terrasa me lo contó así:

No recuerdo mucho qué se había publicado esos días, pero sí que ya había salido algún reportaje sobre su perfil de Instagram que aprovechaba que empezaba a haber colas para recoger comida en el Hogar Social «solo para españoles» y eso había generado bastante ruido. En «Papel» ya habíamos hablado de hacer algo sobre el personaje de Melisa por lo que suponía de novedad en cuanto a la imagen que todos teníamos de los nazis, pero no teníamos muy claro si era suficientemente conocida como para darle tanta relevancia en la revista ni si sería contraproducente darle publicidad. El tema de Melisa era recurrente y salía en cada reunión, pero siempre se aparcaba. Parte del equipo de la revista era partidario de hacerlo y otros estaban totalmente en contra. Yo decidí apretar para que lo hiciéramos después de ver a Hogar Social recogiendo comida en un supermercado de mi barrio, en Madrid. Me di cuenta de que había un montón de gente que entregaba comida sin saber quién era esta gente (yo estuve a punto) y pensé que era necesario hacerlo. Había que retratar bien quién estaba detrás de todo esto. El compromiso fue hacerlo solo si podíamos entrar y hablar con ella directamente y solo si conseguíamos retratar de verdad lo que eran. Por eso tenía clarísimo que el arranque sería este: «¿Es usted nazi?». Sabía que contestaría que no, pero que acabaría retratada ella sola. Creo que la entrevista está llena de momentos que dejan bien claras sus mentiras y contradicciones.

Sin embargo, mucha gente sintió miedo al ver a HSM constantemente en los medios y eso motivó una crítica generalizada en la que se les acusó de blanquear a los neonazis. Terrasa reconoce:

Luego, las reacciones fueron muy extrañas. Por supuesto que hubo quien nos acusó de blanquearles y los del Hogar Social se mostraron oficialmente ofendidos, aunque supongo que en el fondo ellos también obtuvieron lo que querían.

HSM no inauguró la nueva hornada de movimientos sociales

neofascistas. Además de los ya mencionados Proyecto Impulso y Casal Tramuntana, se habían creado con anterioridad organizaciones similares en Jaén (Iberia Cruor) y Salamanca (Centro Social y Nacional). Con el impulso de HSM, empezaron a surgir iniciativas semejantes por todo el Estado que no necesitaron ocupar edificios para seguir la misma estrategia: El Galeón en Elda (Alicante), Acción Social (Cádiz y Asturias), Málaga 1487 o Almería Inconforme, entre otros.

La actividad de HSM fue incesante: paseos por la montaña y limpieza de espacios naturales, recogida y reparto de alimentos y juguetes a personas blancas y españolas… Un paseo por la galería de imágenes de sus redes sociales da cuenta de la nueva imagen que pretendían dar los neonazis, que habían pasado de fotografiarse vestidos de skinheads en actitud macarra a disfrazarse de reyes magos y posar con niños a los que entregaban juguetes, con ancianos a los que regalaban una flor por la calle o con personas en situación precaria a las que entregaban comida una vez a la semana.

Combinaban estas acciones sociales excluyentes con campañas de agitación en las calles contra la inmigración, el feminismo, las personas refugiadas, los MENA, el independentismo o el islam. Su hábil uso de las redes sociales, las acciones sorpresa y la constante atención mediática pusieron a HSM en el centro de todo el movimiento neofascista español. Además, cada vez que eran desalojados, ocupaban otro edificio a los pocos días, de modo que en 2021 han pasado por más de una decena de inmuebles, en un momento en el que el tradicional movimiento okupa de la izquierda radical está en horas bajas y solo conserva unos pocos centros sociales en la capital y alguno más en otras ciudades del Estado.

Ante este nuevo escenario, el antifascismo intentó dar respuesta en cada ciudad atendiendo a las particularidades de cada territorio, sus movimientos sociales y la misma acción de los fascistas. En València, a finales de 2014 —justo cuando el foco se ponía en Madrid con la llegada de HSM—, diversos movimientos sociales impulsaron la plataforma unitaria València Entre Totes. Unos meses antes los neonazis del Frente Antisistema (FAS) detenidos en la Operación Panzer habían sido absueltos y la plataforma Acció Popular Contra la Impunitat, que había impulsado la acusación popular, decidió seguir denunciando la actividad de los grupos de extrema derecha y colaborar con los nuevos proyectos que irían surgiendo para afrontar

la reciente ofensiva neofascista.

Mientras, el partido neofascista MSR había abierto una nueva sede en el barrio obrero de La Torre y España 2000 no cesaba en su activismo, provocando y buscando la respuesta antifascista para lograr atención mediática. Era el momento de replantear nuevas estrategias, de rehacer el movimiento antifascista, que aquellos años se había centrado en otras luchas sociales al calor del 15M, confiando en que el frente judicial contra los nazis de Panzer apaciguaría los ánimos de los ultraderechistas.

La explosión del 15M y las luchas que se derivaron aquellos años dotó a los movimientos sociales de nuevos militantes y simpatizantes. Una nueva generación de jóvenes había crecido en plena crisis y en medio de numerosas protestas, y el movimiento antifascista había pasado a un segundo plano. Con València Entre Totes se intentó revitalizar el movimiento antifascista y hacerlo todavía más plural y presente en los diferentes barrios de la ciudad.

En su comunicado de presentación, manifestó

[su] disposición a trabajar conjuntamente en todos los ámbitos y con toda la ciudadanía para neutralizar las actividades racistas y violentas de estos grupos, así como para alertar al vecindario del peligro que suponen estas organizaciones y sus discursos.

Fue una plataforma amplia en la que participaron militantes antifascistas, asociaciones de vecinos, colectivos de personas migrantes y diversas ONG. Comenzó a tejer una nueva estrategia basada en tácticas que evitaban la confrontación directa para no desviar el foco mediático cada vez que la ultraderecha convocaba un acto. El comunicado concluía:

Empezamos una nueva etapa de lucha para hacer entre todos una València donde quepa todo el mundo, donde el fascismo, el racismo, la homofobia y el odio al diferente no sean un hecho cotidiano.

Invitamos a todos los movimientos sociales y personas preocupadas por esta situación a sumarse a las campañas que en breve empezaremos.

Una de las primeras acciones de València Entre Totes fue evitar que la ultraderecha capitalizase la indignación por el reciente atentado en París contra la revista Charlie Hebdo a principios de 2015. La comunidad musulmana de València salió a la calle para protestar por el ataque, pero la ultraderecha señaló a todo este colectivo y convocó una protesta a las puertas de la principal mezquita de la ciudad. Tras una intensa campaña de diversos colectivos que buscaba evitar la provocación ultraderechista, la Delegación de Gobierno no solo no prohibió la concentración, sino que la trasladó a la plaza del Ayuntamiento. Finalmente, solo acudieron una treintena de personas portando carteles islamófobos y antisemitas. Días después, los colectivos antirracistas, liderados por personas migrantes y racializadas, musulmanes, judíos y antifascistas, congregaron a centenares de personas en el mismo sitio en el que se habían manifestado los ultraderechistas, mostrando de nuevo su condena a los atentados y a los discursos de odio de la extrema derecha.

El creciente número de atentados de corte islamista de aquellos años fue instrumentalizado por la extrema derecha para señalar no solo a la comunidad musulmana, sino también a las personas migrantes y refugiadas que buscaban cobijo en Europa ante el recrudecimiento de la guerra en Siria. En Madrid, HSM realizó numerosas campañas en este sentido, incluso contra la cadena Starbucks, que había anunciado la contratación de personas refugiadas en sus establecimientos. También atacaron la principal mezquita de Madrid.

Tras los atentados en verano de 2017 en las Ramblas de Barcelona y con la ultraderecha europea en plena campaña contra las personas refugiadas y musulmanas, el partido neonazi Democracia Nacional convocó una protesta «contra la islamización de España». Esta fue contestada con una concentración antifascista muy superior en número que acorraló a los ultraderechistas, quienes tuvieron que huir protegidos por los Mossos d'Esquadra.

Las manifestaciones en solidaridad con las víctimas de los atentados

fueron masivas, pero la ultraderecha no pudo sacar rédito político, como había sucedido en otros países ante hechos similares. A pesar de que los grupos ultraderechistas señalaron a la población musulmana y a los migrantes como sospechosos o potencialmente peligrosos, estas personas se pusieron al frente de las protestas contra el terrorismo. La sociedad catalana en su conjunto, así como el resto del Estado, dio toda una lección a los ultraderechistas.

En mayo de 2016 —cuando se cumplían ochenta años desde que la aviación de la Italia fascista de Benito Mussolini bombardeara la costa mediterránea en la guerra civil—, la organización neofascista Asociación Cultural In Memoriam Juan Ignacio —creada por exmiembros del Frente de la Juventud en honor a su líder asesinado en 1980— anunció la celebración en València de las jornadas Primavera Española. La estrella invitada era Edda Negri Mussolini, nieta del dictador fascista italiano. También contaban con la participación del librero nazi Pedro Varela y el líder fascista italiano Roberto Fiore, de Forza Nuova.

No se anunciaba el lugar del acto por temor a represalias de los grupos antifascistas —la extrema derecha habitualmente facilita esa información poco antes del encuentro y solo a sus simpatizantes—. Sin embargo, los antifascistas lograron averiguar el hotel en el que iban a tener lugar las jornadas e hicieron acto de presencia en una plaza cercana. La policía los identificó y los alejó del lugar. Al mismo tiempo, representantes de la comunidad italiana residente en València, Grupo por la Recuperación de la Memoria Histórica, Compromís, Podemos, PSPV-PSOE, Comisiones Obreras, UGT, Intersindical Valenciana y la Federación Valenciana de Municipios y Provincias homenajearon en el cementerio de València a las víctimas de los bombardeos de la aviación de Mussolini. El acto consistió en la colocación de una placa en castellano y otra en valenciano con la leyenda:

A las víctimas de los bombardeos italianos y alemanes 1937-1939 presentes en este cementerio.

Los antifascistas contraprogramaron a los ultraderechistas con una serie de actos bajo el nombre de Primavera Antifeixista, que terminaron con una gran manifestación por el centro de la ciudad que reunió a miles de personas.

El día que se celebró la conferencia neofascista —blindada por un amplio dispositivo policial—, varios puentes de la ciudad amanecieron con pancartas contra el fascismo y muñecos colgados que simulaban el final del dictador italiano Benito Mussolini, que el 28 de abril de 1945 fue ajusticiado por los partisanos y colgado boca abajo en la plaza Loreto de Milán junto a sus colaboradores.

El acto fascista congregó a poco más de cincuenta personas en un hotel de la avenida del Puerto de València y finalmente no contó con la presencia de Pedro Varela ni de Roberto Fiore. La contraprogramación antifascista deslució la velada, que no terminó esa mañana. Mientras la manifestación antifascista recorría el centro de València, los ultraderechistas se desplazaron a un camping a las afueras de la ciudad. El periodista Joan Cantarero relató en un artículo de Público lo que se vivió aquel día en València.

Las movilizaciones de la sociedad civil democrática valenciana han arruinado el homenaje al dictador italiano en la ciudad que ordenó bombardear hace ochenta años. Entidades diversas han respondido a la presencia de la nieta del duce y su acto de exaltación con pancartas antifascistas por toda la ciudad y el recuerdo a las víctimas y desaparecidos. […] Fracasó también el concierto de música fascista programado para la tarde-noche, a cargo de los grupos italianos Skoll y Hobbit. Para ello habían contratado un espacio cerrado de las instalaciones del camping Les Palmeres, en el término municipal de Sueca. Antes de dar comienzo el espectáculo se presentaron varias dotaciones de la policía local y de la Guardia Civil, alertadas por su Ayuntamiento, que desconocía lo que se había preparado en el lugar y si disponían de los permisos oportunos.[132]

La jornada no pudo ir peor para los fascistas: tras ser eclipsados por las movilizaciones antifascistas y permanecer escondidos y protegidos

por la policía, el Ayuntamiento de Sueca sancionó al organizador del concierto nazi con treinta mil euros. Tras un tiempo recogiendo fondos para pagar la multa, los ultraderechistas consiguieron que el Ayuntamiento les retirase la sanción.

En Madrid hacía tiempo que había bajado la intensidad de las actividades de la Coordinadora Antifascista, después de la campaña tras el asesinato de Carlos Palomino y el posterior juicio. Una nueva generación de jóvenes activistas empezó a trabajar en sus barrios influidos tanto por el trabajo antifascista que se había desarrollado los últimos años como por las numerosas reivindicaciones sociales surgidas al calor del 15M.

Tetuán es un barrio obrero con un alto índice de población de origen migrante. La llegada de HSM en pleno agosto de 2014 pilló a muchos militantes de vacaciones.

Nos pilló por sorpresa —confiesa Juan de Zapata, vecino del barrio y militante antifascista—. Pero no surgen de la nada, ya estábamos al tanto de que habían llegado a Zaragoza. Los que militábamos en organizaciones políticas o colaborábamos con la Coordinadora Antifascista empezamos a movernos y a contactar con todas las organizaciones del barrio, desde asociaciones de vecinos, asociaciones de personas migrantes, etcétera. No queríamos permitir que se normalizara su presencia, así que empezamos a repartir propaganda inmediatamente para que la gente del barrio supiera quiénes eran.

Juan recuerda que el barrio se movilizó inmediatamente y entendió que, aunque no luciesen simbología nazi o fascista, sus repartos de comida excluyente (solo para españoles) los retrataba, porque en el barrio existían bancos de alimentos desde el 15M que no discriminaban a nadie. «Vinieron a prestar un servicio que ya llevaba años en marcha», que era lo mismo que había hecho poco antes España 2000 en el barrio valenciano de Orriols, donde el Centro Cultural Islámico y otras organizaciones llevaban tiempo repartiendo alimentos y bienes básicos.

En Madrid y sus alrededores, se incrementaron aquellos años las

agresiones de grupos neonazis, que intentaban recuperar las calles de nuevo. Tras el asesinato de Carlos Palomino, se habían mantenido unos años muy discretos y la ofensiva antifascista había logrado invisibilizarlos en gran medida.

En marzo de 2016, una brutal agresión en San Sebastián de los Reyes estuvo a punto de acabar con la vida de dos jóvenes antifascistas, que fueron atacados por un grupo neonazi armado con cuchillos. La acusación de la fiscalía relataba que la madrugada del 5 de marzo de 2016 el neonazi L. A. G., alias «Fofi», se encontraba con unos amigos en un bar de San Sebastián de los Reyes cuando las dos víctimas pasaban por la calle.

En ese momento, dos amigos del acusado que estaban en la puerta del establecimiento empezaron a insultar a los viandantes con expresiones como «guarros», «rojos» o «hijos de puta» al identificarles «por su estética exterior» como personas de «extrema izquierda».

Los insultos, según el relato del fiscal, provocaron un enfrentamiento entre las cuatro personas e hicieron que Fofi saliera del local junto a sus amigos.

Los dos jóvenes insultados salieron corriendo, lo que dio comienzo a una persecución de un grupo más amplio de agresores, entre los que estaba el acusado, mientras proferían gritos tales como «rojos de mierda», «venimos de Madrid a mataros» o «Hitler fans».

Tras darles alcance comenzaron a agredirlos con instrumentos «peligrosos» que portaban como cuchillos, un destornillador y un cúter.

En el caso de una de las víctimas, el ministerio público reseñó que Fofi, «con evidente ánimo de acabar con su vida» y poniéndose de rodillas encima, intentó clavarle en el pecho un cuchillo mientras otras personas del grupo agresor le propinaban puñetazos y patadas en la cabeza.

Al ver la situación de peligro en la que se encontraba su amigo, la otra víctima dio una patada al acusado, «momento en que este se le encaró y, con idéntico propósito de acabar con su vida, le lanzó una

cuchillada al cuello que le alcanzó en la cara, causándole un corte desde la comisura del labio hasta la región entre la boca y la oreja». [133]

La imagen de la víctima con la cara rajada y la chaqueta perforada por los navajazos que le asestó el neonazi se difundieron por las redes sociales y causaron una gran indignación. El colectivo Juventud Antirracista y Antifascista de San Sebastián de los Reyes denunció:

En el último año se ha producido un aumento de las agresiones y actividad nazi, ante la pasividad de la policía a pesar de las numerosas agresiones que han protagonizado y las denuncias existentes […]. Este año se han dado desde agresiones a menores de edad, palizas a jóvenes, amenazas a través de llamadas y pintadas en portales de activistas, hasta el asalto de una asamblea antitaurina que se estaba realizando en una plaza […]. Mientras las autoridades permanecen pasivas ante estas agresiones neonazis, a los jóvenes antifascistas de las asambleas de estos barrios se les persigue y acosa continuamente con controles, seguimientos y detenciones provocadas por denuncias falsas de estos sujetos.[134]

Una vez más, algunos medios de comunicación se apresuraron a enmarcar el intento de asesinato de los dos jóvenes antifascistas en una «pelea entre bandas». Así, el diario El País tituló la noticia «A golpes y navajazos por el territorio» e incluyó en ella una pelea entre dos neonazis de Skins Retiro y un grupo de antifascistas que tuvo lugar al día siguiente en Alcobendas.[135] El neonazi que protagonizó la agresión fue puesto en libertad inmediatamente. Por su parte, los colectivos de la zona reunieron en una protesta a cientos de vecinos, que desfilaron por el pueblo y pasaron frente a la zona donde se había cometido la agresión. A lo largo de la marcha, fueron increpados por un grupo de neonazis, que se jactaban de lo sucedido.

Un año y medio antes, Madrid vivió otro asesinato neonazi, esta vez relacionado con el fútbol. Fue durante el ataque de varios miembros del Frente Atlético a los aficionados del Deportivo de la Coruña de la

peña antifascista Riazor Blues. El caso sigue hoy en día sin esclarecerse, tras años de periplo judicial.

Con esta nueva ofensiva violenta de los grupos neonazis en Madrid, a la que se sumaba la llegada de HSM, la preocupación era evidente. No solo entre los grupos antifascistas, acostumbrados a lidiar con las bandas neonazis más violentas, sino que el miedo se extendió a otros colectivos, como la comunidad LGTBI, las personas migrantes, no blancas o de religión musulmana, constantemente señaladas por estos grupos. En esta ocasión no hizo falta que los antifascistas de siempre convencieran a nadie. Madrid Para Todas surgió tras varias reuniones entre diferentes movimientos sociales que veían necesario dar una respuesta ante el auge de las agresiones y la presencia neonazi en las calles.

El proyecto Madrid Para Todas trató de crear un espacio unitario donde confluyeran movimientos sociales de todo tipo «para combatir el fascismo, racismo, machismo y todas las formas de discriminación», según un comunicado publicado en las redes el 10 de abril de 2016. El texto alertaba sobre la estrategia de

dividir a la clase trabajadora a costa de un discurso xenófobo focalizando las causas de la crisis económica en las personas migrantes y refugiadas en vez de en las grandes empresas que han aumentado sus millonarios beneficios año tras año y que, junto a las políticas liberales, nos han llevado a la más absoluta precariedad junto a una pérdida de derechos y libertades.

Se explicaba que el discurso del miedo, difundido por la ultraderecha y los medios de comunicación, servía a las instituciones para implementar políticas restrictivas en materia de derechos y libertades, y se alertaba del incremento de las agresiones de grupos neonazis. El comunicado estaba firmado por decenas de colectivos sociales y políticos, que el 21 de mayo de 2016 convocaron una manifestación que señalaba directamente a HSM con carteles con su logo tachado y la leyenda «Di no al racismo».

HSM había convocado ese mismo día —con el lema «Defiende España.

Defiende a tu gente»— una protesta coordinada con neofascistas de Roma, Atenas y Budapest. HSM se había instalado recientemente en el antiguo edificio del NO-DO, que contaba con quinientos cincuenta metros cuadrados en pleno centro de la ciudad. Era el cuarto inmueble que ocupaban, tras haber sido desalojados de los anteriores desde 2014. HSM ya llevaba tiempo protagonizando numerosas acciones que captaban la atención de los medios de comunicación, que habían brindado a su portavoz la oportunidad de salir en diversos programas de televisión y le habían dedicado numerosos reportajes.

La manifestación neonazi del 21 de mayo de 2016 fue autorizada por la Delegación del Gobierno, a pesar de las protestas de varios colectivos, del mismo Ayuntamiento de Madrid (dirigido entonces por Manuela Carmena) y de los vecinos de Malasaña —el barrio donde estaba prevista la marcha—. El Ayuntamiento pidió a Delegación del Gobierno que impidiera de oficio la celebración de la manifestación «por ser un claro ejemplo de incitación al odio»[136] o que la disolviera tan pronto se produjeran delitos de odio, pero la policía consideró posteriormente que eso no había sucedido. Sin embargo, la misma policía informó de la detención días después de tres neonazis relacionados con una agresión al finalizar la manifestación. En la protesta se reunieron cerca de un millar de neonazis,[137] una de las más numerosas de estos grupos en los últimos años.

Al mismo tiempo, la plataforma Madrid Para Todas marchó también por la ciudad para protestar por la convocatoria de los neonazis y logró reunir a cerca de cinco mil personas. Se visibilizó así una campaña unitaria de diversos colectivos que se unían más allá de las tradicionales fechas simbólicas y de otras plataformas más veteranas, como la Coordinadora Antifascista, que también participó en esta convocatoria y llevaba años liderando y manteniendo activo el movimiento.

La actividad de esta plataforma se mantuvo hasta abril de 2017 y participó en movilizaciones y campañas de varios colectivos, como los tradicionales actos antifascistas de noviembre en Madrid, que incluyeron una manifestación contra las calles con nombres franquistas y los monumentos fascistas de la ciudad. También participó en diferentes eventos en barrios de la ciudad, todos atravesados por el antifascismo, el antirracismo, el feminismo y la lucha contra la homofobia. Juan de Zapata explica:

Estos espacios unitarios es difícil que crezcan, porque están formados por multitud de organizaciones que tienen sus propias dinámicas y su trabajo al margen. Así que lo normal es que sean útiles en un momento determinado y después cada colectivo regrese a su trabajo diario y particular, siempre manteniendo el compromiso antifascista. Al menos, Madrid Para Todas fue una experiencia que nos hizo ver que esta unidad más amplia de lo habitual era posible.

Se trataba de salir del gueto, de las habituales plataformas de la izquierda radical, para conseguir que el antifascismo fuese cada vez menos marginal. Era algo de lo que cada vez se tenía más conciencia en distintos ámbitos, porque ya estaba sucediendo en otras ciudades del Estado y en otros países desde hacía años.

Juan recuerda de esa época:

El momento en el que HSM llega a Tetuán coincide con que empiezan a surgir numerosos colectivos juveniles en los barrios. Veníamos del 15M y el movimiento había evolucionado.

Uno de los colectivos de barrio que surgió aquellos años fue Distrito 14, creado en noviembre de 2012 en el barrio madrileño de Moratalaz. Jorge, uno de sus impulsores, cuenta cómo empezó el proyecto, que hoy en día sigue activo.

Aquel año hubo dos huelgas generales. En la segunda, en noviembre, muchos jóvenes del barrio nos unimos a los piquetes y participamos en las protestas. Fue entonces cuando decidimos formalizar el colectivo. Esta idea de descentralizar las luchas, de quedarse en el barrio, se repitió en Carabanchel, Tetuán, Prosperidad y otros barrios de Madrid.

La preocupación por la llegada de HSM dio bastante impulso a la reorganización antifascista en los barrios. Algunos conocíamos ya a Liga Joven y al MSR de otras movidas, y muchos de estos estuvieron inicialmente en HSM. Aunque se colaboró con la Coordinadora Antifascista aportando gente nueva, el trabajo aquellos años fue más allá y se crearon plataformas más abiertas y plurales, como Madrid Para Todas.

El auge de los colectivos de barrio que realizan labores sociales y que mantienen su carácter antifascista llegó junto a una campaña de criminalización y de asedio policial y judicial contra varios activistas. Cuando cambió el modelo organizativo del antifascismo y se centró en el trabajo de barrio, varios medios de comunicación empezaron a asociar estos colectivos con «la ultraizquierda» y la violencia. En esta campaña de criminalización, uno de los principales colectivos señalados fue Distrito 14 de Moratalaz. En marzo de 2015 la policía montó un dispositivo especial para detener a diecisiete miembros de Distrito 14 y dos de Frente 202 de San Blas, acusados de delitos contra las altas instituciones del Estado y resistencia y desobediencia. La causa de estas detenciones fue una protesta en el pleno municipal de Moratalaz contra los desahucios en la que se desplegó una pancarta y se gritaron consignas por el derecho a la vivienda. Durante los años siguientes, militantes de estos y otros colectivos de barrio fueron detenidos cuando intentaban parar desahucios, lo que los enfrentó a procedimientos judiciales y sanciones que castigaban su activismo.

A pesar de que HSM todavía sigue activo y ya ha pasado por más de una decena de edificios, diversos conflictos internos, rivalidades dentro del sector y otros factores externos, como la irrupción de Vox en 2018, fueron condenando a este proyecto a la marginalidad. Lo que es innegable es que tanto HSM como el resto de las organizaciones similares que iniciaron el camino de la reconversión neofascista han visto cómo poco a poco sus discursos se han ido normalizando y la cada vez mayor popularidad de Vox y la ofensiva de su batalla cultural han puesto sus marcos en el debate público de una manera que ni siquiera habían soñado.

[128] Disponible en https://carlesvinyas.wordpress.com/2011/04/12/okupasneonazis/.

[129] Disponible en https://www.elmundo.es/madrid/2014/08/31/540231de268e3efd508b457e.html?cid=MNOT23801&s_kw=ese_edificio_lo_vamos_a_quemar.

[130] Véase https://www.elmundo.es/papel/historias/2016/10/24/5808c1ccca4741d30e8b4674.html.

[131] Véase https://www.abc.es/madrid/20150930/abci-neonazis-hogar-social-trabajan-201509292029.html.

[132] Disponible en https://www.publico.es/actualidad/presion-antifascista-valencia-arruina-homenaje.html.

[133] Disponible en https://www.cope.es/actualidad/espana/noticias/fiscal-pide-anosneonazi-por-intentar-matar-jovenes-por-ideologia-20211015_1559271.

[134] Véase https://www.cronicamadrid.com/noticia/1268776/san-sebastian-de-los-reyes/antifascistas-de-sanse-denuncia-un-aumento-de-agresiones-nazis.html.

[135] Véase https://elpais.com/ccaa/2016/03/11/madrid/1457723194_912001.html.

[136] Véase https://elpais.com/ccaa/2016/05/19/madrid/1463671795_708435.html.

[137] Véase https://elpais.com/ccaa/2016/05/21/madrid/1463852067_411366.html.

44

La legislación de los delitos de odio y la batalla legal

Uno de los principales escenarios donde se han librado importantes batallas contra la extrema derecha ha sido en los juzgados. Sin embargo, la batalla legal y judicial contra la extrema derecha no ha estado exenta de polémica. La falta de confianza en la justicia de gran parte de las personas vinculadas a movimientos sociales no implica que no se haya utilizado en numerosas ocasiones esta vía. Muchas veces es inevitable y requiere conocimiento y trazar una estrategia para rentabilizarla políticamente. La denuncia de los crímenes de la ultraderecha, la defensa de sus víctimas y de quienes se enfrentan a los fascistas ha estado siempre embarrada por la contradicción de quienes no otorgan legitimidad a las instituciones, pero no pueden huir de ellas. El debate sobre si hay que denunciar o no las agresiones neonazis ha sido habitual. Muchas personas que se han enfrentado físicamente a estos grupos han preferido evitar un proceso legal, a pesar de haber sido víctimas y que podían haber sentado ante un juez a violentos neonazis. No presentar denuncia muchas veces ha tenido efectos contraproducentes y las víctimas de un encontronazo que no habían provocado incluso han sido condenadas, porque el agresor sí que las ha denunciado. Otros, sin embargo, han conseguido desactivar a importantes líderes y grupúsculos neonazis a base de denuncias que han acabado en condenas. Así han conseguido proteger no solo a su entorno, sino también a otras potenciales víctimas de estos grupos. De todas formas, el debate aún continúa en el seno de una parte del antifascismo, sobre todo del más combativo.

No se puede obviar la carga personal que supone enfrentarse a un proceso judicial. Aquí, cada persona tiene sus propios argumentos y circunstancias para enfrentar o evitar un proceso de estas

características y muchas veces el entorno es un factor importante para tomar una decisión u otra. La resolución del proceso también plantea muchas veces contradicciones entre quien lo enfrenta y su entorno, ya que no es lo mismo el coste personal, emocional, familiar, económico y social que asume el individuo que el rédito o relato político que se puede derivar de él. En cualquier caso, los abogados y los protagonistas de las causas destacan siempre que los cuidados y la empatía son imprescindibles. Es necesario entender las circunstancias de cada persona para que lo político no arrolle sin misericordia a quien se enfrenta a un proceso de estas características.

Otro de los debates en términos jurídicos y políticos ha sido el de la legislación de delitos con motivación ideológica. El caso del asesinato de Carlos Palomino puso sobre la mesa este tema dentro de un sector del antifascismo. El miedo a que estas leyes sirvan para perseguir a la militancia antifascista —algo que ha sucedido siempre con cualquier tipo de ley— abrió un debate que aún persiste en el seno de los movimientos sociales, y más con la legislación de delitos de odio. En el juicio por el asesinato de Carlos —que tuvo lugar en 2009— fue la primera vez que se consiguió una condena en la que se reconocía el agravante de discriminación ideológica. El abogado de la familia de Carlos, Erlantz Ibarrondo, valora así este hecho:

La clave del juicio, para la familia de Carlos y para nosotros, era acreditar que esto no era una pelea entre bandas, que no tenía nada que ver con tribus urbanas, como algunos decían. Esto era un asesinato fascista. Se había asesinado a un menor antifascista por ir a una concentración contra el racismo. Un neonazi había matado a un antifascista.

La clave era que esto constase en la sentencia y quedase acreditado que el motivo era ideológico.

Esto sirvió para neutralizar, al menos en parte, el relato de muchos medios de comunicación, que insistían en enmarcar el crimen en una mera pelea entre bandas, como venían haciendo desde los años

noventa con cualquier incidente protagonizado por ultraderechistas. Sin embargo, la batalla por el relato es constante y siempre genera un debate dentro del propio movimiento respecto a la estrategia a seguir en cada caso.

En el año 2015, con la reforma del Código Penal, se introduce el delito de odio. Hasta entonces, la motivación de los delitos estaba recogida en el artículo 22.4 bajo la figura de agravante. A partir de la reforma, el delito de odio pasa a ser una figura propia y se establecen penas de hasta cuatro años de prisión. Sin embargo, tan pronto como llegó la nueva legislación se empezó a utilizar también contra antifascistas, feministas y otros movimientos sociales que precisamente se enfrentan a quienes se dedican a difundir el odio.

Varias ONG valencianas llevan varios años atendiendo a víctimas de delitos de odio y discriminación en situación de vulnerabilidad. Se coordinan habitualmente para hacer llegar este tipo de casos a las administraciones públicas y evidenciar los problemas de racismo que no suelen salir a la luz pública. Los casos más graves, donde se dan situaciones de violencia física o amenazas, son trasladados a la Fiscalía de Delitos de Odio de València, que realiza una gran labor con los pocos medios de los que dispone. Las víctimas —la gran mayoría sin un fuerte entorno social detrás y la única ayuda que le ofrecen las ONG y la propia fiscalía— valoran que la legislación contemple estas figuras legales. Y es que los delitos de odio no pueden ser juzgados única y exclusivamente desde la militancia antifascista, sino que es imprescindible, por lo menos, escuchar a las principales víctimas de esos delitos y valorar que puedan recurrir a esta legislación. Aquí surge el debate dentro del antifascismo sobre si la estrategia debe ser contra la legislación de delitos de odio o contra su mala aplicación.

Las primeras fiscalías especializadas en delitos de odio empezaron a trabajar con escasa formación y menos recursos. Se pusieron en marcha después de que el Consejo de Europa y la OSCE insistieran en la necesidad de implementar estos mecanismos en todos los Estados ante las demandas de los colectivos que venían siendo víctimas de ataques racistas, homófobos y en general motivados por el odio. En Barcelona, en 2007 empezó la primera, a cargo del fiscal Miguel Ángel Aguilar, centrada en un primer momento en casos de homofobia; en

2009 pasó a ser el Servicio de Delitos de Odio y Discriminación con la aprobación de la Instrucción 1/2009 por parte del fiscal jefe provincial. Ese mismo año se crearon también en Madrid y en Málaga, y posteriormente se incorporaron en el resto de provincias.

Sin embargo, a pesar de celebrar la implantación de este servicio para dar respuesta a los actos de odio y discriminación, pronto se utilizaron también contra activistas que combatían precisamente a los grupos de odio, entendiendo que la «discriminación ideológica» que apunta la ley alcanza también a los nazis que son «discriminados» por su manera de pensar. Esta figura penal se pensó inicialmente para proteger a determinados colectivos que sufrían una discriminación estructural y eran blanco de los grupos de odio. Sin embargo, se estaba utilizando contra quienes precisamente combatían a los que cometían esos crímenes. El debate estaba servido. Tan peligrosa interpretación no fue iniciativa de un fiscal concreto, pero muchos de ellos, incluido Aguilar, empezaron a interpretarlo de esta manera. Esta interpretación se institucionalizó nada más y nada menos que a través de la misma fiscal general del Estado, María José Segarra Crespo, con la publicación de la circular 7/2019. El texto, con pautas e instrucciones para que los fiscales de todo el Estado interpreten así el delito de odio regulado en el 510 del Código Penal, rezaba literalmente:

Una agresión a una persona de ideología nazi, o la incitación al odio hacia tal colectivo, puede ser incluida en este tipo de delitos.

El periodista Alejandro Torrús escribió un artículo sobre este tema en Público en mayo de 2019. En él, la abogada penalista Laia Serra, experta en esta materia, afirmaba:

Trata igual a sujetos que se encuentran en desigualdad estructural y no eso no puede ser así. Desvirtúa completamente el origen y la función que cumplen los delitos de odio. […] Los delitos de odio protegen una cosa, a los colectivos discriminados, o protegen a otra, a todos los colectivos. No pueden proteger a las dos partes. Hay otras herramientas jurídicas para defender a los que no están incluidos en la

categoría de delitos de odio. Pero la lógica que sigue la fiscalía banaliza y desvirtúa el delito de odio. Es un recorrido muy peligroso.

El artículo de Torrús también recogía las opiniones de otros juristas, como Isabel Elbal —del despacho Boye & Elbal—, quien apuntaba:

La interpretación que la fiscalía hace de los delitos de odio está absolutamente apartada de los parámetros internacionales que dice recoger. El delito de odio nació para proteger a los colectivos vulnerables y debe combatir con energía cualquier tipo de discurso que ahonde en su discriminación o criminalización. En su lugar, esta circular se muestra equidistante y, lo que es peor, llega a amparar al colectivo nazi.

Eric, Lucía, Jaime, Karim y Fèlix no esconden su militancia política. Los cinco se declaran antifascistas y explican ante la cámara los motivos por los que empezaron a militar en el movimiento. El 28 de enero de 2014 fueron detenidos por los Mossos d'Esquadra, acusados de haber agredido a un grupo de neonazis el Doce de Octubre del año anterior en el barrio barcelonés de Sants, cerca de donde poco antes habían celebrado un acto. Durante la operación policial, los Mossos registraron el centro social Can Vies, uno de los espacios emblemáticos del movimiento okupa en Barcelona, desde donde suponían que habían partido los antifascistas el día de los hechos. El fiscal pide diecisiete años de prisión para cada uno, con el agravante de discriminación ideológica.

El colectivo audiovisual Metromunster publicó en 2017 el documental 12 d'Octubre: Cultura de l'odi i legítima defensa, donde se analizaba el significado de esta efeméride (el Día de la Hispanidad, anteriormente Día de la Raza) y los sucesos que tuvieron lugar en 2014 por los que estos antifascistas se enfrentaban a altas penas de prisión. El film recordaba, además, quién era uno de los neonazis que habían denunciado a los antifascistas: Isidro Cano, un personaje conocido en la comarca del Bages (Barcelona) porque fue uno de los condenados por intentar matar a un marroquí en Sant Vicenç de

Castellet en 2002. Así relató El País la condena a diez neonazis por estos hechos en 2009:

Armados con palos, quince jóvenes se dirigieron hacia la casa de las víctimas, donde había menores durmiendo. Una vez allí, al grito de «¡moros de mierda!» intentaron asaltar la vivienda. Llegaron a romper la cerradura, pero la resistencia de los ocupantes impidió que pasaran. Martínez llevaba en su mano un botellín de cerveza con gasolina y un papel. «Movidos por el ansia de venganza, y a sabiendas de que la vivienda estaba habitada», lo lanzaron contra la ventana. El cóctel estalló en la pared, aunque la intención era «que entrara dentro». El ataque no acabó ahí. Mustafá salió a la calle para intentar identificar a los agresores. Estos le vieron y, cubiertos con pasamontañas y cascos, le golpearon repetidamente «con intención de causarle la muerte». Le propinaron patadas y puñetazos incluso cuando ya estaba en el suelo inconsciente. El tribunal argumenta que se trata de un intento de homicidio y no de un simple delito de lesiones porque el grupo era numeroso, le atacó por sorpresa y los golpes se dirigieron a la cabeza.

Mustafá sufrió múltiples traumatismos, una hemorragia y una fractura en el antebrazo, entre otros daños. Si su vida no corrió peligro tras el ataque «cobarde, invasivo e indiscriminado» fue porque evolucionó de forma favorable en el hospital, no porque los jóvenes solo quisieran darle «un susto» como defendieron durante el juicio.

Pese al contexto de «suma agresividad» y a los gritos de «¡moros de mierda!», el tribunal no aplica la agravante de racismo a los acusados. A su juicio, es «muy complicado» determinar si hubo ánimo xenófobo y si la única motivación del ataque fue racista. Además, sostiene que la palabra «moro» es utilizada de forma «natural y habitual por parte de mucha gente» con poca cultura. Sí aplica atenuante a otros dos acusados. A Isidro Cano, condenado a seis años, por politoxicómano.

El nazi que se había librado del agravante de racismo cuando atacó a Mustafá al grito de «moros de mierda» acusaba ahora a cinco antifascistas de discriminación ideológica. Y el fiscal lo aceptó. No era la primera vez que la fiscalía aplicaba a los antifascistas el agravante

de odio, concretamente la motivación ideológica.

El caso del Doce de Octubre de 2013, por el que se pedían diecisiete años de prisión a los antifascistas, motivó una oleada de solidaridad y supuso una dura advertencia a los movimientos sociales antifascistas, que veían cómo la legislación que en teoría se había pensado para perseguir a los grupos de odio se volvía contra ellos. No era ni la primera ni la única vez que se aplicaba el agravante de odio ideológico a militantes antifascistas que se habían enfrentado a neonazis. Seis antifascistas esperaron seis años a que se celebrase el juicio con una petición de condena de diecisiete años de prisión. Finalmente, el juez condenó a tres de ellos a año y medio de prisión por lesiones, con el agravante de discriminación ideológica, y absolvió a otros tres. A todos se les prohibió asistir a protestas antifascistas durante cinco años.

En octubre de 2015, la Brigada de Información de la Policía Nacional detuvo a tres antifascistas en Madrid acusados de lesiones, riña tumultuaria y delito de odio por una pelea con varios miembros de Hogar Social Madrid. El periódico La Razón explicó:

Hasta hoy, el delito de odio siempre se había imputado a individuos de ideología neonazi por agresiones a personas de ideología, raza, orientación sexual o religión contraria a ellos.[138]

La legislación de delitos de odio también se utilizó en otros casos para acusar a quienes cometían un presunto delito contra la policía, sobre todo a raíz del referéndum en Catalunya en 2017 y del caso Altsasu. Este fue una muestra más de hasta dónde se podía llegar estirando el chicle del todo es ETA, ya que quisieron acusar de terrorismo a los jóvenes que habían tenido una trifulca con unos guardias civiles en un bar. No prosperó la condena por terrorismo, pero sí que se les aplicó el agravante de odio. Se consideraba así que los miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado son un colectivo que se debe proteger con esta legislación, a pesar de que ya cuentan con otras leyes que los protegen por ser autoridad incluso más que al resto de la ciudadanía.

Ante la barra libre que se estaba dando a la hora de aplicar este agravante, decidí consultar a organismos internacionales expertos en la materia. En junio de 2018 contacté con la Comisión Europea Contra el Racismo y la Intolerancia (ECRI), la Organización Para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) y el Instituto de Relaciones Raciales de Reino Unido para consultarles sobre esta dudosa aplicación y escribir sobre ello en el diario Público.[139] Todos respondieron en el mismo sentido. Como apuntaba Liz Fekete:

La legislación sobre delitos de odio, las medidas contra la discriminación, así como las leyes internacionales de derechos humanos están ahí para proteger a los grupos vulnerabilizados, y nunca deben convertirse en un escudo detrás del cual se escondan los agentes del Estado.

A Liz la conocí en Berlín dos años antes, en unas jornadas a las que fuimos invitados como conferenciantes por el centenario del dramaturgo y escritor antifascista Peter Weiss. Había trabajado con el relator especial de Naciones Unidas sobre formas contemporáneas de racismo y fue testigo experta en el Tribunal Permanente de los Pueblos y en el Tribunal Mundial para Irak. Es la responsable del Instituto de Relaciones Raciales de Reino Unido. Desde entonces mantenemos contacto habitual y ya se había mostrado preocupada las primeras veces que le comenté el uso perverso que se estaba haciendo de la legislación de delitos de odio por parte del Estado español.

También consulté a Laia Serra, quien me recordó:

La policía ya tiene una serie de delitos que la protege, como los de atentado a la autoridad (550 C. P.) en caso de ataques físicos, los de calumnias (205 C. P.) e injurias (208 C. P.) o los de los insultos dirigidos a los cuerpos policiales (503.2 C. P.). La policía, cuando actúa, cumple una función de Estado, no está ejerciendo ningún derecho fundamental. Son un colectivo corporativo, no un grupo identitario y menos un grupo estructuralmente desaventajado en el ejercicio de sus derechos fundamentales. Entender que los delitos de

odio son aplicables a la policía es un abuso de derecho, una distorsión de la legislación antidiscriminatoria.

Thomas Rymer (OSCE) y Wolfram Bechtel, abogado de la Comisión Europea Contra el Racismo y la Intolerancia (ECRI) del Consejo de Europa, remarcaron que la profesión, y menos la de policía, que representa al Estado, entra dentro de las categorías reconocidas por esta legislación y que la interpretación que se hace en España se aleja demasiado del origen y la intención de esta. Bechtel, tras ver los numerosos casos en España donde esta acusación de delito de odio está creando muchas dudas, recordó que la ECRI «ha expresado que la legislación sobre crímenes de odio no debe ser mal utilizada por la policía u otras autoridades» y puso como ejemplo los toques de atención que dieron en sus informes del año 2016 a Turquía y a Azerbaiyán precisamente por esto.

Las críticas a la aplicación que se hace en España de esta legislación llegaron incluso a oídos de los supervivientes del Holocausto. En enero de 2020, se cumplían setenta y cinco años de la liberación del campo de exterminio nazi de Auschwitz. En los actos conmemorativos iba a participar el rey Felipe VI. El Centro Simon Wiesenthal, que vela por la memoria de las víctimas del genocidio nazi, envió una carta al presidente del Gobierno español, Pedro Sánchez, en la que manifestaba su indignación por la defensa de nazis bajo la ley de delitos de odio.[140] La carta lo calificaba de «broma enferma, una bofetada a todos los supervivientes del Holocausto». La carta instaba al presidente del Gobierno español «a tomar las medidas apropiadas […] contra aquellos que profanen la memoria y banalicen las atrocidades nazis».

El profesor ayudante doctor en el Departamento de Derecho Penal de la Universitat de València y profesor colaborador de la Universitat Oberta de Catalunya Jorge Correcher Mira[141] publicó un interesante texto en la Revista para el Análisis del Derecho de la Universitat de València titulado «La banalización del discurso del odio: una expansión de los colectivos ¿vulnerables?», en el que ahondaba en todas estas cuestiones.

El daño que produce esta circular no se inserta solo en la mera interpretación dogmática del tipo, sino que supone una afirmación dudosa desde la perspectiva de un Estado democrático respetuoso con los derechos humanos, esto es, la equiparación en el plano discursivo de la ideología nazi con cualquier otra opción política, del mismo modo que considera que una persona defensora de esta tendencia requiere de la misma protección que, por ejemplo, un migrante en situación irregular empleado en los invernaderos de la provincia de Almería. Esta posibilidad, además de ignorar lo dispuesto por los estándares internacionales en materia de interpretación del discurso del odio —la reciente jurisprudencia del TEDH es una buena muestra de ello—, supone de facto una legitimación institucional del pensamiento intolerante.

La Policía Nacional tomó la iniciativa en otras ocasiones para calificar de delito de odio diversas acciones contra la extrema derecha. Por ejemplo, en 2019, una pintada contra la sede de Vox en Siero (Oviedo) en la que aparecía la palabra «fascistas».[142] También en dos peleas entre antifascistas y neonazis en València: una el Doce de Octubre de 2020 en el barrio de Benimaclet —donde España 2000 había convocado una manifestación—[143] y un año después en una zona de ocio cercana al estadio de Mestalla.[144] En Valladolid, la policía acusó a un militante de Yesca de un delito contra el patrimonio histórico y otro de odio por pintar «españolismo es fascismo» en un monumento a Cristóbal Colón. Según la policía, se trataba de «un posible atentado contra el sentimiento de los ciudadanos que se sienten españoles».

No solo los militantes antifascistas eran acusados por delitos de odio, porque la extrema derecha empezó a denunciar y exigir que también se aplicara este agravante a los activistas por los derechos humanos que le plantaban cara, aunque fuera en las redes sociales o de forma pacífica en la calle.

Otro caso que conocí de cerca fue el del activista LGTBI valenciano Fran Pardo, un joven que protestó contra el autobús con mensajes tránsfobos que la organización ultraderechista HazteOír paseó por varias ciudades. Se multó a Fran y otras activistas con la ley de seguridad ciudadana —conocida como ley mordaza— por «perturbar»

la rueda de prensa del colectivo ultracatólico, que también las denunció por delito de odio. Conozco a Fran desde 2014, cuando denunció que lo estaban amenazando de muerte en redes sociales por su orientación sexual: «Vamos a por ti, maricón de mierda. Te vamos a meter los bates por el culo, que es lo que te gusta. ¡Heil Hitler!», «A puñetazos, que pegarle tiros no tiene emoción» o «A lo Palomino style» (en referencia al joven antifascista asesinado). La denuncia contra Fran Pardo por ese supuesto delito de odio ya tenía fecha de juicio en 2019, pero las amenazas de muerte que había denunciado cinco años antes se juzgaron ocho años después, en enero de 2021, y tan solo uno de los más de veinte neonazis que amenazaron a Fran acabó sentado en el banquillo y condenado a nueve meses de prisión. La fiscal de delitos de odio de València finalmente desestimó la denuncia contra Fran.

La ultraderecha entendió enseguida que esta ley que supuestamente los iba a vigilar con lupa la podían utilizar en contra de aquellos que les combatían. Un regalo caído del cielo que no han dejado de utilizar desde que se abrió la veda. Esto les permite presentarse como «víctimas del odio» y encima criminalizar al antifascismo con la ley en la mano, gracias a esa equidistancia institucionalizada que equipara a nazis con antinazis. A racistas con antirracistas. A homófobos y machistas con feministas y activistas LGTBI.

En octubre de 2021, la abogada Laia Serra definía las querellas clickbait contra feministas como «el fenómeno de presentar acciones legales para atraer la atención del público sobre personas, discursos y contenidos propios». Serra afirma que esto no es nuevo, pero ahora se dirigen contra activistas, periodistas o artistas que reivindican los derechos de las mujeres.

Con el impulso de esos procesos judiciales, sacan rédito de abanderar la osadía de lo «políticamente incorrecto»: ellos son los valientes que se atreven a denunciar a las mujeres rebeldes, son los patriotas de la masculinidad hegemónica, los justicieros que le darán su merecido a esa mujer y a todas las que ella representa. Qué mejor política comunicativa hay que el castigo ejemplarizante y qué mejor castigo hay que el legal, el refrendado por el Estado.

Esta supuesta incorrección política de la que hace gala la extrema derecha es una de las claves para entender su batalla cultural, es decir, su estrategia de minar los consensos democráticos en materia de derechos humanos. Intentan conquistar el sentido común normalizando sus discursos de odio y presentándose como irreverentes ante lo que llaman «dictadura progre» o «marxismo cultural», acusando de «buenistas» a quienes defienden derechos y presentándose ellos como rebeldes porque intentan eliminarlos. Por eso, la batalla judicial contra estos derechos y su promoción proporciona a quienes la lideran una atención mediática que les permite estar constantemente en el centro del debate.

El proceso judicial es un caramelo: como estrategia comunicativa, todo son ventajas. Su duración consigue lo que cualquier campaña comunicativa ansía: mantener el interés durante un tiempo prolongado. Las oportunidades comunicativas se multiplican con el capítulo de la presentación de la querella, el de la admisión a trámite, el de las declaraciones de los investigados, etcétera, hasta llegar al momento del juicio. En paralelo se desarrolla el juicio social, que explota las jugosas novedades legales, sean estas reales o ficticias. Las redes sociales arden y las tertulias organizan el circo de opinólogos que opinan sin criterio; pero no importa, porque el objetivo es entretener.

Uno de los ejes principales de esta batalla cultural es la victimización del privilegiado —esto es, de colectivos que no sufren una discriminación estructural—. Por ejemplo, se presenta a los hombres como víctimas de un contubernio feminista basado en el odio. Esto no es nuevo. Los neonazis de los años noventa ya hablaban del «racismo antiblanco». La ultraderecha defiende lo mismo con otra retórica cuando afirma que las personas migrantes son privilegiadas y las enfrenta a la clase trabajadora autóctona, a la que considera discriminada.

[…] En la experimentación de cómo cosechar rédito político a base de acoso judicial, la misoginia organizada ha hecho un descubrimiento fenomenal: el delito de odio contra los hombres. Se trata de acusar a las feministas de odiar, vejar, discriminar y maltratar a los hombres. La perversión de girar los tornos promete no dejar indiferente a nadie. El invento tiene todos los ingredientes para ser una fórmula de éxito: genera indignación, es un desafío legal, se basa en estereotipos y vehicula un mensaje político largamente reivindicado por la derecha: la violencia no tiene género. Y si ellas también son malas, las políticas de igualdad y la legislación de violencia de género no tienen justificación.

Respecto a considerar a los cuerpos policiales víctimas de delito de odio, el texto de Correcher cita las investigaciones de la Fiscalía General del Estado tras las protestas en Catalunya —promovidas, entre otros, por algunos cargos públicos independentistas— contra miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad alojados en hoteles los días anteriores y posteriores al referéndum de 2017.

Sobre esta cuestión, el Tribunal Superior de Justicia de Catalunya (TSJC) estima pertinente el archivo de la causa promovida por fiscalía, considerando, por una parte, la inadecuación de la referencia al móvil ideológico que esgrime el ministerio fiscal como motivo para la aplicación del artículo 510 del Código Penal. Esto es así en tanto que dicha protesta se encuentra dirigida de manera colectiva contra la Policía Nacional y la Guardia Civil, sin que pueda afirmarse que estos grupos ostenten una posición ideológica concreta, dado que su carácter institucional lo impide. Por otra, el TSJC incide en la idea sostenida en este trabajo, referida a la necesaria observancia de la vulnerabilidad del grupo, al afirmar que «no cualquier colectivo o grupo social de personas puede ser víctima del artículo 510 del Código Penal, que por su propia definición típica solo puede referirse a aquellos que puedan considerarse vulnerables y se identifiquen como tales por razón de alguna condición personal o social».

Esta interpretación irresponsable y el efecto bumerán que están sufriendo hoy los antifascistas y miembros de diferentes colectivos que se enfrentan al racismo, la homofobia y otras formas de intolerancia han provocado en gran medida que parte de estos colectivos consideren que esta legislación supone un peligro. Sin embargo, muchas personas que no están politizadas y pertenecen a colectivos que habitualmente son víctimas del odio, a pesar de todo, se sienten amparadas por esta legislación. El simple hecho de que exista una legislación que ponga de relieve la existencia de racismo, homofobia, sexismo y otros tipos de discriminación implica el reconocimiento de que existen problemas estructurales —como ocurre con la ley de violencia de género, que reconoce explícitamente una desigualdad estructural entre hombres y mujeres—. La cuestión es cómo devolver el sentido a esta ley. Es un debate que está sobre la mesa.

---

[138] Disponible en https://www.larazon.es/local/madrid/detenidos-tres-antifascistaspor-delitos-de-odio-EI10904167/.

[139] Véase https://www.publico.es/sociedad/organismos-internacionales-adviertenespana-ataques-policias-no-son-delitos-odio.html.

[140] Véase https://www.wiesenthal.com/about/news/spanish-state-press-release.html.

[141] Véase https://www.uv.es/uvweb/universidad/es/ficha-persona-1285950309813.html?p2=comijor&idA=true.

[142] Véase https://www.elcomercio.es/asturias/siero-centro/vox-siero-tres-imputados-menores-delitos-odio-20190326175352-nt.html.

[143] Véase https://www.publico.es/politica/policia-detiene-delito-odio-nazis-tres-antifascistas-ignora-ley-simbolos-franquistas.html.

[144] Véase https://www.elsaltodiario.com/valencia/cuatro-antifascistas-valenciaacusados-delito-odio-pelea-minuto-cinco-neonazis.

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

45

Quien manda en las gradas

manda en la ciudad

«Lo vengo diciendo hace tiempo:

España necesita una alternativa tipo Vox».

JAVIER TEBAS, presidente de La Liga de Fútbol Profesional

(Cadena COPE, enero de 2019)

El historiador Carles Viñas no solo ha estudiado a fondo a la ultraderecha, sino también el fenómeno del fútbol y por ello es la persona indicada para hablar en este capítulo. En la conversación que tuvimos sobre varios temas para este libro, afirma:

Durante el franquismo, la izquierda asoció el fútbol a una herramienta del régimen, como «el opio del pueblo». La izquierda se desentiende del fútbol, lo abandona, lo desprecia desde el punto de vista militante e intelectual. Así fue como durante los años ochenta, como no ocupó ese espacio, llegó la extrema derecha y lo ocupó. Esa ultraderecha que no tenía ninguna visibilidad a nivel institucional se empieza a hacer visible en los campos de fútbol.

Nunca he sido aficionado al fútbol, pero reconozco que es un fenómeno social importantísimo en el que las identidades, las pasiones y la política se entremezclan de una manera evidente. Sin embargo, Carles, que es un apasionado de este deporte, lo ha estudiado rigurosamente desde un punto de vista histórico, político y social.

¿Hasta qué punto la política —concretamente la extrema derecha y el antifascismo— ha formado parte del fútbol? Carles, tras apuntar el desinterés por parte de la izquierda de ocupar las gradas y la toma de estas por parte de la ultraderecha, recuerda este aforismo del ensayista valenciano Joan Fuster: «Toda política que no hagamos nosotros será hecha contra nosotros». Los estadios y toda la liturgia que envuelve al mundo del fútbol son «una barricada más», espacios de socialización, de politización y de propaganda que, en mayor o menor medida, mejor o peor, han servido para visibilizar otro frente de batalla contra la extrema derecha.

Viñas explica que en Italia y en el Estado español el fútbol se ha caracterizado por la politización de las gradas.

Aunque al principio todo era muy confuso y en las gradas coincidían punkis, neonazis y gente de todo tipo. Fue al final de los ochenta cuando se empezaron a marcar ya definitivamente en una u otra ideología. Fue sobre todo con la irrupción del fenómeno skinhead.

Las gradas de los campos de fútbol empezaron a ser un criadero de neonazis a finales de los ochenta. La impunidad con la que se movían cada fin de semana en el estadio y sus alrededores atraía a miles de jóvenes con ganas de formar parte de algo, de ser respetados, de fundirse en la masa y ostentar el poder que da el grupo. Se trataba de divertirse no solo viendo a tu equipo jugar, sino con toda la liturgia que rodeaba a los partidos. Muchos se acercaban a estos grupos sin ninguna intención de hacer política. Sin embargo, la política estaba ahí. Eso fue algo que los neonazis y los ultraderechistas entendieron desde el primer momento. No para solucionar problemas de la sociedad, sino como una actitud transgresora asociada a la juventud o simplemente como mera excusa para ejercer la violencia.

En febrero de 1992, el holandés Guus Hiddink —entrenador del València CF— ordenó que se retirara de las gradas una pancarta con símbolos nazis antes del encuentro con el Albacete. Era la primera vez que alguien se plantaba, a pesar de que eran más que habituales en los campos de fútbol del Estado español. Arturo Tuzón —presidente del club—, tras conocer la noticia, declaró:

¿Cómo puede estar pendiente el preparador de lo que sucede en las gradas? Su trabajo está sobre el césped. Me parece una tontería.

En cambio, el técnico holandés confesó:

La verdad es que tengo problemas con esto. Veo estas cosas, como el banderín del domingo, y siento algo especial. No participé en la guerra, pero rechazo todo aquello. En mi familia hay una historia fuerte.

La familia de Hiddink es de un pequeño pueblo llamado Arnhem, que fue escenario de una cruenta batalla durante la Segunda Guerra Mundial —los nazis habían ocupado la zona y los aliados intentaron romper sus líneas—. Habían pasado casi cincuenta años y el rebrote de la violencia neonazi preocupaba más en Europa que en el Estado español. Hiddink sentenció:

Cada hombre tiene que pensar en todo esto y adoptar una actitud. Es malo permanecer pasivos. Actualmente son grupos pequeños y realmente no creo que pase nada. Pero como persona quiero tomar partido y lo rechazo.

A pesar del gesto del entrenador del València CF, los neonazis

siguieron controlando buena parte de las gradas con el beneplácito de los clubes. Animaban mucho y reunían a mucha gente, algo que a los clubes les venía bien. Por eso les dejaban hacer. Incluso les regalaban entradas, aunque sabían que hacían negocio revendiéndolas. Les dejaban instalaciones en los estadios para que hicieran sus pancartas y guardaran materiales. La connivencia era descarada y estaba absolutamente normalizada. Los clubes, además, a menudo utilizaban a estos grupos para silenciar cualquier crítica o protesta contra su gestión. Por tanto, era una relación que interesaba a ambas partes.

En mayo de 1993, dos ultras del València CF celebraron en el campo del Albacete el asesinato casi un mes antes del joven antifascista Guillem Agulló con una pancarta que decía: «Guillem, jódete». Doce años después, en 2005, los Yomus visitaron el Ciutat de València en el derbi entre el Levante UD y el València CF y volvieron a celebrar el asesinato con una pancarta que recordaba el lugar y el año: «Montanejos 93». Los aficionados del Levante UD, donde se ubica la grada antifascista del Força Llevant, exhibirían en 2018 otra pancarta que recordaba al joven durante el encuentro contra el Sevilla: «Guillem Agulló present». El joven antifascista asesinado también era habitual del Ciutat de València y seguidor de este equipo de la ciudad.

Entre los objetivos favoritos de los grupos radicales de extrema derecha, estaban los aficionados de otros equipos vascos, catalanes, de izquierdas, antirracistas o antifascistas —como las hinchadas del Deportivo de la Coruña, el Sevilla o el Rayo Vallecano—. El 8 de diciembre de 1998, Aitor fue desde Donostia a Madrid para ver jugar a su equipo, la Real Sociedad. Se desplazó con su novia y la peña de mujeres Izar, y llegaron a las cercanías del Vicente Calderón con cerca de un millar de aficionados vascos. Miembros de Bastión —un grupo radical de tendencia neonazi del Atlético de Madrid— rodearon a varios aficionados de la Real cerca del estadio. Aitor, que era alto y de complexión fuerte, se puso delante para intentar contener la situación. Recibió un navajazo mortal delante de su novia. A los pocos minutos, se jugó el partido como si tal cosa.

El asesinato de Aitor Zabaleta puso el foco sobre la presencia neonazi en los estadios y la incesante violencia con la que actuaban allá donde iban. Los aficionados que no compartían sus ideas ni sus actitudes sentían miedo. Además, los clubes protegían a los ultras. Incluso una parte de la prensa desvinculaba a los grupos ultras de la violencia, de

la extrema derecha y de los asesinos. Por ejemplo, El País afirmaba cuatro días después del asesinato de Aitor:

El Frente Atlético es una amalgama de más de cuatro mil personas, casi todas buena gente, follonera pero no violenta, matrimonios con hijos incluidos. Ellos son el 90 por ciento por lo menos. Los moderados. Pero también hay una facción violenta, macarras, delincuentes, heroinómanos, cocainómanos, alcohólicos que se disfrazan de neonazis para ir al fútbol, skinheads amantes del aguilucho y la esvástica.[145]

El asesinato se enmarcó en la «violencia en el deporte», lo cual despolitizaba el caso y camuflaba el odio que había detrás como si fuese un asunto de rivalidad deportiva, y no la intención de un neonazi de matar a un vasco. Desde entonces, en el estadio del Atlético de Madrid se ha oído más de una vez a los ultras gritar: «Aitor Zabaleta era de la ETA», «Por eso yo voy a pinchar al guarro de la Real», «No nos engañáis, Aitor Zabaleta era de Jarrai» y otras proclamas que celebraban el asesinato, pedían libertad para el asesino o criminalizaban a la víctima y se burlaban de ella.

Los neonazis ya habían cometido varios asesinatos desde principios de los noventa y se sabía que en los estadios tenían su principal caladero, pero a algunos periodistas les resultaba incómodo señalar esta complicidad de los clubes. Ellos también querían entradas gratis y mantener el buen rollo con los directivos.

El historiador Carles Viñas asegura que el asesinato de Aitor Zabaleta no supuso ningún cambio de actitud de los clubes respecto a los ultras.

Para la policía, cuya misión era mantener el orden en un evento en el que había decenas de miles de personas, lo que hicieran cincuenta o cien aficionados no era prioritario. No eran una gran preocupación. Para ellos, era un problema relativo.

Ciertamente, no fue el único crimen cometido por neonazis relacionados con el fútbol, donde los episodios violentos eran muy habituales; no solo contra rivales ideológicamente antagónicos, sino contra cualquiera que se cruzase en su camino. El fútbol servía como excusa para desatar cacerías los días de partido en sus propias ciudades o adonde se desplazaran; sabían dónde se citaban los hinchas rivales y dónde estaban los centros sociales y los locales de izquierdas en cada ciudad.

Viñas explica que a menudo la identificación política de unas y otras gradas viene dada por la rivalidad histórica; por ejemplo, entre el Barça y el Real Madrid. «Aunque en el Barça también hay neonazis, la rivalidad geográfica y deportiva explica las identidades contrapuestas». Esto también da cuenta de que, en Euskadi, Galicia y Catalunya, sobre todo, las hinchadas se hayan identificado con la izquierda y los llamados «nacionalismos periféricos», y en contra del nacionalismo hegemónico español, bandera de la ultraderecha. «Viene dado por el contexto social y político de cada ciudad. Por ejemplo, Vallecas con los Bukaneros. Un barrio popular con gran tradición de izquierdas». Sin embargo, en este caso los antifascistas tuvieron que echar antes a las Brigadas Franjirrojas, los ultras de extrema derecha que se habían hecho un hueco en la grada años atrás.[146]

El caso de Bukaneros es uno de los más llamativos de todo el fútbol del Estado español. El día que detuvieron a Alfon —quien pasó cuatro años preso—, la policía registró su domicilio y la sede de Bukaneros acompañada por un equipo de televisión. Buscaban todo aquello que pudiese armar el relato criminalizador de este colectivo. No encontraron nada. Lo intentaron con un puñado de clavos y botellas de agua, pero no coló. «Eso era el preludio de lo que luego pasaría», apunta Willy, otro miembro de Bukaneros que también estaba presente el día que fui a casa de Alfon.

El lunes 25 de febrero de 2014, tan solo un mes después de que Alfon fuera puesto en libertad a la espera de juicio —tras pasar por la prisión preventiva—, la policía arrestó a doce miembros de Bukaneros y los acusó de asociación criminal, coacciones, amenazas y daños; según los medios —que reproducían la versión policial—, «como consecuencia de una denuncia que interpuso recientemente la directiva del Rayo Vallecano».[147]

Dos días antes, miles de personas se habían manifestado en Madrid convocadas por la Coordinadora 25S,[148] en la que confluían las diferentes mareas, las marchas que clamaban contra los recortes y en defensa de los servicios públicos. Los movimientos sociales consideraban que las medidas de austeridad impuestas por la troika eran un «golpe de Estado». Por eso eligieron para manifestarse la simbólica fecha del 23 de febrero, el aniversario del golpe de Tejero. Bukaneros, que había participado en la mayoría de las protestas por los derechos sociales de aquellos años, entendió que el Estado pretendía criminalizar la protesta usándolos a ellos como cabeza de turco. En el comunicado que emitieron, decían:

No es de extrañar que tras las protestas vividas en las calles de Madrid el pasado 23 de febrero la policía vuelva a intentar criminalizar a los movimientos sociales de nuestra ciudad con esta detención, volviendo a colocar a nuestro grupo en el punto de mira.[149]

Willy explica:

Una grada consciente y rebelde en la que no solo se anima, sino que se sacan pancartas y se corea contra los desahucios, contra la reforma laboral y otros temas de actualidad es doblemente peligrosa y está doblemente perseguida. Hay un interés por acabar con ella.

Llevábamos muchos años en el punto de mira de la Brigada de Información y de la Delegación del Gobierno. No encontraron nada contra nosotros en el caso de Alfon, que acababa de salir de la preventiva, y necesitaban fabricar un caso. Necesitaban una denuncia para actuar y utilizaron el conflicto que mantiene el presidente del Rayo, Raúl Martín Presa, con toda la afición rayista desde que llegó al club. Usando su declaración como denuncia, pusieron la maquinaria represiva en marcha. El propio presidente del Rayo Vallecano declaró que él en ningún momento había querido denunciar nada, lo que evidenciaba que era otro caso fabricado en la Brigada de Información.

Willy fue uno de los detenidos. Se presentaron en su centro de trabajo y lo trasladaron a la comisaría de Moratalaz, donde pasó tres noches. A la mañana siguiente empezaron a llegar el resto de los detenidos, algunos de ellos ajenos al grupo.

Uno de los detenidos llevaba años viviendo en otro país y estaba totalmente desvinculado. Detuvieron también al presidente de la Federación de Peñas y al presidente de una de las peñas, e incluyeron en la acusación a nuestro abogado y al propio Alfon, que era el número trece, pero no lo detuvieron. Nos acusaron de banda criminal. Todo fue tan surrealista como chapucero.

Esto provocó casi el efecto contrario. El barrio y la afición del Rayo, que tenían muy reciente el caso de Alfon, no compraron la versión policial. Detener al presidente de la Federación de Peñas restó credibilidad al relato e hizo pensar a muchos que tanto este caso como el de Alfon eran un montaje para criminalizar a todo un colectivo y atemorizar al resto.

Como no hay ningún delito que se pueda atribuir a esa supuesta banda criminal, la policía intenta que el presidente los denuncie por amenazas y coacciones, y además por los daños producidos por un corte eléctrico antes de un partido contra el Real Madrid, del que no se encontraron responsables.

Según Willy, el presidente del club les confesó después que él no había firmado ninguna denuncia. Solo había contado cuatro anécdotas y la policía se empeñó en magnificarlas para atribuir a los Bukaneros una peligrosidad criminal.

El papel de Bukaneros en la actividad política del barrio es reconocido por todos los movimientos sociales y Willy lo confirma:

Hemos aportado una gran capacidad de organización, de militancia, de firmeza, hemos demostrado que se puede y se debe luchar en todos los espacios, en la grada, en la calle o en cualquier barricada.

Adrián, que también está presente en la conversación, explica que a partir del impulso de Bukaneros se crearon otras gradas de animación de marcado carácter antifascista.

Sobre todo a raíz del asesinato de Carlos y de que nos visibilizáramos más, la gente quería tener también su propia grada antifascista.

Los grupos ultras afirman que quien manda en las gradas manda en la ciudad. Willy explica que, como la izquierda miraba con recelo las gradas, la extrema derecha aprovechó ese hueco. Es lo mismo que afirma Carles Viñas: la ultraderecha ocupó el espacio que la izquierda había abandonado.

Las gradas también eran un reflejo de la ciudad. Allí donde vas, si ves que hay una grada antifascista, sabes que en la ciudad hay un movimiento antifascista fuerte. Como la izquierda lo miraba con recelo, es un espacio que durante mucho tiempo ha sido un reducto de la extrema derecha. Por ejemplo, en la grada de Vallecas había nazis animando al Rayo, pero los primeros Bukaneros consiguieron darle la vuelta y echarlos a finales de los noventa.

Alfon interviene para destacar que las autoridades estaban obsesionadas con los Bukaneros, pero no aplican la misma vara de medir a los cientos de ultras de extrema derecha con un amplio historial criminal que ocupan las gradas de los grandes equipos.

En el Rayo hay entre diez y doce mil socios, pero das una patada y te salen cincuenta mil del Madrid, del Atlético… La policía, sin embargo, nos odia a nosotros. A los otros no, porque lucen la rojigualda, claro.

Y es que la policía no ha acusado de banda criminal a ningún otro grupo ultra, excepto a Ultras Tala —de Talavera de la Reina—, de marcado carácter neonazi, cuyo caso terminó archivado.

La proyección mediática de la extrema derecha en las gradas de fútbol contrastaba con la de las hinchadas de territorios con su propia idiosincrasia, sobre todo gallegas, catalanas y vascas, porque, como decía Willy, las gradas eran un reflejo de las calles. Sin embargo, nadie esperaba que en Madrid, rodeados por los más peligrosos ultras neonazis de los dos principales equipos de la ciudad, naciera una grada antifascista en un equipo de barrio. No cualquier barrio, claro. Vallecas, con una larga tradición combativa, fue y es un territorio donde la extrema derecha todavía no se ha atrevido a entrar y por eso las gradas dieron un vuelco cuando varios aficionados del Rayo se pusieron manos a la obra.

Ese dogma interesado de que no hay que mezclar fútbol y política en realidad es porque no quieren que mezclemos el fútbol con nuestra política. El fútbol ya viene politizado, es un negocio capitalista y eso ya es política. Por eso no quieren que hagamos nuestra política, que va contra el sistema. Es imposible que seamos seres políticos desde que nos levantamos hasta que nos acostamos y que al entrar en un estadio de fútbol dejemos la política en la puerta. Nuestra política va con nosotros. Como nuestras vivencias, nuestra realidad, nuestras experiencias, nuestros problemas…

Bukaneros no ha dejado de reivindicar causas sociales en las gradas en ningún momento. Sus gradas son un reflejo del momento actual y nunca falta la crítica social.

El principal objetivo es animar a nuestro equipo, pero no nos ponemos de espaldas cuando hay reformas laborales que van contra los derechos de la clase trabajadora, cuando se asesina a niños en Palestina o cuando están desahuciando a tu vecina. ¿Cómo no se va a reflejar eso en las gradas antifascistas, si se refleja en nuestras vidas?

El 15 de diciembre de 2019, el árbitro detuvo el partido del Rayo Vallecano contra el Albacete. Esto fue lo que reflejó en el acta:

En el minuto 38:53 observé la presencia de una pancarta de grandes dimensiones con el lema «Evitar que un nazi vista la franja» donde se encuentran los aficionados del club local.

En 2016, el Rayo había estado a punto de fichar al jugador ucraniano Roman Zozulia, pero las protestas de la afición, encabezadas por Bukaneros, paralizaron el traspaso. Zozulia había mostrado en público su apoyo a las milicias nacionalistas ucranianas de extrema derecha que combatían contra la independencia de Donetsk y Lugansk, en la zona del Donbass. El jugador se define como un simple patriota ucraniano, pero publicó una foto en la que aparecía sonriente señalando el marcador de un estadio con los números 14 y 88. El primero alude a las catorce palabras del nazi norteamericano David Lane («Debemos asegurar la existencia de nuestro pueblo y un futuro para los niños blancos»), convertidas desde hace años en un símbolo del supremacismo blanco; por su parte, como la H es la octava letra del abecedario, con el 88 se refieren a «Heil Hitler».

Zozulia entró al campo del Rayo aquel día, pero con la camiseta del Albacete. La afición rayista le dio la bienvenida al grito de «¡Roman Zozulia, un puto nazi!». Fue la primera vez que se suspendía un partido por los gritos de una grada ultra. Los insultos racistas que han tenido que soportar jugadores negros, las pancartas machistas, las banderas nazis o fascistas nunca han sido motivo suficiente para suspender ningún encuentro en la liga española. Sin embargo, llamar nazi a un jugador que hace apología del nazismo públicamente sí que fue motivo suficiente. La Liga emitió un comunicado en el que

declaraba:

La Liga continúa trabajando contra la violencia, el racismo y la xenofobia en los estadios de fútbol y manifiesta su más sincera repulsa sobre lo sucedido.

El propio presidente de la Liga de Fútbol Profesional, Javier Tebas, en el programa de Onda Cero El transistor, llegó a comparar a un nazi con un homosexual.

En el Rayo no quieren nazis, pero ¿y si mañana otro equipo no quiere homosexuales?

Tebas no esconde sus simpatías por la extrema derecha. En una entrevista a El Mundo publicada en 2016 afirmó que echaba de menos en España una opción política como la de Le Pen en Francia, «sobre todo, por la identidad nacional de España, que no está siendo defendida debidamente por los partidos».[150] El presidente de la Liga fue jefe provincial del partido fascista Fuerza Nueva a finales de los años setenta y posteriormente representante de este mismo partido ante los medios de comunicación. En esta misma entrevista aseguró que seguía manteniendo la misma ideología.

En la mayoría de los temas, sí. Lo que pasa es que no se conoce bien qué era Fuerza Nueva. Pero no soy ni de extrema derecha ni violento. Si extrema derecha es defender la unidad de España, la vida y un sentido católico de la vida, yo estaba en ese grupo. Y sigo defendiendo lo mismo. Yo en eso no he cambiado.

En 2019 manifestó abiertamente en otra entrevista que iba a votar a

Vox.[151]

Aplicaron la ley contra la violencia y el racismo en el deporte precisamente para sancionar los cánticos antifascistas con dieciocho mil euros de multa y dos partidos con la grada de Bukaneros clausurada. Willy explica indignado:

Es increíble que con esta ley nos prohíban hasta meter pancartas contra el racismo y la homofobia. Esta ley se ha usado también para vetar camisetas antifascistas con multas de un mínimo de tres mil euros. Nos han multado con seis mil euros por llevar una camiseta de ACAB («All cops are bastards») o por llevar un imperdible de pendiente. Esto con la excusa de que incita a la violencia. Es la ley mordaza en los campos de fútbol. No nos dejaron ni que los jugadores del Rayo posaran con una pancarta contra el racismo.

En muchas ciudades, las primeras hinchadas eran una amalgama de personajes de todo tipo y de distintas ideologías, pero la inserción de la política en las gradas derivó en una pugna entre unos y otros por hacerse con el control. Había heavies y punkis en el Bernabéu, en Mestalla y en muchos otros estadios durante los años ochenta, pero la estética skinhead acabó por imponerse en varios sectores de la juventud y también en las gradas.

En Málaga, aunque fue más tarde, hubo una sección del primer Frente Bokerón llamada Sección Alcohólica que se declaraba antifascista, pero fue expulsada por los neonazis a finales de los noventa, según explica Ingrid, y se creó Malaka Hinchas, que ya se declaró apolítica.

Willy, de Bukaneros, explica:

Cada ciudad es un mundo. Hay grupos en los que prima más la política y otros que, aunque sean de izquierdas, son mucho más futboleros, aunque sin perder la perspectiva antifascista. Esto es difícil de entender fuera del entorno futbolero, pero son matices importantes. Igual que los matices de cada ciudad, porque no es lo mismo vivir en

conflicto constante —como ocurre en Madrid— que en otras ciudades en las que no hay nazis en las calles. Igual que también depende de la época. Los grupos cambian en pocos años por las nuevas generaciones que van entrando.

En Galicia, como en Euskal Herria, las gradas son territorio antifascista, porque en ninguno de los dos sitios hay presencia neonazi en las calles. La mayoría de las hinchadas antifascistas se definen como ultras. Sin embargo, Herri Norte, del Athletic Club de Bilbao, renegaron de esta denominación, porque normalmente se relaciona con la extrema derecha. De hecho, uno de sus fanzines se llama Antiultra y ellos se autodenominan hinchas.

Iago, que pertenece desde hace años a los Riazor Blues —la hinchada ultra del Deportivo de la Coruña, que se reivindica claramente como antifascista—, explica:

Aquí, los únicos nazis que vemos son los que vienen de fuera a los partidos de fútbol. Hubo un grupo que se llamaba Infierno Ferrolero, formado por militares destinados a la base de Ferrol, pero desaparecieron pronto. Estuvieron activos unos pocos años en los noventa, pero se disolvieron y no se volvió a saber nada de ellos.

La última muerte relacionada con grupos de extrema derecha del fútbol fue el asesinato en 2014 de un miembro de Riazor Blues, Francisco Javier Romero Taboada, «Jimmy». Miembros del Frente Atlético atacaron a varios seguidores antifascistas del Deportivo de la Coruña en las inmediaciones de Madrid Río, en una emboscada protagonizada por cerca de doscientos neonazis. Varios deportivistas resultaron heridos por arma blanca, entre ellos Jimmy, que tras sufrir una brutal paliza fue arrojado al río Manzanares, donde murió.

Iago, que estaba allí ese fatídico día, explica cómo sucedió todo y puntualiza que, sorprendentemente, la policía desapareció cuando se inició el ataque de los neonazis.

La mayoría de la gente compró la versión oficial, la de la policía y la Delegación del Gobierno. Lo trataron como una pelea concertada entre ultras, cuando no fue así para nada. Sabíamos que podían ir a por nosotros, igual que lo sabía la policía, pero no esperábamos que vinieran doscientos tíos como vinieron y menos que llegaran así de fácil. Antes de los hechos, varios vecinos habían avisado a la policía de la presencia de un grupo de unas doscientas personas. Eso fue un rato antes, cuando los nazis estaban a un kilómetro de donde tuvieron lugar los hechos. Incluso, en las inmediaciones había coches zeta de la Policía Nacional que los vieron venir. La policía sabía lo que iba a pasar.

Iago explica que aquel día varios miembros de Riazor Blues fueron detenidos o identificados por tener heridas o la ropa manchada, sin saber si habían estado en la pelea. Quince días después, la Policía Nacional, entre la que había miembros de la Brigada de Información de Madrid, detuvo a varias personas en sus domicilios.

Bastaba con una citación judicial, porque tenían nuestros datos, pero prefirieron escenificar todo y presentarse a las siete de la mañana en nuestros domicilios. Fue de cara a la prensa, para darle bombo.

Tras cuatro años y después de haber investigado a más de cien personas (muchas de ellas del entorno de la víctima, a quienes ponían al mismo nivel que a los agresores acusándolos de riña tumultuaria), el juzgado número 20 de Madrid archivó el caso,[152] que se reabrió en 2020 con la aparición de un testigo protegido. Sin embargo, un año más tarde el caso se volvió a cerrar.

Una mujer aseguró en 2017 que había oído a un miembro del Frente Atlético decir mientras veían el vídeo en el que Francisco Javier Romero es arrojado al río: «Yo tiré a Jimmy al río, yo lo tiré». Una juez de la Audiencia Provincial de Madrid archivaba de nuevo la investigación a finales de 2021, porque considera que este relato «no

es creíble ni fiable» y no hay indicios suficientes para acusar a nadie. [153]

En varias ciudades, los neonazis no iban más allá del fútbol. En Asturias, por ejemplo, las personas consultadas en la preparación de este libro coinciden en que los grupos neonazis se limitaban prácticamente a las gradas de los ultras y aquellos años había poca actividad política fuera de los estadios. También en Málaga, Elx, Zaragoza, Salamanca y otras ciudades el fútbol fue el principal centro de reunión y organización de los neonazis durante muchos años. En ciudades más grandes, como Barcelona, Madrid o València, muchos ultras neonazis estaban relacionados con organizaciones más políticas aparentemente ajenas al fútbol; al final, muchos ultras acababan en estas como una continuación de su militancia o simplemente porque era adonde iban sus amigos de gradas. De estos grupos ultras surgirían también iniciativas como la organización de conciertos de RAC (Rock Against Communism) o encuentros y torneos entre ultras neonazis. Algunas cabezas pensantes sabían lo importante que era controlar la grada para infectar y reclutar a gente nueva. Sin embargo, más de una vez ha habido peleas entre ellos por rivalidades futbolísticas, hasta tal punto que las propias organizaciones muchas veces que convocaban una fiesta o un concierto neonazi tenían que advertir que no se permitían peleas por rivalidades futbolísticas.

Willy señala:

Los noventa fueron unos años jodidos y los nazis también estaban en las gradas de Vallecas. En ningún sitio se le dio la vuelta a esa situación repartiendo flores. A aquellos primeros miembros les llevó tiempo, esfuerzo y determinación. Fue también una demostración de compromiso antifascista: igual que no se quería a esa gentuza en las calles, no se la quería en el fútbol. Una parte de la izquierda asumió que las gradas eran de la ultraderecha. Mucha otra gente ya estaba en las calles partiéndose la cara y lo hicieron también en los estadios para echarlos. Empezamos siendo un grupo pequeño que no preocupaba a nadie, y menos a los nazis. Poco a poco fuimos creciendo. Pasamos de ser un grano en el culo a un cáncer para ellos.

Hay miles de anécdotas sobre los enfrentamientos entre hinchas antifascistas y ultras neonazis desde los años noventa hasta hoy y darían para escribir otro libro. En una de las entrevistas que realicé en Madrid, como soy bastante ajeno a todo lo que envuelve al fútbol, pregunté por la mítica canción del grupo madrileño Non Servium titulada ¿Qué pasó en el Lieja? Había acudido a visitar a Juanjo, un histórico vallecano que conocía miles de historias de aquellos años y todo el tejido asociativo del barrio. Sabía que aquel episodio a menudo era reivindicado por los antifascistas como uno de los grandes hitos contra los neonazis en Madrid, pero hasta ese momento no había conocido a nadie que estuviese presente.

El Lieja era un bar frecuentado por gente del entorno antifascista madrileño, sobre todo punkis y redskins del barrio. En mayo de 2001, el Real Madrid visitó el estadio del Rayo Vallecano en la jornada 35 de la Liga. Ese día, entre los miles de aficionados madridistas que visitaron Vallecas, se había organizado un buen séquito de Ultras Sur dispuesto a dar caza a los antifascistas.

Juanjo recuerda:

Todo el mundo sabía que iban a venir. La policía estuvo todo el día por las inmediaciones del bar, vigilando desde la avenida Monte Igueldo y por todos lados. En el momento en el que llegaron los nazis, la policía desapareció.

Unos cincuenta neonazis se acercaron al Lieja pensando que se encontrarían a cuatro punkis despistados, pero se llevaron una sorpresa. Del bar salieron solo cinco personas y los neonazis se confiaron. No contaban con que había otra puerta, por la que salió de repente mucha más gente. La mayoría de los neonazis pudo escapar, pero los que se quedaron atrapados en su propia emboscada terminaron bastante mal. El diario deportivo Marca explicó así lo sucedido:

Había programada una manifestación antifascista a las 22.00 horas,

que tenía controlada el grupo de Violencia en el Deporte de la Policía Nacional. Este encuentro, convocado por ultras de izquierdas que nada tenían que ver con el Rayo, para enfrentarse a los Ultras Sur. Pero los radicales madridistas fueron a buscar a los Skin-Reds al bar Lieja, donde sabían que se encontraban, y allí fueron recibidos con escudos y bates de béisbol. La peor parte se la llevaron en este enfrentamiento los seguidores madridistas, ya que ocho miembros del grupo Ultras Sur acabaron en la enfermería, uno de ellos con pinchazos producidos por un arma blanca. El grupo de Violencia en el Deporte de la policía tiene identificados a nueve miembros de Ultras Sur que participaron en la batalla campal de antes del partido y, tras recibir ayer la denuncia del camarero más afectado por la paliza de la comisaría de Puente de Vallecas a la que se adjunta el informe médico del Samur, llamará a declarar a los implicados.

La fallida cacería supuso un duro golpe para los neonazis, que minimizaron lo sucedido en sus foros y evitan hablar del tema. Por eso, Non Servium dedicó una canción a este episodio.

¿Qué paso en el Lieja?

¿Por qué de ese día nadie quiere hablar?

¿Cuál es el problema? Haced memoria, intentad recordar.

El historiador Carles Viñas afirma:

El movimiento de las gradas radicales se encuentra en la actualidad en declive. Tras la época dorada que supusieron los años noventa, diversos factores han evidenciado cómo el fenómeno va a la baja. La falta de un relevo generacional, la espiral comercial del fútbol-negocio, la presión policial e institucional, el incremento del precio de entradas y abonos, los horarios de los partidos, las sanciones y multas, así como la multiplicidad de opciones de ocio juvenil han provocado

que para muchos adolescentes y jóvenes formar parte de un grupo radical ya no sea algo atractivo y sugerente.

Actualmente, la mayoría de las gradas ultras, que antes eran espacios de captación y difusión de la ideología neonazi, han sido reducidas a gradas de animación sobre las que los veteranos neonazis tienen cada vez menos influencia. Según Viñas:

La violencia asociada al fútbol se ha trasladado de las gradas a los aledaños de los estadios, en parte por el mayor control securitario existente. Además, si antes el adversario a batir era el grupo rival, desde hace unos años el objetivo principal de las iras han sido los cuerpos y fuerzas de seguridad y, en el ámbito ritual y simbólico, el propio Tebas, que se ha erigido como el enemigo público número uno de las hinchadas radicales. En el ámbito ideológico se ha reducido el ascendente de los grupos neonazis, que antes monopolizaban por ejemplo la proyección mediática del fenómeno, para evidenciar la pluralidad existente, que rompe los estereotipos precedentes.

A menudo, las luchas internas por controlar la grada entre antiguos camaradas neonazis escondían en realidad una lucha por controlar el negocio del merchandising y de todo lo derivado de las actividades del grupo, además del poder que proporciona ser quien dirige a cientos de personas. La cada vez más limitada capacidad de estos grupos históricamente ultraderechistas se ha visto, por ejemplo, en Mestalla, donde han aparecido peñas de animación que no se consideran ultras, pero sí que reivindican su carácter antirracista, como la Penya Blanc-i-Negra. A finales de 2021, varios antiguos ultras del València CF y neonazis de la ciudad ajenos hasta entonces a las gradas valencianistas intentaron resucitar a los extintos Ultra Yomus y volver a controlar la también extinta Curva Nord, disuelta meses antes por sus responsables tras varios desencuentros con estos y otros antiguos miembros de marcado carácter neonazi. En este caso, la presión social y las declaraciones de varios políticos manifestando su preocupación por la vuelta de los neonazis a Mestalla obligaron al club a manifestarse. Este

aseguró en un comunicado que rechazaba la vuelta de los ultras y que ni siquiera se reuniría con ellos. De este modo reafirmaba su compromiso con la no violencia y aseguraba que no había vuelta atrás en la decisión que había tomado años antes de expulsarlos, tras varios desencuentros con el club y los incidentes que protagonizaron varios de sus miembros (entre ellos el entonces presidente de la Curva Nord) contra manifestantes de izquierdas el 9 de octubre de 2017.

El fenómeno de las peñas de animación surge como contrapunto al modus operandi precedente, aunque también influye que también ha llegado aquí la moda del apoliticismo que recorre toda Europa. Otras hinchadas que habían tenido un carácter abiertamente neonazi han empezado a desintegrarse o, como explica Viñas, a formar «grupos que optaron por la premisa de animar únicamente a su equipo dejando de lado, teóricamente, la exhibición de simbología y las proclamas políticas».

---

[145] Disponible en https://elpais.com/diario/1998/12/12/deportes/913417203_850215.html.

[146] Véase https://www.abc.es/deportes/futbol/abci-cuando-ultraderecha-tambien-habitaba-grada-vallecas-201702030811_noticia.html.

[147] Véase https://www.telemadrid.es/noticias/madrid/Detenidos-miembros-Bukaneros-directiva-Rayo-0-1441355888--20130226025544.html.

[148] Véase https://www.elcomercio.es/rc/20140223/mas-actualidad/sociedad/mareas-ciudadanas-201402231331.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.google.com.

[149] Disponible en https://bukaneros.org/2013/02/comunicado-oficial-2/.

[150] Disponible en https://www.elmundo.es/deportes/2016/02/27/56ce37ade2704ebf748b45b5.html.

[151] Véase https://www.elplural.com/fuera-de-foco/tebas-desvela-que-votara-avox_209496102.

[152] Véase https://www.elconfidencial.com/espana/2018-09-09/el-juez-archiva-lainvestigacion-de-la-mayoria-de-implicados-en-la-rina-del-frente-atletico_1612826/.

[153] Véase https://elpais.com/espana/madrid/2021-11-15/un-homicidio-sin-culpables-archivado-de-nuevo-el-caso-jimmy-porque-la-nueva-testigo-no-resulta-fiable.html.

46

Catalunya y los ecos

del referéndum

«Difícilmente se puede abordar la cuestión de la extrema derecha en el Estado español sin tener en cuenta el papel que ha jugado Catalunya en este terreno. Primero, desde el punto de vista ideológico como centro importador y fábrica de ideas de extrema derecha; una extrema derecha que, excepto en contadas excepciones, ha venido asociada al españolismo radical. Y segundo, con el rol que le ha tocado vivir, como un campo de batalla convertido en la amenaza latente del desmembramiento del Estado. Y es que las reivindicaciones catalanistas históricamente han significado una amenaza para toda la transversalidad del nacionalismo español».

JORDI BORRÀS,

«Catalunya como campo de batalla»,

en el informe De los neocón a los neonazis:

la derecha radical en el Estado español

(Fundación Rosa Luxemburgo, 2021)

El 11 de septiembre de 2013, la librería Blanquerna de Madrid, propiedad de la Generalitat de Catalunya, se viste de gala para celebrar la Diada. Miembros del Govern y representantes de la sociedad catalana conversan tranquilamente cuando una serie de gritos captan su atención. Las cámaras de TV3 graban entonces a un

grupo de personas bajando las escaleras que llevan a la sala donde se realiza el acto. Llevan banderas y gritan: «¡No nos engañan, Catalunya es España!». Son miembros de los partidos neonazis Alianza Nacional, Democracia Nacional y La Falange. Entran hasta el fondo de la sala, arremeten contra el atril y los micros, y amenazan y empujan a varios de los presentes. Según explicó El País:

Agredieron a varios de los presentes, entre ellos al senador del PNV Iñaki Anasagasti y los diputados Teresa Cunillera (PSC) y Josep Sánchez Llibre (UDC). Los extremistas derribaron varias librerías, lanzaron el gas lacrimógeno y arrancaron el atril y la senyera que presidía el acto.[154]

Dos días después, la policía detuvo a varios de ellos. Otros seis se entregaron. Algunos de ellos ya eran conocidos del mundillo ultra: Pedro Chaparro (DN), Manuel Andrino (FE-La Falange) e Íñigo Pérez de Herrasti Urquijo, cuñado de Íñigo Méndez de Vigo, exportavoz del Gobierno y ministro de Cultura y Educación con el Gobierno de Mariano Rajoy. Según recuerda El Mundo:

[Íñigo Pérez] es un conocido activista de ultraderecha. Dirigente de Alianza Nacional, ostenta en su currículum varias condenas de prisión. Fue condenado en el año 2000 a catorce años de cárcel por posesión de armas y material para fabricar explosivos, acusado de intentar atentar contra familiares de presos de ETA.[155]

Hacía un año que rondaba en la política catalana la intención de celebrar una consulta no vinculante sobre el futuro de Catalunya y su relación con el Estado español. En 2009 ya se había celebrado una consulta simbólica organizada por el Moviment Arenyenc per a l'Autodeterminació (MAPA) en la localidad de Arenys de Munt. El independentismo catalán se movilizó para demandar otra consulta similar, pero de mayor alcance y bajo la responsabilidad de la Generalitat. En Arenys ya apareció un grupo de falangistas porque

consideraban que había un inminente riesgo de ruptura de España.

El nacionalismo español ya se había movilizado unos años antes contra la reforma del Estatut catalán, que incluía la definición de Catalunya como nación. Ahora volvió a lanzar el grito al cielo invocando la unidad de España. Y la ultraderecha decidió actuar. Esta vez, asaltaron la librería de la Generalitat, en pleno centro de Madrid; casualmente, no había ni rastro de policía ese día tan señalado.

El independentismo catalán siempre ha sido una obsesión para la ultraderecha española. Por eso los grupos fascistas elegían Barcelona desde los años ochenta para celebrar el Día de la Hispanidad y por eso la catalanofobia es todavía hoy uno de los signos distintivos del nacionalismo español y más aún de la ultraderecha. Catalunya también ha sido el centro de operaciones de una buena parte de la ultraderecha española, desde CEDADE y la librería Europa hasta Plataforma per Catalunya, que fue el primer partido ultraderechista que logró cierto éxito antes de Vox. Pero es con el auge del independentismo estos últimos años cuando Catalunya ha pasado a centrar gran parte del discurso no solo de la extrema derecha, sino también del Estado, contra todo lo que se considera disidencia, más allá incluso del independentismo.

Cuatro años después del asalto a la librería Blanquerna, el soberanismo catalán, que era mayoritario en el Parlament, inició el proceso para consultar a la ciudadanía qué relación debía tener Catalunya con el Estado. Se fijó el 1 de octubre de 2017 para realizar el referéndum. Antes, hubo diversas movilizaciones masivas a lo largo y ancho de Catalunya que mostraron una capacidad de organización y determinación sin precedentes. En gran parte, fueron respaldadas por el mismo Gobierno catalán, de mayoría independentista. A esto le acompañó el pulso del Estado, que advirtió desde el primer momento que la consulta era ilegal y que se emplearía a fondo, hasta las últimas consecuencias, para impedirla. Los medios de comunicación y gran parte del debate político pivotaron alrededor de esta cuestión durante meses, mientras la ultraderecha, reforzada por el relato oficial, vio una oportunidad magnífica de participar y hacerse visible.

Los días previos a la consulta, cuando las autoridades buscaban desesperadas las urnas que nunca encontraron, varios colectivos fuera de Catalunya mostraron su apoyo a la convocatoria. En Madrid, el

colectivo Madrileños por el Derecho a Decidir reunió a cientos de personas en el Teatro del Barrio de Lavapiés, después de que un juez denegase la cesión de un espacio municipal para celebrar un acto en favor del referéndum.[156] En Vitoria, otro juez suspendió la cesión de un espacio para una conferencia de la entonces diputada de la CUP Anna Gabriel Sabaté.

En València, la Plataforma Pel Dret a Decidir convocó un acto en el teatro El Micalet, una escuela de música que alquila ese espacio para actos de todo tipo. La situación fue realmente tensa a escasos metros de la puerta, donde se concentraban cerca de cien ultraderechistas que insultaban a todo el que se acercaba al recinto mientras eran vigilados por un dispositivo policial. Muchos de los alumnos de la escuela de música dieron media vuelta al ver a una horda de neonazis exaltados gritando a todo aquel que se acercaba al local. Pero, de repente, la algarada fascista se vio sorprendida por la irrupción de decenas de antifascistas que aparecieron por una calle adyacente. Mostrando banderas de Antifeixistes País Valencià, formaron un muro humano a pocos metros de los nazis, con lo que consiguieron desviar la atención para que otra gente que asistía al acto lograse sortear a los ultraderechistas. Estos arremetieron contra los antifascistas y fueron bloqueados por varios policías antidisturbios, a los que también se encararon sin que los agentes detuvieran a nadie.

Pocos días más tarde, Anna Gabriel Sabaté (CUP) participó en un acto en la Universidad de València, lo que también provocó la ira de los fascistas. La noche anterior llenaron el campus de pintadas amenazantes y símbolos nazis. «Tiro a Anna Gabriel», rezaba una pintada en el suelo mismo de la Facultad de Geografía e Historia, que acogía el acto. Los grupos antifascistas de la ciudad se organizaron para proteger la conferencia. Mostraron un enorme dispositivo de seguridad en el exterior y en el interior, ahuyentando así a cualquier fascista que quisiese boicotear el acto. La conferencia finalmente se celebró sin más problemas que el aforo completo y decenas de personas intentando oír desde fuera.

Otras ciudades del Estado organizaron actos de solidaridad y apoyo al referéndum, sobre todo a raíz de las brutales imágenes que circularon con una actuación policial desproporcionada en varios colegios. En Madrid, una concentración en la Puerta del Sol con el lema «Catalunya no está sola» que congregó a miles de personas terminó con una carga

policial tras aparecer un grupo de neonazis que increpó a los asistentes. Poco después del acto, los ultraderechistas atacaron a varios de los asistentes y llegaron a agredir a algunos de ellos. Un mes más tarde, la policía detuvo a seis jóvenes por la denuncia de dos ultraderechistas.

Estos jóvenes publicaron en un comunicado:

Nos acusan de haber protagonizado unos disturbios contra un grupo de ultraderecha que pretendía boicotear una concentración legal, multitudinaria y pacífica.

Se les pidió cinco años de prisión y una fianza de 17.000 euros.[157] El juicio se celebró en julio 2021, y la sentencia se conoció a finales de año: condena a dos de los seis acusados por un delito de lesiones, un delito leve de lesiones en concurso con un delito contra los derechos fundamentales y libertades públicas concurriendo la agravante de abuso de superioridad y la atenuante de dilaciones indebidas. Por estos delitos se condena a estas dos personas a un año y diez meses de prisión, multa de dos meses y diez días con una cuota diaria de seis euros y a indemnizar conjunta y solidariamente a uno de los denunciantes con 6.000 euros por lesiones y 2.100 euros por secuelas y a otro a 50 euros por lesiones. En un comunicado, los antifascistas condenados remarcaban:

Lo más sorprendente es que dos personas hayan sido condenadas por un delito contra los derechos fundamentales y las libertades públicas, cuando la concentración en solidaridad con Catalunya era totalmente legal y los denunciantes reconocieron que estaban participando en una contramanifestación ilegal.

La ultraderecha también venía movilizándose desde los días previos al referéndum y no solo en Catalunya. El grito «¡A por ellos!», que se había usado durante el mundial de fútbol para animar a la selección

española, se recicló para alentar a las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado que salían entre vítores de sus cuarteles hacia Catalunya unos días antes del referéndum.

La consulta se celebró tal y como estaba prevista, a pesar de los asaltos de cientos de agentes de la Policía Nacional y la Guardia Civil a varios centros de votación, lo que provocó cientos de heridos y terribles escenas de violencia policial que dieron la vuelta al mundo. Yo mismo fui testigo de lo que se vivió aquel día en Barcelona, adonde me había desplazado para cubrir el referéndum sabiendo que, además de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, también la ultraderecha haría acto de presencia.

Quedé con Jordi Borràs a media mañana cerca de las Cotxeres de Sants, donde había pasado la noche. Allí se votó sin problemas, pero en otros puntos de la ciudad, concretamente en la escuela Ramón Llull, la policía se empleó a fondo y provocó varios heridos. Entre ellos, el músico Roger Español, que perdió un ojo por un disparo a la cara de una bala de goma que realizó un agente. Nos dirigimos a plaza Catalunya, donde se concentraban varios grupos de ultraderechistas. Eran pocos y estaban controlados de cerca por un dispositivo de los Mossos. Aquel día, la ultraderecha cometió varias agresiones, tal y como recogió Jordi en un informe. Pero la Policía Nacional y la Guardia Civil fueron quienes trataron de impedir la votación. Y no lo consiguieron.

En verano de 2021, Jordi y yo hablamos sobre el libro que cada uno estaba escribiendo. Me comentó que en el suyo también recogería los hechos del 1 de octubre y algunas cosas más que hemos compartido estos últimos años. Decidí entrevistarlo también para este libro, porque considero que su trabajo lo merece y porque ha sufrido en sus carnes no solo las amenazas y la violencia fascista, sino también la impunidad y la complacencia de las instituciones, como demuestra lo que contaré más adelante sobre la agresión que sufrió a manos de un agente de la Brigada de Información de la Policía Nacional.

Conocí a Jordi en 2013, cuando empezó a ser amenazado por grupos neonazis. Jordi había empezado a interesarse por la ultraderecha pocos años después del asesinato de Roger Albert en 2004. De nuevo un crimen de odio motivaba a alguien para meterse a investigar a estos grupos, que fue lo que me pasó a mí con Guillem y a otras

personas que perdieron a alguien cercano. Jordi cuenta:

El asesinato de Roger me pilla muy de cerca. Lo conocía desde pequeño, porque íbamos al mismo grupo escolta. Lo mataron en el barrio donde vivía, en Gràcia, a doscientos metros de mi casa de entonces. Estuve varios años trabajando sin problemas, documentando las manifestaciones gracias a esa relación amor-odio de los nazis con la prensa. Al mismo tiempo que odian a los periodistas, luego pierden el culo por aparecer en la foto.

En 2013, tras el mitin neonazi del Doce de Octubre en Montjuïc, se produjo un encontronazo entre neonazis y antifascistas en Sants. Jordi, que había advertido de la presencia de estos neonazis en la zona, fue señalado como cómplice de los antifascistas. A partir de entonces, se vio obligado a cancelar varias conferencias por las constantes amenazas que recibía en las redes sociales.

En 2014, me disfracé de facha para ir a la gran manifestación que organizaba Societat Civil Catalana (SCC) el Doce de Octubre contra la consulta del 9N. Ni siquiera mis compañeros fotógrafos me reconocieron. Fue bastante gracioso. Al año siguiente volví a Montjuïc, porque pensaba que habría un dispositivo policial adecuado; pero no era así, solo los vigilaban de lejos. Entonces, Chaparro (DN) me señaló diciendo por el megáfono que yo, Jordi Borràs, estaba allí. En ese momento empezaron a increparme y me tuve que ir. Cuando se subió al escenario, yo ya me había marchado, pero el líder de DN animó a los presentes a agredirme:

—Hemos visto por aquí a esa rata de Jordi Borràs. Os pido a todos que miréis a vuestro lado y, si está, le deis un capón; no muy violento, no sea que os vayan a detener, pero una buena hostia y que se vaya.

Por estas palabras, el juzgado de lo penal número 26 de Barcelona condenó en 2017 al vicepresidente de DN a un año de cárcel y una

multa de mil ochocientos euros por un delito contra el ejercicio de libertades fundamentales por incitar al odio contra el fotoperiodista. [158] En cambio, a él y a otro miembro de DN los absolvió de los delitos de coacciones y amenazas.

En 2016, Jordi publicó el libro Desmuntant Societat Civil Catalana (Saldonar, 2016). Esta organización se había erigido como un nuevo frente antiindependentista, y recibió simpatías de toda la derecha y parte de la izquierda españolista. El libro de Jordi desvelaba lo que había detrás de ese supuesto movimiento de base creado para combatir el auge del independentismo en Catalunya.

Societat Civil Catalana (SCC) se articula a imagen y semejanza de la Assemblea Nacional Catalana (ANC), ya que el españolismo se da cuenta de que, aunque tiene el monopolio económico y político con capital en Madrid, a nivel de movilización ciudadana hay un vacío inmenso. No hay un movimiento de base, como sí lo había en el independentismo, que iba de abajo arriba, desde el asociacionismo, que tiene más de un siglo de historia. El españolismo en Catalunya va de arriba hacia abajo. Así, entienden que hay que copiar el modelo de la ANC. Por eso, un lobby económico y político empieza a gestar SCC. En su núcleo hubo gente de la órbita de Ciudadanos, del PSC, del PP y de la ultraderecha. Hay gente que hace de puente entre todos ellos.

El impulso que SCC dio al españolismo fue evidente, como se vio en las sucesivas convocatorias contra el referéndum y el independentismo desde su fundación, que reunían a grupos de extrema derecha y personajes de derecha e izquierda, como el exmiembro del partido comunista Paco Frutos. La importancia de SCC radica en la capacidad que tuvo para sacar al españolismo a las calles, vestir el nacionalismo español de «constitucionalismo» y amparar bajo su nombre a todo el espectro, tratando de sortear el estigma ultraderechista e impulsar un movimiento de masas; eso sí, pensado y articulado desde los despachos del poder. En esta aventura, a la vez que el españolismo «constitucionalista» mostraba músculo, los ultraderechistas contaban con un buen paraguas y la organización de estos actos nunca les hizo un feo ni les pidió que se fueran. Al contrario. Ya en su fundación,

SCC contó con el apoyo de miembros de Vox, que todavía era extraparlamentario, así como de otras figuras de la extrema derecha españolista de Catalunya. No les importó, ni a unos ni a otros, caminar juntos.

La extrema derecha española aprovechó el relato oficial contra el independentismo catalán, y más concretamente lo que se conoce como el procés, para reivindicar su protagonismo en la defensa de la unidad de España. Legitimada por el discurso del poder, vio la ocasión para actuar con mayor contundencia y descaro en las calles; además, contó con una sospechosa impunidad o, al menos, la pasividad de las autoridades. Borràs documentó más de un centenar de ataques españolistas solo entre septiembre y diciembre de 2017. Los publicó en el dosier En nombre de España.

Entre el 8 de septiembre y el 11 de diciembre de 2017 se produjeron en Catalunya al menos 139 incidentes violentos que tenían una motivación política en defensa de la unidad de España (sin incluir la acción de las fuerzas de seguridad del Estado alrededor del 1 de octubre para impedir el referéndum). De estos, la mayoría (86) son agresiones, que han provocado un total de 101 víctimas con heridas de diferente consideración. El resto de los delitos son de diversa tipología, pero principalmente encontramos amenazas, coacciones, actos vandálicos, violación de la propiedad privada y al menos dos casos de violencia sexual.[159]

Ya hacía años que Borràs recibía constantes amenazas e incluso su dirección se había publicado en varios foros ultraderechistas. A pesar de las precauciones que tomaba, en julio de 2018 alguien lo encontró. Fue el policía nacional I. R., adscrito a la Brigada de Información de la Policía Judicial de Barcelona. Se cruzó en el centro de Barcelona con Jordi, que volvía de cubrir un acto para el diario El Món. El policía, que iba de paisano, la emprendió a golpes al grito de «Viva España» y «Viva Franco», según varios testigos. Quienes presenciaron la agresión lograron retenerlo. El agresor se identificó entonces como policía e incluso mostró su placa antes de huir, imagen que fue captada y publicada en las redes sociales. Borràs sufrió la rotura del tabique

nasal y varias contusiones que requirieron atención médica.

El periodista Joan Cantarero publicó en 2020 un nuevo dato sobre el agresor: estaba afiliado a Vox desde 2016.

El policía I. R. no es ajeno a la política convencional, ya que desde el 17 de marzo de 2016 es militante de Vox en Barcelona. Según consta en sus datos de afiliación, el agente tiene el carné número 26.259 del partido.

El 25 de enero de 2022, en el juzgado de lo Penal número 16 de Barcelona, el inspector de policía, con conocimientos en artes marciales, admitió que había propinado puñetazos y patadas a Borràs guiado por su animadversión ideológica. Además, el agente retiró la denuncia que interpuso contra el fotoperiodista, al que acusaba de una agresión en una pelea que en realidad nunca sucedió. Fue únicamente una agresión del policía al fotoperiodista. El agente aceptó un año de cárcel por un delito de lesiones con la agravante de discriminación ideológica y no podrá acercarse ni comunicarse con Borràs durante cuatro años. La pena de prisión ha quedado en suspenso siempre que el inspector no delinca en dos años, cumpla con la prohibición de comunicación con Borràs y realice sendos cursos de prevención de la violencia y de aceptación de la diversidad. Sin embargo, el policía no ha sido expulsado del Cuerpo.

Jordi Borràs ha perdido la cuenta de los juicios a los que ha asistido como víctima. Tiene todavía dos pendientes a día de hoy.

Cada juicio es un proceso agotador. Supone un desgaste a nivel personal muy grande y te desesperas, sobre todo cuando no hay una respuesta favorable en la sentencia. Aun así, yo soy partidario de denunciar siempre. Lo que no se denuncia no consta. Y si no lo haces, es como si esos hechos no existieran. Denunciar es también un acto antifascista. Sé que muchas veces no servirá de nada, pero creo que

moralmente debo hacerlo.

En verano de 2020 le pedí a Jordi que se encargara del capítulo sobre Catalunya en el informe De los neocón a los neonazis: la derecha radical en el Estado español, que coordiné para la Fundación Rosa Luxemburgo. El tema catalán daba para un capítulo entero y, sin duda, Jordi era la persona indicada para este tema. En este capítulo, Jordi desgrana todo el espectro ultraderechista que actúa o ha actuado en Catalunya estos últimos años, así como el ya comentado papel de SCC y los medios de comunicación en el blanqueamiento de estas organizaciones. Sin embargo, también hace referencia a un sector marginal y minoritario del independentismo que se puede catalogar como ultraderechista.

No obstante, si la gran mayoría de partidos y organizaciones de extrema derecha que encontramos en Catalunya tienen en común su españolismo radical, también hay una minoría independentista que ha probado articularse de manera infructuosa desde hace décadas. Tanto las organizaciones actuales como las precedentes son organizaciones pequeñas, algunas de ellas virtuales y otras casi unipersonales.

Desde hacía años, grupúsculos independentistas reivindicaban la «Catalunya Catalana» usando el 33 como acrónimo y predicando algunos de los temas típicos de la extrema derecha: expulsión de las personas migrantes, islamofobia, antifeminismo, antiizquierdismo y todo el argumentario propio de la extrema derecha, pero bajo el barniz independentista. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en las movilizaciones españolistas, los propios independentistas siempre han impedido a estos grupos tener espacio dentro de sus actos. En numerosas ocasiones, una barrera humana les ha impedido el acceso a la ofrenda que se organiza cada 11 de septiembre a Rafael Casanova y otras veces se les ha expulsado del Fossar de les Moreres, lugar emblemático para el independentismo; por ejemplo, en 2021 se echó a un pequeño grupo a base de golpes y sillazos. En las redes sociales, que es donde más presencia tienen estos grupos, son constantemente

señalados y equiparados con el resto de las ultraderechas; aunque ellos lo niegan escudándose en que su nacionalismo lo es de una nación oprimida, usan los mismos tópicos que el resto de nacionalismos de extrema derecha contra personas migrantes, musulmanas, izquierdistas, feministas e incluso otros independentistas, a los que acusan de traidores. Sin embargo, y es importante señalarlo, quienes les han obligado durante años a mantener un perfil bajo han sido en gran parte el resto de independentistas.

Esto no significa que no haya dentro del independentismo algunos discursos que hacen saltar ciertas alarmas. El relato que asocia todo nacionalismo con la extrema derecha y con posiciones xenófobas se refuerza cuando se oyen los términos «colonos», «ñordos» o «españoles» como insulto o cuando formaciones de extrema derecha de otros países, por diferentes motivos, han hecho, en algún momento, un guiño al independentismo. Ese lenguaje que usan algunos, aunque sean una minoría, se aprovecha para estigmatizar a todo el movimiento.

En otoño de 2021, tras la polémica suscitada por un personaje independentista que relacionaba migración con delincuencia, decidí hacer una prueba. Este personaje se decía de izquierdas y pro-LGTBI, pero se fotografiaba con la lideresa de un partido ultraderechista independentista marginal que es un calco de la ultraderecha europea en todos los sentidos, excepto en el marco nacional. Traduje al catalán el programa de Vox sobre migración, lo colgué en Twitter y pregunté a la gente del entorno independentista qué opinaba. Muchos lo identificaron inmediatamente y lo rechazaron, pero otros —quienes defendían al personaje que se fotografiaba con la ultra— lo compraron sin rechistar y afirmaron que se trataba de medidas de sentido común. Por supuesto, no sabían que era el programa de la ultraderecha española. Horas más tarde, desvelé la trampa, pero sirvió, al menos por unos momentos, como alerta para navegantes. Ningún nacionalismo, ni siquiera el de las naciones sin Estado, está a salvo de que surjan elementos reaccionarios. Tanto el racismo como la islamofobia, la homofobia o el antifeminismo son demasiadas veces elementos transversales que salpican incluso a quienes se consideran progresistas. Por eso, el problema de la extrema derecha va más allá de las banderas que enarbolen unos u otros, porque se trata de una

infección en el sentido común de la gente. Ese es el éxito de su batalla cultural. La verdad es que estoy seguro de que, si hubiese hecho la misma prueba en otros ambientes no independentistas y de izquierdas, también nos habríamos llevado algunas sorpresas.

Tras el 1 de octubre, Catalunya vivió un ciclo de protestas que pusieron en jaque a las autoridades, con una oleada de disturbios y episodios de violencia entre policías y manifestantes que coparon los informativos y las tertulias durante semanas. Se mezcló de nuevo la reivindicación soberanista con la antirrepresiva, tanto a favor de los políticos y activistas presos por el referéndum (a partir de que se conociera la sentencia del procés) como por el caso del rapero Pablo Hasél, entre muchas otras causas. Desde entonces, hay cientos de personas encausadas por participar en diferentes movilizaciones. Varias personas, como el expresidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, el rapero mallorquín Valtonyc y la exsecretaria general de ERC, Marta Rovira, viven en el exilio. También la exdiputada de la CUP Anna Gabriel salió del país por el macroproceso que abrió el juez Llanera contra los diputados independentistas de la época del procés.

Jordi comenta:

Inequívocamente, una parte del antifascismo participó de lleno en el referéndum y en todo lo que vino después. Esto no fue solo el ejercicio del derecho a la autodeterminación, sino que es un gran acto antifascista, o al menos así fue entendido desde aquí. Aunque no convocase ningún colectivo antifascista, aquí estaban muchos de sus integrantes.

Mucha gente piensa que el procés es un proyecto hecho de arriba hacia abajo, es decir, desde los políticos a la sociedad civil. Sin embargo, muchos catalanes lo interpretan precisamente al revés. Jordi asegura que fue la base la que empujó a los políticos a ponerlo en marcha.

Jordi Borràs recuerda:

Entre la gente que ayudó a esconder urnas con el referéndum, había incluso militantes anarquistas.

También aclara:

Hubo una izquierda del resto del Estado, más allá de los partidos políticos, que defendió el referéndum. Mucha gente de Catalunya descubrió que en España había quienes apoyaban el derecho a decidir y eso les supuso una gran sorpresa. Generalmente son colectivos muy silenciados por los medios, pero existen y muchos de ellos vivieron el 1 de octubre desde Castilla, Canarias, Andalucía y otros puntos del Estado.

El 16 de marzo de 2019, mientras transcurría el juicio a los líderes políticos catalanes que habían promovido el referéndum, la Assemblea Nacional Catalana (ANC) y Òmnium Cultural convocaron una manifestación en Madrid bajo el lema «La autodeterminación no es delito, democracia es decidir», a la que se sumaron setenta asociaciones madrileñas. A la marcha asistieron decenas de miles de personas (56.000 según el periódico El País y 120.000 según la organización), que llenaron las calles de la ciudad durante horas. Durante el recorrido, varios neonazis de Hogar Social Madrid hicieron acto de presencia para provocar a los asistentes. Siete de los miembros del servicio de orden de la manifestación fueron a juicio por un supuesto delito de odio y otro de amenazas. El periódico El Salto habló con varios de ellos.

No nos denuncia Hogar Social Madrid, quien se presenta como denunciante es la Brigada de Información de la Policía —explica Ángel a El Salto, uno de los activistas que fueron a juicio, quien señala que este es «absolutamente político»—. Cuando vas viendo el auto y las pruebas… una es que Hogar Social Madrid es una asociación vecinal de reparto de comida, no se menciona que son de extrema derecha.[160]

Según los acusados, fueron a hablar con los agentes de la Policía Nacional hasta en seis ocasiones para advertirles que había un grupo de neonazis molestando a los manifestantes. «Nos identificaron cada vez y nos dijeron que era una cuestión formal». Meses después, recibieron una notificación en la que se les avisaba que tenían pendiente un juicio por un delito de amenazas en relación con la manifestación del 16 de marzo.

—Es gracioso, nosotros éramos el servicio de orden, y previendo cómo actúan estos grupos [en referencia a Hogar Social Madrid], hicimos lo conveniente para proteger a las familias que estaban allí, nuestra labor era que no pasara nada —señala uno de ellos a El Salto.

La policía les acusaba de haber perseguido a los miembros de Hogar Social Madrid «de manera intimidatoria» y de proferir «gritos», sin dar más información ni sobre qué se decía, ni quién. Cuando acudieron a comisaría a ver el atestado, vieron que los agentes de la Brigada de Información habían interrogado a Melisa, la lideresa de Hogar Social, haciéndole preguntas como que «si tenían pintas de independentistas», a lo que ella respondió todo con un «sí», sin dar más información. «Es evidente que es un juicio que se han montado para reprimir a quien muestre solidaridad con el proceso catalán».

El Salto, que tuvo acceso al atestado, explica que este señalaba que

Melisa y el resto de activistas de Hogar Social Madrid estaban allí «paseando», sin que el espacio elegido tuviera nada que ver con la convocatoria por el derecho a decidir, a pesar de que en su perfil de Facebook se han publicado vídeos en los que decían que habían ido a la manifestación para denunciar a los independentistas. «Vamos a una manifestación para denunciar un juicio político [en referencia al juicio al procés] y se acaba haciendo otro juicio expresamente político y se ampara a un grupo de nazis que pretende justamente esto, es superrocambolesco» —concluye uno de los jóvenes juzgados.

Finalmente, el juez decidió archivar el caso.

Meses más tarde, el 16 de octubre, se hizo pública la sentencia del procés, que condenaba a prisión a los líderes independentistas. Además de las múltiples protestas en Catalunya, también en Madrid se convocó una protesta a la que acudieron de nuevo grupos de extrema derecha a provocar. Según el periódico El Plural, «fascistas con estética skin han contraprogramado la convocatoria cerca de las 20.00 horas. Estos han intentado cargar contra los manifestantes, pero la policía ha realizado un cordón y ha cargado contra los ultraderechistas, reduciendo su intento y haciéndolos retroceder hasta la calle Arenal».

La jornada terminó con varios incidentes y con la detención de varios manifestantes. Uno de ellos fue Dani Gallardo, un joven malagueño residente en Madrid que pasó un año y un mes en prisión preventiva por atentado a la autoridad, acusado de golpear a un policía. Dani fue condenado a cuatro años y medio de prisión. La defensa del acusado subrayó que en el parte de atención del Samur presentado por el agente de policía figuraba que había sido dos horas antes de que tuvieran lugar los hechos y en otro lugar. El caso de Dani generó una ola de solidaridad en todo el Estado español. Él fue uno de los centenares de encausados por participar en las numerosas protestas en todo el Estado a raíz del referéndum del 1 de octubre.

Aunque los líderes del procés ya salieron de prisión cuando fueron indultados por el Gobierno español, todavía quedan varias personas exiliadas y cientos encausadas. La organización del referéndum y todo lo que se organizó posteriormente en solidaridad con las personas encausadas ha sido uno de los movimientos sociales más importantes desde la transición, independientemente de la opinión que se tenga sobre él. También fue evidente el apoyo que gran parte del movimiento antifascista, tanto en el Estado español como en otros países de Europa, brindó al derecho a decidir y en solidaridad con las víctimas de la violencia policial y las causas judiciales que se derivaron del procés.

La extrema derecha, por su parte, quiso aprovechar este escenario para legitimarse y escudarse en el «constitucionalismo» (que era como la mayoría de los medios describía a los nacionalistas españoles) para ganar visibilidad e incluso actuar contra el independentismo con cierta impunidad. Varios grupos ultraderechistas formaron incluso patrullas que denominaron «brigadas de limpieza» para eliminar la propaganda independentista y los lazos amarillos, que representaban la solidaridad con los presos independentistas de los pueblos y ciudades catalanas. Algunos de los miembros de estos grupos mostraron al periodista Lucas de la Cal, del diario El Mundo, la nave industrial donde guardaban el material robado: diez millones de lazos, ochocientas banderas esteladas y carteles con la cara de los presos.

«Nos solemos juntar unas diez personas y salimos todas las semanas, al menos dos veces, a quitar lazos amarillos», explica Natalie. Lo hacen de madrugada, en vehículos grandes, con escaleras, tenazas y pértigas en los maleteros. Usan una aplicación de walkie talkie en el móvil para comunicarse entre ellos y cámaras GoPro para grabar sus actuaciones.

«Antes, la mayoría nos tapábamos las caras con pasamontañas y gorras para que los CDR (Comités de Defensa de la República) no nos identificaran. Pero ahora tenemos a mucha gente a la que se le ha quitado el miedo al sistema totalitario que han instalado los separatistas y sale a cara descubierta».[161]

La publicidad y el buen trato en los medios de comunicación españoles estimularon todavía más la actividad de estos grupos antiindependentistas, que en numerosas ocasiones pasaron de la mera retirada de simbología a las agresiones físicas, las amenazas o los daños materiales. El periódico Directa siguió de cerca su actividad y su composición, y dedicó varios reportajes a desvelar las vinculaciones con la extrema derecha de gran parte de estos grupúsculos.[162] En septiembre de 2018, el periodista Jesús Rodríguez explicaba el incremento de la actividad y la escalada violenta de algunos de estos grupos, a los que se refería como «guerrillas de personas encapuchadas» que

arrancaban placas independentistas instaladas por acuerdo de los plenos municipales, esteladas de parques de bomberos, pancartas solidarias con presos y tomas de balcones consistoriales, lazos amarillos de viviendas particulares o simbología colgada en farolas, rejas o barandillas de la vía pública.

Directa documentó los incidentes violentos de estos grupos, como:

El ataque que acabó con siete personas heridas a finales de julio en la plaza Onze de Setembre de Manresa —capitaneado por Raúl Macià y donde entre las víctimas hubo un menor— o de la patada en la cara que Toni Noguera propinó a un hombre que le recriminaba que retirara lazos amarillos, en la carretera de acceso a la cárcel de Lledoners el día que trasladaban a los presos políticos desde Madrid.

Macià, uno de los protagonistas de estos incidentes, reingresó poco después en prisión por incumplir el tercer grado penitenciario del que gozaba. Según el periódico Regió7, en el 2011 fue condenado «a casi nueve años de cárcel por haber participado en un robo a punta de pistola en un piso de narcotraficantes».[163]

El reportaje de Jesús Rodríguez en Directa desvelaba lo que los medios españoles omitían cuando hablaban de los comandos antilazos o entrevistaban a sus miembros: la vinculación directa de algunos partidos de extrema derecha y exmiembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado con estos grupos. El reportaje desvelaba que un ex guardia civil financiaba a los autodenominados Grupos de Defensa y Resistencia (GDR) desde Suiza.

Actúan de noche y la mayoría de las intervenciones las realizan las mismas personas que se desplazan por diferentes comarcas. Muchas horas de dedicación y gastos de transporte, logística y manutención. El

trabajo voluntario de los GDR ha hecho que empresas y medios de comunicación españolistas hicieran llamadas a financiar este movimiento. «Que no tengan que pagar de su bolsillo las multas o la gasolina de los coches con los que se desplazan», apuntaba el empresario José Manuel Opazo desde Zúrich, donde tiene domiciliadas la mayoría de sus empresas del sector inmobiliario. Cuando tenía veinte años ingresó en la Guardia Civil, en el municipio vizcaíno de Durango, pero a mitad de los años ochenta se marchó repentinamente del País Vasco para establecerse en Suiza. Se muestra orgulloso de su amistad con el general condenado por los GAL, Enrique Rodríguez Galindo, y de haber realizado negocios inmobiliarios con el exministro Rodrigo Rato, investigado por corrupción. Opazo ya ha hecho donaciones económicas a la causa antiindependentista, asumiendo la defensa jurídica del ultra Raúl Macià o sufragando decenas de grandes pancartas de convocatoria en la manifestación españolista del 9 de septiembre.[164]

Rodríguez, además, demostraba en este mismo reportaje las vinculaciones de varios de miembros de los GDR con partidos políticos de extrema derecha, concretamente con PxC, Vox y DN. La entradilla del artículo en Directa afirmaba:

Plataforma per Catalunya, Democracia Nacional, Vox y reductos falangistas compiten por el liderazgo de los Grupos de Defensa y Resistencia (GDR), después de que la actividad de estos grupúsculos haya recibido el impulso mediático y político de Ciutadans.

Sin embargo, las diferencias entre los distintos grupos, que se acentuaron de cara a las elecciones, provocaron algunos roces. Jesús Rodríguez volvió a explicarlo de nuevo en la Directa.

A medida que se acercan las elecciones municipales y que las actuaciones de las guerrillas contra la simbología independentista copan más espacio en el prime time de la actualidad informativa, los

partidos políticos unionistas han intensificado la guerra enterrada por el control de los grupos que arrancan lazos amarillos. En algunas comarcas la carrera se ha convertido en competencia o directamente confrontación, con estrategias divergentes tanto en el ámbito de la acción en la calle como en el campo comunicativo. […] El Grupo de Acción y Resistencia de Ciudadanos por España (GARCE) se distancia de los Segadors del Maresme, controlados por PxC, al tiempo que Ciudadanos impulsa retiradas de lazos amarillos en solitario.[165]

La influencia del procés y la reacción del Estado ante el independentismo han condicionado la política catalana y española estos últimos años. También a gran parte de los movimientos sociales catalanes, que se han visto arrollados por la omnipresencia en casi todos los escenarios del debate sobre la cuestión nacional y las consecuencias de lo vivido alrededor del referéndum, algo que en algunos casos ha supuesto ciertos desencuentros.

Uno de los proyectos más novedosos que trabajan en la monitorización, exposición y denuncia de la ultraderecha es Som Antifeixistes,[166] que publica en redes abundante información sobre las principales figuras del ultraderechismo en Catalunya, tanto del españolista como del independentista, y junta a independentistas y no independentistas en las convocatorias contra los actos de grupos neonazis y fascistas. También en varias localidades, comarcas y universidades catalanas siguen existiendo numerosos colectivos antifascistas y movimientos sociales transversales que se activan cuando existe algún tipo de acto de la extrema derecha. Aun así, sigue existiendo una gran conciencia antifascista en la sociedad catalana, que continúa peleando en distintos ámbitos contra los grupos ultraderechistas de cualquier bandera.

---

[154] Disponible en https://elpais.com/politica/2013/09/12/actualidad/1378966553_

500212.html.

[155] Disponible en https://www.elmundo.es/loc/2018/03/03/5a995a5946163f6e2a8b4634.html.

[156] Véase https://www.elconfidencial.com/espana/madrid/2017-09-15/acto-proreferendum-teatro-barrio-madrid-derecho-decidir_1443988/.

[157] Véase https://www.elnacional.cat/es/politica/piden-cinco-anos-de-prision-a-seis-jovenes-madrilenos-que-dieron-apoyo-al-1-o_370381_102.html.

[158] Véase https://www.eldiario.es/catalunya/politica/condenado-neonazi-blanquerna-incitar-fotoperiodista_1_3130496.html.

[159] Disponible en https://www.media.cat/2018/02/09/en-nombre-de-espana/.

[160] Disponible en https://www.elsaltodiario.com/independencia-de-catalunya/siete-personas-juicio-amenazas-hogar-social-madrid-manifestacion-derecho-decidir-catalunya.

[161] Disponible en https://www.elmundo.es/cronica/2019/03/24/5c952453fdddffdf678b464f.html.

[162] Véase https://directa.cat/lextrema-dreta-es-disputa-els-escamots-antigroc/.

[163] Véase https://www.regio7.cat/anuari/2018/12/31/color-groc-exalta-ultradreta50120332.html.

[164] Disponible en https://directa.cat/lextrema-dreta-es-disputa-els-escamotsantigroc/.

[165] Disponible en https://directa.cat/els-escamots-antigroc-sescindeixen-per-lapugna-entre-partits-unionistes/.

[166] Véase https://twitter.com/SmAntifeixistes.

47

La irrupción de Vox y la

institucionalización del odio

El 11 de marzo de 1998, el periodista Javier Espinosa cubría para El Mundo la designación de Ricardo Izurieta como nuevo comandante en jefe del Ejército chileno en sustitución del dictador Augusto Pinochet, que, tras el golpe de Estado de septiembre de 1973, había gobernado el país con mano de hierro apoyado por Estados Unidos.

Vestido con el traje azul de capitán […], Pinochet fue recibido por los dos mil soldados que se formaron en la Academia Militar con un sonoro: «¡Bienvenido, mi general!». […] Después, la parafernalia de siempre: el desfile al paso de la oca con los cascos copiados del Ejército nazi, la exhibición de los estandartes coronados con aguiluchos imperiales de metal, las melodías prusianas, la marcha Radesky, los boinas negras que protagonizaron uno de los últimos arrebatos antidemocráticos de los uniformados…[167]

Los decretos 127 y 128 ponían fin al mando del dictador, despedido con todos los honores por la casta militar y con masivas protestas en las calles. Espinosa cuenta que aquel día las calles de Santiago celebraban su retirada al tiempo que exigían que no quedase impune. Más de tres mil personas seguían desaparecidas y varios miles denunciaron que habían sido torturadas.

En el centro de Santiago, cientos de jóvenes se enfrentaron durante

horas con los temidos pacos (apodo de los carabineros) a base de cantazos y cócteles molotov. Medio centenar de personas fueron detenidas y, al menos, dos resultaron heridas. Las manifestaciones se reprodujeron en otras localidades del país, como Valparaíso. Punkis, melenudos y ejecutivos de corbata y traje impoluto coincidían en enfrentar a los policías al grito de «¡Sin perdón, sin perdón, Pinochet al paredón!». Los agentes con su habitual delicadeza arrastraban por los pelos o a patadas a los chavales que arrestaban, mientras los camiones-manguera enfriaban los ánimos con chorros de agua incesantes. La despedida de Pinochet fue saludada con durísimos calificativos por parte de los políticos de centro-izquierda, que hablaron del final de la pesadilla.

Dos años antes, en 1996, el abogado español Joan Garcés, exasesor del presidente Salvador Allende, había iniciado los trámites para sentar al dictador chileno ante la justicia por crímenes de lesa humanidad utilizando los principios de la jurisdicción universal, que en teoría permitían a los Estados investigar y perseguir a personas por delitos cometidos en otros países. La sospecha de que los responsables de las dictaduras ultraderechistas de América Latina se irían de rositas, como ya había pasado en España, motivó a Garcés para reunir pruebas y testigos e imputar a Pinochet, que había sido designado senador vitalicio.

La Universidad Complutense de Madrid amaneció pocos días después —a mediados de marzo de 1998— con carteles sin firmar de apoyo al dictador chileno: «Gracias, Pinochet, por veinticinco años de paz y justicia». Acababan de terminar unas jornadas en el campus sobre la dictadura chilena organizadas por la Unión de Estudiantes Progresistas y de Izquierdas (UEPI). Algunos de ellos no dudaron en arrancar los carteles de apoyo al dictador. Al día siguiente, el 17 de marzo, tres de estos estudiantes se encontraban en el local de la asociación y fueron alertados de la presencia de un grupo de ultraderechistas que estaban retirando la propaganda contra Pinochet.

Roberto, Mario y Pablo fueron a ver qué ocurría y se encontraron de bruces con una veintena de neonazis que la emprendieron a golpes contra ellos y les provocaron varias heridas. Era la segunda vez que los neonazis atacaban a estudiantes progresistas ese año. Pablo, una de

las víctimas, contó lo sucedido en una rueda de prensa.

Mientras nosotros exigíamos mediante carteles y charlas el procesamiento en España de los responsables de torturas, asesinatos y desapariciones, mientras nosotros manifestábamos nuestro rechazo a la toma de posesión como senador vitalicio de Pinochet, ellos colocaban carteles del tipo «Gracias, Pinochet, por veinticinco años de paz y justicia» y además sin firmar, como cobardes. No entendemos cómo esta gente tiene un local en la facultad. No entendemos cómo pueden estar registrados legalmente como asociación cultural, la Asociación Cultural Tornassol, a la que presumían de pertenecer mientras nos golpeaban. Que no es más que un grupo ultraderechista vinculado estrechamente a la organización neonazi Alianza por la Unidad Nacional (AuN), liderada por Ricardo Sáez de Ynestrillas.

El mismo joven entró posteriormente, vía telefónica y en directo, en el informativo de Telemadrid.

No solo en la universidad, el tema de la violencia fascista es una realidad a la orden del día. Hace dos años fueron agredidos jóvenes de la Facultad de Biológicas. Constantemente podemos ver en las noticias las agresiones fascistas. Estos mismos jóvenes que nos agredieron a nosotros son los que patean a inmigrantes en las calles. Son los mismos que protagonizan la violencia que no tenemos más remedio que combatir, que es la violencia fascista.[168]

La policía detuvo a tres de los agresores tras las denuncias de las víctimas. Eran conocidos ultraderechistas que ya tenían fichados y que las víctimas identificaron en dependencias de la Brigada Provincial de Información. Según la denuncia, los agresores gritaron «Os vamos a acuchillar» mientras apaleaban a los estudiantes de izquierdas. Rafael Puyol, entonces rector de la Complutense, manifestó su condena a los hechos y anunció que se tomarían medidas. En 1999, los fascistas fueron condenados por lesiones y amenazas a los tres estudiantes.

El joven de pelo largo que habló en aquella rueda de prensa y posteriormente en Telemadrid era Pablo Iglesias Turrión, quien veinte años después sería vicepresidente del Gobierno de España. Cuando me encontraba inmerso en la redacción de este libro, me topé con que la periodista Mariela Rubio rescataba para la Cadena Ser la agresión que había sufrido Pablo hacía más de veinte años.[169] Pero, además del suceso en sí y de que Pablo era una de las víctimas, lo importante era la identidad de uno de los agresores condenados: Kiko Méndez-Monasterio, mano derecha de Santiago Abascal. El líder de Vox había publicado el libro Hay un camino a la derecha: Una conversación con Kiko Méndez-Monasterio (Stella Maris, 2015), que recoge un diálogo con el entonces militante fascista y ahora periodista.

Pablo Iglesias y Kiko Méndez han sido noticia estos últimos años, uno por su papel dentro de Podemos y el otro por su estrecha relación con el primer partido de extrema derecha que ha entrado en el Congreso de los Diputados desde que Fuerza Nueva perdiera sus escaños a principios de los años ochenta. Pablo Iglesias afirma:

Esto no es un asunto menor. Es un ejemplo de cómo buena parte de las figuras clave de la ultraderecha en España han encontrado en Vox su espacio natural.

Pablo Iglesias también recuerda los numerosos artículos publicados en varios medios, sobre todo por Antonio Maestre, compañero de La Marea, sobre varios miembros de este partido con pasado neonazi.

Aunque la figura de Pablo Iglesias como fundador de Podemos y como vicepresidente del Gobierno despierta sentimientos de todo tipo dentro de la izquierda, su testimonio resulta interesante para conocer cómo han vivido tanto el partido como él estos últimos años la llegada de la ultraderecha a las instituciones. También sirve para reflexionar sobre el papel que han jugado tanto Podemos como él mismo en la política española con toda la campaña de la que han sido objeto por parte de la derecha y con las críticas que han recibido desde la izquierda. Le conté que estaba escribiendo este libro y le propuse una entrevista.

Cuando empecé a militar con catorce años, los grupos de ultraderecha no tenían una presencia mediática e institucional como ahora. Pero estaban, claro. Ahí pasó lo de Lucrecia, lo de Richard, Bases Autónomas, los skinheads… Sabías que había territorios peligrosos, como la plaza de los Cubos, los bajos de Argüelles… Yo empiezo a militar en 1993, en medio de todo esto. Y se catalogaba todo de tribus urbanas.

La militancia de Pablo Iglesias en movimientos sociales desde que era un adolescente ha estado atravesada también por lo que cualquier joven con inquietudes políticas de aquellos años vivió sin quererlo. La violencia neonazi, aunque evitaras enfrentarte a ellos, te acababa alcanzando. Por eso, el antifascismo, como se explica en este libro, acabó siendo una medida de autodefensa imprescindible para cualquier entorno de izquierdas. Pablo afirma:

Era un antifascismo que implicaba defenderse y algunos compañeros tuvieron que aprender a pegarse, porque era un fascismo callejero, iba de cacería. Yo mismo me he llevado unas cuantas. Era una época en que los espacios de ocio juvenil requerían algunos elementos de autodefensa. Los ataques de los nazis eran habituales y esto no era nada fácil, teníamos las de perder. Era un antifascismo que asumió que, si quería hacer política, tenía que defender los espacios. Es una cultura que no es agradable, pero que es imprescindible.

La irrupción de Vox en las instituciones a partir de 2018, cinco años después de su nacimiento, fue algo que muchos no vieron venir. Estábamos acostumbrados a una ultraderecha marginal que tan solo conseguía anecdóticamente unos pocos concejales en pequeñas localidades y a la que poca gente prestaba atención. También a un PP que había sido capaz de captar el voto de todo el espectro de la derecha, desde el centro hasta la ultraderecha, a pesar de que algunos de sus miembros y muchas de sus políticas cruzaban las líneas rojas demasiado a menudo. La ofensiva neocón en los años del Gobierno de

Zapatero hizo que la ultraderecha se fuera desligando progresivamente del PP. Vox fue recogiendo poco a poco el descontento de gran parte del sector ultraderechista, que veía que en Europa y Estados Unidos con la llegada de Trump había posibilidad de hacerse un hueco. Y así fue hasta que consiguieron los cincuenta y dos escaños en el Congreso y cientos de diputados y concejales en parlamentos autonómicos y ayuntamientos que tiene hoy en día el partido liderado por el exmiembro del PP Santiago Abascal.

Pablo Iglesias razona:

Alguien podría decir que Vox prácticamente es una escisión del PP y hay parte de verdad en esta afirmación. Vox es parte de un proceso de reacción a lo que representa Podemos, pero sobre todo contra el independentismo catalán, unos términos de la conversación que generan los medios de comunicación y otros actores políticos como Ciudadanos, y esto no tiene nada que ver con los nazis que daban palizas, que disparaban y atentaban. Sin embargo, el caso de Kiko Méndez-Monasterio desmiente esto. Él viene de AuN, del partido liderado entonces por Ynestrillas, que, no lo olvidemos, fue juzgado por el atentado que causó la muerte del diputado de HB Josu Muguruza, aunque luego resultara absuelto.

La clave del surgimiento de Vox es principalmente su proyecto reaccionario contra Catalunya. También se ubica temporalmente en el auge del trumpismo y eso sí que define el modus operandi cultural de Vox. Sus relaciones con Steve Bannon (exasesor de Trump y creador del portal de desinformación Breitbart), sus contactos en América Latina demuestran cómo usan todos las mismas estrategias de normalización del bulo, la misma agresividad discursiva, la provocación… Y, al mismo tiempo, son la fuerza imprescindible para que el PP vuelva a estar en un consejo de ministros. En un contexto así, su posición estratégica está blindada. Si a esto añadimos el apoyo con el que cuentan de parte de los empresarios importantes, que tienen a su gente en los medios de comunicación, pues gozan de una posición táctica envidiable.

Vox aprovechó el referéndum en Catalunya para publicitarse, primero acusando al resto de partidos españolistas de ser demasiado tibios y posteriormente ejerciendo la acusación popular en la causa contra los líderes del procés. Pocos días después del referéndum, tras las numerosas exhibiciones ultraderechistas en el Estado, muchas de ellas violentas, el entonces líder de Podemos, Pablo Iglesias, participó en un acto de presentación de la candidatura de Catalunya en Comú a las elecciones de diciembre de 2017. Iglesias pronunció entonces una frase sobre el independentismo que, según él, no se entendió bien: «Sin quererlo o buscándolo, han ayudado a despertar el fantasma del fascismo»[170]. Desde el independentismo, se le acusó de responsabilizarlos del resurgir ultraderechista y las críticas le perseguirán hasta el día de hoy. Cuando lo entrevisté para este libro, le pedí que explicase exactamente a qué se refería con esas declaraciones y esto fue lo que me contestó:

Quizás esto lo tendría que haber explicado mejor. Se leyó como que «Ah, claro, no puedo ser independentista porque eso despierta a la extrema derecha, y tenemos que renunciar a nuestro proyecto y a nuestras ideas. Pues vosotros igual». Y no. A lo que me refería es que a una parte del independentismo le ha gustado exagerar una caricatura de España, que prácticamente decía que España es ultraderecha, es Intereconomía. Y al hacer eso estás contribuyendo a que España se parezca cada vez más a Intereconomía. Durante mucho tiempo se ha pensado que, cuanto peor, mejor. Si gobiernan el PP y la ultraderecha, mejor. Y no. Cuanto peor, peor. Precisamente lo que necesitas son alianzas y evitar hacer una caricatura que identifique ultraderecha con lo español, porque eso es muy injusto. Pero creo que no me supe explicar.

«Ha vuelto la ultraderecha», afirmaron algunos. En realidad, nunca se había ido desde la muerte de Franco, como bien documenta este libro, pero es verdad que muy poca gente la sufría y menos aún la combatía. Vox no es la ultraderecha callejera que agrede en las calles en manada. No es ese partido neonazi que convoca a un puñado de macarras dos veces al año para homenajear a don Pelayo o desfilar cada Doce de Octubre. Vox es otra cosa, aunque en muchos aspectos

no difiera demasiado de quienes lo precedieron. El partido ha conseguido normalizar los discursos que otros partidos y organizaciones neonazis y neofascistas llevaban años difundiendo y ha sabido encajar a parte de esa ultraderecha marginal en sus filas. Esto lo reivindican incluso actuales militantes neonazis,[171] que públicamente reconocen:

[Vox] ha sido muy bueno a la hora de señalar un discurso que para nosotros era completamente marginal, porque en ningún momento tuvimos ni medios ni financiación, ni siquiera dirigentes o teóricos que hayan sabido llevar a la opinión pública, a las televisiones lo que ahora se dice desde las poltronas de un parlamento. Eso está de puta madre. Lo único que han hecho ha sido abrir un poquito la ventana de Overton. Lo que hay que hacer ahora es entrar, consolidarse y reventarla.

Quienes llevaban años luchando contra la extrema derecha en diferentes ámbitos se preguntaron cómo se combate entonces contra un partido con representación en casi todas las instituciones que cada día tiene sus minutos de gloria en los principales medios de comunicación; un partido que desde el primer momento había sido aceptado como un actor político más, sin el estigma de los viejos partidos de extrema derecha, que raramente aparecían en los medios de comunicación. En muchos casos, la respuesta —sobre todo por parte de aquellos que hasta la llegada de Vox no habían sufrido ni investigado a la extrema derecha— fue que se les ganaba en los debates con argumentos y sentido común. Sin embargo, estaba claro que los movimientos sociales y los grupos antifascistas, que no tienen acceso a los grandes medios ni al debate político en las instituciones, no podían quedarse de brazos cruzados y esperar que cuatro periodistas y cuatro políticos de izquierdas convencieran a millones de personas de que la ultraderecha no era una opción democrática más y esta acabase por rendirse. Según Iglesias, la palabra «antifascismo» volvió al debate público estos últimos años no solo para referirse a los grupos antifascistas, sino también al compromiso democrático ante la llegada de una formación postfascista como Vox.

Si tenemos que ponernos alguna medalla quienes hemos utilizado cierto lenguaje cuando tenía muy mala prensa, es la muy importante tarea educativa. En Europa, la palabra «antifascista» sirve para agrupar desde democristianos hasta liberales. En Italia la Constitución es antifascista y el antifascismo forma parte de un patrimonio que está en el origen de la Unión Europea. No es algo de radicales de extrema izquierda, como oímos tan a menudo aquí con cuñadeces del tipo «ni fascismo ni antifascismo», que es como decir «ni nazis ni judíos». Poco a poco —algunos periodistas lo han dicho por primera vez—, se empieza a entender los peligros de la bestia. Se empieza a hablar de Weimar, de Hindenburg, de Von Papen y de cómo la derecha contribuyó a la normalización del fascismo. Por suerte, se habla más de ello, porque es una realidad, un peligro presente.

Quienes venían informando, desvelando y alertando sobre la extrema derecha y los discursos de odio desde diferentes ámbitos aún hoy siguen haciéndolo y forman parte de ese frente imprescindible en toda batalla: la educación, la formación, la información y la sensibilización. La ofensiva de la extrema derecha, liderada por Vox, va más allá de su actividad política en las instituciones. Se sirve, además, de sus medios afines y de toda una serie de fundaciones y organizaciones que hemos retratado varios autores en el informe que coordiné en 2021 para la Fundación Rosa Luxemburgo sobre la derecha radical en el Estado español. Este informe es un extenso trabajo colectivo que pone luz sobre este fenómeno centrado en la actualidad, también más allá de Vox, y que sirve como herramienta de consulta para entender el alcance y las ramificaciones de todas las extremas derechas que existen en España.

Antes, el eurodiputado Miguel Urbán, también experto en extrema derecha, había publicado un pequeño libro muy incisivo y útil en el que explicaba lo que era Vox, de dónde venía y cuáles eran sus estrategias. La emergencia de Vox: apuntes para combatir a la extrema derecha española (Sylone, 2019)[172] desgrana los orígenes de este partido y sitúa perfectamente los ejes de su programa, del que no se cansa de repetir que es un instrumento al servicio de las élites. Urbán, miembro de Anticapitalistas (que salió de Podemos cuando el partido

entró en el Gobierno) lleva años militando en movimientos sociales —incluido el antifascismo— y conoce muy bien la extrema derecha. Tanto en el libro como en sus charlas, Urbán —a quien también entrevisté para este capítulo— insiste en la necesidad de abordar este fenómeno sin perder de vista el papel que juega el neoliberalismo ante el auge de las extremas derechas.

Necesitamos la movilización de un antifascismo amplio que combata la emergencia de la pujanza electoral de la extrema derecha y, del mismo modo, exija cuentas al neoliberalismo por su responsabilidad en la acelerada emergencia de esta ola reaccionaria global en la que se inserta el fenómeno de Vox. Porque el ascenso de las «identidades oscuras» de la extrema derecha es inversamente proporcional a la desaparición de los vínculos de solidaridad de clase, un proceso íntimamente relacionado con la implacable lógica competitiva neoliberal del «aliento helado de la sociedad mercantil», que escribía Benjamin.

Siempre, una de las estrategias de la ultraderecha ha sido el victimismo. Vox lo ha utilizado constantemente y no solo para criminalizar a sus adversarios, sino también a cualquiera que no le riera las gracias. Incluso llegó a vetar a determinados periodistas y medios de comunicación, a los que acusaba de ser «panfletos de propaganda política».[173] Con esta estrategia consiguen presentarse como antiestablishment, que era lo que ya hacía la ultraderecha en otros países —concretamente Donald Trump—. Pero, sin los medios de comunicación, ni Vox ni el resto de las ultraderechas de diferentes países habrían conseguido la propaganda y el éxito que tienen hoy en día. No tanto por la voz que se les da y su aceptación como una opción democrática más, sino por los constantes relatos que difunden los medios de comunicación de masas, demasiadas veces en los mismos marcos de la ultraderecha. La espectacularización de la información, el sensacionalismo, la hipérbole, los sucesos, temas y marcos relacionados recurrentemente con asuntos securitarios proporcionan un campo sembrado para que la ultraderecha recoja la cosecha. Por eso, frente al relato de inseguridad esgrimido por la ultraderecha en España —uno de los países más seguros del mundo,

donde precisamente en 2021 los índices de criminalidad están bajo mínimos—, Urbán insiste en fortalecer el trabajo de base en los barrios para contrarrestar la precariedad y que no cale el discurso del miedo.

El gran reto pasa por evitar la implantación social de fuerzas políticas de extrema derecha como Vox en los municipios y en los barrios populares, evitar que su basura xenófoba contamine nuestros barrios. Para que no pasen, aunque lleven trajes. En este sentido, se torna fundamental restablecer las solidaridades de clase que el shock neoliberal ha destruido, porque ante este vacío crecen los monstruos. La reconstrucción del tejido comunitario por parte de los movimientos sociales, el sindicalismo social de plataformas como la PAH o el Sindicato de Inquilinos y las nuevas formas de sindicalismo vinculadas a conflictos contra la creciente precariedad laboral son el mejor antídoto contra el ascenso de la extrema derecha.

Una de las estrategias de Vox para apuntalar su relato victimista y, a la vez, hacerse publicidad ha sido repetir la fórmula que otros ultraderechistas ya habían utilizado con mayor o menor éxito. Esto es, convocar actos en lugares donde saben que va a haber respuesta popular antifascista. Como ya se ha explicado anteriormente en este libro, eso no es nuevo. Ya lo hizo España 2000 en los barrios valencianos de Russafa, Cabanyal y Benimaclet, donde sabían que tendrían a los vecinos enfrente. El mismo recurso lo empleó Ynestrillas en Euskal Herria durante años. Por su parte, Vox no ha dejado de hacerlo desde que irrumpió en las instituciones, para lo cual aprovecha las sucesivas campañas electorales o simplemente busca cualquier excusa y se presenta allí donde puede llamar la atención, provocar a sus detractores y ser noticia. De paso, si la respuesta se torna violenta o la policía actúa provocando escenas violentas —aunque no haya habido incidentes— y hay detenidos, se pone en marcha el relato que buscan: ellos son demócratas y quienes protestan son unos intolerantes y violentos que no les permiten ejercer su derecho a la libre expresión. A esto se suma la posibilidad de que haya personas detenidas, una manera de desgastar, criminalizar y desacreditar de cara a la opinión pública a sus oponentes.

Esto es lo que ha ocurrido en diversas ocasiones durante las campañas electorales, principalmente en Catalunya y en el País Vasco, donde en muchos casos se produjeron protestas masivas y cargas policiales contra los antifascistas. Vox las aprovechaba estas escenas para sacar pecho como si hubiesen ido de cruzada a territorio enemigo, cuando lo cierto es que es una organización legal, un partido político que constitucionalmente tiene derecho a manifestarse donde considere, para lo cual las autoridades despliegan un amplio dispositivo de seguridad que mantiene a raya a los contramanifestantes.

Esta estrategia no funcionaría si no fuese porque la comparsa mediática reproduce el relato de los ultraderechistas. El ejemplo más evidente se dio en Vallecas, donde Vox fue a dar un mitin y cientos de vecinos se concentraron para protestar por la llegada de quienes consideran que este y otros barrios obreros son «estercoleros multiculturales». La consigna era que la protesta fuera totalmente pacífica y así estaba transcurriendo. De pronto el líder de Vox, Santiago Abascal, se bajó del escenario y, atravesando el cordón policial, se encaró con los manifestantes y consiguió provocar una carga policial contra estos. La policía, en vez de impedir la provocación para evitar incidentes, cargó con saña y sin justificación contra los vecinos. La carga provocó una estampida y que algunos manifestantes se enfrentaran a los agentes. Las cámaras y numerosos periodistas fueron testigos de ello. Estas imágenes las aprovecharon ciertos medios para presentar a los antifascistas como violentos. Aunque la protesta era pacífica, la acción de Abascal contra los manifestantes y la inmediata intervención policial desbarataron la situación y facilitaron que los medios pudieran reproducir el relato que la ultraderecha buscaba.

En este caso, la cosa fue a más, porque varios medios publicaron datos personales de algunos de los manifestantes y los relacionaron con Bukaneros, con colectivos antifascistas y con Podemos. Nombres, apodos, fotos, trabajo, antecedentes policiales —que no implican condena y solo la policía conoce— y todo tipo de detalles empezaron a circular por foros de extrema derecha e incluso por tertulias políticas en televisión. En efecto, se filtró abundante información a los medios sobre varios manifestantes, especialmente los de quienes tenían algún tipo de relación con Podemos —uno de los detenidos trabajaba en la seguridad de este partido—. Después de que las imágenes aparecieran en las televisiones y las redes sociales y de que varios medios

identificaran a los manifestantes, la policía realizó varias detenciones. De nuevo los ultraderechistas imponían su relato y conseguían presentarse como demócratas víctimas de los intolerantes antifascistas. El Español titulaba un artículo: «Radicales de izquierda intentan reventar el mitin de Abascal en Vallecas y agreden a la policía».[174]

Nada más anunciarse el acto de la ultraderecha, comenzó el debate. Mucha gente creía que esta había tendido una trampa y, a partir de la provocación, buscaba que hubiese una respuesta para darle publicidad. Otras personas pensaron que, si la protesta era pacífica, no habría ningún problema. Sin embargo, no es suficiente con la intención de los asistentes ni con que protesten de forma pacífica. Basta con que la otra parte provoque el desmadre para que los planes se vayan al traste, que fue lo que sucedió. La oportunidad que tuvo la prensa de relacionar los incidentes con los partidos de izquierda —concretamente con Podemos— en medio de la campaña electoral desató el festival en los medios, que usaron a los vallecanos como cabeza de turco.

Fuimos pocos los periodistas que nos apartamos del relato oficial. El periodista Antonio Maestre, que fue testigo de los hechos, lo dijo bien claro en su columna semanal de La Sexta:

La protesta de los vecinos contra la presencia de los posfascistas de Vox en su barrio transcurría de manera pacífica a pesar de las múltiples provocaciones que los militantes de Vox realizaban detrás del cerco policial hasta que Santiago Abascal decidió que lo que allí ocurría no era suficiente para victimizarse frente a la opinión pública con sus colaboracionistas mediáticos. El líder de Vox intentaba hablar, ayudado de una megafonía que impedía que su voz se oyera a más de diez metros ahogada por las proclamas de los vecinos. «Abascal, ponte a trabajar», se oía, cuando, de repente, todo se desmadró.

Abascal rompió el cerco policial. Todos sabemos lo que ocurre cuando está establecido un cerco policial por miembros de la UIP y alguien pretende atravesarlo de forma violenta. La policía actúa con firmeza con quien lo hace, pero en este caso, no. Tras hacerlo, Abascal volvió a la tribuna de oradores y los UIP comenzaron a cargar contra los vecinos que hasta ese momento habían protestado de manera pacífica.

Pero ya no lo harían más. Abascal no necesita a su guardia de asalto porque usa las porras que están para servir a todos los ciudadanos de forma subrogada. Los vecinos respondieron a las cargas lanzando objetos, la policía agredió a varios periodistas y, entonces ya sí, el líder de Vox tenía la imagen que buscaba de un barrio que lo había repudiado con la palabra. Abascal buscaba violencia, y como no la encontraba la comenzó. El primer acto violento que se produjo ayer en Vallecas fue producido por Santiago Abascal. Aunque es algo que ocultarán sus colaboracionistas, aquellos que no estaban allí porque no se atreven a pisar las calles.[175]

Otros periodistas fueron testigos de los hechos e incluso recibieron porrazos de la policía a pesar de estar perfectamente acreditados. Pero los medios aprovecharon la vinculación laboral de algunos de los manifestantes antifascistas con Podemos para poner el foco en el partido morado y en Pablo Iglesias, obviando los hechos y los motivos que los provocaron.

Sin embargo, ninguno de estos medios se hizo eco de que uno de los detenidos denunció que había sido agredido en comisaría y en los propios juzgados. El periodista Guillermo Martínez entrevistó para Público a la hermana del joven, quien relató lo sucedido y mostró imágenes de las lesiones:

Después de que se fuera la letrada, le metieron en una sala, le desnudaron y le pegaron. Por allí, dice mi hermano, pasaron muchos policías, y algunos no le hacían nada, pero otros le daban collejas y le pegaban, creemos que con un anillo, porque tiene una herida con hematoma en la cabeza. También le humillaban con comentarios.

Tras pasar dos noches en los calabozos de la comisaría, el entonces detenido fue trasladado a los juzgados de plaza de Castilla. Según comenta su hermana, a la entrada dos guardias civiles se dijeron entre ellos: «Mira, este es el que pega a policías», y directamente a él: «Luego nos vemos». Tras la declaración ante el juez, este joven ha sido el último en abandonar el edificio, aunque justo antes de salir le han dicho que se esperara porque debía firmar un documento. «Le han

metido en un cuarto y entre los dos guardias civiles que ya le habían amenazado, uno de ellos portando un cordón de oro en el cuello, le han vuelto a pegar y le han abierto la herida que tiene en la cara», expresa su hermana.[176]

Los colectivos vallecanos organizaron una rueda de prensa en la que aportaron el relato de los detenidos, los partes médicos y las fotografías de los heridos. Muy pocos medios se hicieron eco.

Vox ha repetido esta fórmula de provocación en numerosas ocasiones y a menudo ha conseguido la imagen que quería. El caso más grave de todos —por sus consecuencias— fue el que tuvo lugar en Zaragoza en enero de 2019. Mientras Vox daba un mitin en un auditorio, la policía cargó contra cientos de personas que se manifestaban en las inmediaciones del recinto, provocando carreras y enfrentamientos con grupos de jóvenes.

La policía arrestó a seis personas unas horas más tarde, cuando los incidentes habían terminado y se encontraban tomando algo en un bar. Francho es el padre de uno de ellos. Es actor de profesión y trabaja en Madrid en varias obras de microteatro. En el momento de la entrevista, está presentando un libro de teatro en el Salón Internacional del Libro.

Nos enteramos porque una amiga vio cómo detenían a nuestro hijo. Él intentó comunicarse con su madre, pero, como trabaja de camarera, no pudo atender la llamada. No le dejaron telefonear de nuevo, así que estuvimos sin saber de él más de veinticuatro horas —explica.

Su hijo les aseguró que no había participado en los disturbios y que todo había sido un error de la policía.

Empezamos tarde la campaña para pedir su libertad, porque estábamos seguros de que era un error y no había pruebas para

incriminarlos. Sin embargo, la primera sentencia que les cayó fue de seis años. Encima, ahora el Tribunal Superior de Justicia de Aragón ha subido un año más: siete años de prisión.

Las únicas pruebas que había eran la declaración de la policía y un vídeo de las cámaras de seguridad de la universidad que no acredita la presencia de los detenidos en los hechos. Sin embargo, el juez no admitió ni siquiera el peritaje que encargó la defensa. Los condenó porque «podrían estar».

Francho intervino en las Cortes de Aragón junto a Pilar Vázquez —madre del joven— para denunciar la sentencia inicial de seis años de prisión.

Hasta un diputado del PP que es abogado me dijo que era una barbaridad, tanto por la sentencia como por la falta de pruebas —recuerda Francho—. No han demostrado que mi hijo haya hecho nada. Y eso es lo que deben hacer los jueces y la policía, detener y sentenciar con pruebas, no basarse únicamente en la palabra de un policía.

En diciembre de 2021, fui invitado a intervenir en un acto en el Congreso de los Diputados, en el que participarían diputados de Unidas Podemos, EH Bildu, ERC, Compromís, BNG y la CUP, junto al juez Joaquín Urías, la periodista Ana Pardo de Vera y el concejal de Zaragoza en Común y militante del PCE Alberto Cubero. Cubero había sido denunciado por Vox por un presunto delito de odio por sus declaraciones contra el partido ultraderechista. En la mesa lo acompañaba Javitxu, uno de los seis jóvenes de Zaragoza condenados, Bel Zulueta, diputada de EH Bildu y madre de uno de los jóvenes de Altsasu, y Vicky Rosell, diputada de Podemos que demostró haber sido víctima de una conspiración del juez Salvador Alba, por la que fue condenado a seis años y medio de cárcel tras años de campaña judicial y mediática contra ella. Que se escenificasen todas estas denuncias y la campaña de guerra sucia y lawfare contra la izquierda no gustó nada a la derecha, que días antes puso el foco mediático en este acto y

trató de criminalizarlo señalando que en él se apoyaba a delincuentes (refiriéndose a los seis de Zaragoza). Dos miembros de Vox se colarían en el acto y harían sonar el himno de la Policía Nacional mediante un altavoz que habían dejado bajo los asientos. Aunque la acción fue del todo ridícula y el acto transcurrió sin más, los ultraderechistas lo presentaron en sus redes como una gran hazaña, lo que acabó por dar todavía más publicidad a los casos que se denunciaban.

Los jóvenes de Zaragoza se encuentran ahora en manos del Tribunal Supremo. De momento, Francho y otros padres y madres continúan dando charlas por todo el Estado para que no se olvide lo que consideran un abuso de poder materializado en una aberración judicial. Si hace falta, llegarán hasta el Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo. Sin embargo, de momento reconocen la tortura que supone la incertidumbre y confiesan que la impotencia de saber que sus hijos son inocentes es un castigo añadido.

En Barcelona, también acabó con incidentes la protesta contra un acto de Vox en el barrio de El Raval, uno de esos «estercoleros multiculturales» de los que habla el partido ultraderechista cuando se refiere a los barrios obreros y diversos. El acto tuvo lugar el 2 de noviembre de 2020 y consistía en un paseo de varios líderes ultraderechistas por la calle. Ante la respuesta vecinal, los miembros de Vox acabaron atrincherados en un hotel protegidos por los Mossos d'Esquadra. Siete personas fueron denunciadas y hoy —mientras escribo estas líneas— la fiscalía acaba de pedir a cada una 36.000 euros de multa por delito de odio, daños y coacciones (más de 250.000 euros en total);[177] por su parte, la acusación particular —ejercida por varios líderes del partido— pide además seis años de prisión para los y las encausadas. De nuevo, el fiscal de delitos de odio de Barcelona considera delito de odio la protesta antifascista. Vox consigue así, una vez más, presentarse como víctima de quienes defienden la diversidad del barrio ante quienes los califican directamente de basura. Como en anteriores ocasiones, así consigue también amedrentar a todo aquel que muestre su rechazo.

Desde que se inició la campaña por la absolución de los seis de Zaragoza, numerosas organizaciones, cargos públicos, artistas, periodistas y personas de diferentes ámbitos han mostrado su apoyo

público a los jóvenes. Francho reconoce que se ha sentido arropado, pero «la gente todavía tiene miedo a declararse antifascista. Miedo de significarse, aunque luego en el tú a tú te dan la razón». Tampoco esconde su decepción con el Gobierno, del que esperaba algo más que gestos individuales de apoyo.

Por eso mismo, le pregunté a Pablo Iglesias cómo explicaba que, con el Gobierno «más progresista de la historia», la ultraderecha siguiera gozando de tan evidente complacencia mientras los movimientos sociales seguían siendo constantemente machacados, las manifestaciones reprimidas con saña y la represión continuaba igual que siempre. Iglesias es consciente de estas críticas y no rehúye las preguntas.

En política hay un principio fundamental: tú no eres quien dices ser, sino tu capacidad de transformación. Cualquiera que haga política sabe lo que es tragar sapos, enfrentarse a las contradicciones. Como autocrítica, diré que nos equivocamos aceptando algo que en la práctica se demostró absolutamente irreal: que estábamos ante el Gobierno más progresista de la historia, y aceptamos el planteamiento retórico inicial de dos partidos y un solo Gobierno. Eso no ha sido verdad. Tenemos un Gobierno con las contradicciones propias de que el PSOE gobierne, donde, por primera vez en la historia, la izquierda participa. Con unas competencias enormemente menguadas. A partir de aquí, cada vez que hemos querido ir más allá de nuestras competencias o de los acuerdos firmados, nos han dicho que no. Para nosotros fue y es un suplicio hacer que se cumpla lo acordado, incluso en el marco de nuestras propias competencias.

Sin embargo, la ciudadanía es ajena a lo que sucede en los despachos. Los obreros de Cádiz a finales de noviembre de 2021 salieron masivamente a las calles para defender sus condiciones de trabajo se les respondió con balas de goma, gas lacrimógeno y hasta una tanqueta de la UIP. Las últimas protestas contra el encarcelamiento del rapero Pablo Hasél y otras causas sociales fueron reprimidas con enorme dureza, mientras que en las protestas de la derecha y la extrema derecha la policía no actuaba o, al menos, no con la misma

contundencia que empleaba contra las protestas de la izquierda. Eso fue lo que ocurrió en la protesta en Vallecas contra los confinamientos selectivos de determinados barrios de Madrid en octubre de 2020, [178] donde la policía cargó cuando los jóvenes de las primeras filas gritaban «¡Aquí están los antifascistas!» sin que se hubiese producido ningún altercado que justificara su actuación. Por este y muchos otros casos, las críticas contra Podemos como miembro del Gobierno han acompañado a la formación desde el primer día.

Muchas de las actuaciones policiales, aunque tengan como responsable político a Marlaska, no son una decisión política suya. A veces tiene que ver más con una falta de voluntad de poner límites a los mandos policiales, que actúan con absoluta impunidad porque son conscientes de que, hagan lo que hagan, el ministro del Interior les va a apoyar. Yo, cuando he discutido con Marlaska, le he enviado vídeos de cargas policiales y le he preguntado si consideraba que estaban justificadas. Siempre me contestó que sí, que se ajustaban a derecho. Yo sabía que me estaba mintiendo a la cara y él también. Pero lo que me estaba diciendo implícitamente era que no iba a desautorizar a un mando de la policía.

Aun así, cuesta entender que no haya líneas rojas. ¿Hasta dónde se está dispuesto a aguantar? ¿Por qué no se da un puñetazo en la mesa, se amenaza con romper la coalición y se dice basta? Muchas voces han pedido la salida de Podemos del Gobierno o han señalado su responsabilidad. Iglesias justifica que, a pesar de todo, Podemos permanezca en el Gobierno.

Comprendo a quien piensa que, si estás en un Gobierno y hay determinadas cosas que no cambian, es por falta de voluntad y que considera que es mucho más útil estar fuera. Pero yo creo que estar fuera no sirve absolutamente de nada. Pensar que Podemos ejerce más presión estando fuera es absurdo. Si fuera verdad que la presencia de Podemos en el Gobierno no cambiara cosas, ¿por qué esa agresividad de la ultraderecha, de los poderes económicos y de sus brazos

mediáticos? Estos no se equivocan. Han tenido claro, con nombres y apellidos, quiénes eran las personas a las que tenían que machacar. Esto evidencia que haces cosas que transforman. El enemigo no se equivoca y sabe quién es el adversario al que hay que desgastar. Si el enemigo no te nombra, es que no existes.

El caso de los seis de Zaragoza no ha sido el único de estos últimos años donde la palabra de los agentes ha sido la única prueba que ha tenido en cuenta un juez para condenar a alguien. Esto ha llegado incluso a alcanzar a miembros del mismo Gobierno, lo que muchas voces han calificado de una muestra más del lawfare contra Podemos, esto es, el uso abusivo de procedimientos judiciales que, manteniendo una apariencia de legalidad, busca provocar el repudio popular contra oponentes e incluso debilitar o deponer Gobiernos. A finales de 2021, el diputado de Podemos Alberto Rodríguez fue condenado por una supuesta agresión a un policía en una manifestación años atrás. Isa Serra, diputada del mismo partido (y también presente en el acto del Congreso por los seis de Zaragoza), también fue condenada por una supuesta agresión a otro agente en un desahucio. Como se trataba de dos personajes públicos, se logró poner sobre la mesa el debate sobre que la palabra de la policía fuera la única prueba para condenar a alguien, lo que —como se relata en este libro— sucede cada vez en más ocasiones desde hace años.

Mientras las protestas contra Vox se saldaban con detenciones y campañas mediáticas que las criminalizaban, Pablo Iglesias sufrió durante meses un asedio constante a su domicilio sin ninguna consecuencia. Un grupo de ultraderechistas se concentraba frente a su domicilio con megáfonos y banderas de España todos los días e incluso llegaron a trepar por el muro y fotografiar a la familia.

Si eso pasa siendo vicepresidente y viviendo con una ministra [Irene Montero], que se supone que tienes a la Guardia Civil para proteger tu casa, imagínate lo que ocurriría si fuesen antifascistas quienes estuvieran rodeando la casa de un ministro del PP o del PSOE. No hay ninguna duda de lo que ocurriría y menos si además hay un despliegue previo de la Guardia Civil. Bueno, pues en mi caso los

niveles de impunidad fueron increíbles. Durante un año toleraron las concentraciones y las manifestaciones frente a mi domicilio. Fue increíble —apunta Pablo.

Hasta que no detectó a uno de los ultraderechistas habituales encaramado al muro de la casa, la Guardia Civil no actuó. Ese día sí que se lo llevaron detenido.

En otra ocasión, miembros de un grupo neonazi se presentaron en un acto de campaña de las elecciones madrileñas para increpar a la comitiva de Podemos, en la que se encontraba Pablo Iglesias. Pablo se dirigió hacia ellos y se mantuvo firme ante uno de los neonazis, aguantándole la mirada a un palmo escaso de la cara. La imagen se viralizó en las redes sociales y fue noticia en varios medios. Concretamente en esta campaña electoral —con el trasfondo del auge de Vox y la amenaza de que gobernara la ciudad de Madrid y la comunidad junto al PP y Ciudadanos—, Podemos centró gran parte de su discurso en el antifascismo y muchas veces lo reivindicó sin complejos. El resto de los partidos progresistas, aunque puntualmente mencionaban la amenaza de la extrema derecha, prefirieron tratarlo más discretamente y no entraron en el marco fascismo-antifascismo porque pensaban que, si lo hacían, favorecerían al partido ultraderechista. De la misma manera, se le reprochó a Podemos reivindicar el antifascismo mientras formaba parte de un gobierno que reprimía a los antifascistas. Las diferentes formas de abordar este tema también supusieron un debate en el entorno de las izquierdas, atrapado en esta dicotomía.

El 2 de abril de 2021, la sede de Podemos en Cartagena sufrió un ataque con artefactos incendiarios acompañados de pintadas. Era el sexto ataque contra el local desde que tres años antes abriera sus puertas. A pesar de que se publicó el vídeo de las cámaras de seguridad y de la gravedad de los hechos, la ultraderecha intentó sembrar dudas y difundió el bulo de que se trataba de un autoatentado, un ataque de falsa bandera provocado por los propios miembros de Podemos para victimizarse. Sin embargo, meses más tarde la Policía Nacional arrestó como presuntos autores de los hechos a dos individuos relacionados con grupos de extrema derecha de la zona.

Cuando se conoció el arresto de uno de los implicados,[179] en agosto de 2021, el coordinador autonómico de Podemos, Javier Sánchez Serna, afirmó que el ataque «no es la obra de un desequilibrado que actúa por cuenta propia», porque no se trata de «un lobo solitario», sino que el atentado contra Podemos se produce «en medio de un caldo de violencia alimentado por la extrema derecha y sus discursos del odio». Y remató:

Los que arman estas mentes siguen campando a sus anchas y subiéndose a las tribunas de las instituciones y a los altavoces de los medios de comunicación para esparcir sus mensajes de odio.

Miguel Urbán ha denunciado en numerosas ocasiones el peligro del terrorismo de extrema derecha, como confirman los numerosos casos recientes en los que se han desarticulado peligrosas organizaciones neonazis armadas en Alemania, Italia, Austria, Reino Unido y Estados Unidos. De hecho, un artículo de elDiario.es señala:

Entre 2009 y 2018, la extrema derecha fue responsable del 73 por ciento de las víctimas mortales relacionadas con el extremismo dentro de Estados Unidos: los radicales de ultraderecha mataron a más personas en 2018 que en cualquier otro año desde 1995, cuando una bomba colocada por un extremista antigubernamental en la ciudad de Oklahoma mató a 168 personas en un edificio del gobierno federal. [180]

Lo mismo ocurre en Alemania, señaló en julio de 2020 Horst Seehofer, ministro del Interior, quien alertó del incremento de los delitos con un trasfondo de extrema derecha, racista y antisemita en la presentación de un informe de los servicios de inteligencia sobre 2019.

La cifra de delitos, el número de personas pertenecientes a estos

círculos ultraderechistas y el número de los extremistas de derechas que están dispuestos a emplear la violencia ha crecido.[181]

El ministro conservador declaró que el terrorismo de extrema derecha era la principal amenaza del país.

Urbán asegura:

Nos encontramos ante un peligrosísimo auge del terrorismo ultraderechista y la ofensiva de las extremas derechas para estigmatizar y criminalizar al movimiento antifascista. Es fundamental rescatar la historia partisana y de resistencia del antifascismo como garante de la democracia en Europa. Pero también en España, no solo el antifascismo de la lucha antifranquista para conquistar la democracia, sino también el de la década de finales de los ochenta, los noventa y principios del siglo XXI que se enfrentaba al fenómeno del terrorismo callejero de los cabezas rapadas.

La equidistancia de los medios de comunicación y de la mayoría de los partidos, que tradicionalmente han reducido los enfrentamientos entre fascistas y antifascistas a una disputa entre tribus urbanas, esconde la incapacidad de enfrentarse a la dura tarea de analizar las motivaciones políticas de la violencia ultraderechista y razonar sus propias responsabilidades.

De todo el equipo de Gobierno, Iglesias se convirtió en el objetivo principal de la extrema derecha. La campaña en las redes contra él y la ministra de Igualdad, su compañera Irene Montero, fue a más e incluso llegó a recibir un sobre con balas y una carta amenazante durante la campaña electoral madrileña en 2021. A pesar de que el propio ministro del Interior, Fernando Grande-Marlaska, también recibió otro sobre idéntico, el caso terminó archivado; según los investigadores, porque no se hallaron pruebas de su autoría.

En algún foro privado de policías incluso se justificaron estas amenazas («Quien siembra vientos recoge tempestades», afirmaba un

usuario) y se vertieron comentarios denigrantes de elevado tono machista, homófobo y racista contra diversos miembros de Podemos y del PSOE, que fueron aplaudidos por el resto de miembros del grupo y tolerados por sus administradores; lo publiqué en La Marea[182] en abril de 2021, tras la filtración de un agente que era miembro de ese foro.

Antes de que Podemos entrara a formar parte del Gobierno, algunos chats policiales ya rezumaban cierto hedor a ultraderecha. El caso más sonado fue el que se llenó de imágenes de Hitler y comentarios denigrantes hacia la entonces alcaldesa de Madrid, Manuela Carmena. Algunos de los comentarios que le dedicaron, acompañados de imágenes nazis, fueron: «Hija de la gran puta, roja de mierda mal parida», «Que se muera la vieja zorra ya», «Lo que es terrible es que ella no estuviera en el despacho de Atocha cuando mataron a sus compañeros». Aparte de otros comentarios de corte fascista: «Hitler sí era un señor, con él ya estarían las chimeneas echando humo». El caso fue archivado en enero de 2019.[183] Lo mismo sucedió con otro chat de altos mandos del Ejército, concretamente de la XIX promoción de la Academia del Aire, en el que se aseguraba: «No queda más remedio que empezar a fusilar a veintiséis millones de hijos de puta».

Tras el escándalo del chat de los militares en 2021 y la publicación de varios reportajes sobre la existencia de varios militantes neonazis en el Ejército, entrevisté a un militar en activo que quiso contar desde dentro que la ultraderecha está más que cómoda en las Fuerzas Armadas españolas. Tuvo que hacerlo encapuchado por miedo a las represalias. Organizamos un encuentro seguro, con todas las precauciones posibles para cerciorarnos de que nadie lo seguía ni podía acceder al recinto en el que realizamos la entrevista. Grabamos el encuentro en vídeo y lo publicamos en dos partes en La Marea.[184] No solo explicó que había militantes de organizaciones neonazis en cargos de responsabilidad del Ejército, sino que contó las prácticas abusivas de algunos mandos y sus privilegios gracias a la nula injerencia política en asuntos castrenses. A pesar de que Público desveló la identidad de militares neonazis en un artículo titulado «Un grupo neonazi de Murcia cuenta con un capitán del Aire y un sargento de Marina que instruyen a cadetes para ser oficiales»,[185] ninguna televisión se hizo eco de la denuncia.

A día de hoy, no se conoce ningún tipo de sanción o medida contra

ellos. En cambio, el cabo Marco Santos sí que fue sancionado por firmar un manifiesto antifranquista; el manifiesto era la respuesta a otro de apoyo al dictador de ciertos altos mandos militares retirados, que, además, ni siquiera fue objeto de reproche por parte del Ministerio de Defensa. Otro caso es el del exteniente Luis Gonzalo Segura, que fue expulsado del Ejército por las múltiples denuncias que hizo sobre las Fuerzas Armadas. El título de su último libro es bastante revelador: El ejército de Vox. En él denuncia la vinculación de la ultraderecha con las Fuerzas Armadas. En las sucesivas elecciones desde la irrupción de Vox, se ha visto claramente que en los colegios electorales cercanos a los cuarteles el voto ultraderechista ha sido notable.

Todo esto sucede en un momento en el que la extrema derecha, con Vox a la cabeza, ya goza de una inmerecida pátina democrática en la política española. La frustración por las políticas fallidas del Gobierno de coalición en materia social y las limitaciones con las que Podemos justifica su poca capacidad de cambiar muchas cosas han provocado también el temor de que sea la ultraderecha la que recoja el descontento. Siempre se dice que la ultraderecha encuentra acomodo allí donde la izquierda falla. Pero también sería un error responsabilizar únicamente a un partido o delegar toda responsabilidad en las instituciones, sobre todo si estas críticas vienen de los movimientos sociales. El trabajo en los barrios, la política que está fuera del foco mediático y que hacen cada día miles de activistas y ciudadanos de a pie muchas veces es mucho más efectiva que la que se cuece en los despachos. Por eso hay que poner en valor la importancia de los movimientos sociales, gobierne quien gobierne. A Podemos también se le ha acusado de haber desmovilizado la calle y haber vampirizado los movimientos sociales. Sobre esto también le pregunté a Pablo Iglesias, que contestó:

Es verdad que Podemos vacía de cuadros muchos movimientos sociales. Para mí es un orgullo contar con personas que se han destacado en varias luchas, como la PAH, el movimiento estudiantil, los movimientos antiglobalización… Pero aquí quien se tiene que poner las pilas es quien milita en estos ámbitos, que tiene la obligación de presionar a una formación política cuando está en el Gobierno. Además, tiene la obligación de demostrar su fuerza, es

decir, los movimientos sociales también deben ser objeto de crítica. Nosotros no podemos hacer todo como partido. A lo mejor os tenéis que movilizar vosotros, convocar huelgas y crear una presión en la calle que nos permita tener más fuerza para defender determinadas propuestas desde la política institucional. Todos tenemos nuestra responsabilidad allí donde intervenimos en política.

Tras las elecciones al Parlament de Catalunya el 14 de febrero de 2021, Vox entró en el Parlament de Catalunya con once diputados, liderados por Ignacio Garriga. Las fuerzas políticas ERC, CUP, JuntsXCat y En Comú-Podem pactaron excluir a Vox de la elección de senadores autonómicos y tomar determinadas medidas para aislar al partido de extrema derecha. Unos meses después, el periodista Roger Suso entrevistó en Público a varios diputados de estas formaciones para valorar esas medidas.[186] En el artículo, el diputado de ERC Pau Morales explicaba:

A día de hoy, la extrema derecha no tiene posiciones de relevancia, no logra marcar el ritmo del debate político del país y no ha prosperado ninguna de sus iniciativas.

Basha Changue, de la CUP, expone:

Lo que vemos es que tienen una estrategia de posicionamiento de discurso basada en la repetición de conceptos tanto en sus intervenciones como en sus iniciativas parlamentarias […]. Con un lenguaje llano y provocador, fomentando el racismo, la xenofobia, la misoginia y la represión, Vox ha normalizado el discurso del odio como una herramienta para obtener réditos políticos —en beneficio de las clases acomodadas— y generar división y fractura social entre las clases populares y las minorías.

El llamado «cordón sanitario» en otros países se aplica a la extrema derecha en los parlamentos y otras instituciones, y también cuenta con algunos ejemplos en el Estado español, pero no lo secundan todos los actores políticos; como ocurre en este caso de Catalunya, donde el PP, el PSOE y Ciudadanos no se han sumado al pacto. Sin embargo, Jéssica González (En Comú-Podem) reivindica:

Gracias a los acuerdos del pacto antifascista, estamos consiguiendo que Vox no pueda encontrar su sitio en el Parlament y tampoco en el país.

En el Estado español, no solo no existe este cordón sanitario, sino que la derecha ha abrazado a la ultraderecha desde que apareció en escena e incluso asume varias de sus condiciones a cambio de su apoyo para gobernar en distintos ayuntamientos y autonomías. El periodista Marco Schwartz publicaba en noviembre de 2021 una columna en elDiario.es en la que alertaba sobre el blanqueamiento de la extrema derecha en España y sus peligrosas consecuencias.

Respuestas clásicas contra el ascenso de los partidos ultras, como su aislamiento político mediante cordones sanitarios, no solo podrían resultar insuficientes en el largo plazo, sino que son hoy cada vez más ignoradas, como vemos en España, donde el PP asume a Vox como un aliado natural. […] Lo que se está produciendo más bien es una radicalización de la política, sobre todo de la derecha tradicional, ya sea por su dependencia de los partidos ultras para gobernar o por su necesidad de disputarles los votantes. […] Todo se está desarrollando, formalmente, dentro de cauces democráticos. Sin embargo, la deriva autoritaria en Polonia y Hungría, o las turbulencias que vivió Estados Unidos a raíz de la derrota electoral de Trump, son señales inquietantes de lo que puede suceder si los demócratas no reaccionan con la contundencia que exigen las circunstancias.[187]

Desde la irrupción de Vox en las instituciones, se han publicado

numerosos artículos y libros que analizan el fenómeno y tratan de explicar el auge de la extrema derecha en España. Sin embargo, hasta hoy, ninguno ha explicado cómo se combatió a la extrema derecha hasta ese momento, porque nunca ha dejado de existir. No es mi intención en este libro explicar la llegada de Vox ni analizar esta formación. Sí quiero señalar que, como ya sucedió anteriormente con PxC en Catalunya, la lucha contra la extrema derecha ya no se limita a contraprogramar sus actos con manifestaciones, sino que se extiende a muchos otros ámbitos en los que se implican cada vez más sectores de la sociedad. Antes eran solo los grupos antifascistas los que plantaban cara, pero hoy la presencia y la normalización de la ultraderecha en todos los ámbitos está despertando cierta conciencia antifascista y un activismo que va más allá de las calles y que durante muchos años se ha echado de menos.

---

[167] Disponible en https://www.elmundo.es/elmundo/1998/marzo/11/internacional/pinochet.html.

[168] Véase https://www.youtube.com/watch?v=HwmXa-BUdX8.

[169] Disponible en https://cadenaser.com/ser/2019/04/05/politica/1554442051_

565168.html.

[170] Véase https://elpais.com/ccaa/2017/12/03/catalunya/1512306979_203983.html.

[171] Véase https://twitter.com/chejostyle/status/1449829378414858247?s=20.

[172] Véase https://miguelurban.info/project/la-emergencia-de-vox/.

[173] Véase https://www.eldiario.es/politica/vox-defiende-vetos-medios-comunicacion-no-le-gustan_1_6462427.html.

[174] Véase https://www.elespanol.com/espana/madrid/20210407/

tension-vallecas-despliegue-policial-seguidores-vox-izquierdas/571944086_0.html.

[175] Véase https://www.lasexta.com/el-muro/antonio-maestre/abascal-agrede-vallecas_20210408606ecdbb5cf6d70001f6a8a1.html.

[176] Disponible en https://www.publico.es/sociedad/disturbios-vallecas-jovenes-detenidos-vallecas-denuncia-guardias-civiles-le-han-dado-paliza-juzgados.html.

[177] Véase https://www.vilaweb.cat/noticies/fiscalia-250-000-euros-set-veinsraval-protesta-vox-preso/.

[178] Véase https://www.lavanguardia.com/local/madrid/20200925/483649858032/cargas-policiales-protestas-confinamientos-selectivos-vallecas-madrid-coronavirusvideo-seo-ext.html.

[179] Véase https://murciaplaza.com/la-policia-arresta-a-un-joven-neonazi-por-elataque-a-la-sede-de-podemos-en-cartagena.

[180] Disponible en https://www.eldiario.es/internacional/theguardian/20-anos-11-s-terrorismo-extrema-derecha-ahora-principal-amenaza-eeuu_1_8276382.html.

[181] Véase https://www.abc.es/internacional/abci-alemania-considera-terrorismo-extrema-derecha-mayor-amenaza-para-pais-202007091425_noticia.html.

[182] Disponible en https://www.lamarea.com/2021/04/29/foro-de-policias-dedicainsultos-machistas-racistas-a-gobierno-unidas-podemos/.

[183] Véase https://www.eldiario.es/madrid/vuelve-archivar-policias-insultaron-carmena_1_1749403.html.

[184] Véase https://www.lamarea.com/2021/04/06/hemos-denunciado-la-existenciade-una-celula-neonazi-en-el-ejercito-y-la-respuesta-ha-sido-nula/.

[185] Disponible en https://www.publico.es/politica/ultraderechista-ejercito-grupo-neonazi-murcia-cuenta-capitan-aire-sargento-marina-

instructores-cadetes-oficiales.html.

[186] Disponible en https://www.publico.es/politica/grupos-izquierda-parlament-aseguran-pacto-antifascista-funcionando.html.

[187] Disponible en https://www.eldiario.es/opinion/zona-critica/blanqueamiento-ultraderecha_129_8536778.html.

48

Crear comunidad:

el trabajo en

los barrios que frena

a la ultraderecha

«Hay hombres que luchan un día y son buenos.

Hay otros que luchan un año y son mejores.

Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos.

Pero los hay que luchan toda la vida:

esos son los imprescindibles».

BERTOLT BRECHT,

dramaturgo y poeta alemán (1898-1956)

Estos últimos años, han proliferado en varias ciudades del Estado español una gran red de organizaciones que frecen asesoramiento y apoyo a las personas en riesgo de exclusión amenazadas de desahucio. Activistas que ponen el cuerpo cuando llega la policía a echar a las familias de sus casas y que señalan a las entidades financieras que promueven los desahucios y a las instituciones que los permiten. Algunas han liberado varios edificios propiedad de grandes capitales

para alojar a familias en situación vulnerable, han creado nuevos centros sociales y hasta huertos urbanos. Son fenómenos principalmente ubicados en grandes ciudades, pero también empiezan a aparecer en municipios más pequeños. Estos colectivos están formados en gran parte por una nueva generación de jóvenes que participa de otros movimientos sociales, también en el antifascismo, y que hoy son uno de los principales diques de contención de la extrema derecha. Han logrado juntar a vecinos de diferentes nacionalidades, culturas e incluso ideologías frente a las amenazas de los especuladores, promoviendo el apoyo mutuo y la solidaridad, haciendo que se conozcan entre ellos y vacunando así contra el odio racista y clasista que alimenta a la extrema derecha. Un activista de uno de estos sindicatos de barrio me explicó un día que, cuando subió a casa de una familia que iban a desahuciar, se encontró una bandera de Vox en el salón. El hombre le confesó que no se esperaba que fuera a salvarle del desahucio una pandilla de jóvenes antifascistas.

En València existe desde hace años el Centro Social Okupado Anarquista L'Horta (CSOA L'Horta), una antigua alquería en el límite norte de la ciudad, en el barrio de Benimaclet, junto a la carretera que separa la ciudad de la localidad de Alboraia. Allí llevan años trabajando por y para el barrio, y han conseguido la simpatía y la implicación del vecindario. Forman parte del gran tejido asociativo del barrio, que hoy se encuentra inmerso en una lucha vecinal contra un plan urbanístico que pretende construir más edificios sobre las huertas. La alquería estaba rodeada de matorrales y escombros. Durante meses, los jóvenes que lo okuparon limpiaron el terreno y lo acondicionaron para plantar huertos urbanos. Numerosos vecinos y vecinas del barrio tienen hoy su pequeña parcela, donde plantan frutales, verduras y hortalizas, mientras sus niños juegan en un espacio acondicionado para ellos. También se dan clases de artes marciales gratuitas y hoy es uno de los puntos de encuentro de numerosos colectivos de la ciudad. La actividad del centro es casi diaria, y allí se celebran presentaciones de libros, debates, charlas y todo tipo de actividades que terminan siempre al anochecer para no molestar a los vecinos. Las paredes de la entrada están decoradas con un mural enorme en recuerdo de Guillem Agulló.

Los colectivos y plataformas antifascistas continúan activos hoy en día prácticamente en todo el Estado español. Algunos dejaron de existir y surgieron otros nuevos con un nombre distinto, pero el relevo

generacional ha posibilitado que siempre exista un punto de encuentro para el antifascismo. Más todavía desde la llegada de Vox y una cada vez mayor normalización del antifascismo, que empieza a ser asumido como condición imprescindible para cualquiera que defienda los derechos humanos. Los activistas antifascistas, como siempre, siguen implicados en muchas otras luchas y espacios alternativos, porque los trabajos comunitarios se entienden desde hace años como uno de los principales frenos a la penetración de la ultraderecha en los barrios populares. En los centros sociales okupados o autogestionados y en las plataformas vecinales, gimnasios, cooperativas y todo tipo de proyectos, la izquierda y el antifascismo tienen terreno de sobra ganado al fascismo. Pero no por ello se debe subestimar la capacidad de la ultraderecha para influir en las clases populares, sobre todo a través de las redes sociales y los medios de comunicación, que son sus grandes aliados y repiten sus marcos mientras permiten y difunden sus discursos de odio y su desinformación.

Cristina es profesora de la ESO. Actualmente sigue estudiando y se prepara para el doctorado. Empezó a militar muy joven y cuando entró en la Universidad Autónoma de Barcelona se vinculó a movimientos de izquierdas y antifascistas. En 2015 se metió de lleno en el proyecto de L'Obrera, en Sabadell, un espacio okupado por los vecinos que había acabado en manos de la entidad financiera Cajamar tras diez años en desuso. La okupación se llevó a cabo el Primero de Mayo, tras la jornada de protesta por el Día Internacional del Trabajador. El espacio se recuperó y se puso a disposición del barrio. Hoy en día es uno de los principales centros de dinamización social, cultural y política de Sabadell. «Un pequeño mundo de comunidad, solidaridad y creatividad popular», como explica el colectivo en un vídeo que celebra los cinco años de existencia y muestra la gran cantidad de actividades que se realizan allí y la gran variedad de personas que participan.

Cristina argumenta:

La extrema derecha se basa en crear divisiones, en enfrentar a lo que se llama clases subalternas. L'Obrera es una contra a todo eso, pero no

meramente discursiva o propagandística, sino práctica, de vida cotidiana.

El proyecto de L'Obrera hoy forma parte del tejido del barrio y es uno de los ejemplos de la transversalidad de los nuevos movimientos sociales, que siguen manteniendo el carácter antifascista. Cristina afirma:

Los vecinos valoran y participan en L'Obrera. Han visto que es un espacio abierto que ofrece alternativas reales y no les molesta, sino todo lo contrario. Todas las actividades están llenas de gente.

El centro social es también el punto de encuentro de colectivos como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca y la Crisis (PAHC), de un colectivo de mujeres y del grupo excursionista La Màquia. En sus instalaciones se ofrecen clases gratuitas de repaso para estudiantes, de castellano, catalán y árabe, clases de swing, de salsa, capoeira, breakdance y hasta tiene un huerto urbano y uno de los principales gimnasios antifascistas del Estado español. Este lo bautizaron con el nombre de Johann Wilhelm Trollmann, «Rukeli», en honor al boxeador alemán gitano que en 1933 ganó el título de pesos semipesados y diez años después fue ejecutado por los nazis en el campo de concentración de Neuengamme.

Saber tratar las contradicciones con la gente que viene de fuera de los entornos activistas o politizados es uno de los asuntos pendientes de los movimientos sociales, si no quieren quedarse como un gueto. Es algo que muchos colectivos y centros sociales entendieron hace muchos años y empezaron a trabajar para que los vecinos vieran que estos proyectos estaban hechos por y para el barrio.

Es una tensión que siempre existe, pero la hemos gestionado bastante bien. Vienen personas que no están deconstruidas, que no son ni siquiera militantes, que vienen con sus prejuicios. Tenemos que saber

lidiar con eso si no queremos dejarnos a muchísima gente por el camino. No es fácil, pero tenemos claro que ese es el camino si no queremos dejarlos en manos de la extrema derecha. No basta con decirle a la gente que se tiene que unir a una causa. Hay que crear proyectos de convivencia y cooperación real. Con cosas tan prosaicas como una escuela de repaso o un gimnasio.

Las clases de deportes de contacto que el gimnasio ofrece, principalmente, a jóvenes han sido una de las señas de identidad del proyecto.

Esto aglutina a muchas personas de edades y procedencias nacionales y políticas muy diferentes. Encontrarse tres veces a la semana y sacar adelante un gimnasio cooperativo, no clientelar, crea un vínculo, unos cuidados, una fraternidad real. Esto dificulta mucho a la extrema derecha enfrentar a la gente y afirmar que una persona de fuera es un problema para ti, porque tú la tienes allí contigo, boxeando, compartiendo. Eso es imbatible.

La autodefensa es un factor, pero hay otro ámbito importante —continúa Cristina—. Los deportes de contacto se han puesto de moda. A todo el mundo le gustan y la mujer ha entrado con fuerza en este terreno. El gimnasio Rukeli y otros movimientos sociales lo han entendido y han creado su propio espacio para esto. Hay crecimiento personal, responsabilidad compartida y cuidados, más allá de lo que es el deporte. Es una experiencia magnífica y a las mujeres nos proporciona la experiencia y la confianza que nos da esa igualdad que hemos conseguido aquí, importantísima para combatir las desigualdades de género, al menos para mí —concluye Cristina.

En Madrid también hay centros sociales que ofrecen clases de artes marciales con el mismo espíritu que L'Obrera. La Fábrica, en Vallecas —en marcha desde 2015— no esconde su vinculación con el antifascismo y con diversas causas sociales. Allí se organizan también talleres de defensa personal para mujeres que no entrenan habitualmente, y se organizan encuentros y veladas con otras

iniciativas similares o donde la ultraderecha no ha conseguido estar presente. Lo mismo sucede con La Atalaya, que se denomina como centro juvenil pero también está autogestionado, como los anteriores. A día de hoy, hay veladas de deportes de contacto en las que participan todos estos colectivos antifascistas, como Antifa Warriors, y las hubo anteriormente, como la conocida como Puños Fuera, en Madrid, con el antifascismo como marca.

El verano de 2021 visité La Molinera, en Valladolid. Es un antiguo hotel abandonado por su dueño, inmerso en grandes deudas, y recuperado en 2018 por un grupo de jóvenes de la ciudad que pasaron meses limpiando y acondicionando el espacio. El edificio es enorme y en pocos años ha ido consolidándose como centro de actividades y encuentros de diversos movimientos sociales. Jorge, uno de sus miembros, explica la importancia de estos espacios.

Los centros sociales, okupados o alquilados, son proyectos que comportan una importante carga pedagógica para el conjunto de la sociedad, demostrando en la práctica que existen alternativas que se escapan a las redes del capital. Estas alternativas se sustentan principalmente en la dedicación y el compromiso militante, que surge de lo mejor que tiene y puede aportar cada persona a proyectos de estas características. En ese sentido, es importantísimo demostrar que lo que nosotros y nosotras podemos ofrecer, gestionar o desarrollar es éticamente superior a lo que depende de las lógicas del capitalismo.

Se transformó una de las antiguas salas del hotel en gimnasio, que fue bautizado Cuatro Siete Boxeo. Contaba con diverso material cedido por amigos y vecinos, así como sacos de boxeo. En las paredes lucían una imagen del Che Guevara y una pancarta con el logo antifascista y la leyenda «Campeones 1945», en referencia a la victoria sobre el nazismo en la Segunda Guerra Mundial. Al gimnasio, igual que al resto de actividades que ofrece el centro, acuden personas ajenas al movimiento, pero que utilizan todo lo que este colectivo les ofrece de forma gratuita y se interesan por colaborar en todo aquello que

pueden.

Ha sido fundamental ir sacando a los centros sociales de las dinámicas autocentradas, ya que en algunos solo se ofrecían actividades lúdicas del gusto de los okupantes y, por tanto, dirigidas en exclusiva a ellos mismos. Esto favorecía la desconexión entre estos proyectos de autogestión y los intereses del conjunto de las clases trabajadoras. Paradójicamente, un proyecto de centro social mal dirigido, un centro social que por su praxis facilita la criminalización o que genera más conflictos al barrio que los que ayuda a resolver puede contribuir al ascenso de posiciones reaccionarias en la sociedad.

La periodista de El Mundo Andrea Gómez publicó unos días antes de mi visita a La Molinera un extenso reportaje sobre el centro social en el que explicaba las dificultades que habían tenido y que, a pesar de ello, el proyecto tenía cada vez más peso en el tejido social vallisoletano. Al parecer, eso era algo que no sentaba demasiado bien a la ultraderecha local.

Nos hicieron una serie de pintadas en la fachada, en dos o tres ocasiones, pero las hemos borrado inmediatamente. También hemos sufrido ataques y amenazas por parte de grupos de extrema derecha. Tampoco queremos entrar mucho en eso, pero por ejemplo sospechamos que fueron los responsables de retirar una pancarta que pusimos en la fachada contra los Borbones.[188]

A pesar de los intentos de intimidación, los jóvenes que llevan La Molinera saben que cuentan con el apoyo de gran parte del vecindario y que al Ayuntamiento no le resultaría fácil echarlos. El edificio es propiedad de la Seguridad Social y está puesto a subasta, pero hasta que no haya un reclamo legal se encuentran en un limbo que les permite permanecer allí. De momento. Justo cuando estaba terminando este capítulo, contacté de nuevo con Jorge. Me comentó que acababan de enterarse de que un fondo buitre había adquirido el

edificio y se estaban preparando para un proceso de desahucio. Sin embargo, Jorge destacó su intención de continuar hasta el final y remarcó la importancia de los centros sociales en la implicación y en la sinergia entre diversas luchas.

En un contexto histórico en el que imperan el egoísmo y la tendencia a beneficiarse de los demás, los centros sociales levantamos la bandera de servicio al pueblo: nos fundimos con sus problemas —porque también son los nuestros— y buscamos soluciones colectivas desde perspectivas progresistas; apoyamos los frentes de lucha feminista, de lucha sindical, de defensa de lo público, de protección del territorio y, por supuesto, contra el fascismo, el racismo y la homofobia; desarrollamos una sociabilidad, una cultura y un aprendizaje comunal que confrontan con el individualismo hegemónico; contribuimos en lo posible a elevar el nivel formativo e ideológico de las clases populares. Y en última instancia, tratamos de impulsar la confluencia de todos estos frentes en una lucha general por el cambio de régimen político y de sistema socioeconómico. Es necesario asumir —y asumirlo a conciencia— que todo centro social que se precie tiene que jugar ese papel y arremangarse para hacerlo con la mayor responsabilidad.

Otro de los proyectos que se han popularizado gracias a su enorme trabajo vecinal y sus campañas de difusión en las redes ha sido la Federación Anarquista de Gran Canaria (FAGC). Ruymán Rodríguez, uno de sus miembros, nació en el barrio del Puerto de Gran Canaria, un distrito popular con mucha población migrante inmerso en un proceso de gentrificación constante. Lleva militando en Gran Canaria desde que era adolescente, en los años noventa, y confiesa que uno de sus puntos de enganche fue precisamente el antirracismo. Entonces, en el Parque de Santa Catalina se concentraba un gran número de personas de origen migrante en situación precaria que vivían al raso, la mayoría sin trabajo ni recursos.

La federación de empresarios empezó una campaña pidiendo la deportación de las personas migrantes. Decían que afeaban la zona e

impedían que la gente consumiera. Un discurso totalmente racista que empezamos a contrarrestar con panfletos y pintadas.

En el archipiélago canario no ha habido presencia neonazi callejera como en otras partes del Estado. Según Ruymán, la mayoría de los que surgieron en algún momento venían de la península.

Hubo algunos conatos. Empezaron a producirse algunos ataques racistas y contra personas sin hogar coincidiendo con la campaña de los empresarios, pero se les cortó rápido. Violentaban a comunidades vulnerables que sabían que no iban a responder. Se les confrontó en la calle y se les expulsó. No volvieron a levantar cabeza.

Años después, en 2012, sí que aterrizó Respuesta Estudiantil, formado por estudiantes de Derecho canarios que habían estudiado en la Península.

Incluso llegaron a negociar con el sindicato mayoritario de estudiantes para poder manifestarse, sin enfrentarse. Los anarquistas y los independentistas canarios nos negamos a aceptar a los nazis en nuestras manifestaciones.

Varias televisiones recogieron los enfrentamientos entre los antifascistas y el grupo neonazi en una manifestación, que se saldaron con la expulsión de los neonazis a golpes. Nunca más volvieron a aparecer.

Ruymán apunta que el fascismo que ha existido siempre es otro que considera aún más peligroso.

El de traje y corbata. El de despacho y poltrona. El que hoy representa

Vox. Como no dice «Heil Hitler» y no tiene dagas con esvásticas, se intenta englobar en una especie de neoconservadurismo, pero al final señala a las mismas personas que los otros. Estos son los que promueven el otro tipo de fascismo: el sociológico.

Aquí, el activista recuerda datos sobre la precariedad de las islas Canarias, uno de los territorios más pobres de la Unión Europea, con altas tasas de paro, un 35 por ciento de pobreza infantil, un 60 por ciento que no llega a final de mes, un 50 por ciento en riesgo de exclusión social y un 45 por ciento por debajo del umbral de la pobreza. Doscientos cincuenta desahucios al mes y un alquiler de media de los más altos. Las entidades financieras, además, mantienen miles de viviendas vacías en un territorio que vive casi exclusivamente del turismo (cerca de seis millones de turistas al año) y que se encuentra en un constante proceso de gentrificación.

En este maremágnum, con tanta inquietud, ansiedad y resentimiento, aterriza el discurso fascista que apunta que las personas migrantes son el problema, no el banco que te desahucia ni el hostelero que te explota. Además, la mayoría de los migrantes que vienen son de origen europeo, pero usan bulos para ubicar el problema en el último eslabón, promoviendo así la pelea entre el último y el penúltimo.

La Federación Anarquista intenta con su trabajo dar la vuelta a ese descontento, de modo que no sea aprovechado por la extrema derecha para difundir el miedo y el odio entre vecinos «y llevarlo al apoyo mutuo, la solidaridad y la convivencia». Por eso, la FAGC empezó a crear comunidades en 2012, cuando aumentaron los desahucios y mucha gente se quedó en la calle. Así, ante la extrema necesidad de muchas familias, los anarquistas canarios crearon en 2013 la Comunidad Esperanza, donde viven 76 familias y 210 personas, muchas de ellas migrantes. Este proceso no fue nada fácil, admite Ruymán, y requirió mucha pedagogía, mucha paciencia y un intenso trabajo.

Algunos de los residentes son parados de larga duración que ven con recelo que en la comunidad se aloje a personas sin hogar. Conseguimos, tras asambleas interminables y mucha pedagogía, que accedan. Lo mismo pasa después con las personas migrantes y luego con las personas gitanas. Al final se trata de ir compartiendo, conviviendo, para romper esos prejuicios. Cuando dependes de la olla común que hace la familia colombiana, el racismo no se sostiene. Igual que cuando la madre magrebí va a recoger a tus hijos al colegio porque tú estás trabajando, igual que cuando los niños de diferentes nacionalidades juegan juntos, consigues al fin comunidades más cohesionadas que son un dique contra el racismo.

Actualmente existen once comunidades de resistencia en la isla con más de mil personas viviendo de la autogestión. Tienen varios huertos de autoabastecimiento y una red de intercambio de enseres y ropa. Además, hay una oficina de asesoramiento para personas en situación precaria que no están sindicadas en la que se les ayuda a escribir currículums, a reclamar derechos laborales y otros asuntos que, por desconocimiento o por otras circunstancias, no pueden hacer por ellas mismas. También existen dos comunidades destinadas a la población migrante con gente en peligro de deportación, donde conviven más de doscientas cincuenta personas que siembran sus propios huertos y hasta han construido sus propios hornos de pan. Todo esto completamente al margen de las instituciones. Por iniciativa popular.

En noviembre de 2021, Vox anunció que iba a realizar un acto en Gran Canaria. A los pocos días, la FAGC convocó una concentración para mostrar su rechazo. Tras una intensa campaña de difusión en las redes sociales y por la ciudad canaria, cientos de personas secundaron la convocatoria antifascista, que eclipsó el acto del partido ultraderechista, a pesar de que había desplazado a decenas de personas desde la Península para hacer bulto.

La policía nos informó de que no habría problemas con la concentración si nos manteníamos en el sitio indicado, pero nos advirtió que habían encontrado a algunos neonazis rondando por la zona. Intentaron provocar, pero fracasaron. Todo se desarrolló sin

incidentes, fue un éxito. Recibimos gran cantidad de mensajes de apoyo. Desde la comunidad musulmana hasta personas mayores que habían sido represaliadas por el franquismo. Fue muy emocionante y sintomático que hayamos sido los anarquistas quienes lleváramos la iniciativa.

Durante la entrevista, Ruymán destaca constantemente la manera de entender el anarquismo que tienen en la FAGC, una adscripción ideológica que reivindica orgulloso y que trata de definir con los hechos que desde la Federación llevan a cabo.

Siempre hemos entendido que debíamos hacer anarquismo para no anarquistas. Con el antifascismo pasa lo mismo. El antifascismo debe ser transversal. Debe ser adoptado por todos los colectivos, sobre todo por aquellos que más lo sufren: LGTBI, migrantes, racializados… Que las personas más amenazadas por el fascismo estén también en la lucha. Debe ser una respuesta social, popular y amplia. Pero también nos equivocamos mucho si pensamos que al fascismo se le para con papeletas cada cuatro años. El fascismo tiene las urnas porque antes ha tenido las calles. Si queremos sacarlos de las instituciones, hay que sacarlos primero de las calles. Sabemos que eso implica represión, que nos van a perseguir, pero debemos ser contundentes en esto y conseguir que no se hagan fuertes. El antifascismo debe ser de las vecinas, no un pasatiempo de fin de semana.

La proliferación de proyectos comunitarios en barrios populares y pueblos de todo el Estado español es un síntoma de la importancia que se está dando desde los movimientos sociales al contacto con los vecinos y vecinas en situación precaria. Conscientes —como explicaban Cristina, Ruymán, Neus y el resto de personas entrevistadas— de que la extrema derecha aprovecha la vulnerabilidad de muchas personas para atizar el odio contra otros colectivos también vulnerables, como las personas migrantes, la labor de estos movimientos está siendo fundamental para neutralizar la infección de los discursos racistas. A pesar de esto, existen múltiples

canales por donde la ultraderecha cuela sus mensajes y sus marcos para arrastrar a parte de la población a su campo, sobre todo a través de las redes sociales, de sus discursos en las instituciones y de los medios de comunicación. Estos últimos reproducen constantemente estos marcos que criminalizan la pobreza y a determinados colectivos, y consiguen a menudo que el odio de las clases populares, por su precariedad, se focalice contra los más vulnerables, en vez de contra los responsables políticos y económicos de sus miserias. Miedo a los migrantes, a los okupas, a las personas sin hogar, a los movimientos sociales… Por eso, cuando estos colectivos trabajan en los barrios y consiguen crear lazos comunitarios por encima de nacionalidades, creencias y otros factores, la ultraderecha se encuentra con un muro.

---

[188] Disponible en https://diariodevalladolid.elmundo.es/articulo/valladolid/molineraproyecto-cerebro-corazon/20210822223032403187.html.

49

El antirracismo

que no acepta tutelas

«De aquí, de allí siempre seré el otro,

viajero sin un lugar de retorno,

para el que los caminos se pierden en apertura

donde seres externos controlan mi piel oscura,

para quienes soy, aun sin verme, sospechoso».

YEISON GARCÍA, El otro

Hasta ahora, las personas migrantes o racializadas hemos sido el objeto del activismo blanco y europeo, que ha explicado con sus palabras lo que nos ocurre a nosotras y exigido por nosotras nuestras demandas. Ese tiempo se ha acabado. Nuestra lucha antirracista también incluye terminar con ese paternalismo que nos invisibiliza, para comenzar a ser desde ahora los sujetos políticos de nuestras propias reivindicaciones.[189]

Paula Guerra escribía esto en El País el 10 de noviembre de 2017. En dos días estaba prevista una manifestación antirracista en Madrid con el lema «Por una sociedad sin racismo», en la que se implicaron

numerosos colectivos de personas racializadas y migrantes.

Entrevisté a varias personas que formaron parte de aquella movilización y hoy siguen trabajando desde diferentes ámbitos contra el racismo. Paula, la autora del artículo, es una de ellas. Nació en 1976 en el barrio obrero de San Miguel, en Santiago de Chile, y vive en Madrid desde 2006, cuando vino a hacer un doctorado. Durante todo este tiempo, ha combinado su activismo y sus estudios trabajando de camarera, encuestadora, teleoperadora y en agencias de comunicación y medios de comunicación alternativos. Fue presidenta de SOS Racismo y actualmente escribe para Público y elDiario.es, además de impartir talleres sobre pensamiento decolonial y analizar e investigar el racismo estructural y sus consecuencias. Ella fue una de las impulsoras de aquella movilización de 2017 que marcó un antes y un después en la visibilización del antirracismo organizado.

La manifestación fue un éxito y logró visibilizar un activismo que llevaba años en marcha, pero que hasta entonces no se había mostrado con todo su músculo.

No fue nada fácil —admite Paula—. Tuvimos innumerables asambleas en las que vivimos situaciones muy agresivas cuando exigimos ser nosotras las que hablásemos por nosotras. Ahora puede resultar inconcebible, pero hasta hace no muchos años era de lo más normal que, en colectivos antirracistas con participación de personas racializadas, quienes redactasen los manifiestos e hicieran las portavocías fuesen personas blancas. Para llegar a la situación actual hubo que pasar por muchos y encendidos debates, incluso dentro de colectivos y ONG con un recorrido antirracista histórico. El 12 de noviembre se materializó ese proceso. Y también se cristalizó el trabajo de todas las personas racializadas que nos antecedieron en la lucha.

Durante años, la lucha contra el racismo no estuvo representada por las personas que lo sufrían. Por una parte, los colectivos antifascistas estaban formados principalmente por personas blancas, aunque hubiera algunas personas racializadas puntualmente o hubiese

determinadas alianzas circunstanciales. Excepciones como los Color Power y sus sinergias con movimientos antifascistas de principios de los noventa y otros casos puntuales no eran la norma. La realidad es que los colectivos de personas migrantes y racializadas durante los años noventa no compartían demasiadas veces las agendas ni los espacios del antifascismo de entonces. Hubo campañas anticolonialistas desde los ochenta con motivo del Doce de Octubre, contra el apartheid en Sudáfrica y protestas ante los crímenes de odio racistas, la ley de Extranjería o los pogromos de El Ejido y Ca n'Anglada, pero la escasa entidad que se les daba por parte de las instituciones y los medios de comunicación durante años a los colectivos afectados no fue casual. No tanto por parte de los colectivos antifascistas y los movimientos sociales como por el Estado, que supo poner filtros en forma de ONG para que la interlocución y la representación garantizaran que no se cuestionaba la estructura. Es decir, tratar el racismo como un hecho individual y no como un asunto estructural, sacando de la ecuación la ley de extranjería, las políticas migratorias, la existencia de los CIE y muchos otros instrumentos del Estado que perpetúan esas desigualdades y criminalizan no solo el origen, sino también los cuerpos de las personas racializadas.

Demetrio Gómez es un viejo amigo con quien he compartido muchas reflexiones al respecto. Es uno de los fundadores de Ververipen Rroms por la Diversidad, un colectivo de gitanos LGTBI que hace años trabaja codo a codo con otros colectivos antirracistas y antifascistas en el ámbito estatal y europeo. Nació en México, de familia gitana, y es homosexual. Por eso, siempre pone sobre la mesa la importancia de la interseccionalidad. Riendo, comenta que tiene todo lo que más odian los fascistas: «migrante, gitano, maricón y antifascista». Ha participado en numerosos movimientos sociales y, a sus cincuenta años, es un referente en la lucha del pueblo romaní. Conoce el asociacionismo gitano desde dentro desde los años ochenta y siempre ha sido muy crítico con su gestión, ya que, según él, no ha sabido dar respuesta a nuevos retos.

El asociacionismo tradicional tuvo su momento y ayudó mucho en aquellos tiempos en los que lo asistencial era primordial, pero no ha sabido generar un pensamiento y un marco político progresistas. Se

generan programas que suplen responsabilidades municipales o estatales de carácter asistencial, pero no se plantea un pensamiento crítico, sino más bien una complicada danza de intereses para seguir manteniendo los programas que sustentan económicamente la organización. El asociacionismo gitano tradicional no goza de buena salud y no es referente para los nuevos pensamientos y formas de organización de jóvenes y no tan jóvenes que reclaman un cambio radical en la forma de tratar lo gitano.

Aparecer como sujetos pasivos, como víctimas o simplemente como atrezo ha sido durante años el papel que una parte del autodenominado antirracismo ha concedido a las personas racializadas en esta lucha. Sobre todo cuando hablamos de las ONG, a las que el Estado usa como intermediarias y que demasiadas veces actúan de amortiguador ante las denuncias de problemas estructurales.

En este sentido, Demetrio afirma:

Durante un tiempo, la izquierda blanca ha querido adoctrinarnos y enseñarnos el modelo de liberación, tratándonos de manera paternalista. Ha asumido una voz y unas acciones que deberían ser fruto de un trabajo entre iguales y no de un acto de «salvación» desde una supuesta superioridad a todos los niveles.

«Esa fue la respuesta del Estado», opina Youssef Ouled, otro de los activistas antirracistas que entrevisté. Youssef nació en 1993 en Alhucemas, en el Rif, y vino a Madrid con solo seis años. Es periodista y activista antirracista y ha gestionado durante años el portal de denuncia EsRacismo, en SOS Racismo Madrid. También es consultor sobre perfilación racial en Rights International Spain, donde ha desarrollado investigaciones acerca de cómo esta práctica policial racista afecta a las personas racializadas, así como sobre las consecuencias del racismo durante la pandemia del covid-19. Igual que Paula y muchas otras personas, realiza una gran labor de difusión y denuncia de casos de racismo en las redes sociales.

Hoy en día, existe una nueva ola de activismo antirracista formado y liderado por jóvenes —en muchos casos nacidos en el Estado español — que han decidido dar un paso al frente y reivindicar su papel protagonista en esta lucha, cansados de que otras personas que no sufren lo que denuncian hablen por ellos. Uno de ellos es Moha Geredou, nacido en Huesca en 1992 de padres gambianos. Moha es periodista y activista antirracista. Recientemente ha publicado un libro titulado Qué hace un negro como tú en un sitio como este (Península, 2021), donde explica perfectamente a través de su experiencia vital cómo funciona el racismo y que no se encuentra únicamente en conductas individuales, sino que forma parte de la propia estructura del sistema y de la historia y la cultura. Él también participó en la organización de la manifestación de noviembre de 2017 y estuvo al mando de SOS Racismo hasta 2018, cuando le pasó el relevo a Paula.

El racismo siempre ha sido el corazón de la extrema derecha, pero el antirracismo no siempre está en el corazón del antifascismo —asegura Moha—. Siempre se ha dado por hecho el apoyo de las personas migrantes y racializadas, pero no ha habido mucho esfuerzo en incorporar demandas o visiones propias de estas personas. Ser de izquierdas no te garantiza que no seas racista, hay que trabajar y establecer alianzas con estos movimientos propios, a los que hay que escuchar.

Moha fue víctima de una terrible campaña de acoso en las redes sociales por parte de ultraderechistas, que llegaron a poner precio a su vida y le dedicaron numerosas amenazas de muerte. Fue con motivo de la campaña lanzada en las redes con el hashtag #EstadoEspañolNoTanBlanco, con la que se buscaba visibilizar la diversidad y la multiculturalidad. Los ataques y los comentarios racistas no se hicieron esperar:

Comenzamos con la subasta del mes. Empezamos en mil euros. ¿Quién da más?

Si viene desparasitado y con la cartilla del veterinario, subo a mil doscientos euros.

Si me dejáis soltarlo en mitad del campo y cazarlo, mil cuatrocientos euros.

Así, toda una lista de mensajes denigrantes que también sufrieron otros activistas que se unieron a la campaña. Los comentarios subieron de tono y empezaron a llegarle amenazas con imágenes de personas asesinadas. Estos son algunos de los mensajes que recibió por el simple hecho de participar en una campaña antirracista:

Vamos a por ti, hijo de puta.

Eres el próximo en la lista.

Tienes las horas contadas.

Eran la muestra —junto a muchas otras que se denuncian constantemente— de que todavía existe un racismo latente en el Estado español más allá de las estructuras racistas del propio Estado.

Recientemente, un episodio sangrante que reactivó la lucha liderada por los colectivos de personas migrantes y racializadas fue la reacción en 2018 ante la muerte de Mame Mbaye en el barrio madrileño de Lavapiés. Mbaye trabajaba como mantero y falleció de una parada cardiaca cuando huía de una de las habituales redadas policiales que acechan el barrio y se ceban con las personas racializadas. Cuando se conoció la noticia, los vecinos estallaron, hartos de las constantes

actuaciones policiales contra la comunidad de personas migrantes y racializadas. Durante varios días, se produjeron enfrentamientos con la policía. Sindicatos policiales denunciaron a varias personas por culpar a la policía de la muerte de Mbaye, entre ellas a Rommy Arce —entonces concejala del Ayuntamiento de Madrid—, al tuitero Fonsi Loaiza y a Malick Gueye —del Sindicato de Manteros.

Para Moha, es importante explicar el significado de «persona racializada», ya que a menudo «no se entiende a qué nos referimos». Moha lo explica así en las pp. 56 y 57 de su libro:

Todas las personas somos racializadas. Todo el mundo forma parte de una categoría racial o étnica por la que el resto nos identifica: blancos, negros, asiáticos, gitanos… «Racializado» no es la forma políticamente correcta de decir «negro», sino que es una manera desde la que describir la categoría racial. Es una categoría más, como pueden ser el género o la sexualidad. Estrictamente, una persona racializada es alguien que recibe un trato favorable o discriminatorio en base a la categoría racial que la sociedad le atribuye. […] La racialización no depende solo del color de piel. Incluye también factores como el origen migrante, las formas de hablar, los rasgos físicos y así un largo etcétera.

La profesora Mahdis Azarmandi, que dedicó tres años de investigación doctoral al antirracismo en España, también lo explicaba en un artículo de El Salto.

Para comprender la relación entre las formas de discriminación pasadas y presentes debemos comprender cómo se producen las luchas por la diferencia humana a través de procesos de racialización, y cómo estos procesos producen sistemas sociales racializados. El racismo, por lo tanto, tiene que ver con las relaciones de poder en las que el hecho de estar marcado por la raza (racialización) coloca a las personas en diferentes posiciones (con diferente acceso a los recursos) en ese sistema.[190]

El artículo —titulado «Los límites racistas del antirracismo moral español»— trataba de advertir sobre esas entidades que pretendían hablar en nombre de las personas racializadas y que criminalizaban las protestas por la muerte de Mbaye en Lavapiés. Azarmandi explicaba:

Un antirracismo en el que los que siguen beneficiándose de su estructura siguen hablando en nombre de aquellos a los que pretenden apoyar corre el riesgo de reproducir la idea misma de la disponibilidad, es decir, que las voces y las vidas de aquellos a los que se dirige el racismo vuelvan a ser borradas y silenciadas.

La profesora también afirmaba:

[La muerte de Mame Mbaye] y el aumento de la hostilidad hacia los vendedores ambulantes en general no solo ha puesto al descubierto la naturaleza de la represión estatal, sino que ha puesto al descubierto los límites del actual antirracismo español.

Y señalaba directamente a la ONG Movimiento Contra la Intolerancia como parte del problema:

El entendimiento común de Ibarra y MCI [Movimiento Contra la Intolerancia] es que el racismo es un error moral, están de acuerdo en que el racismo es «malo», pero no creen que la estructura misma de la sociedad e incluso del Estado pueda ser racista.

La manifestación antirracista de 2017 pretendía visibilizar lo que Paula Guerra explicaba en su artículo en El País sobre lo que es el

racismo: «un sistema mayor de opresión, tanto o más fuerte como lo es el sistema de opresión de clase o el de género», en referencia al racismo estructural y a las constantemente denunciadas identificaciones por perfil racial.

Queremos que el racismo deje de ser visto como una serie de hechos anecdóticos vinculados a acciones aisladas de determinadas personas o de determinados grupos marginales de ultraderecha.

El simbolismo de esta manifestación sirve para explicar el paso adelante, ya sin vuelta atrás, de muchas organizaciones y activistas antirracistas en la defensa de sus derechos y contra la tutela de otras organizaciones que históricamente habían abanderado o se habían apropiado de sus luchas. En la conversación, los tres activistas aclaran que no es un reproche general al antifascismo, que siempre estuvo ahí y puso todo el empeño para combatir a quienes cometían ataques racistas, pero sí pretende ser un toque de atención a todas las luchas actuales —también las antifascistas— para que no se repitan las dinámicas pasadas de hablar de ellos sin ellos o de usarlos tan solo como víctimas y no como sujetos activos.

En palabras de Moha:

La manifestación fue una representación física y gráfica de lo que venía sucediendo desde hacía tiempo en el antirracismo: que las personas racializadas y migrantes éramos los sujetos políticos de esta lucha y que no íbamos a permitir más esa posición de subalternos, ese paternalismo. La manifestación y esa fraternidad que hubo entre las diferentes comunidades fue un puñetazo en la mesa en ese sentido. Se acabaron las mesas sobre racismo en las que no hay personas racializadas o que, si las hay, son solo para contar testimonios. Se acabaron las organizaciones antirracistas lideradas o compuestas solo por personas blancas en las que nosotros solo aparecemos como víctimas.

En este sentido, Youssef también recuerda que, durante años, las instituciones han estado financiando y promocionando organizaciones que no cuestionaban demasiado el sistema, que eran dóciles y no molestaban al poder. La mayoría, controladas por personas que ni siquiera formaban parte de estos colectivos y muchas de ellas eran auténticos negocios. Estas, al final, servían para eclipsar a las más combativas y a las que de verdad representaban a las personas afectadas.

Queríamos denunciar el racismo de Estado, el de las instituciones, y relacionarlo con el caso de Lucrecia, una mujer racializada asesinada por un grupo de neonazis liderado por un guardia civil. Cuando se cometió el crimen, el Estado puso en primera línea a algunas ONG para tapar la organización del antirracismo y del antifascismo, para que actuaran defendiendo los intereses del Estado, sin cuestionarlo, y mantener el statu quo… La respuesta es del mismo Estado. Hoy, estas personas, estas organizaciones, siguen teniendo el privilegio de representar en organismos oficiales a colectivos de los que ni siquiera forman parte.

Según cuenta Youssef, desde hace poco, él y otros activistas están coordinándose con grupos antifascistas de varios distritos de Madrid en una campaña para denunciar la exclusión de alumnas musulmanas en los centros educativos por llevar hiyab.

Donde ahora estamos encontrando más aliados —aquí, en Madrid— es en el movimiento antifascista que hay en distintos barrios. En su mayoría son personas blancas que han tenido muchos debates y han entendido que la lucha contra el fascismo no es solo luchar contra el fascista estereotipado, contra los nazis del barrio, sino que pasa por interactuar con diferentes colectivos y en estos espacios de encuentro articular una respuesta conjunta.

Para Paula:

Son luchas que tienen que ir de la mano. Hay que plantearse cuáles son las demandas del antirracismo antes de incorporarlo al antifascismo. Para evitar situaciones de subalternidad. El éxito pasa por reconocernos mutuamente, como pasa con el feminismo y con otras luchas. Se deben complementar.

Demetrio también reivindica el papel de las nuevas generaciones de activistas romanís, que pretenden superar el asociacionismo tradicional y tomar el relevo desde un activismo mucho más transversal.

En la actualidad, han surgido nuevos pensamientos romanís que tratan de revolverse de igual manera contra el racismo, el machismo, el colonialismo, la lgtbfobia y el fascismo.

Una nueva generación más preparada e instruida, con una mayor capacidad crítica y de análisis se abre paso entre el pueblo gitano no solo en España. Esto ha provocado que muchos temas que tradicionalmente eran tratados como un tabú se hayan abierto paso en los debates cotidianos y tenga lugar un nuevo marco de pensamiento más acorde con las conquistas sociales de este último siglo; pero no solo, también un pensamiento genuino creado por gitanos y gitanas sin tutelajes ideológicos ni de otra índole. Al mismo tiempo, junto a otras minorías se siente una conciencia de clase —oprimidos y opresores— y se van estableciendo alianzas. Esta estrategia de coordinación y conciencia es bastante reciente, aunque algunos pioneros y pioneras lo intentaron hace ya veinte años y sembraron la simiente de estas alianzas tan convenientes y necesarias.

Durante años, se ha transmitido la imagen, adoptada por mucha gente, de que el antifascismo es un grupo de gente joven, principalmente blanca, perteneciente a la izquierda radical, cuya actividad política se basa en la acción directa y en la confrontación. Aunque este antifascismo existe, no es el único ni es mayoritario. Las nuevas

maneras de la extrema derecha han obligado a adoptar múltiples formas a quienes pretenden combatirla y no es justo ni riguroso afirmar que esta lucha es una cuestión tribal o territorial, sino que es una lucha plural y transversal que incorpora numerosos matices y causas que convergen en muchos otros asuntos.

Demetrio, por su parte, reivindica el papel de la nueva generación de activistas gitanos.

[También participan] en grupos antifascistas, en el Orgullo Crítico, con otros grupos racializados en manifestaciones y demandas u organizando jornadas feministas en las que se critica de manera furibunda el homonacionalismo y esas corrientes que se dicen feministas pero que infantilizan y discriminan a las mujeres provenientes de la minoría.

Por su parte, Moha explica:

Uno de los grandes riesgos es entender o reproducir la imagen del antifascismo como un ente monolítico, como un prototipo de hombre blanco, joven, radical.

Sin embargo, afirma:

[Hay que reconocer] la capacidad del antifascismo para adaptarse a los tiempos e incorporar nuevos elementos, y cada vez se está entendiendo e implementando más. Los retos a los que nos enfrentábamos hace cuarenta años no son los mismos de ahora. Vemos cada vez más grupos antifascistas y antirracistas juntos, como en los últimos homenajes a Lucrecia. Establecer alianzas y diálogos, y reconfigurar las posiciones es imprescindible. Hay una agenda común en el antifascismo y en el antirracismo, y el gran problema es que no

haya habido un diálogo permanente para hacer frente a esos retos comunes.

---

[189] Disponible en https://elpais.com/elpais/2017/11/10/migrados/1510306552_597

185.html.

[190] Disponible en https://www.elsaltodiario.com/1492/los-limites-racistas-delantirracismo-moral-espanol.

50

El impulso feminista y la

lucha contra la LGTBI-fobia

«Es increíble el aguante de esta gente, pasarse dos años seguidos recibiendo palizas y sin rechistar. Además de contarlas una por una para saber que han sido más de sesenta. Sí que les ha de molar que les den por culo para aguantar tanto».

Bandera Negra, número 16, 1991. Fanzine del

grupo neonazi valenciano Acción Radical

Antes del asesinato de Sonia en Barcelona a principios de los noventa, la ultraderecha ya se había mostrado violentamente contra el colectivo LGTBI en varias ocasiones. Incluso con atentados terroristas. En 1976, un grupo de extrema derecha colocó un artefacto explosivo en La Vaquería, un local alternativo del barrio madrileño de Chueca frecuentado por personas homosexuales. No fue la única bomba contra el colectivo LGTBI aquellos años en los que el terrorismo de ultraderecha actuaba de manera impune. Desde entonces, la violencia homófoba no cesó. Con la llegada de nuevas generaciones de ultraderechistas, aumentaron las agresiones a personas LGTBI: las cacerías de los llamados «bateadores del Retiro» en Madrid, los ataques al Orgullo Gay y los bares de ambiente en otras ciudades, los atentados con explosivos, como el de Amor de Dios en Sevilla en 1991 o el asalto a otro bar de Chueca justo la víspera del 20N de 1988, el día en que los neonazis asaltaron los puestos de Tirso de Molina. Querían dejar bien claro que el colectivo LGTBI seguía estando en el

punto de mira de la nueva ultraderecha.

Muchas veces, estas agresiones quedaban sepultadas, porque las víctimas no querían denunciar por miedo a que se revelase su orientación sexual en un contexto en el que la homofobia todavía reinaba. El activista y escritor Piro Subrat publicó en 2020 el libro Invertidos y rompepatrias. Marxismo, anarquismo y desobediencia sexual y de género en el Estado español (1868-1982), un extenso trabajo en el que se recogen numerosos episodios de activismo del colectivo LGTBI. En él se relatan también las agresiones y ataques de los grupos de extrema derecha durante este periodo.

Leí en El Salto la entrevista que le hizo Teresa Díaz.[191] Tras localizar fragmentos de su libro en la Red, pensé que encajaba perfectamente en la historia de este libro. Entonces Piro residía en València, así que quedé con él en persona. Su libro abarca desde finales de los años sesenta del siglo XIX hasta mediados de los ochenta del siglo xx, pero en Internet subió una parte en la que ya hablaba de la época posterior, que es justo el periodo de tiempo en el que se enmarca este libro. Por eso, le pregunté qué quedaba de los movimientos LGTBI de la transición cuando comenzaron a aparecer los nuevos grupos fascistas y neonazis a mediados de los ochenta.

En los años ochenta, los movimientos sociales heredaron lo que se vivió durante la transición, donde hubo una alianza del movimiento gay con la izquierda. Aunque también estaba el tema del VIH y vuelve otra vez la cuestión de la homofobia en la sociedad… Los ochenta se sitúan en ese escenario: ha habido una alianza muy importante, pero se produce un rebrote de las agresiones homófobas muy grande. Cuando aparece el antifascismo de finales de los ochenta, el tema LGTBI no está tan a la orden del día en la izquierda como antes; sigue habiendo cierta reminiscencia, aunque, como baja mucho el activismo, hay temas que no son tan accesibles para la nueva generación. La pérdida del enlace con la anterior generación fue importante. En muchos casos, no hay un referente homosexual organizado al que recurrir. Es muy reducido. La consecuencia es que, aunque en los colectivos antifascistas exista esta preocupación, en muchos casos no se produce una confluencia.

En su libro descubrí un crimen de odio homófobo que no teníamos registrado en el proyecto crimenesdeodio.info. Mariano Gómez Higuera fue asesinado el 5 de mayo de 1993 por un fascista, y este crimen levantó una ola de protestas en las que participaron activamente los grupos antifascistas. Un ultraderechista citó a Mariano en la zona de cruising de la Casa de Campo, y cuando este intentó huir le asestó diecisiete puñaladas. Piro explica en su libro:

Pocos meses antes [el asesino] había quedado mediante un servicio gay de contactos con otro chaval llamado Darío. Junto a su amigo José Antonio, David clavó dos veces un estilete a Darío, le propinó una paliza y lo encerró chapuceramente en un cuarto del cual pudo escapar y pedir ayuda. Cuando el asesino fue arrestado, la policía requisó material fascista en su casa. Declaró que «quería limpiar España de putas, inmigrantes y maricones».

El juicio se celebró en la Audiencia de Madrid en 1995. Acudieron grupos antifascistas junto a La Radical Gai y grupos feministas. Piro relata en su libro que la lucha contra la homofobia y el sexismo ya estaba presente en los fanzines y los carteles de los colectivos antifascistas de los años noventa y enumera toda una lista de ejemplos donde se acredita la preocupación y la denuncia de los ataques fascistas contra el colectivo LGTBI. Le pregunté sobre la alianza de los colectivos y personas LGTBI con el antifascismo.

En los noventa hay una nueva generación de disidentes sexuales con un discurso mucho más cercano al actual. Es gente más influenciada por el antifascismo y otras culturas políticas de la izquierda radical, como fue La Radical Gai en Madrid, que iba a confrontar con los neonazis directamente y formaba parte de los movimientos antifascistas. Esto generó una alianza más fuerte.

El libro de Piro recoge ciertas reflexiones que se dieron en el seno de los movimientos sociales —concretamente en el antifascismo— ya desde los años noventa sobre el sexismo y la homofobia. La homofobia también aparecía en algunos momentos en entornos de izquierdas y eso explica que alguna gente de este colectivo tuviese ciertos recelos a la hora de participar en grupos antifascistas.

Sin embargo, el ámbito antifascista no ha llevado una genuina y concienzuda lucha contra la homofobia, ni siquiera por un trabajo por definición de temas feministas. La mitología del luchador antifascista que golpea a nazis y se enfrenta a la policía describe casi siempre a un varón alto, cachas, joven, capacitado, de cierta estética y al que la virilidad y la heterosexualidad se le presuponen. Desde esta perspectiva, podemos encontrarnos comentarios homófobos, agresiones machistas y un sinfín de comportamientos cuestionables desde el ámbito antifascista.

Sin embargo, esto se trabajó en muchos espacios en los que convivían organizaciones antifascistas y grupos feministas o LGTBI. Eso fue lo que ocurrió en el Kasal Popular en València y —como comentaba Eugeni, del FAGC— a raíz del asesinato de Sonia en Barcelona, cuando los activistas LGTBI trabajaron junto a los antifascistas ya a principios de los noventa. A menudo surgía el debate sobre la masculinidad, la estética y la actitud de algunos de estos militantes, temas que todavía hoy se debaten en el seno de las organizaciones de izquierdas. En Madrid, desde Lucha Autónoma y otros colectivos, también se trató de hacer pedagogía con el resto de compañeros, como cuenta Piro en su libro.

A mediados de los noventa, militantes de la coordinadora de colectivos Lucha Autónoma se sentaron a hablar ante su indignación porque en las movilizaciones antifascistas se escuchaban con frecuencia comentarios homófobos, putófobos y machistas, pareciendo imposible extender en el antifascismo la crítica antiautoritaria y antisexista. Para la manifestación antifascista del 23 de noviembre de

1997 repartieron el siguiente texto en formato panfleto, tan explícito y concreto que merece incluirse entero:

EL SEXISMO TAMBIÉN ES FASCISMO.

¡AUPA CHAVAL/A!

¿A cuántas manifas has ido gritando consignas tales como «maderos hijos de puta», «fascistas maricones» o «uja, uja, uja, que se tire la maruja» sin pararte a pensar lo que estás diciendo? Pues vamos a aclararnos: bastante mal lo tienen que pasar las prostitutas con los maderos como para tener hijos de semejante calaña. Así pues, ten en cuenta que cuando gritas «hijos de puta» estás atacando directamente a las prostitutas y no a los maderos o a los fascistas; lo mismo sucede cuando dices «maricones», tomas una actitud discriminatoria contra parte de nosotr@s que, por nuestra opción sexual, somos continuas víctimas del fascismo. También cuando hablamos de marujas despreciamos a la mujer obrera. Por tanto, utilizamos un insulto que además de sexista es clasista. Por todo esto te proponemos que analices el lenguaje que utilizas para expresar tu rabia y tus protestas, y que potencies tu imaginación sin recurrir al lenguaje sexista. […]

RECUERDA: EL SEXISMO TAMBIÉN ES FASCISMO.

Eva formó parte del movimiento okupa a finales de los ochenta en València, primero en la calle de la Palma y posteriormente en el Kasal Popular, donde la conocí pocos años después. Ahora tiene cincuenta años y es una reconocida fotoperiodista que no ha perdido el contacto con los movimientos sociales. Al igual que Óscar, Juan y más personas entrevistadas que vivieron aquellos años en València, recuerda los numerosos problemas que tenían con neonazis en el barrio del Carmen.

Había mucha violencia. Entraban los nazis en los bares con cadenas y nos daban de hostias. Era muy bestia. De modo que en el Kasal Popular decidimos organizarnos en la Assemblea Antifeixista, en la que también participamos las mujeres que estábamos en Dones Esmussades, el colectivo feminista.

Dones Esmussades nació en la okupación de la calle Palma. Eva cuenta que un día decidieron hacer una «kafeta de mujeres», es decir, un encuentro de mujeres en la cafetería del centro social.

Se levantó cierto revuelo, incluso con otras compañeras que no entendían que cerráramos un espacio para nosotras. Tuvimos que leer mucho y hablar entre nosotras para dar muchas explicaciones. Nos dimos cuenta de que necesitábamos un espacio de mujeres continuo, necesitábamos un grupo feminista para trabajar todos esos micromachismos, para afrontar todas esas cosas que estaban pasando en nuestro entorno. Vimos que el feminismo era un prisma desde el que podíamos y debíamos trabajar muchas cosas. Nosotras y los compañeros gais de la asamblea empezamos a cuestionar todo el tema de la masculinidad, de la violencia, de las actitudes… Insistimos en que, además de la autodefensa, que era imprescindible, tenía que haber más cosas, más formación, más creatividad, más cuidados. A partir de que las mujeres nos organizamos en el movimiento antifascista de València, este crece. Éramos muchas y muy activas, e íbamos más allá de la defensa de nuestros espacios.

Después de la controversia surgida a raíz de la creación del grupo de mujeres y la apertura de espacios no mixtos, Eva y sus compañeras propusieron a los hombres de la asamblea que crearan también un espacio propio para hablar entre ellos sobre estos temas, sobre sus actitudes, sus sentimientos, sobre el concepto de masculinidad que tenían y proyectaban.

Teníamos la mente muy abierta y no fue difícil plantearles el tema.

Qué era eso de la masculinidad, qué esperaba la sociedad de ellos como hombres, qué era eso de la violencia, de no poder hablar de vuestros sentimientos, vuestros miedos… Y fue muy potente para ellos. Se juntaron primero con una sexóloga, que les ayudó a conducir los debates, y luego ya todo funcionaba solo. […]

Teníamos claro que, si queríamos cambiar el mundo, debíamos cuestionarnos todo. En eso también jugó un gran papel Ploma 2.

Ploma 2 era un grupo de music hall y cabaret.[192] Fue todo un símbolo de la cultura y la lucha LGTBIQ+ que, además, se implicó mucho en los movimientos sociales alternativos de la época. Lo vi actuar más de una vez en el Kasal Popular. Eva remarca la importancia de este grupo y su marcado carácter político antifascista y anticapitalista.

Yo las miraba con los ojos como platos. Eran mucho más mayores que yo y no sabía si eran hombres, mujeres… Lo tenían ya superado. Y siempre con críticas al capital, al sistema… Eran maravillosas. Te hacían cuestionarte todo. Para nosotras, que no veníamos de la academia ni teníamos esos debates de ahora sobre género, suponían un descubrimiento.

Ploma 2, «cabaret ácido contra una sociedad hipócrita», estaba formado por Clara Bowie y Nastasia Rampova. Su historia está recogida en el libro Kabaret Ploma 2: Socialicemos las lentejuelas (Imperdible, 2020), que cuenta cómo, ya desde los últimos años del franquismo hasta bien entrada la transición, sus integrantes se convirtieron en un icono de la lucha por los derechos LGTBIQ+. Se llamaban a sí mismas «maribollotrans» antes de que se popularizase la palabra queer. En una entrevista en Valencia Plaza, Álvaro G. Devís introduce al personaje, hija de un sindicalista represaliado por el franquismo.

A Rampova nunca le insultaron en el colegio, pero a los catorce años fue por primera vez a la cárcel. La primera vez que lo detuvieron fue cuando exploraba una de sus primeras experiencias sexuales en las rocas de la playa de Las Arenas con un joven mayor que él. […] Con catorce años y cuatro meses, ingresó en la Modelo de València, donde vivió la crudeza de sus primeros golpes, sus primeras violaciones. [193]

Entre 1984 y 1993, Ploma 2 estuvo a cargo del programa La pinteta rebel en Ràdio Klara junto a Miquel Alamar y otras activistas, y actuaban los fines de semana en cafés y en actividades políticas. Hasta se fueron de gira por varios países de Europa. Rampova ha fallecido a los sesenta y cuatro años en julio de 2021, justo el año que estoy escribiendo este libro.

Las luchas deben ser interseccionales. Hoy, gracias a las nuevas tecnologías, a nuevos medios de comunicación alternativos, es más fácil formarse e informarse. Más ahora, que el fascismo está volviendo e incluso llega a las instituciones. Antes, todo lo aprendíamos en los espacios de socialización, en nuestros entornos, y nosotros éramos personas muy abiertas que nos cuestionábamos absolutamente todo —remarca Eva.

Piro realiza también cierta autocrítica al movimiento antifascista —del que ha formado parte más recientemente, desde 2010 aproximadamente— y también le reconoce que ha ido corrigiendo y superando ciertos clichés.

Si voy a un espacio en el que todos son tipos cis heterosexuales, pues no me siento cómodo. Y a mucha peña marica le pasó lo mismo. Más aún en el ambiente skin, donde oíamos a menudo comentarios y actitudes homófobas. No era general, claro que no, eran un par de personas las que yo vi, y en espacios de socialización, no en asambleas, pero resultaba complicado para nosotros. Aun así, las

feministas jugaron un papel determinante. Es la misma dinámica que se ha repetido en todos los ambientes políticos, también en los sindicatos y otros movimientos sociales. Primero llegan las feministas y allanan el camino. Luego entra el tema de la LGTBI-fobia.

Entre otros movimientos sociales, Piro participó en la Coordinadora Antifascista de Madrid varios años tras el asesinato de Carlos Palomino en 2007. Posteriormente, en asambleas de barrio, concretamente en el barrio de Tetuán, donde los neonazis instalaron el primer Hogar Social Madrid. Ahora sigue vinculado al movimiento antifascista y reconoce que ha mejorado mucho lo que anteriormente criticaba.

Hay un interés mucho mayor y, al mismo tiempo, muchos colectivos y activistas LGTBI forman parte de los movimientos antifascistas. Pasa lo mismo con el feminismo. La confluencia ahora es total, que es lo que hace falta ahora más que nunca, si tenemos en cuenta la ofensiva reaccionaria que estamos viviendo.

Sin embargo, Piro advierte que últimamente se le está dando una mayor visibilización a lo que denomina cierta autodenominada izquierda con tics reaccionarios.

Todo un entramado social lo está justificando, primero por la ultraderecha y después por todo lo que estamos viendo contra las personas trans. A esto se le une la crisis de lo que se ha entendido como masculinidad, que ha llevado a gente que se dice de izquierdas a juntarse con ultraderechistas y hacer bandera de su homofobia y su antifeminismo. El discurso que enfrenta la lucha de clases a las demás luchas que llaman «identitarias» lleva muchos años, pero es minoritario dentro de la izquierda. Ahora, por diversas razones y desde distintos ámbitos muy interesados en dividir a la izquierda, se está estimulando.

Muchas cosas están más claras a nivel social que hace años, igual que ocurre en la sociedad. Aunque una de ellas es el antifascismo, a día de hoy no se valora lo importante que es. Eso es un problema. También dentro del propio movimiento LGTBI, cooptado en algunos aspectos por los que llamamos «integracionistas», los que apoyan la homonormatividad, vivir bajo el capitalismo. Hace décadas, era más normal que la peña LGTBI se organizara para estas movidas que desde hace seis o siete años. Todo este proceso ha provocado que mucha gente haya dejado su autonomía y su autodefensa pensando que ya está todo hecho. Sin embargo, hay muchos colectivos que están fuera de las grandes organizaciones, que siguen peleando fuera de lo oficial.

Según Piro, estos colectivos son de los pocos que están al lado de los movimientos sociales y del antifascismo, que hacen una crítica a la mercantilización del movimiento LGTBI, que organizan las marchas del Orgullo Crítico y que siguen reivindicando la disidencia sexual como parte de su lucha contra la norma.

Creo que parte del movimiento LGTBI no es consciente del peligro que comporta el fascismo y ese es el motivo de que no se haya acercado a ciertos grupos cuya confluencia y trabajo conjunto habría sido muy útil.

En verano de 2021, en uno de los ciclos de cine gratuito de verano en las calles de Castelló —organizados por el colectivo feminista y antifascista Subversives junto al colectivo antifascista La Cosa Nostra —, un hombre que llevaba horas molestando a los asistentes y a las trabajadoras apareció de repente con una pistola. Varios de los presentes se enfrentaron a él y lograron desarmarlo. La policía llegó al rato, cuando los antifascistas lo retenían en las inmediaciones del domicilio de su expareja mientras sujetaba a su hijo para evitar ser capturado. El hombre declaró que le molestaba la música y que por eso había irrumpido con la pistola. También argumentó que no eran balas de verdad, sino otro tipo de proyectil, aunque no por ello menos peligroso. Al día siguiente, la policía, al igual que la prensa, quitó

hierro al asunto. Trataron el asunto como un incidente vecinal y no como un acto de odio machista, a pesar de los múltiples insultos y amenazas contra las personas que participaban en el acto.

Irene estaba allí ese día. Ahora tiene veintisiete años y lleva desde su adolescencia militando en colectivos de izquierdas en Castelló. Junto a otras compañeras, fundó en la Universitat Jaume I un colectivo feminista en 2016.

Vimos la necesidad de crear un espacio feminista en la universidad, pero poco a poco lo llevamos a nuestra ciudad, a Castelló. Como formábamos parte de otros movimientos sociales, teníamos mucha relación con otras personas con las que compartíamos muchas otras luchas, entre ellas el antifascismo. Entendíamos que el feminismo debía ir ligado siempre al antifascismo, aunque eso a veces juegue en contra y haya feministas que no tengan ese compromiso antifascista tan claro. Lo mismo ocurre con el movimiento antifascista, que ha estado bastante masculinizado, pero debe entender que el feminismo no se puede disociar de su lucha.

Sin duda, el feminismo es hoy uno de los movimientos sociales más potentes y transversales. La conciencia que han ido generando las activistas feministas ha traspasado los espacios alternativos en los que nació y creció durante las décadas anteriores y hoy ha llegado a estar presente en todos los ámbitos y debates públicos. Aunque falta todavía mucho recorrido, la inclusión de la perspectiva de género en prácticamente todos los asuntos de la vida pública y privada es un avance indiscutible en derechos y libertades. Por eso, la extrema derecha lo tiene en su punto de mira y lo considera uno de sus principales enemigos abatir.

En septiembre de 2012 fui invitado por la Universidad de Núremberg a un seminario sobre género y extrema derecha junto a otros y otras investigadoras, entre las que se encontraba mi amiga berlinesa Frauke Buttner, experta en estos temas. Yo la había conocido poco antes en otro seminario en Berlín. Se interesó por la extrema derecha española cuando todavía éramos la «excepción» en Europa que no tenía un

partido de esas características en las instituciones. Tras el encuentro de Núremberg, las organizadoras nos propusieron escribir un capítulo conjunto sobre la extrema derecha española y los temas de género para un libro que se tituló Gender and Far Right Politics in Europe (Palgrave McMillan, 2016). Lo que explicamos entonces fue que, más allá de las campañas de la derecha y del neoconservadurismo español contra las políticas de igualdad de género y derechos LGTBI, la entonces marginal extrema derecha prestaba poca atención a estos asuntos y que solo un par de mujeres destacaban en el universo ultra: una portavoz de España 2000 y la entonces recién llegada lideresa de Hogar Social Madrid.

Años después, el panorama ha cambiado notablemente y la batalla contra el feminismo es una de las principales señas de identidad y punta de lanza de la extrema derecha. La periodista y doctora en Antropología Núria Alabao, miembro de la Fundación de los Comunes, es experta en temas de género y extrema derecha. Es una de las personas que colaboraron en el informe que coordiné sobre la derecha radical en el Estado español publicado por la Fundación Rosa Luxemburgo en 2021. Varios artículos del informe hablan sobre estos temas, pero concretamente el capítulo titulado «Las guerras del género» recoge con detalle las estrategias de los grupos de extrema derecha para combatir el feminismo, que, tal y como señala, no son nuevas.

Hoy asistimos sin duda a una nueva oleada conservadora de la mano de las formaciones políticas de extrema derecha. Sin embargo, muchas de las coordenadas sobre las que articulan sus guerras de género —una versión de las llamadas guerras culturales— son exacerbaciones del conservadurismo precedente, visiones desacomplejadas o extremas de elementos que ya fueron utilizados en el pasado. Por ejemplo, algunos de los marcos presentes hoy en el tratamiento de estas cuestiones provienen de la Nueva Derecha estadounidense —a partir de la segunda mitad de los años setenta— y su reacción contras las revueltas y la contracultura del 68.

La capacidad del feminismo para impregnar gran parte del debate

público y conquistar cierta hegemonía en el sentido común ha obligado a la extrema derecha a adaptar sus discursos a esta nueva realidad, sobre todo en Europa occidental y en Estados Unidos. Alabao afirma al respecto:

Si hoy en Francia, Alemania o Escandinavia un partido quiere evitar caer en la marginalidad electoral tiene que renovar su ideario o su retórica incorporando ideas liberales, por lo menos en lo que atañe a la defensa de igualdad de la mujer y aunque sea una cuestión meramente formal.

Una de las características de esta supuesta incorporación de temas de género a la agenda y los discursos de la extrema derecha es lo que se denomina la racialización de la política sexual, que Núria define así:

Los aspectos de género y sexualidad están ligados en estos partidos al que es su eje fundamental de movilización: la cuestión migratoria —fundamentalmente a la islamofobia de matriz colonial—, o lo que podemos denominar la racialización de la política sexual. Estas construcciones son ampliamente usadas en toda Europa —tanto en el Este como en el Oeste, aunque con diferencias significativas— y también alcanzan a personajes como Donald Trump. De hecho, el racismo o el etnonacionalismo, aunque sea disfrazado de multiculturalismo —las diferencias son buenas, pero cada uno en su casa—, es un punto fundamental de sus discursos políticos y programas. En esta racialización de la política sexual, es decir, vinculando las cuestiones de género a la raza o las migraciones, los partidos de Europa occidental han encontrado una estructura argumental que les permite renovar su retórica para conquistar al grueso de votantes y adaptarse a los cambios de sus sociedades. De esta manera, diciendo que defienden los derechos de las mujeres y las personas LGTBI en contra de las amenazas que suponen los hombres de origen no occidental, o el islam, buscan legitimar o encubrir sus propuestas racistas más disruptivas. Al mismo tiempo, esto les permite vincularse a los valores sociales liberales (femonacionalismo). Así, el

islam, siempre descrito como fundamentalista y retrógrado, amenaza las libertades conquistadas. Sara Farris lo denomina «la racialización del sexismo», donde la discriminación se construye como un problema que solo afecta a las comunidades migrantes racializadas. Los machistas son los otros. Vox asume plenamente este discurso y cada vez lo utiliza más profusamente.

Esta estrategia de la extrema derecha se apoya también en los habituales relatos en medios de comunicación que refuerzan el racismo, así como en la enorme constelación de páginas web de desinformación y los ejércitos de trolls y bots que amplifican estos mensajes. Como denunciaban los activistas antirracistas en otro capítulo, el racismo, igual que el machismo o la homofobia, son transversales y atraviesan también a una parte de la izquierda. La ultraderecha es consciente de esto y estimula precisamente algunas discrepancias en el seno de las izquierdas. El éxito en parte de esta estrategia se comprueba viendo que algunos sectores de la izquierda han adoptado una parte de este lenguaje y hablan de «ideología de género», «chiringuitos y lobbies LGTBI», «buenismo» y otros términos creados y difundidos por la extrema derecha. Vox está consiguiendo normalizar estos discursos en parte de la ciudadanía y su intención, como explica Alabao, va mucho más allá de conseguir votos.

Al confrontar directamente consensos como la manifestación del 8M o la ley de violencia machista, Vox no va al encuentro del máximo apoyo electoral, no quiere construir mayorías, sino agitar el tablero. Precisamente, el mayor peligro que implican estas opciones es el de la normalización del discurso ultra, el de ser capaces de mover el sentido común y atreverse a cuestionar derechos consolidados del feminismo que han llevado años de lucha. Esto le permite criticar a todo el arco político mientras se erigen en defensores de lo «políticamente incorrecto», los únicos que se atreven a decir la verdad y a sacudir «el consenso progre» frente a la «derechita cobarde» representada por el PP. De esta manera, pretenden recoger los frutos de la desafección política o incluso recoger votos de la abstención a través de una suerte de voto «protesta» contra el sistema e incluso «antiélites».

Los grupos de extrema derecha más callejeros se han visto envalentonados por la normalización de los discursos de odio antifeministas y homófobos, y han acelerado su activismo contra las organizaciones, los activistas y los espacios significados en estas luchas. A lo largo de este año 2021, se han sucedido numerosos ataques homófobos y hasta el asesinato de Samuel Luiz al grito de «maricón». Este crimen motivó una gran movilización social en todo el Estado y puso de nuevo el foco sobre las consecuencias de los discursos de odio. La ultraderecha contraatacó, primero poniendo en duda el componente homófobo del crimen y después acusando a los autores de ser migrantes o simpatizar con la izquierda, algo que se demostró finalmente que era falso. También en 2021, grupos neonazis desfilaron por el madrileño barrio de Chueca gritando «Fuera sidosos de Madrid» e insultando al colectivo LGTBI, con la autorización de la Delegación del Gobierno y a pesar de los informes policiales que alertaban sobre la convocatoria, presentada en nombre de una supuesta asociación de vecinos que reúne a la plana mayor del neonazismo madrileño. El acto no tuvo respuesta antifascista, a pesar de que varios colectivos intentaron articular en pocos días una acción de protesta, lo que generó cierto debate en las redes sobre si se debía o no responder.

Frente a la ofensiva reaccionaria contra los derechos de las mujeres y del colectivo LGTBI, el feminismo y la lucha por los derechos LGTBI son hoy dos de los principales frentes del antifascismo. La extrema derecha, allá donde forma parte del gobierno, intenta desmantelar todas las políticas sobre esta materia. Por otro lado, las acciones violentas contra los colectivos feministas y LGTBI han hecho que estos colectivos estén cada vez más involucrados en las plataformas antifascistas y que el antifascismo asuma que ambas luchas son inseparables de sus praxis y sus reivindicaciones.

---

[191] Véase https://www.elsaltodiario.com/lgtbiq/piro-subrat-aun-existe-homofobiaheteronormatividad-grupos-izquierda.

[192] Véase https://ploma2.wordpress.com/.

[193] Disponible en https://valenciaplaza.com/la-lucha-de-rampova-en-sus-propiaspalabras.

51

«Los amigos de Guillem»

El 9 d'Octubre es el día del País Valenciano, efeméride que celebra la conquista de la ciudad por el rey Jaume I en el año 1238. Desde la transición, la fecha se ha convertido en un escaparate político, con la ultraderecha y el regionalismo copando los actos oficiales de la mañana y la izquierda valencianista tomando el centro de la ciudad por la tarde. En el 2007, las juventudes del Bloc Nacionalista Valencià (BNV) se unieron por la mañana al resto de asociaciones culturales y de la sociedad civil en la procesión cívica, que transcurre entre vítores e insultos del público según quién desfile. Ese año, este partido valencianista de izquierdas por fin había logrado entrar en las Cortes Valencianas en coalición con Esquerra Unida, Els Verds e Izquierda Republicana —lo que fue el inicio de la coalición Compromís—. Su participación en la procesión no fue nada fácil. Ese año y los siguientes fueron acosados, insultados y agredidos por parte de la ultraderecha, que consideraba que le pertenecían tanto la fecha como los actos oficiales, la ciudad y hasta la manera de ser valenciano. Acusados de «catalanistas», los valencianistas eran perseguidos por ultras hasta el final del acto, a veces contando con la pasividad de la policía. Ese año fue la primera vez, desde la transición, que una organización de izquierdas, víctima habitual de la ultraderecha en València, se atrevía a plantarse allí.

En 2014, el digital La Veu publicó un vídeo titulado La Diada Segrestada, donde mostraba lo que sucedía cada año hasta hace bien poco, cuando se han ido incorporando otros colectivos progresistas. [194] A pesar de que la ultraderecha sigue usando el acto para vomitar su odio contra los que considera traidores, más de una década después, el bloque progresista es uno de los mayoritarios en la procesión cívica. Ese era el objetivo inicial: abrir la marcha a toda la sociedad valenciana, despojando a la extrema derecha de ese espacio.

En cualquier caso, la mayoría de la izquierda se ha mantenido siempre al margen de los actos oficiales y espera a la manifestación de la tarde. Esta manifestación la convocan la Comissió 9 d'Octubre —que reúne a partidos, sindicatos y entidades sociales y culturales— y las diferentes organizaciones de la izquierda y el valencianismo. Esta manifestación discurre todos los años con cierta presencia de ultraderechistas en las aceras, que increpan y provocan a los manifestantes. Sin mucho éxito, ya que la manifestación es notablemente más numerosa que el escaso número de ultras y siempre está rodeada por un amplio dispositivo policial. O casi siempre, porque, curiosamente, en 2017, un año que todos sabíamos que iba a ser complicado, allí solo había un coche de la policía local unos minutos antes de la hora de comienzo.

Habían pasado tan solo ocho días desde el referéndum en Catalunya y València se preparaba para celebrar su día. Las redes ya advertían que algo podía pasar. Grupos ultraderechistas y algunos de sus voceros presionaron sin éxito para que las autoridades prohibieran la histórica marcha valencianista, a la vez que convocaban a impedirla. La ultraderecha estaba sobreexcitada tras el referéndum en Catalunya y era bastante previsible que los valencianos pagáramos el pato una vez más.

Como cada año, la cita era a las seis de la tarde en la plaza de Sant Agustí, en pleno centro de la ciudad. Pasadas las cinco, pequeños grupos de personas con banderas de España empezaron a acercarse. También entró en escena un grupo de una treintena de Yomus, los ultras del València CF, que se situó en el centro de la plaza. Viendo el panorama y ante la ausencia total de policía, quienes pretendían participar en la marcha valencianista se mantenían a cierta distancia. Tan solo un grupo de periodistas del diario La Jornada se colocó en una esquina para montar su stand a pesar de la presencia de los contramanifestantes, pues creyeron inocentemente que no les iban a atacar. No duraron más que unos minutos. Una decena de ultraderechistas se acercó a ellos, les reventó el puesto y arrojó a un contenedor de basura los cientos de ejemplares del periódico que pretendían repartir.

Pocos instantes después, un pequeño grupo de manifestantes de izquierdas llegó a la plaza, ajeno a lo que estaba sucediendo. Casi no les dio tiempo a reaccionar cuando un grupo de ultras corrió hacia ellos. Se inició así un intercambio de golpes, que fue abortado por un

par de policías locales de tráfico que hicieron sonar la sirena del coche patrulla. Varias personas de ambos grupos resultaron heridas por los golpes. Faltaba poco para la hora prevista de la manifestación y empezó a llegar gente a la plaza por ambas partes. Pegados a la iglesia, los pocos manifestantes valencianistas que permanecieron a pesar del ambiente; enfrente, ahora sí separados por unos pocos policías, decenas de ultraderechistas insultando y amenazando.

La plaza se llenó al poco tiempo. La UIP separaba a los dos grupos con un cordón policial insuficiente que los ultraderechistas traspasaban continuamente en su intención de acercarse a los manifestantes de izquierdas, aunque eran estos quienes tenían el permiso para manifestarse. En una de las embestidas de los ultraderechistas, el cordón policial resultó insuficiente y se inició un pequeño enfrentamiento que la policía decidió cortar cargando contra los manifestantes de izquierdas. Muchos de estos corrieron por la calle adyacente para sortear los golpes de la policía y de los fascistas. En ese momento, las cámaras de La Sexta, que retransmitían en directo para el programa Más vale tarde, captaron cómo decenas de ultraderechistas cazaban a una pareja que huía y la pateaban en el suelo. Mamen Mendizábal, la presentadora del programa, ordenó cortar la emisión. En pleno horario infantil, se habían colado imágenes de un grupo de neonazis dando una paliza a un chico y una chica.

En ese momento apareció en escena un joven con un polo azul que, por su cuenta y riesgo, decidió intervenir enfrentándose a los más de diez neonazis que pateaban a la pareja. Vicente acababa de cumplir dieciocho años y consiguió quitar a los ultras de encima de los dos jóvenes. Los ultras se ensañaron con él y lo arrinconaron contra una pared, pero no lograron tumbarlo. Las imágenes del joven aguantando los golpes y manteniéndose firme dieron la vuelta al mundo. «El chico del polo azul» recibió el elogio de gran parte de la sociedad, que le agradeció su valentía y le mostró su apoyo. Él mismo dio la cara unos días después en varias entrevistas en las que explicó lo sucedido y denunció que la policía no detuviese a nadie ese día. De hecho, llegó pocos segundos después, cuando otros ultras estaban pateando al fotoperiodista de El País, a quien intentaron robar el equipo.

Yo llegué aproximadamente sobre esa hora. No logré entrar en la plaza, pero conseguí alcanzar al pequeño grupo de manifestantes que ya, por fin, había logrado comenzar la manifestación. Eso sí, rodeados

de contramanifestantes que les insultaban y les escupían aprovechando la ausencia de la policía. Estaba grabando el acoso a un grupo de yayoflautas que participaban en la manifestación, cuando una mujer empezó a restregarme una bandera de España por la cara para que no grabase. Como no desistí de hacer mi trabajo, la mujer me lanzó un té caliente a la cara mientras otro grupo de ultraderechistas me amenazaba a escasos metros con cortarme el cuello. No fue la única agresión que sufrí aquella tarde. Pocos minutos después, ya con la manifestación en marcha, otro ultraderechista se dirigió a mí para amenazarme por estar grabando. Me golpeó y me tiró el teléfono al suelo, rompiendo la pantalla. De nuevo, no apareció ningún policía. Ambas agresiones están documentadas en vídeo y denunciadas. Sin embargo, la policía no ha logrado identificar a la mujer que me arrojó el té a la cara.

La manifestación tuvo que desviar su recorrido final y terminar en otra plaza cercana, porque un grupo de ultraderechistas había ocupado el espacio donde debería haber terminado. Los manifestantes aguantaron el chaparrón, aunque no fue nada agradable. Tampoco para los periodistas, que también fuimos increpados en todo momento. Los ultras se vanagloriaron después en sus redes de haber castigado a los «catalanistas», y encima sin que ninguno fuera detenido. Sin embargo, las imágenes de las agresiones y la indignación por la actuación policial dieron una vuelta de tuerca a la situación que los fascistas no habían previsto.

Los ataques a cara descubierta retransmitidos en directo por la televisión y las redes sociales permitieron identificar a la mayoría de los agresores. El juicio, que todavía no tiene fecha, sentará finalmente a veintiocho ultraderechistas en el banquillo de los acusados entre agresores e instigadores de los ataques. Entre ellos, varios ultras del València CF, que a raíz de estas agresiones fueron expulsados de las gradas por el propio club y así comenzaron a desintegrarse poco a poco.

El antifascismo no tardó en reaccionar. Un mes después de los ataques, se convocó una manifestación que reunió a cerca de ocho mil personas contra las agresiones de la ultraderecha. Al año siguiente, en previsión de un nuevo boicot, se comenzó a preparar una demostración de fuerza del antifascismo sin precedentes en València. No podía volver a pasar lo de 2017 y no se confiaba en que las

autoridades lo impidieran. Así que, unos meses antes de la fecha, los grupos antifascistas de todo el País Valencià empezaron a reunirse para coordinar el desembarco en la ciudad de una manera segura y un dispositivo de seguridad propio que impidiese a los ultraderechistas atacar la manifestación.

Marta, una militante antifascista de Gandía, explica:

Sabíamos que mucha gente se había quedado traumatizada aquel 9 de octubre de 2017. Había un sentir general de derrota, miedo e impotencia, y ese fue el principal motivo para coordinarnos. No podíamos permitir otro caso de impunidad descarada y tampoco esa victoria simbólica de la ultraderecha el 9 de octubre, por muchos motivos, tanto emocionales como simbólicos e históricos. Nos unimos, nos organizamos y lo conseguimos.

La organización se gestó durante casi un año. Para asegurar la concurrencia de personas de todo el País Valenciano de manera coordinada y segura, se organizaron una serie de columnas llegadas desde distintos puntos del país.

Cada columna llevaba el nombre de una persona políticamente importante de su zona, a menudo vinculada a la memoria histórica y a la lucha antifascista y anticapitalista. Un total de ocho columnas y miles y miles de personas que nunca habrían venido un 9 de octubre a Valencia desbordaron las calles de la ciudad.

Cerca de doscientas personas se ofrecieron para actuar como servicio de orden y proteger la manifestación de principio a fin por los laterales. Formaron un imponente cordón que separaba a los manifestantes de la policía y los curiosos —más algún que otro ultraderechista— que observaban la marcha desde las aceras.

Los ultraderechistas, sin embargo, intentaron repetir la algarada del

año anterior. Esta vez, tan solo un grupo de alrededor de cincuenta neonazis se concentraba de nuevo en la plaza de Sant Agustí; esta vez sí, rodeados por un amplio dispositivo policial. En más de una ocasión trataron de romper el cordón policial sin éxito, llegando a lanzar gas lacrimógeno contra los agentes y los periodistas presentes. Los neonazis que se presentaron esta vez no eran los mismos del año anterior, salvo contadas excepciones. La gran mayoría de los que participaron en la cacería de 2017 habían sido detenidos o estaban imputados y el resto de los fanáticos que el año anterior habían acudido a boicotear la marcha prefirieron no repetir la imagen tan lamentable que habían dado ante la opinión pública y no corrieron el riesgo de ser esta vez ellos la minoría. Los pocos que llegaron a observar la manifestación antifascista permanecieron impotentes en las aceras viendo cómo miles de personas ocupaban la calle Xàtiva de principio a fin. La espectacular manifestación reunió cerca de quince mil personas y transcurrió sin ningún incidente, lo que supuso una inyección de autoestima y seguridad tras el trauma del año anterior. En palabras de Marta:

[Supuso] una victoria simbólica no solo para quienes organizamos todo, sino para la propia gente, que volvió a pisar València sin miedo. Muchas personas nos lo agradecieron.

Reciclar en un impulso antifascista el miedo, la impotencia y la rabia que había supuesto lo de 2017 fue determinante para los años siguientes, ya que el antifascismo fue asumido como propio no solo por los grupos de la izquierda radical, que siempre lo habían reivindicado sin miedo, sino por todos los movimientos sociales y todo el tejido asociativo valenciano.

La coordinación en el País Valencià continúa, aunque los contextos de cada colectivo son distintos.

Marta afirma:

Cuando hay cuestiones importantes para la mayoría de las

organizaciones antifascistas de base, las trabajamos conforme a nuestras capacidades y realidades locales. La confianza, las relaciones y la hermandad que se tejieron durante ese año de intenso trabajo crearon lazos y vínculos más allá de la distancia territorial y las diferencias internas, por lo que en las posteriores asambleas de valoración decidimos mantener la coordinación sin que supusiera un sobreesfuerzo para el trabajo que ya llevaba cada organización.

Los grupos antifascistas que hoy existen en el País Valenciano están formados por militantes de diversos colectivos sociales que también se dedican a los llamados sindicatos de barrio o proyectos sociales locales. No existe el perfil del militante únicamente antifascista, como se ha visto a lo largo de este libro, sino que el antifascismo es uno de tantos frentes. Jóvenes y no tan jóvenes se unen circunstancialmente a las convocatorias y campañas, mientras que el resto del año participan en muchos otros proyectos. La ciudad de València, que siempre ha cosechado la fama de ser un bastión de la extrema derecha, es hoy una ciudad que respira relativamente tranquila, a pesar de los insistentes intentos de los grupos fascistas por volver a «controlar las calles».

El grupo Acció Antifeixista València empezó a gestarse a finales de 2015, tras el desfile de un grupo de neonazis en la procesión cívica del 9 de octubre. La ultraderecha siempre había estado presente el 9 de octubre por la mañana, pero aquel año las banderas nazis desfilaron con total impunidad en medio de los actos oficiales de la diada valenciana y eso causó cierto revuelo en los medios. Desde el proyecto anterior de València Entre Totes, que había servido para unir a colectivos diferentes no estrictamente de la izquierda radical, el antifascismo de la ciudad de València había permanecido latente, sin estar organizado en un colectivo concreto. Acció Antifeixista de València (AAV), que se presentó en verano de 2016, volvió a reivindicar un antifascismo más combativo que fuese más allá de la autodefensa o de la reacción frente a las manifestaciones o agresiones neonazis. Se establecía así un punto de encuentro y coordinación para el antifascismo implicado también en el resto de movimientos sociales de la ciudad. Esto supuso, sobre todo después de los sucesos del 9 de octubre de 2017, un paso atrás para los grupúsculos de extrema derecha, que vieron cómo una nueva generación de jóvenes tomaba la iniciativa y no mostraba ya ningún miedo. Ni siquiera una actitud

victimista. Al contrario, la ofensiva del antifascismo valenciano —no solo desde AAV, sino desde muchos otros colectivos antirracistas, LGTB, feministas e incluso de la izquierda institucional— arrinconó a una ultraderecha callejera cada vez más marginal y acosada judicialmente tras las agresiones de 2017.

Neus, una de las militantes de AAV, valora así el trabajo hecho desde el colectivo durante estos últimos años:

Llevamos cinco años de militancia y nuestra agenda ha estado repleta de movilizaciones propias —como los 20N, los 9-O de estos años o los 12-O—, movilizaciones a las que nos hemos sumado —como el día del inmigrante, el día del orgullo o las concentraciones por Guillem— y movilizaciones reactivas de respuesta a la extrema derecha —como fue el último Primero de Mayo en el centro de la ciudad—. La formación política también ha sido un eje que ha estado presente, de ahí las charlas, los debates y la agitación en la calle y en las redes sociales con diferentes campañas.

Con AAV, se ha creado una organización estable con el antifascismo como lema principal. Aunque sus militantes colaboran con otros movimientos sociales, se ha asumido el antifascismo como uno de los ejes de vertebración de todo el tejido asociativo de la ciudad.

Neus remata:

Nuestro objetivo principal siempre ha sido y será frenar al fascismo en todas sus formas y todos sus ámbitos. La actual coyuntura política y social nos ha demostrado que, si no lo hacemos nosotros, nadie lo hará. El fascismo contagia a la sociedad y extiende sus tentáculos a diferentes niveles —institucional, en los barrios…—, sobre todo en el contexto español, donde se combinan dos factores clave: el sistema económico capitalista y la falsa transición. Todo esto evidencia que nos queda mucho trabajo por hacer y que son mil las barreras que nos encontraremos por el camino, pero entendemos que quedarse impotentes o contemplativos nos convierte en cómplices. Partiendo de

esta premisa, entendemos que la neutralidad no existe: o formas parte de la solución o eres parte del problema. Luchar por una ciudad libre de fascismo y una ciudad que conviva con la diversidad debe ser asunto de todas.

Una muestra más de la transversalidad y la pluralidad del antifascismo en València fue la protesta contra la apertura de un nuevo local de la ultraderecha en el barrio obrero e intercultural de Orriols en 2019.

Era el mismo barrio en el que España 2000 había intentado en 2014 sembrar la discordia entre los vecinos organizando repartos de alimentos solo para españoles y una manifestación contra la inmigración. Obtuvieron cierto eco mediático con la performance caritativa, pero unas semanas más tarde la plataforma vecinal Orriols Convive eclipsó la campaña xenófoba de los ultras con una marcha que la superó ampliamente en número y contó con el apoyo de todo el tejido asociativo del barrio. En su comunicado, los vecinos denunciaron la estrategia de la ultraderecha y reafirmaron el compromiso del barrio con la diversidad, ya que los problemas estructurales los sufren todos ellos, independientemente de su origen.

Gente que no pertenece a Orriols intentó el pasado 29 de marzo manipular a los vecinos más pobres, utilizando el arma de las necesidades básicas: un reparto de comida «solo para españoles» fue su lema. […] Pretenden ganar votos aprovechándose de la precaria situación económica a la que nos ha abocado una crisis creada por políticos corruptos y por un sistema económico insaciable y cruel. En Orriols no queremos a nada ni a nadie que intente dividir. Nuestra realidad sigue siendo dura: una tasa de paro del 70 por ciento, el cierre de pequeños comercios, uno de los mayores índices de desahucios de Valencia, la amenaza de supresión de centros educativos públicos y la falta de dotación del nuevo centro de salud.

El barrio de Orriols se volvió a movilizar en 2019 frente a la apertura del Casal Romeu, el local de la organización de extrema derecha Valentia Forum. Este proyecto identitario hasta el día de hoy no

participa en algaradas callejeras, pero organiza a menudo charlas y conferencias con líderes de la ultraderecha española.

Una vecina del barrio declaró al diario Levante-EMV:

Es evidente que han escogido este barrio porque hay un caldo de cultivo apropiado, pero en Orriols llevamos trabajando muchos años por la integración con resultados muy positivos. Creemos que este tipo de asociaciones de corte ultraderechista vienen a quebrantar la convivencia pacífica.[195]

Cientos de personas se concentraron a escasos metros del local ultraderechista el 14 de septiembre de 2019. Era el día de la inauguración y acudieron representantes de España 2000 y otras organizaciones de extrema derecha de la ciudad. La portavoz de Orriols Convive, María José Martín, declaró a Europa Press:

[La protesta es] «una forma de demostrar que los vecinos del barrio no aceptan el intento por parte de un grupo fascista de generar división e imponer una perspectiva y un discurso de odio dirigido contra las personas migrantes». «Nuestro objetivo es hacérselo más difícil, intentar que no se implante este colectivo y que se vayan cuanto antes», han agregado desde Orriols Convive. «Este barrio tiene una larga historia de convivencia entre vecinos y queremos que se mantenga así».

Pero no solo la ciudad de València ha vivido un resurgimiento del antifascismo con fuerza. En ciudades como Castelló de la Plana ya existía desde años atrás una hegemonía antifascista, lo que ha sido siempre uno de los modelos a seguir por el resto de colectivos del territorio. La marca de las BAF y el trabajo transversal y multidisciplinar de La Cosa Nostra y otros colectivos de la ciudad han sido fenómenos muy particulares, pero su éxito ha inspirado a muchos de los colectivos que han surgido estos últimos años. Neus también

destaca el papel de Acció Antifeixista de València para motivar a otros colectivos del territorio valenciano.

Hemos visto que nuestra presencia y nuestra línea han servido de ejemplo a otras personas y eso ha llevado a la creación de otros colectivos en el país. Actualmente formamos un conglomerado de casi diez colectivos específicamente antifascistas. Los últimos, las Joventuts Antifeixistes del País Valencià, son gente muy joven y eso nos confirma algo muy importante: que existe relevo generacional.

El Col·lectiu Antifeixista d'Alacant, creado en 2011, ha logrado establecerse como un referente en las comarcas del sur y se ha implicado en numerosas luchas sociales, como las redes de apoyo contra la precariedad, parar desahucios o campañas de concienciación. Carles, uno de los miembros del colectivo, explica:

Pensamos que ahora es prioritario que el antifascismo se implique en las luchas de base y contribuya a que arraiguen en nuestros barrios. Hay que crear complicidades y vínculos entre nuestras organizaciones y las vecinas y vecinos en torno a las luchas que hagan frente a los problemas cotidianos y concretos, que cada día son más acuciantes.

Hoy en día, los antifascistas alicantinos están implicados en el Ateneu Popular del Pla-Carolines y en el sindicato del mismo barrio, uno de los muchos sindicatos de barrio que se dedican a asesorar y a ayudar a los vecinos en situación precaria o en riesgo de desahucio.

Al individualismo y el sálvese quien pueda del capitalismo, que acaba creando el ecosistema perfecto para que aflore el fascismo como salvavidas del propio sistema, debemos oponernos con la solidaridad y el apoyo mutuo. Que la mitad de quienes paran el desahucio de una vecina sean personas migrantes hace más contra el discurso xenófobo

que una pila de panfletos antirracistas. Saber que compartes problemas (y también enemigos) con tus vecinos, sea cual sea su procedencia, levanta la mejor barrera posible contra el fascismo: comunidad y conciencia de clase.

Este colectivo —como muchos otros en todo el Estado— considera que a la extrema derecha no solo se la combate confrontándola directa y físicamente, sino que hay que tener una agenda propia y elegir el momento y la manera de actuar contra estos grupos.

Creemos que los grupos fascistas y nazis no pueden marcar la agenda del antifascismo. De momento son grupos marginales y con una capacidad de incidencia ridícula. Para que esto no cambie, no debemos perderlos de vista. Tenemos que asegurarnos de que su propaganda no dure en nuestros barrios y mantener la presión para que no se sientan cómodos en ningún momento y no tengan cabida en ningún lugar, pero eligiendo nosotras cuándo, dónde y cómo les recordamos que seguimos ahí. Son solo una pequeña parte del problema.

En las comarcas del Vinalopó, al sur del País Valencià, desde hacía años había un núcleo neofascista concentrado en las ciudades de Elda y Petrer. La organización neofascista Lo Nuestro, surgida durante el auge de HSM y otros proyectos similares en otras ciudades, trató de establecerse también en Elda, Elx, València y Murcia.

Dos miembros de la Assemblea Popular d'Elda i Petrer, un colectivo anticapitalista que trabaja desde 2012 en el municipio, conocen bien la evolución de estos grupúsculos en su ciudad. Me piden que use el seudónimo de Remedios «La Casera» para referirme a ellas, un homenaje a una antifascista de la localidad que combatió durante la guerra civil. Remedios llegó a ser teniente del ejército republicano y terminó en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer, en el sur de Francia. Tras la derrota de los nazis, vivió exiliada en Francia hasta 1971, año en el que, por fin, regresó a Elda. Esta nueva generación de jóvenes antifascistas de la Assemblea Popular ha sufrido también el

acoso y las amenazas de varios neonazis de la zona y prefieren preservar su identidad.

Venimos de la tradición antifascista de nuestro pueblo. Primero con Elda-Petrer Para Todas y después en la plataforma Vinalopó Antifeixista. Los nazis aparecieron poco después, porque no estaban organizados antes de que creáramos el colectivo.

Remedios reconoce que han dedicado un gran esfuerzo a evitar que los neonazis se establecieran con normalidad en la zona, pero apunta que su verdadera lucha no es esa, que los nazis «no son tan importantes» y los ven más bien como «una herramienta del Estado y la burguesía».

Uno de los motivos del éxito actual, de haber logrado que prácticamente desaparezcan, es precisamente no ir directamente a por ellos, sino trabajar contra ellos usando diferentes herramientas. Al principio eran unos mañacos, jóvenes muy radicalizados y muy macarras que empezaron a agredir a compañeros nuestros. Cuando le partieron la nariz a un amigo en el instituto, saltaron las alarmas. La directora del instituto junto con dos policías trató de convencer a la víctima de que no denunciara. Nuestro amigo estaba bastante concienciado y lo denunció de todas formas. Consiguió que condenaran al nazi, aunque a una pena muy baja, ridícula.

Uno de los miembros de la Assemblea recuerda que un día volvió del trabajo y un vecino le contó que había visto a un grupo de personas destrozándole el coche. Denunció los hechos y pidió a su vecino que testificara. Los neonazis amenazaron al testigo y este se negó a declarar por miedo. Como no había ninguna otra prueba, el caso acabó archivado.

Me destrozaron el coche después de una gran campaña que hicimos en

la ciudad cuando empezaron con las recogidas de alimentos solo para españoles. Nos poníamos a pocos metros de ellos y repartíamos panfletos que explicaban a la gente quiénes eran. Sin entrar en confrontación directa con ellos, informábamos a los vecinos del barrio, que, casualmente, era uno de los más diversos y precarios. En más de una ocasión, la policía intentó expulsarnos de allí, pero íbamos siempre, no nos echábamos atrás.

Remedios fue atacada más veces, incluso en su lugar de trabajo.

Buscaban que se me señalara, que me avergonzara o que respondiera violentamente, pero no entré en su provocación. Luego, si venían a por alguien, lo hacían siempre en grupo y por sorpresa. Cuando nos hemos cruzado solos por la ciudad, siempre han agachado la cabeza —explica—. También me pintaron la casa varias veces, pero los vecinos se volcaron conmigo totalmente. Les salió mal la jugada y me vi muy apoyado por todo el barrio.

Ambos entrevistados insisten en la impunidad de estos violentos neonazis, que casi siempre salen indemnes o con condenas irrisorias. Incluso cuando dejaron en coma a un compañero de Remedios, al que dieron una paliza porque lo vieron arrancar una pegatina nazi.

Cuando nos enteramos, le conseguimos un abogado gratuito y le ofrecimos todo nuestro apoyo. Es importante que los colectivos ofrezcan apoyo a la gente que no está organizada pero los sufre. Los neonazis de aquí tienen buenas relaciones con la policía y también con el Ayuntamiento, que contrató a alguno de ellos para trabajar en la administración a pesar de que sabían quién era y a qué se dedicaba. Además, uno de ellos es hijo de un policía —subrayan.

Tras diversas agresiones y el intento de un grupo ultraderechista de

abrir un local en Elda, el pleno del Ayuntamiento votó en junio de 2017 una moción consensuada por todos los partidos políticos contra el racismo y se convocó una protesta cuyo comunicado recogía la preocupación por la presencia de estos grupos nazis en la localidad.

El foco de las agresiones tiene como denominador común los nuevos grupúsculos fascistas, concretamente las personas ahora vinculadas a la organización Lo Nuestro, que está tratando de implantarse en el sudeste del Estado español, teniendo como uno de sus núcleos Elda y Petrer. Una franquicia del llamado Hogar Social madrileño, que, bajo un disfraz patriota y solidario (solo con los nacionales), esconde sus verdaderas intenciones de propagar su mensaje fascista, contra inmigrantes, islamófobo, pretendiendo ser el reflejo de lo que son otros partidos de extrema derecha a nivel europeo, como Amanecer Dorado, en nuestra zona.

Estefanía trabaja actualmente en una fábrica de Elda, aunque vivió un tiempo en València. Hoy es una de las portavoces de la Crida Contra el Racisme, una plataforma antifascista y antirracista de la localidad inspirada en la Unitat Contra el Feixisme y el Racisme (UCFR) de Catalunya y en otro proyecto semejante nacido en Alcoi y en València tiempo atrás.

Llevo muchos años dentro del antifascismo y he estado en otras organizaciones anteriores a Crida —confiesa—. Cuando volví, vi que todo seguía de la misma forma en el pueblo. Iban a abrir una sede por mi barrio, un barrio de clase trabajadora con vecinas y vecinos extranjeros que se podían sentir amenazados por la presencia de este tipo de gente en la zona. Me sentí con la necesidad de unirme a la llamada que se estaba haciendo desde el antifascismo local. Como muchas más personas, que acudimos con enormes ganas de frenar este auge. Conocíamos a gente a la que habían acosado o agredido anteriormente y por esos motivos quise formar parte de Crida desde que se fundó.

El grupo ultraderechista que llevaba años activo en la zona y que había intentado establecer la sección local de Lo Nuestro en la ciudad abrió en octubre de 2018 un centro social denominado El Galeón. Esto motivó a Estefanía y otros vecinos de Elda para fortalecer la organización de la Crida Contra el Racisme.

Nuestra labor es muy informativa y pedagógica, realizamos charlas, debates, vamos a los institutos, hablamos con las vecinas y vecinos de nuestros barrios… También tratamos de desmontar todas sus falacias y discursos de odio, que vemos a diario tanto en los medios de comunicación como cuando estamos consumiendo algo en un bar o en nuestro propio lugar de trabajo.

Los neofascistas de El Galeón copiaron el modelo de HSM y otros colectivos similares con la recogida y reparto de alimentos solo para familias españolas o campañas contra la inmigración y las personas refugiadas. Por su parte, los antifascistas de la Crida contraprogramaron las campañas racistas ofreciendo alimentos, materiales escolares o productos necesarios a las familias más desfavorecidas de la zona, independientemente de su nacionalidad. «Incluso, hemos hecho campañas de recogida para los campos de refugiados de Grecia», apunta Estefanía. También ofrecen ayuda y asesoramiento a las personas que han sido víctimas de ataques fascistas o de actos de discriminación, aunque a menudo son los y las propias activistas quienes sufren estos ataques.

Estefanía no ha querido ocultar su nombre. Varias veces ha dado la cara representando a esta plataforma y asegura que en la ciudad ya se conocen todos.

Nosotras y nosotros mismos nos hemos visto expuestos en este tiempo, porque también han realizado acciones en nuestra contra por la calle, en la puerta de nuestra casa o en nuestro propio trabajo. Por todo eso que también hemos sufrido y sufren otras personas, creemos que hay que seguir trabajando.

El Galeón se integró en 2020 en la organización de ámbito estatal Hacer Nación, en la que confluyen organizaciones similares, como Iberia Cruor (Jaén), Acción Social (Cádiz) y parte de los exmiembros de España 2000 del corredor del Henares (en Madrid).

El auge del antifascismo valenciano estos años ha venido acompañado de una serie de encontronazos con grupos fascistas, que en la mayoría de las ocasiones han acabado con la detención de varios militantes y simpatizantes antifascistas. Tres jóvenes fueron arrestados el Doce de Octubre de 2020 poco antes de la manifestación fascista convocada por España 2000 en el barrio de Benimaclet, uno de los bastiones del antifascismo y los movimientos sociales de la ciudad. Los detenidos se encontraron con un grupo de ultraderechistas que se dirigían al acto de España 2000 y se produjo un encontronazo entre ambos grupos. Unos policías que pasaban por la zona arrestaron a tres antifascistas, que pasaron dos noches en los calabozos acusados de varios delitos. El periodista Joan Cantarero tuvo acceso al atestado policial y recogió para Público las declaraciones de los abogados.

El informe elaborado por la Brigada de Información, trasladado al juzgado de guardia de València, es, a juicio de los letrados consultados, absolutamente prejuicioso e ideológico, donde se detalla un relato indeterminado y falso, que decide, sin más criterio que la subjetividad del policía, que los atacantes son de extrema izquierda y las víctimas son de extrema derecha. Y a partir de aquí se establece un argumentario que busca criminalizar a los antifascistas y victimizar a la ultraderecha para, de este modo, justificar las detenciones de Benimaclet, y construir un relato que sirva para imputarles graves delitos que en ningún momento han sido acreditados.

Finalmente, el atestado concluye con la detención de tres jóvenes, mientras el resto consigue huir. Un detalle relevante son las características físicas de los únicos apresados de ese numeroso grupo. Los tres detenidos coincidían en su estética alternativa y los tres iban rapados y con cresta. Tras reducirlos a golpes (uno de ellos tuvo que ser llevado de urgencia al Hospital Clínico de València por una gran brecha en la cabeza), la policía resolvió que se trataba de los

agresores, porque eran antifascistas, porque habían corrido, porque se habían resistido a la detención y además llevaban tatuajes anarquistas y otro que ponía ACAB.[196]

Una vez más, los detenidos y acusados de delito de odio fueron los antifascistas. La manifestación ultraderechista reunió a poco más de cincuenta individuos, que desfilaron por el barrio escoltados por un amplio dispositivo policial y bajo los gritos y las caceroladas de los vecinos. A cierta distancia, cerca de un millar de antifascistas se concentraban bajo el lema «Benimaclet lliure d'odi», rodeados por decenas de antidisturbios. Ambas manifestaciones transcurrieron sin encontrarse y sin más incidentes.

Lo mismo sucedió en verano de 2021, cuando un encontronazo de varios jóvenes antifascistas —entre los que había personas de origen migrante— con un grupo de neonazis terminó con la detención de los primeros a punta de pistola por una pareja de agentes de la Brigada de Información de la Policía Nacional que supuestamente estaban vigilando a los ultraderechistas. Según explicaron los antifascistas al periódico El Salto, los neonazis profirieron insultos racistas contra ellos y se inició un breve enfrentamiento que duró menos de un minuto.[197] Sin embargo, la policía citó como investigados a los cuatro antifascistas identificados, a quienes los neonazis denunciaron por una supuesta agresión con motivación ideológica. Además, los neonazis los acusaron también de otra agresión unas semanas antes, cuando el grupo neonazi madrileño Bastión Frontal aterrizó en València para presentar su sección local y se encontraron con varios antifascistas. Una cuenta anónima de Twitter difundió un vídeo unos días más tarde en el que se escuchaba a los neonazis maldecir a los antifascistas tras el encontronazo.

Unos días después de la manifestación de Benimaclet del Doce de Octubre de 2020, se vivió en la localidad de Pego (en la comarca de La Marina Alta) uno de los episodios más llamativos de los últimos años. El equipo de fútbol de la localidad jugaba contra el Gandía y los ultras de este club se dedicaron a desfilar por el pueblo toda la mañana colocando pegatinas nazis y provocando a los vecinos. En

pocas horas, un poco antes del inicio del partido, jóvenes del pueblo se empezaron a concentrar en las inmediaciones del campo para protestar contra la presencia de los neonazis y la impunidad con la que se habían paseado todo el día insultando y llenando el pueblo de pegatinas de «Hitler fans». La Guardia Civil tuvo que escoltar a los gandienses hasta sus vehículos y protegerlos de la multitud de personas que los rodeó y se enfrentó a los agentes durante varias horas. Unos días después, la Guardia Civil empezó a detener a algunos de los supuestos participantes en los incidentes. Una concentración en la plaza del pueblo fue secundada por cientos de personas que pidieron su libertad. La fiscalía pide hasta nueve años de prisión para los catorce jóvenes detenidos. El comunicado que se leyó señala:

Es indignante que los neonazis que vinieron a provocar al pueblo queden impunes y los jóvenes del pueblo suframos la represión de los poderes policial y judicial.

Por su parte, la extrema derecha de la ciudad de València sigue organizada en pequeños grupos, principalmente alrededor de España 2000 y más recientemente en Bastión Frontal, que durante los pocos meses que lleva activo solo ha realizado campañas de pegatinas y carteles, varios vídeos en las redes y un partido de fútbol, y no cuenta con más de una veintena de simpatizantes. Los intentos de Bastión Frontal por establecerse en València han estado envueltos de mala suerte para sus miembros. Primero tras el encontronazo con varios antifascistas, que, como muestra el vídeo citado, terminó con los neonazis lamentándose y maldiciendo esta bienvenida. Después, tras unas jornadas y un concierto de esta organización en enero de 2022 que tuvo lugar bajo el más absoluto secretismo, y que terminaría con el líder de la organización y otros dos simpatizantes detenidos días más tarde acusados de participar aquella noche en una brutal paliza a uno de sus simpatizantes. El líder fue directo a prisión y el neonazi herido tuvo que ser operado tras acabar con la mandíbula partida en tres trozos por los golpes de sus camaradas.

A pesar de los reiterados intentos de los grupúsculos de la extrema derecha valenciana por recuperar su protagonismo en las calles, el antifascismo valenciano volvió a demostrar el 9 de octubre de 2021 que goza de muy buena salud. La manifestación volvió a ser multitudinaria, con la asistencia de cerca de diez mil personas. Desde los alrededores, pequeños grupos de ultraderechistas observaron con impotencia la capacidad de movilización del antifascismo en una ciudad que durante años creyeron que era suya.

A lo largo de todos estos años, todo el dolor y la impunidad que rodearon el caso de Guillem han servido para mantener la conciencia antifascista firme y que el antifascismo haya sido uno de los ejes centrales de todos los movimientos sociales valencianos. El antifascismo valenciano siempre ha tenido presente el caso de Guillem como muestra de la impunidad de la extrema derecha, pero también como motivo de reivindicación y símbolo de toda una lucha. En este caso se hizo cierto aquello que se gritaba de «la lucha continúa» y hasta hoy no ha habido descanso ni tregua para la extrema derecha, a pesar de que durante muchos años ha sido un territorio castigado por la violencia impune y la criminalización del antifascismo.

En 2018 se cumplieron veinticinco años del crimen y los actos de homenaje y las iniciativas políticas y culturales en memoria de Guillem se multiplicaron. El Ayuntamiento de València, liderado por Joan Ribó (de Compromís), le dedicó un paseo en el céntrico parque de Viveros, que fue inaugurado durante un multitudinario acto de homenaje y reconocimiento en el que participaron el alcalde, diversos concejales y representantes de diversos movimientos sociales y colectivos del País Valenciano. Una campaña de Acció Cultural del País Valencià (ACPV) exigía desde hacía tiempo que una calle llevase su nombre. En 2013, Marina Albiol, exdiputada de Esquerra Unida, ya había propuesto en las Cortes una declaración institucional que condenara el crimen y se solidarizara con los familiares y amigos de la víctima, así como que se le otorgara a título póstumo la alta distinción de la Generalitat Valenciana. Sin embargo, los votos del PP, que entonces era mayoría en el Parlamento valenciano, impidieron que saliese adelante. La situación cambió cuando el PP perdió el poder en 2016 y una de las primeras cosas que hizo el nuevo Gobierno valenciano fue impulsar de nuevo una declaración institucional. De este modo, el 14 de abril de 2016 las Cortes Valencianas anunciaron en una nota de prensa:

Los cinco grupos parlamentarios de les Corts: PPCV, PSPV-PSOE, Compromís, Podemos-Podem y Ciudadanos, han presentado una declaración institucional al pleno, que ha sido leída por el presidente de la cámara, Enric Morera. En ese documento, las formaciones democráticas hacen una reparación a la memoria de Guillem Agulló i Salvador, el joven antifascista de Burjassot asesinado hace veintitrés años en Montanejos.

Las Cortes se han comprometido a cumplir la resolución del Parlamento Europeo del 14 de marzo de 2013, sobre la lucha contra el racismo, la xenofobia y los delitos motivados por el odio, que pide el cumplimiento de la normativa en la materia e insta los estados miembros a elaborar una estrategia global de prevención de los delitos de odio, el racismo y la xenofobia. Por todo ello, y en memoria de Guillem Agulló, el Parlamento valenciano ha acordado entregar anualmente un premio, todos los meses de abril, a personas e iniciativas destacadas en la lucha contra el racismo, la xenofobia y el odio, como homenaje al joven de Burjassot y también a todas las víctimas de la intolerancia.[198]

Carme —la madre de Guillem—, su padre —de nombre Guillem también—, sus hermanas Carmesina y Betlem, y un pequeño grupo de amigos de la familia, entre los que me encontraba, observamos el acto institucional desde las gradas de invitados de las Cortes. Era difícil no emocionarse ante este tardío pero justo e imprescindible reconocimiento. La perseverancia de la familia fue un ejemplo para todos. Y para toda la sociedad valenciana, que es consciente de la crueldad y la impunidad del fascismo en nuestro país. Aunque durante años únicamente los movimientos sociales y los colectivos de base reivindicaron el nombre de Guillem, poco a poco se fue sumando más gente. Se repitieron los homenajes en otros territorios, principalmente en Catalunya, donde varias calles de pueblos y ciudades llevan el nombre Guillem gracias a diferentes iniciativas populares.

En 2019 se inició la campaña La Lluita Continúa, un proyecto colaborativo que se financió mediante aportaciones de micromecenazgo para realizar una serie de actos en memoria de

Guillem, acompañados de la publicación de una magnífica novela de la periodista Núria Cadenas titulada como el joven, Guillem (Ámsterdam, 2020). Era difícil contar una historia que ya había sido contada miles de veces, pero Núria lo supo hacer mejor que nadie. Un año después, las televisiones públicas valenciana, catalana y balear emitieron simultáneamente una película sobre Guillem que también formaba parte de la campaña: La mort de Guillem, de Carlos Marcel-Marquet. Tanto la película como el libro cerraron una etapa. En estos últimos cinco años, Guillem por fin ha obtenido el reconocimiento institucional, un premio con su nombre de las Cortes Valencianas contra los crímenes de odio, el paseo Guillem Agulló en València, una película y un libro. Aunque el mejor homenaje ha sido el acompañamiento que ha recibido la familia durante todos estos años de toda la gente que, desde el primer día, hizo suyo el caso, dijo que no estaríamos nunca solos y juró que la lucha continuaba. Y que no habría ni olvido ni perdón.

La ultraderecha llevaba años gritando: «¿Dónde están? ¡No se ven los amigos de Guillem!». Hoy «los amigos de Guillem», que siempre estuvieron, le han dado la vuelta al tablero.

---

[194] Véase https://www.youtube.com/watch?v=Kl3pdTP4RCg.

[195] Disponible en https://www.levante-emv.com/valencia/2019/09/11/orriols-moviliza-apertura-local-ligado-11781960.html.

[196] Disponible en https://www.publico.es/politica/informe-policial-detenciones-antifascistas-benimaclet-parece-firmado-brigada-politico-social.html.

[197] Véase https://www.elsaltodiario.com/valencia/cuatro-antifascistas-valenciaacusados-delito-odio-pelea-minuto-cinco-neonazis.

[198] Disponible en https://www.cortsvalencianes.es/es/actividad/actualidad/noticia/les-corts-valencianes-reparan-memoria-de-guillem-

agullo.

52

De Auschwitz al valle

de Cuelgamuros

«Ellos no pudieron lograrlo, pero no estaban solos, porque nosotros estamos aquí. No lo perdieron todo, porque nosotros estamos aquí. No lucharon en vano, porque nosotros estamos aquí.

Y nosotros somos la memoria de su futuro».

ALMUDENA GRANDES, marzo de 2006

El año 2013 fui invitado como ponente a un curso sobre discurso de odio y extrema derecha en Poznan (Polonia). Un año antes había coincidido en una conferencia en Turquía con Magda, una activista antirracista y feminista de origen judío y miembro del partido socialista. Hice amistad con ella y me invitó a estas jornadas que organizaba su asociación. Fui desde València con mi colega Demetrio Gómez, que también había hablado en Turquía de su trabajo con Ververipen, la asociación LGTBI romaní de la que forma parte.

Después de tres días con jóvenes de varios países, fuimos a Auschwitz. Demetrio y yo lo habíamos planeado antes y Magda nos preparó el itinerario. A última hora decidió acompañarnos, aunque ya lo había visitado. Antes de salir, estuvimos en su casa y nos presentó a su padre, quien nos mostró un álbum de fotos viejas, amarillentas, en blanco y negro y color sepia, en las que aparecían miembros de su familia ochenta años atrás; algunos de ellos precisamente habían terminado en el campo de exterminio que nos disponíamos a visitar.

Llegamos a media mañana en tren con Magda y su compañero —un joven inglés musulmán cuya familia era de origen bangladesí, y también activista en un colectivo contra la islamofobia y el racismo en Birmingham—. Él tampoco había estado nunca allí. Yo había visitado unos años antes el campo de Sachsenhausen, cerca de Berlín. Cuando vi a un numeroso grupo de adolescentes haciendo cola y gritando, recordé una anécdota de aquella visita en Berlín. Uno de los amigos alemanes que nos acompañaban, Falk, un tipo enorme con cara de pocos amigos, mandó callar a un grupo de niñatos que se reían mientras visitaban las celdas de aquel campo. Esta vez, por suerte, no se oyeron las risas cuando entramos al campo. Ante nuestras narices estaba aquella puerta atravesada por las vías del tren que habíamos visto en tantas películas y documentales sobre el nazismo. Antes de entrar, ya nos quedamos mudos. Nosotros y el resto de los visitantes. Una especie de silencio espontáneo, respetuoso, como si fuese consensuado, y que era de agradecer.

Realizamos la visita en silencio. No nos salía nada. No había nada que decir. Solo observar. Horas recorriendo los barracones, observando las fotos de los prisioneros con su traje a rayas, sus nombres, sus historias, leyendo los textos que explicaban cada rincón de aquel tenebroso complejo industrial de la muerte. Las maletas apiladas. Los mechones de pelo. Las pieles con tatuajes arrancadas y los montones de gafas y dientes. Ese escenario en el que decenas de miles de judíos, gitanos, opositores al nazismo, prisioneros de guerra, enfermos, discapacitados y homosexuales pasaron sus últimos días de la peor manera imaginable. ¿Qué podíamos decir?

Hacía menos de diez años que se había inaugurado el pabellón en memoria de los roma, los gitanos que también fueron exterminados allí. Estos habían sido considerados víctimas de segunda categoría incluso en los juicios de Núremberg, donde se escenificó la condena a un puñado de nazis mientras la gran mayoría huyeron o vivieron tranquilamente e incluso conservaron su trabajo en la misma Alemania. Una gran colección de fotografías recogía a familias romanís antes de ser capturadas y deportadas. Escenas cotidianas de todo tipo, lejos del estereotipo marginal y nómada que arrastra el pueblo gitano hasta hoy. Otras fotografías realizadas por los propios nazis mostraban terribles imágenes de niños gitanos sometidos a experimentos por parte del doctor Mengele, el hombre al que Degrelle se había referido como «un médico normal».

No me atrevía a mirar a Demetrio. Lo conozco bien y sé que es un tipo duro, pero esta vez vi cómo una lágrima le recorría la mejilla mientras apretaba los labios y permanecía en silencio. Aguantamos como pudimos aquellas imágenes. Veintitrés mil gitanos habían sido exterminados allí. Demetrio lleva años explicando la historia del Samudaripen —el genocidio contra los gitanos— en cursos de formación y a jóvenes gitanos españoles, que no la conocen y le escuchan asombrados.

Cuando visité Auschwitz, yo ya conocía la historia de Violeta Friedman. Recordé su lucha contra la falsificación de la historia durante las horas que duró mi visita al campo nazi, donde se acumulaban las evidencias de la infamia. Los barracones intactos, los hornos y los restos de las cámaras de gas —que fueron voladas por los nazis antes de huir en un intento por esconder las pruebas del genocidio— no dejaban ningún lugar a la duda. Pero más importante aún fue el testimonio de los supervivientes, como Violeta; supervivientes de Auschwitz y de tantos otros campos esparcidos por media Europa.

Violeta falleció el 2 de octubre de 2000 en Madrid. Está enterrada en el cementerio de Hoyo del Manzanares, a pocos kilómetros de la capital. La Fundación Violeta Friedman, presidida por su hija Patricia, tiene en su web el libro Mis memorias (Catarata, 1996), que se puede descargar de manera gratuita. Desde 2014, una calle de Torremolinos lleva su nombre, cerca de donde vivió plácidamente Degrelle, el nazi al que Violeta Friedman derrotó en los tribunales.

Degrelle no fue el único criminal de guerra nazi que vivió sin ningún problema en España durante el franquismo y bien entrada la democracia. Violeta tampoco fue la única superviviente de los nazis que rompió el silencio para contar su historia. El periodista Carlos Hernández de Miguel publicó recientemente el libro Los últimos españoles de Mauthausen: La historia de nuestros deportados, sus verdugos y sus cómplices (Ediciones B, 2015). En él recogió los testimonios de republicanos españoles que habían pasado por los campos nazis de Mauthausen, Buchenwald, Ravensbrück o Dachau. Existen también un cómic y un documental de esta magnífica obra, imprescindible —como dice el propio Carlos— «para comprender el presente y prever el futuro».

La periodista Olga Rodríguez escribió en 2016 un texto para Amnistía Internacional en el que, según sus palabras, analizaba «de qué modo en España se ha construido un relato amnésico que oculta a los desaparecidos de una de las dictaduras más largas de Europa».[199] Citando al poeta argentino Juan Gelman, recordaba que un país sin memoria no puede tener un civismo sano y señalaba la importancia de la recuperación de la memoria histórica que se había realizado estos últimos años, un proceso en el que ella misma ha estado implicada.

Soy integrante de esa generación a la que se ha llamado «los nietos». Crecí tratando de entender la desaparición forzada de mi bisabuelo, el sentimiento de humillación de mi abuelo —apaleado, arrestado y sentenciado a muerte—, la frustración de la familia cuando tras la llegada de la democracia se les siguió negando verdad, justicia y reparación, la tristeza de mi madre al certificar que nuestra historia, como la de tantos, iba a seguir estando oculta, clandestina, condenada a permanecer en las cunetas del subconsciente de este país.

Olga asegura que se desconocía la envergadura del genocidio que cometieron los fascistas en el Estado español. Se recogen hasta 114.266 peticiones de localización de personas desaparecidas.

Concerté con ella una entrevista a finales de noviembre de 2021 y me comentó:

España no redescubre su historia hasta transcurrido un tiempo tras el fin de la dictadura. Y lo descubre de abajo arriba, es decir, gracias a la sociedad civil, a las asociaciones memorialistas, a pesar de los obstáculos de las instituciones. Así es como empieza a rescatar esa memoria antifascista.

Si no tenemos memoria histórica ni memoria democrática, si no conocemos nuestra historia reciente, no seremos capaces de distinguir las señales que nos avisan de que hay amenazas fascistas. Eso es lo que está pasando en España. La derecha española no es como la europea, como tampoco lo fue el proceso de la transición. Decía la escritora

Almudena Grandes [que fallecía justo el día anterior a esta entrevista] que la española es la única democracia en Europa que no se funda sobre su propia tradición democrática y no reivindica su propia tradición antifascista.

La memoria histórica de la guerra civil y la dictadura en el Estado español ha sido uno de los ejes fundamentales del antifascismo. La proliferación de asociaciones memorialistas y las iniciativas de antiguos represaliados y de sus familiares para recuperar los cuerpos de los asesinados que yacen todavía en las cunetas, así como para juzgar a los responsables de la represión y las torturas, también de la transición, sirvieron para que la historia no muriese con los últimos supervivientes de aquel oscuro episodio de nuestra historia. Las nuevas generaciones que no vivieron la dictadura ya no tuvieron el miedo de sus mayores a hablar sobre estos temas y mucho menos a reivindicar la verdad, la justicia y la reparación de las víctimas. Los colectivos antifascistas han realizado numerosas actividades que trataban de conectar el pasado con el presente y han trabajado conjuntamente en muchas ocasiones con los grupos memorialistas, reforzando el lazo intergeneracional que une nuestra historia a través de la impunidad y la lucha contra el olvido. Olga lleva años participando en actos sobre memoria histórica por todo el país y escribe a menudo sobre este tema en varios medios.

He sido testigo de encuentros y jornadas en los que, por primera vez, después de tantos años, hijos y nietos de desaparecidos podían hablar en alto, entre lágrimas y de forma casi catártica, ante un público dispuesto a escucharles. He visto con asombro cómo en decenas de pueblos me siguen pidiendo que haga de mi voz un susurro a la hora de nombrar a los desaparecidos. Me he encontrado con gente de mi generación que solo se atreve a hablar de sus abuelos asesinados a puerta cerrada, fuera de los bares de sus pueblos o barrios. Muchas víctimas siguen teniendo miedo.

Le pregunté también a Carlos Hernández sobre la importancia de la

memoria histórica en estos momentos, cuando la ultraderecha, ya en las instituciones, ha subido la apuesta del revisionismo histórico que siempre ha defendido la derecha española, heredera de los restos del franquismo. Carlos respondió:

La ultraderecha tiene miedo a la verdad. Y le tiene miedo porque sabe que el conocimiento de nuestra historia perjudica sus aspiraciones de crecer social y electoralmente.

De nuevo, esta historia conecta con Auschwitz y con los herederos de aquellas ideas genocidas.

Ese miedo del fascismo a la verdad histórica no es patrimonio únicamente de los ultraderechistas españoles. Pocos años después de la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial, empezaron a surgir las primeras voces que negaban el Holocausto y la existencia de las cámaras de gas en los campos de concentración nazis. Los herederos ideológicos de Hitler eran muy conscientes de que solo podrían recuperar parte del espacio político si falsificaban la historia.

Las deudas pendientes del Estado español para con las víctimas de la dictadura no han sido saldadas nunca por ninguno de los sucesivos Gobiernos. A raíz de la ley de memoria histórica del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, se realizaron tímidos gestos para resarcir parcialmente la memoria de las víctimas, pero resultaron totalmente insuficientes y superficiales para los colectivos memorialistas. La ley de amnistía de 1977, además, permitía que los asesinos y torturadores quedaran impunes. Y por el bien del relato oficial, que presenta la transición como un pacto de concordia entre quienes habían sometido a la población a una dictadura de cuarenta años y quienes la habían combatido para traer la democracia, la justicia y la reparación siguen fuera de la ecuación de una democracia construida sobre la impunidad y el olvido.

Olga apunta directamente al adoctrinamiento que promovió el franquismo durante los cuarenta años de dictadura como uno de los principales factores para esta banalización del fascismo y la intención de promover el olvido.

Esto debe ser contrarrestado contundentemente a través de un esfuerzo titánico de transmisión de cultura democrática y eso en España no se ha hecho. Por eso se sigue pensando que reconciliación es sinónimo de impunidad y de relato equidistante, que pone al mismo nivel el golpismo y el fascismo que la lucha por la democracia. Omite, además, que durante la guerra civil en la mitad del país no hubo frente de batalla, sino una persecución ideológica.

Demetrio ha estudiado también la memoria histórica del pueblo romaní y explica a los jóvenes gitanos el papel de figuras como:

Marianet, secretario general de la CNT en plena guerra civil, al que debemos la conservación de los archivos históricos de esta organización; o Helios Gómez, anarco-comunista, artista polifacético y autor de la ahora desaparecida Capilla Gitana en la Cárcel Modelo de Barcelona. Hubo una población civil gitana que tuvo una fuerte presencia en la resistencia, sobre todo las mujeres, mujeres gitanas que conocieron qué era la miseria, la represión y la marginación social. Mujeres que llevaron el peso de las familias en muchos casos con el marido en la cárcel y el deber de alimentar, con su esfuerzo y tenacidad, a un gran número de hijos, muchas de ellas con una participación política activa en contra de las fuerzas de represión fascistas. Apenas ahora podemos agradecer a historiadores como Manuel Martínez, Eusebio Padilla o María Sierra que se recojan estos fragmentos olvidados e invisibilizados de la historia. Sin una memoria histórica que ponga en valor nuestras contribuciones, es difícil crear una conciencia y un empoderamiento colectivo del grupo.

El periodista Antonio Maestre habló en su libro Franquismo S. A.

(Akal, 2019) sobre las élites que se lucraron con el franquismo; tal y como explica la sinopsis del libro, esa «oligarquía empresarial y política que se enriqueció con la represión, la corrupción o las íntimas relaciones con la dictadura franquista». En su libro se demuestra que muchos de estos nombres «siguen ocupando hoy cargos de responsabilidad en consejos de administración, administraciones públicas o fundaciones de todo tipo sin que la sociedad exija una sanción o una compensación». Por eso, como explica Carlos, el miedo de la extrema derecha a la verdad histórica tiene su razón de ser en que pondría de relieve el hilo conductor de la dictadura con la actualidad.

Lo que hemos vivido entre 1975 y 2021 en materia de memoria histórica revela a la perfección cuáles son los miedos de la ultraderecha y dónde están sus líneas rojas. Desde la muerte de Franco hasta el anuncio de Zapatero de aprobar una ley de memoria histórica, no hubo problemas. No hubo problemas porque todas las iniciativas y acciones fueron aisladas, poco publicitadas, casi clandestinas. Poca gente sabe que entre 1976 y 1980 se exhumaron cientos de fosas comunes para enterrar dignamente a víctimas del franquismo. Aquel proceso no inquietó al fascismo español porque se hizo con absoluta discreción. Y no hubo reacción porque no se había tocado ni el tronco ni la raíz del sistema.

La verdad histórica es una de las armas que más daño hacen al fascismo. Y en esa verdad no debemos limitarnos a incidir en los crímenes, sino ofrecer una visión global de lo que supuso el franquismo en España: sometimiento para las mujeres, persecución para los intelectuales, aniquilación de maestros, privación de las libertades más básicas, adoctrinamiento ideológico y religioso, robo de bebés, impunidad para las clases pudientes, opresión para los trabajadores… y una corrupción generalizada que impregnó el Estado desde su máximo jefe hasta los últimos escalafones de la administración, la policía y el ejército.

La equidistancia en el relato sobre la guerra civil y la dictadura franquista que habla de los «dos bandos» e invita al olvido recuerda a

la que esgrime siempre la derecha y a menudo el establishment sobre fascismo y antifascismo, equiparando ambas posiciones como «los dos extremos». Olga atribuye esto en parte a la falta de una cultura de derechos humanos, de una cultura democrática y antifascista.

Estamos hablando por una parte de una ideología que promueve la exclusión de determinados sectores, que los deshumaniza, estigmatiza y criminaliza, frente a otra posición que lo que hace es defender derechos humanos para todo el mundo y lucha en contra de la deshumanización de los sectores más vulnerables de la sociedad. Es por esta falta de cultura de derechos humanos por lo que no se ha querido reivindicar la lucha antifascista de nuestro país, incluso se la ha estigmatizado o ni siquiera se la nombra. Precisamente por esto se abraza la equidistancia sin vergüenza alguna.

Auschwitz no admite equidistancias. Cuando volvía de aquella visita no dejaba de repetirme que, si todos los adolescentes visitaran aquel lugar, aprenderían en un día más historia, ética y valores que en todo un curso académico. Pero luego caí en la cuenta. Me fijaba en Auschwitz en vez de en Albatera, Camposancos, Castuera, La Corchuela, Los Almendros, Miranda de Ebro o San Pedro de Cardeña. Nadie nos explicó que aquí también hubo campos de concentración, trabajo esclavo y un genocidio. Un exterminio sistemático de demócratas. Y nadie, de ningún Gobierno de la era democrática, construyó un museo donde se explicase la barbarie fascista, aunque solo fuera por vergüenza. En vez de tener nuestro propio memorial —como lo son hoy Auschwitz en Polonia, Mauthausen en Austria y tantos otros restos del genocidio nazi convertidos en museos contra el olvido—, tenemos una enorme cruz visible a kilómetros de distancia que todavía señala el mausoleo franquista en el valle de Cuelgamuros. El conocido como Valle de los Caídos fue escenario del escarnio fascista a los demócratas supervivientes de la guerra, porque los presos republicanos fueron obligados a construirlo.

Intentaron enterrar la historia allí, en el féretro del dictador, pero no lo consiguieron. A quienes no aceptaron el carpetazo absolutorio ni el silencio impuesto se sumaron sus hijos, hijas, nietos y nietas, que

quieren saber y hablar de ello; que desentierran los cuerpos de las fosas comunes, que reivindican el legado de sus mayores y los valores que defendieron; que colocan placas conocidas como Stopelrsteine —como hicieron colectivos memorialistas en Alemania años atrás— en los lugares donde vivían las víctimas; que escriben libros, artículos, películas y documentales sobre lo que algunos se empeñan en borrar; que todavía piden justicia para quienes sufrieron la represión, las torturas y la muerte en el oscuro e impune periodo de la transición. Saben que el olvido es el mejor aliado del fascismo. Por eso, porque saben que el fascismo no está tan lejos ni del pasado ni del futuro, entienden que la memoria es el mejor antídoto para que no vuelva a vencer.

---

[199] Disponible en https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/blog/historia/articulo/la-amnesia-oficial-ante-los-desaparecidos-por-el-franquismo/.

53

Sentarse siempre

mirando a la puerta

«Para ejercer el periodismo, ante todo, hay que ser buena persona. Las malas personas no pueden ser buenos periodistas».

RYSZARD KAPUSCINSKI, periodista

Las imágenes de una pareja de policías estadounidenses reduciendo a un hombre negro no eran nuevas. Habíamos visto ya más de un vídeo donde un afroamericano era cosido a tiros o pateado por varios agentes en cualquier ciudad de Estados Unidos. El 25 de mayo de 2020, a plena luz del día, en el barrio de Powderhorn de Mineápolis (Minesota), un policía blanco se sentaba sobre George Floyd para detenerlo mientras este gritaba: «¡Por favor, no puedo respirar!». Alguien grabó la imagen desde cerca y pocas horas después de conocerse su muerte el vídeo se hizo viral en todo el mundo. Las protestas por este nuevo episodio de brutalidad policial con tintes racistas no tardaron en llegar y, durante varios días, distintas ciudades de los Estados Unidos vivieron una oleada de disturbios que puso en jaque a las fuerzas del orden y centró la atención de todo el mundo.

Donald Trump, entonces presidente del país, caldeó el ambiente criminalizando las protestas y señalando a «los antifascistas y la extrema izquierda» como responsables de los disturbios. Trump utilizó el término «Antifa» y anunció en su cuenta de Twitter que la designaría como organización terrorista. Obviamente, Antifa no es una organización y Trump lo sabe. El fiscal general se unió a la acusación

del presidente:

En muchos sitios parece que la violencia está planeada, organizada y dirigida por grupos extremistas anarquistas de extrema izquierda que usan tácticas como las de Antifa.

Sin embargo, no era la primera vez que Trump señalaba a los antifascistas. «¿Dónde están? Se muestran con cascos, enmascarados… ¡Antifa!», gritó el presidente en un mitin en Phoenix (Arizona) en agosto de 2017. Unos días antes, Heather Hayer había sido asesinada, una joven antifascista que protestaba junto a miles de activistas contra la marcha neonazi Unite The Right en Charlottesville (Virginia). El supremacista blanco James Alex Fields Jr. atropelló con su coche a varios manifestantes, provocando varios heridos y la muerte de Hayer. Trump, lejos de condenarlo, dijo que «en ambos bandos hay buenos chicos», consciente de que la ultraderecha estadounidense —incluidos los grupos más marcadamente racistas y neonazis— le había apoyado desde el principio.

Magda Bandera, la directora de La Marea, me llamó cuando oyó las palabras de Trump anunciando que iba a «ilegalizar Antifa». Recientemente, habíamos publicado una exclusiva sobre un neonazi malagueño que se grabó haciendo prácticas de tiro contra fotos de varios miembros del Gobierno, cuyas imágenes circulaban por chats policiales. Seguimos la pista del sujeto y desvelamos sus vinculaciones con grupos neonazis,[200] su participación en la manifestación de Vallecas en 2009 tras el asesinato de Carlos Palomino y su aparición como guardia de seguridad en un mitin de Vox en Málaga. El tema estaba caliente todavía y el vídeo fue emitido por varias televisiones. Ante las palabras de Trump y la escalada de protestas en Estados Unidos y otros países contra el racismo policial, Magda me propuso hacer un especial en La Marea sobre ultraderecha y antifascismo y me dejó vía libre para, a lo largo del mes de junio de 2020, explicar en qué situación se encontraba la extrema derecha en el mundo y quiénes y cómo la combatían.

Coordiné el especial, que contó con la colaboración de periodistas

como Youssef Ouled, Alba Sidera, Hibai Arbide, Patricia Simón, Carles X. Senso, Sara Montesinos y Javier Durán. También de investigadoras como María Luisa Pérez Colina, Carles Viñas, Pablo Carmona, Sebastiaan Faber, Proyecto UNA, Moussa Bourekba, Aurora Alí, Pablo Bonat, Miguel Urbán, Daniel Gil-Benumeya, Noelia Adánez y Laia Serra. Y no quise dejar fuera a activistas antifascistas como la rusa Inessa Dimnitch, el presidente de la asociación Never Again de Polonia, Rafal Pankowski, mi colega inglés y excoordinador de las secciones internacionales de las revistas Searchlight y Hope Not Hate, Graeme Atkinson y el estibador valenciano Juanjo Peris. Combinamos la publicación en abierto de los artículos con varias charlas y entrevistas en Youtube con el profesor norteamericano Mark Bray (autor del libro Antifa, editado por Capitán Swing, a quien acompañé en su presentación en València en 2019) y con el siempre lúcido Bob Pop, con quien tuve varios debates en directo sobre temas relacionados con la ofensiva de la extrema derecha.

Quise terminar el especial con un artículo sobre los movimientos antifascistas del Estado español y su evolución a lo largo de estos últimos treinta años, algo que me rondaba por la cabeza desde hacía tiempo y sobre lo que no había nada escrito. El texto se titulaba «El antifascismo que nació para combatir a la nueva ultraderecha». Entrevisté a varios activistas y me empezó a rondar la idea de transformar el artículo en un libro. En este libro.

A finales de los años ochenta, grupos neonazis muy violentos campaban a sus anchas por barrios y pueblos de todo el Estado. Las nuevas generaciones de activistas de izquierdas se organizaron para hacerles frente. Esta es la historia de varios de estos colectivos, algunos todavía activos treinta años después.

Este fue el preludio de lo que hoy es este trabajo que tienes entre manos.

* * *

A principios de 2007, Lucas Marco —hoy periodista de elDiario.es— me comunicó que se acababa de publicar un libro que posiblemente me interesaría. El dueño de una de las librerías más míticas de València le recomendaba todo lo que salía sobre la extrema derecha y Lucas me lo contaba. En esta ocasión, se trataba de Los amos de la prostitución en España (Ediciones B, 2007), del periodista de Interviú Joan Cantarero. En él desvelaba cómo funcionaba y quiénes estaban detrás del negocio de la prostitución en España, organizados en la llamada Asociación Nacional de Empresarios de Locales de Alterne (ANELA).

La génesis de este libro había empezado en diciembre de 2000 con la publicación en la revista Interviú del reportaje titulado «Los amos de la prostitución tienen un plan», en el que informaba sobre la creación de ANELA. Esta asociación pretendía intervenir en el debate sobre la regularización de la prostitución y presentarse como una garantía para que el negocio aportara al fisco pagando impuestos y estuviera «en buenas manos».

Joan y su compañero José Pérez-Marín descubrieron que detrás de ese entramado económico de la prostitución —diseñado entre Madrid, Barcelona, Sevilla y Málaga— había conocidos miembros de la ultraderecha española. En aquellos años no existían las redes sociales ni la información que hoy se encuentra en internet, por lo que había que comprobarlo todo en persona, así que durante meses los periodistas recorrieron varias ciudades de España investigando para la revista.

Joan identificó inmediatamente a dos personajes que retrata en su libro como impulsores de aquella patronal de la prostitución:[201] José Luis Roberto, abogado y actual líder de España 2000, que ocupó el cargo de secretario general técnico de ANELA, y Manuel Salazar, también abogado, amigo y socio de Roberto, simpatizante del partido, quien haría declaraciones a varios medios como «uno de los representantes legales» de ANELA.[202]

Cuando se publicó el reportaje, tuvo una extraordinaria difusión en prensa escrita, radio y televisión. Los amos de la prostitución retratados pensaron que era una oportunidad para que su iniciativa

empresarial tuviera «buena prensa» y propusieron a los periodistas que les asesoraran para lanzar sus reivindicaciones regulatorias.

El redactor de investigación de Interviú se lo comunicó a Ángel Ibáñez, que entonces era subdirector de la revista. Cuenta en su libro:

Tenía claro que los conflictos con esta gente no tardarían en llegar, pero, sin duda, esta era una oportunidad única de conocer desde dentro a quienes controlan la prostitución en España.

La periodista Alejandra Arce lo explicó en La República en un artículo publicado en febrero de 2007:

Esta fue la oportunidad de Joan Cantarero para dar a conocer a través de esta investigación cómo los dueños de esos palacios llevan sus negocios; cómo los montan; cómo son sus relaciones con las prostitutas; cómo actúan los clientes; cómo actúa la policía cuando lleva a cabo redadas; cómo hacen para financiarse.[203]

En realidad, el plan lo habían urdido antes de publicar el reportaje de Interviú. Al más puro estilo Günter Wallraff, el periodista alemán que se especializó en adoptar distintas identidades para infiltrarse y denunciar todo tipo de conspiraciones, corruptelas y abusos del poder. Cantarero había estado con Wallraff en Barcelona en marzo de 1987, cuando vino a presentar su libro Cabeza de turco. En él contaba cómo se había hecho pasar por un trabajador turco para denunciar la explotación, el racismo y los abusos que sufrían los trabajadores migrantes en Alemania Occidental. Diez años después, Wallraff publicó uno de sus libros más brillantes: El periodista indeseable, una de las obras más inspiradoras para cualquier periodista de investigación.

El libro de Joan, cuyo contenido es mejor que descubran los lectores por su cuenta, hizo estallar todavía más las discrepancias entre las

entonces marginales y enfrentadas extremas derechas españolas. Aquel vínculo con ANELA se rompió abruptamente casi cuatro años después, en 2004, no sin antes poner patas arriba a la ultraderecha, a grupos neonazis vinculados y otros negocios internacionales de la trama a través de reportajes en la revista Interviú sobre España 2000, Democracia Nacional y el nacimiento del Frente Antisistema (FAS), que daría paso al caso Panzer.

Joan, como no podía ser de otra manera, pasó a ser uno de los personajes más odiados por este sector ultra. La investigación estaba perfectamente acreditada con documentos internos de la propia asociación, fotografías y vídeos que el autor había ido recopilando durante los años que estuvo trabajando en la boca del lobo. Quedé con él varias veces y entendí por qué desde entonces se sentaba siempre mirando a la puerta. Nunca daba la espalda a ventanas ni accesos al local.

En 2008, Joan empezó a trabajar en otro libro, esta vez relacionado con los nazis que vivieron plácidamente en las costas valencianas hasta bien entrada la democracia. En concreto, siguió la pista de Aribert Heim, el «Doctor Muerte» del campo de concentración de Mauthausen, para reconstruir, en colaboración con el Centro Simon Wiesenthal, los vínculos de aquellos nazis de la Segunda Guerra Mundial refugiados en España con las organizaciones nazis españolas en el presente. El libro La huella de la bota (Planeta, 2010) cuenta, además, cómo se estaba organizando de nuevo la ultraderecha española tras las últimas operaciones policiales contra las principales bandas neonazis en 2005. En su investigación, Cantarero contó con informaciones de confidentes, policías y activistas antifascistas.

Lucas y yo asistimos a la presentación del libro en Dénia, precisamente en Casa Finita, que durante décadas había sido un punto de encuentro previo para la huida a Oriente Medio y Sudamérica de criminales nazis y fascistas españoles. Por allí había pasado Aribert Heim, el criminal de guerra nazi que se divertía, entre otros enfermizos experimentos, inyectando gasolina en el corazón de prisioneros republicanos españoles. Desde Casa Finita se organizó la huida de muchos asesinos, gracias a la complicidad de las autoridades franquistas y sus élites económicas, que no escondían sus simpatías y compadreos con «los alemanes» que moraban en las urbanizaciones de la zona y hacían negocio con la llegada del turismo en la década de

los años sesenta. La película El sustituto (Óscar Aibar, 2021), estrenada justo cuando escribo este libro, cuenta una parte de esta historia que Joan contó diez años atrás.

En este chalé situado en la carretera de Les Rotes, la falangista Finita había abierto un hotel-restaurante, pero a finales de los años noventa se convirtió en un hotel de postín. Los nuevos dueños restauraron parte del edificio y quitaron la esvástica del Thule que coronaba la gran barbacoa del jardín desde 1951, una especie de guiño macabro de sus antiguos dueños a los campos de exterminio.

Joan era de los pocos periodistas que escribía sobre la extrema derecha en medios convencionales. Lo llevaba haciendo desde 1984 en Noticias al Día y la revista Tiempo. No interesaba demasiado el fenómeno, a no ser que hubiese morbo, espectáculo o tramas delincuenciales de por medio. Entonces sí se publicaban reportajes alertando de la vuelta de la ultraderecha, de los violentos skinheads neonazis o de las «peleas entre tribus urbanas» cuando había agresiones o cuando los antifascistas les plantaban cara.

Los que siempre prestaron atención e informaron sobre la extrema derecha fueron los medios de comunicación alternativos. Desde los fanzines y revistas, creados muchas veces por militantes antifascistas, hasta los primeros medios y webs alternativos, en los que se daban detalles que la prensa convencional muchas veces ni llegaba a entender ni se atrevía a publicar.

A partir, sobre todo, de los primeros repartos de alimentos «solo para españoles» y la llegada de Hogar Social Madrid, los medios empezaron a prestar mucha más atención a esta nueva cara de la ultraderecha. Una atención que los ultraderechistas supieron rentabilizar muy bien. Pocos años después, a partir de la irrupción de Vox, la extrema derecha entraría por la puerta grande y pasaría de la marginalidad mediática a una presencia diaria prácticamente en todos los medios.

La ultraderecha empezó a ocupar titulares, a aparecer en tertulias, debates, programas de entretenimiento y hasta en revistas del corazón. Hoy, su normalización ya es un hecho y gran parte de responsabilidad la han tenido también los medios de comunicación. La justificación de su presencia porque tienen representación en las instituciones o porque protagonizan algún acto multitudinario puede servir como

excusa en casos concretos, pero que sus constantes exabruptos, la falta de criterio, su normalización y la banalización de su odio sean la norma ya es otra cosa.

La periodista catalana Alba Sidera, corresponsal de El Punt Avui en Roma, ha escrito numerosos artículos sobre la extrema derecha italiana y recientemente publicó el libro Feixisme persistent (Saldonar, 2019), sobre el proceso de normalización del fascismo en Italia, sobre todo a partir de Berlusconi hasta la llegada de Salvini al Gobierno.

Alba es muy crítica con los medios de comunicación españoles, que, según advierte, están repitiendo los errores que ya cometió la prensa italiana años antes con la extrema derecha, hasta que esta se coló hasta la cocina de la democracia. En una entrevista de Sònia Calvó en Media.cat, Alba lanzaba varias advertencias ante la llegada de Vox.

Creo que el periodismo debe informar sobre qué hace la extrema derecha, pero teniendo siempre presente no servirles de altavoz. Por ejemplo, sería un gran paso si se dejaran de poner como titulares todas las barrabasadas que dicen y las polémicas que pretenden protagonizar. Pero se hace: y así, a menudo, los medios son los mensajeros que propagan los discursos de odio de la extrema derecha a cambio de clics. Hay que acompañar la información del contexto y desmontando las falsedades, pero sin querer entrar en espectacularización ni ir detrás de ellos. Se debe evitar caer en la trampa de comprarles la agenda: acabar dedicando buena parte del tiempo a hablar de lo que ellos han decidido, aunque sea para contradecirlo.[204]

Además, Alba también advirtió sobre la infección en cierta izquierda de las ideas reaccionarias que algunos ideólogos neofascistas pretendían desde hacía años y, por fin, encontraban a quienes les servían de lubricante. Uno de estos personajes que causaron cierto revuelo en el Estado español fue Diego Fusaro, quien ataca lo que se denominan «políticas identitarias» y critica lo que llama «la izquierda fucsia arcoíris» y al antifascismo, porque considera que no existe tal fascismo que dicen combatir. Este personaje fue entrevistado,

reivindicado e invitado por algunos periodistas, líderes y simpatizantes de la izquierda española, que incluso asistieron a su conferencia en Barcelona, a la que también acudieron conocidos líderes neonazis y fascistas. Alba publicó en 2019 en CTXT un artículo en el que alertaba sobre el peligro de este sujeto y de sus ideas tras ver cómo algunos nos enzarzábamos en las redes con quienes lo defendían, a pesar de sus tuits en los que insultaba a los miembros de los barcos de rescate de personas migrantes en el Mediterráneo y de que les mostrábamos fotos del mismo Fusaro dando charlas para los neofascistas de Casa Pound.

La extrema derecha en Europa tiene hoy por hoy dos grandes objetivos. Ambos se encuentran en el eje del discurso de Fusaro. Uno es contraponer los derechos sociales a los civiles: si los trabajadores sufren malas condiciones laborales es porque la izquierda solo se ocupa de los derechos de las mujeres y la comunidad LGTBI. El siguiente paso es suprimir estos derechos. El segundo objetivo es contraponer los últimos (inmigrantes) a los penúltimos (clase trabajadora).

[…] La reacción de la izquierda española ante Fusaro ha sido muy sintomática. El diagnóstico es confusión aguda y bajísima autoestima. Si la extrema derecha te adelanta, copiarla es siempre un mal negocio. Lo hizo la izquierda en Italia, se la comieron con doble ración de patriotismo y ¡fuera buenismo! Porque, como enseñó el maestro Berlusconi, cuando compras su marco mental es que ya te han vencido. ¿Y si en vez de eso la izquierda volviese a hacer de izquierda, sin complejos?[205]

El periodista Antonio Maestre, hoy subdirector de La Marea, llevaba tiempo escribiendo sobre la extrema derecha cuando lo conocí. Cuando Vox irrumpió en escena, empezó a desvelar las vinculaciones neonazis de algunos de sus candidatos y se mostró muy beligerante con la inmediata normalización del partido en los medios de comunicación. El partido lo puso inmediatamente en su diana y le interpuso varias denuncias por algunas declaraciones contra ellos.

El 24 de noviembre de 2021, mientras escribo este capítulo, Maestre anunciaba en sus redes que había ganado de nuevo uno de estos juicios.

¡Se acabó! Perdieron los fascistas. Tras dos años y nueve meses de recursos, han archivado la querella por la que Vox me pedía cuatro años de cárcel. La justicia ha confirmado que llamar fascista a Vox es libertad de expresión.

Maestre en ningún momento tuvo el apoyo de las principales asociaciones de prensa ni de gran parte del gremio cuando fue señalado y denunciado. El día que presentamos en Madrid el informe que coordiné titulado De los neocón a los neonazis: la derecha radical en el Estado español (Fundación Rosa Luxemburgo, 2021), me contó una anécdota que ilustra perfectamente la actitud de algunos profesionales de la información con otros periodistas que toman partido en la denuncia de la extrema derecha.

Fue a raíz del incidente que tuvo lugar en una tertulia radiofónica durante la campaña electoral de Madrid en abril de 2021, cuando Pablo Iglesias abandonó el plató tras la negativa de la candidata de Vox, Rocío Monasterio, a condenar las amenazas que había recibido en forma de carta con balas. El incidente causó cierto revuelo y fue pasto de las tertulias aquellos días, en las que muchos profesionales se sorprendieron y criticaron la actitud de la ultraderechista, más aún cuando fue Iglesias quien tuvo que abandonar el estudio y no ella. Maestre publicó entonces un tuit en el que criticaba el cinismo de muchos periodistas, que parecían haberse dado cuenta ahora de lo que era la ultraderecha. Al rato, alguien lo llamó por teléfono.

Un alto directivo de uno de los principales grupos mediáticos españoles me llamó y me dijo que había sido muy injusto diciendo eso. Me dijo que ellos habían estado siempre muy comprometidos con el tema. Yo le respondí que no estaba de acuerdo y que, además, habían ninguneado y despreciado desde siempre la labor de todos los periodistas que sí nos habíamos comprometido y habíamos puesto

nuestro trabajo al servicio de los derechos humanos y en contra de los fascistas.

Me dijo entonces que el problema era que nosotros estábamos muy marcados ideológicamente. Yo le respondí que obviamente estábamos comprometidos, más que marcados. Porque de otra manera es imposible poner tu cuerpo sabiendo el desgaste que supone cubrir a la extrema derecha. Esto implica mirar cada vez que sales de casa, implica sentarse en una cafetería mirando a la puerta, querellas, amenazas de todo tipo contra ti y contra los tuyos, y represalias incluso a nivel laboral, que yo mismo sufrí.

En octubre de 2021, justo la semana que presentamos el informe sobre la derecha radical, el presidente de la Federación de Asociaciones de Periodistas de España (FAPE), Nemesio Rodríguez, en el marco de la LXXX Asamblea General de la Federación, emitió un comunicado dirigido a los y las profesionales de la información en el que pedía «estar muy atentos a los discursos de odio, que son la antesala de los delitos de odio». Maestre lo comentó posteriormente con cierta ironía, más todavía porque las asociaciones de prensa lo habían ninguneado en más de una ocasión cuando había sido víctima de señalamientos y amenazas por parte de la ultraderecha y después de llevar años reafirmando nuestra posición firme contra los discursos de odio y su normalización en los medios. De hecho, cuando La Marea fue vetada por Vox —que nunca contestaba a nuestras preguntas—, no recibimos ninguna muestra de apoyo. Después, el partido ultraderechista vetó a varios medios generalistas, a los que acusó también de ser activistas.

Aquellos periodistas que hemos puesto nuestro trabajo, nuestro nombre y nuestra cara para combatir a la extrema derecha haciendo información, destapando quiénes eran, investigando y metiendo muchas horas de trabajo hemos sido completamente despreciados por una parte del periodismo. Se sienten superiores porque se sitúan con distancia frente al fenómeno y solo se atreven a dar la cara o levantar la voz cuando el monstruo ya está muy presente. Mientras, aquellos que hemos estado toda la vida advirtiendo, alertando e investigando solemos quedar siempre al margen. Se nos suele ignorar, despreciar,

calumniar y ningunear. Y cuando esto pasa, ni siquiera salen en nuestra defensa cuando somos quienes ponemos el cuerpo para cubrirlos a ellos.

Es muy curioso también el sesgo de clase. Quienes ponemos siempre el cuerpo en estos asuntos, no solo en el periodismo, solemos venir de clase trabajadora. Hemos pateado la calle, estamos en los barrios y sabemos lo que implica enfrentarnos a esta gente. Quienes los reciben en salones no tienen estos problemas y nunca los han tenido.

Las contradicciones que genera que periodistas como nosotros estemos en medios generalistas no son baladís. Mientras muchas personas agradecen nuestra presencia en debates donde somos de las pocas voces que denuncian determinados asuntos y se enfrentan a la extrema derecha, otras consideran que contribuimos a blanquear a los mismos medios que dan voz a los ultraderechistas. La posibilidad de insertar determinados temas, discursos y marcos en los principales debates mediáticos es lo que nos ha motivado para aceptar el reto a la mayoría de periodistas como nosotros, asumiendo estas contradicciones y las críticas que se derivan, que no rehuimos.

Justo cuando terminaba de escribir este capítulo, el periódico Directa —en el que también colaboro y al que vi nacer— publicó la identidad y el historial de un peligroso grupo de neonazis de Catalunya recientemente detenidos por la Policía Nacional, a los que se relacionaba con el tráfico de drogas y la prostitución.[206] El reportaje incluía las relaciones de esta banda con los ultras del FC Barcelona, los Boixos Nois, así como con partidos políticos y grupos neonazis que habían protagonizado ya diversos altercados contra activistas y centros sociales —como L'Obrera de Sabadell— y uno de ellos con la paliza a un menor en la Sala Stroika de Manresa. Algunos de estos neonazis también habían estado apoyando a Societat Civil Catalana (SCC) en un acto en la Universitat Autónoma de Barcelona.

Al día siguiente de publicarse el reportaje, la Policía Nacional emitió una nota de prensa y un vídeo en el que desvelaba dicha operación policial y mostraba las drogas, el arsenal de armas y la parafernalia nazi incautada. Los periodistas de este medio cooperativo se habían adelantado con la exclusiva y el gabinete de comunicación del Cuerpo

Nacional de Policía se apresuró a decir la suya.

Dos semanas antes de terminar este libro, en noviembre de 2021, tanto El Salto como La Marea y otros medios como Arainfo o Kaos En La Red sufrieron un brutal ataque informático sin precedentes que mantuvo las webs inactivas durante varios días. Cuando este libro está a punto de ir a imprenta, todavía no se había esclarecido su autoría, pero los objetivos seleccionados y la fecha en la que lanzaron este ataque (fin de semana del 20N) apuntan a la motivación ideológica. Esto no hace más que reafirmar la importancia de estas plataformas y estos medios en su lucha contra la extrema derecha, y hay que recordar que su permanencia y su trabajo dependen también de las personas que se subscriben.

Los y las periodistas son trabajadoras y la profesión no se encuentra ni mucho menos en su mejor momento. Muchos de estos colegas escriben donde les dejan y donde les pagan algo por su trabajo. Otros tienen la suerte de encontrar una cabecera que les permite tratar determinados temas que en otras les resultaría mucho más difícil. Y los que hemos creado, financiado o formamos parte de los medios independientes a menudo nos sentimos afortunados por hacer lo que nos gusta y como nos gusta.

Esta reivindicación de los medios de comunicación independientes y de ciertos periodistas valientes con los que he tenido el placer de coincidir y entablar amistad no niega la existencia de muchos y muchas otras profesionales de la información que trabajan en medios generalistas e incluso en periódicos conservadores que son excelentes periodistas y personas honestas también comprometidas con los derechos humanos. Lo mismo pasa con algunas asociaciones de prensa. La Unió de Periodistes Valencians y el Grup de Periodistes Ramón Barnils han dedicado mucho esfuerzo a analizar y denunciar los discursos de odio y la cobertura de la extrema derecha. La Unió de Periodistes ha creado junto a CEAR-PV el observatorio Sense Tòpics, [207] que aborda el tratamiento mediático de las migraciones y publica cada año un informe. El Grup Barnils también publicó en 2021 el dosier El periodismo ante la extrema derecha dentro de su anuario, y mantiene en constante actualización un mapa de la censura, que denuncia los ataques y las censuras a periodistas.

En abril de 2017, la periodista grecofrancesa Angelique Kouronis vino

a España para presentar su documental sobre los neonazis griegos de Amanecer Dorado, titulado Golden Dawn: A Personal Affair («Amanecer Dorado: Un asunto personal»). Para rodarlo, pasó un tiempo siguiendo a sus líderes y a sus militantes, preguntó a sus votantes los motivos de su apoyo y también habló con las víctimas de su violencia. Entre varias personas le organizamos la gira de presentación, que pasó por varias ciudades del Estado español. Desde entonces, seguimos en contacto y acaba de estrenar la segunda parte de su investigación: Golden Dawn: A Public Affair. Thomas, el compañero griego que vino con ella aquellos días de gira, sufrió dos ataques neonazis durante el rodaje que lo dejaron malherido. A pesar de ello, siguió adelante.

El principio del primer documental explica perfectamente los motivos de su rodaje. Y posiblemente es algo que debería explicar por qué esto es para muchos de nosotros también un asunto personal.

Soy periodista. Mi compañero es judío. Uno de mis hijos es gay. El otro, anarquista. Y yo soy feminista, izquierdista e hija de migrantes. Si Amanecer Dorado llega al poder, nuestro único problema será en qué vagón nos meterán.

Los y las periodistas son una parte más de esta historia. Este libro contiene abundantes referencias a artículos de prensa, reportajes y entrevistas que muestran la importancia que tiene la construcción del relato mediático sobre el fenómeno de la ultraderecha y de las luchas que se llevan a cabo desde distintos ámbitos para neutralizarla. También los temas que se eligen contar y cómo se explican en los medios influyen en la percepción de la ciudadanía del mundo en el que vivimos. Las noticias pueden incrementar sus miedos, sus prejuicios y sus odios, o neutralizarlos y ofrecer otros marcos para comprender mejor, ir a la raíz de los problemas y promover valores de igualdad, respeto y derechos humanos. No hay objetividad ni en la elección de los temas que se publican ni en cómo se cuentan, ni tampoco en quién elegimos para que complementen esas informaciones, como pasa con este libro, que no es para nada un relato objetivo, sino todo lo contrario. Este trabajo, igual que el

periodismo, no es neutral. Y es que, en la defensa de los derechos humanos, la neutralidad, como la equidistancia, nos aleja cada vez más de la justicia. Construir un mundo más justo no es tarea fácil, pero a quienes lo intentan día tras día, en todos los frentes, va dedicado este libro.

---

[200] Véase https://www.lamarea.com/2020/06/19/los-vinculos-neonazis-del-detenidopor-simular-la-ejecucion-de-varios-miembros-del-gobierno/.

[201] https://www.elsaltodiario.com/hemeroteca-diagonal/una-fortuna-del-negociode-la-prostitucion-va-a-un-grupo-minoritario-ultraderechista

[202] https://www.lavozdegalicia.es/noticia/vigo/2004/12/15/propietarios-locales-aseguran-explotan-mujeres/0003_3296667.htm

[203] Véase https://www.profesionalespcm.org/_php/MuestraArticulo2.php?id=8038.

[204] Disponible en https://www.media.cat/2020/06/08/alba-sidera-falta-culturaperiodistica-antifascista/.

[205] Disponible en https://ctxt.es/es/20190703/Politica/27155/berlusconi-diego-fusaro-neofascismo-casa-pound-alba-sidera.htm.

[206] Véase https://directa.cat/qui-son-els-neonazis-del-valles-acusats-dorganitzaciocriminal-trafic-de-drogues-i-explotacio-sexual/.

[207] Véase https://sensetopics.org/.

Epílogo

Betlem Agulló i Salvador

El primer día de instituto después de aquella Pascua fue como atravesar un precipicio con un solo pie. El miedo invadía mi cuerpo, me temblaba la voz y apenas podía pensar.

—Madre, no quiero ir.

—Betlem, cuanto más tardes en volver, peor

Aquellas fueron las palabras de mi madre. No hicieron falta más. Tenía que afrontar esa situación y debía ser en ese momento.

De camino a clase, pasé junto a mis compañeras en silencio, mientras ellas conversaban de cualquier cosa banal propia de adolescentes. Cuando llegué a la puerta del instituto, pensé que todo el mundo me miraría, que hablarían de lo sucedido a mis espaldas, que juzgarían lo acontecido y, al pensarlo, el corazón casi se me salió por la garganta. Según entré en clase, percibí con cierta incredulidad que la vida para aquella juventud de instituto seguía igual que antes de las vacaciones y ninguna persona se me acercó ni me miró para decirme nada. En aquel momento no comprendía por qué, no podía entender cómo ese dolor que llevaba dentro, me dejaba sin alma y me arrancaba el corazón a pedazos no estaba en las caras de aquellas personas en forma de tristeza, empatía, enfado o rabia. ¿Cómo era posible? Estuve a punto de gritar: «¡Han matado a Guillem!».

Ese día y los posteriores, ciertos desconocidos y algunos profesores se acercaron discretamente a darme el pésame. Fueron pocos, muchos menos de los que había imaginado. Sin embargo, la noticia se fue esparciendo poco a poco y empezó a recibir la importancia que merecía desde el primer momento.

Con catorce años llevé el duelo y la desesperación en mi profunda intimidad y oí todas aquellas frases que nunca deberían decirse a un niño que acaba de perder a un ser tan querido: «Sé valiente», «Ahora tú tendrás que ayudar a los padres», «Ahora serás tú la mayor», «Sé fuerte». Proseguí con mis estudios sin que ningún profesor se convirtiera en mi tutor de resiliencia. Me di cuenta de que no me interesaba ninguna conversación de los y las adolescentes de mi alrededor. Y que volver a casa todos los días después de clase era como volver al instituto ese primer día después de la maldita Pascua de 1993.

La vida de Guillem acababa de dar un giro de ciento ochenta grados. Los estudios en el centro de alto rendimiento de Xest no eran lo que había imaginado y decidió abandonarlos. Continuó durante un tiempo en el instituto público V. A. Estellés de Burjassot, donde tampoco encontró su sitio. Un accidente le hirió el ojo en el campo de fútbol del Levante UD y eso le estaba impidiendo practicar el deporte al que había dedicado más de media vida. Fue entonces cuando empezó a trabajar con mi padre en un pequeño taller ubicado en nuestra propia casa y por primera vez desde hacía tiempo le volví a ver feliz.

Todos los días, después del trabajo, cogía la moto e iba a València, al Vito Lumbagui en el barrio del Carmen o al Kasal Popular de la calle Flora. A menudo nos contaba historias de amistades forjadas en la lucha callejera, antifascista y antirracista, y cómo él y sus amigos se veían obligados a defenderse de los constantes ataques neonazis.

Davide, un okupa del Kasal Popular y de los fundadores de la asamblea antifascista, fue un gran amigo de Guillem. La extraña coincidencia de su asesinato unos meses después del de Guillem, con el señalamiento previo del que había sido objeto por parte del periódico Las Provincias y las amenazas públicas en forma de pintadas que advertían: «Davide, tú serás el próximo», nos olió a podrido.

La efervescencia juvenil de aquellos años de adolescencia de la vida de Guillem, el ir y venir de todos aquellos amigos que le acompañaban casi a diario en un ajetreo constante en nuestra casa, resultaba abrumadora. Les veíamos subir y bajar las escaleras que llevaban a su habitación con esas risas propias de la juventud y con una vida llena de ilusión y ganas por cambiarlo todo.

Los domingos por la mañana, Guillem participaba en un programa musical en Ràdio Klara. Su vida social era intensa. Los fines de semana viajaba a muchas ciudades del Estado español, donde compartía experiencias y proyectos con gente que, como él, creía que todo era posible y que conseguirlo estaba en sus manos.

A veces volvía preocupado y no hablaba. Le veías en la cara que algo no iba bien. Pero era Guillem y prefería no contar lo que nos haría preocuparnos más por él.

Y digo más, porque evidentemente la preocupación estaba latente. Sabíamos que, por su talante, Guillem era una persona que daba la cara en las concentraciones y manifestaciones, que se partía la cara si hacía falta por sus amigos y para defender lo justo. Sabíamos que había adoptado aquella estética que le identificaba claramente como antifascista y antirracista, y sabíamos que esa era su forma de entender el mundo y que estaba dispuesto a continuar así.

Papá y mamá le advertían constantemente de los peligros y yo, en mi casi infancia, sufría profundamente el miedo por lo que podría ocurrir. Guillem era una persona muy querida por todos, dentro y fuera de casa. Tenía esa capacidad de unir y atraía de aquella forma tan peculiar a todos los que le conocían. El día que se marchó con algunos amigos en Semana Santa, iba tan cargado como feliz. Con muchas ganas de pasar unos días de distensión de camping en una zona del interior de Castelló. Llevaba tiempo con cierta angustia y nos decía que se sentía controlado. Estábamos acostumbrados a verle ir y venir, y todos pensamos que ese viaje le sentaría bien. En ese momento yo no conocía el nombre del pueblo al que iba, solo recuerdo su beso de despedida mientras acababa de comer en la mesa de la cocina.

—¿Ya te vas? —le pregunté.

—Sí, me esperan. Hemos quedado en la plaza de la iglesia —contestó él.

Nunca volvería a olvidar el nombre de aquel lugar donde asesinaron vilmente a mi hermano.

Nos imaginamos mil veces los hechos, su sangre derramada por el suelo, los gritos de «¡Arriba España!» y el cántico del Cara al sol de sus asesinos mientras se alejaban dejando herido de muerte a mi hermano,

al hijo, al amigo, al compañero, al camarada… Lo que vino después no tengo palabras suficientes para explicarlo. Un juicio vergonzoso, unos medios de comunicación farsantes, el continuo acoso… La maquinaria de un Estado fascista se puso en marcha y supimos lo que esto suponía.

En ese preciso momento, comprendimos que la memoria y la justicia que Guillem se merecía estaban en nuestras manos. Pisamos calles, pueblos, ciudades…, recorrimos cientos de kilómetros en la carretera y en la vieja máquina de escribir. Llevamos nuestra historia a cada rincón del país que quiso escucharla. Hablamos y recordamos a Guillem como lo que era y, entre todos, reconstruimos lo deshecho. La gente lo comprendió en un mundo de incomprensión y se posicionó a nuestro lado. Fueron cientos y después miles de personas las que hicieron suya nuestra historia y caminaron a nuestro lado, convirtiendo a Guillem en su hijo, en su hermano y en su amigo.

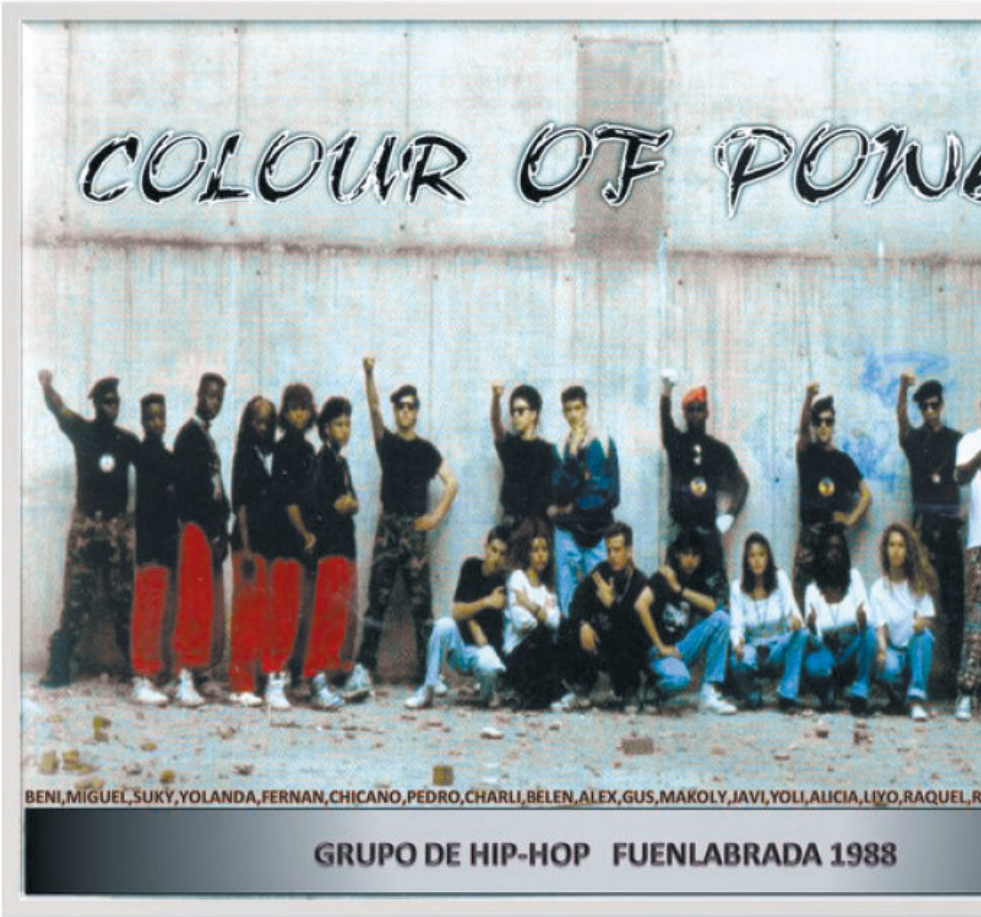
Ahora la historia de Guillem la narráis vosotros haciendo de su figura un referente de la lucha antifascista. Vosotros sois los que habéis honrado su memoria. Vosotros sois quienes habéis hecho justicia, esa que no recibió en el juicio. Y sois vosotros los que nos habéis alentado para seguir adelante. Después de todos estos años, ha sido la gente la que se ha hecho fuerte y nos ha hecho fuertes, y nos hemos empoderado para contar la verdad sin vergüenzas ni miedos. Guillem fue uno de nosotros, pero el tiempo nos ha demostrado que Guillem somos muchos. Miles de Guillems llenan las calles cada día y reivindican el derecho a la justicia, a la libertad y a vivir en un mundo plural y diverso donde cualquier persona cabe.

Agradecimientos

A todas las personas que han aportado su testimonio y a quienes me han abierto con total confianza sus archivos personales para construir este relato coral del antifascismo de los últimos treinta años en el Estado español. A los y las fotógrafas que me han cedido sus fotos para ilustrar esta historia. Mis disculpas por no haber podido retratar muchas otras luchas e historias de otros territorios del Estado, igual de importantes que los que he logrado recoger en este trabajo.

Especial reconocimiento a quienes se implicaron esta lucha y se jugaron la libertad, la integridad física y hasta la vida en la defensa de los derechos de todas y todos. A quienes hoy siguen y a quienes acaban de empezar, tomando el relevo de las generaciones anteriores.

A mis padres.



Color Power. Fuenlabrada, 1988.

Miembros de Color Power. Madrid, principios de los años 90.

El colectivo Sharp, formado por «skinheads», se declara enemigo de los prejuicios raciales y

El resurgimiento de movimientos neonazis pr
la aparición de grupos antifascistas en Valen

VICENT MONTAGUD

El resurgimiento de los movimientos neonazis ha provocado una proliferación de organizaciones que se autodefinen como antifascistas. Nacieron en Berlín y se han extendido por toda Europa. Reúnen, por lo general, a jóvenes de extrema izquierda que pretenden dar respuesta a cada una de las movilizaciones *ultras*. El pasado 17 de noviembre convocaron una manifestación paralela a la que conmemoraba la muerte de Franco. En Valencia, se concentran en torno a una asociación que ha duplicado su número de miembros desde el mes de julio, la *Assemblea Anti-feixista*. Pero funcionan ya en la ciudad otros colectivos con objetivos similares. Uno de ellos es el SHARP (*Skinheads Against Racial Prejudice*), formado por jóvenes que, pese llevar la cabeza rapada y botas militares, no se identifican por practicar la violencia contra las minorías. Todo lo contrario. Combaten el racismo. Y reivindican una *«contracultura»* que, dicen, *«ha sido robada y manipulada»*.

La *Assemblea Anti-feixista* emergió a partir de la unificación de la *Assemblea de Joves Anti-repressió*, los *Jóvenes Urbanos Antifascistas* y el *Kol.lectiu Anti-repressió*. Fue, básicamente, la reacción a las agresiones neonazis contra inmigrantes, travestis y vagabundos. Actualmente está compuesta por jóvenes, de edades comprendidas entre los 16 y los 25 años, que proceden de la ciudad o su área metropolitana. Está organizada. Sus integrantes se reúnen periódicamente y mantienen contactos casi permanentes con otras organizaciones similares de Cataluña, sobre todo de Sabadell. También intercambian información, a través de un apartado de correos, con la *Coordinadora Antifascista* (CAF) de Madrid, con la división del SHARP de Cataluña y el País Vasco, y con el *Colectivo Antifascista* de Andalucía.

Dos «skinheads» del colectivo Sharp en el local donde se reunen. RUIZ PALMERO

Golpes y respuestas

Hasta el momento no han reivindicado ninguna acción violenta. Muchos de sus activistas, sin embargo, reconocen *«haber corrido a guantazos a algunos fascistas»* individualmente y *«en alguna ocasión»*. Fomentan lo que denominan *«autodefensa»*, una consigna que repiten constantemente. El sábado pasado debatieron, en una reunión convocada al efecto, *«la legitimidad de utilizar la fuerza para repeler las agresiones»*. Por contra, alguno de ellos ha sido apaleado o recibe constantes amenazas telefónicas. *«Otras veces* —afirman— *nos han esperado en la puerta de casa para pegarnos una paliza»*. Obviamente, prefieren no revelar su identidad.

Alerta en Valencia

Siguen de cerca los movimientos de los dirigentes neonazis: *«sabemos lo que hacen, cómo se mueven y por dónde van»*. Y tramitan denuncias ante el juzgado de guardia cuando localizan tiendas que venden material neonazi o tienen conocimiento de que se han producido agresiones *«porque, en ocasiones, han golpeado a extranjeros indocumentados que si van a la comisaría los expulsan directamente del país»*. Las próximas fiestas falleras decretarán la situación de *«alerta»* en Valencia. Anuncian que está prevista la celebración una concentración neonazi en la ciudad a la que asistirán militantes de otras ciudades españolas y europeas.

Pero, fundamentalmente, se dedican a organizar charlas y conciertos, a publicar panfletos y magazines, y a pintar murales en las paredes de los barrios. Las últimas jornadas que organizaron transcurrieron bajo el lema «Per un futur més negre». *«A ellos les gusta la violencia porque son y serán carne de gimnasio* —advierten—, *nosotros sólo la utilizamos cuando no nos queda otro remedio»*.

Noticia sobre el SHARP València en Levante-EMV, 1991.

SOCIEDAD

Valencia rechaza la violencia na[zi]

Unas 2.000 personas se manifestaron ayer por el 'crimen de Montanejos'

Los 'sharp', compañeros del joven asesinado, dispuestos a no olvidar

La juez halla el arma ho[micida en] la reconstrucción de los [hechos]

MARÍA JOSÉ GARCÍA
Corresponsal Valencia

Cerca de 2.000 personas, la mayoría jóvenes, se manifestaron ayer por la tarde en Valencia para protestar por la escalada de violencia nazi que el domingo le costó la vida al joven Guillem Agulló, de 18 años y militante de un colectivo antirracista.

La marcha se desarrolló sin incidentes desde las torres de Serranos hasta la delegación del Gob[illegible], donde se montó un am[illegible] [illegible] policial ante un posible nuevo enfrentamiento entre grupos ultraderechistas y [illegible] del Valencia.

Esta manifestación, convocada por la Asamblea Antifascista de Valencia, fue la culminación de una serie de actos organizados a lo largo de la semana después de que el domingo, en Montanejos (Castellón), Guillem Agulló muriera apuñalado por Pedro Cuevas, de 22 años. Este joven, vinculado a una organización de ideología nazi, se entregó a la Guardia Civil de Alcañiz y se declaró autor de la muerte.

Pedro Cuevas fue trasladado ayer desde la cárcel de Castellón para declarar ante la juez de Segorbe que instruye el caso. El joven dijo que actuó "en defensa propia" porque el grupo de Guillem Agulló también iba armado, según su abogado defensor.

Junto a Pedro Cuevas, Gerardo Mora, el otro detenido por su presunta relación con los hechos, también fue trasladado para participar en una rueda de reconocimiento con los testigos que presenciaron el incidente.

Reconstrucción de los hechos

A primeras horas de la tarde, la juez y Pedro Cuevas viajaron hasta Montanejos para efectuar una reconstrucción del asesinato y encontraron el arma homicida, una navaja automática, en un paraje cercano a la población, junto al [illegible], a lugar donde el presunto agresor confesó haberla arrojado.

La muerte de Guillem Agulló ha sido "**la gota que colmó el vaso**" para los miembros del grupo antirracista SHARP (Skin Heads Against Racial Prejudice), colectivos rapados contra los prejuicios raciales. Los sharp son skin heads que rechazan la violencia nazi. Con [illegible] ha sido la tercera [illegible], y la [illegible] joven [illegible], [illegible] en la manifestación para denunciar la existencia de grupos de ideología [illegible] en Valencia que "**actúan violentamente contra cualquiera**", según afirmó uno de sus miembros.

Poco antes de la manifestación, en rueda de prensa, los sharp denunciaron la existencia de colectivos nazis organizados [illegible] "**eran anteriormente militantes de Falange**", aseguran. Estos [illegible] se reúnen en el llamado Casal [illegible], abandonada [illegible] por [illegible], y pintadas a [illegible] de la [illegible] y en contra de la [illegible] nazis, lugar al que también solía acudir Guillem Agulló.

Sus amigos, aunque no estuvieron presentes en el crimen, aseguran que la actuación de los ultraderechistas fue claramente premeditada porque "**el mismo Guillem, cuando estaba con sus compañeros en la plaza de Montanejos, les advirtió** —afirman— **que los estaban controlando**".

A partir de ahora, los sharp están dispuestos a incrementar la lucha para denunciar la presencia de organizaciones nazis en Valencia. Aseguran que se mueven por la zona del campo del Valencia Club de Fútbol, el barrio de Ruzafa y Cánovas, donde además proliferan pubs y bares frecuentados por jóvenes de ideología fascista.

También denuncian los [illegible] mas de organización de estos colectivos, que disponen de gimnasios concretos donde se preparan físicamente, y zonas de acampada en poblaciones como Montanejos, Serra o Náquera donde entrenan y realizan prácticas paramilitares.

Entre sus acciones para denunciar la escalada de violencia nazi, los sharp tienen previsto difundir sus consignas a grupos similares que están surgiendo en toda España. "**Se les va a acabar el rollo a estos payasos**", dicen. Aseguran ser un movimiento en contra de la violencia ("**queremos vivir en paz, igual que quería vivir Guillem**", dicen con rotundidad). Pero no dudan de que las agresiones deben ser condenadas, lo que hace temer que esta historia no esté aún cerrada del todo. ■

"Después de apuñalarle el corazón se fueron gritando ¡Arriba España!"

Valencia. — Los sharp amigos de Guillem Agulló, algunos de los cuales aparecen en la imagen en su Casal, niegan que lo ocurrido responda a una pelea "**entre macarras borrachos**", como se ha dicho desde algunos sectores. Esa tribu, de pelo rapado, pacifista y antirracista, insiste en que tras el crimen hay una ideología muy concreta. "**Después de apuñalarle el corazón se fueron alzando el brazo y gritando ¡Arriba España!**", asegura uno de los compañeros del joven de 18 años que murió apuñalado en Montanejos.

El forense asegura que una "mano experta" acabó con Guillem

La existencia de grupos ultraderechistas organizados será investigada por la policía tras las denuncias realizadas esta semana desde diversas fuerzas sociales y políticas valencianas. Estos grupos han denunciado cierta desidia entre las fuerzas de seguridad para detectar y combatir los focos de violencia nazi.

El asesinato de Guillem Agulló ha dado muestras claras de la presencia y actuación de estos grupos que además actúan armados en la calle. El mismo informe del forense apunta que "**la precisión de la puñalada indica que fue una mano experta**". "**El joven fue sujetado por dos personas y el asesino le asestó una puñalada directa**", según fuentes cercanas a la investigación del denominado crimen de Montanejos.

Otra muestra de la proliferación de colectivos ultraderechistas en Valencia, y el ambiente que esta ciudad ha adquirido entre los ambientes nazis, fue la celebración el pasado año de una reunión internacional de grupos ultraderechistas de toda Europa que participaron en una especie de congreso ultra al que asistieron cientos de jóvenes europeos.

ANÁLISIS

RAFAEL TORRES
Escritor y periodista

¡Tarde o temprano!

Lo peor de todo, la lección más amarga, es constatar de nuevo que los cretinos pueden infligir tanto daño. Así, el nazi descerebrado que, según parece, apuñaló a Guillem Agulló y le quitó la vida no hizo sino lo que tarde o temprano tenía que hacer, programado su navaja, y eso solo se podría haber evitado si esta sociedad, y sus instituciones, y sus autoridades, ofreciesen algunos gramos de civilidad y de cordura.

El niño que se cría oyendo y cantando [illegible] en los que se [illegible] a los negros y a los judíos, y luego aprende en los dibujos animados de la televisión los sufrimientos para tener éxito en la vida, esto es, ser salvaje, violento, competitivo, ignaro e implacable, no puede esperarse sin [illegible]. Muchas cosas, o, [illegible] menos, muchas cosas buenas. Pero sí

[illegible] se suscita la vi[olencia] [illegible] instituciones, que [illegible] domingos en [illegible] ultras en los campos de [illegible] cuidado y el [illegible] [illegible] y para [illegible] de Montanejos han de [illegible]

Se [illegible] del [illegible] de fuego, que [illegible] [illegible], a [illegible] y [illegible] nombres [illegible]. [illegible] [illegible] navaja o una pistola en [illegible] de un [illegible], pueda [illegible] [illegible] de un [illegible] respetarlo al menos, [illegible]

Noticia sobre las protestas tras el asesinato de Guillem Agulló. El Periódico, abril de 1993.

SHARP Barcelona en una manifestación antirracista, 1993. Foto: Sergi Bernal

Manifestación en Madrid en respuesta a varias agresiones fascistas, 11 de junio de 1995.

Dado que las fuerzas de (su) orden no pare
muy dispuestas a actuar en contra de estas organi
ones fascistas, la única solución pasa por
respuesta autónoma. Hay que empezar a organiza
desde ya, promover actividades antifa, limpiar
paredes de pintadas fascistas, fanzines, concier
y llegado el caso de agresiones...AUTODEFENSA.
que encierren al descerebrado que hizo de verdug
quiere decir que se haya acabado el asunto. Los v
daderos asesinos siguen en la calle, los fac
burgueses que ponen las pelas para que sus esbir
vayan haciendo el trabajo sucio no suelen pisar
talego ni de visita, están muy agusto en la som
como para pringarse las manos. Cuando la policia
puede mojarse por sus intereses preparan a ot
subnormales para que estos los lleven a cabo.

Así que ya sabes, si no te organizas
tambien serás cómplice de la próxima "acción"...

S.H.A.R.P. EUSKADI

FASCISMO = MIERDA
CAPITALISMO = MIERDA
ORGANIZATE
AUTODEFENSA!!

SKINHEADS ANTI-F
SHARP
PAISOS CATA

Propaganda SHARP, años 90.

SHARP PAIS VALENCIA
SHARP
P.V.

Tres miembros del SHARP València posan ante una parte de un mural realizado en el antiguo cauce del río Túria a mediados de los 90.

Kasal Popular Flora 6, València 1991. Foto: F. Collado

Kasal Popular Flora 6, València. Foto: Alberto G. Ezquerra

Concentración ante el juicio a los asesinos de Sonia en 1994 en Barcelona. Foto: FAGC

Manifestación antifascista en Ciudad Universitaria, Madrid, 20 de noviembre de 1996. Foto: Álvaro Minguito

Manifestación en Madrid en respuesta a varias agresiones fascistas, 11 de junio de 1995.

Concentración contra las agresiones fascistas en el rectorado de la Universidad Complutense de Madrid, 1998. Foto: Álvaro Minguito

Manifestación antifascista en Barcelona contra un acto de extrema derecha el 12 de octubre de 1999. Foto: Mireia Comas

Manifestantes antifascistas tras una barricada durante los disturbios del 12 de octubre de 1999 en Barcelona. Foto: Mireia Comas

Disturbios durante la manifestación antifascista del 12 de octubre de 1999 en Barcelona. Foto: Mireia Comas

Manifestación de apoyo a los antifascistas detenidos durante las protestas del 12 de octubre de 1999 en Barcelona. Foto: Mireia Comas

Concentración ante el Ajuntament de Barcelona tras la encarcelación de varios antifascistas que participaban en la manifestación del 12 de octubre de 1999. Foto: Mireia Comas

AHORA O NUNCA

BOLETIN FORMATIVO ANTIFASCISTA

MADRID NOVIEMBRE 2003

Nº

BRIGADAS

NI UN RESPIRO AL RACISMO

Portada del boletín nº 1 de las Brigadas Antifascistas (BAF) de Madrid, de noviembre de 2003.

A MODO DE PRESENTACIO

Esto que tienes entre tus manos es el nuevo boletín de las BAF (Brigadas Antifascistas). Las BAF es un conjunto de distintos grupos, colectivos, e individualidades que , ante el nuevo auge que parecen que están teniendo los grupúsculos fascistas en los barrios y pueblos de Madrid, y sobre todo ante el modelo ante el modelo de organización, más molesto y representativo, que están empezando a desarrollar estos grupos, se ha creído en la necesidad de una mayor eficacia y organización en la lucha contra el fascismo, basada sobre todo en la unión y cooperación de personas y grupos, que a pesar de su diversidad de pensamiento y opinión, se sienten identificados entre sí a través de una actitud y un pensamiento común hacia el nazismo fascismo, Nacional Revolucionarios o como quieran llamarse, y en la forma de combatirlo.

BAF nace por tanto como un proyecto con la ambición de ser un arma más en la lucha por la erradicación de la cara más visible de la Extrema Derecha, sus partidos, sus grupúsculos, sus marionetas Boneheads, casuals o como quieran disfrazarse, y de desenmascarar y combatir todas las actitudes más o menos permisivas, poco críticas o simpatizantes con la basura racista que se camuflan y amparan en todo el panorama Punk, Oi!, Metal... Musical.

Contra el fascismo no caben medias tintas, no se puede estar en medio o hacer la vista gorda mientras estos cerdos siguen escondidos más o menos en nuestros barrios y pueblos, amparando su fuerza en el ataque a los más débiles y sobre todo, mientras otros compañeros pueden estar jugándose cárcel o su propia vida en el combate.

Si bien somos conscientes que el fasc
más que un problema dentro de la real
esta propia realidad hace patente que
de los más visibles, más aparatosos y
de atajar antes de convertirse en un p
mayor envergadura.

Por tanto BAF no es incompa
complementario con otros proyectos
individuo o grupo considere adecuado
cotidiana. No es cuestión por tanto
agrupar las distintas actividades o ac
cada uno lleve a cabo en su vid
aprovechar la fuerza que nos da la
complementarlas con otras que de otr
podríamos realizar o cuyo resultado
pobre.

Por otro lado este auge de de grupús
en nuestras calles y sobre todo la
intrusión de muchos de éstos e
frecuentemente utilizados en nuestr
como el musical, o su aparición en
tradicionalmente antifas como los pu
permisividad con la que alguna gen
panorama, hace indispensable más
respuesta:

UN ATAKE A LA RAIZ DEL PROBLEM

En todo momento, en todo lu
por todos los medios, en todos lo
NI UN RESPIRO AL FASCIS

Brigadas Antifascist

Carta de presentación de las Brigadas Antifascistas (BAF) en el nº 0 de su boletín «Ahora o nunca», de junio de 2003.

CRUZADA
20 04
ALBINEGRA

Incautación a grupos neonazis por parte de las BAF Castelló.

BAF
STEINAR
Terrorskins
ThreeStroke

BAF
BAF
madrid
BAF
madrid

Incautación de material neonazi por parte de las BAF Madrid.

1AÑO SIN TI
CARLOS, HERMANO, NOSOTRXS NO OLVIDAMOS
EL MEJOR HOMENAJE... ¡CONTINUAR LA LUCHA!

1AÑO
OS, HERMANO, NOSOTRXS NO OLVIDAMOS

Primer aniversario del asesinato de Carlos Palomino, noviembre de 2008. Foto: La Plataforma

SIN JUSTICI
NO HABRÁ PAZ

ARLOS

Manifestación en Madrid por el juicio del asesinato de Carlos Palomino, 12 de septiembre de 2009. Foto: La Plataforma

Manifestación en Madrid por el 13 aniversario del asesinato de Carlos Palomino. Foto: Álvaro Minguito

Alfon abraza a su madre Elena, junto a su abuela Amparo, a la salida del juicio en noviembre de 2014. Foto: Dani Gago

Manifestación en Málaga el 22 de noviembre 2013. Foto: Coordinadora Antifascista de Málaga y Malagalaroja

Pancarta Antifa Ultras, estadio del Rayo Vallecano, Bukaneros 2014.

Manifestación antifascista en Zaragoza el 22 de noviembre de 2014. Foto: Arainfo

Manifestación antirracista en Madrid del 12 de noviembre de 2017. Fotos: Najim Ouled

Manifestación antifascista en València días después de las agresiones neonazis del 9 de octubre de 2017. Foto: Germán Caballero

Manifestación antifascista en Barcelona contra los actos de la ultraderecha del 12 de Octubre de 2017. Foto: Jordi Borràs

Manifestación antifascista en València, 9 de octubre de 2018. Fotos: Lucas Guerra (arriba), Acampada València (abajo).

Manifestación antifascista en València, 9 de octubre de 2021.
Foto: José Ángel Sánchez

Manifestación antirracista y antifascista en Barcelona el 24 de marzo de 2019. Fotos: Victor Serri

Manifestantes antifascistas acorralan a un grupo de neonazis que convocaban un acto racista tras los atentados de las Ramblas en Barcelona, agosto de 2017.

Foto: Victor Serri

EL FASCISMO EN MADRID

Velada Puños Fuera CSO La Traba, Madrid 2011. Fotos: La Plataforma

Gimnasio antifascista Rukeli en l'Obrera de Sabadell.

Concentración en la Parroquia San Carlos Borromeo de Vallecas a la espera de que la policía acuda a detener y conducir a prisión a Alfon, 17 de junio de 2015. Foto: Parroquia San Carlos Borromeo

Antifascistas cierran el paso a un grupo de extrema derecha independentista en Barcelona durante la Diada del 11 de septiembre de 2018 en Barcelona. Foto: Victor Serri

Concentración antifascista en el barrio de Benimaclet (València) contra la convocatoria ultraderechista del 12 de Octubre de 2020. Foto: Germán Caballero

Los Mossos cargan contra los manifestantes antifascistas que querían impedir un acto del colectivo de Borbonia y Vox en la plaza 1 de Octubre con motivo del día de la constitución española, diciembre de 2018. Fotos: Jordi Borràs

GUILLEM AGULLÓ
28 anys amb tu

ANTIFEIXISTES

Concentración en Burjassot (València) por el 28 aniversario del asesinato de Guillem Agulló, 2021. Fotos: David Segarra

Un cordón policial retiene la manifestación antifascista en València contra un acto ultraderechista el 1 de Mayo de 2021. Foto: José Angel Sanchez

¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ ESTE LIBRO!

Encuéntranos en

https://www.facebook.com/Sea

Ingresa a nuestro grupo de Teleg

Sea of Letters

Sea of Letters

Índice

Portada

Antifascistas

Prólogo, de Pastora Filigrana García

01. Introducción. Un asunto personal

02. España, años ochenta: la resaca franquista

03. Terrorismo de Estado, espías y la red Gladio

04. Una pantera negra en la España franquista

05. Xavier Vinader, un periodista incómodo

06. Homenaje a Hitler en Madrid

07. Bases Autónomas (BB AA) y los nacional-revolucionarios

08. La llegada de los skinheads

09. El 20N de 1988 y el ataque neonazi en Tirso de Molina

10. El antifascismo como autodefensa

11. La anciana judía que venció al nazi de las SS

12. Rostock y Silvio Meier: el terror neonazi en Alemania

13. Sonia

14. SHARP: los skinheads antirracistas

15. Tuvimos que aprender a jugar a espías

16. Crímenes de odio

17. Qué es el antifascismo?

18. Flora 6, Guillem y Davide

19. Al enemigo ni agua

20. Actos de gamberrismo y tribus urbanas

21. Color Power y la cultura hip hop

22. El fascismo que viene

23. La «democratización» de la ultraderecha: un nuevo reto para el antifascismo

24. Los noventa: los años de plomo

25. Los pogromos racistas de Ca n'Anglada y El Ejido

26. Barcelona: Doce de Octubre de 1999

27. Okupas, anarquistas, operaciones policiales y neonazis

28. Internet, infiltrados y stalkers

29. CEI y la librería Europa: juicio a la apología nazi

30. La larga transición valenciana

31. Todo es ETA

32. Los ambiguos y la seducción de la violencia

33. La ofensiva antifascista

34. Golpe policial a las bandas neonazis

35. Carlos Palomino: el duelo a través de la militancia

36. «Mala suerte», son buenos chavales

37. La música como herramienta antifascista

38. La revuelta neocón y la Nueva Derecha

39. Plataforma per Catalunya: «Hay que disfrazarse»

40. Diferentes frentes del antifascismo

41. Alfon: ser joven y antifascista en Vallecas

42. Los movimientos sociales neofascistas

43. Hogar Social Madrid y la reorganización antifascista en los barrios

44. La legislación de los delitos de odio y la batalla legal

45. Quien manda en las gradas manda en la ciudad

46. Catalunya y los ecos del referéndum

47. La irrupción de Vox y la institucionalización del odio

48. Crear comunidad: el trabajo en los barrios que frena a la ultraderecha

49. El antirracismo que no acepta tutelas

50. El impulso feminista y la lucha contra la LGTBI-fobia

51. Los amigos de Guillem

52. De Auschwitz al valle de Cuelgamuros

53. Sentarse siempre mirando a la puerta

Epílogo, de Betlem Agulló i Salvador

Agradecimientos

Álbum fotográfico

Sobre este libro

Sobre Miquel Ramos

Créditos

Antifascistas

La extrema derecha española empezó a parecerse un poco más a la europea cuando murió el dictador Francisco Franco. La transición estuvo marcada por la violencia de los grupos parapoliciales y el terrorismo de Estado, pero pronto llegaron las bandas de skinheads neonazis, los ultras del fútbol, y poco a poco, las nuevas formaciones de ultraderecha y los movimientos sociales neofascistas. Ramos repasa las diversas luchas contra la nueva extrema derecha que surgió en España en los años ochenta hasta la actualidad, con testimonios de sus protagonistas y crónicas periodísticas y políticas de cada momento. La generación que creció después de la transición dio respuesta, desde distintos ámbitos y con tácticas diversas, a una nueva ultraderecha que ejercía la violencia de una manera brutal contra diferentes colectivos, y que progresivamente trató de hacerse un hueco en las instituciones. El libro traza la evolución de la extrema derecha en España y cómo se la combatió desde distintos frentes. Cómo se organizaron las distintas plataformas y colectivos que pasarían de la autodefensa inicial, a la ofensiva contra los grupos de extrema derecha. Qué papel jugó el periodismo, la cultura, la música, las instituciones y los movimientos sociales de cada momento. Ramos, que sufrió la violencia de los neonazis, la persecución policial y judicial, y la criminalización de los medios de comunicación, retrata la pluralidad de la lucha antifascista a lo largo de estos últimos cuarenta años, sus alianzas, sus debates y algunas de sus victorias.

xxxxxxxx

© Del libro: Miquel Ramos

© Del prólogo: Pastora Filigrana

© Del epílogo: Betlem Agulló

Edición en ebook: febrero de 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

Sea of Letters

See First | Message

Posts | About | Photos | Mentions